

COLIN FALCONER



LA RUTA  
DE LA SEDA



Lectulandia

Mediado el siglo XIII, un caballero templario y un monje dominico emprenden viaje desde Jerusalén hacia Mongolia a lo largo de la Ruta de la Seda. Josseran Sarrazini y Guillermo parten con la misión de transmitir un mensaje del Papa al Gran Kan y fraguar una alianza contra los sarracenos, que amenazan la unidad de los cruzados y también la del reino mongol. En el camino deberán hacer frente a los más diversos peligros mientras descubren un mundo cuya riqueza, tanto material como espiritual, les fascina y desconcierta a la vez. Así, el descubrimiento de las culturas lejanas de Asia y el contacto con una bella princesa tártara en Samarkanda conmoverán al templario hasta el punto de cuestionarse la supremacía de sus propias creencias.

Con el fin de documentarse sobre el tema de esta novela, el autor recorrió personalmente la Ruta de la Seda hasta llegar a China. Combinando el relato de aventuras con una apasionante historia de amor y suspense, este libro nos acerca de forma amena e instructiva a la rica diversidad de religiones y culturas orientales que son parte fundamental del patrimonio de la humanidad.

**Lectulandia**

Colin Falconer

# **La ruta de la seda**

**ePub r1.0**

**Maki 28.06.14**

Título original: *Silk Road*  
Colin Falconer, 1998  
Traducción: Valeria Watson  
Retoque de cubierta: Maki

Editor digital: Maki  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Helen, mi hermosa y constante compañera  
tanto en la Ruta de la Seda como en la vida.*

# Prefacio

A pesar de que ésta es una obra de ficción, he tratado, en lo posible, de ser fiel a la historia. La Shang-tu de este libro es la legendaria Xanadú de Coleridge. Su construcción comenzó en 1257 y originalmente era conocida como Kaiping; no adquirió el nombre de Shang-tu hasta 1263. Algunas veces, he usado en la novela el término «cruzados», ya que esta palabra es comprensible para el público occidental. Sin embargo, se trata de un nombre posterior y no era un vocablo común entre los francos del siglo XIII. También he empleado la palabra *yurta* para describir las tiendas de Asia central, aunque allí la gente las llama *gers*. Yurta es una palabra rusa, pero resulta más familiar para los lectores occidentales. A Kung Fu-Tsé lo conocemos como Confucio.

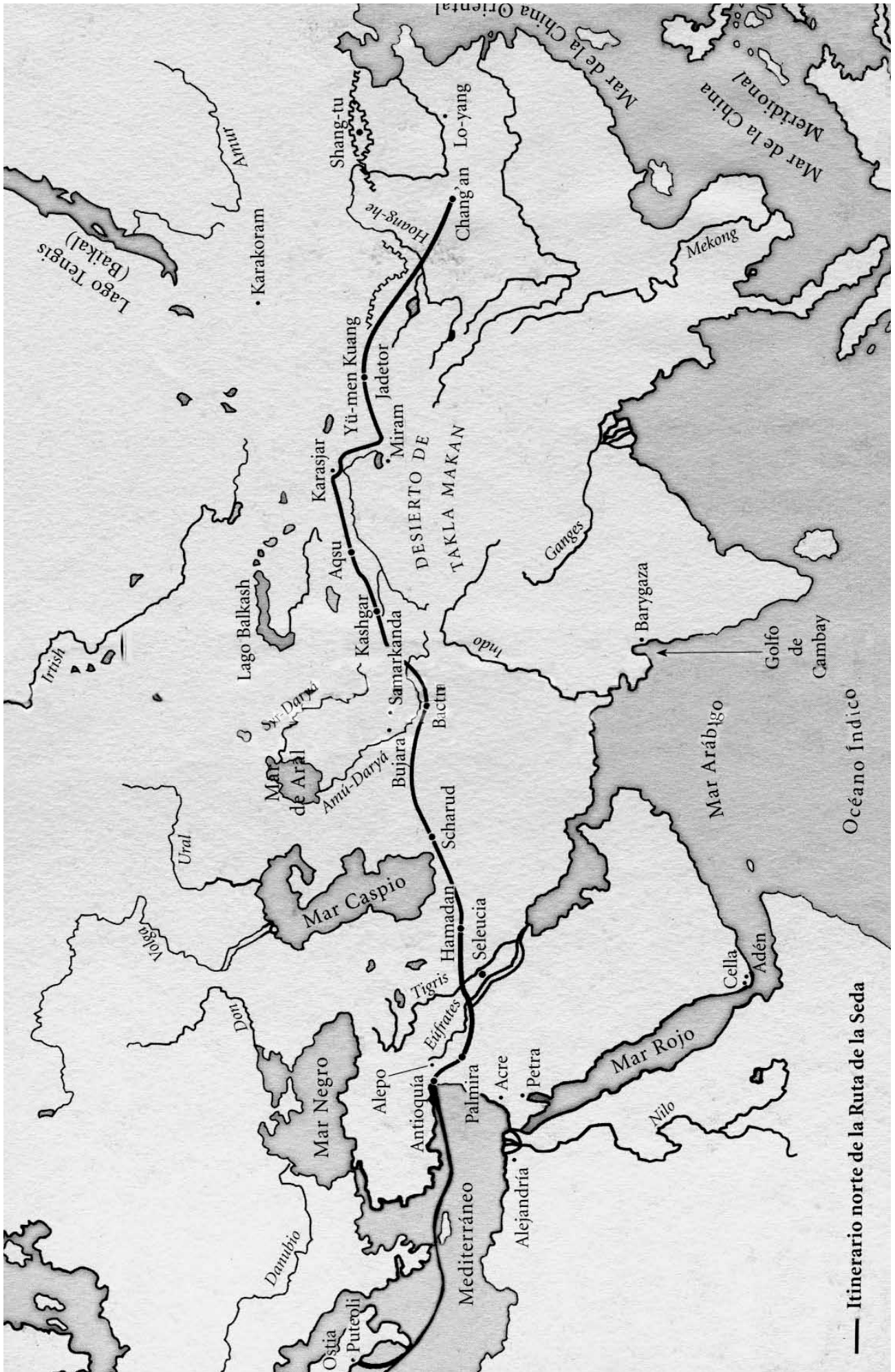
Algunas de las ciudades que aparecen en el relato existen hoy en día y pueden visitarse. Kashgar sigue siendo un importante centro comercial, tal como lo era en el siglo XIII, aunque gran parte de la vieja ciudad fue destruida durante la Revolución Cultural junto con los muros de la ciudad. Jarakoya se conoce ahora como Turpan, Kumul es Hami, y Kensan Fu es la moderna Xi'an. Todavía existe un fuerte en la Puerta de Jade, a pesar de que es de una época posterior y ha sido restaurado para el turismo. Gaochang, cerca de la Turpan de la época moderna, está en ruinas, y Shang-tu no es más que un montón de piedras en la estepa de Mongolia.

Estoy en deuda con una serie de estudios contemporáneos e históricos sobre los mongoles, particularmente con Tim Severin por su informe sobre el chamanismo entre los mongoles actuales.

También quiero dar las gracias a Geneviève y a Dominique Devinat por su alegre compañía durante la noche en que nuestro todoterreno se averió, al este de Turpan. Asimismo quiero hacer constar mi agradecimiento a mi editora de Heyne, Angela Volknant, por toda la ayuda y el apoyo que me dio mientras escribía este libro.

Y por fin, le agradezco a mi mujer, Helen, no sólo su ayuda con el manuscrito sino también su valor al acompañarme en autobuses, trenes y coches que inspiraban poca seguridad a lo largo de lo que queda de la vieja Ruta de la Seda.

El viaje es el destino  
del Dhammapada



— Itinerario norte de la Ruta de la Seda



# Prólogo

Tolosa, Francia

En el año de Nuestro Señor de 1293

Lo hallaron en el claustro. Estaba tendido de espaldas, con la cara teñida de azul y la barba cubierta de hielo. Se encontraba semiinconsciente y hablaba en murmullos de un caballero templario, de una misión secreta del Papa y de una hermosa mujer montada en un caballo blanco. Lo llevaron a su celda y lo acostaron en el duro catre en el que había dormido los últimos veinte años. Ya era viejo y nada se podía hacer por él. En sus ojos resplandecía el brillo frío de la muerte. Sus compañeros monjes comenzaron a murmurar oraciones mientras uno de ellos corría en busca del abad para que el viejo pudiera confesarse por última vez.

Hacía un frío de muerte en la habitación. El abad volvió la cabeza al oír el ruido de una rama que se desprendía del tronco de un árbol y caía en el bosque bajo su carga de nieve. Ante el chasquido, los párpados del viejo se abrieron y la luz amarillenta de la vela se reflejó en sus ojos. Respiraba con dificultad, y el abad frunció la nariz por el olor desagradable que de aquella respiración se desprendía.

Murmuró algo, un nombre tal vez, pero era ininteligible.

—Guillermo —susurró el abad, acercándose a él todo lo que se atrevía—. Ahora puedo oír tu confesión.

—¿Mi confesión?

—Serás absuelto de todos tus pecados y esta noche verás a nuestro Divino Salvador.

Guillermo sonrió, una sonrisa horrible que heló el alma del abad. Había llegado hasta ellos envuelto en misterio, y tal vez los abandonara de la misma manera.

—Agua.

El abad le levantó la cabeza y le humedeció los labios con el agua de un recipiente de madera que había al lado del catre. En el suelo se proyectaban sombras amenazantes. Dentro de la celda, el aire era como el filo de un cuchillo y las respiraciones se elevaban hasta el techo en forma de delgados vapores, igual que almas que abandonaran sus cuerpos. Cristo, atormentado, se retorció en la pared por el sufrimiento de la crucifixión.

—El Divino Salvador no me verá.

—Debes confesarte —repitió el abad, impaciente por que lo hiciera antes de que se llevaran su alma.

—Veo al demonio. —De nuevo la sonrisa de la muerte—. Calienta los hierros para mí.

Ante la invocación de la Bestia, el abad sintió un escalofrío de miedo.

—Has vivido una vida santa. ¿Qué tienes que temer del demonio?

El monje levantó una mano, los dedos congelados eran como garras, y cogió la manga del hábito del abad.

—Acércate —dijo—. Acércate más y te diré exactamente... lo que tengo que temer.

# Primera parte

Luna Sarracena  
De Acre a Alepo 1259-1260

## Valle de Fergana

### En el año de la Oveja

Ella siempre había soñado que podía volar.

A veces, en días como aquél, imaginaba que la tierra se extendía ante ella como ante los ojos de un águila, alcanzaba a notar las corrientes de aire del valle en el movimiento de las alas, por un instante lograba creer que no había lazo de plata que la atara a la tierra.

Jutelún frenó su caballo y volvió la cara hacia el frío viento del norte, que hacía que le ardieran las mejillas. Los picos nevados del Techo del Mundo se habían teñido de un azul glacial bajo el sol del final de la tarde. Al pie de donde se encontraba, las yurtas negras de su tribu se amontonaban como ladrones en el valle marrón y helado. En el centro del mundo, durante los largos inviernos, nada se movía en la llanura. La tierra se convertía en hielo.

Estaba sola en la cima de la montaña. Sola en el silencio, en el gran silencio de las estepas.

Había nacido allí para vivir sobre la silla de un caballo, con el rostro quemado por el viento. «Pero —pensó con amargura—, si mi padre se sale con la suya, me entregará a algún joven ambicioso que me dará hijos y me hará atender su yurta y ordeñar sus cabras, y ya nunca volveré a cabalgar a la cabeza de los *tumens* de mi padre». Había nacido con el sexo equivocado, con el corazón de un semental y la cola de una yegua.

Deseó no tener que crecer en aquel cuerpo de mujer, cabalgar por las estepas como una muchacha el resto de su vida. De haber nacido en el cuerpo de un hombre, sería el siguiente kan de la alta estepa. En lugar de eso, tendría que contentarse con ver a uno de sus hijos gobernando las altas praderas de Almalik.

Pero incluso para obtener ese consuelo, algún día tendría que pastorear con un hombre. El solo pensamiento de someterse le producía un malestar interior.

No era que no sintiera la necesidad de la compañía de un hombre ni el deseo de tener hijos propios. Tal vez fuera cierto que también había deseado el consuelo físico de un hombre y que escuchaba con interés más que pasajero las conversaciones de sus hermanas casadas, pero tomar ese camino (aunque sabía que algún día se vería obligada a ello) la ataría para siempre a la yurta de su marido.

Su padre le acababa de encontrar un nuevo candidato, el hijo de un kan del norte del lago Baikal. Tenía ese derecho y ella sabía que era una buena política. Pero como mujer tártara podía negarse, tal y como había hecho muchas veces. Sin embargo, hizo un trato con su padre: si encontraba un muchacho que pudiera demostrar que era

digno de ella ganándola en una carrera a caballo, accedería al matrimonio. Esto parecía más delicado que un rechazo directo, aunque era lo mismo.

Levantó la mirada al oír el grito de un halcón que volaba contra el viento.

Su futuro no estaba decidido. Brillaría más que sus hermanos y los condenaría a las sombras. Gerel era un borracho y Tekuday tenía el cerebro de una cabra. No estaban a su altura en ingenio, ni en fuerza ni en espíritu. Ella demostraría que era algo más que el receptáculo de la semilla de un hombre.

Se lo prometió, lo gritó al espíritu azul del cielo eterno, pero el bramido del viento ahogó su voz.

Aquel invierno, Qaidu había establecido su campamento en el valle de Fergana, al pie de las montañas que se alzaban hasta el Techo del Mundo. Sobre la enorme ciudad de yurtas, las sierras marrones aparecían cortadas por profundos barrancos. Negros peñascos se alzaban hacia el cielo como puños de dioses, por encima de laderas salpicadas de piedras y álamos plateados. Un alto desfiladero rodeaba un lago oscuro y glacial. Por encima de él se veía la colina que los tártaros llamaban «La mujer se va».

La noche anterior, Qaidu había puesto los cuerpos decapitados de dos cabras blancas en la cima de aquella colina. Para ganar el desafío, Jutelún tenía que llevar los restos de una de las cabras a la puerta de la yurta de Qaidu antes que su pretendiente Jebey.

Todos se habían reunido para presenciar el espectáculo, los hombres con sus abrigo de piel y sus gorros de fieltro, las mujeres con niños que tenían las narices llenas de mocos. Un silencio total. Los ojos negros y fijos, el aliento, blanco y efímero, de mil bocas en el aire quieto de la mañana. A un lado, los hombres que habían cabalgado hasta Almalik con Jebey, montados en los caballos mongoles de ancho pecho que en aquel momento piafaban en el suelo helado.

Después estaba el propio Jebey, con cuerpo de hombre y rostro de niño. Montaba con movimientos veloces y descuidados que dejaban ver su nerviosismo. Su padre, el kan, estaba sentado a su lado, sin moverse.

Qaidu salió de la yurta, se encaminó hacia su hija y puso una mano en la crin del caballo. A pesar de que no lo manifestaba, Qaidu sintió un profundo orgullo. Jutelún era alta como un muchacho y la delgadez de su cuerpo quedaba oculta bajo el grueso abrigo y las botas. Se había envuelto la nariz y la boca con una bufanda, bajo el gorro forrado de piel, de modo que lo único visible eran sus ojos.

Sin embargo, algo en su porte la delataba inconfundiblemente como una mujer.

—Pierde —le susurró su padre.

Los ojos oscuros de la muchacha brillaron.

—Si me merece, ganará.

—Es un gran muchacho. No es necesario que montes mejor que nunca.

El caballo golpeó el suelo con una de las patas delanteras, excitado, impaciente por moverse.

—Si es un muchacho tan bueno como tú dices, aunque yo monte mejor que nunca no bastará.

Qaidu sintió una punzada de irritación. Sin embargo, deseaba que Tekuday o Gerel hubieran heredado algo del carácter de su hija. Miró la horda de rostros silenciosos y bronceados. Muchas de las mujeres sonreían. Querían que ella ganara.

—El que primero traiga la cabra, hará lo que desee —gritó, y retrocedió.

Jebey espoleó al caballo para que se pusiera a la par del de Jutelún. Cuando Qaidu lo miró, Jebey hizo un imperceptible movimiento de cabeza para expresar su confianza. «No te apures, muchacho —pensó Qaidu—. No conoces a mi hija».

Alzó el brazo derecho. Lo bajó y la carrera comenzó.

Un potente galope entre la multitud reunida en la explanada, más allá de las yurtas, rumbo a las sierras marrones espolvoreadas de blanco. Jebey cabalgaba erguido sobre los estribos, galopando con decisión mientras el viento, frío como el hielo, le azotaba el rostro. Los cascos repiqueteaban en la planicie helada. Al mirar por encima del hombro, vio que el caballo de Jutelún giraba de repente y, casi al instante, estaba a doscientos pasos de distancia, galopando hacia la parte más escarpada de la montaña.

Se preguntó si debería seguirla. Por encima de él estaba el amplio desfiladero, el camino para subir la colina que había decidido tomar el día anterior. Ya era tarde para cambiar de idea. Tal vez ésa fuera la estrategia de la muchacha para tener la seguridad de que él ganaría.

Sin embargo, lo acosaba la horrible sospecha de que, de alguna manera, había sido engañado. A pesar de ello continuó por su camino.

Jutelún sonrió al imaginar la confusión de Jebey. En realidad, el muchacho no tenía elección. Si la seguía, a partir de aquel momento iría detrás de ella en la carrera y sabía que no podría alcanzarla a menos que su caballo resbalara. ¿Qué podía hacer sino mantener el primer rumbo?

Cabalgó por el desvío hacia la garganta de la montaña llamada «Donde murió el asno», nombre que se le había dado por lo escarpado de la ladera. Los cascos del caballo resbalaban en la pizarra suelta. Sabía que el corazón palpitante y los músculos del animal resistirían. ¿Cuántas veces había recorrido aquel sendero, en otras carreras o por placer?

¡Pobre Jebey!

Jutelún volvió a bajar la montaña en dirección al muchacho, los restos de la cabra colgaban de su mano derecha y manchaban de sangre el flanco del caballo. Montado en su yegua negra, Jebey la miró sonriente. Después de todo, había decidido seguirla. Entonces, Jutelún comprendió lo que éste pensaba hacer: creía que ella sería débil y que podría quitarle la cabra en el desfiladero.

Jutelún frenó el caballo. Se miraron fijamente.

—No eres tan tonto como parece —dijo ella.

—¿Sería tan dramático ser la esposa de un kan? —contestó él.

—Soy hija de un kan. Por ahora me contento con eso.

Él le tendió la mano.

—Tal vez seas más rápida que yo a caballo, pero no eres lo suficientemente fuerte. ¿Crees que podrás pasar por mi lado con tu carga? —Ella se encogió de hombros. No había pensado que sería lo bastante ingenioso para atraparla de aquella manera. Hizo avanzar a su caballo al paso—. Nunca te he visto la cara, tal vez todavía desee que te quedes con tu cabra.

Las mujeres de la estepa no se velaban porque eran tártaras antes que mahometanas, pero Jebey sólo la había visto una vez y en aquella ocasión ella tuvo cuidado de mantener el rostro oculto por el pañuelo de seda morada, tal vez para irritarlo o intrigarlo. En aquel momento esperó mientras ella cogía la seda con la mano libre y la apartaba.

Jebey la miró fijamente. En realidad, nunca había imaginado un premio tan grande.

—¡Eres realmente guapa! —murmuró.

«Guapa —pensó ella— es lo que me dicen los hombres. Un don sin importancia para una princesa tártara. La belleza es el don de la sumisión, Más importante que eso es que soy más fuerte de lo que parezco».

Con un rápido movimiento de la mano derecha y de las caderas, le arrojó a la cara los restos peludos y llenos de sangre y lo tiró de la silla. Jebey se quedó quieto, inmóvil sobre las rocas heladas.

Jutelún ni siquiera le dirigió una mirada. Hizo pasar el caballo por encima de él y volvió al trote por el desfiladero.

Qaidu estuvo largo rato observando los restos de la cabra muerta que estaban a sus pies. Les dio una patada, como si esperara que aquella carne muerta volviera a la vida. Por fin miró a su hija. En su interior había risa y furia a la vez.

—De modo que has ganado.



—Jebey es tonto.

Qaidu miró al padre de Jebey, montado a caballo, con cara inexpresiva, por suerte demasiado alejado para oír aquella opinión del carácter de su hijo.

—Es el hijo de un kan.

—El viento sopla helado tanto sobre las cabras como sobre los príncipes.

Jutelún vio a sus hermanos en la entrada de la yurta de su padre, mirando desilusionados.

—Si al menos Tekuday se pareciera más a ti —le dijo Qaidu en voz baja. Y con aquellas palabras se volvió y entró en la yurta. Jutelún sonrió bajo la bufanda roja. No podía haberle hecho un cumplido mayor.

Después de que Jebey abandonara el campamento con su padre y la escolta de ambos para volver a las aguas heladas del lago Baikal, el clan decidió cambiar el nombre al desfiladero donde Jutelún acababa de ganar la carrera. A partir de ese día no se le conoció como «Donde murió el asno», sino como «Donde el asno fue tumbado por una cabra».

Fortaleza de los Templarios, Acre

Año de Nuestro Señor de 1260

Fiesta de la Epifanía

Josseran Sarrazini estaba solo y de rodillas. Una sola lámpara de aceite ardía en la capilla en la oscuridad que precede al alba; la imagen negra y dorada de la Virgen resplandecía en el altar. El gigante, de pelo castaño muy corto, inclinó la cabeza y dejó el cuerpo inmóvil, excepto los labios, que rezaban en silencio una oración mientras pedía perdón por aquel único pecado que no lograba perdonarse.

En su imaginación se encontraba lejos de las calles polvorientas y de los montes de olivos de Palestina; le parecía oír el crepitar de leños en una chimenea, el murmullo de la pesada nieve del Languedoc, el olor de las pieles húmedas y el frío de los muros de piedra.

—Sabía que estaba mal, pero no pude resistirme —murmuró.

Había ocurrido una mañana parecida a aquélla, clara y azul, no mucho después de la fiesta de la Natividad. Ella quería cabalgar por el bosque y, a petición de su padre, la acompañó. Montaba una yegua alazana, de un carácter tan orgulloso y suave como el de ella. Porque, en realidad, desde que había ido a vivir con ellos a la casa solariega, casi no se habían dirigido una sola palabra amable. No manifestaba que su presencia la impresionara más profundamente que la de su caballero. Y, sin embargo, pese a que el aliento de ambos se congelaba en el aire matinal y las ramas de los pinos estaban cargadas de nieve, él alcanzaba a notar el calor que ella despedía.

Cabalaron hacia el interior del bosque; la yegua metió una pata en una madriguera de conejos y dio un paso en falso. Ella cayó del caballo y permaneció quieta en el suelo helado. Él desmontó y corrió hacia ella, temiendo que se hubiera roto algún hueso. Pero cuando se agachó, los ojos de la mujer parpadearon y se abrieron, grandes y negros como el pecado, y él sintió que el estómago se le convertía en grasa caliente. Ella sonrió.

La miró fijamente. Sus labios eran rojos como la sangre, su piel tan tersa y blanca como una perla. Sintió que la Bestia le susurraba con una voz tan sibilante como la de la serpiente.

Ella murmuró que sólo se había lastimado el tobillo y le ordenó que la ayudara a subir al caballo.

«No pude resistirme».

¿La tentación fue demasiado fuerte o él fue demasiado débil? Al rodearla con los brazos sintió el calor de su cuerpo y, siguiendo un impulso, trató de robarle un beso.

Creyó que ella lo empujaría para rechazarlo, pero lo que hizo fue tirar de él para ponérselo encima. Él lanzó un quejido, ya incapaz de detenerse. Su virilidad, que todavía no había sido empleada, estaba dura como la madera de un roble, y se arrojó de cabeza a los portales apretados y húmedos que el Demonio tan descaradamente acababa de abrirle. Para su sorpresa, la penetró con rapidez. El corazón le latió casi dolorosamente contra las costillas y el pulso se le aceleró cuando notó con incredulidad lo que acababa de hacer.

¿Y qué recordaba de aquel primer encuentro con el demonio? El golpeteo de la sangre en los oídos, el pecho apretado, el ruido de los caballos que golpeaban la tierra helada y amarga, el sabor salado de la lengua de ella dentro de su boca. Una mezcla de sensaciones desesperadas, el suelo frío y duro bajo sus rodillas desnudas, el calor imposible de la carne de aquella mujer. Enfermo de culpa y, sin embargo, estimulado por el placer, era como si lo hubiera absorbido el remolino de una charca negra mientras extendía una mano hacia la luz.

Ella lo retenía con la dulce presión de su carne más íntima. Él le veía el rostro a través de una niebla de sangre y sus labios mostraban los dientes en una sonrisa que era más amarga que placentera. Igual que un animal.

Él trató de contener la explosión de condenable e insoportable placer, pero ésta lo dominó mientras maldecía su juventud y su inexperiencia.

Eyaculó con rapidez, y el calor lúbrico vació sus entrañas y lo dejó despojado y débil.

Ella lo empujó con rudeza para alejarlo y él permaneció tendido de espaldas, jadeando, mirando el cielo desvaído y sintiendo que la escarcha se derretía en su camisa. Vio cómo cojeaba hasta el caballo y lo montaba. Después se alejó y lo dejó allí, con su perfume y con los flujos de sus cuerpos entre las piernas.

No se habían dicho una sola palabra.

Igual que un niño, lloró por lo que había hecho, pero una hora después ya estaba pensando en repetir la obra del demonio.

Guillermo había estado sólo dos días en Ultramar, la Tierra Santa, y estaba escandalizado.

Acre formaba parte del reino de Jerusalén, y esperaba encontrar un baluarte de la devoción; pero los caballeros y señores encargados de la protección de aquel lugar sagrado se divertían y retozaban de una forma que no era mejor que la de los sarracenos. Había llegado sólo unos días antes en una galera mercante veneciana. Mientras permanecía en la popa, junto al capitán, observando la gran fortaleza que se alzaba sobre el mar, sintió una emoción evangelizadora y profunda. Allí estaba Palestina, a la que los francos llamaban Ultramar, el sagrado lugar del Nacimiento del Señor, la tierra bendita que una vez recorrieron los profetas, la tierra de los Testamentos, de Nazaret, de Jerusalén y de Belén. Era la culminación de sus sueños. Lleno de un repentino celo mesiánico, se le llenaron los ojos de lágrimas. Sobrecogido por la emoción, apretó la baranda de madera con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

«Mi Señor, mi Dios, permite que te sirva. Permite que muera por Ti, si ésa es tu voluntad».

El viento azotó las velas, y el timonel, que estaba en una plataforma elevada de la popa, se apoyaba sobre la larga caña del timón. Los marineros subieron por las cuerdas para ocupar sus posiciones en el palo de trinquete y en el palo mayor. La galera entró en el puerto mientras las olas golpeaban el gran fuerte. Pero, más allá de los torreones y barbacas, se alzaban las cúpulas de las mezquitas y los minaretes. Su presencia era un recordatorio de que incluso allí el Señor estaba sitiado. Hacía mucho que los Centros de reunión sarracenos habían sido consagrados y convertidos en iglesias cristianas, pero los gruesos muros del castillo era todo lo que separaba a los peregrinos de las hordas mahometanas. Con la pérdida de Jerusalén, Acre era un símbolo para toda la cristiandad, un puesto de avanzada de Dios entre los paganos.

Y él sería su salvador.

Las formidables expectativas que tuvo al llegar no se cumplieron. Lejos de ser un puesto de avanzada de lo sagrado, Acre era sólo otra maloliente ciudad sarracena. Judíos y mahometanos, con sus tocados y chadores, se arracimaban en las estrechas calles cubiertas de excrementos y de mugre, y el olor que se alzaba de los adoquines y del barro era casi tangible. En los bazares resonaban los gritos guturales de los comerciantes.

Por todas partes veía mahometanos de piel oscura y nariz ganchuda que lo observaban detrás de su *keffiyeh* con ojos de halcón que brillaban de odio. Se sintió ultrajado por las miradas que le dirigían, aunque no atemorizado, porque todas las puertas de la ciudad las custodiaban los centinelas templarios, fácilmente

distinguibles por sus sobrevestas blancas con cruces rojas.

Pero no fue sólo la proliferación de infieles lo que le asqueó. Los propios señores de Acre vivían de una manera que lo confundía, como habría confundido a cualquier buen cristiano que viviera en Provenza, en Lombardía o en Tolosa. Los palacios donde vivían tenían suelos de mármol, paredes cubiertas de alfombras de seda y altos techos. Una vida de suntuosa decadencia, ofensiva para un cristiano temeroso de Dios.

La noche de su llegada le ofendieron ofreciéndole un baño. Los caballeros que había conocido hasta aquel momento usaban togas sueltas de seda e incluso turbantes, imitando a los sarracenos. Y las mujeres vestían como musulmanas, con velos y túnicas cubiertas de joyas, y usaban henna y perfumes, como cualquier hurí de Damasco.

No era lo que esperaba encontrar al salir de Roma.

En Ultramar, la causa sagrada había sufrido desastre tras desastre durante las dos últimas décadas. Jerusalén, que había sido arrebatada a los infieles por petición del Papa mil cien años después del nacimiento de Nuestro Señor, estaba de nuevo en manos de los sarracenos, saqueada en 1244 por una horda de turcos juwarizmíes pagados por el sultanato ayubí. Hacía sólo una década que el propio Luis IX de Francia había tomado la cruz para salvar la Ciudad Santa de los herejes, pero su expedición terminó en un desastre ocurrido en el delta del Nilo, donde le hicieron prisionero y cobraron un rescate por él.

Guillermo creía que las ciudades que permanecían en manos cristianas (Acre, Antioquía, Jaffa y Sidón) aún dedicaban todas sus fuerzas y energías a la recuperación de la Ciudad Santa. En cambio, era evidente que prosperaban comerciando abiertamente con los sarracenos y manteniendo buenas relaciones con ellos. Los mercaderes de Génova, Pisa y Venecia peleaban con mayor frecuencia entre ellos que contra los infieles, y les interesaba más el comercio que luchar por Cristo. La gran mezquita de Acre había sido convertida, y con justicia, en una iglesia cristiana, pero Guillermo se escandalizó cuando descubrió una capilla lateral reservada para que rezaran los mahometanos. Le escandalizó aún más descubrir que la mezquita del Pozo Oxen's no había sido consagrada y que los mahometanos todavía oraban allí abiertamente; y su asombro fue mayor al ver un altar cristiano junto al de los infieles.

La ciudad no era ningún santuario para almas cristianas, el centro de rechazo a los sarracenos que él esperaba encontrar. Durante la noche los hombres morían en refriegas, y las prostitutas y los vendedores de hachís llenaban las calles.

Pero él estaba allí por encargo especial del Papa y no podía permitir que la decadencia que se insinuaba dentro de aquellos muros le impidiera cumplir con su misión. Por las noticias que acababa de recibir, parecía que no podía perder un solo

momento.

El reino de Jerusalén estaba gobernado por un monarca, con la ayuda del consejo de barones, formado por los principales señores y sacerdotes del reino. Pero durante dos años no se habían reunido en consejo, y los dominios cruzados de Acre y de Tiro estaban en aquel momento a punto de iniciar una guerra civil por la sucesión a la corona entre los partidarios del rey Hugo II de Chipre y los del príncipe Conradino, el nieto del sacro emperador romano, ambos de seis años de edad.

No era un buen momento para pelear. Hacía ya tres años que los ejércitos tártaros se movilizaban hacia el oeste; en Alamut habían destrozado la ciudadela de la montaña de los temidos hassasí, y luego habían saqueado Bagdad, donde mataron a cientos de miles de personas, enrareciendo tanto el aire con el hedor de los cadáveres que hasta sus soldados se vieron obligados a retirarse de la ciudad. En aquel momento, bajo el mando de su kan, Hulagu, habían llegado a las puertas de Alepo, en Siria.

Y tras Alepo, Tierra Santa estaba ante ellos.

Un salón de mármol con grandes techos abovedados, las paredes suntuosamente cubiertas de alfombras de seda. Muchos de los barones estaban reunidos cuando Guillermo llegó. Su aspecto era severo con aquel hábito marrón y la cabeza rubia tonsurada; su expresión y modales mostraban el desprecio que le merecían aquellos seres de alta alcurnia.

Consideraba que el lujo que aquellos señores se permitían era bastante reprobable mientras Jerusalén siguiera en manos de los infieles. Guillermo miró a su alrededor. El salón se abría a un patio sombrío en cuyo centro había una fuente. Las ventanas de una de las paredes daban al mar. Los caballeros cristianos, vestidos como sarracenos, se encontraban tumbados en divanes, y mujeres sarracenas, vestidas con *ferijdes* de seda y con las muñecas y los tobillos adornados con ajorcas de oro, les servían zumos y refrescos en jarras de plata. Había pequeñas mesas con bandejas de bronce llenas de higos y trozos de melón. En un rincón del salón, otros sarracenos tocaban tambores e instrumentos de cuerda parecidos a laúdes.

—Hermano Guillermo —dijo un barón—, lamento que no estemos listos para darte la bienvenida. Me temo que no tenemos preparada ninguna cama de clavos, sólo estos mullidos cojines.

Hubo un murmullo de risas.

Guillermo no hizo caso de la mofa. Los últimos días lo habían preparado a no esperar otra cosa de aquellos señores sin Dios, por muy caballeros que fueran. Se acercó a una ventana y miró el mar de invierno. Una brisa que soplaba de tierra firme llenaba las olas de espuma bajo el cielo azul. En Roma habría nieve en los abetos y hielo en las fuentes.

Se volvió hacia el salón y miró aquella reunión de grandes señores. Reconoció a Julián, conde de Sidón y Beaufort, un hombre grandullón y apuesto que lucía una elegante toga de seda adornada con piedras preciosas. Lo conocía por su fama de fanfarrón y de mequetrefe. También estaba el corregidor de Bohemundo de Antioquía; a su lado, Godofredo de Sargines, baile del reino de Jerusalén, y, junto a él, el viejo conde Juan de Jaffa. Tendría quizás un aliado en aquel viejo caballero. Había varios representantes de la comunidad veneciana de mercaderes, y también estaba el patriarca de Jerusalén, Reinaldo. Los genoveses y el señor de Tiro, Felipe de Montfort, habían declinado la invitación igual que el gran maestre de los hospitalarios, debido al conflicto que había entre ellos y los venecianos.

A Guillermo todavía le sorprendía que los buenos cristianos lucharan entre ellos cuando los sarracenos aullaban a las puertas de sus ciudades.

Los miembros de las órdenes militares llamaban la atención, como los templarios, con sus sobrevestas que exhibían la cruz roja en el lado izquierdo del pecho.

Llevaban barba y el pelo muy corto, en contraste con el pelo largo y las caras completamente afeitadas del resto de los caballeros.

Guillermo también reconoció al gran maestro de los caballeros templarios, Tomás Berard, el inglés. Llevaba consigo una escolta de diez soldados que esperaban junto a la puerta, una presencia silenciosa pero amenazante.

Guillermo sospechaba de todos los templarios, a pesar, o quizá a causa, de la posición única que ocupaban dentro de la cristiandad. La misión de la orden era proteger a los peregrinos en Tierra Santa y luchar del lado de Cristo. Eran, sin duda alguna, la fuerza militar más disciplinada de Ultramar y, a diferencia de otros caballeros y señores, no debían su lealtad ni sus armas a ningún rey, sino que sólo respondían ante el Papa. Sin embargo, debido a que el servicio dentro de la orden garantizaba la remisión de todos los pecados, los templarios atraían a sus filas a violadores, herejes e, incluso, asesinos, así como a los resentidos y a los independientes. En realidad, descontentos de todas clases.

En opinión de Guillermo, eran peligrosos.

Berard había llevado consigo un acompañante a la reunión. Un gigante de barba castaña que permanecía detrás de él, apoyado contra la pared, con una sonrisa benévola pero indiferente. Lo presentaron como Josseran Sarrazini, de Tolosa.

Guillermo sintió odio por él inmediatamente.

A pesar de la vulgaridad evidente en aquella ilustre reunión, Guillermo detectó una tensión palpable en el ambiente. Todos conocían el problema por el cual habían sido citados allí aquel día.

Godofredo de Sargines, como baile, puso orden en la reunión. Describió las últimas noticias recibidas de Oriente y las grandes victorias logradas por los tártaros en los últimos meses.

—La cuestión que discutimos —concluyó— es si hacemos frente a esos tártaros como una amenaza a nuestra soberanía en estas tierras, o los abrazamos como aliados en nuestra lucha contra los sarracenos.

—Tal vez ya sea demasiado tarde —dijo un barón, Juan de Beirut, mientras chupaba un higo—. Tenemos noticia de que Bohemundo de Antioquía ya ha corrido a someterse a Hulagu como un perro que suplica las sobras.

Hugo de París, el representante de Bohemundo en la reunión, resopló indignado.

—¡Sólo se trata de una alianza prudente! A cambio de su cooperación, mi señor Bohemundo ha logrado que los tártaros le prometan todas las tierras que hay entre Alepo y Antioquía.

—¡La mayor parte de las cuales ya pertenecen a Bohemundo!

—Hulagu se ha ofrecido a marchar con él y con el rey Hetum de Armenia para tomar Jerusalén —continuó diciendo Hugo, haciendo caso omiso de sus detractores.

—Para tomarla, sí. Pero ¿nos permitirá conservarla?



El conde Julián, situado en el diván, les dirigió una sonrisa despectiva.

—Bohemundo ha conseguido lo que quería. Hulagu le ha garantizado un territorio añadido.

—Que de todos modos los tártaros han saqueado y quemado.

—Los tártaros declaran que su kan tiene derecho al dominio universal —gritó Juan de Jaffa—. ¡Eso es blasfemo! ¡Es una afrenta a la Iglesia cristiana, igual que la presencia de los sarracenos en el Santo Sepulcro!

Tomás Berard, el templario, habló con voz meliflua.

—En este caso, nuestra posición no es fuerte. Si firmamos un tratado con ellos, es posible que echemos a perder la situación de los sarracenos.

—¿Firmar un tratado con ellos? —gruñó Juan—. ¿Debemos olvidar lo que hicieron en Polonia y en Hungría? Sólo han transcurrido dos décadas desde que asolaron la mitad de la cristiandad e incendiaron y violaron todo lo que encontraron en su camino casi hasta las puertas de Viena. ¿Y hablas de firmar un tratado con ellos? ¡Sería como librarse de un perro no deseado metiendo un oso en tu casa!

Guillermo era una criatura cuando ocurrieron los acontecimientos descritos por Juan, pero todavía recordaba el terror creado por la invasión de los tártaros. Las hordas aparecieron de repente por Oriente, ocuparon vastas superficies de Rusia, destruyeron ciudades enteras y mataron a millares de personas. Tomaron Moscú, Rostov y Kiev, luego diezmaron los ejércitos de Polonia y Silesia. En la batalla de Liegnitz pasaron a cuchillo a los caballeros de la Orden Teutónica y luego cortaron una oreja a cada cadáver y usaron ese horrible trofeo para hacerse collares mientras se dirigían a Hungría y Dalmacia.

Guillermo recordaba que Augsburgo, su ciudad, había sido invadida por una plaga de ratas negras que habían seguido a los tártaros a Europa. En aquellos tiempos, muchos creyeron que los jinetes del demonio habían surgido del mismo Hades para castigar a aquellos que no eran fieles a Cristo. Casi todos los habitantes de la ciudad se refugiaron en la iglesia convencidos de que había llegado el momento del Juicio Final. Y tan repentinamente como aparecieron, los tártaros desaparecieron cabalgando por el camino por el que habían venido.

—Esos tártaros no son hombres —decía otro de los barones—. Se comen a sus prisioneros. Violan a las mujeres hasta que mueren y luego les cortan los pechos para hacer adornos. Comen serpientes y beben sangre humana.

—¿No os habéis enterado de lo que hicieron en Maiyafaqin? —señaló otro de los caballeros—. Cogieron prisionero al emir y le cortaron trozos de carne, la asaron a fuego lento y luego lo obligaron a comérsela. Tardó muchas horas en morir.

—Naturalmente, en Ultramar nunca nos hemos inclinado por actos tan bárbaros —observó con una sonrisa irónica el llamado Jossieran Sarrazini.

La conversación se detuvo por un momento y los demás lo miraron fijamente,

inquietos por la mofa que acababa de hacer de sus conciencias. Pero Berard no lo reprendió. En lugar de ello, esbozó una sonrisa indulgente.

—También afirman que, en Bagdad, los musulmanes fueron obligados a inclinarse ante una cruz que llevaban en procesión por la calle —señaló—. Una mezquita fue convertida en iglesia para celebrar una misa. Hasta se dice que ese general Hulagu es descendiente de uno de los tres reyes que le llevaron regalos a nuestro Salvador. De hecho, ¿no informó Guillermo de Rubroek de que la esposa del propio Hulagu era cristiana? ¿Qué otra prueba necesitáis de que estos tártaros están aquí para impedir que la Tierra Santa siga en manos de los sarracenos?

Guillermo recordaba a aquel Rubroek, un monje franciscano al que el rey Luis envió como emisario a tierras tártaras. Había viajado por Rusia hasta la capital tártara hacía unos cinco años, y retornó con la historia de que había cristianos entre los bárbaros, y que uno de ellos era la esposa de aquel Hulagu, que según Rubroek era hermano del rey. El crédito que se pudiera conceder a sus afirmaciones era otra cuestión.

Anno von Sangerhausen, gran maestre de la Orden de los Caballeros Teutónicos, fue el siguiente en hablar. No le gustaban los templarios, pero al menos en ese punto estaban de acuerdo. Tal vez no tuviera deseos de que su propia oreja sirviera de adorno a algún oficial tártaro. Sacudió los guantes de cuero en la palma de la mano, con impaciencia.

—Propongo que parlamentemos.

Godofredo se masajeó la barbilla, turbado por la inevitable división que había entre los presentes.

—Antes de que tomemos ninguna decisión al respecto, debo informaros del resto de las novedades. Hemos recibido, bajo bandera de tregua, un mensaje de los sarracenos, de su sultán Baybars. Desea ofrecernos una alianza contra los tártaros.

—¡Desde luego que lo desea! —estalló Berard, riendo—. Los tártaros lo están arrasando todo.

—Yo digo que no tenemos que aliarnos con ninguno de ellos —gritó el conde Julián—. Todavía no. Que sus ejércitos luchen. Cuando ambos estén extenuados, podremos volver a pensar en el asunto. Ponernos del lado del victorioso, si todavía es fuerte; destrozarlo, si es débil. Pase lo que pase, no podemos perder.

Y así siguieron, hora tras hora hasta que las sombras se fueron deslizando por el patio y las primeras estrellas aparecieron en el horizonte de terciopelo que se veía al otro lado de la ventana. Guillermo sentía que su frustración aumentaba. Aquellas conversaciones no los llevaban a ninguna parte. En su interior estaba de acuerdo con Juan de Jaffa, los tártaros eran tan abominables como los sarracenos. Pero él había recibido su sagrada misión del propio Papa y, fuera cual fuese el resultado de aquella reunión, debía llevarla a cabo.

—¿Y qué dices tú, Guillermo? —preguntó Godofredo por fin, aparentemente extenuado por las discusiones que hacía horas que se sucedían.

Guillermo se volvió.

—Tengo en mi poder una carta del pontífice para el kan de los tártaros que debo entregar personalmente.

—¿Y qué dice? —preguntó Godofredo.

—Se me ha encargado que entregue esa carta al kan tártaro, no al baile de Jerusalén. También debo llevar la respuesta en persona al Santo Padre. No puedo decir más. —Guillermo se sintió encantado al ver las expresiones de enfado y de disgusto en los rostros de los caballeros que lo rodeaban—. El Santo Padre también me encargó predicar a los tártaros la doctrina de nuestra fe, y me ha concedido autoridad para establecer iglesias y ordenar sacerdotes entre ellos.

—¿El Papa desea una tregua con los tártaros? —preguntó Juan de Jaffa, con la voz estrangulada por la incredulidad.

—No me jacto de conocer los pensamientos del Santo Padre. Pero igual que vosotros ha recibido informes de que hay cristianos entre ellos y siente que, tal vez, haya llegado el momento de cumplir la voluntad de Dios y hacerlos entrar en los brazos de nuestra Santa Madre Iglesia.

Notó que varios de los presentes murmuraban en voz baja. Era posible que fuesen cristianos, pero no todos veneraban al Papa como era debido.

Un silencio lóbrego cayó sobre la discusión.

—¿Y qué hay del preste Juan? —preguntó alguien.

El preste Juan, un descendiente de los Reyes Magos, un legendario sacerdote-rey que llegaría de Oriente para salvar a la cristiandad en su hora más negra. Su nombre había sido mencionado en Roma hacía casi ciento cincuenta años.

—¿No es un poco viejo para salvarnos? —murmuró Josseran.

Varios de los presentes le dirigieron miradas agudas. Pensaban como él, pero no convenía expresar aquellos pensamientos en voz alta.

Guillermo le dirigió una mirada intensa, a la que Josseran prefirió no prestar atención.

—Algunos creen que los tártaros pudieron haber vencido a Juan y que su rey se casó con la hija de éste. Entonces, es su descendiente quien se sienta en el trono tártaro y por eso oímos hablar de cristianos entre ellos. Es posible que todavía encontremos allí nuestra salvación.

—Es una posibilidad que no debemos pasar por alto —dijo Godofredo.

Tomás Berard asintió con la cabeza.

—Si el padre Guillermo desea encontrarse con Hulagu, nos sentiremos felices de facilitarle las cosas, tal como requiere nuestra orden.

—¿Qué sugieres? —preguntó Godofredo.

—Podemos hacer los arreglos necesarios para que sea escoltado hasta Alepo, protegido por una bandera de tregua, para que entregue su carta. Uno de mis caballeros puede servirle de acompañante y de intérprete. También puede actuar como espía para que conozcamos mejor la mente de los tártaros antes de proceder.

Godofredo asintió, pensativo.

—¿Piensas en alguien para esa misión?

—¡Naturalmente! Habla persa y árabe, y es una persona tan versada en la diplomacia como en las armas. —Berard sonrió y miró por encima del hombro a Josseran Sarrazini—. En realidad, es el enviado perfecto.

## Valle de Fergana

Las estepas aparecían espolvoreadas de nieve y el aire se había levantado bajo un cielo de un azul infinito. Dos figuras envueltas en pieles se recortaban contra el sol de la mañana, los caballos de ancho pecho marchaban al paso. Ellos y sus jinetes no eran más que oscuras manchas en el horizonte invernal, ante los imponentes muros del glaciar que rodeaba el valle.

—¡Tenías que ganar! —dijo Tekuday—. Ese muchacho habría sido un esposo tan bueno como cualquier otro. Papá lo quería. Su padre lo quería. Yo creo que tal vez hasta tú lo deseabas. Pero no. Tenías que ganar. Siempre tienes que ganar. —Ella no le hizo caso. Su aliento formaba nubes blancas en el aire—. En algún momento tendrás que casarte —insistió él.

«Está celoso», pensó ella. Aquella envidia ardía en su interior porque no se parecía en nada a Gerel. Gerel estaba borracho a todas horas de tanto beber *kumis* negro. No le interesaba nada más. Tekuday era un guerrero con el alma de guerrero. Pero simple. No tenía ni la inteligencia de un general ni el cuerpo atlético de un buen jinete. Ella sabía que los dioses la habían favorecido con ambas cosas, y a su hermano le dolía que ella fuese mejor cazadora y mejor jinete. Y que en muchos sentidos fuera la preferida de su padre.

—¿Qué piensas hacer? No podrás usar siempre la faja.

Los dos lo vieron al mismo tiempo, el único movimiento en aquella estepa vasta y desierta. Dos marmotas, ardillas quizá, a doscientos pasos de distancia, las pieles anaranjadas y brillantes en medio del desierto blanco, silbando perplejas por la aparición de aquellos intrusos. Una se enterró con rapidez, la otra vaciló, moviendo la cabeza y manteniendo la cola erecta.

Fue Jutelún quien primero se llevó el arco al hombro; la flecha ya la tenía lista en la otra mano, con un movimiento tan rápido y habitual que le resultaba tan natural como parpadear. La primera flecha, no habría tiempo para una segunda, se clavó limpiamente en la pequeña criatura, le atravesó la cabeza, causándole una muerte rápida y sin sufrimiento. Más comida para la olla de aquella noche, más carne para los guisos del invierno.

A su lado, Tekuday todavía no había tirado hacia atrás el hilo del arco. Lo bajó con lentitud y volvió a poner la flecha en la aljaba de madera que llevaba en la cintura. Las miradas de ambos se encontraron. Jutelún no dijo nada. Ya tenía la respuesta.

## Fortaleza de los templarios, Acre

La luna en cuarto creciente se alzaba sobre el faro, una perfecta media luna, una luna sarracena. Josseran estaba en el parapeto y miraba la ciudad dormida. Por tres de sus lados, Acre estaba rodeada por el mar, al norte la protegían enormes murallas y fosos. La ciudadela de los templarios había sido edificada en el extremo sur de la península y sobresalía hacia el mar dominando las playas del sur y del oeste. Josseran alcanzaba a oír el ruido que hacían las olas al romper contra las rocas.

El gran monasterio de San Sabas se alzaba en medio de la oscuridad en lo alto de una colina situada entre el barrio veneciano y el genovés. Los monjes lo habían abandonado hacía varios meses, e inmediatamente se había convertido en un tema de discusión entre las comunidades rivales de mercaderes de Venecia, Génova y Pisa, que vivían cerca del puerto. Cada una de ellas trató de apoderarse del monasterio, primero en el consejo de barones y, luego, por la fuerza. Las refriegas de la calle condujeron a una verdadera guerra civil en la que los barones y las órdenes militares se vieron forzadas a apoyar a Génova o a Venecia. Después de todo, la supervivencia de los estados cruzados dependía del poder marítimo de los mercaderes italianos.

La guerra culminó con la batalla naval de Acre, sólo dieciocho meses antes, en la que los venecianos hundieron veinticuatro *buccas* genovesas y se llegó a una paz tensa, un apañó logrado por el Papa y por Antioquía, pero la disputa seguía en pie y los genoveses habían abandonado Acre para instalarse en Tiro, en el norte.

Josseran alcanzó a ver mojones en la oscuridad, la alta y graciosa silueta de la iglesia de San Andrés, el palacio del gobernador del barrio veneciano, la catedral de la Santa Cruz, el monasterio dominico en Burgos Novos y, a lo lejos, sobre las murallas del norte, la torre Maldita y la torre de San Nicolás. Miró con atención las siluetas de la ciudad dormida y pensó en el viaje que le esperaba. Todo ello, inevitablemente, lo llevó a pensar en el viaje que ya había hecho.

Hacía cinco años que estaba en Ultramar y apenas se reconocía en el fanático que pisó por primera vez aquellas playas, fervoroso, temeroso, con la conciencia cansada. Cuando abandonó Francia, pidió un préstamo de dos mil chelines a la preceptoría templaria de Tolosa para llegar a Acre, así como cuatro mulas de la abadía de Carcasona. Como retribución ofreció a los templarios propiedades que pasarían a pertenecerles si no volvía de su peregrinación.

Cinco años.

No había cambiado tanto. En su país, él y sus compatriotas francos se vestían con pieles y saciaban su apetito con enormes platos de carne de vacuno y cerdo. Pocas veces se lavaba, convencido de que eso le helaría el cuerpo y le causaría

enfermedades. En aquel momento pensaba en el antiguo Josseran Sarrazini como poco más que un salvaje. Allí comía poca carne pero tenía bandejas de cobre llenas de naranjas, higos y melones, y bebía zumos en lugar de vino caliente. Se lavaba al menos tres veces por semana.

Al principio, recién llegado a Tierra Santa, odiaba a los sarracenos y creía, como le habían enseñado de niño, que eran la personificación del mismo demonio. Después de vivir cinco años en Acre, usaba ropa y turbantes al estilo sarraceno y había aprendido de aquellos demonios algo de matemáticas, astronomía y poesía. El Temple incluso mantenía prisioneros mahometanos como artesanos y fabricantes de corazas y de sillas y, con el tiempo, Josseran había hecho amistad con varios de ellos; hasta llegó a considerarlos hombres iguales a él.

Su régimen como templario era estricto. En invierno sus días empezaban antes del amanecer; después de los maitines, inspeccionaba los caballos y los arneses, las armas y la armadura, los suyos y los de su superior. Después se dedicaba a su entrenamiento y al de sus hombres, que consistía en la práctica constante con lanza, maza, espada, daga y escudo. Comía por primera vez a mediodía y no volvía a hacerlo hasta el atardecer. Rezaba una docena de docenas de padrenuestros cada día, catorce por hora y dieciocho en las vísperas.

Ya había hecho su peregrinación, había cumplido su penitencia sirviendo los cinco años que había prometido. El capellán aseguraba que le habían sido perdonados todos sus pecados. Entonces ¿por qué seguía sintiendo aquel peso en el corazón? Pronto le llegaría la hora de volver a Francia y de hacerse cargo del patrimonio de su padre en el Languedoc. Se preguntaba por qué no estaba más impaciente por volver a casa.

En la oscuridad oyó pasos en la piedra y se volvió. Llevó la mano instintivamente a la espada. ¡Había tantos criminales en aquella ciudad! Estaban rodeados por el odio.

—Guarda tu espada, templario —dijo un hombre en latín. Reconoció la voz. Era Guillermo, el fraile dominico—. Me dijeron que te encontraría aquí.

—Muchas veces busco consuelo en la noche.

—¿Y no en la capilla?

—Aquí arriba hay menos hipócritas.

Josseran no alcanzaba a ver en la oscuridad el rostro del fraile, el cual se acercó a las almenas y miró hacia el puerto, de modo que se podía ver su silueta.

Los dominicos. *Domini canes* como algunos graciosos los llamaban, «los perros del Señor». La orden fue fundada por el español Domingo de Guzmán, al que llamaban santo Domingo, durante la cruzada del Languedoc, cuando se impuso la

tarea de perseguir todas las formas de herejía y de poner Europa bajo el dominio de los clérigos. Sus frailes recorrían la cristiandad predicando a la gente del pueblo e instruyendo a cabecillas civiles y religiosos, y se adherían estrictamente a los principios de pobreza y castidad, dedicando su vida a inspirar deferencia por el sagrado obispado. Sólo a ellos les asistía el derecho, concedido por el Papa, de predicar y confesar en cualquier parte de la cristiandad, y ocupaban un lugar especial en Roma como los aliados de más confianza del pontífice. El cargo de magister *sacri palatii*, el teólogo personal del Papa, había estado en manos de un miembro de la orden desde los tiempos del propio Domingo. En 1233, Gregorio IX les encargó la sagrada tarea de la Inquisición.

—Parece que seremos compañeros —dijo Guillermo.

—No es lo que yo habría preferido.

—Yo tampoco. He oído hablar de los vicios y traiciones de los templarios.

—Yo he oído las mismas cosas de los sacerdotes.

Guillermo lanzó una corta carcajada.

—Tengo que saberlo. ¿Por qué te escogieron?

—El gran maestre piensa que tengo ciertas aptitudes para la diplomacia. También sé usar la espada y soy un jinete más o menos bueno. Y hablo varios idiomas. Es un don que Dios quiso que poseyera. ¿Tú hablas algo aparte del latín?

—¿Como qué?

—Es difícil comerciar en Ultramar a menos que hables un poco de árabe.

—El idioma de los paganos.

Josseran asintió con la cabeza.

—Cuando caminaba por las calles de Jerusalén, Nuestro Señor hablaba en latín, por supuesto. —Guillermo no contestó y Josseran sonrió en la oscuridad. Una pequeña victoria—. De modo que sólo hablas latín y alemán. ¡Qué buen embajador ha elegido el Papa para Oriente!

—Ya que serás mi intérprete, espero que me sirvas con fidelidad. Josseran tuvo que refrenarse ante las implicaciones del comentario.

—Será útil que recuerdes que seré tu escolta, no tu sirviente.

—Tienes que saber que no toleraré intromisión alguna en mis planes.

—¡Si me cruzo en tu camino, siempre puedes seguir el viaje solo!

Guillermo se dio la vuelta en la oscuridad. Josseran frunció el entrecejo. ¡Sacerdotes! Pero las instrucciones del gran maestre eran claras. La regla de los templarios le imponía tratar bien a Guillermo y soportar su arrogancia durante todo el trayecto hacia Alepo. Gracias a Dios, el viaje no duraría más de un mes.

Se volvió hacia la noche y sus estrellas, mientras se preguntaba adónde lo llevaría el destino en la próxima luna llena.



Al amanecer del día siguiente, Josseran llegó al muelle con su escudero, un tal Gerardo de Poitiers, y con provisiones para el viaje. Llevaba consigo tres caballos. Había dejado su montura grande de guerra, su destrero, pero llevaba una yegua persa blanca, *Kismet*, su favorita. Guardaron los regalos para el kan tártaro en un arcón. Había una espada con incrustaciones de oro e inscripciones árabes, una escribanía de ébano también con incrustaciones de oro, una cota de malla con protección para el cuello y un casco, algunos guantes de cuero rojo y un puñado de rubíes. También había una cantidad de dinares de oro árabes y dracmas de plata que se encontraban a su disposición, para usar como le pareciera conveniente.

Abordaron la galera de dos cubiertas y se reunieron con el capitán en la de popa. La mañana estaba tranquila y la bandera con la cruz roja de extremos anchos colgaba floja. Josseran observaba cómo descargaban las ollas de un carro que traqueteaba. Por la planchada subieron los caballos de carga que transportarían las provisiones, seguidos por los sirvientes que llevaban para que los atendieran y prepararan la comida. Por fin apareció Guillermo llevando la sombría capa negra con capucha de su orden encima de un hábito de lana. Tenía el rostro gris.

—Espero que esta mañana te encuentres bien —dijo Josseran.

Guillermo sacó del hábito un pañuelo perfumado y se lo llevó a la nariz.

—No sé cómo es posible que un hombre soporte tal hedor.

El hedor, era cierto, resultaba insoportable. Provenía de abajo, donde se encontraban los esclavos mahometanos engrillados a los remos, encadenados a los bancos de madera, con los tobillos hundidos en el agua de la sentina, donde flotaban sus excrementos.

—Desde que estoy en estas tierras he aprendido que un hombre puede acostumbrarse a cualquier bajeza —dijo Josseran. Se volvió y le murmuró a Gerardo, que estaba a su lado—: Incluso a las de los clérigos.

No era del todo cierto. La idea de encadenar hombres a los remos le ofendía tanto como al fraile.

—Me temo que se me revolverá el estómago —dijo Guillermo.

—Entonces te conviene hacerte a un lado —aconsejó Josseran y lo condujo a estribor.

Instantes después oyeron al fraile vomitar el desayuno.

El redoble de un tambor, el ruido del látigo del capataz y el tintineo de las cadenas se mezclaban con los quejidos de los esclavos mientras la galera se alejaba del muelle. Con lentitud, el barco fue adquiriendo velocidad. Los remos se hundían un instante,

el agua de mar brillaba en sus hojas, y luego se movían al compás del gran tambor, mientras la galera cruzaba las aguas mansas del puerto en dirección al malecón.

Josseran permaneció en la popa y miró hacia atrás, a la plaza llena de columnas del barrio veneciano, con sus tres grandes puertas abiertas al mar, y los fondaques, en los que flameaban los gallardetes del León Dorado sobre la plaza. Junto a la Puerta de Hierro se elevaba un muro vertical que protegía el viejo barrio genovés.

Bajaron la cadena y la proa rodeó el rompeolas y se volvió hacia estribor a la sombra de la Torre de las Moscas. Josseran levantó la vista y miró las familiares barbacas de la fortaleza de los templarios que se alzaba sobre el cabo del Terror.

Tenía la incómoda sensación de que nunca volvería a verlas.

Josseran y Guillermo hablaron poco durante el viaje por mar hacia el norte. Reinó una palpable tensión en la galera hasta que pasaron Tiro, porque tanto genoveses como venecianos seguían atacando los barcos mercantes del otro, y nadie estaba seguro, ni siquiera tratándose de una galera de los templarios. Los soldados merodeaban entre los aparejos, con los arcos colgados del hombro y los rostros sombríos.

Josseran se sintió gratificado al notar que el buen fraile pasaba casi todo el tiempo inclinado sobre la borda de popa, arrojando bilis al mar. No solía encontrar satisfacción en los malestares de otros hombres, pero de alguna manera Guillermo le invitaba a hacerlo. El dominico llegó a Antioquía sucio y maloliente. Mientras permanecían en el embarcadero de San Simeón, hasta *Kismet* movía nerviosamente los ollares cuando sentía su olor.

—No creo que en Antioquía tengas problemas para encontrar una casa de baños —le dijo Josseran, cuando su conciencia lo urgió a hacer un esfuerzo por tranquilizarlo.

Guillermo lo miró fijamente, como si acabara de blasfemar.

—¿Estás loco? ¿Quieres que enferme y muera?

—En este clima encontramos que esos excesos son bienvenidos y hasta necesarios.

—Indulgencias es lo único que he encontrado hasta ahora entre tú y tus compañeros.

Guillermo bajó al muelle, trastabillando.

«Éste será un largo viaje —pensó Josseran—. Un viaje muy largo».

## Antioquía

El emperador Justiniano había hecho construir tres murallas bizantinas, una que se extendía sobre el río Orontes, y otras dos que escalaban las alturas del monte Silpius hasta la ciudadela. Más de cuatrocientas torres del gran castillo dominaban las planicies de alrededor de Antioquía.

Era posible que el príncipe Bohemundo hubiera negociado una tregua con los tártaros, pero, a primera vista, Antioquía no le pareció a Josseran una ciudad que hubiera encontrado su liberación. El miedo se pintaba en los rostros de los soldados que patrullaban las puertas y las murallas, y hasta los mahometanos se apresuraban por las calles de los viejos barrios con las cabezas gachas y hablando en voz baja. Todos estaban enterados de lo que les había pasado a sus correligionarios en Alepo y Bagdad.

A regañadientes, Bohemundo recibió a Josseran y los suyos en el castillo. No sentía un amor especial por el Papa ni por ninguno de sus emisarios y por deferencia a su suegro, el rey Hetum de Armenia, recientemente había reemplazado al patriarca católico de la ciudad por un obispo de la Iglesia Ortodoxa Griega. Pero convenía no ofender a los templarios de Ultramar.

El castillo se alzaba por encima de las casas enjalbegadas que trepaban las pendientes del monte Silpius hasta las estrechas y zigzagueantes calles de la ciudad. A través de la niebla que se agarraba a las planicies se alcanzaba a ver el brillo distante del mar en San Simeón. El aire fresco y la brisa salina le llevaron a Josseran recuerdos de Provenza.

El palacio estaba suntuosamente amueblado y espléndidas alfombras cubrían los suelos. En las paredes de la cámara privada de Bohemundo se alineaban millares de libros primorosamente encuadernados, muchos de ellos en idioma árabe, libros eruditos de Oriente sobre alquimia y física y lo que los persas llamaban *al'jibra*.

Vio que Guillermo levantaba una ceja en una mueca de desprecio.

Cuando entraron, Bohemundo estaba sentado en un diván bajo. Ante él había una mesa en la que se amontonaban frutas; en el suelo había una inmensa y llamativa alfombra cuyo centro era una lámpara votiva tejida en carmesí, oro y azul. En la chimenea ardía el fuego.

—¿Así que vais a convertir a los tártaros al cristianismo? —preguntó Bohemundo.

—*Deus le volt* —contestó Guillermo, empleando las palabras con que fue enviada

la primera cruzada a Tierra Santa—. Dios lo quiere.

Bohemundo parecía al mismo tiempo irritado, asustado y divertido.

—Bueno, ya sabéis que la esposa de Hulagu es cristiana —dijo.

—He oído tales rumores.

—No son rumores. Es verdad.

—¿Y ese Hulagu?

—El señor de los tártaros es un idólatra. Lo he tratado. Tiene ojos de gato y huele a cabra salvaje. Sin embargo, ha humillado a los sarracenos en sus propias ciudades, algo que nosotros no hemos podido hacer en ciento cincuenta años de guerra. —Se volvió hacia Josseran—. ¿Y qué me dices de ti, templario? ¿Eres sólo la escolta de nuestro fraile aquí presente, o piensas aliarte con ellos como lo he hecho yo?

Josseran se quedó intrigado por ese comentario. ¿Tendría un espía en Acre? ¿O tal vez estaba sólo preocupado por la ambivalencia de su posición?

—Yo no soy más que un humilde caballero, mi señor —contestó Josseran.

—Todavía no he conocido a ningún templario al que pueda llamar humilde.

Bohemundo se acercó a la ventana. Debajo de la ciudadela un pastorcillo subía tras sus cabras, que se alejaban corriendo a través de montes de olivos y campos desnudos de piedra caliza.

—¿Qué dicen de mí en Acre?

Josseran supuso que él ya debía de conocer la respuesta a su pregunta, de manera que contestó:

—Hay algunos que os llaman sabio, otros os llaman traidor.

Bohemundo siguió dándoles la espalda.

—El tiempo os demostrará a todos que lo que ha motivado mis actos es la sabiduría y no la traición. Ésa es nuestra única oportunidad de derrotar a los infieles y sacarlos de Tierra Santa. Hulagu y yo cruzaremos lado a lado y a caballo las puertas de Jerusalén.

—Si él entra como cristiano bautizado, será el momento de dar gracias a Dios —dijo Guillermo.

Bohemundo se volvió.

—Si nos devuelven los lugares sagrados, ¿qué importa lo demás? —Al ver que Guillermo no contestaba, añadió—: Os proporcionaré un guía y una docena de soldados. Os escoltarán hasta Alepo, donde tal vez os encontraréis con el kan Hulagu. Comprobaréis por vosotros mismos que no tenemos nada que temer de él.

—Te damos las gracias por el servicio que nos prestas —contestó Josseran.

«¿Nada que temer? —se preguntó—. Entonces ¿por qué parece tan asustado el príncipe Bohemundo?».

Aquella noche comieron con el príncipe y su corte, y a la mañana siguiente salieron

de Antioquía seguidos por un escuadrón de la caballería de Bohemundo; en la retaguardia iban los carros con las provisiones y los regalos para el tártaro. Yusuf, el guía beduino, los precedía cuando la caravana se internó en las sierras del este, rumbo a Alepo y a un porvenir incierto.

## Valle de Fergana

—Esta mañana ha llegado un jinete de Almalik —dijo Qaidu.

Por su expresión, Jutelún supo que las noticias eran malas.

Qaidu estaba sentado a la entrada de la yurta. A su derecha, al lado de las yeguas, estaban sus hijos; a su izquierda, al lado del ganado, Nambi y Jutelún. Nambi era la tercera esposa de Qaidu y madre de Gerel. También estaban presentes otras dos esposas, porque los tártaros buscaban el consejo de las mujeres en todos los asuntos que no fuesen la guerra y la caza.

La madre de Jutelún había muerto cuando ella tenía sólo diez años. Se llamaba Bayaghuchin y fue la primera esposa de Qaidu, y también su favorita. Todavía conservaba la imagen de su madre en la cabeza, porque los recuerdos que tenía de ella eran vívidos. Era alta, como Jutelún, tenía ojos oscuros y levantaba la cabeza con altivez. Era una verdadera tártara, fuerte y recta, y con un carácter en consonancia con estas cualidades; se decía que hasta Gengis Kan la temía.

Jutelún todavía recordaba la ocasión en que su padre se enfureció por una disputa en el clan y ordenó la ejecución de su *anda*, su hermano de sangre, un hombre que había luchado a su lado en muchas batallas. Fue Bayaghuchin quien lo hizo volver a la sensatez, gritándole como si se tratara de un hijo descarriado y no de su marido. Qaidu cedió, y luego le quedó eternamente agradecido por haberlo salvado de las consecuencias de su ira. Pero esa eternidad pasó con rapidez, porque al año había muerto. Enfermó y tuvo fiebre durante tres días, y cuando la fiebre se disipó con la rapidez con que se disipa la tormenta en la montaña, dejó detrás el cuerpo sin vida de la mujer. En aquel momento su padre tenía otras tres esposas, y varias concubinas, como era costumbre entre los tártaros, pero era por Bayaghuchin por quien él se acongojaba.

Una rama crepitó en el fuego.

—Mongke, nuestro kan de kanes ha muerto —dijo Qaidu—. Murió hace cuatro meses luchando con los song en China.

—¿Mongke ha muerto? —repitió Gerel.

Ya estaba borracho. Demasiado kumis. Siempre demasiado kumis.

Se produjo un largo y terrible silencio. La yurta estaba llena de humo y de olor a grasa de cordero. En aquel momento todos supieron que su vida no volvería a ser lo que era. Con la muerte del gran kan, el mundo cambiaba de una manera irrevocable. Jutelún sabía que eso era peligroso. Mongke había sido khaghan desde que tenía memoria.

También notó incertidumbre en el rostro de su padre.

—¿Mongke ha muerto? —volvió a preguntar Gerel.

Qaidu asintió lentamente con la cabeza. A ninguno le importaba que estuviera borracho porque eso no era una vergüenza entre ellos. Pero no era lo que convenía para convertirse en un gran kan.

—¿Te han llamado al *juriltay*? —le preguntó Tekuday a Qaidu.

—Se supone que todos los kanes tártaros deben cabalgar hacia Karakoram para la elección de nuestro nuevo khaghan.

—¿Mongke ha muerto? —volvió a repetir Gerel, arrastrando las palabras.

Frunció el entrecejo y negó con la cabeza, como si ni él mismo encontrara sentido a las palabras.

—¿Quién será? —preguntó Nambi sin prestar atención a su hijastro.

Qaidu miró el fuego.

—Hulagu ya hace diez años que está ausente de Karakoram, luchando en el oeste. Del resto de los hermanos de Mongke, sólo Ari Böke tiene el corazón de un tártaro. Qubilay desea el manto de Gengis Kan, pero hace demasiado tiempo que está en China.

Resonó un fuerte ronquido, parecido al bramido del camello junto al pozo de agua. Gerel se había dormido. Nadie le prestó atención.

—Mongke será nuestro último kan de kanes —dijo Qaidu. Volvieron a quedar en silencio, asustados por los temores del padre—. Berke está lejos en el norte, en Rusia, con la Horda de Oro. No volverá y tampoco se inclinará ante el gobierno de sus hermanos. Hulagu también ha edificado su propio reino en el oeste y dudo que doble la rodilla en el *juriltay*. Sólo a Organa la pueden forzar a hacer una reverencia y eso representa un peligro para nosotros. —Miró a Jutelún, su hija, la chamán, la vidente del clan—. Esta noche debes comunicarte con los espíritus —dijo—. Debes ver lo que desean que hagamos.

Jutelún llevaba la cabeza descubierta, con la faja alrededor del cuello, sobre la colina llamada «La mujer se va». Se arrodilló nueve veces según la costumbre, en honor de Tengri, Señor del Cielo Azul. Roció el suelo con leche de yegua, como un ofrecimiento a los espíritus que vivían en la montaña, y luego derramó más leche, como ofrenda a los duendes del agua.

Después volvió a su yurta, donde los efectos del kumis y el hachís la envolvieron como los brazos de una madre y bailó en la oscuridad dulce y empalagosa, sola con sus antepasados y con la gran estrella que asomaba por el agujero del techo. Las sombras se mecían y desgarraban, el quejido del viento era como millares de voces de muertos que se alzaban al ritmo y golpeteo de los tambores del chamán.

Pero el futuro no llegaba. En su lugar, los sueños del humo la llevaron a un hombre de pelo del color del fuego que montaba un caballo blanco como el hielo y

grande como un buey salvaje del Tíbet; detrás de él, dos hombres, uno vestido de negro y el otro de blanco, con una cruz del color de la sangre bordada en el pecho. Y en el sueño, el hombre del pelo del color del fuego volvía de la montaña con el cuerpo de una cabra blanca, la depositaba a los pies de su padre y la reclamaba a ella como suya.



## Hacia Alepo

El resplandor anaranjado de un fuego entre las sombras de los olivos. Un leño crepitó y se hundió en las llamas en medio de una pequeña lluvia de chispas. Los caballos tiraron de las cuerdas que los ataban y se oyó un rumor de conversación mientras Guillermo, Josseran y Gerardo se acurrucaban juntos para luchar contra el frío.

Los soldados de Bohemundo estaban dormidos, a excepción de dos que Josseran había apostado como centinelas en los límites del campamento. Los sirvientes se encontraban acurrucados bajo los carros. Yusuf, el viejo guía árabe, era el único que seguía despierto a aquella hora, pero como había sentido la enemistad de Guillermo, se mantenía un poco apartado de ellos, alejado de la luz del fuego.

Gerardo, un joven delgado de escaso pelo y barba tupida, hablaba poco y se contentaba con remover las ascuas con un palo largo.

Guillermo miró fijamente a Josseran a la luz del fuego. Desde que habían salido de Antioquía, el caballero había adoptado la costumbre de usar un improvisado turbante que se ponía alrededor de la cabeza y la cara para protegerlas del viento y del sol.

—Tienes el aspecto de un sarraceno —dijo Guillermo.

Josseran lo miró. Guillermo tenía los labios partidos y el rostro morado y pelado por el efecto del sol sobre su piel clara.

—Y tú pareces un melocotón hervido.

Guillermo notó que Gerardo sonreía.

—¿De dónde eres, templario?

—Del Languedoc. Tengo tierras allí.

—El Languedoc —susurró Guillermo.

Confirmaba sus peores sospechas. El Languedoc era una región del sur de Francia, la tierra que había producido la herejía cátara. Los cátaros practicaban un culto blasfemo según el cual era más importante la salvación personal que la doctrina establecida por la Iglesia. La Inquisición se vio obligada a conducir una cruzada a lo largo del Languedoc para desenraizarla, pero Guillermo sospechaba que todavía seguía viva en los corazones de caballeros como aquél.

—¿Cuánto hace que estás en Tierra Santa, templario?

—Cinco años.

—Un tiempo muy largo para estar alejado de la compañía de hombres civilizados.

—Aquí nació Nuestro Señor. Sólo deseo acercarme a Dios.

«Un gran discurso», pensó Guillermo. Pero ¿por qué sentía que se burlaba de él?

—¿Es eso lo que te trajo hasta aquí?

—Decían que en Tierra Santa hacían falta caballeros como yo.

—Desde luego. Tierra Santa es nuestra sagrada tarea. El hecho de que muchos de los lugares sagrados hayan vuelto a manos de los sarracenos es un reproche que se nos hace ante Dios. Recuperarlos es deber de todo buen cristiano. —Vio la expresión del caballero y se irritó—. ¿No es ésa tu creencia, templario?

—Llevo aquí cinco años. Tú ni siquiera has estado cinco días. No me digas cuál es mi deber en Tierra Santa.

—Todos estamos aquí para servir a Cristo.

Josseran miró el fuego, malhumorado. Por fin dijo:

—Si se puede servir a Cristo matando hombres, haciendo una carnicería con mujeres y niños, entonces Gerardo y yo sin duda resplandeceremos en el cielo.

Guillermo vio que los templarios volvían a intercambiar una mirada.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Guillermo.

Josseran suspiró y arrojó un palo a las llamas.

—Quiero decir que mi deber en Tierra Santa me resulta pesado, hermano Guillermo. Vine creyendo que recuperaría la Ciudad Santa de manos de los turcos. En cambio he visto a venecianos clavando sus espadas en el vientre de genoveses en las calles de Acre. Y he visto a los genoveses hacer lo mismo con los venecianos en el monasterio de San Sabas. Cristianos matando a otros cristianos. He visto a otros soldados, buenos cristianos, arrancando niños de los vientres de sus madres con la espada y los he visto violar a mujeres y luego degollarlas. Estos inocentes no estaban ocupando los lugares sagrados, eran simples beduinos que iban a buscar sus ovejas a los prados. Y todo eso se hacía en nombre de Nuestro Salvador.

—El Santo Padre, como sabrás, se ofendió mucho al enterarse de la enemistad que hay entre venecianos y genoveses porque cree, lo mismo que tú, que debemos unir nuestros esfuerzos guerreros contra el infiel, no contra los nuestros. Pero en cuanto a esos inocentes, como tú los llamas..., matamos cerdos y ovejas sin cometer pecado. Matar a un sarraceno no es una mancha peor en el alma.

—Ovejas y cerdos.

Josseran parecía luchar consigo mismo. Sabía que corría el riesgo de ser acusado de blasfemo si hablaba demasiado. Gerardo se movió incómodo y dirigió a Josseran una mirada de advertencia.

Pero Josseran no se podía contener. El tema estaba allí para ser discutido.

—¿Las ovejas y los cerdos tienen inteligencia? ¿Las ovejas y los cerdos saben astronomía y conocen el movimiento de las estrellas? ¿Las ovejas y los cerdos recitan poemas y poseen su propia música y arquitectura? Los sarracenos tienen todas esas cosas. Puedo estar en desacuerdo con ellos en cuestiones religiosas, pero no puedo creer que sean como ovejas y cerdos.

Josseran sabía que se encontraban en terreno peligroso. La Iglesia fruncía el

entrecejo ante cualquier intento de conocer los secretos de la naturaleza. Lo denominaban una ilícita invasión del sagrado útero de la Gran Madre. Recordó la forma en que en Tolosa una familia de judíos había sido arrastrada fuera de su casa y golpeada por la multitud porque se descubrió que, en secreto, traducían textos árabes que trataban de matemáticas y alquimia.

—Los paganos creen que el mundo es redondo, desafiando las leyes de Dios y del cielo. ¿Tú también lo crees?

Josseran evitó la trampa.

—Lo único que sé es que aunque no tengan fe no son animales. Cuando estuve en Trípoli, un caballo me dio una coz en una pierna. La pierna se infectó y se me hizo un absceso. Un cirujano templario estuvo a punto de amputármela con un hacha. Uno de mis sirvientes mandó llamar a un médico mahometano. Él me puso una cataplasma, el absceso se abrió y me curé. Me resulta difícil odiar a ese hombre.

—Tienes una lengua blasfema, templario. Fue Dios quien te curó. Debes tener cuidado con lo que dices.

—Es posible que tengas razón. —La luz del fuego bailaba en el rostro del caballero—. Pero ahora estoy cansado de hablar con sacerdotes.

Se alejó caminando y se acostó en una manta, bajo los árboles. Gerardo lo siguió porque no quería soportar a solas la peligrosa conversación del fraile.

Guillermo permaneció solo ante la débil luz del fuego, mirando fijamente las llamas amarillas. Rezó a Dios por el alma del templario, como era su deber, y también rezó a Dios pidiendo fuerzas para lo que vendría. Porque sabía que pronto tendría que hacer frente a los tártaros y cumplir con su cometido, e ignoraba cuál sería el resultado. Rezó hasta bien entrada la noche, hasta mucho después de que el fuego se hubo convertido en brasas, porque tenía mucho miedo y no quería que los demás lo supieran.

El grupo zigzagueaba lentamente sobre las colinas y pasaba por pueblos de curiosas casas de adobe en forma de colmena; por la noche rodearon la fortaleza de Harenc. Yusuf abría la marcha y Josseran y Gerardo lo seguían, luego iban los soldados de Bohemundo y por fin los caballos de carga y los carros. Guillermo iba en la retaguardia, con la cabeza gacha, extenuado ya por el viaje.

Avanzaban por la vieja vía romana pavimentada, que aún se abría camino entre las rocas como en tiempos de la Biblia. Josseran se alegraba de tener consigo a los soldados de Bohemundo porque el terreno era ideal para una emboscada y estaba seguro de que en las sierras había bandidos beduinos que los observaban. No porque creyera que ellos tuvieran el aspecto de una rica caravana cristiana, y sin duda tampoco por la manera en que vestían. Él y Gerardo usaban túnicas sencillas hechas de muselina, un excelente algodón que los cruzados importaban de Mosul, y tenían las cabezas envueltas en bufandas mahometanas. Incluso en aquella época del año les resultaban frescas y prácticas, y evitaban que el sol les quemara la piel. Josseran le había ofrecido comodidades similares al hermano Guillermo, que, en cambio, insistía en usar el pesado manto de lana con capucha que había traído de Roma. Josseran notó que debajo de la capucha tenía la cara colorada como una remolacha.

Tal era la suerte de un hombre santo.

Era la última hora de la tarde y estaban amodorrados y cansados. Gerardo y Guillermo dormitaban en la silla, aturdidos por el calor del sol que les caía en las espaldas, el traqueteo de los carros y el repiqueteo sordo de los cascos de los caballos. Las rocosas sierras sirias se extendían alrededor de ellos.

Los olieron antes de oírlos. Los caballos fueron los primeros en reaccionar, se movían nerviosos y piafaban. Yusuf retuvo su caballo y se giró sobre la silla.

—¿Qué pasa? —gritó Guillermo.

Aparecieron de repente, como si hubieran salido de la nada. Los cascos resplandecían al sol y sus estandartes rojos y grises flameaban en el extremo de las lanzas. Yusuf gritó una maldición. Tenía los ojos muy grandes, como los de un caballo que huye del fuego.

Los tártaros ya los flanqueaban en un hábil movimiento de tenaza ejecutado al galope. Instintivamente, Gerardo cogió su espada, pero ante una orden de Josseran la volvió a envainar. Los soldados de Bohemundo también habían sido cogidos por sorpresa y permanecían dócilmente en sus sillas, observando.

Josseran miró a su alrededor en busca del fraile. Guillermo estaba sentado tranquilamente en su silla, con el rostro convertido en una máscara.

—Bueno, templario —gritó por encima del fragor de los cascos de los caballos—, te ha llegado la hora de ganarte la honra que se te ha dispensado. Esperemos que la fe que el gran maestro depositó en ti no haya sido por error.

*Kismet* piafaba, excitada por el cambio y por el olor desconocido que tenía en los ollares.

Los tártaros completaron vertiginosamente el círculo alrededor de ellos, y luego se les acercaron. Josseran estimó que serían unos cien hombres. Por un instante tuvieron la impresión de que los atropellarían al galope, pero en el último momento sofrenaron los caballos de pecho ancho y se detuvieron.

Entonces reinó un silencio mortal, sólo interrumpido por el resoplido ocasional de un caballo o por el ruido de las guarniciones.

De manera que aquéllos eran los temidos tártaros.

En realidad, su olor era mucho más horrible que su apariencia. Tenían las mejillas del color del cuero hervido, ojos oscuros y sesgados, y pelo negro y lacio. Usaban pequeñas armaduras, bien una cota de malla o una coraza de cuero cubierta por una suerte de escamas de hierro. Cada soldado tenía un casco de cuero o de hierro y un escudo de mimbre cubierto también de cuero. Josseran pensó que en un combate cuerpo a cuerpo no podrían vencer a un caballero franco que llevara su pesada armadura. Sin embargo, al mirar los arcos que llevaban consigo y las aljabas en forma de cajas llenas de flechas que colgaban de sus cinturas, comprendió que aquellos jinetes tenían más habilidad matando a distancia.

Los caballos que montaban eran poco mayores que mulas, animales ridículos y feos con hocicos planos y pechos fuertes. ¿Sería aquélla la caballería más temida del mundo entero?

Un tártaro que llevaba un casco de oro se adelantó con su caballo y los miró. El jefe, supuso Josseran. Tenía ojos crueles, castaños y de forma almendrada, parecidos a los de un gato; lucía una rala barba negra y en la mano derecha llevaba un hacha.

—¿Quiénes sois? —preguntó en un árabe aceptable—. ¿Por qué os acercáis a Alepo?

Josseran se quitó la bufanda que se había enrollado alrededor de la boca y notó una momentánea sorpresa en los ojos del oficial tártaro cuando vio su barba pelirroja.

—Me llamo Josseran Sarrazini. Soy un caballero de la orden de los templarios, asignado a la fortaleza de Acre. Mi señor es Tomás Berard, gran maestro de la orden. Me han enviado como embajador ante tu kan, el señor Hulagu.

—¿Y qué me dices del cuervo que está detrás de ti, en el caballo pardo flaco?

Josseran no pudo dejar de sonreír. Era exactamente lo que Guillermo parecía.

—Él también es embajador.

—No viste como los embajadores.

Josseran se permitió una audacia.

—Ha recorrido una enorme distancia. Desde Roma, que es una ciudad muy lejana. —Se señaló la frente y añadió con mayor suavidad—: Los rigores del viaje le han turbado la mente.

El oficial tártaro asintió con la cabeza, como si eso confirmara su primera impresión.

—¿Qué dice? —preguntó Guillermo.

—Desea saber qué hacemos aquí.

—Dile que tengo una misiva para su señor que le envía el propio Papa.

—Ya se lo he dicho —contestó Josseran—. Tienes que ser paciente y permitirme hablar por todos.

—Me llamo Yuchi —dijo el oficial tártaro—. Os escoltaré hasta Alepo. Allí os encontraréis con Hulagu, el kan de toda Persia.

Y así emprendieron de nuevo la marcha a través de las tierras estériles y rocosas de las sierras sirias, esta vez rodeados por un escuadrón de los jinetes más temidos en el mundo conocido, camino de Alepo y de un destino que ni Josseran Sarrazini ni Guillermo de Augsburgo podían haber imaginado ni en el más descabellado de sus sueños.

Oyeron la ciudad de Alepo mucho antes de verla. Tanto el repiqueteo de tambores como los gritos de hombres que luchaban y morían se oían a kilómetros de distancia. Cuando llegaron a las planicies de Alepo no encontraron ninguna diferencia entre el desierto y las tierras cultivadas. La ciudad se agazapaba bajo una gran ciudadela en el corazón de una planicie seca y sin agua. La caravana de provisiones que los tártaros llevaban consigo levantaba una gran nube de polvo y el pálido cielo celeste se mezclaba con la neblina amarilla en cuyo centro se elevaba el humo de las hogueras.

La ciudad estaba asolada; sólo la ciudadela, con sus troneras y sus explanadas pavimentadas, edificada sobre una roca mucho más alta que la propia ciudad, resistía aún la embestida de los tártaros. Al pie de la fortaleza, la ciudad en sí ya se encontraba en manos de los sitiadores, que habían exigido una rápida retribución por la intransigencia de los habitantes. El humo se alzaba sobre los restos de las mezquitas.

Era el mayor ejército que Josseran había visto en su vida. Rebaños de ovejas y cabras, caballos de tiro y camellos cubrían la integridad de la planicie. Incluso a lo lejos, los tambores de los tártaros repiqueteaban en los oídos, como las palpitaciones de la sangre. Y por encima de todo, de los relinchos de los caballos y los bramidos de los camellos, resonaban los gritos de hombres que luchaban y morían al pie de las murallas cada vez que se ordenaba una carga contra las puertas de la ciudadela.

En tres años, aquel enorme ejército había abierto una franja a través del mundo mahometano. No parecía haber perdido ni un ápice de su ferocidad.

—Esto podría ser Acre —murmuró Josseran.

Su mirada se encontró con la de Guillermo. Supo que él estaba pensando lo mismo.

Caminaron a lo largo de las calles del viejo bazar, mirando atónitos los maderos humeantes y ennegrecidos del depósito de un mercader, las paredes destrozadas de una mezquita. Bajo los cascos de los caballos, los adoquines estaban teñidos de sangre. La matanza tártara había sido espantosamente eficaz. Hombres, mujeres y niños permanecían tendidos donde habían caído, muchos de ellos decapitados y mutilados, y en aquel momento cubiertos de enjambres de moscas negras que levantaban el vuelo formando nubes cuando ellos pasaban. Los cadáveres se habían hinchado bajo el sol.

El hedor de la muerte se cernía como una nube sobre la explanada. Guillermo se cubrió la boca con una manga y comenzó a vomitar.

Tuvieron conciencia de las miradas hostiles de los soldados tártaros. «Preferirían cortarnos el cuello que hablar con nosotros —pensó Josseran—, a pesar de que supuestamente somos sus aliados». Un regimiento de la infantería armenia los pasó al

trote, apremiados por el tambor que golpeaba un tártaro montado sobre un camello: era un *nacara*, un gran tambor de guerra. El tambor resonaba por encima del estruendo de las armaduras de metal mientras corrían hacia las murallas. «Ahora comprendo por qué a Hulagu le resultó tan útil la alianza con Bohemundo y con Hayton —pensó Josseran—. Necesita víctimas para las murallas». La oscura presencia de la ciudadela se cernía sobre ellos. El sol se había puesto detrás de las troneras, dejando las calles sumidas en la oscuridad.

Arqueros tártaros, armados con ballestas, disparaban andanadas de flechas incendiarias a las murallas almenadas, mientras grupos de soldados colocaban enormes catapultas cerca de la base de las murallas. Josseran contó muchas de ellas, catapultas más ligeras llamadas *maganeles* y grandes ballestas que arrojaban piedras del tamaño de casas. Las murallas de la fortaleza estaban llenas de agujeros y destrozadas por los asaltos diarios.

—¡Mira! —susurró Gerardo.

Josseran se volvió en su silla y vio lo que su escudero le señalaba. En lugar de piedras, un grupo de tártaros estaba cargando uno de los *maganeles* con lo que parecían melones negros. Tardó algunos instantes en comprender lo que en realidad eran. No eran melones ni piedras ni armas de ningún tipo. Estaban cargando la enorme honda con cabezas humanas. Con ellas no derribarían las murallas sarracenas, pero imaginaba el efecto que aquellos proyectiles tendrían entre los que defendían la fortaleza.

Soltaron la honda y, con un silbido, su espantosa carga fue lanzada hacia las murallas incendiadas.

Un destacamento de jinetes se les acercó por la calle llena de humo; provenía de la ciudadela. Era una fuerza del mismo tamaño que la suya, tal vez de cien jinetes, con los estandartes rojos y grises ondeando en la punta de sus lanzas y el oro de los cascos resplandeciente en el sol del crepúsculo.

Los soldados de Bohemundo ya habían desmontado y estaban arrodillados junto a los caballos. Josseran y el resto tardaron en hacerlo y los hombres de Yuchi saltaron y los obligaron a desmontar.

—¿Qué pasa? —gritó Guillermo.

Josseran no intentó resistirse. No tenía sentido. Los tártaros los obligaron a arrodillarse en el polvo. A sus espaldas oyó que el guía, Yusuf, sollozaba y rogaba que le perdonaran la vida, convencido de que estaban a punto de decapitarlo. Guillermo comenzó a recitar el Tedeum.

A su lado, Gerardo tenía la cara apretada contra la tierra, y una bota tártara le pisaba el cuello.

—¿Desean nuestras cabezas para la catapulta? —preguntó en un susurro.



—Si es así —contestó Jossesan—, la del fraile será particularmente indicada. Hasta es capaz de hacer en la muralla la brecha que esperan.

Debajo de las rodillas alcanzaba a notar la vibración de los cascos de los caballos. ¿Estarían destinados a morir en aquel momento, con las caras en el suelo? No podían hacer más que esperar.

La escolta se detuvo a no más de veinte pasos de distancia. Cascos de hierro, estandartes rojos y grises, pesada caballería armada con hachas de guerra y mazas de hierro. Dos de los tártaros adelantaron sus caballos. Uno de ellos tenía un casco de oro y una capa de piel de onza. Hulagu.

Yuchi cayó de rodillas. Dijo algo al kan y al general que lo acompañaba en un idioma que Josseran no había oído nunca. Josseran aprovechó el momento para observar a aquel kan tártaro que con tanta facilidad había obtenido lo que las fuerzas cristianas habían deseado sin éxito, a pesar de la ayuda de Dios, durante casi dos siglos: la derrota del mundo mahometano. Era un azote inverosímil, un hombre pequeño de rostro terso y redondo, nariz aplanada y curiosos ojos almendrados, rasgo distintivo de los tártaros.

No era la reunión que él había previsto. Esperaba un enorme pabellón donde los presentarían ante el trono de Hulagu con la formalidad de la corte, no que los pusieran de rodillas delante de un guerrero montado y polvoriento, allí, en la calle cubierta de sangre.

Mientras esperaba, los ruidos de la batalla que tenía lugar a las puertas de la ciudadela, a menos de dos tiros de ballesta de distancia, llegaban hasta él: sonido de trompetas y gritos de hombres que morían con dolor. Acababan de comenzar un nuevo asalto a las puertas. Josseran recordó a los soldados de la infantería armenia a los que acababan de ver.

Pero en aquel momento el general de Hulagu se dirigía a él en un árabe macarrónico.

—Mi capitán dice que eres embajador de los francos. ¿Has venido a hacer un trato con nosotros?

Josseran no había informado a sus raptos de la intención de su viaje. «¡Que arrogancia!», pensó. Sin embargo, teniendo en cuenta el tamaño de su ejército y los logros obtenidos hasta aquel momento, era comprensible.

—Me llamo Josseran Sarrazini. Me ha enviado Tomás Berard, gran maestro de la orden de los templarios, desde su fortaleza de Acre en el reino de Jerusalén. Ambos tenemos un enemigo común, los sarracenos, y mi señor se aventura a enviaros sus felicitaciones por vuestros éxitos, y os tiende la mano en señal de amistad.

El general comenzó a reír aun antes de que Josseran hubiera terminado de hablar. Hulagu escuchó la traducción del general con el rostro todavía impasible, y volvió a hablar en aquella lengua desconocida.

—A nuestro kan no le sorprende que tu señor extienda su mano en expresión de amistad —tradujo el general—, porque de lo contrario podría descubrir que se la han cortado.

Josseran se tragó la furia que le produjo aquella respuesta altanera. Tal vez estuvieran tratando de provocarlo.

—No tenemos ninguna diferencia con tu kan —contestó con cuidado—. En realidad, es posible que encontremos causas que nos sean comunes. —Josseran pensó en los informes de Rubroek, que aseguraba que la esposa de Hulagu era cristiana, que los tártaros habían desfilado con una cruz de madera por las calles de Bagdad—. Nosotros los francos también somos cristianos.

—¿Qué pasa? —susurró Guillermo.

Debido a que no comprendía una palabra, Guillermo ignoraba que Josseran acababa de proponer el trato al que muchos miembros del consejo de barones se oponían. Era una decisión tomada por Tomás Berard en nombre de los templarios, antes de que Josseran saliera de Acre. No era la primera vez que los templarios hacían tratos sin tener en cuenta al resto de los estados. Aquél era el juego más peligroso de todos los que habían jugado. Una vez que se apresa a un oso por el cuello, es mejor estar seguro de poder mantenerlo agarrado con firmeza.

—Desea saber qué hacemos aquí —le informó a Guillermo.

—¿Le has dicho que tengo una bula para él, enviada por el propio Papa?

—Dudo que esta criatura haya oído hablar del Papa alguna vez, hermano Guillermo.

—Entonces tienes que explicarle que el Papa es la cabeza del mundo cristiano y que me ha enviado para acercarlo a él y al resto de estos bárbaros a la salvación.

—¿Quieres que se lo diga con la misma delicadeza?

El sacerdote no comprendió la ironía de la respuesta.

—¡Tienes que decirle quién soy! —susurró Guillermo.

Josseran se volvió. No tenía la menor intención de hacerlo. Aún no podía estar seguro de que los tártaros no les cortarían la cabeza en cualquier momento. No tenía el más mínimo deseo de morir allí y de aquella manera, de rodillas. Se había prometido que cuando llegara el final de su vida sería con una espada en la mano y luchando al servicio de Cristo. Eso le daría cierta indulgencia para sus pecados.

Hulagu los observaba y a Josseran le pareció ver cierta incertidumbre en su rostro.

—Mi señor Hulagu desea saber cuál es esa causa común de la que hablas —dijo el general.

—La destrucción de los sarracenos.

El general volvió a reír.

—¿Te refieres a algo como esto? —Señaló la ciudad con una mano—. Como puedes ver, hemos destruido a los sarracenos sin la ayuda de tu gran maestro, como tú lo llamas.

—¿Y ahora qué está diciendo? —volvió a gritar Guillermo, casi tembloroso de

frustración.

—No creo que esté demasiado interesado en nosotros.

—¡Pero debe oír la bula de Su Santidad!

Hulagu le susurró algo a su general.

—¿Qué es esa criatura y qué dice? —preguntó el general.

—Es uno de nuestros hombres santos, mi señor.

—¿Puede mostrarnos su magia?

La pregunta sorprendió a Josseran.

—¿Magia? Me temo que no.

El general le pasó aquella información a Hulagu, que pareció desilusionado por la respuesta. Hubo otra larga conversación entre los dos tártaros.

—El gran kan desea saber si tu señor está dispuesto a convertirse en su vasallo, como lo ha hecho el señor de Antioquía, y si le pagará un tributo anual.

Josseran ocultó su sorpresa. Ésa no era la relación que Bohemundo había descrito al consejo de barones.

—Lo que buscamos es una alianza contra los sarracenos. A cambio de nuestra ayuda militar, nos quedaríamos con Jerusalén...

Hulagu no esperó para oír el resto. Le murmuró unas cuantas palabras a su general, volvió a su caballo y se alejó.

—El gran kan dice que no puede hablar contigo de una alianza. Eso es algo que sólo Mangu, el kan de todos los kanes, puede decidir. Serás escoltado a su presencia. Puedes llevar contigo a tu hombre santo. El resto de tu partida permanecerá en calidad de rehenes hasta que vuelvas.

El general habló con rapidez a Yuchi en idioma tártaro y luego siguió al kan hacia las murallas de la ciudadela; la escolta lo siguió en rígida formación.

La audiencia había sido increíblemente breve, y en nada se parecía a lo que Josseran había esperado.

Los obligaron a ponerse de nuevo en pie.

—¿Qué va a pasar? —gritó Guillermo—. ¿Y qué ha pasado?

—Dice que no tiene la autoridad necesaria para atendernos. Parece que hay un señor aún más importante que él. Nos llevarán a su encuentro.

—¿Dónde está ese señor? ¿Cuánto tendremos que viajar?

—No lo sé.

Los llevaron donde estaban sus caballos. Josseran notó que Gerardo y Yusuf los miraban fijamente, con los ojos muy grandes. A diferencia de Guillermo, habían comprendido cada palabra.

—¡Bueno! —dijo Yuchi riendo—. Conoceréis Karakoram.

—¿Cuántos días de viaje significa?

—¿Días? —El oficial repitió al resto de los tártaros lo que le acababan de

preguntar y todos estallaron en risas. Se volvió hacia Josseran—. Si cabalgáis con rapidez es posible que lleguéis dentro de cuatro lunas. ¡Con ese elefante que montas serás afortunado si llegas en ocho!

Josseran lo miró. Tal vez un hombre que montara un buen caballo tardaría cuatro meses en llegar de Tolosa a Constantinopla, el ancho de la cristiandad. ¡Ocho meses! Dos veces aquella distancia encaminándose hacia el este, ¡a través y más allá de la tierra de los mahometanos! ¡Ocho meses! Para entonces, Ultramar podía ya haber sido invadida por los tártaros.

—¿Y si no deseáramos ir?

El tártaro volvió a reír.

—Lo que deseéis no tiene ninguna importancia. Lo que importa es el deseo del kan. Y lo que él desea, debe cumplirse. Guillermo le tiraba de la manga de la túnica. —¿Qué dicen? ¡Ya está bien de misterios!

¡Ocho meses en compañía de aquel maldito fraile! Siempre que sobreviviera.

—Monta tu caballo —gruñó—. Viajaremos hacia el este. A algún lugar llamado Karakoram. Es todo lo que sé.

## Valle de Fergana

Un cielo gris y lóbrego, montañas ocultas detrás de un velo de nubes y aguanieve que el viento arrastraba y que cubría la estepa. Las ruedas de madera traqueteaban sobre la tierra helada, dos carros cargados de tributos del pueblo de los kazajos de Almalik; pieles de armiño y de marta cibelina y dos muchachas para el harén de Qaidu.

Los vio llegar montado en su caballo favorito, en cuyas patas traseras habían pintado unas rayas negras que indicaban que se trataba de una yegua recién domada perteneciente a un rebaño salvaje de los que aún vivían en libertad en la estepa del norte. Una corona de piel le cubría la cabeza y había gotas de hielo en su barba. Observó el montón de pieles y a las dos muchachas que tiritaban en la caja del carro. Sus ojos no manifestaban codicia, calculaba el valor que tenían como tributo con la mirada práctica del conquistador.

—¿Huelen? —le preguntó a Jutelún, clavando la vista en las muchachas.

—Son muy dulces —le contestó ella—. Pero, aunque sean las más hermosas de sus mujeres, son sólo mejores que los búfalos cuyas manadas han estado cuidando. Los kazajos no son gente muy guapa.

Qaidu asintió con la cabeza, pero notó que su hija no estaba pensando en las mujeres: se preguntaba qué novedades habría habido en su ausencia.

—Qubilay permanece en Catay luchando contra los chinos —informó él, leyendo la pregunta que había en los ojos de su hija—. Ariq Böke ha convocado un *juriltay* en Karakoram.

—¿Irás?

Él frunció el entrecejo y no contestó directamente. Clavó la mirada en el horizonte gris pensando en la incertidumbre que habría en un futuro sin un kan de kanes.

—Los días de Organa en Bujara están contados. Ella gobernó en representación de Mangu. Ahora él ha muerto, ¿y quién sabe lo que pasará con todos nosotros? Creo que es mejor que me quede aquí.

Jutelún sabía lo que estaba pensando su padre. A la muerte de Gengis Kan, su imperio asiático se distribuyó entre sus hijos. Batu se convirtió en kan de la Horda de Oro y de la Horda Blanca en la estepa del norte, mientras que a su hijo menor Chaghaday se le concedieron las tierras situadas al otro lado del Techo del Mundo. El reino se conoció como el kanato de Chaghaday. Tras su muerte, su esposa Organa gobernó el kanato. Qaidu y todos los clanes que le eran leales quedaron bajo su mando. Pero, en realidad, Qaidu no rendía tributo a nadie.

Malos vientos en Bujara, también soplarían en Almalik.

—Esta mañana llegó un jinete de Bujara con noticias —informó él—. Hay embajadores que pasarán por aquí camino de Karakoram. Organa nos ha pedido que salgamos a su encuentro y que los escoltemos hasta Beshbaliq. —Por sus palabras, supo que se le encomendaría la tarea—. Pero no los entregarás en Beshbaliq. Los escoltarás hasta Karakoram. Le darás a Ariq Böke mi apoyo en el *juriltay*.

—Me honra que me confíes esta tarea, padre.

—Siempre he confiado en ti, hija. Eres la más hábil de todos mis hijos.

Ante aquellas palabras le embargó una oleada de orgullo, el mayor cumplido que su padre le había hecho jamás. Si hubiera nacido varón, pensó, podría haber sido kan.

—¿De dónde vienen esos embajadores? —preguntó.

—Vienen de tierras lejanas del oeste. Son bárbaros. Desean prosternarse a los pies de nuestro kan de kanes.

—Pero hasta después de que lo decida el *juriltay* no tendremos ningún kan de kanes.

Sabía que el proceso del *juriltay* podía tardar dos o tres años.

Qaidu se encogió de hombros.

—Si no tenemos ningún kan de kanes —contestó—, tendrán que esperar hasta que haya uno.

# Segunda parte

El Techo del Mundo

Alepo-Kashgar



Valle de fergana. Kanato de Chaghaday

Año de Nuestro Señor de 1260

Día de san José

—¿Crees que después de esto nos comerán? —le preguntó Guillermo a Josseran.

Los rostros de los tártaros estaban en la sombra. Había oído las leyendas que corrían acerca de aquella gente. Que bebían sangre y que comían perros, sapos y serpientes, y que hasta se comían los unos a los otros. Al observarlos en aquel momento, no era algo difícil de imaginar. Permaneció sentado en el suelo, mirando el lío de intestinos de oveja tirados en la hierba ante él; el humo del fuego le irritaba los ojos. Dentro de la tienda, el aire estaba lleno de humedad, y la bosta de caballo se adhería a sus ropas.

A través de la entrada de la yurta vio que una franja anaranjada se extendía en el cielo. El valle aún estaba sumido en el invierno y Guillermo se sintió desalentado por la total desolación de aquellas montañas.

Los tártaros reían y lo alentaban para que comiera. Ellos usaban sus cuchillos y sus dedos ennegrecidos por la grasa para coger trozos asados de despojos de ovejas del humeante montón que había sobre la hierba empapada. Lo que quedaba del animal, los vellones, la cabeza y los huesos ensangrentados, estaba tirado a un lado, formando un montón.

El dueño de la yurta había troceado uno de sus animales en honor a ellos. El método era sencillo: tumbaba al animal patas arriba, lo apretaba contra el suelo con las rodillas y le abría el vientre con su cuchillo. Después introducía el brazo hasta el hombro en los intestinos que todavía se contraían y apretaba la aorta, deteniendo el corazón. A los pocos instantes, la cabeza de la oveja caía hacia un lado y el animal moría derramando sólo una gota de sangre en la hierba.

El método que usaban para cocer a la bestia era igualmente brutal. Sólo descartaban el contenido del estómago; todo lo demás, las tripas, la cabeza, la carne y los huesos, iba al agua caliente.

Guillermo estaba a punto de desfallecer de hambre pero no soportaba la idea de comer la carne casi cruda que tenía delante. Aquellos tártaros eran realmente bárbaros. Por un momento se sintió al borde de un abismo, imaginó que lo que tenían en los cuchillos era carne humana y se imaginó a sí mismo troceado sobre el fuego, sin haberse confesado ni haber recibido absolución, y enterrado en la panza de aquellos demonios.

El jefe de la escolta tártara, al que Josseran llamaba Baitu, cortó con el cuchillo

un trozo de carne apenas cocida y se la metió en la boca. Guillermo alcanzaba a oír el ruido que hacían los pequeños huesos que aplastaba con los dientes. A la luz del fuego, la grasa resplandecía sobre su barbilla.

Junto a la entrada de la tienda había una bolsa de piel de oveja. Baitu se puso en pie y vertió parte del líquido que contenía la bolsa dentro de un recipiente de madera que puso en manos de Guillermo. Le hizo señas de que bebiera.

Era lo que ellos llamaban *kumis*, la leche de yegua fermentada que bebían en todas las comidas. Cuando se estaba acostumbrado a ella, no resultaba desagradable. Era clara y acre como el vino, levemente efervescente, y después de beberla dejaba en la boca un sabor a almendras.

Guillermo se llevó el cuenco a los labios y bebió de un trago todo su contenido. Inmediatamente se apretó la garganta, las mejillas se le pusieron rojas como la grana y jadeó, como si luchara por respirar. Los tártaros estallaron en carcajadas.

—¡Lo habéis envenenado! —gritó Josseran en el idioma tártaro.

—Kumis negro —dijo Baitu palmeándose el estómago—. ¡Es bueno!

De manera que obligaron a Guillermo a beber más, se pusieron delante de él y aplaudieron mientras él bebía. La bebida no se parecía a nada de lo que bebían habitualmente. Aquel kumis era fuerte y Guillermo se dio cuenta de que pronto estaría tan borracho como ellos. Esperaba que Dios lo perdonara.

Después de hacerle beber varios cuencos de aquel licor, los tártaros se cansaron del juego, se volvieron a sentar en la hierba mojada y prosiguieron con su comida.

—¿Estás bien, hermano Guillermo? —preguntó Josseran.

—¿Rezarás conmigo? —contestó él.

De repente sintió que su lengua tenía el doble del tamaño habitual y se dio cuenta de que arrastraba las palabras.

—Ya tengo las rodillas en carne viva a raíz de tus constantes súplicas.

—Tenemos que impresionar a estos paganos con nuestra devoción... si queremos conquistarlos para Nuestro Señor.

Los tártaros observaron con ojos asombrados al fraile cuando cayó de rodillas junto al fuego y levantó las manos unidas hacia el cielo. Todos siguieron la dirección de su mirada, hacia el agujero por el que salía el humo y por el que se podía ver la única estrella que brillaba por encima de la yurta.

—Siéntate y come —le indicó Josseran—. Míralos. Tus devociones no los impresionan. Creen que estás afligido.

—La opinión de un tártaro no me preocupa.

Y realmente era así, no le molestaba. Por primera vez en semanas, no tenía miedo. Se sentía fuerte, invencible y carismático. Josseran apretó los dientes y masticó su comida, malhumorado, mientras Guillermo llamaba en voz alta al Señor y le pedía que estuviera entre ellos, custodiara sus almas y condujera a su escolta de bárbaros

por el único camino verdadero.

Al terminar, observó a Jossesan que, todavía ceñudo, masticaba un trozo crudo de asadura.

—¿Cómo es posible que puedas comer algo tan desagradable?

—Soy un soldado. Un soldado no puede sobrevivir sin comida, por desagradable que le resulte al paladar.

Guillermo cogió un trozo de intestino en la mano y lo palpó para notar su textura. Se estremeció y sintió que estaba a punto de vomitar. Se levantó, salió de la tienda y arrojó el trozo de intestino a una jauría de perros.

Y entonces el mundo comenzó a girar a su alrededor y, completamente borracho, cayó boca arriba en la hierba.

Guillermo se despertó temprano, antes del amanecer, oyendo el solitario aullido de un lobo que se encontraba en alguna parte en medio de la oscuridad. Sentía que tenía la cabeza embotada, justo detrás de los ojos. Cogió el crucifijo que colgaba de su cuello y le murmuró una silenciosa oración al Dios que lo juzgaba. En lo más profundo de su corazón, su fe lo confortaba poco porque sabía hasta qué punto era pecador, y también sabía que si fracasaba en aquel asunto, la misión redentora de su pobre vida, temía el juicio de su Dios.

¿Cuánto hacía que viajaban? Había perdido la cuenta de las semanas o los meses.

Habían tomado la gran ruta del desierto en Alepo, kilómetro tras kilómetro de dura grava, a través de una solitaria provincia de cabras y algunos pastores beduinos. Los tártaros insistieron en que dejaran atrás los carros, los pesados cofres de hierro con provisiones y el traje de cota de malla que llevaban de regalo para el kan tártaro. Jossesan embolsó los otros regalos en una bolsa de cuero impermeable. Él mismo usaba la espada con incrustaciones de oro y plata. Aunque todavía era invierno, los días eran calurosos, y Guillermo, que no se había acostumbrado al calor y estaba fatigado por los rigores del viaje, se balanceaba en la silla, torturado por las moscas que se le posaban a los lados de los ojos y la boca, ansiosas por beber sus gotas de sudor.

Una noche, no mucho después de haber partido de Alepo, un escorpión picó a un tártaro, que pasó la noche sollozando y gritando sin consuelo. Murió a primera hora de la mañana. El incidente asustó a Guillermo en aquel momento, pero, durante las semanas siguientes, sintió envidia del tártaro por su rápida liberación de los tormentos del desierto. A menudo, lo único que quería era arrojar a la arena caliente y morir allí.

Pero pensar en su Salvador lo ayudaba a soportarlo todo. Si ésa debía ser su cruz,

su purgatorio, que así fuera. Daría la bienvenida a sus tribulaciones como flagelo por sus pensamientos impuros y para fortalecer la debilidad de su espíritu.

Una mañana gris y fría. Debajo de ellos, un gran lago del color del metal, alimentado por los enormes glaciares que se extendían hacia el valle. Por encima de ellos, las laderas estaban cubiertas de oscuras nubes. De vez en cuando, entre las nubes, alcanzaban a ver los picos de las montañas que se alzaban sobre el horizonte, con sus cumbres cubiertas de nieve y hielo.

Josseran observó a Baitu agazapado junto al fuego que ardía fuera de la yurta. Usaba las botas de fieltro de suela ancha de los tártaros, con la parte de los dedos levemente levantada y un grueso envoltorio que ellos llamaban *del* atado con un ancho lazo de seda anaranjada. Todavía no se había puesto el sombrero forrado de piel. Como todos los tártaros, tenía la cabeza casi enteramente rapada, con un solo mechón de pelo encima de la frente y dos largas trenzas detrás de cada oreja.

Estaba asando la cabeza de una oveja en las brasas. La tenía puesta en el extremo de un palo largo e iba dándole la vuelta con cuidado. Cuando terminó de quemar todo el pelo, la puso en el suelo y comenzó a sacar los trozos más pequeños de carne y médula con la punta del cuchillo.

El desayuno.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Karakoram? —preguntó Josseran en el idioma de los tártaros.

Al principio del viaje consiguió persuadir a Yuchi, el capitán de Hulagu, para que le enseñara algunas palabras de su idioma y el tártaro accedió, convencido de que se trataba de un mero pasatiempo. Pero Yuchi se sorprendió al comprobar con cuánta rapidez aprendía el bárbaro. En realidad, Josseran encontraba que el tártaro se parecía al turco que hablaban algunos de los mahometanos y que él había aprendido en Ultramar. Su nueva escolta, Baitu, continuó instruyéndolo durante el trayecto hacia Bujara y en aquel momento Josseran casi lo hablaba con fluidez.

—Si cabalgamos con rapidez y el tiempo es favorable, tal vez en verano... —contestó Baitu mientras metía el cuchillo en el ojo de la oveja en busca de otro bocado tierno.

Josseran sintió un repentino decaimiento.

—¿Todavía está tan lejos?

—Karakoram está en el centro del mundo. Aquí estamos en el borde.

Josseran se preguntó lo que opinaría el Papa en Roma acerca de aquel comentario, pero permaneció en silencio.

Guillermo salió de la yurta, tambaleándose un poco y con la cara cenicienta. El kumis negro que le habían obligado a beber la noche anterior no había ayudado a preparar su mente ni su cuerpo para las fatigas de aquel día.

—¿Cómo encontré mi cama? —le preguntó a Josseran con voz ronca.

—Yo te llevé hasta allí en brazos. Te habías caído en la hierba.

El fraile asimiló la información en un templado silencio. Josseran esperaba recibir, por lo menos, un murmullo de agradecimiento, pero en cambio lo único que obtuvo fue un reproche.

—Tenemos que viajar hasta ese Karakoram por tu causa —dijo Guillermo.

—¿Qué?

—No has informado a estos infieles de la misión que me ha encomendado el Santo Padre. Les has propuesto un pacto a estos demonios.

Josseran se alarmó. Sin duda subestimaba a aquel monje.

—Yo soy tu escolta y tu intérprete. Eso es todo.

—Ya sé lo que piensas de mí, templario, pero no me tomes por tonto.

Josseran se alejó. Vio que Baitu arrojaba al fuego los restos de su desayuno, y la cabeza de la oveja comenzó a chisporrotear.

—¡Qué ganas tengo de comer un buen trozo de asado! —dijo Guillermo, y se alejó dando tumbos en busca del caballo.

Josseran estaba preocupado por *Kismet*. La marcha veloz del viaje la había adelgazado. Desde que habían llegado a las montañas, la hierba era más escasa y en aquel momento la yegua era un verdadero esqueleto. Seguía adelante, sin que su estado afectara su ánimo, pero Josseran no creía que pudiera sobrevivir mucho tiempo.

Era una ironía. Al principio, le parecían ridículos los pequeños caballos de los tártaros. Tenían el testuz ancho y mucho pelo, y eran poco más altos que el poni con el que le habían enseñado a montar cuando era niño. Al ver por primera vez a aquellos guerreros tártaros, supuestamente feroces, montando aquellas mulas entre amarillas y pardas, no podía creer que ésa fuese la caballería que había alborotado a la mitad del mundo conocido.

Pero a lo largo de las últimas semanas se había visto obligado a cambiar de opinión. Por lo visto, los tártaros podían montar aquellos caballos al galope durante un tiempo indefinido, y aun cuando la nieve cubría el suelo con una gruesa capa, aquellas criaturas eran capaces de encontrar su propia comida. Rompían el hielo y apartaban la nieve con los cascos delanteros y se comían la vegetación helada y ennegrecida que había debajo.

Mientras tanto, los caballos de tiro que ellos habían llevado de Acre hacía mucho que habían muerto.

Fue un viaje horripilante, semana tras semana sobre sus monturas. Sus escoltas impusieron un ritmo letal. Por lo visto, los tártaros sólo sabían montar de una manera: galopando incesantemente y tomándose unos minutos de descanso cada dos horas. A veces recorrían hasta setenta y cinco kilómetros al día.

Cada tártaro había salido de Alepo al menos con cinco caballos: cada animal estaba atado con sus propias riendas al caballo que iba a su izquierda, y el jinete sujetaba las riendas del último animal de la línea. Usaban cada caballo dos días antes de darle un descanso. Yuchi le explicó que un caballo se debía montar sólo cuatro o cinco veces cada luna, para que estuviera siempre fresco.

Debido al deterioro de *Kismet*, a Josseran le asignaron su propia serie de pequeños caballos tártaros. Pero después de haber galopado sobre su yegua árabe, el galope potente de aquéllos era algo a lo que no lograba acostumbrarse.

Los tártaros usaban estribos cortos, hechos de cuero. Así podían levantarse sobre ellos durante horas, y sus piernas sinuosas nunca parecían cansarse. Josseran trató de imitarlos, pero a los pocos minutos se le agarrotaban las piernas, de modo que no tuvo más remedio que sentarse en la dura silla de madera, sobre la cual se sacudía hasta que le dolían los huesos. Cada jornada, antes de mediodía, el dolor se había instalado en sus huesos; primero en las rodillas y luego en la columna hasta que finalmente tenía la sensación de que todo su cuerpo estaba en llamas.

Los tártaros podían sobrevivir con muy poca comida. A veces pasaban el día entero sin detenerse a comer. Por la tarde, Josseran se sentía tan débil por la falta de alimento que atacaba muerto de hambre la comida, que invariablemente consistía en algunos trozos de oveja hervida, que ingerían casi cruda.

Había llegado a temer la llegada del amanecer, preludio de otro día de dolor implacable sobre la silla de su caballo. Algunas veces se preguntaba si sobreviviría para ver aquel legendario Karakoram. Guillermo ya estaba al borde de la extenuación, y con el cuerpo casi inmovilizado por los golpes recibidos. Pero, seguro en su fe, todas las mañanas se entregaba al tormento como un verdadero mártir.

Si el maldito fraile lo soportaba, Josseran también lo haría.

Lo que Josseran había visto de los tártaros hasta aquel momento le había persuadido de que una alianza con ellos era no sólo preferible, sino vital. No creía que ningún ejército cristiano lograra vencerlos, ni siquiera contener su avance, sobre todo con las fuerzas que en aquel momento tenían a su disposición en Ultramar. Si se encontraran en terreno abierto, la caballería tártara sería superior. Se fijó en la forma en que usaban los estribos para poder cabalgar sin usar las riendas y controlar a sus caballos apretando las pantorrillas contra sus flancos. También significaba que podían disparar sus flechas mientras montaban. En realidad, parecía que los tártaros estaban más cómodos sobre sus caballos que caminando sobre sus piernas cortas y torcidas; incluso los había visto dormir en la silla. En aquel momento comprendía por qué usaban armaduras tan ligeras. No tenían el menor interés en los combates cuerpo a cuerpo. Aquellos hombres preferían matar con sus flechas, de lejos.

Si los cristianos no podían vencer a los ejércitos tártaros en el campo de batalla, la única alternativa que les quedaba era refugiarse detrás de los muros de sus castillos. Pero si el tamaño de las máquinas de asedio que había visto en Alepo era una referencia, ni Acre ni el Monte de los Peregrinos lograrían contenerlos durante mucho tiempo.

Aquellos tártaros sin duda podían vencer a los enemigos sarracenos. Pero Josseran recodó las palabras de Juan de Jaffa: «¿Y dices que hay que hacer un tratado con ellos? ¡Eso es como librarse de un perro invitando a entrar a un oso en tu casa!».

Tras haber pasado los montes Elburz, cuando ya estaban en Persia, había visto con sus propios ojos las consecuencias de la resistencia.

En la ciudad de Mery, centro de tránsito de caravanas, desde los días de Gengis Kan no quedaba un edificio en pie. El guía les contó en susurros la terrible matanza que los tártaros habían perpetrado allí.

Dijo que después de que la población salió para rendirse, Gengis ordenó que cada soldado tártaro matara a trescientos persas con sus propias manos. La orden fue obedecida al pie de la letra. Luego incendiaron la gran biblioteca, alimentando el fuego con ciento cincuenta mil libros antiguos. Se afirmaba que el resplandor del fuego se alcanzaba a ver en Bujara, al otro lado del desierto.

Cruzaron otro desierto, aún más seco que los que habían visto en Siria, heladas olas de arena jalonadas por arbustos secos. Por la noche se veía un brillo hacia el nordeste; el guía les explicó que era Bujara y que el brillo procedía de un fuego encendido en la torre del minarete de Kalyan, el edificio más alto del mundo entero. Dijo que en la parte superior de la torre había una linterna de ladrillos con dieciséis



arcadas y que de noche servía como faro a las caravanas de mercaderes del desierto. Jossesan consideró que era una de las típicas y floridas exageraciones de los mahometanos y no le dio importancia, pero cuando por fin llegaron a aquella importante ciudad descubrió que era verdad.

Un dedo de ladrillos de terracota se alzaba hacia el cielo azul. Había una franja de baldosas azules en la florida escritura árabe, debajo de las arcadas del faro, y una galería para los muecines con voladizos en forma de conchas. El guía les explicó que se la conocía como la Torre de la Muerte. Los gobernantes uzbekos, que en una época reinaron allí, arrojaban a sus prisioneros desde lo alto del minarete para que murieran en la arena del *registan*.

Las construcciones de la ciudad tenían paredes blanqueadas con cal y marcos de puertas curtidos por el tiempo. Allí también, sólo la mezquita y la Torre de la Muerte habían escapado de la cólera de Gengis Kan. El resto de los edificios había sido edificado en vida de sus actuales habitantes. Sin embargo, la ciudad todavía tenía un aire desolado, como si Gengis y sus hordas asesinas hubieran pasado por allí sólo días antes. Había un hedor similar al de París o Roma, y el agua de los canales era nauseabunda y verdosa.

Se veían pocos rostros persas, la población tenía la piel oscura y los ojos almendrados. El guía les dijo que eran tártaros, kirguises y uzbekos. Todavía había restos chamuscados en la mezquita de los viernes, donde Gengis había subido al púlpito y arrojado el sagrado Corán al suelo gritando: «El heno ha sido cortado, alimentad a vuestros caballos». Al igual que en Merv, fue el detonante de una masacre.

A pesar de que la ciudad había sido reedificada, más allá de las paredes caídas, la tierra estaba desolada, los campos yermos y secos. A una hora de camino a caballo del *registan* llegaron a una pirámide erigida enteramente con calaveras humanas, en aquel momento blanqueadas por el sol y el hambre de los carroñeros. Detuvieron allí los caballos y Jossesan oyó que Guillermo susurraba una oración de bendición.

—¡Dios mío! —murmuró Jossesan.

El guía árabe miró por encima del hombro para estar seguro de que los soldados estaban lejos y no lo podrían oír.

—Antes de la llegada de los tártaros, hacia donde se mirara todo era verde —le susurró a Jossesan—. Ahora ya ves. Todo se está muriendo. Todo.

Sobre la llanura se cernía un silencio triste. Era como si la matanza hubiera tenido lugar el día anterior y los cadáveres siguieran pudriéndose en los campos. No resultaba fácil imaginar campos cultivados en aquel desierto.

—¿Los tártaros hicieron esto?

—Los *qants* —contestó el guía, empleando la palabra persa que designaba los

pozos que había bajo tierra y que servían para regar el desierto—. Los mantenían los granjeros pobres. Los tártaros los mataron como si fueran ovejas. Ahora no hay nadie que saque el sedimento de los canales y la tierra ha muerto. Ellos no sólo mataron a la gente. Mataron la tierra.

—¿Mataron a todo el mundo?

—Se llevaron a Karakoram a los poetas, los artesanos, los médicos. Pero todos los demás murieron. —Señaló con la cabeza la pirámide de calaveras—. Hasta mataron a los animales.

Josseran se volvió hacia Guillermo.

—El preste Juan ha hecho un buen trabajo al traer la cristiandad hasta estos lugares.

—No verteré lágrimas por los sarracenos.

—Tengo la impresión de que no derramas lágrimas por nadie —murmuró Josseran, alejando su caballo del dantesco espectáculo.

Bujara era la capital de lo que los tártaros llamaban el kanato de Chaghaday; a partir de allí se entraba en el territorio que estaba bajo la jurisdicción de una reina tártara. Les dieron caballos frescos y provisiones, así como una nueva escolta, y sólo el capitán Baitu permaneció con ellos.

Atravesaron una gran planicie, pasando junto a pueblos de paredes encaladas. De vez en cuando veían las ruinas de una mezquita o el arco solitario de un caravasar, prueba del paso de Gengis Kan, cincuenta años atrás. Pero por fin quedaron atrás el desierto y las planicies sembradas de piedras. Siguieron por un valle hacia Samarkanda.

La ciudad de las caravanas estaba rodeada de montañas cubiertas de nieve. Las cúpulas de las mezquitas dormían entre álamos plateados, la ciudad era un tumulto de bazares, establecimientos de mercaderes y posadas para los viajeros. Aquella ciudad también había sido reconstruida después de los estragos de los tártaros: los ladrillos habían sido curtidos por el sol de las mezquitas y decorados con azulejos barnizados de un azul pavo real y un vívido turquesa que resplandecían bajo el sol invernal.

Una mañana en que el alba resplandecía sobre las distantes montañas, Josseran estaba en el tejado de su *han*, mientras las arcadas y los tejados en forma de cúpula del bazar seguían en la oscuridad. De lejos, los picos nevados de las montañas tenían un resplandor que no parecía de este mundo. La cúpula cubierta de azulejos de una mezquita brillaba como el hielo en la oscuridad y la negra aguja de un minarete se perfilaba contra las frías estrellas. El muecín ya estaba en el tejado de la torre y comenzaba el *azan*, la llamada a la oración que resonaba a través de los tejados de la ciudad.

—*Auzbillahi mina shaitani rajim, bismillah rahmani rahim...*

—Escúchalos. Gorjean como si les estuvieran sacando los dientes.

Guillermo acababa de salir de las sombras, como un fantasma. Permaneció detrás de Josseran en la muralla mientras trataba de atarse la capa con capucha.

Josseran se dio la vuelta.

—Es un himno muy parecido a nuestras canciones infantiles —dijo—. Sube y baja y es igualmente melodioso.

—¿Como uno de los nuestros? —preguntó Guillermo.

—A ti te parece bárbaro porque no lo comprendes. Hace cinco años que vivo en Tierra Santa. Es un himno que repiten todos los días al amanecer, idénticas palabras, idéntica armonía. Buscan a su dios como nosotros buscamos al nuestro.

—Ellos no tienen dios, templario. Existe un solo Dios y es el Dios de la única y

verdadera fe.

Los primeros rayos del sol perforaron las sierras que rodeaban la ciudad y las cúpulas barnizadas de las mezquitas. Josseran alcanzó a distinguir la desgarrada silueta de una cigüeña que anidaba en el tejado del minarete. Imágenes que le resultaban tan familiares allí como en Acre. «Tal vez sea cierto —pensó—, he vivido demasiado tiempo entre los sarracenos y me han contagiado sus herejías».

—Lo que quiero decir es que no son impíos como algunos piensan.

—¿Si no aman a Cristo cómo van a ser otra cosa que impíos? —Josseran no contestó—. Aquí estamos muy lejos de Acre —continuó diciendo Guillermo—, pero muy pronto volveremos y me veré obligado a dar cuenta de lo que dices. Sería prudente que cuidaras tu lengua.

Guillermo se alejó. Josseran sintió un frío en los huesos que no tenía ninguna relación con el frío de la mañana. Sabía que lo que Guillermo le acababa de decir no era una vana amenaza.

Josseran miró el lago y observó el color del agua, que iba del violeta al negro. En el extremo opuesto del valle, la oscura silueta de las montañas se recortaba sobre un cielo con reflejos dorados.

Se estremeció dentro de sus pieles. Desde que habían comenzado a ascender de las planicies de Samarkanda, había adquirido la costumbre de usar una prenda de piel y pantalones de fieltro metidos dentro de sus gruesas botas, al estilo de los tártaros. Sus compañeros de viaje estaban ensillando los caballos. Él abandonó la contemplación del lago y se reunió con ellos. Dio palmadas en el hocico de *Kismet* murmurando palabras de aliento. Ya era sólo la sombra de un caballo, en sus flancos se alcanzaba a ver el perfil de sus costillas.

Se volvió hacia Baitu.

—¿Tenemos que cruzar esas montañas? —preguntó.

—Tienes que cruzar muchas más montañas y muchos más desiertos antes de llegar al Centro del Mundo.

Baitu parecía obtener una perversa alegría al ver la inquietud de los embajadores. Él parecía inmune a todo sufrimiento. Josseran llegó a la conclusión de que sus nalgas debían de ser tan duras como el cuero curtido.

—Tu chamán —dijo Baitu, empleando la palabra tártara para denominar al hombre santo— no sobrevivirá al viaje.

—*Deus le volt* —susurró Josseran en francés. «Dios lo quiere».

Baitu sonrió.

—Te gustaría ver correr su sangre.

—Es demasiado mezquino para sangrar.

Baitu miró por encima del hombro.

—Es hora de partir. ¿Dónde está?

—¿No está sobre su caballo?

Guillermo no estaba sobre el caballo ni dentro de la tienda. Registraron el campamento pero no encontraron ni rastro de él.

Josseran lo halló junto al río. Se había bajado la mitad superior del manto y en la mano tenía una rama que había arrancado de un álamo. Tenía la espalda blanca y cruzada por marcas rojas. Josseran lo observó desde la silla de *Kismet* mientras el fraile continuaba azotándose con la rama en el hombro, sin haber notado su presencia.

Su cuerpo estaba blanco como un cadáver y muy flaco. Casi no había carne en él, era como si se avergonzara de su propio cuerpo. Bajo los cardenales, Josseran alcanzó a distinguir viejas cicatrices, lo cual no le sorprendió porque había oído que

los frailes dominicos tenían la inclinación de mortificar su propia carne. Mientras se flagelaba, cantaba al ritmo de los golpes, aunque Josseran no alcanzaba a distinguir las palabras.

—Creía que los rigores de nuestro viaje eran suficiente castigo, incluso para un hombre de Dios —dijo.

Guillermo se volvió, sobresaltado. Temblaba de frío y tenía las manos y los dedos casi azules. Parecía consternado por haber sido descubierto.

—Es la carne la que nos lleva a pecar. Es justo que la carne sufra por ello.

—¿Y qué pecados has cometido en el día de hoy? El sol acaba de salir.

Guillermo arrojó la rama y se cubrió con el manto. Se esforzaba por evitar que su mirada se cruzara con la de Josseran.

—El cuerpo es nuestro enemigo.

—¿Nuestro enemigo? Aunque así fuera, creo que nuestros cuerpos ya sufren bastante por el pequeño placer que reciben llevándonos de un lado a otro.

Guillermo terminó de vestirse. Hasta entonces había rechazado las botas de fieltro de los tártaros y sus pies calzados con sandalias estaban casi negros de frío.

«Pero él cree que no es bastante dolor», pensó Josseran.

—¿El camino que recorrerás hoy no te resulta tormento suficiente? —preguntó.

El fraile hizo un considerable esfuerzo para subir a la orilla. No le contestó directamente. En lugar de ello, preguntó:

—¿Dicen cuánto tiempo tardaremos en llegar?

—Creo que piensan hacernos atravesar la mitad del mundo para encontrarnos con su rey. Cuando volvamos a Tierra Santa nuestras barbas estarán grises y hasta los sarracenos serán demasiado viejos para montar sus caballos y perseguirnos.

El viento frío hacía tiritar a Guillermo y la sangre manchaba la parte trasera de su manto. Ante él, Josseran experimentó temor religioso y repulsión por partes iguales. El fraile ya había soportado mucho más de lo que se podía esperar en un sacerdote. Sin embargo, había algo casi carnal en su pasión por el dolor.

—¿No temes a lo que hay detrás de las montañas, templario? —decía Guillermo.

—Temo a Dios y temo su juicio. Aparte de eso no le temo a nada en esta tierra y no le temo a ningún hombre.

—No hablo de hombres. Algunos dicen que en la tierra de Catay hay criaturas con cabeza de perro que ladran y hablan al mismo tiempo. Otros afirman que hay hormigas del tamaño de una vaca. Se entierran en busca de oro y destrozan con sus pinzas a cualquiera que pase por encima de ellas.

—Si creyera esas historias no habría aceptado hacer este viaje. No he conocido a ningún hombre que haya estado en Catay y que haya visto cosas así con sus propios ojos.

—Pero ¿cómo podemos saber lo que nos espera más allá de esas montañas?

—¿Crees que no teníamos que haber venido?

—Fue el deseo de Dios.

Josseran se encogió de hombros y negó con la cabeza. No creía que fuese el deseo de Dios sino más bien el capricho de los reyes.

—En Samarkanda me dijiste que muy pronto nos mandarían a Acre. Tengo que confesar que últimamente creo que nunca volveremos.

—Entonces vuela directamente a los brazos del Señor —contestó Guillermo mientras comenzaba a caminar hacia el campamento.

—Bueno, espero que el Señor tenga una hoguera donde calentarme —murmuró Josseran—, porque nunca he tenido tanto frío en mi vida.

En el camino apareció una visión que parecía surgir de un mundo de nubes y hielo.

Conducía una tropa de unos veinte jinetes. Usaban gorros de piel con orejeras, y algunos llevaban cascos en forma de campana; bajo los mantos que les llegaban hasta las rodillas usaban corazas de cuero curtido sujeto con tiras de cuero crudo. Ella cabalgaba, sentada en la parte delantera de la montura, al estilo tártaro.

La mujer detuvo el grupo a pocos metros de donde ellos se encontraban.

Estaban sentados en sus pequeños caballos de pecho ancho, inclinados para contrarrestar aquel frío tremendo. Sus largos mantos de fieltro colgaban por los flancos de los caballos casi hasta las botas. Las flechas iban dentro de las aljabas de madera que llevaban a la espalda; una espada resonaba, discordante, y un estandarte triangular colgaba flácidamente de la punta de una lanza. El vapor salía de los cuerpos de los caballos y del aliento de los guerreros en el aire quieto y cristalino.

La nieve caía de un cielo del color del metal.

Josseran miró a la muchacha. Usaba un abrigo de color granate, de faldones largos y cuello alto, abierto hasta la cintura para que no le molestara al cabalgar. Debajo del abrigo llevaba pantalones de montar de fieltro y botas de cuero. Una ancha faja de seda le apretaba la estrecha cintura, y una bufanda morada, también de seda, le envolvía el pelo y la cara para protegerla del viento.

No tenía la timidez de una doncella. Con un solo movimiento hizo a un lado la bufanda y observó a Josseran y a Guillermo con los ojos del tratante de caballos que estudia la mercadería que se ofrece en el mercado. Sus ojos almendrados, oscurecidos con henna, miraban con intensidad, y sus dientes blancos resplandecían sobre la piel bronceada por el viento. Una sonrisa falsa, que Josseran sólo pudo atribuir a una natural arrogancia, jugaba alrededor de sus labios y de su cara angular. Una sola trenza caía por su espalda casi hasta las caderas.

Josseran la miró fijamente. Era de una belleza salvaje, como él jamás había visto.

Sus labios se abrieron en una sonrisa nada amistosa cuando se volvió hacia Baitu.

—Así que éstos son los bárbaros —dijo en su propia lengua, convencida de que ellos no la entenderían.

—Los envié aquí el kan Hulagu —contestó Baitu—. Desean obtener una audiencia con el kan de kanes. Organa pide que los llevéis a salvo hasta Beshbaliq, para que los puedan escoltar en la parte final del viaje hasta Karakoram.

La muchacha se volvió hacia uno de sus acompañantes.

—Éste morirá de frío antes de que hayamos recorrido la mitad del camino a través de las montañas. El otro parece en buenas condiciones físicas. Pero es tan feo como su caballo y espero que no sea igualmente inútil.

Los tártaros rieron.



—No me ofendo contigo por lo que acabas de decir de mí —dijo Josseran en tártaro—, pero no voy a tolerar que llames feo a mi caballo.

La sonrisa se borró del rostro de la muchacha y sus compañeros guardaron silencio, interrumpiendo sus carcajadas. Ella lo miró.

—Bueno —dijo por fin—. El bárbaro habla.

—Y mi yegua tampoco es inútil. Me ha servido bien en Ultramar durante los últimos cinco años y es uno de los animales más valientes que he conocido. Pero tienes razón acerca de él —añadió señalando a Guillermo con un movimiento de cabeza.

Entonces le llegó a Baitu el turno de sonreír.

—Ha aprendido a hablar nuestro idioma durante el viaje. Tiene un rápido ingenio y una mente despierta. Es entretenido, considerando que se trata de una persona tan inferior.

—Ésa es una noticia reconfortante —contestó ella—, pero no comprendo cómo una persona civilizada puede encontrar entretenido a un bárbaro. —Se volvió hacia Josseran—. Mi padre se llama Qaidu. Después de la regente de Bujara, es el jefe tártaro más importante aquí, en el Techo del Mundo. Te llevaré hasta él. Pero te aconsejo que cuides tus modales.

Hizo girar al caballo y los guió a través del paso del valle de Fergana.

Una ciudad nómada se extendía sobre el valle, las cúpulas negras de las yurtas recortadas sobre la estepa cubierta de nieve y el cielo plomizo con nubes bajas. Alrededor se habían unido carros formando un círculo y había jinetes montando guardia. Camellos, caballos y ovejas se alimentaban en la planicie abierta. Cuando entraron a caballo en el campamento, la gente salía a mirarlos con curiosidad. Por todas partes se veían ojos oscuros y almendrados y rostros ennegrecidos por el viento; los hombres vestían capas de piel, pesados abrigos marrones y pantalones metidos dentro de las botas de montar de fieltro; las mujeres llevaban el pelo atado en una especie de grandes moños a cada lado de la cabeza, como si fueran los cuernos de un carnero; y había niños de ojos grandes, cabezas rapadas y largas coletas.

Se detuvieron ante la tienda de audiencias del kan. Junto a la entrada, una bandera hecha de colas de yak se agitaba movida por el viento frío de las tierras altas.

Josseran pensó que la tienda de audiencias era lo bastante grande para que en ella cupieran unas diez mil personas. Estaba hecha en su totalidad de seda, cubierta en el exterior por pieles de onza, teñidas de rojo, blanco y negro. La soportaban pesados postes de madera lacada.

—Ten cuidado, bárbaro —dijo Baitu mientras desmontaban—. Ni tú ni tu compañero debéis pisar el umbral de la yurta del kan. Traería mala suerte al clan. En ese caso se verían obligados a mataros lentamente.

—No osaría causarles tal inconveniente —contestó Josseran y le pasó la advertencia a Guillermo.

«Más supersticiones —pensó—. ¡Esta gente ha aterrorizado a la mitad del mundo conocido, y viven atemorizados por sus propias sombras!».

Entraron detrás de Baitu.

En el interior de la yurta, el ambiente era cálido. La gran tienda, forrada por dentro de pieles de armiño y de marta cibelina, no dejaba pasar el viento frío. Josseran se dio cuenta de que dentro de la tienda había mucha gente, aunque al principio estaba demasiado oscuro para llegar a distinguir sus caras. Pero cuando sus ojos se acostumbraron al humo y a la oscuridad, vio dos filas de tártaros, hombres de un lado y mujeres del otro, y en el extremo más lejano del enorme pabellón, una figura severa y oscura reclinada en una cama de pieles de oso y de zorro.

En el centro de la yurta ardían dos fogatas de zarzas y de raíces.

—Debes caminar entre los fuegos, bárbaro —dijo Baitu—. Las llamas purgarán tu espíritu de intenciones malignas.

Como una prevención más contra las intenciones malignas, los guardias de Qaidu

los registraron a fondo en busca de cuchillos y obligaron a Josseran a entregarles su espada. Sólo entonces se les permitió acercarse al trono del kan.

A un lado del trono había un pequeño santuario: el incienso ardía en recipientes de plata y también había una figura de fieltro de un hombre.

—Debéis hacer una reverencia —indicó Baitu—. Es el santuario de Gengis Kan, el abuelo de Qaidu.

Josseran se volvió hacia Guillermo.

—Debemos inclinarnos ante el dios de esta gente —susurró.

—Me niego a inclinarme ante esas imágenes.

—Hay que dar al César lo que es del César.

—¡Es una abominación!

—Hazlo —susurró Josseran.

Se dio cuenta de que toda la corte los observaba.

Los ojos de Guillermo parecían de piedra.

Luego, para alivio de Josseran, cedió al reconocer la sabiduría de esa actitud. Hizo una genuflexión con la rapidez y habilidad de toda una vida de experiencia.

Cuando llegaron al trono de Qaidu, volvieron a doblar tres veces las rodillas, como acababa de hacer Baitu e indicaban las costumbres.

Qaidu, kan de las altas estepas, los observó en silencio. Iba vestido con pieles de color plata, que se confundían con su barba gris, y llevaba un casco dorado en forma de campana sobre el gorro de piel. Sus ojos también eran dorados, como los del halcón. Estaba atendido, a la derecha, por los que Josseran pensó que debían de ser sus más importantes cortesanos, o tal vez sus hijos, además de un halconero y algunos hombres santos que miraban con expresión exaltada. A su izquierda se encontraban las mujeres de la casa, cuyo pelo formaba la misma media luna que había notado al entrar en el campamento. Aquellas mujeres tenían ornamentos de plata colgando de las puntas trenzadas del pelo.

—Bueno —gruñó Qaidu—. Así que éste es el aspecto de los bárbaros.

Josseran no contestó.

—¿Cuál de vosotros sabe hablar el idioma de los hombres?

Josseran levantó la mirada.

—Yo, mi señor.

—Me han dicho que deseas hablar con el kan de kanes en Karakoram.

—Fue el deseo del señor Hulagu, con quien tuve el honor de encontrarme en Alepo. Le traigo un mensaje de amistad de mi señor en Acre, que está en Ultramar, muy lejos de aquí, hacia el oeste.

—El kan de kanes ha muerto —comunicó Qaidu—. Se debe elegir un nuevo khagan. Sin duda, aceptará vuestro homenaje.

Josseran no había dicho nada acerca de pagar un tributo en muestra de lealtad al kan de los tártaros, pero pensó que su causa no ganaría nada discutiendo ese asunto en aquel momento. Además, la noticia de que el kan de kanes había muerto lo impresionó. Aquel Qaidu había dado la noticia de forma tan tranquila como si hiciera un comentario sobre el estado del tiempo. Josseran se preguntó qué significado tendría eso para la misión que se les había encomendado.

—¿Me habéis traído regalos? —preguntó Qaidu.

—Tenemos regalos para el gran kan en Karakoram. Ha sido un largo viaje y hemos podido traer muy poco.

A Qaidu no pareció agradarle la respuesta.

La mente de Josseran trabajaba a toda velocidad. El rey estaba muerto. ¿La sucesión sería disputada, como a veces sucedía en la cristiandad? La propia Jerusalén estuvo en guerra durante años por la corona. Si hubiera una demora en la sucesión, ¿significaba que debían volver a Acre? ¿O los obligarían a permanecer durante meses, tal vez años, en aquellas montañas solitarias mientras se arreglaba la disputa?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz de Guillermo.

—¿Qué dice? —susurró el fraile junto a su hombro.

—Quiere saber si le hemos traído regalos —contestó Josseran.

—Tenemos un regalo para él. El regalo de la religión.

—No creo que sea el tesoro que él esperaba recibir. Es posible que desee algo que se pueda comprar en el bazar.

Durante ese diálogo, Qaidu los miraba irritado desde el estrado.

—¿Quién es tu compañero? —preguntó.

Josseran no sabía con certeza lo que debía responder. Hasta tuvo la tentación de decir que Guillermo era su sirviente personal.

—Es un hombre santo.

—¿Un cristiano?

—Sí, mi señor.

—¿Sabe hacer magia?

—Me temo que no —contestó Josseran—. A menos que consideres magia convertir a un hombre razonable y agradable en alguien malhumorado en cuestión de horas.

—Entonces, ¿para qué sirve como hombre santo?

—Trae un mensaje para tu kan de kanes de parte del Papa, el jefe santo de nuestro mundo cristiano.

—Papa —dijo Qaidu, repitiendo varias veces la palabra—. ¿También desea ver a nuestro kan de kanes?

—Así es, mi señor. ¿El palacio del gran kan de kanes queda a muchos días de viaje de aquí?

Oyó risas a su alrededor. Qaidu levantó una mano para imponer silencio.

—Para llegar a Karakoram, primero debéis cruzar el Techo del Mundo. Pero todavía estamos en invierno y los pasos son difíciles. Esperaréis aquí hasta que se derrita la nieve. Tal vez otra luna.

Guillermo no pudo seguir conteniéndose.

—¿Qué dice?

Josseran suspiró.

—Dice que todavía no se pueden cruzar las montañas. Es posible que debamos permanecer aquí hasta la primavera.

—Este viaje es interminable. ¡Cuando volvamos, tal vez tengamos un nuevo Papa!

«Cuando volvamos, Cristo puede haber regresado a la tierra», pensó Josseran.

—¡Dile que no debemos demorar nuestro viaje un solo segundo más! —continuó Guillermo.

—¿Qué balbucea tu hombre santo? —preguntó Qaidu.

—Dice que para él será un honor ser vuestro huésped hasta que llegue la hora de partir —contestó Josseran—. Pero le ha impresionado la noticia de que vuestro kan de kanes haya muerto. Pregunta si ha sido nombrado un nuevo kan.

—Eso no le concierne a un bárbaro —dijo Qaidu y levantó con aire lánguido una mano para indicar que la audiencia había terminado—. Ocupaos de que tengan comida y alojamiento —le ordenó al capitán de su guardia.

Cuando salían del pabellón, Josseran vio a la muchacha entre la multitud de rostros que los rodeaban. Un deseo, todavía sin forma ni nombre, se movió en las sombras de su mente. Lo hizo a un lado con irritación, lo mismo que un hombre hace a un lado a un mendigo inoportuno. Sin embargo, a partir de aquel momento no lo dejó en paz. En realidad, nunca lo volvería a dejar en paz.

Fuera los recibieron los mugidos del ganado, la inquietud de los caballos y los gritos de la tribu. La abertura de la yurta enmarcaba los colores de la puesta de sol sobre un cielo desvaído. En las sombras, figuras cubiertas de pieles llevaban ovejas hervidas o carne de caballo a sus yurtas para la cena.

Josseran miró el fuego. Ardía débilmente y la llama chamuscaba por encima la carne, sin cocer el interior. Se llevaron a la boca la carne de oveja cruda y sanguinolenta.

—Mira el fuego —dijo Guillermo—. Apenas arde. Una marca del demonio.

Josseran escupió un trozo de cartílago a las brasas.

—Si hay algo que el demonio es capaz de hacer bien, es lograr que arda un fuego.

—Entonces, ¿cómo explicas esta magia?

—Baitu dice que se debe a la altura. Le quita fuerza a las llamas.

Guillermo soltó un gruñido de incredulidad.

Los habían acogido en la yurta de Tekuday, el hijo mayor de Qaidu. Las yurtas no se parecían a ninguna otra morada que él hubiera visto. Eran tiendas circulares, en forma de cúpula, con una armazón desmontable en forma de reja, de bambú o de madera de sauce. La armazón estaba cubierta con capas de fieltro pesado y toda la estructura estaba sujeta a la tierra con cuerdas hechas de crin de caballo. Eran perfectas para una vida nómada, porque se podían desarmar con facilidad en muy poco tiempo para transportarlas sobre el lomo de dos o tres camellos cuando los tártaros se mudaban de los prados que habitaban en verano a las tierras bajas del invierno. Las yurtas mayores, como las del kan y sus familiares, se podían llevar enteras en un carro.

En todas las yurtas, el interior se estructuraba de la misma forma: en el centro había una parte hundida para el fuego, por lo general cubierta de cacerolas ennegrecidas por el humo, y en el centro de la cúpula había un agujero para permitir que escapara el humo del fuego y que entrara un poco de aire fresco. La parte trasera de cada yurta se reservaba para dormitorios. Arcones de alegres colores para guardar ropa y alfombras enrolladas que hacía la función de camas se amontonaban alrededor de las paredes, junto con monturas, arneses y grandes vasijas de barro donde conservaban el agua. La tierra del suelo por lo general estaba cubierta de alfombras. Baitu le dijo a Josseran que las arañas y los escorpiones jamás ponían sus patas en una alfombra de fieltro, de manera que éstas cumplían un doble propósito: mantener cálida y seca la yurta y evitar que se introdujeran insectos. La entrada, que siempre daba al sur, tenía una cortina de fieltro pesado, por lo general pintada de alegres colores con cuadros de pájaros o animales.

A cada lado de la entrada colgaban dos figuras de fieltro, una con las ubres de una

vaca y la otra con las tetas de una yegua. La vaca estaba colgada a la izquierda, hacia el este, porque ése era el lado de las mujeres en la yurta. La yegua estaba colgada en el lado de los hombres, al oeste, porque no se permitía que las mujeres ordeñaran a las yeguas; ése era trabajo de hombres. Era de la leche de yegua de donde obtenían el tan apreciado kumis, el elemento básico de la dieta tártara. A Josseran le sorprendía la cantidad de leche de yegua que aquellos tártaros eran capaces de beber de una sola sentada. A veces tenía la sensación de que sobrevivían gracias a eso. Destilado, lo llamaban kumis negro, el licor con que obligaron al buen fraile a quebrantar su sobriedad, posiblemente por primera vez en su vida.

Tekuday, como dueño del *ordu*, se sentaba en una especie de sofá junto al fuego. Sobre su cabeza colgaba un ídolo hecho de fieltro que los tártaros llamaban «el Hermano del Maestro». Los tártaros denominaban *ongot* a esos ídolos de fieltro y Josseran notó que había varios en cada yurta. El más importante de éstos era Natigay, la diosa de la tierra, cuya imagen se encontraba en todas las yurtas y recibía oraciones diarias pidiendo buen tiempo y animales gordos.

Sólo a Qaidu, como kan, le estaba permitido tener la sagrada imagen de Gengis Kan.

Josseran observó comer a los tártaros. Todos cogían una parte de la grasa de la carne para frotarla contra la boca de la pequeña imagen de Natigay que tenían en su santuario. Luego arrancaban grandes trozos de la carne de cordero hervido y los sostenían cerca de la cara con una mano, mientras cortaban bocados de carne con un cuchillo que sostenían en la otra. Lo hacían con habilidad y las hojas de los cuchillos resplandecían a la luz de las llamas. Josseran trató de imitarlos, mientras Guillermo miraba con desprecio.

—Míralos —murmuró Guillermo—. Tal vez sea cierto lo que se dice de estas criaturas. No son hombres. El Hades se abrió y estos engendros surgieron del mismo infierno.

—Son hombres, igual que nosotros.

—Son salvajes. Mira su manera de comer. Hasta la mujer. Es un demonio, una bruja.

Josseran no contestó. Se había enterado de que se llamaba Jutelún y de que era hija de Qaidu, el kan de la tribu. Varias veces trató de encontrar su mirada, pero hasta aquel momento ella lo había tratado con desdén.

—Si, como dices, el gran kan de esta gente ha muerto —continuó diciendo Guillermo—, el nuevo rey tal vez esté más dispuesto a tratar con nosotros.

—O tal vez sea un déspota tan grande como ese Gengis Kan del que tanto hablan.

—Quizá. Sin embargo, en alguna parte de este lugar está el preste Juan. Si pudiéramos enviarle un mensaje, todavía lograríamos salvarnos de estos demonios.

«¡El preste Juan! —pensó Josseran—. ¿Por qué se aferran los hombres con tanta desesperación a sus supersticiones?».

—¿No lo crees? —preguntó Guillermo.

—Creo que si realmente existió, ya debe de estar con Dios.

—Sus descendientes siguen vivos.

—Los sarracenos comercian con Oriente, algunos afirman haber llegado a lugares tan lejanos como Catay y nunca han oído hablar de un rey con ese nombre.

—¿Y tú crees lo que dicen los sarracenos?

—Más que en la palabra de un hombre que nunca ha estado más allá de Venecia.

Guillermo le dirigió una mirada del más puro odio.

—Entonces, ¿no crees en la palabra del Papa?

Josseran evitó caer en la trampa.

—Si esa leyenda es cierta, ¿dónde está ese preste Juan?

—Los tártaros pueden haberlo forzado a retirarse hacia el sur.

—Si huye de los tártaros como todos los demás, ¿de qué nos sirve?

—Está en algún lugar de este camino. Debemos prestar atención hasta tener noticias de él. Es nuestra salvación.

Josseran se irritó, como le sucedía siempre que conversaba con el fraile, y volvió a fijar su atención en la comida. Jutelún, sentada ante él, al otro lado del fuego, observó los esfuerzos que hacía para comer como los tártaros y comentó:

—Tal vez te convendría comer según tus costumbres. Tienes una nariz tan grande que corres el peligro de rebanarte la punta.

Josseran la miró fijamente.

—Entre mi gente, no se considera que tenga una nariz grande.

Jutelún transmitió esa información a sus compañeros, quienes rieron.

—Dicen que entonces tu gente debe de ser una raza de elefantes.

Josseran contuvo con dificultad la rabia. Continuó usando el cuchillo como los tártaros. Durante los muchos años que había pasado en Ultramar había aprendido que era más sabio imitar las costumbres locales que continuar con los viejos hábitos.

Varios hombres habían terminado de comer y bebían un cuenco tras otro de kumis negro. Gerel, el hermano de Tekuday, ya estaba borracho y acostado boca arriba, roncando. Algunos de sus compañeros cantaban mientras otros tocaban el rabel de una sola cuerda.

Josseran volvió a observar subrepticamente a Jutelún a la luz del fuego. No era hermosa de la manera en que podía serlo una mujer franca. Tenía el rostro ovalado, con los pómulos altos de los tártaros, y reluciente como el bronce de una estatua. Sus movimientos le recordaban los de un gato, sinuosos y graciosos. Le parecía a la vez exótica e inalcanzable. Pero lo que lo atrapaba eran sus ojos, como lo habían hecho desde un principio; eran negros, insondables, irresistibles.



Era absurdo contemplar la posibilidad de una unión como ésa.

Sin embargo, él sabía que aquella noche pensaría en ella y no podría dormir mucho.

—Nunca había visto pelo de ese color —le dijo ella de repente.

En Acre, Josseran llevaba el pelo muy corto, como lo exigía la regla de la orden, pero desde que empezaron a viajar no hubo barberos para cortárselo y en aquel momento tenía conciencia de lo largo que lo llevaba. Se lo apartó de la cara con los dedos.

—Es del color del fuego —dijo ella.

—Se llama castaño —contestó él. Por un instante las miradas de ambos se encontraron.

—De manera que has venido a hacer las paces con nosotros —dijo ella tras un momento.

—Una alianza —la corrigió Josseran—. Tenemos un enemigo común.

Jutelún rió.

—Los tártaros no tenemos enemigos. Sólo territorios que todavía no hemos conquistado.

Lo estaba aguijoneando. Él no contestó.

—Nuestro imperio se extiende desde donde sale el sol en el este hasta donde se pone en el oeste —aseguró ella—. Jamás se nos puede vencer en una batalla. Naturalmente que deseas hacer las paces con nosotros. —Él siguió sin contestarle y ella pareció frustrada por la pasividad de Josseran—. Tendrías que haberle traído tributos a mi padre —añadió.

—No esperábamos tener el honor de encontrarnos con tu padre. De todos modos, traemos palabras de amistad.

—Creo que mi padre preferiría recibir oro —dijo ella mientras los demás volvían a reír.

Josseran notó lo deferentes que eran los hombres con ella. En Francia jamás se permitiría que una mujer hablara con tanta libertad, a menos que se tratara de una prostituta. Y, decididamente, ninguna mujer sería tratada con tanto respeto, a menos que fuese la esposa de un noble. Era evidente que las costumbres tártaras con respecto a las mujeres eran muy distintas de las suyas.

—¿Quién es tu amigo? —le preguntó ella.

—No es mi amigo. Es un hombre santo. He recibido órdenes de escoltarlo hasta Karakoram.

—Tiene el color de un cadáver. ¿Sabe lo feo que es?

—¿Quieres que se lo diga?

—¿Qué está diciendo esa mujer? —preguntó Guillermo, consciente de repente de la atención de la asamblea. Tenía un trozo duro de cordero hervido en la mano y

tiraba de la carne dura con los dientes.

—Te encuentra agradable a la vista y desea que te lo haga saber.

La respuesta de Guillermo fue sorprendente. Fue como si ella acabara de pegarle un bofetón.

—Recuérdale que es mujer y que no le conviene dirigirse a un fraile de esa manera. ¿Es una especie de prostituta?

—Creo que es una princesa.

—No se comporta como ninguna de las princesas que he conocido.

—Tal vez porque sus costumbres son distintas de las nuestras.

Cuando Josseran se volvió hacia Jutelún, la expresión burlona había desaparecido del rostro de ella. Miraba al sacerdote con una expresión salvaje y extraña. Los tártaros que la rodeaban guardaban silencio.

—Dile que debe regresar —pidió ella.

—¿Qué?

—Debe regresar. Si cruza el Techo del Mundo, nunca volverá a tener paz en el alma.

—No puede regresar. Tiene que cumplir con su deber. Igual que yo.

Hubo un peligroso silencio. Los tártaros, tanto hombres como mujeres, observaban a Jutelún. El tañedor de rabel acababa de dejar su instrumento, y hasta los borrachos habían dejado de cantar. Jutelún seguía mirando fijamente a Guillermo, en realidad no a él, sino de alguna manera a través de él.

Guillermo miró los rostros que lo rodeaban.

—¿Qué sucede? —susurró.

—No lo sé —contestó Josseran.

—¿Por qué me miran así? ¿He hecho algo que les moleste?

Jutelún volvió a hablar, esta vez con suavidad.

—Dile a tu hombre santo que si no quiere regresar, tendrá que aprender a sufrir.

—El sufrimiento es algo con lo que él disfruta —contestó Josseran.

Más superstición. Josseran imaginaba la respuesta de Guillermo ante esa advertencia.

—Ni siquiera ha empezado a comprender lo que es el sufrimiento —dijo Jutelún, y de repente la mirada desapareció de sus ojos y volvió de nuevo su atención a la carne de cordero que estaba comiendo.

El momento había pasado. Las conversaciones y las risas retornaron. Los bebedores atacaron el kumis negro con renovado vigor. Pero Josseran se había estremecido. Sintió que un frío le recorría la columna vertebral y fue como si el mismo diablo hubiera pisado su tumba.

A Josseran y a Guillermo les dieron su propia yurta, situada más o menos en el centro del gran campamento, cerca del ordu de Qaidu. Los tártaros habían encendido incienso en un recipiente de plata junto al santuario de Natigay en un rincón de la tienda, y aunque Guillermo lo apagó con rapidez, su aroma sagrado seguía perfumando el aire. Josseran se metió bajo las mantas de piel y permaneció acostado boca arriba mirando una única estrella que se alcanzaba a ver por el agujero de la yurta.

El interior de aquella tienda primitiva era sorprendentemente cálido. Encima de sus cabezas estaban expuestas las ramas de sauce, pero las paredes estaban forradas con capas de grueso fieltro para impedir la entrada del frío. Estaba oscuro y el humo irritaba los ojos, pero los protegía del viento frío de la montaña.

Josseran oyó que Guillermo, que estaba de rodillas y cuyo perfil se recortaba sobre el fuego, elevaba una oración por la liberación de ambos.

Se acomodó mejor entre las pieles y cerró los ojos, luchando contra sus propios miedos. Ya habían viajado más allá de la tierra de los mahometanos y había entrado en los rincones oscuros del mundo donde pocos cristianos habían estado. Se burló de las supersticiones de Guillermo, que hablaba de hormigas gigantes y otras bestias, pero él también tenía miedo. Igual que Guillermo, había oído historias de Oriente, de hombres con cola y otros a quienes los pies les salían de la cabeza. Le resultó fácil olvidar aquellas historias cuando se encontraba a salvo en Acre, pero allí, en aquellas montañas desiertas y extranjeras, el viejo terror se cebaba en él.

Se había comprometido en una aventura que pocos hombres se animarían a emprender. Los viajes eran cosa de mercaderes y misioneros, y pocos sobrevivían a uno como el suyo. Era el tema de las canciones de los juglares en la plaza del mercado de Tolosa.

En Acre debían de suponer que para entonces él y el fraile estarían a salvo y regresarían con la respuesta de Hulagu. En cambio, los habían mandado al rincón más lejano del mundo por un capricho del kan tártaro, despachados con la misma indiferencia con la que se espanta una mosca.

—¿Deseas confesarte? —le preguntó de repente Guillermo desde la oscuridad.

—¿Confesarme?

—Hace muchas semanas que viajamos y no te has confesado.

—He pasado todo ese tiempo sobre la montura de un caballo. Eso no me ha ofrecido grandes oportunidades de pecar.

—¿Cuándo fue tu última confesión, templario?

«Hace más de diez años que no hago una confesión completa —pensó Josseran—. Porque todavía tengo esa mancha en mi alma que no puedo o no estoy dispuesto a

expresar en voz alta, ni siquiera a un sacerdote».

—En la orden tenemos nuestro propio capellán.

—Entonces sabes que debes hacer penitencia con regularidad. La deberías hacer ahora.

—Cuando me haga falta una penitencia, hermano Guillermo, te lo haré saber.

Oyó que Guillermo suspiraba. Josseran no le prestó atención y trató de dormir, pero al rato Guillermo volvió a hablar.

—¿Por qué siento que llevas contigo un gran peso?

—Llevo un gran peso. Es un fraile dominico y se llama Guillermo.

—Rezaré por tu alma.

—Haz lo que quieras.

—Ya sé lo que opinas de mí, templario. No he podido entrar en tus pensamientos. Pero no cometas el error de considerarme tonto. Sé cuándo un hombre está muy preocupado. La guerra es tu campo. Las perplejidades del espíritu humano son el mío.

—Te agradezco tu preocupación —gruñó Josseran, y se volvió para simular que dormía.

Las oraciones murmuradas de Guillermo se prolongaron hasta muy tarde.

Pero Josseran no conseguía dormir. Permanecía acostado, con los ojos muy abiertos, mirando fijamente la negrura que se extendía después de la entrada de la yurta, hacia un mundo desconocido donde la gente no había oído hablar de Cristo y donde la certeza de la salvación no era tan segura. Pensó en Jutelún, en el negro vacío que asomó a sus ojos y en la manera en que los tártaros habían guardado silencio a su alrededor.

Había llegado a Ultramar después de recorrer a la deriva un largo camino, alejándose de las costumbres de su tierra; en aquel momento, lo devoraban aquellas montañas. Perdido para la religión, para su Iglesia, para la regla de su orden, perdido para sí mismo y su gente. Guillermo era el único vestigio de algo familiar que le quedaba, su única ancla en el mundo que definía su personalidad y su alma.

En realidad, no era a los monstruos agazapados al otro lado del Techo del Mundo a quienes temía, sino a los monstruos que se ocultaban dentro de su propia alma.

Aquel don la había acompañado desde que tenía memoria. Comenzó como una energía en el cuerpo que no podía contener, una urgencia frenética de correr y correr y correr, de subirse a los árboles, una desesperada necesidad de volar.

De niña no podía quedarse quieta, siempre le había resultado difícil dormir. Su madre adquirió la costumbre de encerrarla en la yurta por la noche, pero ella siempre había encontrado la manera de escapar. A veces hasta se escapaba por el agujero por el que salía el humo y se alejaba del campamento corriendo a ciegas en la oscuridad. Entonces enviaban a los hombres a buscarla. A veces no la encontraban. Desaparecía del campamento durante toda la noche y cuando a la mañana siguiente reaparecía, helada y con una mirada enajenada, su madre estaba llorando, convencida de que había muerto.

En esas ocasiones Jutelún siempre se había sentido llena de remordimientos. Pero no podía hacer nada para detenerse. El don no se lo permitía.

Lo que más le gustaba era galopar montada en los caballos de su padre. Como casi todos los niños de la tribu, aprendió a montar casi antes que a caminar. Pero para Jutelún era diferente. No le importaba tanto su habilidad sobre el lomo de un caballo como la sensación de libertad que le proporcionaba aquel galopar por las praderas hora tras hora a través del viento helado. Tenía una energía dentro del cuerpo que no podía contener ni soltar.

Una vez llevó a su caballo hasta el borde de un precipicio de los pasos altos e imaginó que lo espoleaba para que saltara al espacio, al silencio del interminable cielo azul. Pensó que podría extender los brazos, que se convertirían en las grandes alas de un halcón. Podría volar.

Nunca deseó ser una chamán, nunca quiso aquella posibilidad de ver. Cuando cumplió trece años y su hermano Tekuday enfermó, hizo uso de su don delante de los demás.

Cuando Tekuday enfermó, su padre llamó a los chamanes y éstos oraron por él, abrieron a tres prisioneros kerait y derramaron su sangre sobre el cuerpo de Tekuday mientras éste yacía en medio de convulsiones en su cama de pieles. Pero siguió debilitándose.

Ya se sabía que sólo los chamanes entraban en una yurta donde había un enfermo. Los espíritus malignos podían saltar de un cuerpo a otro y era peligroso que una persona se acercara demasiado al enfermo. Pero una mañana Qaidu miró desde la puerta de la yurta y encontró a Jutelún acurrucada junto a su hermano y profundamente dormida. Qaidu entró corriendo y la llevó fuera de la yurta, profiriendo gritos de desesperación a un cielo plomizo, convencido de que también perdería a su hija. Pero Jutelún no enfermó.

En lugar de ello, Tekuday empezó a mejorar.

Poco después de este incidente, ella comenzó a tener visiones. En una ocasión se acercó a su padre y le dijo que aquel día no debía cazar porque había soñado con un monstruo. Él rió ante las protestas de su hija. Pero aquella misma tarde, mientras recuperaba sus flechas del cuerpo de una cabra montés que había abatido, lo atacó un oso. El animal le hizo cuatro grandes rasguños en el pecho, y cuando lo llevaron al campamento tenía la ropa empapada en sangre. Jutelún permaneció con él toda la noche, chupando la sangre de sus heridas.

Cuando su padre sobrevivió a lo que parecían heridas mortales, los chamanes de la tribu se le acercaron y le comunicaron que ella tenía el don.

Una anciana, Changelay, y un hombre, Magui, le enseñaron los ritos. Su padre estaba muy orgulloso de que ella hubiera sido aceptada como chamán, y a partir de aquel momento siempre la había consultado cuando tenía que tomar decisiones importantes.

Por su parte, ella se alegraba de haber podido hacer algo que lo hiciera feliz, pero seguía deseando no poseer la carga que representaba ser vidente. A menudo no encontraba sentido a sus sueños y a veces sus visiones no eran más que una vaga premonición, como le pasó aquella noche con el hombre santo cristiano. Otras veces eran una carga, como cuando soñó que un hombre de la tribu andaba con la esposa de otro. Guardó silencio y su conocimiento la atormentó hasta que el hombre murió en una batalla contra los kermit.

No, no quería tener ese don. Lo único que quería era ser libre, igual que sus hermanos, para cabalgar por las estepas y galopar con su padre.

Para volar.

Pero, en la oscuridad llena de humo de la noche, los espíritus se le acercaban para hablarle y la transportaban por el aire más allá de la estepa. Al principio, aquellos encuentros sólo duraban segundos, igual que el resplandor de un rayo en la noche. Pero, a medida que Jutelún creció, descubrió que podía mantener la sensación por más tiempo, de manera que podía ver con claridad el camino hacia delante, hasta el horizonte del tiempo. Era una ventana a otra vida, su alma se derretía en el cielo azul y ella era libre. Cuando el espíritu de su interior era fuerte, podía volar a través de todo el valle y ver el interior de todo el mundo. Pero era un don que la mareaba y la dejaba extenuada.

Mientras Guillermo murmuraba sus oraciones en la oscuridad, entre el humo de la yurta, y Josseran permanecía despierto, luchando con su conciencia y sus penosos recuerdos, Jutelún dormía, extenuada, porque aquella noche había puesto a prueba su don hasta el límite. Había cruzado volando el Techo del Mundo en compañía del bárbaro de barba del color del fuego. Había viajado como un rayo a través del tiempo

y había visto lo que el futuro les deparaba a ambos. Volvió a desear no tener aquel terrible don, porque el futuro era demasiado terrible para contemplarlo y aceptarlo.

A la mañana siguiente, un ruido de gritos y risas que provenían del límite del campamento despertó a Josseran. Empujó la pesada cortina de la entrada de la yurta. Una multitud se había reunido en la explanada, detrás de la primera línea de carros. Era evidente que estaba a punto de pasar algo importante.

—Algo indigno, sin duda —dijo Guillermo a sus espaldas.

—He visto tantas cosas indignas entre los míos que me pueden mantener escandalizado una vida entera —contestó Josseran—. Estoy seguro de que esto no puede ser peor.

Se puso el abrigo de fieltro y las botas y atravesó el terreno abierto para averiguar lo que pasaba. Guillermo se apresuró a seguirle. El suelo estaba duro, cubierto de nieve, y el viento era frío y cortante como la punta de una espada. Centenares de tártaros, hombres, mujeres y niños, estaban reunidos formando un círculo para ver el espectáculo. El estado de ánimo era festivo y Josseran presintió que esperaban un derramamiento de sangre. Había visto las mismas expresiones en las ejecuciones públicas de Orleans y París.

En el centro del círculo había una mujer que tenía en la mano derecha un látigo trenzado. Era joven y robusta, y tenía el rostro enrojecido por una emoción imposible de descifrar. Tenía un cuchillo en el cinturón.

Un hombre joven salió del campamento a caballo y la multitud le abrió paso. Tenía los pantalones metidos dentro de las botas de cuero, al estilo de la gente de la región, pero su pecho y su espalda estaban desnudos.

—¿Qué están haciendo? —susurró Guillermo.

—No lo sé.

Josseran se volvió, vio a Jutelún a pocos metros, con los ojos brillantes de excitación.

El hombre cabalgaba despacio, describiendo círculos alrededor de la mujer que tenía el látigo en la mano derecha y lo sopesaba. ¿Qué pasaba? ¿Sería alguna clase de castigo tribal? Si lo era, las víctimas parecían bastante alegres.

—Va a dejarse azotar por ella —dijo Guillermo, comprendiéndolo de repente.

Josseran asintió con la cabeza. Y luego añadió en tono travieso:

—No es demasiado tarde para que te encuentre un caballo. Tal vez podrías reunirte con ellos.

Guillermo le dirigió una mirada dura e inmediatamente Josseran se arrepintió de su comentario. El viaje ya era bastante duro sin que él fomentara la enemistad del sacerdote. Sin embargo, le resultaba difícil no ponerle el cebo a aquel fraile infernal, de manera que, por cautela, dio media vuelta y se acercó a Jutelún.

Oyó el restallido del látigo.



Jutelún miraba el espectáculo. Alcanzó a ver la expresión frenética de su rostro. «No es una mujer como las que he conocido —pensó—. Es un ser primitivo. Una verdadera dama no se regocija con semejante espectáculo».

—¿Qué están haciendo? —preguntó.

—Lo está poniendo a prueba.

—¿Poniéndolo a prueba?

—Él le ha pedido que sea su esposa. Ahora ella tiene derecho a averiguar si le conviene como esposo. Él debe demostrar lo que es. ¿De qué vale un esposo débil? Una mujer no puede alimentar a sus hijos con besos y mimos.

El látigo volvió a restallar. Josseran se volvió. El joven seguía muy erguido en la silla, cabalgando. Pero ya le cruzaban la espalda dos líneas sanguinolentas.

—¿Cuánto dura esto?

—Hasta que ella esté satisfecha.

—¿Y si no lo quiere por marido?

—Entonces él tiene que decidir cuánto tiempo puede soportar el látigo. Si cae de la silla, pierde todo derecho a reclamarla. Nadie esperará que ella se case con un hombre sin coraje ni fuerza.

El látigo restalló una y otra vez. El muchacho no permitía que en el rostro se le notara ninguna señal de dolor. La sangre ya le corría libremente por la espalda, manchándole los pantalones. La muchacha volvió a preparar el látigo.

La multitud vitoreaba cada vez que el látigo golpeaba la espalda del pretendiente. Josseran notó que el muchacho se había hundido un poco en la silla. Tenía la espalda cubierta de sangre y cada vez que recibía un golpe hacía una mueca de dolor. Pero seguía dominando el caballo y no pretendía alejarse del alcance del látigo.

La sangre corría por los flancos del caballo. Ella esperó, mirando al muchacho, que daba una vuelta completa a su alrededor. Entonces ella lanzó un grito y puso toda su fuerza en el golpe siguiente. El muchacho volvió a hacer una mueca de dolor pero se mantuvo firme sobre la silla.

—Si ella lo ama, ahora se detendrá —dijo Jutelún—. Él ha demostrado lo que vale.

—¿Y si no lo ama?

—Entonces sería mejor que él no tuviera demasiado coraje.

Pero mientras ella hablaba, la muchacha metió el látigo dentro de su cinturón y levantó los brazos. Su grito resonó en las montañas salvajes. Los familiares presentes corrieron a reunirse alrededor del caballo para felicitar al jinete, quien se echó atrás y aceptó las felicitaciones, aunque Josseran notó que su sonrisa no era más que una mueca y que estaba a punto de desplomarse.

—Como mujer, esperaría que cualquier hombre hiciera eso por mí —dijo Jutelún—. Como princesa, esperaría mucho más. —Por algún motivo, Josseran sintió que

ella no estaba sólo diciéndole una verdad. Lo estaba desafiando—. ¿En tu país se te considera un hombre valiente?

Josseran no podía creer que una mujer le hubiera hecho esa pregunta.

—¿Qué puede tener un hombre si no tiene honor y valor?

—¿Y también eres un buen jinete?

—Uno de los mejores —contestó él, incapaz de apagar un deje de orgullo en la voz. ¿Estaría ella halagándolo descaradamente?

—¿Cuántos caballos posees?

Él sintió que Jutelún lo miraba con dureza y experimentó una oleada de vergüenza. Sabía que cada tártaro llevaba veinte caballos consigo en una campaña. Muchos más caballos de los que cualquier caballero aspiraba a tener, muchos más de los que poseían muchos ricos terratenientes, y él no era rico. ¿Cómo explicarle a una princesa tártara que había vendido gran parte de lo que tenía para viajar hasta Tierra Santa? ¿Cómo describirle las circunstancias de su servicio en la orden de los templarios?

—Tengo tres caballos —dijo, lo cual era sólo cierto en parte, porque aunque los montaba en las batallas, en realidad pertenecían a la orden.

—¿Y cuántas esposas?

—Según la ley de Dios, el hombre sólo puede tener una esposa.

—Una esposa si no tiene ningún apetito. Un hombre sólo beberá un cuenco de kumis si no tiene sed —dijo ella, y rió.

Josseran no daba crédito a sus oídos. Era mejor que Guillermo no pudiera comprender a aquella mujer ni sus blasfemias.

Estaba tan cerca de él que alcanzaba a notar su olor, una mezcla salvaje de cuero, cuajada y almizcle femenino. Se sintió trastornado. «Aquí me alejo de la salvación. He vivido cinco años bajo la regla de los templarios y creía haber vencido a la bestia que dañó de tal manera mi vida y mi alma. Ahora esta salvaje ha vuelto a despertar mi carácter pecaminoso. Estoy condenado».

—¿Cómo son vuestras mujeres? —preguntó ella—. ¿Son grandes jinetes?

—No, mi señora, no lo son. Ninguna de ellas puede compararse contigo.

—Entonces ¿qué saben hacer?

¿Cómo explicarle a aquel demonio femenino las virtudes de una cristiana?

—Una doncella debe ser hermosa y dulce, y tener una voz suave y meliflua.

Ella lo miró con la boca abierta.

—¿Y eso es lo que buscas en una esposa?

—También debe entender de música y saber tejer tapices. Ser un parangón de María, la madre de Nuestro Señor.

—Estoy de acuerdo en que una mujer debe ser capaz de coser y cocinar. Para muchas mujeres, la yurta y los hijos lo son todo. Pero en tiempos de guerra o de

infortunio también deben ser capaces de luchar y de cazar. —Él soportó su escrutinio, mientras se preguntaba qué estaría pensando—. ¿Qué más buscáis vosotros los cristianos en una esposa?

—Modestia —contestó él, empleando la palabra tártara que quería decir «corrección» y «amabilidad». Jutelún frunció el entrecejo—. Debe ser casta —añadió él, tratando de explicárselo de la manera más delicada posible.

—¿Quieres decir que debe conservar el velo de sangre?

Él asintió con la cabeza, sorprendido por su falta de discreción.

—Sí —contestó—. Debe ser virgen.

—Yo perdí mi virginidad hace mucho tiempo. —Josseran la miró, escandalizado a pesar suyo. Trató de leer su expresión y sólo vio orgullo y desprecio—. Igual que todas las buenas mujeres tártaras —añadió ella—. Se la di a mi caballo.

Dicho esto, se volvió y echó a andar hacia el campamento.

En el campamento se convirtieron en objeto de curiosidad para todos. Los niños los seguían, riendo y gritando; de vez en cuando alguno de ellos aceptaba el desafío de sus compañeros y se les acercaba corriendo y les tocaba la ropa antes de volver a alejarse. Los adultos también los miraban fijamente con no disimulada curiosidad y a veces se les acercaban y pedían el cuchillo de Josseran o la cruz de plata de Guillermo. Lo hacían sin vergüenza alguna, no como pordioseros, sino con la actitud de los señores que tomaban cualquier cosa que quisieran como si fuera su derecho. Muchas veces Josseran, aguijoneado más allá de lo tolerable, estuvo a punto de desenvainar la espada.

Fue Tekuday, el hermano de Jutelún, quien salvó la situación. Los adoptó, los tomó a su cargo y los escoltaba allí donde fueran dentro del campamento. Las exigencias y las peticiones cesaron de inmediato.

Tekuday sentía una curiosidad interminable por ellos, por su religión, sus métodos de guerra, y sus castillos. Quería saber si los cristianos, pues para los tártaros el nombre de su religión era el de su país, tenían prados interminables como los suyos, en los que un hombre pudiera dejar pastar a sus caballos, cuál era el castigo por adulterio; qué material usaban para hacer flechas. Josseran se dio cuenta con rapidez de que Tekuday no era sólo curioso —probablemente, Qaidu lo había enviado para espiarlos—, y por lo tanto cuidó un poco más sus respuestas.

Si Tekuday era un espía de Qaidu, la elección no había sido buena, porque le gustaba hablar tanto como escuchar, y poco a poco Josseran le fue sonsacando información. Aunque los tártaros habían conocido el azote de los sarracenos en Oriente, le escandalizó enterarse de que Qaidu era en realidad mahometano, al igual que muchos de su tribu. Sin embargo, aunque se adherían a muchos de los principios de la religión sarracena, seguían creyendo en algo que llamaban el Espíritu del Cielo Azul.

Igual que los mahometanos, los tártaros se permitían tener cuatro esposas y el kan también podía tomar cuantas concubinas estuviera en condiciones de mantener. A pesar de este arreglo en apariencia tan azaroso, Tekuday insistía en que jamás había peleas entre las esposas, ya que no se hacía distinción de legitimidad entre los hijos nacidos de las esposas y aquellos cuyas madres eran concubinas. De hecho, Tekuday declaraba que él mismo había nacido de una de las concubinas del harén de Qaidu.

El ordu, o familia, confería seguridad a lo largo de toda la vida a la mujer y a sus hijos. Tekuday le dijo que cuando Qaidu muriera, él tomaría a su cargo a todas las mujeres de su padre, en su casa y también en su cama si lo deseaba, con excepción, por supuesto, de su madre. De esa manera, explicó, las viudas y sus hijos nunca tenían que temer por su futuro. Y sorprendió aún más a Josseran al explicarle que, a

pesar de que sus cuerpos pertenecían a los hombres, las mujeres tártaras tenían derecho a tener posesiones y podían comprar o vender propiedades, tales como caballos y cabras, con independencia de sus maridos.

Era un idea extraordinaria, pero, por lo visto, común a todos aquellos paganos. Josseran también se enteró de que el clan de Qaidu había surgido hacía una generación en las planicies situadas al este del «Techo del Mundo», como ellos lo llamaban, y que conquistaron aquellos valles cuando llegaron con Gengis Kan. En aquel momento gobernaban a toda la gente del valle de Fergana casi hasta las orillas del sur del lago Baikal. Los tártaros tenían un sistema feudal bastante parecido al de los cristianos; el poder de Qaidu derivaba de su parentesco con muchos kanes vecinos, que lo apoyaban, y también de sus *andas* o hermanos de sangre, que también lo reconocían como jefe. Se suponía que Qaidu, en su momento, sería leal al kan de Bujara, que había sido investido por el kan de kanes, el sucesor de Gengis en la lejana Karakoram.

Por lo visto, Qaidu no era soberano por derecho propio.

Tekuday explicó que tras la muerte de Mangu se celebraría un concilio en Karakoram para elegir al nuevo kan de kanes. Esta reunión se conocía como *juriltay* y cuando Guillermo y Josseran llegaron al Centro del Mundo, todos esperaban que el hermano de Mangu, Ariq Böke, ocupara el trono.

Josseran también interrogó a Tekuday sobre asuntos que sólo para él tenían un interés inmediato. Un día vio a Jutelún a caballo y señaló la faja de seda que usaba alrededor de la cintura.

—¿Qué significa? —preguntó, con el mayor disimulo posible.

—Cuando una mujer usa un lazo de seda así, significa que no está casada.

Josseran asintió con la cabeza, pensativo, pero con rapidez se quitó el absurdo pensamiento de la cabeza. Que Dios lo perdonara; su tarea era servir a Dios, no estar al lado de una tártara salvaje de las estepas.

Como si tal cosa fuese posible.

Observó a los tártaros en su vida diaria; las mujeres ordeñaban las vacas o se sentaban formando grupos mientras cosían cuero o hacían fieltro para ropa y alfombras, regañaban a los niños o picaban carne para cocerla; los hombres se inclinaban haciendo arcos o flechas o salían a las planicies a domar a gritos a los caballos. De vez en cuando encontraba a algunos de ellos vertiendo leche de yegua en grandes odres de cuero que suspendían de marcos de madera y golpeaban con largos palos. Lo hacían durante horas y horas para separar el suero de la cuajada y hacer así el apreciado kumis.

Cuanto más conocía a los tártaros, más le impresionaba la habilidad que tenían para la lucha. Todos eran expertos arqueros y usaban un arco de guerra doble y curvo

que fabricaban ellos mismos de bambú y cuerno de yak y unían con seda y resina. Llevaban en el pulgar un anillo de cuero o de piedra, que les permitía soltar el hilo del arco de forma mucho más eficaz que si lo hacían con los dedos desnudos. Tenía un alcance de más de doscientos pasos y una puntería mortal, incluso montando a caballo.

Cada tártaro llevaba consigo por lo menos dos aljabas parecidas a cajas, que solían ir llenas de flechas. Una contenía flechas para luchar a grandes distancias; la otra, flechas de hoja larga que empleaban para herir al enemigo en la cara y los brazos cuando luchaban cuerpo a cuerpo. También tenían flechas sin filo que silbaban mientras pasaban por encima de las cabezas y que usaban para comunicarse en medio de la batalla.

El servicio militar era obligatorio para todos los jóvenes, y la organización y la disciplina eran estrictas. Los reclutaban en *arbans* de diez, que a su vez formaban parte de una *jegun* de cien hombres. Saquear sin permiso, abandonar a un camarada del propio arban o dormirse estando de guardia eran delitos castigados con la muerte. También era una regla entre los tártaros no dar un puesto de mando a ningún hombre que fuera físicamente más fuerte que los demás, porque les parecía que no sentiría el hambre y la sed que tendrían sus soldados y por lo tanto reduciría su eficacia.

Josseran pensó que hasta los templarios podrían aprender mucho de los tártaros. Pero hasta el momento sólo se le había permitido vislumbrar la capacidad marcial de éstos. Si con lo poco que sabía estaba impresionado, sintió una especie de humilde respeto una semana después de su llegada al campamento, cuando Qaidu le permitió cabalgar con ellos en una expedición de caza.

Todavía estaba oscuro cuando el *mingan*, un regimiento tártaro de mil hombres, salió del campamento. Josseran despertó durante la noche y oyó el repiqueteo de centenares de cascos cuando la tropa se fue cabalgando por la estepa.

A primera hora de la mañana siguiente, Tekuday fue en su busca.

—Tenéis que acompañarme —dijo—. La caza ha comenzado.

De nuevo hacía un frío terrible. Josseran se puso el *del* y las botas. Guillermo salió de la yurta tras él. Hacía tiempo que había sucumbido a las costumbres tártaras y había dejado sus sandalias para usar botas y un grueso abrigo de fieltro sobre sus negras vestiduras monacales.

Ensillaron los caballos y siguieron a Tekuday hasta la colina que se encontraba cerca del campamento. Qaidu los esperaba, rodeado de sus guardias personales. Se cubría con una gran pelliza de armiño que usaba sobre una coraza de cuero salpicada de plata. Su caballo lucía arreos de color carmín e incrustaciones de jade en la silla de madera.

—Os honramos —le dijo Qaidu a Josseran al verlo acercarse—. Ningún bárbaro ha visto esto jamás.

Josseran no sabía si la gran partida de caza que presenciaría aquel día sería parte de los rituales del invierno o si había sido organizada exclusivamente para que él la viera.

Imaginó que aquella tarde volverían con algunos jabalíes, tal vez antílopes. No tenía la menor idea de la carnicería que iba a presenciar.

Cabalgaron con rapidez durante varias horas, al estilo tártaro, sin descansar. *Kismet*, en mejores condiciones después de haber descansado en el campamento de Qaidu y más gorda por la comida que encontraba en la llanura, se mantenía a la par de los demás. Josseran se sintió aliviado al volver a verla en tan buenas condiciones, porque había temido perderla.

Llegaron a la cima de una sierra baja y esperaron. Les rodeaban los picos blancos azulados de las montañas, como si fueran el borde de un gigantesco cuenco.

A lo lejos, Josseran alcanzaba a distinguir una línea oscura de jinetes tártaros que atravesaba el valle. Recordó el ruido de cascos que había oído por la noche y pensó que aquéllos debían de ser los jinetes que habían abandonado el campamento a aquella hora. La línea se rompió y ambos flancos galoparon hacia delante por la estepa en dos arcos separados.

Una columna de nieve en polvo se levantó de la llanura y entre los extremos de la tropa, que se acercaba formando una especie de media luna, corría una manada de

antílopes, más de un centenar de ellos. Josseran alcanzaba a oír sus extraños balidos a través de la planicie helada. Iban en desbandada; algunos de ellos saltaban por encima de los demás, como peces en un mar picado. Guillermo jadeó y señaló hacia la derecha, y Josseran vio una jauría de lobos que aullaban mientras corrían. Dos onzas, aullando presas del pánico, extenuadas por la caza, caminaban por el hielo a un lado de los antílopes que huían. Una manada de cabras se precipitaba por la planicie, acorraladas por los jinetes y sin posibilidad de escapar.

—¡En nombre de Dios! —exclamó Josseran.

Él cazaba venados y jabalíes en los bosques del Languedoc, pero nunca había presenciado una caza a tan gran escala como aquélla, y que se desarrollara con tanta organización y precisión. En Francia se usaban ojeadores y perros de caza para perseguir a la presa. Cuando estaba a la vista, era el caballero o el señor quien debía cazarla y darle muerte. Pero comparado con lo que en aquel momento veían, aquel deporte era un juego de niños.

Por lo visto, para sus expediciones de caza, los tártaros empleaban su ejército íntegro, que entraba en acción al mismo tiempo.

Los extremos de la fila de tártaros ya casi se habían cerrado, rodeando a los animales que en aquel momento se amontonaban en la pradera.

—Así es como entrenamos a nuestros soldados —explicó Tekuday.

Tenía que gritar para hacerse oír por encima del ruido que provenía de los cascos en el suelo helado. Los jinetes no hacían ningún ruido, giraban en un silencio total y coordinaban sus movimientos mediante los mensajeros que se acercaban a caballo a los jefes, los estandartes que ondeaban y a veces empleando las flechas que pasaban silbando.

—¿Veis? Mi padre decidió cuál sería el campo de caza antes de que salieran los cazadores y ahora están todos reunidos allí. Nada se matará hasta que el kan dé la señal. Si una simple liebre se pierde por falta de atención, ese hombre será puesto en el cepo y se le darán cien golpes con una caña.

De niño le habían enseñado a Josseran que una batalla consistía en una serie de combates individuales. Cuando se sumó a las filas de los templarios le enseñaron a cargar y a girar al unísono con el resto de la caballería, obedeciendo una orden. Esa disciplina de hierro era lo que distinguía a los templarios y a los hospitalarios de todos los demás en cuanto a fuerza de combate en Tierra Santa. Pero eso no era nada comparado con lo que veía en aquel momento. Quedó asombrado ante la revolución que tenía lugar ante él. Comprendió que con aquellas partidas de caza, los tártaros aprendían a explorar, a ocultarse, a comunicarse y a tener coordinación. Cuando se luchaba contra aquella gente, no sólo se luchaba contra un tártaro, sino que se luchaba al mismo tiempo contra toda la horda.

Sus armas y armaduras ligeras contrastaban con las que él usaba en la batalla, con



la pesada cota de malla, la ancha espada y la maza. Individualmente, aquellos jinetes salvajes no serían enemigos dignos de un caballero franco, pero luchando y moviéndose como una unidad, como hacían en aquel momento, arrasaría con todo lo que tuviera por delante.

Si él no volvía a Ultramar con una tregua, alcanzaba a imaginar que toda Tierra Santa sería devorada por la furia de aquellos demonios.

Qaidu asintió con la cabeza, mirando al guerrero que lo atendía. El hombre sacó una flecha de su aljaba. La flecha no terminaba en punta sino en una bola redonda de hierro, llena de pequeños agujeros. El hombre disparó la flecha al aire y ésta silbó y cantó en su caída hacia los guerreros de la planicie.

Era la señal para que comenzara la matanza.

Una de las figuras de aquel enorme círculo de jinetes saltó de la silla. A pesar de que Josseran no le alcanzaba a ver el rostro desde aquel lugar de la sierra, sabía que se trataba de Jutelún, porque reconocía su bufanda morada. Miró a su alrededor. Qaidu le dirigió una sonrisa socarrona y él supo que su idea era acertada.

—Mi hija —dijo Qaidu—. He dado órdenes. Nadie debe matar hasta que ella haya disparado la primera flecha.

Jutelún había dejado las armas en su caballo, hasta las aljabas. Atravesó la planicie armada sólo con el arco.

—Se le permite una flecha —explicó Tekuday—. Debe matar de un solo disparo.

Josseran jadeó. Había millares de animales en la planicie, con los ojos muy abiertos por el pánico. Jutelún se movía entre ellos, al parecer sin miedo, mientras apretaba su arco ligero.

Una jauría de lobos se había separado del resto de los animales y en aquel momento giraba hacia ella, ladrando y aullando. Ella sujetó el arco en la mano derecha y esperó.

—¡La matarán! —murmuró Josseran.

Miró a su alrededor. A sus espaldas el padre de Jutelún y su hermano observaban, impávidos. Josseran volvió su atención al drama que tenía lugar en la planicie. Los lobos comenzaban a encerrarla. Josseran sintió una inesperada oleada de miedo. «¿Por qué me va a importar lo que le pase a una salvaje tártara? —se preguntó—. ¿A mí en qué me afecta?».

Pero dentro de su cabeza resonaba una especie de trueno.

Ella siguió esperando y permitió que los lobos se le acercaran más, sin dejar de sujetar el arco a su lado.

Aquella mujer no tenía nervios...

Por fin, con un movimiento ágil, alzó el arco hasta el hombro y apuntó. «Ya es demasiado tarde —pensó Josseran—. La jauría la atacará antes de que tenga tiempo de disparar la flecha». De alguna manera *Kismet* notó su ansiedad y tiró de las

riendas.

No la vio disparar la flecha, pero de repente un lobo cayó y rodó por el suelo duro y helado, con la flecha clavada en el cuello. Al momento se oyó un canto de flechas disparadas por los jinetes que rodeaban a Jutelún y una docena de lobos más cayó en un enredo de patas y pieles ensangrentadas. Pero no bastó para salvarla. Jutelún cayó ante el ataque de las demás bestias. Entonces los tártaros cargaron, alejando a los lobos de su compañera y disparando una flecha tras otra contra la jauría.

Josseran miró a Qaidu.

Nada. Ninguna expresión.

Contuvo el aliento y esperó. Jutelún estaba boca abajo sobre el hielo.

Por fin hubo un movimiento y se levantó lentamente. Un tártaro sujetaba las riendas de su caballo y ella fue cojeando hasta donde estaba. Era imposible saber si estaba malherida.

Qaidu sonrió.

—¡Ah, qué varón habría sido! ¡Pero será una espléndida madre de kanes!

La matanza continuó durante otra hora. Por fin dispararon hacia el cielo otra flecha sin punta, la señal del kan de que la caza debía terminar. El anillo de hierro de la caballería se rompió y permitieron que los restantes animales escaparan hacia el norte.

Los soldados comenzaron a reunir el botín.

—Bueno —murmuró Guillermo junto a su hombro—. Al menos esta noche no comeremos oveja.

—¿Alguna vez has visto algo parecido?

—Salvajes cazando.

Josseran negó con la cabeza. El fraile no había captado el significado de lo que acababan de ver. A fin de cuentas no era un militar.

Vio que Jutelún subía la sierra para saludar a su padre. Había sangre en la manga de su abrigo y en sus pantalones, pero nada en su manera de comportarse y montar indicaba que estuviera herida. A medida que se acercaba, Josseran sintió que lo observaba con aquellos ojos negros situados en un rostro tostado por el sol.

Era extraño que ella le afectara tanto. Nunca creyó que llegaría el día en que encontraría hermosa a una tártara. Ella le sonrió al pasar, tal vez adivinaba sus pensamientos. Josseran sufría por ella, se preguntaba qué daño le habrían hecho los lobos, dos heridas ocultas por el grueso fieltro de su ropa.

—¡Padre! —le gritó a Qaidu.

—¿Cómo están tus heridas, hija?

—Son sólo rasguños. —Se balanceó un poco sobre la silla, pero se recobró.

—Una caza satisfactoria.

—Gracias, padre.

—Felicitá a tu mingan. Diles que me gustó.

Jutelún volvió a sonreír y enseguida se alejó para reunirse con los soldados en el lugar de la matanza.

Josseran se volvió hacia Tekuday. No pudo leer la expresión de su rostro.

—¿Estará bien? —preguntó.

—Es tártara —gruño él, como si eso fuera explicación suficiente, y no volvió a hablar durante el largo trayecto hacia el campamento.

Pero después Josseran vio otro aspecto de aquellos temidos tártaros.

La tormenta se había acercado por el norte, oscuras nubes como yunques se cernían sobre el valle y tapaban las montañas. Los truenos resonaban a lo largo de los altos pasos de las montañas, los rayos ocupaban la estepa y la luz verdosa de la tormenta de repente se convirtió en un espectáculo iluminado de caballos de ojos desorbitados y camellos corriendo en desbandada.

Antes de la tormenta, a Guillermo y a Josseran los habían invitado a la yurta de Tekuday a beber kumis y celebrar la caza. El primer trueno detuvo sus corazones y estremeció la tierra. Gerel corrió hacia un rincón, enterrándose bajo un montón de pieles, mientras las mujeres y los hijos de Tekuday gritaban y se refugiaban en un rincón, los menores amparándose bajo las faldas de sus madres.

Tekuday se levantó de un salto, con los ojos tan desorbitados como los de un caballo que huye de un incendio. Un chorro de saliva colgaba de su barbilla. Cogió a Guillermo por los hombros y lo arrojó al otro lado de la yurta, luego lo echó a puntapiés de su vivienda.

Se volvió hacia Josseran.

—¡Fuera! ¡Fuera!

Josseran lo miró, perplejo.

—¡Habéis hecho caer la furia de los dioses sobre todos nosotros! —le gritó Tekuday.

—No es más que una tormenta —gritó Josseran por encima del fragor de la lluvia—. Pasará.

Pero Tekuday se negaba a escuchar.

—¡Fuera!

Josseran no se resistió cuando Tekuday lo arrastró hacia la entrada de la yurta y lo empujó hacia el barro azotado por la lluvia.

Guillermo estaba allí con el pelo empapado, observando las nubes negras con una expresión de terror iluminada por la tormenta.

—¿Qué les pasa?

Josseran negó con la cabeza. Cogió a Guillermo del brazo y lo arrastró para que se alejara de allí. Volvieron a su yurta bajando la cabeza para defenderse del viento.

Más tarde se acurrucaron junto al pequeño fuego, todavía empapados y con el vapor alzándose de sus ropas. La tormenta se fue alejando hacia el sur. «¿Cómo se explica la falta de sensatez de esta gente?», se preguntó Josseran. Azote de medio mundo, conquistadores de Bagdad, Moscú, Kiev y Bujara, y allí estaban, ocultándose bajo el fieltro, asustados de la tormenta, como niños.

Eran gente extraña, no cabía duda.

Había algo que seguía inquietando a Josseran y no le dejaba descansar, algo que tenía que saber, a pesar de que tenía miedo de saberlo. Se sintió ridículo por preocuparse por algo que sin duda no tendría ninguna consecuencia, pero tenía que obtener una respuesta.

Una mañana, más o menos una semana después de la tormenta, el cielo había adquirido un tono azul y el sol resplandecía sobre las nieves del Techo del Mundo. Josseran cabalgaba con Tekuday por la sierra, cerca del campamento. Tekuday llevaba una cuerda en la punta de un largo palo que usaban para apresar los caballos que llevarían consigo en el próximo viaje a través de las montañas. Hacerlo requería mucha habilidad y fuerza, porque permitían que los caballos vivieran de forma casi salvaje en la estepa hasta que los necesitaban, y entonces los animales se resistían. A lo largo del valle, otros jinetes llevaban a cabo la misma tarea, y los gritos y el ruido de los cascos de los caballos resonaban contra las paredes del valle.

Josseran respiró hondo, convencido de que aquélla era su oportunidad para descubrir la verdad, por desagradable que fuera.

—Dime una cosa, Tekuday. Cuando uno de vosotros decide tomar una esposa, ¿ella debe ser...?

Tartamudeó al no encontrar la palabra indicada en el idioma tártaro, pero pronto supo que no la conocía.

La sonrisa de Tekuday era bondadosa pero indulgente. ¡Aquellos tártaros eran tan arrogantes! Sentía que lo trataban como un duque trata a su bufón.

—¿Estás preguntando si una esposa debe tener su velo de sangre intacto?

—Sí, eso era lo que quería decir.

—Desde luego que no. Sería demasiado vergonzoso. ¿Tú aceptarías a una mujer así por esposa?

—Esa condición es fuente de gran orgullo en... —estuvo a punto de decir «en cualquier país cristiano» pero se detuvo—... en mi país.

—Tal vez por eso no lográis vencer a esos sarracenos de los que hablas.

Josseran tuvo ganas de desmontarlo de un puñetazo. ¡No era más que un muchacho y se burlaba de él! ¡Le arrancarí­a la lengua y se la daría de comer a los perros!

—He oído decir —insistió Josseran, incapaz de quitarse de la cabeza aquella imagen terrible— que las mujeres de tu pueblo entregan su virginidad a un caballo.

Tekuday detuvo el caballo y se giró. Ya no parecía divertido.

—¿Y de qué otra manera van a perderla?

¡Ni siquiera le crece la barba y me habla como si fuera mi igual!

—¿Y eso no te molesta?

—Conservar el velo de sangre es señal de que una mujer ha pasado poco tiempo a caballo. Por lo tanto, no puede montar bien y sería una carga para su marido. Es una señal de debilidad.

Josseran se quedó mirándolo.

—Pierden su virginidad sobre la montura —dijo Josseran con lentitud, comenzando a comprender.

—Sí, claro —dijo Tekuday.

Pero no podía adivinar los pensamientos de Josseran y por lo tanto sólo pudo mirar con total incomprensión a aquel bárbaro que necesitaba que le explicaran tres o cuatro veces las realidades de la vida antes de comprenderlas.

¡Y pensar que Baitu les había dicho que era ingenioso e inteligente!

—Pierden su virginidad sobre la montura —repitió Josseran por segunda vez, como si le costara creerlo. Después sonrió.

—Muy bien. Sigamos cabalgando.

Después, sin que su acompañante supiera por qué, echó atrás la cabeza y rió.

Al principio no la reconoció. Llevaba un abrigo rojo y morado y un tocado suelto de los mismos colores, del que salía una larga cola que le bajaba por el cuello; el flequillo negro le cubría la frente. En la mano derecha sujetaba un tamboril y entró en la gran yurta caminando hacia atrás mientras cantaba en voz baja alargando las vocales. Se puso en el centro de la gran tienda, entre los dos fuegos, y cayó de rodillas.

Él vio que en la mano derecha sujetaba un objeto hecho de jirones de tela que recordaba a un mayal.

Estiró una mano hacia atrás y una de las mujeres que la acompañaban le pasó una pipa y ella dio una profunda chupada.

—Hachís —murmuró Josseran en voz baja. Conocía el hachís de Ultramar, donde ciertas sectas de sarracenos, los hassasí, los asesinos, usaban la droga para que los ayudara a cometer sus crímenes.

Después de fumar varias veces, Jutelún se levantó y fue por turno a cada rincón de la yurta, donde caía de rodillas y rociaba leche de yegua en el suelo como libación para los espíritus. Luego volvió al centro y roció más kumis sobre el fuego para los espíritus del hogar. Por fin salió e hizo otro ofrecimiento a los espíritus del Cielo Azul.

Cuando volvió, cayó de repente al suelo y allí quedó tendida, con los miembros temblando, como si estuviera en trance. Puso los ojos en blanco y movió levemente los labios.

—El demonio ha tomado posesión de ella —susurró Guillermo—. Te lo dije. Es una bruja.

Josseran creía que debía de ser cierto y sintió temor por ella y temor por sí mismo. Como todo buen cristiano le temía al demonio y a sus obras, porque la Iglesia le había advertido muchas veces del poder de éste. Sintió que la sangre abandonaba su rostro.

La yurta estaba oscura y el aire, pesado por el incienso que habían rociado sobre el fuego y que se había sumado al olor dulce y empalagoso del hachís. Josseran miró la reunión de tártaros, cuyos rostros estaban tan pálidos y atemorizados como el suyo. Hasta Qaidu, sentado junto al fuego, parecía encorvado y asustado.

Se produjo un largo y espantoso silencio mientras Jutelún yacía inmóvil en el suelo.

Por fin se movió y se levantó lentamente. Se acercó al fuego y volvió con la pata ennegrecida de un cordero. La cogió y la examinó con cuidado, estudiando los huesos carbonizados en busca de roturas y fisuras.

—Está llamando al demonio —susurró Guillermo.

—No son más que supersticiones.

Pero Guillermo no escuchaba. Cayó de rodillas y asió la cruz de plata que tenía en el pecho. La sujetó delante de sí y comenzó a entonar en voz alta una oración de exorcismo. Los tártaros lo miraron, transfigurados. En el rostro de Qaidu se pintó una expresión de enfado.

—¡Sacadlo de aquí! —gritó; dos de sus soldados cogieron a Guillermo de los brazos y lo sacaron de la yurta.

Qaidu volvió su atención a Jutelún.

—¿Cuál es la decisión de los espíritus? —le preguntó.

Jutelún le presentó el hueso ennegrecido.

—Los espíritus dicen que es un buen momento para el viaje —contestó.

—Muy bien. —Qaidu se volvió hacia Josseran—. ¿Lo has oído, bárbaro? Mañana saldrás hacia Karakoram.

Pero Josseran apenas lo oyó. Miraba fijamente a Jutelún que había vuelto a caer al suelo y permanecía allí, inmóvil. Tenía los ojos abiertos pero veía cosas que ninguno de los demás podía ver. Josseran volvió a estremecerse.

«¡Dios mío! —pensó—. ¡He estado deseando a una bruja!».

La bufanda ondeaba como una bandera al viento. Jutelún permanecía sentada e inmóvil en la silla y la rodeaba la escolta de veinte jinetes que los acompañarían en el viaje a través del Techo del Mundo. Montados en sus caballos, Qaidu y Tekuday también se encontraban allí para verlos partir.

—¿Quién nos guiará? —preguntó Josseran.

Qaidu señaló a su hija con la cabeza.

—Jutelún se encargará de que lleguéis bien al Centro del Mundo.

Josseran sintió que el caballo de Guillermo se ponía junto al suyo. El fraile había comprendido lo que pasaba.

—¿Nos guiará la bruja? —susurró.

—Eso parece.

—Entonces estamos perdidos. Exige que nos proporcionen otro guía.

—No estamos en posición de exigir nada.

—¡Hazlo! —repitió él en tono áspero.

Josseran se volvió a mirarlo.

—Escucha, sacerdote. Yo sólo doblo mi rodilla ante el gran maestro de Acre y ante nadie más. ¡Así que te aconsejo que te abstengas de darme órdenes!

Guillermo cogió la cruz de plata que colgaba de su pecho y la sujetó ante su rostro. Comenzó a rezar un Padrenuestro.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Qaidu.

—Reza pidiendo que tengamos un viaje seguro —mintió Josseran.

—Nosotros tenemos nuestra propia manera de tener un viaje seguro —dijo Qaidu, haciéndole una seña a Jutelún.

Ella desmontó y le hizo una seña a una de las mujeres que rodeaban los caballos. La mujer se acercó con un recipiente de madera lleno de leche de yegua. Jutelún hundió un cucharón de madera dentro del recipiente, se arrodilló en el suelo y roció parte de la leche en las escasas hierbas como una ofrenda a los espíritus. Luego se fue acercando a cada jinete y le puso un poco de leche en la nuca, en los estribos y en las ancas de los caballos. Después volvió a montar.

—¡Más brujerías! —murmuró Guillermo.

«Tal vez no más de lo que confiáis en la cruz y en el incienso», pensó Josseran con repentina claridad. Pero no dijo aquella blasfemia en voz alta —ya había hablado demasiado de sus ideas en presencia de aquel maldito fraile—, no porque creyera que importara, sino porque estaba convencido de que nunca volvería a ver Acre.

Salieron del campamento rumbo al norte. El sol parecía una fría moneda de cobre que ya se alzaba sobre el Techo del Mundo, el aire era gélido. Les hacía arder la nariz y los labios y les quemaba los pulmones. Jutelún los hizo girar hacia la derecha, la



dirección de la suerte, y luego se encaminaron hacia el este, en dirección al sol. Jossieran sabía que a partir de aquel momento entraban en un mundo al que pocos hombres, ni siquiera los mercaderes mahometanos, habían viajado. Se dirigían más allá de la oscuridad, y el miedo se instaló en su estómago como un trozo de plomo.

Se alejaron por la planicie galopando con firmeza, según el estilo de montar de los tártaros. Después de algunas horas, Josseran tuvo la sensación de que la columna vertebral se le salía a través de la cabeza. Miró a Guillermo y comprendió que el buen fraile sufría mucho más que él. Las sillas tártaras eran muy estrechas y levantadas por delante y por detrás, y estaban hechas de madera pintada de brillantes colores. Eran hermosas a la vista, pero quien las usaba tenía la sensación de cabalgar sobre una piedra.

Jutelún iba delante de Josseran. Su silla estaba cubierta de terciopelo rojo y en el borrén delantero había piedras preciosas engarzadas. Tenía incrustaciones de plata a la altura de sus muslos. Josseran se preguntó cómo podría cabalgar sobre una silla semejante. Debía de ser un sufrimiento terrible. O tal vez la seda de sus muslos fuese dura como el cuero. «Bueno —pensó sombríamente—, ése es un misterio que nunca desvelaré».

Galopaban a la sombra de las montañas cubiertas de nieve, atravesando valles sombreados por álamos y cipreses; los campos estaban verdes de cultivos de alubias y cebada. Allí la gente no vivía en yurtas, eran cosacos y uzbekos y pasaban el invierno en casas cuadradas de techos planos. Las casas estaban hechas de piedra, y tapaban las grietas de las paredes con paja; las cubiertas eran de ramas, hierba y barro seco.

Desde el valle, los altos terraplenes grises y blancos parecían una barrera imposible, y Josseran se preguntó si realmente existiría un paso a través de aquellos muros de roca y hielo.

Después de dos días de continuo galope entraron en sierras coloreadas de azul, y atravesaron bosques de nogales y enebros y prados altos, donde vieron las yurtas negras en forma de colmenas de los pastores kirguises. Algunos de ellos ya habían emigrado con sus rebaños a los prados de los valles altos.

Las ovejas que se apacentaban allí no eran como las de Provenza. Tenían enormes cuernos enroscados y, sobre las patas traseras, a veces alcanzaban la altura de un hombre adulto; parecían cabras, sólo que tenían curiosas colas gruesas, como sartenes de lana. Josseran también vio un tipo de ganado de pelo espeso y grandes cuernos, unos animales que daban miedo y a los que los tártaros llamaban yaks.

Se detenían en alguna yurta de la que salía humo que se elevaba entre los pinos y donde el queso de cabra se secaba al sol sobre esteras de bambú. Maneaban los caballos y Jutelún abría la puerta como si fuera su casa. Los demás se sentaban junto a la yurta, y el pastor y su mujer les servían queso y leche de cabra y quizá trozos secos de carne de cordero. Después, tan bruscamente como habían llegado, se

levantaban y, murmurando algunas palabras de agradecimiento, volvían a montar y se alejaban.

Durante el viaje, Jutelún observó detenidamente al bárbaro alto y al hombre santo. Jamás había visto a dos compañeros de viaje con menos afinidades. Se habían detenido para dejar descansar los caballos y el chamán estaba tendido boca arriba sobre la hierba, murmurando sus encantamientos a través de la barba que le cubría buena parte de la cara. El bárbaro se encontraba de rodillas a su lado, tratando de hacerle beber, gota a gota, un poco del kumis que llevaba en su alforja.

—¿Qué le sucede? —preguntó ella.

—Está extenuado.

—Si sólo hemos cabalgado una semana.

—Pero no está acostumbrado a hacerlo.

—Ese Papa suyo selecciona mal a sus embajadores.

—Sospecho que lo eligió a él por su piedad, no por su capacidad para cabalgar.

—Eso es evidente.

Se inquietó sobre la silla. Naturalmente, su padre la había honrado al enviarla como escolta de aquellos embajadores, pero en realidad era un honor que ella no deseaba. Aquel bárbaro alto y el chamán maloliente le daban miedo.

En sueños había volado hacia el futuro y allí había escritas oscuras historias relacionadas con aquellos hombres.

—Debemos seguir.

—Hemos cabalgado toda la mañana —protestó Josseran—. Sólo hemos desmontado durante algunos minutos.

Guillermo hizo un esfuerzo para sentarse.

—¿Debemos partir ahora mismo?

En su voz no había protesta sino resignación.

Josseran asintió con la cabeza.

—Por lo visto no hay tiempo para descansar.

—Entonces Dios nos dará las fuerzas necesarias para hacer lo que debemos.

Se cogió del brazo de Josseran y se levantó. Josseran experimentó una repentina admiración por el fraile que fue tan breve como inesperada.

Los caballos estaban atados a un árbol cercano. El fraile se les acercó dando traspies. El caballo de Josseran piafó, todavía desconfiado ante el extraño olor de aquel extranjero, y cuando sintió la palmada de Guillermo sobre sus ancas, se alzó de manos, presa del pánico, y le dio un tirón tan fuerte a la rienda que la rompió. Se alejó al galope y tiró a Guillermo al suelo.

Jutelún gritó una advertencia y salió en su persecución. A los pocos instantes apresó al aterrorizado caballo y Josseran la vio inclinarse sobre la silla para coger las

riendas y detenerlo.

Cuando volvió, Guillermo seguía sentado en el suelo, pálido por el golpe y apretándose un hombro. Josseran estaba arrodillado a su lado, solícito. El resto de los tártaros los rodeaba, riendo. Les parecía una broma maravillosa.

Jutelún sólo sentía irritación. Ahora reían, pero más tarde podían llegar a hacer algo no tan divertido.

—¿Está bien?

—No tiene ningún hueso roto —contestó Josseran.

—Es afortunado. Por favor, recuérdale que sólo debe montar por el lado izquierdo, tal como le enseñé. El caballo se quedará quieto si se le acerca por ese lado.

—Creo que ahora no lo volverá a olvidar.

—Eso espero. No sabe montar, no habla como una persona, no tiene más fuerza que una criatura. ¡Algún día nos traerá mala suerte, bárbaro!

—No es un caballero sino un hombre santo —contestó Josseran descubriendo que inesperadamente salía en defensa del fraile—. ¡Y no me llames bárbaro! Mi nombre es Josseran.

La miró echando chispas de ira.

De manera que por fin había conseguido hacerlo enfadar. Maravilloso Jutelún sintió que su estado de ánimo mejoraba.

—Joss-ran el bárbaro —dijo riendo y alejó su caballo.

Guillermo se instaló con dificultad sobre la silla.

—No te mueras, sacerdote —dijo Josseran apretando los dientes—. Estás bajo mi protección.

—Dios me guía y me hace cabalgar cada día. No temas por mí.

—No temo por ti. Pero no me gusta fracasar cuando tengo un deber que cumplir.

—Tampoco a mí me gusta fracasar en el cumplimiento de mi deber, templario.

«¡Pobre Guillermo! —pensó Josseran al verlo espolear al caballo—. Se sienta en la silla como la masa en la sartén. Su corazón pertenece al Papa, pero sin duda sus nalgas son del demonio».

Aquella noche durmieron en la yurta de un pastor cosaco. A pesar de ser primavera, las noches eran muy frías y Josseran y Guillermo se acurrucaron uno junto al otro bajo un montón de pieles, mientras los tártaros sencillamente se tendían sobre las alfombras y dormían con sus abrigos de fieltro puestos.

Era como si el frío no les afectara. Tenían mangas largas que podían cubrirles bien los dedos de las manos en lugar de guantes, pero casi nunca las usaban para eso. Durante el día ni siquiera se ponían las capuchas.

Eran las personas más fáciles de contentar que había conocido, porque a pesar de ser los conquistadores de medio mundo seguían siendo nómadas. Llevaban sobre la montura todo lo que necesitaban para sobrevivir: un aparejo de pesca, dos cantimploras de cuero (una para el agua y otra para el kumis), un casco de piel, un abrigo de piel de oveja y una lima para afilar flechas. Dos de los jinetes de Jutelún también llevaban una pequeña tienda de seda y un pellejo de animal para que sirviera como alfombra en caso de que ellos tuvieran que fabricar su propio refugio donde pasar la noche.

Y así subieron por las praderas color esmeralda de los valles, por el sendero que zigzagueaba entre los torrentes de éstos y las colinas, eligiendo su camino entre rocas y desmoronamientos. De vez en cuando debían cruzar una cascada que caía por la ladera gris azulada de la montaña.

La primavera había convertido los ríos en torrentes del color de la sangre y los tártaros usaban sus alforjas hechas de estómagos de vaca como flotadores para poder cruzarlos. Algunas veces se veían obligados a cruzar muchas veces el mismo río que se retorció a lo largo de los valles. En los altos valles, las gencianas, las amapolas y las aguileñas habían empezado a abrirse camino entre la nieve que se derretía y se veían manchas de color en los altos peñascos donde las primaveras silvestres echaban raíces en las fisuras de las rocas.

—No te complazcas, bárbaro —dijo Jutelún—. Tenemos por delante un largo viaje antes de llegar a Karakoram y muy pronto volverá el invierno.

Josseran le indicó los lugares helados que los rodeaban, parches de hielo, de rocas y de líquenes, la nieve esparcida por el viento.

—¿No llamas invierno a esto?

—Nunca podrás imaginar lo que es el invierno en el Techo del Mundo. Tenemos que esforzarnos todos los días si queremos llegar a Karakoram con tiempo para que regreses antes del invierno. La nieve cae como puños sobre estos pasos, y cuando los cierra, nada consigue crecer.

El anciano puso la mano derecha en el hombro izquierdo y murmuró:

—*Rahamesh*.

La mujer de la casa enlazó ambas manos frente a su cuerpo y se inclinó. Igual que su marido, lucía una túnica marrón acolchada sobre los pantalones holgados y las botas de cuero. Rodeaba su cabeza una banda de seda cuyo extremo le caía sobre el hombro.

El marido era el *manap*, el jefe del pequeño pueblo que habían encontrado en aquel valle perdido. Los hizo pasar a su casa. Allí no había muebles, las sillas no eran más que montículos de tierra cubiertos con bonitas alfombras azules y rojas. Había más alfombras de fieltro en el suelo y en las paredes. Dentro de la casa, lejos de los helados vientos de la montaña, el ambiente era cálido.

Entraron dos muchachas con recipientes de leche agria y grandes trozos de pan. Los tártaros arrancaron pedazos de pan, los mojaron en la leche agria y comenzaron a comer. Jutelún indicó a Josseran y a Guillermo que debían hacer lo mismo.

Guillermo sólo comió un poco del pan y permaneció sentado junto al fuego, tiritando. Era un espectáculo poco atractivo. Tenía la nariz roja de frío y mojada, como la de un perro. Cuando llegó el plato principal, todavía humeante, el manap, tal vez movido por la lástima que sentía por el fraile, puso en su cuenco un trozo grande de cordero hervido sobre el que dejó caer una bola de masa del tamaño de una naranja.

Le hizo señas de que comiera.

El resto de los tártaros no había esperado una invitación. Todos llevaban cuencos de madera metidos dentro del *del*, sacaron los cuchillos y comenzaron a tirar de la carne. Josseran hizo lo mismo. Guillermo fue el único que no participó del festín, sino que permaneció malhumorado y triste, mirando las brasas.

—Tu hombre santo debería comer porque si no lo hace ofenderá al manap —dijo Jutelún.

«¿Cómo puedo explicarle lo que es cuaresma y cómo es este sacerdote insufrible?», pensó Josseran. Cortó con los dientes un trozo de carne de cordero, mientras se preguntaba cómo podría Guillermo aguantar sin comer. Sentía una no deseada admiración por su templanza.

—Éste es un tiempo sagrado para nosotros —dijo Josseran—. Como el Ramadán. A él sólo se le permite comer pan y un poco de agua.

Jutelún negó con la cabeza.

—No me importa si muere, pero no es justo que nosotros debamos hacer este largo viaje por las montañas sólo para enterrarlo al otro lado del valle.

—Nada de lo que diga le hará cambiar de actitud. No me escucha.

Ella observó a Josseran por encima del borde de su cuenco mientras bebía un

poco de leche tibia de cabra.

—Nosotros veneramos a nuestros hombres santos. Sin embargo, tú lo tratas con desprecio.

—He jurado protegerlo. No es necesario que le tenga simpatía.

—Eso es evidente.

Guillermo levantó la vista de su triste contemplación del fuego.

—¿Qué le estás diciendo a esa bruja?

—Tiene curiosidad por saber por qué no comes.

—No deberías hablar con ella. Pones en peligro tu alma.

—Si es una bruja como dices, todavía tiene nuestras vidas a su cuidado. Sería tonto no hablar con ella, ¿no te parece?

—Nuestras vidas están al cuidado del Señor.

—Dudo que Él conozca el camino a través de estas montañas —murmuró Jossaran, pero Guillermo no lo oyó.

Jutelún observó la conversación con la cabeza inclinada hacia un lado, casi como si comprendiera el latín que hablaban.

—¿Tú eres de su religión?

Jossaran tocó la cruz de madera que colgaba de su cuello.

—Yo confío en Jesucristo.

—¿Y también confías en él? —preguntó Jutelún, señalando a Guillermo.

Jossaran no le contestó.

—En Karakoram hay seguidores de Jesús —anunció ella.

Él la miró sobresaltado. De manera que era cierto. Rubroek, los rumores que se filtraron acerca de la esposa de Hulagu, Dokuz Jatún. Trató de ocultar su excitación.

—¿Conocen a Jesucristo en la corte del gran kan?

—El kan de kanes conoce todas las religiones. Es lo que lo convierte en un señor tan grande. Sólo los bárbaros están enterados de la existencia de un solo Dios.

Jossaran pasó por alto esta alusión ofensiva.

—¿Hay mucha gente que conoce a Nuestro Señor? —insistió.

—Cuando llegues al Centro del Mundo lo comprobarás por ti mismo.

Jossaran se preguntó hasta qué punto podía creer a aquella princesa salvaje. ¿Estaba simplemente burlándose de él o había algo de realidad en lo que afirmaba? Si realmente hubiera cristianos en la corte del gran kan, éste quizá demostraría que era el preste Juan.

—Mi padre dice que tu hombre santo no hace magia —dijo Jutelún—. Entonces ¿para qué sirve como hombre santo?

—Nuestros hombres santos son el instrumento de Dios en la Tierra —dijo Jossaran negando con la cabeza—. Nos confesamos con ellos. Les decimos nuestros pecados y ellos nos traen el perdón de Dios.

—¿Y eso es todo lo que tu hombre santo puede hacer?

—También habla en nombre de Dios. Pero no puede hacer milagros. Sólo Dios puede hacerlos.

Eso pareció sorprender a Jutelún.

—¿Este Dios tuyo hace milagros para ti cuando lo deseas?

Josseran pensó en su hijo que murió de fiebre en la choza de su sirviente, en el pequeño cuerpo cubierto de sudor, los ojos inflamados con aquella curiosa luz de tormenta que tantas veces había visto en los ojos de los moribundos. Recordó lo que había rezado por la noche en la capilla, pidiendo un milagro, y cómo a la mañana siguiente, al regresar a la choza, encontró a su hijo muerto y frío. Negó con la cabeza.

—No corresponde a los hombres comprender la mente de Dios.

Creó que ella sonreiría, burlándose de él, pero en cambio lo miró con seriedad y negó con la cabeza.

—Es sencillo comprender la mente de los dioses. Permanecen junto a los vencedores.

Era de una lógica irrefutable y un argumento que él no deseaba contradecir. De manera que dijo:

—¿Por qué te eligieron a ti para guiarnos a través de estas montañas?

El repentino cambio de tema pareció desconcertarla, que era lo que él pretendía.

—Mi padre lo ordenó.

—¿Y por qué no eligió a Tekuday?

—¿No confías en mí porque soy mujer? —preguntó. Cuando vaciló antes de responder, Jutelún añadió—: Yo no quería guiarte. Me lo ordenaron. ¿Por qué voy a desear la compañía de unos bárbaros?

Josseran se dio cuenta de que la había hecho enfurecer. Le dio la espalda para conversar con sus compañeros; conversaciones escabrosas, poco agradables comparaciones entre Guillermo y su caballo.

Después de que hubieron retirado la comida, el manap cogió una flauta hecha con el hueso hueco del ala de un águila. Comenzó a tocar. Otro de los hombres se le unió tocando un instrumento en forma de laúd, cuya caja sonora estaba tallada con madera de palisandro con incrustaciones de marfil. Jutelún aplaudió, rió y cantó con los demás mientras la luz del fuego ocultaba su perfil en las sombras.

Mientras la miraba, Josseran se preguntó, y no por primera vez, cómo sería acostarse con una tártara. No dudaba que ella no sería dócil ni suave como las mujeres de Génova y de Venecia. Hasta se preguntó cómo compararla con la mujer de sus visiones, la fragante Virgen de sus ideales.

También se preguntó por qué se atormentaba con aquellos pensamientos.

Aquella noche, Guillermo y Josseran durmieron con los tártaros envueltos en pieles



en la yurta del manap, con la cabeza orientada hacia la pared y los pies hacia el fuego. Saber que Jutelún dormía a poca distancia de donde él se encontraba torturó el descanso de Josseran y, a pesar de lo fatigado que estaba, le resultó difícil conciliar el sueño. Su conciencia y sus pasiones comenzaron a luchar en su interior. Discutió consigo mismo para salvar su honor.

«Pero mi honor está manchado de sangre y de lujuria —pensó—. En realidad, ya no me queda honor. Ahora quiero formar pareja con una tártara salvaje. Por la regla de los templarios he jurado obediencia y castidad y se me ha confiado una misión sagrada que tal vez pueda salvar Tierra Santa de los sarracenos. Y, sin embargo, en lo único que puedo pensar es en acostarme con Jutelún.

»Estás casi más allá de toda posibilidad de salvación, Josseran Sarrazini. Cuando dejemos atrás estas montañas, temo que también habré dejado atrás a Dios».

El verde de los valles terminó bruscamente. Las nubes cayeron de las altas cumbres, rodando como el humo y, bajo sus pies, la tierra se convirtió en pizarra. El color desapareció del mundo.

De vez en cuando, a través de aberturas en las nubes, veían altos precipicios que se alzaban entre la niebla gris y fría y la nieve endurecida, fortalezas de picos blancos que aparecían durante un instante antes de volver a desaparecer detrás de las nubes. Las águilas los observaban desde los peñascos o cabalgaban sobre los vientos gélidos que soplaban en los desfiladeros. A medida que subían, los cascos de los caballos resbalaban sobre las piedras sueltas y éstas caían centenares de metros hacia los valles; ni siquiera las oían caer. Los caballos jadeaban y luchaban por respirar en los cauces secos y cuando llegaban a una cima los jinetes se veían obligados a desmontar y a conducirlos a pie hasta llegar al valle del otro lado. Cada vez subían más arriba, y los castaños y alfóncigos habían quedado muy por debajo de ellos.

Llegaron a un alto desfiladero y Josseran se detuvo y miró hacia atrás; por un momento vio el laberinto de cicatrices de los valles y las colinas. A lo lejos divisó las solitarias altiplanicies de los pastores tayikos. Una vez más, todo estaba cubierto de nubes grises y de nieve suave, como una cortina cerrada que impedía el paso de la luz, dejándolo solo con el tintineo de los cascos de los caballos sobre la pizarra, con el sonido de la voz de Guillermo, que gritaba sus oraciones al eco de los pasos de montaña, y con el lejano aullido de un lobo. Junto al sendero se blanqueaban los huesos de un caballo muerto hacía tiempo, que se iban deshaciendo en la nieve. El Techo del Mundo todavía estaba en algún lugar lejano, por encima de ellos, gris, frío y terrible.

Cuando subieron más allá de la línea de árboles, no tenían ningún lugar donde atar las riendas de los caballos. En lugar de ello, Jutelún enseñó a Josseran y a Guillermo a atar las riendas alrededor de las manos de sus caballos en una manea. También les enseñó a hacer el nudo que usaban los tártaros para poder soltarlos con rapidez. Los caballos parecían acostumbrados a ese trato. Josseran no vio protestar a ningún caballo tártaro cuando le maneaban las patas.

A Josseran le sorprendió la relación que tenían los tártaros con los caballos. Aunque eran sin excepción los mejores jinetes que había conocido, no forjaban ningún lazo con sus caballos, como lo hacían los caballeros cristianos y sarracenos. No trataban con crueldad a un caballo testarudo y tampoco trataban con afecto a un buen caballo. No les hablaban, ni les daban palmadas ni los alentaban de ninguna manera. Al final de un día de trabajo, sencillamente les pasaban con rapidez un palo por el cuerpo para quitarles el sudor seco e inmediatamente los soltaban para que buscaran solos su alimento, porque los tártaros no buscaban comida para los caballos,

ni siquiera en la nieve de aquellas alturas.

En cambio, Josseran se preocupaba interminablemente por *Kismet*, porque sabía que no lograría sobrevivir mucho tiempo en aquellas terribles montañas.

Se habían detenido durante el día. Ya se encontraban en los altos valles, donde ni siquiera los duros tayikos ni los kirguises levantaban sus yurtas en verano. Durante las últimas noches se habían visto obligados a amontonarse en la nieve en tiendas improvisadas que levantaban al abrigo de las montañas. Ponían las tiendas con la parte trasera hacia el viento y amontonaban sus alforjas contra la entrada, como una débil protección contra el frío.

Cuando el sol comenzaba a hundirse tras las sombrías murallas del Techo del Mundo, *Kismet* permanecía quieta y desvalida en la nieve. Se estaba muriendo de hambre, convertida en la parodia de un caballo; los huesos se marcaban bajo su piel, lo cual constituía un cuadro de sufrimiento y abandono. La yegua permanecía así bajo los últimos rayos del sol mientras las sombras del acantilado se acercaban a ella y nerviosa pifaba ante la perspectiva de otra noche helada. Se quejaba y movía las orejas cuando Josseran se le acercaba para acariciarle el cogote.

Le susurraba algunas palabras de consuelo en la oreja, convencido de que a menos que bajaran con rapidez de aquellas montañas, la perdería.

—Ya no estamos lejos, mi valiente *Kismet*. Debes mantener tu coraje. Pronto encontraras buenos pastos para comer y el sol volverá a calentar tus flancos. Debes ser valiente.

—¿Qué haces?

Él miró a su alrededor. Era Jutelún.

—Mi yegua sufre.

—Es un caballo.

—Hace cinco años que *Kismet* está conmigo. La tengo desde que llegué a Ultramar.

—¿*Kismet*?

—Ése es el nombre que le puse —contestó acariciándole el morro—. Es un nombre mahometano. Significa «destino».

—¿Su nombre?

—Sí, su nombre.

Jutelún le dirigió una mirada de sorpresa, la expresión que uno pondría si encontrara a un idiota jugando con sus propios excrementos.

—¿Vosotros no les ponéis nombre a los caballos? —le preguntó él.

—¿Vosotros les ponéis nombres a las nubes?

—Un caballo es distinto.

—Un caballo es un caballo. ¿También les ponéis nombre a las ovejas y al ganado?

Se burlaba de él, sí, pero también trataba de entender. Había en ella una curiosidad que Josseran no encontraba en el resto de los tártaros. A pesar de que él había aprendido solo el idioma que hablaban y podía comunicarse con ellos fácilmente, no le hacían preguntas acerca de su país ni acerca de sí mismo, como Jutelún. Aceptaban su presencia pasivamente.

—Nosotros no nos comemos a nuestros caballos —contestó él.

—Desprecias al hombre santo y, sin embargo, amas a tu caballo. Sois gente difícil de entender.

Se volvió y miró el campamento bajo la luz gris, trozos de tela que movía el viento de la montaña, el pequeño refugio que tenían para la noche. Observó que Guillermo luchaba con su alforja, inclinándose hacia el viento.

—¿Qué tiene en la alforja que le resulta tan precioso?

—Un regalo para tu Gran Kan.

—¿Oro?

Josseran no le contestó.

El fraile llevaba desde Roma sus propios regalos para el kan: una Biblia iluminada y un salterio, junto con los objetos esenciales de su profesión, un misal, la sobrepelliz y un incensario de plata. Los cuidaba como si fueran el mayor tesoro de la tierra, sobre todo la Biblia, porque a nadie que no perteneciera a la Iglesia se le permitía su posesión así como tampoco la de un Viejo o un Nuevo Testamento, ni en latín ni en un idioma vernáculo. El propio Josseran sólo poseía un breviario y el Libro de Horas de la Virgen.

—Si pensáramos mataros por lo que lleváis, lo habríamos hecho con más comodidad la luna pasada.

—Tiene un incensario de plata —dijo Josseran.

Ella asintió con la cabeza, pensativa.

—Dudo que nuestro nuevo kan quede muy impresionado. Después del juriltay habrá montañas de plata y de oro.

—También tiene un salterio, un libro de oraciones, y una Biblia, que es nuestro libro sagrado. Espera impresionar a tu kan con nuestra religión.

—¿Sin magia? —Parecía incrédula. Se giró a tiempo para ver que Guillermo tropezaba y caía sobre el hielo—. No sobrevivirá a este viaje. Ni siquiera esperaba que llegara vivo hasta aquí.

—Lo subestimas. Disfruta de sus sufrimientos tanto como vosotros disfrutáis de vuestra leche de yegua.

—¿Puedo ver esa Biblia? —preguntó ella de repente.

La pregunta sorprendió a Josseran con la guardia baja.

—Debes preguntárselo al hermano Guillermo.

—Se negará. Pero no lo hará si se lo preguntas tú por mí.

—Es muy celoso con esa Biblia.

—Dile que es una oportunidad de impresionar a una princesa tártara con su religión.

Josseran pensó en ello. Se preguntó cuánto pesaría su argumento, cuando Guillermo consideraba que Jutelún no era una princesa tártara sino una bruja tártara.

—Haré todo lo que pueda.

Las miradas de ambos se encontraron. Él la miró desvergonzadamente. Llevaba un abrigo de fieltro, pantalones y botas, y tenía el pelo tapado con una bufanda y la piel bronceada. Gran parte de su belleza, o de su belleza como él la imaginaba, estaba escondida bajo las pieles. Entonces ¿qué era lo que él deseaba? ¿Qué era aquella obsesión? ¿Sería sólo un deseo por obtener lo exótico, lo imposible, la misma debilidad que lo hizo caer la vez anterior?

—¿Es cierto que puedes ver el futuro? —le preguntó.

—Veo muchas cosas que tal vez los demás no vean. No es algo que desee, no tengo el menor control sobre ese don.

«¡Don!», pensó Josseran. En Francia, los sacerdotes no lo llamarían don. Dirían que estaba maldita y la quemarían.

La repentina oscuridad descendió sobre la montaña, dejándolos solos con el gemido doloroso del viento y las sombras profundas y frías del valle, debajo de ellos.

—Te dejaré para que termines la conversación con tu caballo —dijo ella—. Tal vez más tarde compartirás con nosotros sus pensamientos.

Y se alejó riendo.

Ni sol ni sombras ni colores, porque el verano duraba sólo unas semanas en el Techo del Mundo y al comienzo de la primavera nada crecía a aquellas alturas. Los ríos estaban helados y continuamente soplaban un viento que llevaba nieve y que murmuraba y gemía hasta alterar los nervios.

Subieron sin descanso durante días, por momentos tirando de sus caballos en medio de vendavales de nieve, siguiendo una serie de colinas que zigzagueaban hacia arriba en una especie de columna vertebral de roca. Allí el aire era menos denso y Guillermo parecía a punto de desplomarse. Tenía el rostro azulado y su respiración era dificultosa.

El viento era un enemigo constante e incansable. Jossaran descubrió que por su causa no podía hablar, ni siquiera pensar. Los golpeaba con puños invisibles, tratando de echarlos hacia atrás, les gritaba con furia día tras día.

Una tarde llegaron a la cima de un desfiladero y las nubes se abrieron, proporcionándoles el espectáculo de una blanca galería de montañas sobre una serie de valles verdes sobre los que caía la sombra, las cicatrices de pizarra y de tierra colorada entre los macizos de un azul blanquecino de los glaciares. Un río ocre se extendía como una vena entre los deslizamientos de pizarra barrosa y de hielo, tal vez a una legua por debajo de ellos.

Era como mirar la tierra desde el cielo.

Jutelún se volvió en la silla, con la bufanda azotada por el viento.

—¿Lo veis? —gritó—. El Techo del Mundo.

Jossaran se estremeció dentro de sus pieles. Jamás se había sentido tan pequeño. Pensó que aquéllas eran las dimensiones de Dios, exactamente aquéllas, su largo y su ancho. Aquélla era una religión cruda, muy lejos de los símbolos reconfortantes de la Iglesia.

«Yo me consolé con los rituales, pero aquí no existen tales consuelos. Aquí arriba estoy lejos del hombre que creí ser. Cada día siento que se me arranca una tira y soy un desconocido para mí mismo. Ya no estoy sujeto a la regla, ni bajo la sombra de la Iglesia, he pensado en cosas a las que jamás creí que daría abrigo en mi mente. Este viaje me ha concedido una libertad salvaje».

Miró a Guillermo, hundido sobre el caballo, con la capucha cubriéndole la cara.

—¡Aquí estamos lejos de Cristo! —le gritó.

—¡Ningún hombre está nunca lejos de Cristo, templario! —le gritó Guillermo por encima del bramido del vendaval—. La mano de Dios nos cuida y nos protege incluso aquí.

«Te equivocas —pensó Josseran—. La mano que me guía aquí es una deidad salvaje y completamente extraña para mí».

El cadáver se había puesto negro bajo la helada. Los ojos habían desaparecido, arrancados por los pájaros, las entrañas abiertas por animales. Apareció por encima de ellos por un momento a través del velo de la neblina. Lo habían dejado sobre un peñasco, por encima del sendero, y un brazo colgaba rígidamente sobre la roca. Era imposible saber si se trataba de un hombre o de una mujer.

—¡Por las pelotas de san José! ¿Qué es eso? —murmuró Josseran.

Jutelún se le acercó a caballo.

—Es la costumbre —explicó—. Nosotros entregamos a nuestros muertos a los gusanos. La gente del valle deja los suyos a los dioses.

Guillermo se santiguó.

—¡Pagana! —escupió.

Siguieron adelante. Aquel día vieron otros dos cadáveres en distintos estados de descomposición. Y al día siguiente, mientras pasaban por un angosto desfiladero bajo una roca partida por la helada, Josseran oyó un ruido por encima de él y lanzó un grito de alarma convencido de que se despeñaba una piedra. A sus espaldas, algo cayó en el hombro de Guillermo junto con una lluvia de pequeñas piedras, algo que parecía una gigantesca araña negra. Guillermo lanzó un grito de terror y su caballo se alzó de manos e hizo rodar piedras bajo sus cascos; estuvo a punto de derribarlo. Josseran, el que se encontraba más cerca de él, hizo girar a *Kismet* en el sendero angosto, se apoderó de las riendas del caballo de Guillermo y de alguna manera logró tranquilizarlo.

Guillermo seguía en la silla, temblando, con la cara gris como la de un muerto. Miraba fijamente al suelo y a aquella cosa podrida que acababa de caer sobre él después de desprenderse de un cadáver dejado seis metros más arriba.

—¡Ahí tienes, hermano Guillermo! —dijo Josseran—. La mano de Dios.

Y echó atrás la cabeza y el eco de su risa llegó hasta ellos desde los solitarios senderos de la montaña.

El ruido de los cascos de los caballos producía eco en el desfiladero. Josseran levantó la mirada, torciendo el cuello para proteger sus ojos de un sol frío. Las ruinas de la vieja torre se alzaban ante ellos formando un oscuro relieve que se recortaba sobre el cielo azul. La fortaleza se había desmoronado a lo largo de los siglos y en aquel momento sólo quedaban algunos muros de ladrillos caídos en lo alto del acantilado, testamento de algún propósito de hacía mucho tiempo. Josseran se preguntó por los solitarios centinelas que habían cumplido allí su servicio.

Jutelún detuvo el caballo junto a él.

—¿Qué es ese lugar? —preguntó él.

—Se llama la Torre del Sol.

—La Torre del Sol —repitió él.

Jutelún avanzó por el desfiladero. Josseran la siguió. El sendero desaparecía en la sombra negra del acantilado.

—Dice la leyenda que, hace muchos años, un gran kan acordó que su hija se casara con un kan que vivía al otro lado de estas montañas. Pero había bandidos ocultos y el camino era inseguro. Así que la trajeron aquí, a la torre, con su séquito de mujeres. Se apostaron guardias montados en cada extremo del desfiladero mientras esperaban la llegada del kan con una escolta para conducirla durante el resto del camino. Pero cuando por fin él llegó a reclamarla, descubrió que estaba embarazada.

—Los guardias —dijo Josseran.

—Tal vez.

—¿Qué le pasó a ella?

—Las mujeres que la acompañaban comparecieron ante el kan y le juraron que no la había tocado ningún hombre, que todos los días a mediodía, un dios bajaba cabalgando del cielo para acostarse con ella. Dijeron que el hijo de la princesa pertenecía al sol.

—¿Y el kan creyó la historia?

Jutelún lo miró con rapidez.

—¿Tú no crees que un Dios puede acostarse con una mujer y darle su semilla?

Josseran rió y el eco repitió su risa una y otra vez por el estrecho pasaje de rocas.

—Sólo conozco una manera de hacer una criatura.

Y entonces pensó en su propia fe y la risa murió en su garganta. «¿Ni siquiera yo creo una leyenda así —comprendió—, y es uno de los pilares de mi fe?». Volvió a mirar la torre con perplejidad y luego miró a Guillermo por encima del hombro. El fraile, en cuyo rostro se notaba el sufrimiento, se aferraba con expresión sombría a la silla mientras el caballo elegía el camino entre las piedras desmoronadas.

«Cuanto más me interno en estas tierras bárbaras, más olvido a mi propia gente, a



mi propia religión. Me podría perder aquí y no volver a encontrar nunca el camino hacia la cristiandad. Y tal vez nunca deseara hacerlo».

Aquella noche se acurrucaron en la tienda en busca de calor, temblando dentro de sus abrigos de piel. Negras montañas se congelaban bajo la luna plateada. El viento azotaba la tela de la tienda en un repentino arrebató de furia y Josseran sintió que una gota de nieve se le deslizaba por el cuello bajo la capucha del abrigo.

Se dio cuenta de que Guillermo tiritaba a su lado.

—Jutelún dice que al otro lado de estas montañas hay cristianos.

—¿El preste Juan?

—No lo sé. Sólo que ella declara que el kan ya conoce nuestra religión y que hay algunos en su corte que la practican.

Guillermo se tomó su tiempo para responder, el frío hacía más lentos sus pensamientos.

—Te dije que incluso aquí Dios nos guiaría, templario.

—Charlamos sobre los principios de nuestra fe y ella expresó el deseo de ver el Evangelio —murmuró cerca del oído de Guillermo.

—¿Le hablaste a esa bruja de la Sagrada Biblia que tengo en mi poder? —susurró Guillermo—. ¿Con qué propósito?

—Nuestra religión le inspira curiosidad.

—¡No debe tocar esa Biblia! ¡La manchará!

De alguna parte de los altos valles llegó el escalofriante aullido de un lobo. Una estrella cayó en el cielo dejando tras de sí un rastro de mercurio.

—Tal vez podrías hacer tu primera conversión —dijo Josseran.

—Es una bruja y está más allá de toda redención.

—No es una bruja.

—¿Así que ahora eres un experto en estos asuntos?

—Lo único que quiere es verla —dijo Josseran, sintiendo que perdía la paciencia—. ¿No crees que la palabra de Dios sólo trae el bien a quien la ve?

—Te has enamorado de ella.

Josseran tuvo la sensación de que le pegaban un puñetazo.

—¡Maldito! —exclamó.

Sabía que era inútil seguir discutiendo. Se acurrucó dentro de las pieles, pero al cerrar los ojos pensó en Jutelún, como hacía todas las noches en la oscuridad. Sabía que era pecaminoso. Abandonó Francia para encontrar la redención en Ultramar, y en aquel momento estaba, tal como decía Guillermo, enamorado de una bruja. Tal vez Guillermo tuviera razón. Algunas almas estaban más allá de toda posibilidad de salvación.

Incluyendo la suya.

Salieron de las sombras del acantilado con los rostros iluminados por el sol; las nubes estaban por debajo de ellos y un sol frío brillaba en un cielo de un tono azul desvaído. Como si ya estuvieran en el cielo. A sus pies, el mundo se perdía detrás de una cortina de nubes.

Era un mundo de rocas enormes, el campo de juego de gigantes; alrededor de ellos, las fortalezas almenadas de las montañas y los grandes hielos de los glaciares. Allí, hasta las rocas estaban rajadas por el frío. Jutelún le dijo que era el lugar más alto del mundo; de hecho, ya hacía días que viajaban sin ver un alma viviente, pese a que en una ocasión Josseran miró hacia arriba y vio un par de onzas que los observaban con ojos color avellana desde un saliente, sin parpadear.

Y luego desaparecieron.

Los únicos compañeros que tenían eran los lobos, a los que rara vez veían, pero cuyos aullidos tristes y solitarios resonaban en la noche.

Llegaron a un lago del color del metal que estaba quieto como un espejo y en su superficie se reflejaba perfectamente un gran pico en forma de daga con su collar de nieve.

Subsistían gracias al requesón que los tártaros llevaban consigo. Jutelún le explicó a Josseran cómo lo hacían. Dijo que hervían leche de yegua y le quitaban la nata hasta que formaba una pasta que luego dejaban al sol para que se secase. Después de algunos días se endurecía y adquiría el color y la consistencia de la piedra pómez. Cada vez que comenzaban una larga travesía, los tártaros llevaban cinco kilos de requesón en sus alforjas. Cuando las provisiones locales eran dudosas, ponían un cuarto de kilo en la botella de cuero de sus sillas y al terminar el día el movimiento del galope había producido la especie de papilla que ellos comían.

Era el único sustento que tenían mientras atravesaban el Techo del Mundo.

Nunca les bastaba. Una vez, al final de un día de difícil ascenso, Josseran vio que Jutelún sacaba su cuchillo y cortaba la vena del cogote de su caballo. Puso la boca en la sangre que manaba y la bebió. Cuando terminó, mantuvo las manos sobre la herida hasta que la sangre se coaguló. Miró a su alrededor y notó que Josseran la observaba. Se limpió la sangre de la boca con la manga y le sonrió. Vio la expresión del templario.

—Tienes un estómago débil, bárbaro.

Él no podía hablar. Era como si hubiera sido testigo de un acto de canibalismo.

—Un poco no debilita al caballo. Y a nosotros nos mantiene vivos.

Él se volvió y le dio la espalda sin pronunciar una sola palabra. Por lo menos, con

respecto al caballo, ella tenía razón. Aunque su yegua árabe no era más que un esqueleto, aquellos pequeños caballos tártaros seguían encontrando fuerza y alimento bajo la nieve. En un principio a Josseran le habían parecido ridículos, pero en aquel momento le sorprendían.

Sin embargo, ¡beber sangre!

Guillermo también había visto a Jutelún. Siguió a Josseran por el sendero.

—¿Sigues pensando que no es una bruja? —preguntó.

—¡Déjame en paz! —contestó Josseran.

—¡Bebe sangre de animales! ¡Pertenece a Satán!

—Sencillamente te pido que te alejes de mí —dijo Josseran—. ¡Déjame solo!

—Es una bruja —susurró Guillermo—. ¿Me oyes, templario? ¡Una bruja!

Se envolvieron pieles alrededor de las piernas y entraron con los caballos en lo peor de la ventisca. Se habrían perdido con rapidez de no ser por los cuernos de ovejas muertas que guiaban a los viajeros a través de la nieve.

Una tarde llegaron a última hora a un mojón mucho mayor que los anteriores, hecho de piedras y no de huesos. Los tártaros lo llamaban *obo*. Uno tras otro lo rodearon con los caballos. Después Jutelún desmontó y añadió otra piedra al montón.

—¿Qué haces? —preguntó Josseran.

—Es por el perdón de nuestras faltas —contestó ella—. Según los hombres santos de estas montañas, nos proporcionará una mejor encarnación la próxima vez que nazcamos.

Josseran nunca había oído una tontería igual.

—El hombre sólo nace una vez —protestó.

—Eso no es lo que creen en estas montañas. Dicen que cuando un hombre muere, su espíritu entra en otro cuerpo y que su siguiente encarnación es más o menos afortunada según lo que haya hecho en su vida. Y así progresa a lo largo de mil vidas hasta que se convierte en uno con Dios.

—Pero tú eres mahometana. ¿Supongo que no creerás eso?

—No me puede hacer ningún daño. Si los hombres santos se equivocan, yo sólo he desperdiciado algunos pasos y he sacrificado una única piedra. Si tienen razón, mi próxima vida será mejor.

El pragmatismo de la respuesta lo espantó. Para él, la fe era fe y no se la adaptaba a la geografía. Sin embargo, en lo que ella acababa de decir había una curiosa lógica que lo hizo sonreír.

—Tú también tendrías que hacerlo —le dijo.

—No tengo tiempo para tales supersticiones.

—¿Deseas traernos mala suerte en este viaje?

Él vaciló, mientras sentía que los demás tártaros lo miraban con expectación.

—Entonces lo haré por el bien de la diplomacia —dijo.

A regañadientes, hizo caminar a su caballo alrededor de las piedras. Después de todo, como acababa de decir Jutelún, ¿qué daño podía hacerles?

—¿Qué es esta extraña ceremonia? —preguntó Guillermo.

—Es por el perdón de los pecados —contestó Josseran—. Desean que tú y yo sigamos su ejemplo.

—La confesión seguida por la absolución administrada por un sacerdote ordenado por la Santa Madre Iglesia es la única manera de que se nos perdonen los pecados.

—Lo único que tienes que hacer es rodear las piedras con tu caballo, hermano Guillermo. No es necesario que creas en el significado de lo que haces.

—Sería una traición a la fe.

—No tardarías más que unos segundos.

Pero Guillermo alejó su caballo de las piedras.

—¡No bailaré con el demonio! —bufó y siguió adelante, con la cabeza en alto y una actitud de desprecio.

Josseran observó los rostros de sus acompañantes. Sabía lo que estaban pensando. Una sombra cruzó el valle y se les acercó a toda velocidad. Josseran levantó la mirada y vio un buitre que volaba en círculos muy altos, mirando el suelo en busca de carroña.

Tal vez fuese un presagio. Esperaba que no.

Un lugar salvaje e inhóspito. Las vertientes de las afiladas montañas estaban surcadas por profundos barrancos que parecían las marcas de las zarpas de alguna bestia feroz. Por un instante alcanzaron a ver un valle, muy por debajo de ellos; las casas de piedra de algunos pastores tayikos se aferraban peligrosamente a los peñascos que se alzaban sobre un río agitado. Luego la nevisca volvió a cubrir la falda de la montaña y todo el resto desapareció.

La caravana se internó una vez más en las nubes mientras la tormenta retumbaba entre los desfiladeros que había delante de ellos. Los senderos se desmenuzaban bajo sus pies y los envolvía una niebla helada y amorfa, cubriéndolos de frío y de silencio.

Las cuestas estaban sembradas de piedras enormes, algunas del tamaño de una choza, y los caballos bufaban y protestaban mientras arañaban con sus cascos sin herrar la pizarra cubierta de líquenes, tratando de apoyarse en rocas que tenían profundas grietas producidas por el intenso frío y enviando pequeñas avalanchas de piedras por la cuesta.

Grandes ventarrones arrojaban hielo sobre sus rostros, cegándolos.

Después de un largo descenso llegaron a una estrecha cornisa que rodeaba un barranco. Allí el sendero apenas tenía el ancho suficiente para los cascos de los caballos. Un resbalón significaría, casi con toda seguridad, que tanto caballo como jinete se precipitaran a una muerte segura.

Guillermo observó a Jutelún y a sus compañeros elegir el camino hasta que los primeros desaparecieron en la niebla gris. Apretó las riendas de su caballo, vacilando.

—Ten fe en estos caballos, hermano Guillermo —dijo Josseran a sus espaldas.

Tuvo que gritar para que el fraile lo oyera por encima del fragor del río que corría debajo.

—Prefiero tener fe en Dios —contestó Guillermo.

Comenzó a cruzar y empezó a cantar un himno. *Credo in Unum Deum*. Su voz aguda producía un eco en las paredes de roca del barranco.

—Creo que estos caballos conocen bastante mejor las montañas —gruñó Josseran cuando comenzó a avanzar, lentamente, detrás del fraile.

Habían recorrido tal vez la mitad del camino a lo largo de la roca cuando el caballo de Guillermo, quizá asustado por los nervios de su jinete, perdió pie sobre la pizarra.

Guillermo sintió que el caballo tropezaba y que una de sus patas traseras resbalaba en la pizarra suelta. El animal trató de recuperar el equilibrio e intentó corregir su error con el anca. Guillermo se inclinó hacia un lado sobre la silla, haciendo que el animal perdiera el equilibrio.

—¡Guillermo!

Él oyó el grito de advertencia de Josseran. Se tiró de la silla y, con la espalda contra la roca, tiró de las riendas en un inútil intento de lograr que el caballo volviera al estrecho sendero. En aquel momento, las dos patas del animal estaban en el aire y el caballo relinchaba.

—¡Ayúdame! —le gritó Guillermo a Josseran—. ¡Todo lo llevo allí! ¡Todo!

La bolsa de cuero de la silla contenía la Biblia iluminada, el salterio, los revestimientos sacerdotales y el incensario de plata. Guillermo soltó las riendas y estiró los brazos hacia la alforja. Cerró los dedos sobre ella y trató de pasarla al otro lado de la silla. Enseguida sintió que tiraban de él hacia el borde, haciéndole perder el equilibrio.

Mareado, vislumbró las nubes grises y los muros de granito.

Encomendó su alma a Dios y se negó a soltar la preciosa Biblia y el salterio. Gritó en el momento en que se entregaba a la muerte.

Se balanceaba hacia el vacío cuando fuertes brazos le rodearon la cintura alejándolo de la orilla.

—¡Suéltalo! —gritó Josseran—. ¡Suéltalo!

Un instante que parecía extenderse para siempre, un instante en el cual Guillermo oyó los argumentos a favor y en contra de su fe y su destino. «No —decidió por fin, después de analizar su alma, en lo que no tardó más que un parpadeo—, no soltaré la alforja. Si es necesario moriré. Pero no perderé el contenido de esa bolsa. De lo contrario, este viaje y todo lo que significa para mí habrá sido desperdiciado».

Vio caer el caballo deslizándose por la cuesta de piedra, mientras coceaba al aire con desesperación. Entonces el animal desapareció y él esperó a seguirlo por el precipicio. En cambio, se encontró tendido boca arriba en la roca helada, mirando el muro de la montaña gris que tenía sobre la cabeza. La bruja tártara estaba a su lado, con una mueca de frustración y de furia en el rostro.

Le gritó algo en su idioma pagano que Guillermo no comprendió. Él apretó contra el pecho la preciosa bolsa de cuero y sintió el peso tranquilizador de la Biblia y el incensario. Sabiendo que no era peligroso, se puso de rodillas y gritó una oración de agradecimiento al Dios misericordioso que lo acababa de salvar para que pudiera cumplir Sus más altos propósitos.

Jutelún miró fijamente al chamán cristiano, que tenía el patético atado apretado contra el pecho y el rostro levantado hacia el cielo con una expresión transfigurada por la alegría.

El bárbaro yacía a su lado, sin moverse. Jutelún se arrodilló a su lado y apartó su capucha. Al retirar la mano vio que tenía sangre en los dedos. Josseran se había

golpeado la parte de atrás de la cabeza contra una roca.

—¿Qué será eso tan precioso que hay en esa alforja, que el cuervo está dispuesto a morir por conservarlo? —gruñó uno de su escolta. El Cuervo. Así llamaban los tártaros al chamán cristiano.

—No lo sé —contestó Jutelún.

Levantó un párpado del bárbaro, pero tenía los ojos en blanco. Tal vez estuviera muerto.

—Joss-ran —murmuró.

Era inexplicable pero un puño se cerró alrededor de su corazón.

—Te administraré los óleos —susurró Guillermo.

Besó la preciosa estola morada por la que había arriesgado la vida y se la puso alrededor del cuello. Comenzó a murmurar las palabras del último sacramento llevándole los dedos a los labios, los ojos, los oídos y la frente, mientras repetía la familiar bendición en latín.

—*In nomine patris et filii et spiritus sancti...*

Estaban en la morada solitaria de un pastor tayiko. Fuera soplabla el viento, el gemido del mismo diablo que buscaba una entrada para reclamar su presa.

—Ahora te confesarás —susurró Guillermo—, para que seas recibido enseguida en el cielo.

Josseran parpadeó pero le resultó difícil enfocar la vista. El reflejo del fuego dejaba en las sombras la cara del fraile, que parecía bailotear en un reflejo trémulo.

—No voy... a... morir.

—Confiésate, templario. Si mueres sin perdón tendrás que hacer frente a Satán.

Josseran trató de sentarse, pero el dolor parecía perforarle el cerebro como si fuera un cuchillo y lo obligó a lanzar un grito.

—Te lo facilitaré. Haré tu confesión en tu nombre. Repite mis palabras: «Perdóname, Padre, porque soy un pecador. He pecado en mi corazón porque he tenido pensamientos poco santos acerca de la bruja Jutelún. Por la noche he abusado de mí mientras pensaba en ella y he derramado mi semilla mientras lo hacía». Dilo.

—¡Maldito seas, sacerdote! —gruñó Josseran.

—Te has dejado llevar por la lujuria hacia ella. Es un pecado mortal, porque es mahometana y bruja. ¡Debes recibir la absolución!

Josseran cerró los ojos. Le dolía la cabeza como si le estuvieran clavando agujas en el cerebro.

—¡Dilo! «He hablado contra su santidad el Papa y contra Guillermo, su vicario. He blasfemado».

—No... voy... a morir... y no necesito tu... absolución.

—¡Abre los ojos, templario!

Josseran parpadeó. Guillermo se inclinó hacia él y Josseran sintió el aliento caliente y fétido del sacerdote en su cara. Más allá de la cabeza de Guillermo vio una única estrella por el agujero del techo. El ojo de Dios que lo vigilaba.

—¡Antes de que termine esta noche comparecerás ante nuestro Padre en el cielo!

Josseran apartó la cabeza. ¿Mi padre?, se preguntó, ¿o Dios Padre? Ignoraba qué encuentro temía más.

—Serás juzgado y arrojado al infierno. —Guillermo levantó la mano derecha y la mantuvo ante los ojos de Josseran—. A menos que yo te absuelva con esta mano.



¡Con esta mano!

«Hazlo —pensó Jossaran—. ¿Por qué esta resistencia a la confesión?, ¿es porque desprecias a este fraile tiránico o porque te sientes más allá del dominio de Dios?».

Había esperado hasta que llamaron a su padre para que participara en un parlamento en Carcasona. Era vasallo del conde de Tolosa y el rey Luis lo llamaba a otra peregrinación armada a Tierra Santa para liberar Jerusalén de los sarracenos. Como caballero, su padre estaba obligado a contestar a aquella llamada a las armas.

Aquella misma noche Jossaran fue a verla a su cámara. «Y que Dios me perdone», pensó. Aquella noche la poseyó cuatro veces, en celo como un perro, la oyó jadear debajo de él, el sudor de ambos y su semilla derramándose sobre la cama de su padre. Cada vez que la penetraba oía al demonio riéndose mientras lo arrastraba al infierno.

¿En qué pudo haber estado pensando? ¿No pensó en su padre?

A la noche siguiente volvió a ir. Cuanto más profundamente caía en el pecado, menos le importaba. Porque cuando se está perdido, el único consuelo es perderse más. En aquel momento creía que ésa era la manera en que los hombres malvados se convertían en verdaderamente malvados. Una vez que se ha cometido un pecado imperdonable, ¿qué importancia tiene uno más? A veces, la única manera de aliviar el dolor de la culpa es volviendo a pecar.

Allí estaba ella, en la cama, desnuda, y él ahogó su conciencia en aquella carne caliente y húmeda. «¿Habría también un rasgo de orgullo en tomar lo que pertenecía a mi padre?», se preguntó, ¿un orgullo juvenil que lo persuadía de que entonces era un gran hombre?

—Esta noche verás a Cristo o verás a Satán —bramó Guillermo—. ¿Qué dices?

—No he... pecado con ella —graznó Jossaran.

—Esa mujer es una salvaje y una pagana. Has pecado con ella en tu corazón. ¡Es lo mismo!

Jossaran volvió a hacer una mueca: cada palabra, cada ruido era un tormento.

—Estoy seguro de que Dios permanece despierto en el cielo, preocupado por mi desesperado y solitario placer en la oscuridad. ¡Tu Dios es peor que cualquier suegra!

Oyó el zumbido de la respiración de Guillermo al oír aquella última blasfemia.

—¡Debes confesarte! —repitió el fraile.

«Sí, confesarme —pensó Jossaran—. Que se salga con la suya. ¿Qué más da?».

Tenía el rostro colorado, pero la piel de sus hombros y de sus brazos era como marfil

lustrado. El fraile le había quitado la ropa. Le vio el pecho y el estómago cubiertos por una fina mata de pelo que brillaba como bronce a la luz del fuego. Sus músculos eran duros como cuerdas.

Al ver lo extraño que era, tuvo que contener el aliento. Así desnudo parecía terrible y, sin embargo, de alguna extraña manera, la excitaba.

De repente sintió la boca seca.

Le preocupaba que pudiera morir. No sabía por qué la muerte de un bárbaro podía afectarla tanto. No sólo estaba preocupada por el enfado de su padre ni por su desilusión si fracasaba al entregar a los extranjeros sanos y salvos en Karakoram, como le ordenaron. Lo que la aterraba era la herida que la muerte de aquel hombre causaría a su corazón.

Sabía que no podía permitir que muriera.

Guillermo oyó un ruido a sus espaldas y volvió la cabeza.

—¡Tú! —jadeó.

Lo primero que vio fue la capucha morada, porque ella entró caminando hacia atrás, lo mismo que hizo en el *ordu* de Qaidu. En voz baja entonaba una canción rítmica en el lenguaje infernal que hablaban aquellos tártaros. Tres soldados de rostros sombríos entraron tras ella en la choza. Jutelún se puso en el centro de la tienda y se arrodilló junto al fuego, cogiendo el mayal de tela y un tamboril, los recursos del demonio.

Tenía los ojos en blanco. Estaba drogada, lo sabía, la mujer estaba poseída por el demonio. Jadeó y trató de cubrir el cuerpo desnudo de Jossieran.

—¡Sal de aquí! —gritó cogiéndola por los hombros para echarla. Inmediatamente los escoltas tártaros lo cogieron por los brazos y lo sacaron fuera. Le ataron las muñecas, riéndose de su inútil resistencia. Después lo arrojaron al suelo frío para que gritara sus protestas a la noche solitaria.

Guillermo sollozó de frustración. Había maldad en aquella montaña y el demonio acababa de arrastrar el alma de otro cristiano al infierno.

Josseran abrió los ojos. Por el agujero del techo salía lentamente el humo, un sol amarillento penetraba por la entrada, cuya cortina había sido retirada y dejaba ver una pradera verde. Del exterior le llegaban los relinchos de los caballos. La tormenta había pasado y la quietud descendía sobre la montaña. El viento ya no soplaba ni gemía alrededor de las paredes.

Guillermo estaba sentado junto al fuego, observándolo.

—Es una suerte para ti que no hayas muerto, templario —susurró—. Tu alma está hundida en el pecado.

El dolor lacerante de la cabeza de Josseran era más llevadero. Guillermo le levantó la cabeza y le acercó a los labios un cuenco de madera lleno de leche de yegua fermentada.

—¿Cuánto he... dormido?

—Sólo una noche.

—Jutelún...

—La bruja está fuera.

—No es... una bruja —logró decir Josseran.

—El demonio ha tomado posesión de ella.

—Sin embargo, parece... que me ha curado... de mi enfermedad.

—Obra del demonio.

Josseran se llevó los dedos a la cabeza. La sangre seca le había endurecido el pelo y debajo había una herida abierta. Levantó la vista hacia el fraile que todavía seguía inclinado sobre él.

—Creí que moriría.

—No fue la voluntad de Dios.

—Ella estuvo aquí. Lo recuerdo. Estuvo aquí.

—Trató de esclavizarte con sus actos demoníacos.

—¿Demoníacos?... Entonces ¿Cristo fue un demonio?

Guillermo lo miró fijamente.

—Nuestro Señor curaba. ¿Te atreves a comparar a esa salvaje con Nuestro Señor?

—Ella me curó... por lo tanto ella también es una sanadora. ¿Sigues llamándola... bruja?

—¡Si estuviéramos en Ultramar te acusaría de herejía!

—Bueno, tal vez... sea mejor... que no estemos en Ultramar.

—El demonio puede engañarnos de muchas maneras. Se alimenta sobre todo de los débiles y los crédulos.

Una sombra cayó sobre la entrada y apareció Jutelún con los brazos en jarras. Josseran creyó ver una expresión de alivio en sus ojos al encontrarlo sentado, pero la

expresión desapareció con la misma rapidez con que había aparecido y entonces no supo con seguridad si había estado allí.

—Pareces haber recobrado las fuerzas —dijo.

—El dolor que tenía en la cabeza ha desaparecido —murmuró Jossieran—. Te lo agradezco.

—¿Por qué?

—Por tus... oraciones.

—Habría hecho lo mismo por cualquiera de la partida que estuviera enfermo. — En la mano tenía un cuenco de humeante carne hervida. Se lo acercó y lo dejó a un lado—. Tendrías que comer.

Por un instante sus miradas se encontraron. «Ojalá supiera lo que estás pensando —pensó Jossieran—. Me resultas tan desconocida como estas montañas. Y tu temperamento es imprevisible».

—Me alegro de que te hayas recobrado —continuó—. Mi padre se habría enfadado si hubieras muerto. Me encargó que te hiciera llegar sano y salvo al Centro del Mundo.

Se levantó y salió de la choza.

Guillermo la siguió con la mirada manteniendo la mano sobre el crucifijo que llevaba en el pecho.

—¿Qué te dijo? Sin duda afirma que te curó.

—Tú estabas preparado para... enterrarme. ¿No crees que tengo que... hacerle llegar... mi agradecimiento?

—No estabas *in extremis*. Sólo sufriste un golpe en la cabeza. No era grave.

—Ibas a administrarme... los ritos.

—No fue más que una estratagema para conseguir que te confesaras y que descargaras el peso de tu alma maloliente.

Jossieran miró el desayuno que ella le había llevado.

—¿Más cordero hervido?

—Cordero, no. Esta mañana disfrutamos de una variedad en nuestra dieta. — Tenía una expresión que Jossieran no conseguía descifrar—. Un caballo murió anoche.

Jossieran sintió que se le congelaban los huesos.

—¿Qué caballo? —Guillermo no le contestó. Por lo menos en su alma, el fraile tenía la decencia de mostrarse avergonzado—. *Kismet* —dijo Jossieran.

—La bruja dijo que no tenía sentido dejarla para los buitres. —Guillermo se puso en pie—. En Su sabiduría, Él eligió llevarse el alma de tu yegua en lugar de la tuya. —Y luego añadió—: Tal vez haya encontrado más valor en ella.

—Entonces Él no es justo. Tenía que haber sido más misericordioso con mi yegua. Yo decidí hacer este viaje. Ella no.

—¿Cómo te atreves a blasfemar así? ¡No era más que una bestia de carga! ¡Alaba a Dios porque todavía sigues vivo! —dijo Guillermo, y salió hecho una furia.

«*Kismet*», pensó Jossesan. Sintió que el dolor le apretaba la garganta. Guillermo tenía razón. ¿Por qué llorar por un caballo? Sin embargo, sentía remordimientos por ella. Una vez más reconoció su responsabilidad por la muerte de otro ser, y aunque *Kismet* fuera, como había dicho el fraile, sólo un caballo, no por eso disminuía su vergüenza. Se había congelado y muerto de hambre poco a poco, lo mismo que su padre, quien sin duda sintió frío y hambre de otra clase dentro del pecho e, igual que él, *Kismet* sufrió largo rato antes de que su vida terminara.

Y ése era el motivo por el que no se había confesado como Guillermo sugería. En comparación con su verdadero pecado, todos los demás crímenes parecían no tener consecuencia alguna y él no veía posibilidades de absolución para lo que le había hecho a su padre. Entonces, ¿por qué la iba a ver Dios?

Al día siguiente, Jossesan estaba listo para viajar. Guillermo le vendó la cabeza con algunos trozos de trapo y se prepararon para seguir viaje. Ensillaron los caballos bajo el cielo claro; el sol, que se reflejaba en los campos cubiertos de nieve que tenían encima de sus cabezas, los deslumbraba.

—A estos tártaros les pasa algo —susurró Guillermo mientras apretaba la cincha de la silla.

Jutelún había reemplazado el caballo de Guillermo por uno de los suyos, una yegua baya resabiada. Jossesan también tenía un nuevo caballo, un semental de color indeterminado y de pecho muy ancho.

—No he notado nada inusual —gruñó Jossesan.

—Los tártaros nos miran con el entrecejo fruncido. Tienen sangre en el ojo.

—No nos miran con el entrecejo fruncido, hermano Guillermo. Lo fruncen cuando te miran a ti. —El sacerdote lo miró, sorprendido—. La mala disposición de esta gente está directamente dirigida a ti —repitió Jossesan como si le explicara algo a una criatura pequeña.

—¿A mí?

—Te culpan por lo que pasó. Perdimos un caballo y un día de marcha. Dicen que nos traes mala suerte.

—¡Yo no tengo la culpa si mi caballo perdió pie en las rocas!

—Pero fuiste tú quien se negó a rodear el obo a caballo.

—¡Eso no era más que una tonta superstición de estos tártaros!

—Tal vez tengas razón. Pero ¿comprendes lo que has hecho con tu orgullo? Has reforzado su creencia en la santidad del obo y ahora creen que nuestra religión no puede ser tan fuerte como la suya, puesto que no te protegió. De manera que al tratar de demostrar lo grandes que somos, sólo has conseguido disminuir nuestra estima

ante sus ojos.

—¡No rebajaré mi fe siguiendo sus brujerías!

—Tal vez seas un hombre piadoso, hermano Guillermo, pero no eres un hombre sabio. —Josseran montó su nuevo caballo. Después de *Kismet*, tenía la sensación de montar el caballo de una criatura.

Guillermo tiró de las riendas de su yegua transmitiendo su mal humor al animal, que volvió la cabeza y trató de morderle.

—Hay momentos en que temo que hayas olvidado el propósito de nuestra búsqueda. Cuando volvamos a Acre, redactaré un informe completo de tu conducta.

—Si continuas enfrentándote con tu escolta, nunca volverás a Acre.

—Será lo que Dios quiera.

—A veces, hermano Guillermo, tengo la sensación de que pones a prueba en exceso la paciencia de Nuestro Señor.

Guillermo cogió las riendas del caballo de Josseran.

—¡Eso es una blasfemia! Josseran se inclinó hacia él.

—Nuestra bruja todavía quiere ver la Biblia y el salterio.

—Los manchará.

—¡Por los huesos de Cristo! —maldijo Josseran y arrancando las riendas de su caballo de las manos del sacerdote, avanzó por el sendero.

Los blancos picos del Techo del Mundo ya habían quedado atrás y desaparecían entre las nubes de color plomizo. De repente, el aire era más cálido. Siguieron un sendero que descendía por una duna de arena suelta y llegaba a una ciénaga salada, donde su llegada asustó a una bandada de gansos salvajes que remontó el vuelo. Atravesaron un valle cubierto de piedras a través de otro barranco y llegaron a una ancha planicie de arena dura y caliente y de grava negra.

Un camino polvoriento conducía a una avenida de murmurantes álamos y a la ciudad de un vasto oasis, pasando ante casas de ladrillos en cuyas terrazas la paja y la bosta se secaban al sol. Se cruzaron con una cantidad interminable de carros tirados por burros en los que se amontonaban melones, coles, zanahorias y lo que a veces parecían familias enteras sentadas en los bordes de la caja. Rostros sobresaltados los miraban pasar desde los campos y las casas.

Jutelún se puso al lado de Josseran. Tenía la bufanda enrollada alrededor de la cara, de la que sólo se veían los ojos oscuros y vivos.

—Este lugar se llama Kashgar —informó.

—Entonces hemos sobrevivido al Techo del Mundo.

Ella se apartó la bufanda de la cara.

—Tenías un guardián, cristiano.

«Cristiano». De manera que ya no era bárbaro.

Miró a su alrededor y vio al fraile hundido en la silla del caballo, detrás de ellos.

—¿Guardián? Yo preferiría confiarle mi vida a un perro.

—No me refiero a tu chamán. Hay un hombre cabalgando a tu lado.

Él sintió que los pelos de la nuca se le ponían de punta.

—¿Qué hombre?

Ella lo observaba con rostro sereno y seguro.

—Tiene el pelo largo y amarillo pero se está volviendo gris, y una barba muy parecida a la tuya. Es un hombre anciano pero luce una espada y una armadura metálica. Usa una prenda blanca con una cruz roja pintada aquí, en el hombro izquierdo. Lo he visto a menudo, cabalgando detrás de ti.

Fue como si alguien hubiera derramado agua fría en su espalda. No podía contestar, no podía hablar. El hombre a quien ella describía era su padre. Guillermo tenía razón. Sin duda aquello era brujería.

Su padre no le había dicho una sola palabra antes de su partida, pero Josseran estaba convencido de que lo sabía. Lo veía en sus ojos. Cuando volvió de Carcasona le dijo que se había excusado de participar en la peregrinación armada del rey Luis a causa

de su edad, pero a los pocos días, de repente, cambió de idea. Mostró un inesperado y poco explicable deseo de ayudar a liberar Tierra Santa de los sarracenos.

Pero Josseran conocía el verdadero motivo de su cambio de decisión.

Le dijeron que cuando los barcos llegaron a Danietta, había numerosos jinetes mahometanos esperándolos. Los caballeros francos se reunieron en la playa, aseguraron sus lanzas y sus escudos en punta en la arena y esperaron la carga.

Pero su padre hizo bajar su caballo entre las olas y en cuanto estuvo en tierra firme saltó de la silla. Cargó pasando a los sorprendidos defensores, se arrojó contra los sarracenos y mató a tres de ellos antes de caer con una herida de espada en el vientre. Lo llevaron al barco todavía con vida. Dijeron que había tardado cuatro días en morir.

¿Por qué haría algo así? Josseran tenía una sola respuesta para la temeridad de su padre y en el fondo de su corazón sabía que los sarracenos no eran los culpables de su muerte.

—¿Cristiano? —preguntó Jutelún volviéndolo a la realidad.

—El hombre que describes es mi padre. Pero hace muchos años que murió y jamás cabalgaría a mi lado.

Los ojos de Jutelún eran insondables.

—Yo sé lo que veo.

Él la miró fijamente. «¿Qué me está pasando? —se preguntó—. Este viaje ha comenzado como la sencilla misión de conseguir una audiencia con un kan tártaro para ofrecerle una alianza contra los sarracenos. Y me veo arrastrado a una odisea más allá de los límites del mundo, y todas las creencias que me resultan sagradas, mi castidad, mi deber y mi fe son implacablemente atacadas por esta mujer».

—Entre nosotros esas brujerías son castigadas con la muerte —le dijo.

Ella no apartó la mirada, en sus ojos brillaba una furia negra y repentina.

—Si vosotros los bárbaros no sabéis comunicaros con el mundo de los espíritus, no me sorprende que seáis vencidos con tanta facilidad en el campo de batalla.



# Tercera parte

Caravasar  
De Kashgar a Kumul

## En el año del Mono

Habían atravesado el Techo del Mundo buscando al preste Juan y a los Reyes Magos de los Evangelios, pero lo único que encontraron más allá de los muros de la atalaya fue mahometanos. La ciudad no era como Josseran había imaginado la fabulosa Catay: tuvo la sensación de que sólo era otra ciudad igual a Ultramar, con sus bazares, sus pórticos y sus cúpulas cubiertas de azulejos; templos musulmanes que se recortaban sobre un cielo desvaído bajo el muro enorme y curvo de la ciudadela.

Los pobladores se llamaban uigures. Para sorpresa de Josseran no tenían los ojos almendrados y las narices planas de sus escoltas tártaros. En realidad parecían griegos y su idioma era muy similar al turco que había aprendido en Ultramar. Los tártaros también lo hablaban con fluidez, mezclado con una serie de expresiones propias.

Siguió a la escolta tártara abriéndose paso a codazos entre la multitud de las calles cercanas a la vieja mezquita donde ancianos con gorros de oración bordados permanecían sentados en los escalones del *iwan* y niños de piernas desnudas jugaban en el hilo de agua que corría por un canal.

El bazar era una bacanal para los sentidos. Josseran había visto muchos mercados árabes en Ultramar, pero ninguno comparable a aquél en tamaño ni en color. Estaba cercado a cada lado por la multitud y la feria dejó a Josseran con la boca abierta como un campesino. Se abrían callejuelas en todas direcciones, en los senderos sombreados había rincones llenos de sol donde pordioseros lisiados gemían y estiraban dedos retorcidos para que les dieran una limosna. Los barberos afeitaban las cabezas de sus clientes con largos cuchillos, y los panaderos sudaban por el tremendo calor que hacía en sus cuevas de paredes negras, el tintineo de metales y los gritos de los buhoneros se mezclaban con el olor grato del pan recién horneado y el putrefacto de menudencias y excrementos. Había grandes rollos de seda que eran más altos que un hombre y bolsas de especias, anaranjadas, verdes y rojas; Josseran vio espléndidas alfombras rojas, cuchillos ornamentales hechos a mano en los que resplandecían el jade y los rubíes, cabezas de cabras hervidas que colgaban de las paredes y pulmones de ovejas que eran hervidos en grandes recipientes. Los Bazaaris se sentaban sobre cuchillas, entre bolsas repletas de hachís mientras en los balcones de madera de las casas de té hombres de blancas barbas y largas vestimentas bebían té verde y fumaban pipas.

Las casas de madera de dos pisos estaban rodeadas de gente por todos lados; de vez en cuando, Josseran levantaba la vista y veía un rostro velado que lo observaba detrás de una persiana muy ornamentada y que enseguida desaparecía.

El aire estaba lleno de polvo y de pequeñas moscas. El sudor corría por la espalda

de Josseran y le cubría la cara mientras lo hacían avanzar entre la multitud. Vio rostros con pieles de todos los tonos, había rubios y también gente de tez castaña y toda clase de vestimentas; había buhoneros cuya piel parecía cuero que tenían narices aguileñas y vestían túnicas y turbantes como los sarracenos, y jinetes cubiertos de arena con largos abrigos de cuero y gorros forrados en piel, con pieles de oveja que ondeaban sobre sus botas altas; había tayikos de altos sombreros negros y también estaban los uigures, a los que se distinguía con claridad por las botas de cuero y sus abrigos negros hasta la rodilla; había mujeres de coloridas bufandas de seda, ajorcas de oro en los tobillos y anillos, y otras que estaban ocultas bajo espesos chales tan largos y sin forma que, cuando permanecían quietas, resultaba imposible saber hacia qué lado miraban.

Pero el bazar no pertenecía a la gente sino a los animales; a los camellos, al ganado astado de aspecto fiero que ellos llamaban yaks, a los burros, caballos y cabras. El ruido y el olor de aquellos animales llenaba el aire y su bosta lo cubría todo. Alrededor de ellos resonaban las campanillas de los carros tirados por caballos y burros, en los que se amontonaban melones, coles y judías, y los gritos de los que conducían los carros que exclamaban «¡*Borsh!* ¡*Borsh!*!», mientras trataban de abrirse camino entre la multitud. En el maidan, barbados jinetes kirguises galopaban a través de espesas nubes de polvo antes de comenzar el trueque, mientras otros se reunían en grupos vocingleros y gesticulantes alrededor de las riñas de gallos.

Jutelún cabalgaba delante de los demás, una figura exótica entre aquel gentío sarraceno, con el *del* morado, la larga bufanda de seda enrollada alrededor de la cabeza. Sólo la larga trenza que le caía sobre el hombro la identificaba como una mujer. La multitud se hacía a un lado, dando paso a los señores tártaros y a sus extraños acompañantes.

Josseran la vio discutir con los vendedores de camellos. Le sorprendió descubrir que el idioma del comercio que oía hablar a su alrededor era muy parecido al turco que se hablaba en Ultramar y que la propia Jutelún lo hablaba como cualquier buhonero de Medina. Entabló un furioso debate con un camellero de un solo ojo.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Guillermo.

—Jutelún dice que tenemos que cambiar nuestros caballos por camellos. A partir de aquí atravesaremos un enorme desierto para llegar a Karakoram.

—¿Un desierto? ¿Hasta dónde nos van a llevar?

—Ya que es demasiado tarde para volver, tal vez sea mejor no saberlo.

—Pronto llegaremos al borde del mundo. Tal vez tengan intenciones de bajar con nosotros al Hades para conocer a su verdadero gobernante.

—Son gente de carne y hueso, igual que nosotros, hermano Guillermo.

—Practican los hechizos y beben sangre de caballo. Son engendros del demonio.

Josseran notaba que la gente los miraba desde todos los rincones del bazar.

Incluso en una reunión tan exótica como aquélla, imaginó que debían de ser un espectáculo muy poco común con sus ropas tártaras. Josseran aún tenía la cabellera pelirroja cubierta de sangre seca; Guillermo, flaco y con los ojos enrojecidos por la fatiga, la barba negra y gris mal cuidada bajo la capucha negra. En las últimas semanas había adelgazado mucho, y sus mejillas hundidas le daban el aspecto de un fantasma.

Un pordiosero tiró de la manga de Guillermo y el fraile lanzó una maldición y retrocedió. Un tártaro se acercó al lisiado y le propinó un latigazo.

Mientras tanto, Jutelún había cogido la túnica del camellero.

—Tratas de robarnos —gruñó—. ¡Que a tu miembro privado le salgan llagas ulcerosas y que se pudra como la carne al sol!

—Es un buen precio —protestó el viejo camellero, todavía sonriendo como un loco—. ¡Se lo puedes preguntar a cualquiera! ¡Soy un hombre honrado!

—¡Si tú eres un hombre honrado, el arroz crece en el desierto y mi caballo sabe recitar suras del Corán!

Y así siguió el asunto. Jutelún profería insultos y trataba de obtener una rebaja en el precio. Si Josseran no hubiera visto mil veces aquella clase de comercio en las medinas de Acre y Tiro, tal vez habría pensado que Jutelún y el mercader de camellos llegarían a las manos en cualquier momento. Jutelún escupió en el polvo y agitó el puño ante la cara del mercader, mientras él elevaba las manos hacia el cielo y le rogaba a su dios que intercediera por él antes de que quedara en la indigencia por ofrecer precios tan bajos.

Pero aquel día en el bazar no hubo violencia ni se sacrificaron vidas. En cambio, una hora después, Jutelún y los tártaros se alejaron con una hilera de camellos en lugar de los caballos y con el sonriente mercader de un solo ojo como guía.

El oasis Kashgar se extendía a lo largo de un día de marcha a través de la llanura entre avenidas de álamos y campos de girasoles y de trigo verde. Josseran volvió la cabeza para mirar las colinas rojizas que dejaban atrás; los picos blancos y mellados del Techo del Mundo resultaban sólo visibles a través de la neblina producida por el calor. Ya eran sólo un sueño.

Pasaron aquella noche en un caravasar de paredes de adobe. Los caravasares del desierto eran posadas fortificadas, un buen refugio contra los bandidos que atravesaban el solitario desierto en busca de ricas caravanas. Aquél tenía paredes de adobe sin ventanas, aunque las paredes tenían aberturas por las cuales se podían disparar flechas. En la entrada había una verja de madera y hierro. Después se llegaba a un patio central donde se refugiaban los animales, un pozo de agua y hasta una mezquita. El edificio principal consistía en un gran vestíbulo de techo alto y abovedado y suelo de tierra donde los viajeros comían y dormían juntos. Jutelún le informó a Josseran de que las reglas del caravasar eran inmutables. Ni siquiera los peores enemigos luchaban mientras se encontraban dentro del santuario del caravasar.

Aquella noche ellos eran los únicos viajeros y tuvieron todo el cavernoso vestíbulo a su disposición. A pesar de que ya habían bajado de las montañas, las noches seguían siendo frías, y Josseran se acurrucó entre sus pieles en el suelo duro. Miró fijamente los altos y ennegrecidos tirantes del techo y se preguntó cuántos viajeros habrían pasado por allí a lo largo de los siglos, mercaderes de la ruta de la seda que viajaban hacia el este, a Catay, o hacia el oeste, a Persia, con sus cargamentos de sedas y especias, y marfil y monedas romanas. Entre ellos, sin duda, muy pocos cristianos como él. Había oído hablar de comerciantes venecianos que se suponía que habían tomado aquel camino, pero nunca volvieron para relatar su experiencia.

Se preguntó si él compartiría el destino de aquellos hombres.

La luz del fuego bailoteaba alrededor de las paredes amarillas. Los tártaros parecían malhumorados, por lo visto le temían más al desierto que al Techo del Mundo. Justo antes de la puesta de sol, parecieron aún más deprimidos cuando apareció un jinete en la entrada del caravasar. Venía del oeste a toda velocidad, el caballo extenuado, con los flancos cubiertos de espuma. Josseran reconoció en él a un guardia personal de Qaidu.

Jutelún escuchó el mensaje susurrado que él le transmitió; luego se alejó, con los labios blancos.

Malas noticias. Josseran se preguntó cuáles serían.

Habían comido carne de cordero, arroz y especias. Era inevitable que la arena encontrara el camino hasta el arroz y terminara entre los dientes. A partir de ese

momento, eso sería lo habitual, les advirtió Jutelún. El desierto manifestaba su presencia dentro de todo.

—Igual que el demonio —contestó Guillermo cuando Josseran le tradujo lo que les acababan de advertir.

—Si todo lo que digo se convierte en la oportunidad de un sermón —contestó Josseran—, durante el resto del viaje te trataré como a un sordomudo.

Después de la cena se instalaron para dormir. Guillermo estaba junto a Josseran, bajo un montón de pieles.

—¿Cuándo te confesarás? —susurró el fraile en la oscuridad.

—Te estás poniendo pesado.

—Tu alma está en peligro.

—Deja que sea yo quien se preocupe por mi alma.

—Faltaría a mis deberes como fraile si no me preocupara por tu bienestar espiritual. He notado la forma en que miras a la bruja.

—No eres mi confesor. Estoy aquí para protegerte y para que no sufras daño en este viaje. Mi alma inmortal no está en tus manos.

—¿No hiciste un voto de castidad cuando te sumaste a la orden? —preguntó Guillermo.

—Mi voto no fue de obediencia de por vida. Como penitencia, prometí entregar cinco años a la orden. Esos cinco años ya casi se han cumplido.

Guillermo permaneció un rato en silencio, sin duda digiriendo aquella información.

—Entonces, ¿no eres un verdadero caballero templario?

—He cumplido con fidelidad mi promesa de servicio a la orden. Cuando terminen los cinco años volveré a Francia. Tengo una casa solariega y algunas tierras pobres que sin duda habrán sido ocupadas por mis vecinos, que me deben de creer muerto.

—¿Abandonaste tu propiedad para ir a Ultramar? ¿Qué pecado exigía una penitencia tan grande? —Al ver que Josseran no contestaba, Guillermo continuó—: Algo debe de pesar mucho en tu conciencia.

—Mi servicio en la orden me garantiza el perdón de todos mis pecados.

—¿Por eso te sientes en libertad de blasfemar con tanta libertad durante el viaje? ¿Crees que tu servicio en la orden también te absolverá de la lujuria hacia una bruja?

—Ten la seguridad de que cuando vuelva le contaré mis pecados a mi confesor.

—Ten la seguridad de que también yo los contaré.

—De eso no me cabe duda.

—Enmienda tu conducta si deseas volver a ver Tolosa, templario —dijo Guillermo; luego se dio la vuelta y se dispuso a dormir.

«Enmienda tu conducta si deseas volver a ver Tolosa, templario».

Josseran permaneció despierto con la mirada fija en la oscuridad. Las consecuencias de su desafío eran claras. Sin duda, cuando llegaran a Ultramar, el buen fraile lo acusaría ante el consejo de barones. Conocía la reputación de aquellos dominicos, la orden de los frailes predicadores. En aquel momento, la función inquisitorial que llevaban a cabo tenía una dispensa especial del Papa que les permitía emplear la tortura cuando investigaban acusaciones de blasfemia y herejía.

A pesar de que temía a Guillermo, también le impresionaba lo vacía que era aquella amenaza. «Si deseas volver a ver Tolosa». En un tiempo aquella fue su letanía personal; siempre se había prometido que al cabo de cinco años, después de haber cumplido su penitencia, volvería al Languedoc y, antes de que fuera demasiado tarde, tal vez encontraría una esposa y tendría un hijo que sería el heredero de sus tierras.

En aquel momento comenzaba a preguntarse si aquel futuro tenía algún significado para él.

A su llegada a Ultramar pasó muchas noches de insomnio deseando ver y oler los paisajes y los olores familiares del Languedoc, pero aquellos deseos habían muerto, como pasa siempre que transcurre el tiempo. ¡Había olvidado tantas cosas! Los rostros de sus amigos, el nombre de su confesor, el olor que tenían en verano los campos que rodeaban su casa solariega.

Después de Alepo experimentó un ansia similar causada por los hábitos y familiaridades de su vida en Ultramar, por la compañía de cristianos, por los zumos, los higos y la carne de cordero, por los diarios rituales de maitines y entrenamiento, y cabalgatas y vísperas, los interminables padrenuestros por los vivos y los muertos. Pero incluso aquella reminiscencia se había desvanecido en las últimas semanas y si no fuera por Guillermo, se preguntaba si se recordaría en algo a sí mismo.

### 3

Al día siguiente cabalgaron por el desierto. No era un desierto de dunas y arena amarilla, sino una extensión plana y deprimente de salinas grises, montecillos desarraigados, algunas plantas del desierto secas y llenas de espinas. En aquel momento cabalgaban en medio de un viento cálido; el horizonte se disolvía en una niebla que parecía polvo amarillento, los álamos del borde del oasis se inclinaban y mecían en medio del vendaval mientras la caravana avanzaba penosamente hacia el gran desierto del centro de la tierra.

Los tártaros habían descartado los pesados abrigos de fieltro y las botas, supliéndolos por las túnicas de algodón de los uigures. Todos imitaban a Jutelún y se ponían bufandas de seda alrededor de la cabeza para protegerse la cara de lo peor del sol y de los remolinos de polvo y gravilla.

Los camellos que Jutelún compró en el bazar de Kashgar eran distintos a las bestias que él había visto en Ultramar. Eran animales peludos con dos jorobas en lugar de una, como los que había en Tierra Santa. De ninguna manera eran bestias atractivas. Tenían patas largas, lanudas y delgadas, y feos labios con hendiduras y mandíbulas salidas, y les crecía una piel gruesa en la parte superior de cada una de las jorobas. Con la cercanía del verano estaban perdiendo parte del pelo y cada día parecían más desastrados. Las jorobas se alzaban rectas sobre sus lomos. Un Solo Ojo le dijo a Joseran que si las jorobas caían sobre los flancos, significaba que habían empleado la mayor parte de su grasa corporal y se encontraban en malas condiciones. Pero aseguró que aquéllos eran excelentes camellos. Los mejores de todo Kashgar.

Era un hombre honrado.

Cuando no marchaban en hilera, los animales se dedicaban a alimentarse masticando cualquier vegetación que pudieran encontrar, gruñendo y escupiendo cada vez que alguien se les acercaba, y miraban a sus acompañantes humanos con la arrogancia de un semental árabe.

Reservaban su veneno sobre todo para Un Solo Ojo. Cada vez que él se les acercaba, gritaban y escupían como si se tratara de la encarnación del demonio. En cambio, él siempre les hablaba con suavidad, pero los trataba con firmeza, como un padre estricto pero indulgente.

Como espécimen físico, Un Solo Ojo era poco mejor que sus camellos. Su ojo izquierdo estaba cubierto por una tela lechosa que, junto con sus dientes negros y llenos de sarro, le daba el aspecto de un pordiosero del bazar de Kashgar. Él también parecía estar perdiendo su pelaje de invierno, la barba le crecía en mechones oscuros y dispares, y tenía un hombro curiosamente caído, de manera que casi podía decirse que era jorobado. Pero, a pesar de su apariencia, era un experto en camellos y parecía conocer el desierto. Era vital que pudieran confiar en él, porque allá fuera la



diferencia entre la vida y la muerte consistía en conocer la distancia que los separaba del siguiente oasis.

Fue Un Solo Ojo quien les dio a Josseran y a Guillermo instrucciones acerca de la manera de montar los camellos.

Ante todo debían lograr que se levantaran, y les enseñó cómo tirar de la cuerda que estaba unida a una arandela que perforaba la nariz del animal. La bestia rugía protestando ante aquel desagradable tratamiento, pero obedecía a regañadientes. Primero levantaba las patas traseras; mientras lo hacía, Un Solo Ojo ponía el pie izquierdo sobre el largo cogote del animal y subía a la joroba. En ese momento era violentamente arrojado hacia atrás cuando el animal levantaba las patas delanteras. Por lo visto, el objetivo era sujetarse a cualquier cosa. Cuando avanzaba, lo hacía con las piernas extendidas hacia delante, a lo largo del lomo del animal.

Para desmontar, sencillamente se deslizaba por el cogote del camello, dejaba de sujetarse a la joroba y se tiraba al suelo.

Cuando la demostración terminaba, permanecía allí, sonriendo con sus feos dientes y su ojo lechoso.

—Como verás —le dijo a Josseran en turco—, es fácil. Igual que montar a una mujer. Una vez que has decidido hacerlo, debes mostrarte firme, obrar rápido y no desalentarte si trata de morderte.

—¿Qué dice? —preguntó Guillermo.

Josseran negó con la cabeza.

—No tiene importancia —contestó mientras se preguntaba qué clase de mujeres encontraría Un Solo Ojo para montar en las casas indecentes de Kashgar.

Josseran descubrió que montar un camello era un tipo de tormento distinto a montar los caballos de los tártaros. Aquellos camellos bactrianos avanzaban dando grandes pasos y se balanceaban como los barcos. Tardó varios días en adaptarse, le producía dolor de estómago hasta que aprendió a balancearse hacia delante y hacia atrás siguiendo los movimientos del camello.

Por lo visto, sus compañeros tártaros eran casi tan expertos con los camellos como con los caballos. Vio a varios de ellos, incluyendo a Jutelún, desmontar y volver a montar sin detener la caravana. En determinado momento estaba caminando junto a su camello y al siguiente tiraba con fuerza la cuerda de la nariz para lograr que la bestia bajara el cogote; entonces, levantaba la otra mano para coger la joroba y subir al cuello del animal. Por lo visto, el secreto consistía en soltar con lentitud la cuerda de la nariz para que el camello no levantara la cabeza con demasiada rapidez y echara al suelo al jinete.

Que fue lo que le pasó a Josseran cuando intentó hacerlo, para diversión de Un Solo Ojo y de los tártaros.

Un Solo Ojo llamaba *Leila* a la camella que le habían dado a Guillermo, pero él la había bautizado *Satán*. Por motivos sólo por ellos conocidos, los tártaros le habían dado el animal más arisco de todos. Era una bestia desafiante cuya cabeza terminaba en un nudo de lana y cuyas patas delanteras eran del tamaño de un taburete. Cada vez que el sacerdote trataba de montarla, *Satán* preveía sus movimientos y volvía la cabeza para morderle las nalgas mientras Guillermo subía a la joroba.

En una ocasión, al final de un largo día, instalaron el campamento para la noche; una vez descargados los fardos, soltaron las cuerdas para que los animales se alimentaran. En lugar de ir con los demás camellos, al ver que el fraile le daba la espalda, *Satán* se acercó a Guillermo por detrás. Josseran creyó que tenía intención de morderle. En lugar de eso, la camella puso la boca cerca del hombro de Guillermo y le lanzó un grito junto a la oreja. Guillermo jadeó y saltó por el aire como si le hubieran golpeado el hombro con una espada.

Los tártaros se alejaron riendo ruidosamente.

Josseran vio que Jutelún reía con los demás; era la primera vez en muchos días que mostraba alguna emoción. Desde hacía un tiempo estaba siempre de mal humor. Se preguntaba qué le podía estar pasando y llegó a la conclusión de que dicha actitud había comenzado aquella noche en Kashgar, cuando había llegado de Almalik el mensajero de su padre.

En realidad, desde que la había recibido, la misiva de su padre nunca estuvo lejos de

los pensamientos de Jutelún. Parecía que en Karakoram y en Shang-tu los acontecimientos se habían precipitado con mayor rapidez de lo esperado.

El juriltay para elegir al nuevo kan de kanes ya se había celebrado en Karakoram, tal como era la tradición, y Ariq Böke, el hermano del kan de kanes muerto, había sido elegido como el tártaro supremo, que era lo que todos esperaban.

Pero no todos estaban de acuerdo con la elección. Su hermano menor, Qubilay, que dirigía la guerra contra los chinos en la lejana Catay, no asistió. En lugar de ello organizó un juriltay en Shang-tu, su capital, donde sus generales le eligieron kan de kanes. Era inconcebible que un juriltay de los tártaros se llevara a cabo en cualquier parte que no fuera en la capital, Karakoram. Representaba una rebelión y sería causa de la primera guerra civil que tendría lugar desde los días de Gengis Kan.

Todas las esposas e hijos de Mangu apoyaban a Ariq Böke. La Estirpe de Oro, los descendientes de Gengis, la familia real tártara, también le había dado su apoyo, lo mismo que el hermano de Ariq Böke, Batu, de la Horda de Oro. Sólo Hulagu se había aliado con Qubilay.

Al rebelde Qubilay debían haberlo aislado. Sin embargo, dirigía un ejército poderoso y bien armado con excelentes posiciones estratégicas. En realidad, parecía significar una amenaza potente para la integridad del imperio tártaro.

El mensaje enviado por Qaidu terminaba con una advertencia. Cuanto más se acercaran a los límites de Catay, con mayor cautela debería comportarse Jutelún. La caravana podía ser vulnerable a soldados leales a Qubilay.

Y el desierto podía no ser el único peligro que afrontaran durante la primera luna del verano.

Se habían detenido a descansar en la vasta planicie de grava y piedras. Ante ellos se extendía un horizonte gris y monótono. Los camellos, atados, pastaban en el terreno pobre que los rodeaba, algunos juncos quebradizos y unos pocos arbustos secos.

Guillermo se arrodilló al pie de un sauce retorcido y ennegrecido por el viento: apretaba entre sus dedos el crucifijo de madera que colgaba de su cuello y comenzó a mover los labios en una silenciosa oración. Los tártaros lo observaban a cierta distancia, con el desprecio y el temor que les inspiraba aquella criatura que les había sido encomendada. Ya les había traído mala suerte una vez. Estaban convencidos de que volvería a hacerlo.

Josseran se sentó junto al fraile y levantó la capucha de su abrigo para protegerse de aquel viento seco y cortante.

—¿Qué pides en tus oraciones, hermano Guillermo?

Guillermo terminó sus palabras de súplica y dejó caer las manos al lado del cuerpo.

—Pido que nuestros sufrimientos en este viaje sirvan para que se cumpla la voluntad de Dios.

—¿Y qué crees que es, en ese sentido, la voluntad de Dios?

—No es algo que pobres criaturas como nosotros podamos saber.

—Sin embargo, conoces el contenido de la bula que Su vicario te ha confiado. El pontífice conoce la voluntad de Dios, ¿no es así?

Aquello molestaba a Josseran desde que habían salido de Acre. Adivinaba que, igual que los templarios, el Papa deseaba establecer una alianza con los paganos, pero no consideraba que fuera una buena política el que se supiera.

—La bula es secreta. Sólo se la leeré al rey de los tártaros, como se me encargó que lo hiciera.

—El Santo Padre desea una tregua con estos tártaros.

—Desea atraerlos hacia la palabra de Dios.

—¿Tú crees que les interesa la palabra de Dios? Lo que les interesa es el saqueo. Quieren tener reinos aquí, en la Tierra, no en el cielo.

«Igual que nosotros», estuvo a punto de añadir.

—Dios abrirá sus corazones y sus mentes.

Guillermo cambió de posición y, en lugar de seguir arrodillado, se sentó con suavidad en el suelo duro. Lanzó un quejido.

—¿Qué te pasa? —preguntó Josseran.

—Es sólo un problema reumático. No te preocupes por mí.

Josseran se encogió de hombros.

—No estoy preocupado. Te ruego que comprendas, hermano Guillermo, que no te tengo un gran afecto como hombre. Pero es mi deber que llegues a salvo a tu destino y, después de haber llegado tan lejos, consideraré que sería un fracaso no completar mi tarea.

—Trataré de no desilusionarte.

—Gracias.

Guillermo trató de ocultar su dolor, aunque a decir verdad sufría de una manera terrible. En la abertura de sus intestinos tenía hinchazones que se asemejaban a pequeños grupos de uvas, y el movimiento del camello convertía cada instante en un tormento. Pero sufría por su Salvador y cada paso que daba atravesando aquel terrible desierto purificaba su alma y lo acercaba a Dios.

Jutelún observó a Josseran enfrascado en una conversación con el chamán cristiano. Al rato el chamán se levantó y se alejó para orinar. Su camello pastaba cerca y levantó la fea cabeza para observarlo. Jutelún casi alcanzaba a ver los pensamientos escritos en los ojos castaños del animal. Mordisqueó las espinas de un tamarisco, masticando con lentitud mientras observaba a su verdugo de negras vestimentas y oía el ruido que hacía su orina al caer sobre las piedras *gebi*. Se le acercó hasta llegar casi hasta el hombro del fraile y devolvió sobre su espalda todo el alimento que tenía en el estómago.

Guillermo tropezó y su orina le mojó la sotana mientras se tocaba la espalda con una mano para descubrir qué había caído sobre él. Un Solo Ojo, que también había presenciado lo ocurrido, cayó al suelo sin poder contener las carcajadas. Guillermo trataba de limpiarse la espalda con una mano mientras seguía sujetando su miembro con la otra. Pero al levantar la vista y comprobar que Jutelún lo observaba, volvió a alejarse con la cara del color de la grana.

Josseran, desgarrado entre la sorpresa y la lástima, también fue testigo del espectáculo. A Jutelún le sorprendió que no riera como los demás, puesto que sabía que no le tenía simpatía a su acompañante.

—La bestia no le tiene demasiado cariño —le comentó a Josseran.

—Eso es evidente.

—Dile que espere hasta que el sol lo haya secado —aconsejó ella—, entonces se lo podrá quitar. Si trata de limpiarlo ahora, lo único que conseguirá será empeorarlo.

—Se lo diré —contestó Josseran, alejándose.

Guillermo chillaba como si le hubieran derramado plomo fundido encima. Si aquél era un chamán típico de los bárbaros, pensó Jutelún, los tártaros no tenían nada que aprender de aquella gente ni de su religión. Sin embargo, aquel guerrero, aquel Joss-ran era distinto. Había demostrado que era fuerte y valiente, y tenía la intuición

de un chamán. Desde que se había herido en la montaña, ella notaba cierta afinidad entre ambos.

Aunque no tenía idea de lo que la causaba.

Se encontraban en tierras de los uigures. Jutelún le explicó que allí eran vasallos del kanato Chaghaday de Bujara, que lo habían sido desde el tiempo de Gengis Kan ante quien se sometieron para evitar la destrucción de sus campos y sus ciudades. Los tártaros nómadas imponían impuestos a la gente por medio de gobernadores locales, que gobernaban contando con su aprobación. Había un tributo anual, el *tanga*, que pagaban en la ciudad los mercaderes y artesanos, y el *kalan* o impuesto a la tierra, que se imponía a los granjeros. Hasta los nómadas locales pagaban impuestos a Bujara, que consistían en una porción de sus rebaños y que llamaban *kopchur*. Y también había un impuesto del cinco por ciento que debían pagar todos los mercaderes que atravesaban el kanato, un peculiar impuesto sobre la lucrativa ruta de la seda.

«Para tratarse de nómadas —pensó Jossieran—, tienen una firme comprensión de lo que son los principios de gobierno».

Una semana después llegaron a Aqsu, la capital uigur. Las ruinas de antiguos faros se alzaban sobre lo que al principio Jossieran creyó que era una extraña y espeluznante neblina. Cuando se acercaron comprobó que la neblina era en realidad una tormenta de polvo levantada por el viento. Más allá de las torres de los faros se encontraba la vieja ciudad, un montón de edificios blancos refugiados bajo altos álamos que se balanceaban acurrucados al pie de unos acantilados amarillos. La verde franja del oasis se pegaba a las orillas de un río.

De repente se encontraron fuera del desierto avanzando por caminos sombreados por álamos, entre campos verdes sembrados de berenjenas y otras hortalizas. El agua brillaba en los canales de irrigación que goteaban a través de los campos, en los que el terreno era tan seco que el agua era llevada por canales a cada árbol individual. Una joven se tapó el rostro con rapidez al ver aquellos infieles, mientras unos niños pequeños que se bañaban desnudos en el arroyo los miraban con ojos como platos. Mientras cruzaban las calles de la ciudad, en ellas se alineaba una multitud de rostros curiosos cuyos velos subían y bajaban; incluso viejos de barba blanca empujaban y se abrían paso a codazos para alcanzar a ver aquellos extraños bárbaros de Occidente.

Aquella noche no durmieron en un caravasar sino que se alojaron en la casa del *darughachi* local, el gobernador nombrado por los tártaros. Les sirvieron una cena a base de carne de cordero, arroz y especias, y había sirvientes con fuentes de fruta y teteras de las que servían un aromático té verde. Luego se acostaron en verdaderas

camas con cobertores de seda.

A la mañana siguiente, cuando Jutelún saltó ágilmente sobre su camello, miró a Josseran y le sonrió.

—Espero que hayas disfrutado de tu descanso —dijo—. A partir de aquí nos internamos en el peor desierto del mundo. Empecemos la marcha en el nombre de Dios.

La velocidad con que cae la noche en el desierto le sorprendió. Era como ser arrojado a un calabozo sin ventanas cuya puerta se cerrara de golpe. La brusquedad de la puesta de sol y la llegada repentina de la noche eran una experiencia tan violenta que los lastimaba.

Mientras el sol caía a veces alcanzaban a ver un solitario caravasar a lo lejos, deprimentes paredes amarillas como las dunas, con un patio que se guarecía bajo las ramas de algunos árboles nudosos. Cuando estaban a salvo detrás de las paredes, se tumbaban entre fardos y cuerdas de fibra, mientras el agua de las teteras hervía sobre los fuegos y ellos daban gracias por estar guarecidos del viento del desierto.

Pero había otras noches en las que acampaban en el desierto abierto y se amontonaban junto al débil fuego en el que ardía bosta de camellos secada por el sol. Los tártaros la llamaban *argol*. Las noches del desierto eran tremendamente frías y en aquella arena estéril el argol era la única fuente que tenían para alimentar el fuego. Siempre había en abundancia puesto que la ruta que seguían estaba marcada por una serie de piedras puestas cada cuarto de legua y ése era el camino que debían seguir todas las caravanas. Un Solo Ojo reunía cestas de bosta de camellos durante la marcha del día, y cuando se detenían para acampar, los tártaros se alejaban para recolectar más mientras se encendían las hogueras.

Después, acurrucados junto a ellas para poder entrar en calor, comían las delgadas tajadas de requesón de leche de yegua que se había convertido en el alimento básico del grupo, antes de preparar las camas en el suelo duro y caer en un sueño profundo, enroscados bajo pieles de ovejas y permitiendo que los piojos comenzaran su festín.

Una noche, Josseran permaneció junto al fuego hasta mucho después de que los tártaros se hubieron enroscado en el suelo, dentro de sus *dels*. Jutelún también se retrasó; Josseran se preguntó si habría empezado a anhelar su compañía tanto como él anhelaba la suya.

Guillermo permaneció despierto hasta que por fin la fatiga lo venció y se dejó caer de lado en la arena dura, todavía dentro de la zona de la luz de la hoguera. A partir de aquel momento sólo quedaban ellos dos, observando cómo morían las brasas. Josseran temblaba bajo su ropa, mientras oía los ronquidos de los tártaros y los murmullos de Un Solo Ojo, que en algún lugar de la oscuridad increpaba a los demonios que le atormentaban en sueños. Los camellos resoplaban y gruñían.

—Háblame de ti, cristiano —dijo Jutelún con suavidad.

—¿Qué deseas saber?

—Háblame de ese lugar, Ultramar. ¿Fue allí donde naciste?



—Nací cerca de un lugar llamado Tolosa, en el Languedoc, que es una provincia de un país llamado Francia. Hace más de cinco años que no veo mi país. Salí de allí rumbo a Ultramar y un lugar llamado Acre, que es una gran ciudad y una fortaleza junto al mar.

—¿Cómo se vive dentro de una fortaleza? ¿A veces no sientes que estás prisionero?

—He vivido toda mi vida en castillos, dentro de muros de piedra. Estoy acostumbrado. Lo que me atemorizan son estos grandes espacios.

—Yo no podría vivir detrás de una pared —comentó ella—. Una persona civilizada debe tener la hierba bajo sus pies y un caballo ensillado para cabalgar.

¿Le estaría tendiendo un cebo o estaría sólo haciendo un esfuerzo por comprender?

—Sin un techo sobre mi cabeza me siento desnudo —dijo él. Miró al cielo. Era como un trozo de terciopelo negro cubierto de diamantes. Jossesan tuvo la sensación de que podía extender los brazos y acercar las estrellas a él con sus dedos—. Una vez, cuando era niño, recuerdo que traté de contar las estrellas. Una noche salí de casa, me acosté en el campo y empecé a contar.

—¿Cuántas estrellas hay?

—No lo sé. Me quedé dormido. Mi padre me encontró bajo un gran roble, casi congelado, y tuvo que llevarme en brazos a casa. Recuerdo haber despertado sobre una piel, junto a un gran fuego de leños. Nunca había sentido tanto frío hasta que llegamos al Techo del Mundo.

Recordaba los brazos de su padre a su alrededor, calentándolo, el olor de su padre y la manera en que su barba le hacía cosquillas en las mejillas. Debería ser un recuerdo agradable. Pero estaba viciado por la amargura, como tantos de sus recuerdos. «Tal vez debería haberme dejado allí, al pie de aquel roble —pensó—. Habría sido mejor para él».

—Mi padre me llevó en brazos a casa muchas veces —dijo Jutelún—. Siempre me escapaba por la noche. Quería volar, poder tocar las estrellas con la punta de los dedos. —Extendió una mano—. A veces imaginaba que podía. —Retiró la mano y se rodeó las rodillas con los brazos—. En cristiano, ¿tenéis nombres para las estrellas?

—Aquélla es la Estrella Polar —contestó él, señalando el norte—, pero sobre todo tenemos nombres para los grupos de estrellas. —Señaló a Ursa por encima de su cabeza—. Por ejemplo, a ésa la llamamos la Osa Mayor. Si la miras el tiempo suficiente puedes imaginar el perfil de un oso.

—Entonces tenéis una imaginación maravillosa —dijo ella, y él rió—. Para nosotros son los Siete Gigantes. ¿Ves aquella estrella? Ése es el Clavo Dorado. Es donde los dioses atan sus caballos.

—Es maravillosamente poético —respondió él—, pero hay un solo Dios que nos

creó, que hizo todas las cosas, de manera que no puede ser.

—¿Cómo sabes que hay un solo Dios? ¿Has hablado con Dios para saberlo? ¿Has estado en el Cielo Azul para comprobarlo por ti mismo?

—Es... una cuestión de fe.

—Fe —repitió ella—. Yo tengo fe en que mi caballo me llevará hasta el fin del viaje. Con respecto al resto, debo saberlo por mí misma.

Josseran no tenía ganas de discutir con ella. Le permitiría obtener su pequeña victoria. Permanecieron un rato en silencio.

—¿Tienes hijos, cristiano? —le preguntó ella de repente.

—Una vez. Tuve un hijo.

—¿Y qué le pasó?

—Murió.

—¿Y qué es de tu esposa?

Josseran vaciló. ¿Cuánto le contaría a aquella mujer acerca de su pasado? Y si se lo contara, ¿hasta qué punto comprendería ella sus tormentos, cuando ni siquiera comprendía lo que era ser cristiano?

—La madre de mi hijo está muy lejos, en Francia —contestó.

—¿La amas?

—Amé su cuerpo.

—¿Cuánto hace que no la ves?

—Hace muchos años. Me atrevo a decir que ella debe de haber olvidado hasta mi aspecto físico.

—¿Y por qué no vuelves con ella?

—Porque, en realidad, no es mi esposa. Pertenece a otro hombre. Es un pecado que pesa sobre mi conciencia. —Jutelún asintió con la cabeza, como si hubiera comprendido. Tenía las mejillas envueltas en la bufanda para contrarrestar el frío y él sólo alcanzaba a verle los ojos, el pequeño brillo del fuego que se reflejaba en ellos—. Te hablaré con franqueza —continuó—. Nunca he pensado en ninguna mujer más que como una especie de almohada, algo suave sobre lo que es posible acostarse por la noche. ¿Hablo con demasiada libertad para ti?

—Mi propio padre tiene muchas esposas que conserva por el placer de su cuerpo. Pero sólo tiene una esposa favorita, y ahora que es viejo y su sangre ya no es tan ardiente, pasa muchos días con ella. Un tártaro comprende la diferencia de naturaleza que hay entre un hombre y una mujer.

—Está mal tener más de una esposa.

—¿Por qué?

—El hombre debe controlar sus bajos deseos. Son una afrenta a Dios.

—¿Es eso lo que a tu chamán le gustaría que creyeras?

—Es posible que no le tenga demasiado cariño, pero creo que comprende la

mente de Dios mejor que yo.

—¿Cómo puede un hombre comprender la mente de los dioses? Las leyes se hacen para proteger el clan. El resto es incierto. Si realmente pudiéramos comprender lo que los dioses desean, ¿para qué nos harían falta los chamanes?

—No comprendo esta conversación sobre dioses y chamanes. Hay un solo Dios. Su ley es inmutable. Los hombres deben cumplirla.

—De niños nos enseñaron que no debemos obedecer ninguna ley aparte de la de Gengis, nuestro gran kan, porque eso es lo que hace fuerte nuestro imperio. Pero en cuanto a los dioses, escuchamos a los espíritus del Cielo Azul por intermedio de nuestros chamanes.

—¿Gengis os enseñó que estaba bien que un hombre tuviera tantas esposas como deseara?

—Una mujer no es sólo un lugar cálido para tus deseos, cristiano. También es una boca hambrienta y posee una matriz con la que da a luz niños. No es el apetito de un hombre lo que limita su deseo de tener mujeres, sino su fortuna. Las leyes que Gengis nos dio con respecto a hombres y mujeres nos enseñan que un hombre no debe tomar la mujer de otro hombre para su placer. Eso es sin duda un crimen. Pero lo es porque pone en peligro la paz del clan, no porque ofenda al Espíritu del Cielo Azul.

Josseran estaba sorprendido y avergonzado de estar conversando con tanta franqueza con una mujer acerca de tales asuntos. Sin embargo, allí fuera, bajo la fría bóveda de estrellas y en medio de la soledad del desierto, se sentía curiosamente liberado de las restricciones de su sociedad y de la tiranía de su Dios. Pero, sin duda, Dios era el Dios de todos los hombres y no sólo el Dios de los francos, ¿verdad? ¿No era una mera ilusión que un hombre pudiera viajar más allá de sus dominios?

En realidad, ¿alguna vez podría verse libre de las culpas y manchas que había en su alma?

La intimidación que compartía con aquella criatura exótica lo hizo desearla como jamás había deseado a ninguna mujer. Era extraño porque no sabía cómo era el aspecto de su cuerpo debajo de los largos abrigos y pantalones que usaba. ¡Ah! En sus noches febriles la había imaginado muchas veces, pero lo único que en realidad había alcanzado a ver de su cuerpo eran sus manos delgadas y su rostro bronceado parecido al de un halcón.

Y que Dios tuviera misericordia de su alma miserable por pensar así.

—Dime —le preguntó ella—, las confesiones, esas cosas que hacéis con vuestros chamanes. ¿Qué les decís?

—Les contamos nuestros pecados.

—Tus pecados.

—Pecados de la carne.

—Entonces ¿lo único que debéis decirles son las cosas que hacéis con mujeres?

—No sólo eso. Nuestras falsedades, nuestra violencia con otros. Y también nuestros pensamientos impuros.

—¿Vuestros pensamientos?

—Si somos envidiosos. Si somos demasiado orgullosos.

—Les hablas entonces de todas esas cosas que te convierten en un hombre y no en un dios. —Parecía intrigada—. ¿Y con eso logras no volver a pecar? ¿Te sientes mejor cuando te confiesas?

—Si quieres que te diga la verdad, vivo con miedo de ser condenado por toda la eternidad.

—Tienes un dios que te hace débil y que luego te castiga por tus debilidades. ¿No te parece extraño?

Josseran no supo cómo contestarle. Una vez más acababa de faltar a su fe. Ni siquiera sabía defender su religión discutiendo con una tártara. En cambio dijo:

—¿Dices que viste a un viejo cabalgando conmigo en las montañas?

El fuego se había apagado. Él ya no alcanzaba a verle la cara.

—Tú no crees en nuestra religión, así que ¿por qué me haces preguntas acerca de eso?

—Es verdad que no creo; sin embargo, siento curiosidad.

—Lo creas o no, él está allí. Sientas o no curiosidad, está allí.

—Creo que sé quién es ese jinete.

—Yo te digo lo que veo. No deseo que me lo expliques. No es necesario.

—Era mi padre.

—No me parece extraño, cristiano. Nuestros antepasados están siempre con nosotros. Debemos honrarlos para que no nos traigan mala suerte.

—¿Eso crees? ¿Crees que el fantasma de mi padre me seguiría hasta aquí para protegerme?

—Por supuesto. Si no fuera así, ¿por qué lo vi allí, cabalgando detrás de ti?

—Como mi maldición.

—Si te maldice, ¿por qué no te hizo caer al vacío cuando fuiste a salvar a tu chamán?

Josseran no le contestó, no sabía qué decir. Tuvo una necesidad repentina y desesperada de abrazarla. Sentía que su corazón le martilleaba las costillas y sentía un calor húmedo en su vientre y en su entrepierna.

—Nunca había conocido una mujer como tú —murmuró.

Ella se levantó, y por un instante de locura, se imaginó que la retendría y la besaría en los labios. Abrigó la esperanza de que ella tal vez no estuviera fuera de su alcance, de que quizá pudieran acostarse juntos bajo aquel gran manto de estrellas mientras sus compañeros dormían a escasa distancia. Pero lo único que Jutelún dijo fue:

—Estoy cansada. Me voy a dormir.

Después de que ella se deslizó hacia la oscuridad, él se acurrucó en el suelo, confuso, extenuado, sin poder descansar. Su mente y su corazón eran un torbellino, una alquimia desesperada de culpa y deseo mezclados con miedo.

Apoyó la cabeza en las manos.

—Perdóname —le susurró entre los dedos a su padre muerto hacía tanto tiempo.

La luna se levantó sobre el desierto, sola y lejana.

Volvieron a ponerse en marcha, rumbo al este. A su izquierda estaban las montañas que los tártaros llamaban Tien Shan, las Montañas Celestiales. Los picos nevados brillaban despejados de la niebla que producía el calor bajo el cielo de color añil, las estribaciones del pie de las montañas estaban surcadas por profundos barrancos que parecían las zarpas de alguna bestia agazapada. Siguieron avanzando día tras día, y las montañas eran lo único que rompía la monotonía del paisaje, cambiando, con el paso del sol, de los tonos rosados suaves de la madrugada a los cobrizos y grises metálicos del mediodía y a los violetas y marrones del atardecer.

Sobre la planicie vieron huesos por todas partes: esqueletos de caballos, camellos y burros y, de vez en cuando, la calavera sonriente de algún hombre.

Jutelún explicó que estaban rodeando el gran desierto de Takla Makan. Traducido del lenguaje de los uigures, significaba: «Entra y no volverás a salir». Pero Un Solo Ojo le aseguró que no se aventurarían acercándose a las fauces del Takla Makan. Los oasis estaban alineados como las perlas de un collar en el cuello de una princesa. «A menos que haya una mala tormenta y nos perdamos, sobreviviremos».

—¿Cuántas veces al año se levantan tormentas así? —preguntó Josseran.

—Continuamente —fue la respuesta de Un Solo Ojo, que soltó su risa extraña.

Aquel desierto era distinto de los desiertos de arena de Ultramar. Había grandes espacios sin arena, sólo un paisaje monótono de grava y piedras planas que los tártaros llamaban *gebi*. A lo lejos formaban una planicie suave y nada amenazadora, pero cuando Josseran se detuvo a examinar una de aquellas piedras, descubrió que eran de colores brillantes, negras o rojas, hermosas para mirar y difíciles de sostener.

En otras partes, las planicies del *gebi* se convertían en campos salados, en barro cuarteado por el sol con una capa terrosa y blanca, o en un páramo de arena gris compacta que parecía fundirse con la bruma de modo que ya no había horizonte entre la tierra y el cielo. A menudo era como si recorrieran el mismo espacio una y otra vez, día tras día, interminablemente.

En una ocasión pasaron junto a otra caravana que se dirigía hacia el oeste, hacia Kashgar. Los lomos de los camellos se hallaban cubiertos por grandes mantos ovalados bajo las sillas de madera, y cada animal llevaba dos grandes rollos de seda a cada lado. Los gritos del conductor de camellos y el ruido de las campanillas de los animales viajaban en el viento caliente, mientras el sol de las últimas horas de la tarde arrojaba largas sombras que atravesaban el desierto.

Josseran se dio cuenta de que en aquel momento estaban recorriendo la fabulosa ruta de la seda, de la que tanto había oído hablar en Ultramar. Sin embargo, no era

una sola ruta, como muchos imaginaban erróneamente, sino una tela de araña de rutas que se extendían desde la misteriosa Catay hasta el Mediterráneo. Había conocido a mercaderes mahometanos que llegaron a viajar por aquella ruta, pero eran pocos los que declaraban haber llegado más allá de Persia. Allí se encontraban con otras caravanas que provenían del este y realizaban sus trueques en los bazares de Bujara, Tabriz o Bagdad.

Se decía que los mercaderes recorrían aquel camino con sus caravanas desde el tiempo de Nuestro Señor. Fue así como llegaron las primeras sedas a Roma. La nueva tela se hizo tan popular que Julio César dictó un edicto ordenando que sólo se usara para sus togas moradas y para la ropa de sus oficiales favoritos.

En los tiempos de Cristo, pocos sabían de dónde llegaba aquel fabuloso material ni cómo se fabricaba. Los romanos creían que la seda crecía en árboles. El secreto siguió siéndolo durante cientos de años antes de que dos monjes viajeros pasaran de contrabando algunos huevos de gusano de seda a Siria desde la fabulosa Catay. Pero sólo en las últimas décadas los tejedores de Italia y de Francia habían descubierto por fin la forma de extraer los largos filamentos de los capullos y tejer con ellos la seda.

Durante los siglos intermedios, la seda, junto con el jengibre, la cerámica y las lacas, fueron llevados hacia el oeste a lomo de camello y las caravanas volvían con pieles, ámbar, miel y monedas de oro y de plata. Sin embargo, ninguna caravana recorría toda la extensión de la ruta. La seda cambiaba de manos muchas veces antes de que llegara a su destino y con cada cambio de dueño su precio aumentaba y era trocada por cilantro, jade y lapislázuli en Kashgar, por vidrio, dátiles y nueces en Persia, una cadena constante de trueques.

Mientras observaba la desaparición de la otra caravana en el espejismo del Takla Makan, Josseran se sintió hundido en el abismo de los siglos, un eterno almacén de historias; su propio destino de alguna manera estaba entretejido en la brillante tela.

Para atravesar el desierto, Un Solo Ojo ató la cuerda de la nariz de cada camello a la silla del siguiente, de manera que todos los camellos avanzaban en fila. El último tenía una campana en el cogote. Un Solo Ojo sabía que si no oía la campana, significaba que uno o varios camellos se habían soltado. Josseran pronto se acostumbró al suave y tintineante sonido de la campana, junto con el ruido rítmico del paso de los camellos sobre la arena dura, el rumor somnoliento de las cuerdas y el susurrante suc-suc del camellero, que iba penosamente delante de los camellos, guiándolos.

El viento caliente los secaba. Josseran ya no sentía sus labios, hinchados y cubiertos por una costra de piel rajada. No tenían agua para lavarse, cosa que carecía de importancia porque el aire seco impedía que todo sudor mojara la piel. Josseran pensó que hasta Guillermo había perdido su mal olor.

Allí la única vegetación que sobrevivía era la de los tamariscos espinosos. El viento había curtido el terreno que los rodeaba, dejándolos expuestos y convertidos en grupos morados, secos y casi muertos. Pero incluso en los lugares más desolados, rebaños de cabras salvajes pastaban en ellos, arrancando sustancia a aquella tierra endemoniada.

El calor que se levantaba del desierto creaba fantasmas en el horizonte, los espectros de árboles y de castillos. Por la tarde, cuando tenían los ojos cansados y las gargantas reseca, Josseran imaginaba lagos y ríos y tenía que hacer un esfuerzo para recordar que no eran reales.

Cada día comenzaba al amanecer, cuando Un Solo Ojo se levantaba en silencio y extendía su alfombra de oraciones en dirección a La Meca. Entonces llevaba a cabo el ritmo sinuoso de sus oraciones, se arrodillaba, se inclinaba y se prosternaba en el suelo, con las palmas de las manos hacia arriba en señal de súplica a su dios.

Después, todavía somnoliento y desgredado, llevaba a los camellos hacia la carga. Dando un tirón a las cuerdas de sus cabezas, los obligaba a arrodillarse y dos de los tártaros ponían la carga en las sillas de madera, entre ambas jorobas. Ataban las cuerdas de cáñamo debajo del pecho de las bestias, a pesar de sus rugidos de furia y de protesta, a los que no prestaban la menor atención. Entonces, con un cielo anaranjado al este y con las gélidas estrellas todavía brillando en el cielo, la caravana volvía a ponerse en marcha hacia el amanecer del desierto.

A veces, Josseran soñaba que se balanceaba en la gran silla de madera y que despertaba en la oscuridad. Otros días despertaba de repente y se encontraba de nuevo en el lomo del camello sin recordar haberlo montado.



La dieta magra de los tártaros lo había debilitado, quitándole fuerzas y entusiasmo. Se balanceaba interminablemente hacia atrás y hacia delante en el lomo del camello, con la columna vertebral clamando por un descanso y deseando desde el alba que llegara la noche. Tenía la sensación de que siempre avanzaban hacia un horizonte interminable y la monotonía del viaje le iba creando un sordo e indefinido dolor físico. Cerraba los ojos para protegerlos del doloroso resplandor del desierto, se cubría la cara para protegerla del viento caliente. Entretanto cualquier conversación languidecía por el aburrimiento y la fatiga.

Había momentos en que temía por su propia cordura. El cielo interminable y el desierto gris, monótono y sin rasgos característicos parecían fundirse. No había un lugar en el que pudiera fijar los ojos y ya no podía confiar en sus sentidos. Imaginaba montañas a lo lejos sólo para comprender, unos pasos más adelante, que no se trataba más que de un puñado de piedras.

Después de varias semanas llegó a un punto en que ya no podía imaginar nada más allá de la propia resistencia. Se había convertido en un ser tan tonto y resignado como los camellos.

Por su experiencia como soldado, Josseran sabía que para poder soportar una larga marcha el cuerpo necesitaba algo en lo que la mente pudiera pensar, poder enfocar la mente en algo aparte del sufrimiento físico y la interminable monotonía del viaje. Trató de concentrar sus pensamientos en un poema, de recordar las canciones de los juglares en las plazas de mercado de Carcasona y de Tolosa, trató de recitar salmos y de rezar padrenuestros. Pero de alguna manera, el calor le robaba la capacidad de fijar la atención en una actividad mental tan sencilla. Sus pensamientos giraban de forma errática, entraban y salían de su mente como golondrinas en las arcadas de una galería. Hasta perdió el apetito, lo que, teniendo en cuenta las magras raciones de requesón aguado, tal vez fuera una bendición.

La sed y el calor los consumían, día tras día. De vez en cuando llegaban a un pozo poco profundo de barro y juncos, a algunas charcas de agua salobre y nauseabunda en cuya superficie flotaban los insectos y en cuyas verdes sombras se movían figuras oscuras. Los tártaros volvían a llenar alegremente sus botellas de agua con aquella especie de sopa de fuerte sabor.

Fuera, las tolvánicas bailaban y giraban como espectros.

Una noche, cuando acamparon en la planicie del gebi, Jutelún lo vio mirándolas con atención.

—Espíritus del diablo —dijo.

—Siempre hay un par de ellas dando vueltas en direcciones opuestas —murmuró él.

—Los uigures cuentan una historia acerca de ellos. Dicen que son los espíritus de

dos amantes de distintos clanes a quienes no se les permitió casarse debido a un pleito que había entre ambas tribus. Incapaces de soportar la idea de vivir separados, corrieron hacia el desierto para estar juntos y murieron en la arena. Pero sus espíritus siguieron viviendo y ahora pasan los días bailando y corriendo por las colinas.

—¿Así que ahora son libres?

—Sí —contestó ella—. Si crees en la leyenda, ahora son libres.

A medida que avanzaban, los días eran más calurosos. Algunas veces, cuando las largas tardes se convertían en algo casi intolerable, Josseran se descubría buscando a los diablos del polvo y, cuando los veía, le parecía que su presencia en el horizonte era, de alguna manera, un consuelo.

Las ciudades de los oasis producían una gran impresión cuando aparecían recortándose sobre el cielo gris. Iban montados en sus camellos, con los labios agrietados por el calor y los ojos entrecerrados para protegerse del reflejo del sol y distinguir el horizonte plano. Y de repente, aparecía un estrecho borde verde, los árboles se reunían junto a un lago, pero a los pocos minutos todo desaparecía en la neblina. A lo largo de la tarde interminable, de vez en cuando vislumbraban el tentador espectro, aunque nunca parecía más cercano. El lago por fin se convertía en un espejismo creado por las tormentas de arena o por la neblina de la tarde, pero los árboles eran reales, delgados álamos que se teñían de oro y de verde a la luz del atardecer. Y de repente, marchaban por una avenida sombreada, pasaban junto a campos sembrados de trigo y de melones, y junto a jardines protegidos por un muro.

Siempre habían tenido la impresión de que todos los habitantes del pueblo salían a presenciar su llegada, los labradores de barba gris, las mujeres con sus recién nacidos colgando de la espalda, niños desnudos que gritaban y corrían por las zanjas fangosas. Entonces los asaltaba, con el olor del polvo, la ilusión de la higiene y de la fruta madura.

Josseran se sentía de nuevo transportado a Ultramar, donde hombres de barba blanca en carros tirados por burros recorrían al trote caminos flanqueados por álamos. Mezquitas con sus mosaicos azules y verdes resplandeciendo al sol. Detrás de los muros de adobe de las ciudades, volvía a estar en las calles de los sarracenos, con sus callejuelas zigzagueantes, sus patios oscuros y sus arcadas de madera.

Pero en una ciudad llamada Kuqa encontraron pruebas de una nueva religión.

Habían atravesado un desierto de grava sembrado de montículos y de sarcófagos de arcilla. Al llegar a Kuqa vieron a ambos lados del camino dos gigantescos ídolos de piedra que parecían centinelas. Las estatuas eran idénticas, dioses con las mismas sonrisas benignas, cada uno de ellos con la mano derecha alzada en un ademán de bendición. La erosión causada por el viento y la arena había añadido curvas suaves a sus anchas mejillas.

Los camellos pasaron bajo la sombra de las grandes estatuas y Josseran contuvo un escalofrío. Se preguntó qué nueva obra del demonio encontrarían detrás.

—Su nombre es Borcan —le dijo Jutelún aquella noche mientras permanecían sentados junto al fuego en el patio del caravasar.

—¿Es un dios?

—Es muy parecido a un dios. En algunos lugares se lo venera como un profeta tan grande como el propio Mahoma.

—No comprendo —dijo Josseran—. Vosotros aquí domináis, ¿y permitís que esta gente levante sus ídolos?

—Por supuesto.

—Pero estas tierras pertenecen a los tártaros.

—Sin duda. Los señores del desierto pagan tributo a la regente de Bujara. Ella es mahometana, igual que nosotros.

—¿Y vosotros les permitís mantener a sus dioses?

—Borcan es débil. Si fuera más fuerte que Alá o más fuerte que Tengri, el Espíritu del Cielo Azul, no habríamos podido vencerlos en la guerra. Así que permitimos que mantengan a sus dioses. Es mejor para nosotros.

Ese razonamiento dejó perplejo a Josseran. Era impensable que Roma permitiera que cualquier religión floreciera donde ellos ejercían el dominio. Recordó la manera en que el Papa Inocencio III había ordenado una cruzada contra los cátaros en su propia tierra, en el Languedoc. A pesar de que los cátaros seguían las enseñanzas de Cristo, se habían negado a reconocer al Papa y la liturgia de Roma; por este motivo, el pontífice los llamó «peor que sarracenos» y ordenó que fueran aniquilados.

El Papa concedió el perdón de los pecados a todos los que respondieran a su llamada, y los barones del norte de Francia y del territorio germano que emprendieron aquella sagrada cruzada comenzaron su tarea con gran entusiasmo. No fueron más que saqueos y pillajes, sancionados por la Iglesia. Domingo de Guzmán y sus dominicos estuvieron al frente de cada matanza.

En aquella época su padre era un muchacho, pero Josseran le recordaba contando con horror que había visto morir hombres, mujeres y niños dentro de una iglesia en Béziers. En realidad, muchas de las ciudades seguían estando en ruinas cuarenta o cincuenta años después y los campos de los cátaros todavía seguían en barbecho junto a aldeas deshabitadas.

Pero allí estaban aquellos demonios, como los denominaba Guillermo, que deseaban obtener poder sólo sobre la tierra y no sobre la mente de los hombres, y Josseran consideraba que ésa era una actitud civilizada. «Hay algunas cosas —pensó— que nosotros, los nobles cristianos, podríamos aprender de estos bárbaros».

Pero había otras creencias que le resultaba más difícil aceptar. Habían acampado dos días más allá de Kuqa cuando ocurrió.

Josseran vio caer el camello, alcanzó a vislumbrar la cola de la serpiente que se deslizaba para ocultarse entre las rocas. Sus peores temores pronto se hicieron realidad. El camello cayó de rodillas y echó la cabeza hacia atrás de tal manera que tocaba su primera joroba; tenía la boca abierta en dirección al cielo. Los ruidos que hizo mientras moría, un gruñido desde lo más profundo del pecho, retorcieron las entrañas de Josseran.

Desenvainó la espada.

—¿Qué vas a hacer? —le gritó Un Solo Ojo mientras corría hacia él, la túnica flameando al viento, el único ojo sano mirándolo con horror.

—Le ha mordido una víbora. Voy a librar a esta pobre bestia del sufrimiento.

—¡No puedes! —exclamó Jutelún, reuniéndose con el pequeño camellero.

—Pero es un acto de misericordia.

—No se puede matar a un camello. Su alma nos traerá mala suerte. Debemos esperar y ver si muere.

—¡Claro que morirá! ¡La picadura de una víbora es mortal! ¿Verdad?

—A pesar de todo debemos esperar —respondió ella.

Así que Josseran permaneció a un lado, junto a Jutelún y al camellero. Tardó largos minutos, pero por fin el camello bramó por última vez y cayó. Tras dar varias patadas convulsivas al aire se quedó inmóvil.

—¿Has visto? —le dijo Josseran a Jutelún—. Podríamos haberle ahorrado tanto dolor.

—Nos habría traído mala suerte matarlo —insistió Jutelún, y se alejó.

Josseran envainó la espada.

—¡Supersticiones! —susurró.

—¡No, bárbaro! Su espíritu habría vuelto y nos habría perseguido durante el resto del viaje.

Un Solo Ojo suspiró, apesadumbrado por la muerte de uno de sus camellos, y siguió a Jutelún al campamento.

Josseran permaneció mirándolos fijamente. ¿Quién podía llegar a comprender a aquella gente, que toleraba con libertad otras religiones dentro de sus dominios y creía que hasta una bestia de carga tenía alma? ¿Qué debía pensar un caballero cristiano de criaturas como aquéllas?

Como era habitual en aquel desierto, la división entre el terreno estéril y el cultivado era repentina y sorprendente. No había una transformación gradual del paisaje, era como pasar de la tierra firme al mar. Gaochang apareció bruscamente de la bruma producida por el calor y el polvo, una visión imposible en aquel desierto gris. Caminaban junto a sus camellos con el sol a sus espaldas, los ojos entrecerrados para protegerlos del deslumbramiento y una hora después recorrían sombreadas avenidas flanqueadas de álamos, y a cada lado había tierras sembradas de arroz, de cáñamo y de cebada. Después del silencio absoluto del desierto, el murmullo del viento en las hojas y el gorgoteo del agua que corría por los canales de irrigación resultaba sorprendente. A lo lejos, las construcciones defensivas y las pagodas de Gaochang se alzaban en el quimérico horizonte.

Josseran desmontó del camello, se arrodilló junto al arroyo para lavarse la cara en el agua fría como el hielo. Parecía imposible que pudiera haber tanta agua en medio de un desierto tan terrible. Miró a lo largo del canal y vio el agua saliendo de la entrada de una caverna, en el otro extremo del campo. Sobre la caverna, a la tierra se le había dado forma de montículo y, más allá de aquel montículo, había otro y todavía otro más que, juntos, formaban una hilera que desaparecía en la neblina en dirección a las montañas de color violeta, tal vez a unas diez leguas de distancia.

—Son los *kareses* —le explicó Jutelún. Apartó su bufanda y se arrodilló a su lado para recoger agua con las manos y beberla—. Todos los oasis del Takla Makan reciben el agua de esta manera.

Lo condujo hasta la boca de la caverna. Al acercarse comprobó que no era una caverna sino la boca de un túnel. Había sido construido siglos atrás, le dijo ella, y nacía debajo de los glaciares en las distantes montañas Tien Shan. Era lo suficientemente alto para que dentro de ellos un hombre pudiera caminar erguido y había sido concebido de manera que las pendientes de los canales fueran menores que la de la gran depresión del desierto. De esta manera el agua alcanzaba la superficie cerca del nivel de la tierra donde se podía emplear para regar los cultivos.

Los montículos que alcanzaban a ver eran los pozos cavados para proporcionar acceso a los túneles, de manera que los labradores pudieran asegurarse de que el pedregullo no los tapara. Lo condujo por la arena caliente hacia un pozo. Josseran miró por encima de las paredes de adobe, tiró dentro un guijarro y oyó el ruido de su caída en el agua que gorgoteaba debajo.

—Los *kareses* —le informó Jutelún— los construyeron los tártaros.

Josseran recordó los sistemas de irrigación que había visto cerca de Samarkanda y de Merv y se preguntó si en lugar de los tártaros no habrían sido los persas. Pero no dijo nada. Aquellos tártaros creían que en el mundo no existía nada antes de que ellos

entraran en escena. Como todos los conquistadores. Tal vez como el propio Papa.

Volvieron a la caravana y recorrieron las largas avenidas de Gaochang. Pasaron junto a grandes rebaños de camellos que pastaban en los campos abiertos, casas bajas con vigas de madera que sobresalían de las paredes de adobe, girasoles que abrían sus flores del color de las dunas, por encima de las paredes porque los uigures parecían tener pasión por las paredes. Mujeres veladas los miraban desde los portales, los nombres tenían nariz aguileña y eran muy parecidos a los árabes de Levante. Todo tan extraño y, sin embargo, tan familiar.

La ciudad estaba rodeada de enormes muros de adobe con atalayas de vigilancia. Avanzaron a través de las dobles paredes de la entrada occidental y pasaron ante un monasterio que tenía nichos pintados sobre las entradas, desde donde les sonreían estatuas de ese tal Borcan.

Un gran parque rodeaba el palacio gubernamental.

—Esta noche aceptaremos la hospitalidad del darughachi —le dijo Jutelún, y luego añadió—: Creo que te gustará Gaochang.

Josseran se preguntó qué habría detrás de aquel comentario. Pero ella ya se había adelantado, dejándolo meditar el significado de sus palabras.

El hombre estaba junto a los rediles de los camellos, con la cabeza inclinada de forma servil, entregado a una profunda conversación con Jutelún. Un Solo Ojo y algunos de los tártaros lo rodeaban, sonriendo como idiotas. Josseran se les acercó, seguido por Guillermo.

—¿Querías verme? —le preguntó Josseran a Jutelún.

—Este hombre quiere hablar contigo.

—¿Qué quiere de mí?

—Cree que, debido a que viajas para visitar al kan de kanes, debes ser un hombre rico.

—¿Es un mendigo?

—Te ha invitado a pasar la noche en su casa.

—Aquí el lugar es bastante cómodo.

—Eso no es lo que él quiere decir. Te está invitando a que tomes posesión de su casa, con todo lo que eso implica. —Josseran miró a su alrededor. La sonrisa de los tártaros era cada vez más amplia—. Él se mudará y por esta noche tú serás el dueño de la casa. Dice que tiene una esposa y dos hijas hermosas y que son tuyas para que hagas con ellas lo que se te antoje. —Lo dijo con rostro inexpresivo, nada en sus ojos le dio a Josseran una pista de lo que ella pensaba—. Pero espera que le pagues el servicio.

Josseran la miró fijamente y luego al hombre.

—¿Qué te pasa, cristiano? ¿Nunca te has acoplado con nada que no sea tu propia mano? —le preguntó Un Solo Ojo, y los tártaros estallaron en risas.

—Sin duda no debe ser algo decoroso —dijo Josseran.

—Aquí lo consideran un honor —contestó Jutelún—. Creen que les trae una bendición de sus dioses.

—¿Qué pasa aquí? —gritó Guillermo, frustrado al no entender una palabra de lo que se decía.

—Me ofrecen... una mujer... para esta noche.

—¿Una prostituta? —gritó Guillermo.

—No, no se trata de una prostituta, sino de la esposa de este hombre.

—¿Su esposa? ¿Su esposa es una prostituta?

Josseran estuvo a punto de decir «Sí, y sus hijas también», pero se contuvo. Guillermo parecía al borde de un ataque de apoplejía.

—La habrás rechazado, naturalmente.

Pero Josseran todavía no había decidido rechazarla. «Cinco años sin una mujer —pensó—, cinco años de penitencia y de castidad no han hecho nada por mi alma. Sin embargo, incluso ahora, ¿estoy dispuesto a romper mis votos con la orden? O tal vez

ya haya terminado de cumplir mis votos».

Trató de calcular en qué mes se encontraban. Estaban cerca de la fiesta de Pentecostés. Según sus cálculos sus cinco años de servicio ya se habían terminado, sus votos estaban cumplidos y era de nuevo un hombre libre. Su libertad ante Dios era, tal vez, otro asunto, pero si ya había caído en el pecado, ¿qué importancia tenía otro?

«Puedo volver a pecar —pensó—, y mañana me confesaré con el sacerdote».

—¡Te negarás! —susurró Guillermo—. Hemos emprendido una misión santa, encargada por el Papa. ¡Esto no lo toleraré!

La declaración del fraile aclaró la mente de Josseran.

—Tú estás en una misión santa por encargo del Papa. Yo no soy más que un hombre, de carne y hueso, eso es todo. —Se volvió a mirar al uigur, que esperaba con paciencia una respuesta a su ofrecimiento. Josseran lo observó detenidamente. Tenía el abrigo rasgado, las botas polvorientas y con las suelas agujereadas. Su piel era olivácea y sus dientes estaban en mal estado. Había mechones de pelo en su barbilla, que podían haber sido la barba de un joven. Algo nada prometedor.

—*Es salaam aleikum* —dijo el hombre en árabe y quedó encantado cuando Josseran le respondió tal como le habían enseñado en Ultramar:

—*Wa aleikum es salaam.*

—¿Te gustaría ser mi huésped, señor?

Josseran vaciló.

—¿Tu esposa es hermosa? —preguntó.

El hombre asintió con la cabeza con aire dadivoso.

—Según la voluntad de Dios.

«Una respuesta sincera», pensó Josseran.

Guillermo echó atrás los hombros.

—Debes permanecer aquí en el palacio. ¡Te prohíbo que hagas eso!

—No puedes prohibirme nada. ¡Me quedaré donde tenga ganas de quedarme, dormiré donde tenga ganas de dormir!

—¡Que Dios se apiade de tu alma! —dijo Guillermo. Y se alejó.

Un Solo Ojo miró a Josseran, intrigado.

—¿No le gustan las mujeres?

Josseran negó con la cabeza.

—Se abstiene de todo placer de la carne.

Eso pareció dejar estupefacto a Un Solo Ojo.

—¿Ni siquiera..., ya sabes..., la oveja ocasional?

Josseran casi sonrió ante aquellas palabras. Volvió a preguntarse en qué peligrosa actividad habría perdido un ojo aquel hombre.

—No rechazarás la hospitalidad de este hombre —insistió Un Solo Ojo—. Está



ansioso por ganar el favor de sus dioses.

Josseran vaciló dirigiendo una rápida mirada a Jutelún, la cual significativamente miró hacia otro lado. ¡Diablos! ¿Tenía sentido que él se empobreciera buscando riquezas que nunca obtendría?

«Bueno, no es más que un hombre», pensó Jutelún mientras volvía a sus aposentos. ¿Qué importancia tenía? Su propio padre tenía un harén, el gran kan en Karakoram tenía cien mujeres a su disposición, por lo menos eso era lo que le habían dicho. Además, aquel Joss-ran no era más que un mensajero de un país bárbaro, ¿por qué iba a importarle dónde pasaba sus noches, qué yeguas montaba?

Sin embargo, aquel hombre la inquietaba. Antes de que él llegara a las estepas, su destino era claro, había decidido postergarlo todos los inviernos posibles, pero sabía que algún día se debía casar con algún kan fuerte y adecuado de otro clan y tener hijos suyos, con lo cual el clan y su padre se fortalecerían.

Pero aquel cristiano la había inquietado y la hizo dudar de la sabiduría de aquella decisión. No estaba segura del motivo. ¿Sin duda no se enamoraría de un bárbaro? La sola idea le resultaba repugnante. Su vida estaba en la estepa, con un jefe tártaro como ella; allí criaría a sus hijos en el espíritu del viento, de los prados y del Eterno Cielo Azul.

Sin embargo, mientras volvía al palacio, maldijo al uigur y a toda su familia. Esperaba que la mujer tuviera la cara de un camello y que las hijas olieran como cabras.

Aquella noche el darughachi había organizado una fiesta en honor de sus invitados, pero Jutelún no apareció. Cuando enviaron a uno de sus oficiales a sus aposentos a buscarla, ella lo echó de la habitación con un puntapié. Cuando el hombre pegaba un portazo a sus espaldas oyó que el cuchillo de Jutelún se clavaba en la madera a pocos centímetros de su cara. Huyó.

Después Jutelún permaneció sentada mientras las sombras se deslizaban por el suelo. Bebió tres cuencos de kumis y se quedó dormida en el suelo, de muy mal humor.

Como todas las casas de Gaochang, la del hombre estaba construida con adobe. En el centro de la habitación había un *jang* de ladrillos cubierto con alfombras de fieltro amarillas y rojas. Más alfombras colgaban de la pared. Un portal en arco conducía a un patio trasero, sombreado por un enrejado por el que trepaban parras.

La esposa estaba en el centro de la habitación y vestía una túnica de seda de tejido casero. Sus medias eran marrones y gruesas y un velo marrón le cubría el pelo. «Después de cinco años de abstinencia, me resultaría igual montar a mi caballo que montarla a ella», pensó Jossesan sombríamente. Las hijas lo miraban con ojos como platos detrás de las faldas de la madre. Ambas usaban gorros de terciopelo, lo que la gente del lugar llamaba *dopas*, bordados con hilos de oro. Se habían puesto bonitos collares de vidrio azul, tenían trenzas hasta la altura de las caderas, y detrás de los velos sólo se alcanzaba a ver sus ojos pintados con jena.

La dueña de la casa vertió agua de un aguamanil y se lavó las manos tres veces, tal como lo exigía la costumbre. Le indicó a Jossesan que él debía hacer lo mismo. Después le pidió que entrara.

—Alá envíe del cielo una legión de ángeles para que nos protejan —murmuró a las hijas—. ¡Mirad el tamaño que tiene! Si sus pies son una indicación, debemos orarle al dios misericordioso que ataque su miembro con alguna enfermedad que lo marchite o moriremos todas. ¡Y mirad esa nariz! ¡Es tan feo como un perro muerto y estoy segura de que debe de tener la conducta de un cerdo!

Jossesan se quedó mirando fijamente a la mujer, mientras se preguntaba qué debía hacer. Ella le devolvía la mirada y abrió mucho los ojos cuando, de alguna manera, se dio cuenta del error que acababa de cometer.

—¿Qué has dicho? —preguntó Jossesan con una súbita inspiración—. Mil disculpas. Me hirieron una vez en la cabeza y desde entonces mi oído no es tan bueno como antes.

—¿Hablas uigur? —preguntó la mujer, asustada.

—Conozco algunas palabras.

—Mi madre alabó tu espléndida barba y el color de fuego de tu pelo —dijo una de las hijas, riendo.

Jossesan la miró y le dirigió una sonrisa.

—Gracias —le dijo a la madre—. Me siento honrado de haber sido invitado a una casa donde moran tres mujeres tan hermosas.

La mujer sonrió e inclinó la cabeza, pero en su rostro se pintaban a la vez el alivio y el temor.

—Mi señor es muy bondadoso —respondió—. Esta noche nuestra casa es tuya y nos honra tener un amo como tú.

Comieron *dastarkan*, una comida formal. Pusieron un paño en el suelo y las mujeres sirvieron fruta y el pan plano que llamaban *nan*. Josseran se sentó con las palmas de las manos hacia arriba y luego se las pasó por la cara con un movimiento descendente, como si se estuviera lavando la cara y le agradeciera a Alá la comida y le suplicara que bendijera a la familia. Las tres mujeres lo miraban, sorprendidas de que aquel bárbaro conociera el comportamiento de una persona civilizada.

Después le sirvieron vino blanco dulce y algo que él tradujo en una palabra: helados. Le ofrecieron este manjar en una jarra de terracota y observaron, con risas, que él se lo metía en la boca y pedía más.

Preguntó cómo hacían aquella maravilla, y la madre le explicó que era una mezcla de mantequilla y leche a la que ellas añadían vainilla para darle sabor. Luego almacenaban el producto en el sótano y lo mantenían frío envolviéndolo en hielo que iban a buscar a los glaciares distantes y que transportaban por la planicie durante los meses de invierno.

Después de servirse tres veces, Josseran se echó atrás, satisfecho. Ellas lo miraron y el silencio se prolongó.

Entonces, las hijas ya se habían quitado los velos y él notó que no eran desagradables a los ojos. Tenían caras redondas y alegres, con bonitas sonrisas y ojos juguetones. Por lo visto él les inspiraba tanta curiosidad como ellas a Josseran. Le miraban fijamente los pies y estallaban en risas, horrorizadas y excitadas al mismo tiempo. Él sabía lo que estaban pensando: algunas mujeres, sobre todo en Oriente, creían poder juzgar el tamaño de las partes privadas de un hombre por el tamaño de sus pies.

Él se movía, inquieto, avergonzado por aquella actitud desvergonzada de las mujeres.

Por fin la madre se levantó y le indicó que la siguiera. Atravesó el patio tras ella y entró en una casa de adobe separada, seguido por las hijas, todavía presas de un ataque de risa. Josseran se encontró en una habitación grande con una cisterna de agua oscura y tibia en el centro. La madre permaneció allí y esperó.

—¿Qué deseas? —le preguntó él.

—Quítate la ropa, por favor, señor —contestó ella.

Otro ataque de risa de las hijas.

Josseran negó con la cabeza. ¿Desnudarse delante de tres mujeres?

Pero la madre era insistente. Comenzó a tirarle del abrigo. Después de haber pasado casi un mes en el desierto, estaba rígido por la tierra y el polvo.

—Te la lavaré, señor. Pero antes te daremos un baño.

Josseran no tenía miedo de bañarse, como les pasaba a algunos de sus compatriotas. En Ultramar se bañaba a menudo, lo mismo que los mahometanos.

Pero hacía a solas sus abluciones.

—Preferiría bañarme a solas —dijo.

—Esta noche eres el señor de la casa —respondió la mujer—. Es nuestro deber. Te bañaremos.

Josseran vaciló. Pero por fin cedió.

—Si es lo que deseas...

Se quitó el abrigo y los pantalones que le llegaban hasta la rodilla y las tres mujeres lo señalaron jadeantes.

Él les dirigió una sonrisa avergonzada.

—Entre mi propia gente —explicó— no se la tiene por demasiado larga ni gruesa. Pero me halaga que vosotras lo consideréis así.

Lo pusieron de pie sobre las baldosas mientras sacaban agua de la cisterna con recipientes de madera. Le quitaron el polvo que tenía en el pelo y en el cuerpo, mientras cloqueaban y reían como gallinas. Le tiraron del pelo que le crecía en el pecho y en el vientre, mientras empujaban y palpaban las distintas partes de su cuerpo como si se tratara de un camello en un bazar. Parecía que les repugnaba y les fascinaba por igual.

Después lo secaron y la madre le entregó una larga túnica que probablemente era de su marido.

Cuando volvieron a la casa ya había caído el sol. La madre encendió una lámpara de aceite.

—Por aquí —le indicó, y lo guió hacia lo que sin duda eran los dormitorios. Las dos jóvenes lo sentaron en la cama y se produjo un largo silencio durante el que nadie se movió ni habló.

—¿Pensáis quedaros todas? —preguntó él en voz alta.

—Tú eres el señor —contestó la madre—. Eres tú quien lo debe decidir.

Josseran vaciló. Pero tal vez la madre leyó la expresión de sus ojos, o quizá había habido demasiados visitantes que habían aceptado la hospitalidad de su marido, demasiadas bendiciones por parte de los dioses, porque ella se levantó con rapidez y puso la lámpara en un nicho de la pared.

—Te desearé que pases una buena noche, mi señor —dijo—. Que descanses bien.

Y salió cerrando una cortina para tapar la puerta.

Josseran miró a las muchachas. Ya no reían.

La primera, la más joven, se levantó y se quitó la larga túnica. Él la miró fascinado. Bajo la suave luz amarillenta de la lámpara parecía frágil como una porcelana, sus pechos no eran más que capullos, por lo menos comparados con los de

las prostitutas de Génova y de Antioquía. No tenía pelo en ninguna parte del cuerpo, con excepción de la cabeza.

La hermana era igual, sólo que algo más rellena. Sintió que se excitaba. Volvió a oír la voz de Catherine que le susurraba desde las sombras: «Olvídate de todo, Josseran, esta noche olvídate de todo, salvo de mí».

Las dos muchachas se tendieron en la cama a su lado. Ambas parecían algo asustadas.

La mayor se obligó a abrir la túnica de Josseran.

—Mi señor es poderoso —susurró, y la menor volvió a lanzar una serie de risas.

Él alargó una mano y le pasó los dedos por la espalda. Su piel era del color del alabastro.

—No debéis temer. Seré cuidadoso.

Sin embargo, seguía vacilando. «Estas muchachas apenas tienen la edad suficiente para ser llamadas mujeres —pensó—. No estoy seguro de poder hacer esto».

Alcanzaba a oír el ruido de su propia respiración.

De repente, la cortina se abrió y la dueña de casa entró como una tromba en la habitación, riendo. Estaba desnuda. Se arrojó sobre él con un abandono que le habría resultado chocante si no hubiera pasado tanto tiempo en los prostíbulos de Génova después de salir de Francia.

Ella le rodeó el cuerpo con los muslos y lo hizo rodar hasta quedar debajo de él. Se unieron con violencia. Sin duda ella había hecho antes esa clase de cosas.

Josseran notó que las dos jóvenes los observaban, como en un trance. Para su eterna vergüenza descubrió que aquello en nada estropeaba su comportamiento.

Los santos y los ángeles que los atendían, cuyas figuras, señaladas por gruesos trazos negros y dorados de pincel, cubrían las paredes y columnas de la gran iglesia, estaban en la sombra. Iconos de la Virgen parpadeaban en el brillo de múltiples velas mientras una anciana de rostro moreno y sin dientes vertía aceite dentro de las lámparas puestas en los nichos alrededor de las paredes de adobe.

El coro de niños de la galería empezó una canción en falsete, mientras los monaguillos caminaban solemnemente hacia el altar con sus vestiduras violeta. Mientras el dulce humo del incienso se alzaba de los incensarios de cobre, el sacerdote de negra barba abrió los brazos en oración.

—Nestorianos —susurró Guillermo, muy pálido, en la parte trasera de la iglesia.

Nestorio había sido arzobispo de Constantinopla ochocientos años antes. Sus puntos de vista heréticos —entre otras falsas creencias se negó a aceptar al Papa como su cabeza espiritual— los aislaron a él y a sus seguidores del resto del mundo cristiano y su secta se vio forzada a huir a Persia. Aún sobrevivían allí, y mantenían

una buena relación con los mahometanos. Para su disgusto, Guillermo había visto iglesias nestorianas en Merv y en Bujara.

En aquel momento parecía que habían extendido su doctrina mucho más hacia el este de lo que nadie en la Iglesia suponía. Rubroek informaba de que había iglesias nestorianas en Karakoram y la bruja tártara apoyó aquella versión. Y en aquel momento estaban en Catay.

En ese caso, por lo menos, pensó Guillermo, los tártaros no eran ajenos a la palabra de Cristo. Era un consuelo. Lo único necesario sería llevar aquellos sacerdotes nestorianos renegados al dominio del Papa y tendrían un baluarte entre las hordas endiabladas de los tártaros.

El sacerdote besó la tapa labrada en oro del Evangelio y leyó la liturgia en un idioma desconocido para Guillermo, que tuvo la impresión de que no era tártaro ni árabe. Luego envolvió un paño escarlata alrededor del cáliz de plata y hundió en el vino la cuchara eucarística también de plata para administrar la sangre de Cristo a su congregación.

Guillermo observaba, las manos convertidas en puños a sus lados. Ser testigo de tal herejía y estar imposibilitado de impedirla le dolía en el alma. ¿Cómo era posible que un hombre ofreciera el cuerpo y la sangre de Cristo sin la sanción del vicario de Dios? Era una corrupción de todo lo santo y sagrado.

Sin embargo, la presencia de aquella iglesia tan lejos, dentro de Tartaria, era una fuente de esperanza, aunque no de alegría. Mientras el templario fornicaba, él, por lo menos, había encontrado un propósito en la búsqueda.

Josseran se levantó temprano y se deslizó en silencio fuera de la cama. Las tres mujeres dormían abrazadas. Miró fijamente el espectáculo, asustado por tal depravación. «Buscaré la absolución del hermano Guillermo —pensó—. Iré a verle esta mañana y le rogaré a Dios que me perdone. Sin embargo, comparado con mis otros pecados, éste casi carece de importancia. No he confesado pecados mucho peores. Ese hombre se me acercó abiertamente y me ofreció sus mujeres, considerándolo un mérito. Además, ¿por qué debo ser absuelto por haber aceptado algo que me fue libremente ofrecido? Y, si fue pecado, entonces no tiene excusa. Yo no estaba preso por la pasión. Sabía lo que hacía. Merezco el fuego del infierno, merezco el castigo eterno que el demonio me reserva».

El sol acababa de salir, prestando una luz difusa al cielo del este. Josseran se acercó a la ventana. La cúpula de azulejos verdes de la mezquita se alzaba sobre los tejados blancos y planos de la ciudad, perforando el tejado de niebla húmeda. Hombres con gorros de encaje blanco se movían en silencio como espectros por las calles. Una mujer velada se escabulló detrás de una puerta de madera tachonada de clavos.

Un mundo inferior, que le resultaba tan extraño como si hubiera atravesado la corteza de la tierra. Allí, más allá de todas las leyes cristianas, estaba rodeado de misterios, a la deriva con sus propias inseguridades. Separado de la regla y de los sofocantes dictados de su Iglesia, se veía con más claridad que en toda su vida. Había vislumbrado los oscuros aposentos de su alma y sabía entonces que la bestia que allí residía era el mismo demonio.

Se acababa de saciar con aquellas mujeres por unos pocos dirhams de oro. No tenía importancia que aquella gente lo hiciera de forma jubilosa, como una bendición. El fraile sin duda lo llamaría pecado y, en el fondo de su corazón, temía que tuviera razón. Pero no pecó una vez sino dos, porque en la oscuridad, mientras yacía con aquellas mujeres, no pensaba en ellas sino en Jutelún y era su nombre el que le gritó a las estrellas cuando obtuvo el máximo placer.

El aire seco había secado la ropa con rapidez. Se vistió y atravesó caminando la ciudad que despertaba en dirección al palacio del darughachi, donde Un Solo Ojo ya había ensillado y cargado los camellos. Al verlo acercarse, le hizo un gesto obsceno con el dedo de una mano y el pulgar y el índice de la otra. Rió con alegría entre el polvo.

Guillermo estaba junto a los rediles, con las manos entrelazadas ante sí, como un penitente.

—Oiré tu confesión cuando lo desees.

—¡Maldito seas, sacerdote!

—Habría creído que la maldición era un asunto que querías evitar.

Josseran suspiró.

—Iré a verte cuando se ponga el sol. Entonces me confesarás.

—¡Bendito sea Dios! Empezaba a temer que no sentías vergüenza ante Dios.

—Hay muchas cosas de las que me avergüenzo.

—¿Por eso has hecho tu penitencia en Tierra Santa? —Cuando Josseran no contestó, alzó la mano derecha—. Confiérame todo esta noche para que pueda librarte de tus pecados con esta mano.

Josseran negó con la cabeza.

—Me acusaré de lo que sucedió anoche, pero eso es todo lo que lograrás sacarme.

—¿Deseas sufrir el tormento del demonio en las llamas? —le susurró Guillermo.

Josseran asintió con la cabeza.

—Tal vez —dijo—. Tal vez eso sea exactamente lo que deseo.

Jutelún no le dijo nada mientras ensillaban los camellos, hasta evitaba que las miradas de ambos se encontraran. Una hora después del amanecer se pusieron en marcha en caravana, atravesando campos cubiertos de neblina, rumbo al gris monótono del desierto.

Esperó su oportunidad hasta que se detuvieron en los extremos del oasis para aprovisionarse de agua en el último de los pozos.

Tenía arena en la ropa, en las pequeñas arrugas de los ojos, en la barba. El desierto era rápido reclamando su terreno. Ella estaba agazapada junto a una de las zanjas fangosas, volviendo a llenar su botella de cuero.

—¿Estamos lejos de nuestro destino? —le preguntó Josseran.

—¿Y si no lo estuviéramos? ¿Desearías que volviéramos enseguida a Gaochang?

Algo en su tono le complació. Allí había más que un deje de celos.

—Gaochang me pareció un oasis de delicias.

—Hacia donde nos encaminamos —replicó ella con aspereza— sólo hay desierto.

Se levantó y lo empujó para pasar, casi una afrenta deliberada. Josseran se quedó mirándola. «¿Por qué me atormento con ella? —se preguntó—. Soy un imbécil que siempre está deseando lo exótico, las visiones quiméricas que todo razonamiento debería convencerme de que son inalcanzables».

Después de todo, una vez los hombres suspiraron por Jerusalén y había que ver lo que había pasado allí.



Se habían cumplido ya tres semanas desde que habían abandonado Kashgar. Todos los días recorrían unas siete u ocho leguas y pasaban las noches en la posada de alguna de las ciudades de los oasis o detrás de los muros de un caravasar. Pero una tarde Jutelún detuvo la caravana temprano, cerca de un grupo de álamos retorcidos y ordenó a los tártaros que prepararan todo para acampar allí, en el desierto abierto. No dio ninguna explicación por la orden que acababa de impartir.

—Deja el camello ensillado —le dijo a Josseran—. Quiero que vengas conmigo.

El camello de Josseran protestó cuando él volvió a tirar de la cuerda de la nariz, bramando ante la injusticia de tener que dejar a sus compañeros en el campamento. Josseran volvió a montar y siguió a Jutelún hacia el norte, por el desierto.

Avanzaron por un estrecho desfiladero, siguiendo el curso de un arroyo seco. Rojos acantilados se alzaban, a ambos lados, a cientos de metros. El suelo del valle estaba sembrado de restos de derrumbamientos. El suave suc-suc con que Jutelún alentaba a su camello resonaba en las paredes de roca, la única alteración de aquel silencio propio de una catedral. El calor era intenso, y el acantilado lo reflejaba como si se tratara de una caldera.

De repente, Josseran levantó la mirada y lo que vio le hizo contener el aliento. Por encima de su cabeza, el acantilado estaba lleno de cavernas y en la boca de cada una de ellas habían sido tallados en la roca grandes ídolos y relieves, algunos de la altura de dos o tres hombres. Eran como los ídolos de Borcan que había visto en Kuqa, pero allí parecían algo imposible, tallados en las paredes de roca viva treinta metros por encima de ellos.

Delicadas vestimentas de piedra, curtidas durante siglos, que se alzaban en el silencio sin viento del cañón.

—¡Por la sangre de todos los santos! —exclamó.

Jutelún había detenido su camello y miraba los acantilados.

—¿No es una maravilla?

—¿Es esto lo que querías que viera?

—Hay más —contestó ella. Saltó al suelo y maneó con rapidez las patas del camello. Josseran la imitó.

—¿Qué es este lugar? —le preguntó.

—Lo llaman el Valle de los Mil Budas —contestó—. Un monje llamado Lo Tsun llegó a este lugar y tuvo la visión de incontables Budas alzándose hacia el cielo en una nube de gloria. Dedicó el resto de su vida a convertir su visión en realidad.

—Es imposible que un solo hombre haya tallado todos estos ídolos.

—Antes había un monasterio budista en el extremo del valle. Los monjes que allí vivían dedicaron su vida a tallar estatuas.

—Pero ¿cómo las llevaban hasta allí? No hay manera de subir.

—Hay un camino, pero es escarpado y empinado. Ven.

Josseran la siguió mientras ella subía por las rocas. Se sentía torpe, un oso detrás de una gacela. Jutelún avanzaba con un ritmo constante y rápido, sin detenerse para recuperar el aliento, y sólo mirando de vez en cuando hacia atrás para asegurarse de que todavía la seguía. Él jadeaba tras ella. En determinado momento la vio con las piernas abiertas sobre un saliente de la roca, mirando hacia abajo y sonriendo; aquello lo exasperó tanto que atacó la cuesta con mayor decisión hasta que la cabeza comenzó a darle vueltas a causa de la fatiga. Pero a pesar de todo no logró alcanzarla.

Lo esperó en un saliente en lo alto del despeñadero. Una pátina de sudor en la frente era la única señal de su esfuerzo. Cuando él la alcanzó, cayó de rodillas, jadeando. Cuando la cabeza dejó de darle vueltas, levantó la vista para mirarla y vio en sus labios una lenta sonrisa burlona.

«¡Por todos los santos! —pensó—. La madre de esta muchacha debe de haber sido una cabra montesa».

—No me sorprende que no podáis vencer a los sarracenos —dijo ella.

—Los vencemos... bastante bien.

—Entonces ¿por qué necesitáis hacer un trato con nosotros? —La atrevida muchacha le estaba lanzando un señuelo—. No fue más que una subida corta —añadió Jutelún.

—Hace tres semanas... que me alimento... con derivados de la leche. Eso me ha quitado... toda la fuerza.

Mareado, miró el panorama que había debajo, los rojos acantilados del barranco, los picos nevados de las Montañas Celestiales, que se veían más allá del valle en medio de la neblina que el calor creaba por la tarde.

A su alrededor y por encima de su cabeza se encontraban las estatuas de los ídolos, algunas talladas en madera, otras en piedra. Algunos de los ídolos estaban tendidos y reclinados, con las cabezas apoyadas en las manos como huríes en un baño. Eran de un tamaño mucho mayor del que había calculado al mirarlos desde el valle. Adivinó que algunos de ellos tal vez tendrían una docena de pasos de alto.

Cuando volviera a Acre, nadie creería que había visto cosas así.

Se volvió a levantar.

—Por aquí —dijo ella, y lo condujo dentro de la cueva.

Dentro de la montaña se estaba muchísimo más fresco. Todos los ruidos se

magnificaban, vacíos como la piedra que cae en la superficie quieta de un lago. Josseran olió el moho de los siglos.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio que había gran cantidad de túneles que se alejaban de la entrada, como un panal en la roca. Algunos conducían a bóvedas lo suficientemente grandes para dar cabida a un hombre, otras eran del tamaño de la iglesia de su pueblo en el Languedoc y habían sido talladas en la roca, con techos truncos y abovedados.

Directamente ante la entrada había una plataforma rectangular con una gigantesca estatua de terracota de aquel Buda o Borcan, como lo llamaba Jutelún, sentado, con la mano derecha en alto e iluminado por un rayo de luz que penetraba a través de la entrada. Los lóbulos de sus orejas eran inusitadamente largos y casi le llegaban a los hombros, y sus ojos de pesados párpados miraban hacia abajo como los de una damisela recatada. Vestía una especie de toga y había sido elaboradamente pintado en ocre y aguamarinas.

Sus discípulos estaban situados en los nichos de roca que lo rodeaban, estatuas de terracota de la altura de un hombre y que en la oscuridad parecían tan llenos de vida que Josseran jadeó y llevó una mano a su espada.

—No son más que arcilla —murmuró Jutelún junto a su hombro y lo condujo a una de las cavernas que partían de la cámara principal.

Allí estaba aún más oscuro y Josseran tardó unos momentos en poder distinguir las formas del techo y de las paredes. Entonces miró a su alrededor con reverencia. Todas las paredes estaban llenas de pinturas, casi todas de aquel Borcan y de sus discípulos, con sonrisas de sátiros. Pero había una multitud de otras figuras, sus adoradores y ángeles, así como los retratos de reyes y de reinas en palacios refinados, de soldados que luchaban entre sí, de labradores en sus tierras. Frisos de pequeños espíritus con halos de fuego, diabólicos músicos con laúdes y flautas. Todos estaban elaboradamente pintados con tempera sobre una superficie de yeso, un fantástico mundo inferior de paisajes montañosos y de castillos fortificados, cielos parecidos a papel marmolado en los que se reunían truenos demoníacos, monstruos y huríes, todos ejecutados con las más finas pinceladas de negro, beis y verde.

—Es... infernal —susurró Josseran.

—Tú no lo comprendes.

—¿Esos monjes se regodean haciendo cosas como éstas?

—Los cuadros no son para regodearse sino para mostrar la futilidad del mundo —explicó ella—. El verdadero nombre de Borcan era Siddhartha. Nació siendo un gran príncipe, pero un día renunció a su vida fácil para convertirse en monje. Nos enseñó que todo es transitorio, que la felicidad y la juventud nunca pueden durar, que toda la vida es sufrimiento, que estamos atrapados en un círculo sin fin, naciendo y volviendo a nacer. Si se tiene una buena vida, la vida siguiente será mejor. Si se

cometen maldades, en la vida siguiente se volverá como un pordiosero o tal vez como una bestia de carga. Sólo renunciando al deseo se puede escapar de esa rueda interminable y llegar al cielo.

—¿Renunciar al deseo? —repitió él, mirándola fijamente.

—Todos nuestros sufrimientos son los resultados de nuestros deseos de placer, o de poder. Mira —pasó un dedo por la pared—. Éste es Mara, el dios de la ilusión. Ataca a Buda con rocas ardiendo y con tempestades y lo tienta con oro, coronas y mujeres hermosas. Pero él sabe que todas esas cosas son ilusiones y se niega a ceder su naturaleza divina.

Josseran se sobresaltó. Tal como ella la explicaba, comprendió que la historia se parecía mucho a la Tentación de Cristo que él había leído en la Biblia. Entonces, no era idolatría ni glorificación del demonio. Era la misma verdad representada de una manera distinta.

«También es en lo que este viaje se ha convertido para mí —pensó—, el drama de mi propia tentación». La idea lo desconcertó. «Aquí afronto esta verdad acerca de mí mismo y de una religión que Guillermo me dice que es pagana e idólatra. Pero si estos budistas, como ella los llama, comprenden las mismas verdades que comprendemos nosotros, ¿por qué debemos despreciarlos?».

Y entonces lo golpeó una idea que estaba seguro de que jamás se le había ocurrido a Guillermo, que tal vez nunca se le habría ocurrido a ningún guerrero cristiano en Francia ni en Ultramar: «¿Y si estoy equivocado?»

«Toda esta gente que vive aquí, en estas tierras extrañas y calurosas está tan segura de su fe como lo estoy yo de la mía. Todos creen que su Dios los llevará a la eternidad. Pero ¿si el equivocado fuera yo? Yo siempre he aceptado las palabras de los sacerdotes que dicen que somos los elegidos de Dios. ¿Y si mi religión no fuera más que un accidente de nacimiento en lugar de una convicción? ¿No estamos todos sujetos al nacimiento, y entonces no son todos nuestros principios y creencias meramente un accidente del destino?».

—Éste es Maitreya —dijo Jutelún; su voz era un susurro en la suave resonancia de la cueva—. Él es el Buda que vendrá. Aquí están Ananda y Kaspaya, los primeros discípulos de Borcan. Éste es un *bodhisattva*. Ha llegado a la perfección, pero ha retrasado su propia ascensión al nirvana para volver a la tierra y guiar a los espíritus inferiores. Él sabe que todos nuestros destinos están entrelazados y que el futuro de cada uno de nosotros depende del destino del otro.

—¿Por qué me has traído a este lugar? —preguntó Josseran de repente.

Ella volvió a fijar su atención en el caótico friso de imágenes. Pareció vacilar.

—No lo sé —contestó por fin—. Hasta ahora sólo había estado aquí una vez. Todavía era muy joven y me dirigía con mi padre a Karakoram. Él me lo enseñó. Yo lo recordé y pensé que de alguna manera... que de alguna manera lo comprenderías.

—Pero tú no crees en este ídolo, este Borcan. Tú eres mahometana.

—Soy tártara de nacimiento y mahometana por mi padre. Pero existen muchas religiones y cada una de ellas tiene sus propias verdades. ¿No te parece que esto es hermoso?

La miró en la oscuridad. «Ella cree que yo comprenderé». Entonces, igual que él, sentía algún lazo entre ellos, alguna indefinible simpatía. «Yo soy un noble y un templario, ella es una salvaje, una tártara que desconoce la amabilidad y la modestia de la mujer cristiana. Sin embargo, sí, tiene razón, existe un lazo entre nosotros».

—Por aquí —susurró ella.

Lo condujo a través de las otras cámaras. Algunas cavernas estaban cubiertas con monótonas repeticiones de retratos de Borcan, otras estaban adornadas con cuadros fantásticos del paraíso de los idólatras, con dioses extraños de ojos almendrados y sus sirvientes, reyes de dientes afilados de las regiones inferiores, pecadores que eran atormentados por el fuego. «Tan parecido a la visión que tiene de la otra vida nuestro buen fraile», pensó Jossieran.

En la caverna siguiente, las imágenes bailaban y se unían. Jossieran casi retrocedió al ver la representación de la unión de un hombre y una mujer, el pene erecto del macho, delicada y fielmente reproducido, su unión con la mujer, jubilosa y acrobática. La única luz de la caverna era la que se filtraba a través de los pasajes, y el sol de las últimas horas de la tarde arrojaba un aura dorada sobre el friso, que parecía dar vida al acto de amor de los ídolos.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—¡El trabajo del demonio!

—El artista sólo pinta tu encuentro con la mujer y sus dos hijas.

—Es pecaminoso.

En medio de las sombras de la caverna, él no pudo ver la expresión de Jutelún, pero notó el reproche en su voz.

—Me dices que es pecaminoso y, sin embargo, hace dos noches te entregaste a esas mujeres sin mucha vacilación. Te aseguro que no comprendo lo que es ser cristiano.

—El sexo es el arma del demonio.

—Para tratarse de alguien que desprecia sus armas, haces una buena parte de su trabajo. —Se volvió hacia el friso—. Mira este cuadro. ¿Lo ves? El dios que con tanta desvergüenza emplea la herramienta del demonio es Shiva, el dios del destino personal. Cada uno de nosotros tiene un destino. Sin embargo, los seguidores de Borcan dicen que también tenemos una elección. —Pasó un dedo con suavidad sobre la superficie de la pintura—. ¿No habías pensado en nosotros dos, unidos de esta manera, como Shiva está unido con su esposa? ¿No has pensado en esto como tu destino? ¿Y como el mío?

La voz de Jossesan se anudó en su garganta.

—Sabes que lo he pensado —consiguió decir por fin.

—Sin embargo, no te seré entregada en matrimonio, nunca podré serlo. ¿Eso no es un pecado para ti, cristiano?

—¿Por qué te burlas de mí?

Ella permaneció cerca del cuadro de quien llamaba Shiva, que montaba a su esposa como si se tratara de una yegua.

—Esta hambre destruye nuestro descanso y, sin embargo, no podemos liberarnos de ella. Tú y tu chamán decís que conocéis el camino mejor que nosotros los tártaros y, sin embargo, esta hambre te enloquece como atormenta la sed al hombre perdido en el desierto.

Jossesan no le pudo contestar.

La luz se desvanecía. En la oscuridad él no alcanzaba a verle el rostro ni la expresión de los ojos.

Jutelún le puso una mano en el hombro.

—Ahora debemos marcharnos.

De repente, Jossesan se sintió lleno de ira. Hasta entonces ninguna mujer había hablado así con él, desafiando sus creencias, las reglas que regían su vida. Las mujeres debían ser modestas, contenidas y protegidas. Aquella salvaje lo trataba con el desdén de una reina.

Primero le había hecho dudar de su religión. Después le hizo dudar de su mente. En aquel momento hasta le hacía dudar de su propio corazón.

Sin embargo, la respetaba por su fuerza, como respetaría al hombre que se negaba a ceder ante él en un combate. Sabía que si alguna vez la subyugaba, parte de él debería morir con ella. Ella era el canto de sirena de aquella parte de su alma que había mantenido oculta y secreta durante tanto tiempo, convencido de que pertenecía al demonio.

Jutelún estaba en el borde de la caverna, viéndolo luchar consigo mismo.

—Debemos marcharnos —repitió.

Las manos de Jossesan colgaban inútiles a los lados de su cuerpo.

—Abandoné Acre para traer al fraile hasta donde estaba tu kan Hulagu. Creí que en el término de un mes volvería a estar dentro de los muros de la ciudad. No quería nada de esto.

—Cuando comenzamos un viaje, no sabemos adónde nos conducirá el camino. Podemos tropezar con obstáculos que nos obliguen a coger otros senderos. Es como pasan las cosas. Ven. Debemos irnos. Pronto estará oscuro.

La siguió hasta salir de la cueva. Fuera, el sol era una bola de cobre sobre las Montañas Celestiales, y el valle estaba en las sombras. Una luna fantasmal flotaba en un cielo de color exquisito. Él tendió la mano hacia ella y casi se sorprendió cuando

su puño se cerró, vacío.

Siguió a Jutelún durante el descenso. Los ídolos mantendrían su vigilia solitaria en la montaña una noche más.

Lo llamaban La Tierra del Fuego. Detrás de ellos se encontraba el pico Bogda, con su collar de nieve perpetua; a la derecha, Kuliktarg, un cerro rocoso desolado que se alzaba sobre el desierto.

Un Solo Ojo señaló hacia el norte.

—Las Montañas Ardientes —dijo.

A la izquierda, una cadena de montañas rojas se extendía hacia el horizonte hasta donde alcanzaban a ver. En la ladera de aquellas sierras, incontables ríos y vendavales habían cavado barrancos, en forma de llamas en la arcilla roja. El calor de la tarde salía de las sierras como de un horno y, a través de la neblina del sol de la tarde, las montañas parecían un muro de fuego.

Sin embargo, lo peor del desierto estaba todavía delante de ellos.

Josseran prefería caminar al lado de su camello, a la sombra del animal en lugar de tener que soportar la dura silla de madera y la tortura del sol. Oyó a Guillermo jadear detrás de él.

Se volvió.

—Un día agradable para caminar, hermano Guillermo.

—Estoy agonizando.

—Un estado muy apreciado ante Dios. Algún día llegarás a ser canonizado. Entonces, nada de todo esto te parecerá importante.

—No te burles de mí, templario.

Josseran casi le tenía lástima. El sol le había producido ampollas en la cara, tenía la barba enredada y el rostro descarnado como resultado del calor, la extenuación y la devoción.

—No tenía intenciones de burlarme de ti.

—¿Dónde fuiste ayer por la tarde con la bruja?

—Quería enseñarme una maravilla que a ti no te habría gustado demasiado.

—Me imagino la maravilla a que te refieres. ¿Fornicaste también con ella?

A Josseran lo impresionó el lenguaje brutal del fraile.

—Por desgracia no tengo nada que confesar con respecto a ella.

—Créeme que el Papa oirá hablar de ti, templario, de tu conducta pagana. ¿Te crees más allá de la ley de Dios?

—No, me creo más allá de la fiesta de Pentecostés, de manera que ya no soy un caballero templario. Si deseas que tus calumnias se propaguen por la orden, no puedo detenerte, pero ahora te digo que no tienen fundamento ni verdad. En cuanto a mí, confieso que soy un pecador. Pero tú no eres mi confesor y mis actos son un asunto



entre Dios y yo.

—Me temo que me equivoqué al confiarte mi vida.

—No te he fallado hasta ahora, hermano Guillermo. No olvides que fui yo quien te salvó en esas malditas montañas. Aunque todavía no he recibido una palabra de agradecimiento.

—Fue voluntad de Dios que yo viviera. Pero demuestra que todavía hay una chispa de esperanza para tu alma. Esta noche deberías confesarte conmigo, porque no haces caso a lo que nos espera mañana. ¡Temo que pronto arderás en el fuego del demonio!

—Pensaré en lo que me propones. En cuanto al fuego del demonio, en este momento es difícil imaginar un lugar más caluroso que éste.

—Te digo, templario, que debes mantenerte alejado de esa bruja. La mujer es la puerta del demonio, el sendero de la maldad, la picadura de la serpiente.

—Entonces ¿por qué creó Dios a Eva, hombre de la Iglesia?

—Ella es un objeto necesario, puesto en la tierra para preservar la especie y proporcionarnos comida y bebida. Pero la maldad de este mundo también nos llega por medio de la mujer.

—¿Es eso lo que crees, hermano Guillermo? Yo siempre he tenido la sensación de que nos llega por medio de los hombres. No he visto a mujeres matando criaturas ni violando a otras mujeres, pero he visto hacerlo a hombres. Hasta a hombres con cruces bordadas en sus sobrevestas.

—Si las mujeres y niños de los que hablas fueran sarracenos, entonces debes saber que el Papa ha dado una dispensa especial para aquéllos que liberen al mundo de los incrédulos. Eso no es homicidio, es dar muerte a los malvados. Por lo tanto, no es pecado. Pero en este momento no estamos hablando del pecado de la violencia. Hablamos de lujuria.

—La lujuria no me parece algo tan terrible cuando se ha visto a hombres con sus entrañas fuera. ¿La Biblia no dice «No matarás»?

—El hombre no siempre puede ser suave, templario. ¿El Señor no echó a los mercaderes del templo? El mismo Cristo dijo: «Si no estáis conmigo, estáis contra mí». De manera que si un hombre no es cristiano, le pertenece al demonio. Por lo tanto, no es pecado liberar al mundo del pecado.

—Reconozco un pecado cuando lo veo. Sé cuándo un hombre mata a otro, cuándo viola a su mujer y vende a sus hijos. Entonces ¿dónde está el pecado? ¿En el hecho de que sean francos o sarracenos? ¿Y cómo va a ser malvado un recién nacido? No creo que haya mácula alguna de pecado en su cabeza, pues nació en una familia sarracena por voluntad de Dios, ¿no es así? ¿Y qué me dices de ese caballero cristiano que le corta la cabeza a ese recién nacido, después de violar a su madre y sacarle las entrañas? ¿Él va directamente al cielo? ¿Es ésa la verdad y la justicia de

Dios?

Josseran tiró con fuerza la cuerda de la nariz del camello y subió al lomo. Después se situó sobre la carga y se acomodó en la silla de madera, prefiriendo el tormento del sol y los movimientos del lomo del camello a la conversación con el hombre piadoso.

Las primeras luces del sol fueron borrando las sombras del desierto y bañándolo con un resplandor dorado. En aquel momento la planicie era totalmente ocre, llena de suaves dunas; la arena encontraba de alguna manera el camino hasta los oídos y los ojos, y se pegaba a la ropa y a la piel, metiéndose incluso entre los dientes.

El gran desierto bostezaba ante ellos y los devoraba en el silencio solitario.

El sol se deslizaba por el cielo arrojando negras manchas de sombras sobre las dunas. Los camellos se arrodillaban en la arena, rugiendo, mientras un Solo Ojo y los tártaros les quitaban la carga. El roce de las cuerdas había lastimado el pecho de los animales, y las heridas estaban llenas de pus y de gusanos. «Con razón están de tan mal humor», pensó Josseran. Cada vez que le parecía que el viaje era demasiado cansado, comparaba lo que sufría él con lo que debían de sufrir aquellas pobres bestias y pensaba que mientras los camellos lograran soportarlo, él también lo soportaría.

Josseran y Guillermo se alejaron para recoger argol para el fuego. Josseran oyó un quejido y, al levantar la vista, vio que Guillermo se miraba una mano con expresión de asco. El argol que él encontró no estaba seco por el sol. En realidad, estaba muy fresco.

Un tártaro vio el error cometido por el fraile, lo señaló y rió. Los demás estallaron en carcajadas.

Guillermo se limpió la mano llena de excremento en el flanco de *Satán*. El camello protestó por el maltrato e intentó morderlo. Guillermo se alejó de él. Pero no había lugar alguno para una retirada digna, ninguna roca o árbol donde ocultarse, de manera que siguió caminando.

—Tráelo —le dijo Jutelún a Josseran—. Pronto será de noche. Se perderá en el desierto.

Josseran lo persiguió pero el sentido de la preservación de Guillermo era más agudo de lo que él creía. Se había detenido, todavía a la vista de los camellos y había caído de rodillas, con la cabeza baja.

—Mi Dios pide demasiado de mí —jadeó cuando Josseran se le acercó.

—No es más que un poco de alimento digerido, hermano Guillermo.

—No hablo de la bosta que tengo en las manos. Me atormenta el dolor de la espalda, mis partes privadas me arden, me duelen todos los huesos del cuerpo. ¿Cómo puedo soportar esto?

—Yo soy un caballero y un soldado. Es lo que se espera de mí.

Toda su expresión de luchador desapareció de su rostro.

—Me avergüenzas.

—Además —dijo Josseran—, la otra noche tuve una mujer. Es bueno para el ánimo.

Tal como Josseran sospechaba, era la medicina que el fraile necesitaba.

—¡Que Dios te perdone! —rezongó Guillermo, levantándose de un salto—. ¡No tienes vergüenza, templario! —Pasó junto a Josseran con una expresión de locura en los ojos—. ¡Está bien, herejes! —gritó mientras volvía a la caravana—. ¡Seguiré recogiendo bosta para vosotros! —Movía las manos por encima de la cabeza como un loco—. ¡Todos terminaremos enterrados en bosta!

Josseran se quedó mirándolo fijamente. ¡Pobre Guillermo! Pasaba toda su vida esperando milagros, la divina inspiración. No había aprendido que, a veces, el único secreto para soportar los tiempos difíciles era aguantar.

Era una ciudad gris y mísera, pero un paraíso en la tierra para los que habían pasado las últimas semanas viajando por el Takla Makan. Los corrales de los *han* estaban llenos. Los camellos descansaban sobre el vientre con las patas delanteras metidas debajo del cuerpo, mirando con desprecio a los humanos que los atormentaban y que todavía les estaban quitando la carga. Había algunos asnos, tal vez una docena de caballos, parte de una enorme caravana mahometana que viajaba hacia el oeste, con una carga de seda y té de Catay.

Mientras se alejaba de los corrales, Jutelún alcanzaba a ver los toldos de telas del bazar, oía los gritos de los buhoneros, notaba el olor de las especias y de las carnes que se estaban asando. El cristiano grandullón se dirigía hacia ella por la arena. Jutelún experimentó una momentánea vacilación. Sabía que los demás comentaban entre ellos que pasaba mucho tiempo con él. Después de todo ella era una princesa y una chamán, y su actitud juguetona y amistosa con aquel bárbaro provocaba resentimientos.

Pero al acercarse más, notó que él sujetaba algo debajo de su manto. Se detuvo y lo miró fijamente.

—Dijiste que querías ver uno de nuestros libros —dijo él.

Ella trató de no mostrar su excitación.

—¿Lo tienes contigo?

Sacó el salterio que ocultaba bajo su manto. Estaba encuadernado en cuero negro grueso con inscripciones de oro. Josseran lo abrió para mostrárselo.

—Para nosotros es un libro sagrado —dijo—. Está escrito en un idioma llamado latín. Estos versos son canciones que alaban a Dios.

Ella ya había visto tesoros parecidos, su padre poseía varios Coranes de los mahometanos. Se decía que Gengis Kan había convertido la noche en día cuando encendió con ellos una hoguera en las afueras de Bujara.

Ella cogió el salterio de manos de Josseran. El viaje lo había cubierto de polvo, pero aparte de eso se encontraba en perfecto estado. Lo abrió en un lugar no determinado y pasó el dedo por las páginas. Era una belleza. Algunas letras estaban iluminadas con bermellón y azul, y la caligrafía era muy precisa, como la alfarería de las mezquitas de Samarkanda pero sin su aspecto fluido. Había hermosos cuadros maravillosamente ejecutados que le recordaban las cuevas del desierto, a pesar de que aquellas imágenes no tenían la misma energía ni la misma alegría.

—¿Esto es para el gran kan? —preguntó ella.

—Guillermo tiene esperanzas de poder revelar los misterios de nuestra religión.

—Tal vez te los debería revelar a ti. —Él la miró, inseguro del significado de sus palabras—. Te he observado —explicó ella—. No me parece que ames tu religión ni siquiera tanto como aman la suya los mahometanos. Sin embargo, luchas contra ellos y los llamas infieles. No te comprendo. No te comprendo en absoluto.

—Hay cosas en mí que yo no comprendo más que tú.

Lo observó durante un largo rato. Su gran nariz cristiana y sus ojos redondos le resultaban extraños; sin embargo, aquella extrañeza era también intrigante. Pero su modo de ser la afectaba más que sus características físicas. Era sin duda valiente, ella misma lo había podido comprobar a lo largo del viaje, y también era inteligente, rápido y fuerte. Además le atormentaba su propio espíritu y eso la seducía.

En la caverna había declarado que quería poseerla y a ella su deseo no le resultó desagradable. Pero que fuera su marido era una perspectiva tan fantástica, que lo asombroso era que pensara en ello.

Cerró el libro y se lo entregó.

—Gracias.

—Si pudiera, te enseñaría muchas cosas. En mis tierras hay cosas que te maravillarían.

—Me maravillan las estepas, las montañas y los ríos. Todo lo demás sólo me inspira curiosidad.

—Sin embargo... —empezó a decir él, pero no pudo terminar. Su conversación fue interrumpida por una conmoción que se acababa de producir en los corrales de los camellos. Guillermo había arrojado a Un Solo Ojo al suelo y revisaba su pobre atado de posesiones. Un Solo Ojo lo maldecía en turco. Trató de alejar a Guillermo a empujones y fue de nuevo arrojado al suelo.

Josseran se apresuró a acercarse.

—¡Guillermo! ¿Qué pasa?

¡Uno de estos tártaros me ha robado el salterio!

—Nadie te lo ha robado —dijo Josseran tendiéndole el libro.

Guillermo lo miró, estupefacto, y luego miró a Jutelún por encima del hombro de Josseran.

—¿Permitiste que la bruja lo profanara?

—No lo profanó. Quería comprender mejor los misterios de nuestra fe. Tal vez tengas en ella a una conversa.

Guillermo le arrancó el libro de las manos.

—¡Antes bautizaría al demonio! —exclamó. Agitó un dedo retorcido ante el rostro de Josseran—. ¡Responderás por esto!

—No cabe duda de que responderé por muchas cosas.

Guillermo dirigió una mirada de odio en dirección a Jutelún y se alejó.

Un Solo Ojo, todavía sentado en el suelo, lo miró partir.

—Ojalá te salgan granos del tamaño de sandías en las orejas —le gritó— y que tu gusano se convierta en un pollo y te coma los testículos a picotazos.

Josseran se volvió hacia Jutelún.

—Está ofendido. El salterio es sagrado para él.

—No es el salterio lo que lo ofende —contestó ella—. Tu chamán tiene mucho miedo a las mujeres. Yo puedo ver su debilidad y él lo sabe.

Josseran se sorprendió ante ese comentario.

—No teme a las mujeres. Sólo las desprecia. —Sonrió—. Hay una diferencia.

—¿Eso es lo que crees? —preguntó ella.

Josseran se encogió de hombros y se alejó. «¡Ah, pero te equivocas! —pensó Jutelún al verlo marcharse—. Tu hombre santo me teme a mí, lo mismo que teme a todas las mujeres». Había notado la fisura en el espíritu del sacerdote aquella primera noche en la yurta de Tekuday y, a pesar de que no lo vería, sabía que llegaría el día en que su debilidad lo destrozaría.

El lago formaba una perfecta media luna entre las dunas, una superficie de agua plana y negra, encerrada por juncias y cañas. La luna en cuarto creciente se cernía sobre las ruinas de un templo que había en la orilla. El templo era atendido por devotos del caravasar y Josseran notó el leve brillo anaranjado de una lámpara de aceite, el olor a incienso que se quemaba en potes cerca del altar.

Jutelún estaba en el borde del lago, el viento hacía ondear el extremo de la bufanda de seda que le protegía la cara.

—¿Oyes eso? —le susurró a Josseran.

Él inclinó la cabeza para escuchar.

Por fin lo oyó, el ruido de jinetes distantes, los cascos de los caballos que golpeaban la arena. Una tropa se encaminaba hacia ellos. Instintivamente llevó la mano a la empuñadura de la espada.

—No te alarmes, cristiano. Es sólo la Arena que Canta.

Él frunció el entrecejo, sin comprender.

—¡Nos rodean por todos lados! —gritó.

—No hay nada allá fuera. Sólo fantasmas. Los espíritus del desierto.

Envainó la espada y volvió a escuchar. Jutelún tenía razón. El ruido había desaparecido.

—¿La Arena que Canta? —repitió.

—A menudo se la oye en el desierto. Algunos aseguran que es sólo el ruido del viento que sopla a través de la arena. Pero los uigures creen que allí fuera, en alguna parte, hay ciudades que fueron enterradas hace tiempo por el avance del desierto. Dicen que los ruidos que se oyen son los espíritus de los muertos que lloran debajo de las dunas.

Él se estremeció y tocó la cruz de madera que le colgaba del cuello. No era más que una superstición de los paganos. Y, sin embargo...

—Los espíritus se sienten solos —dijo Jutelún—, y buscan más espíritus que se unan a ellos.

—¿Que se unan a ellos?

—Viven a costa de las caravanas que atraviesan el desierto. Un viajero se queda rezagado, oye el ruido de los cascos y corre por las dunas en dirección a ellos para tratar de no perderse. Pero cuanto más se apresura, más lejos está el ruido que, con engaños, lo lleva a lo más profundo del desierto. Cuando el viajero comprende que el ruido no eran más que los espíritus de la arena, está completamente perdido y el desierto lo reclama.

El viento movió la superficie del agua, distorsionando el reflejo de las dunas y de la luna.

Josseran lo volvió a oír. Esta vez el ruido de los cascos estaba tan cerca que supuso que un ejército necesariamente debía aparecer en lo alto de la duna más cercana. Pero luego el ruido desapareció de súbito con el viento.

Josseran se santiguó.

—He visto y he oído tales cosas durante este viaje que, cuando vuelva, los míos no me creerán.

—Todavía te esperan muchas maravillas, cristiano.

—¿Todavía debemos viajar un trecho muy largo?

—Antes de que la luna esté llena, verás el rostro del kan de kanes.

—¿Sólo?

Cuando Jutelún contestó, había un tono de sorpresa en su voz.

—¿El viaje no te parece lo bastante largo? ¿Las montañas no fueron suficientemente altas ni el desierto suficientemente ancho?

Él no contestó.

—En Kumul cambiaremos los camellos por caballos y cabalgaremos hacia el norte, rumbo a Karakoram. Le rendiréis homenaje al gran kan y luego volveréis al oeste.

—No estoy aquí para rendir homenaje a tu kan.

Creó verla sonreír, pero en la oscuridad no pudo estar seguro. Volvió la Arena que Canta con un sonido muy parecido al de voces agudas, como las del coro de una iglesia, como la llamada de la sirena para que se aventuraran a la oscuridad. Él comprendió que los hombres podían sentirse atraídos y seguir sus cantos.

—Entonces ¿no estás ansioso por volver con los tuyos? —preguntó ella.

—No sé lo que me espera cuando vuelva a Ultramar. Mi servicio a mi maestro ha llegado a su fin y ahora no sé si deseo volver al Languedoc. Es una decisión que no quiero tomar. Por eso no tengo ganas de que termine este viaje.

—Todos los viajes llegan a su fin. —Miró a través de la noche y del agua—. Sólo el viento y las aguas no cambian nunca. —Su voz tenía un tono soñador—. Dicen que el viento trae hacia aquí arena todos los días; sin embargo, el lago nunca se llena y nunca cambia de forma. Los uigures creen que el lago fue puesto aquí por los dioses para recordarles lo breve que es nuestro tiempo en este mundo, lo efímeros que somos sobre la tierra. Tú sueñas con vencer a los sarracenos, en Karakoram otros hombres sueñan con ser kan de kanes, pero los días siguen transcurriendo, el viento sopla, los hombres mueren, los imperios se desploman. Y el lago sigue aquí, como siempre ha estado, igual que el desierto, las estepas, las montañas. El viento sopla sobre la superficie y la arena se aleja susurrando. Y todos los hombres son olvidados.

—Entonces los tontos somos nosotros si no aprovechamos cada momento que se nos concede.

La observó junto al borde del lago, recortándose sobre la luna. «¿Cuántos años



tienes? —se preguntó—. ¿Dieciocho, veinte? Tienes el descaro de una prostituta de Marsella, el desdén de una monja, la mente de un filósofo. Nunca he conocido una mujer como tú. Me gustaría domarte como si fueras uno de tus pequeños caballos tártaros. Eres igualmente dura y tienes un temperamento parecido. Y supongo que te haría igualmente feliz morder a tu jinete como llevarlo sobre tu lomo, igual que ellos. Me pregunto cómo será tu cuerpo, qué pasiones estarás reservando para tu marido. Me pregunto si podría perderme en ti, me pregunto si podrías convertirte para mí en todas las mujeres, el lugar donde mis propias pasiones pudieran encontrar su descanso».

—¿Por qué me miras fijamente? —preguntó ella de repente.

—Estaba pensando en lo hermosa que eres.

En realidad, no alcanzaba a verle el rostro en la oscuridad, pero había conservado su belleza en la mente, la cara ovalada con sus exóticos ojos almendrados, los mechones de pelo que el viento aflojaba, el rostro de una princesa real fundido en bronce por el artista. «Dios me verá arder en el infierno por amar a una pagana».

—Hermosa —repitió ella con tono de desprecio—. ¿Y eso de qué me sirve?

—¿Mi señora?

—¿Me estás cortejando?

—¡Ojalá pudiera!

Los ojos de Jutelún brillaron llenos de veneno.

—¿Dónde deja la belleza a una mujer? Ella abandona su libertad por la yurta y la crianza de los niños. Un semental sencillamente monta a su yegua y queda satisfecho. Todavía es libre. La yegua es la cautiva de sus potros. No comprendo por qué la belleza puede ser un don para mí.

—Si una mujer no va a ser madre, ¿por qué le dio Dios la leche?

Jutelún permaneció muy cerca de él. Por un instante de locura él creyó que aquella criatura exótica estaba a punto de besarlo.

—¡Si tuviera mi látigo! —susurró ella en cambio.

—¿Qué harías con él? ¿Azotarme? ¿O me pondrías a prueba como marido?

—Caerías a tierra después de tres golpes —contestó ella y giró sobre sus talones. Se alejó airada hacia el caravasar que en aquel momento estaba fuera de la vista, entre las dunas, y lo dejó con el canto de sirena de la arena.

Días, semanas interminables, la monotonía del viaje sólo rota por cambios ocasionales en la superficie del desierto y por los caprichos del tiempo. Mientras viajaban, algunas veces vivían las cuatro estaciones en un solo día. Una mañana se presentaba cálida y azul pero al mediodía el cielo estaba cargado de nubes y un vendaval convertía el horizonte en una niebla amarilla impenetrable. La tormenta duraba una hora. Por la tarde, el cielo estaba claro y una vez más, el desierto se había convertido en un horno.

A la mañana siguiente despertaban con hielo en las barbas.

Las piedras gebi planas cedían el espacio a la arena que fluía como la rompiente de un gran mar, y las dunas cambiaban de forma movidas por el viento mientras ellos las miraban. Porque las dunas se extendían hasta donde ellos alcanzaban a ver, como las olas de un océano. Algunas se alzaban hasta la altura de los muros de Antioquía, algunas hasta los convertían en enanos, pensó Jossieran. Se encontraban solos en el desierto solitario, chamuscados por el sol, reseco por el viento. Ya no había arbustos, ni lagartijas ni aves. El camino que tenían por delante sólo estaba marcado por ocasionales montones de argol y por los huesos de animales muertos tiempo atrás y blanqueados por un sol implacable.

Pasaron dos semanas en aquel desierto que Un Solo Ojo llamaba el Depósito del Viento. Aullaba alrededor de ellos día tras día, como los quejidos del mismo demonio y el paisaje cambiaba constantemente. Por la noche, cuando acampaban, Un Solo Ojo ataba una flecha a un palo largo y la clavaba en la arena para indicar la dirección que debían seguir a la mañana siguiente. Se amontonaban bajo las frías estrellas, oyendo los susurros constantes de la arena y por la mañana, cuando despertaban, el terreno que los rodeaba había cambiado por completo y si no fuera por la estrategia del camellero, estarían irremediablemente perdidos. En una ocasión se toparon con las ruinas de una gran ciudad. Jossieran caminaba junto al camello, Un Solo Ojo delante de él, en cabeza de la columna, Jutelún detrás.

Habían llegado a la cima de una gran duna cuando de repente el camellero se detuvo. Debajo de ellos yacían los restos de un bosque de álamos del Éufrates cuyos dedos retorcidos se levantaban del suelo como los dedos de un cadáver a medio enterrar. Detrás de aquel bosque petrificado, sobresalían de la arena los tejados de una ciudad antigua. En algunos lugares, Jossieran alcanzaba a distinguir el perfil de calles y caminos, en otros sólo había montículos informes y montones de escombros.

Varios buitres negros sobrevolaban el lugar.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Jossieran.

—No conozco su nombre —contestó Un Solo Ojo bajando la voz hasta convertirla en un susurro, como si estuviera sobre una tumba recién abierta—. Tal vez

sea la Ciudad Dorada de la leyenda.

—¿Qué es la Ciudad Dorada?

—Se cuenta la historia, cristiano, de un gran rey que construyó su capital aquí, en el Depósito del Viento. La ciudad era fabulosamente rica para este lugar que todavía no era desértico. Había un gran oasis, aún mayor que el de Gaochang o el de Aqsu. Las historias de las riquezas que poseía aquel gran señor llegaron al norte y una tribu llegó de la estepa para atacarlo. Después de haber sitiado la ciudad, el jefe de la tribu envió un mensajero al rey, asegurando que si le daba diez cofres de oro los dejaría en paz. Pero el viejo rey se negó. Todos los días el jefe enviaba al mensajero hasta el muro con su ofrecimiento, pero el rey lo hacía retirarse con palabras desafiantes. Sin embargo, después de un largo sitio, la ciudad cayó y al rey lo hicieron prisionero y lo llevaron ante el jefe de la tribu. Éste le volvió a hacer el mismo ofrecimiento, diez cofres de oro y permitiría que el rey salvara su vida, se apartaría de la ciudad y dejarían en paz a sus habitantes. Pero el rey siguió negándose. Verás, el rey amaba el tesoro más que a su propia vida.

—¿Y qué le pasó?

—El jefe de la tribu le dijo que si tanto amaba su oro, debía llevárselo consigo más allá de la muerte. De manera que lo hizo ejecutar vertiendo oro fundido en sus ojos y en sus orejas.

Josseran se estremeció.

—¿Y la ciudad?

—El jefe de la tribu envió a sus hombres a buscar el tesoro. Registraron la ciudad pero no encontraron el oro que creían escondido allí. De manera que antes de volver al norte, envenenaron todos los pozos. Sin agua fresca la gente murió, las cosechas se secaron, la ciudad se desmoronó y fue olvidada. Pero la leyenda afirma que el oro sigue estando allí, en alguna parte, oculto en la arena. Los uigures dicen que algún día la arena volverá a alejarse y que algún afortunado será favorecido por Dios y lo encontrará.

—Parece la historia que un trovador contaría alrededor de una hoguera.

—Tal vez tengas razón —contestó Un Solo Ojo, encogiéndose de hombros.

Josseran observó el viento que levantaba arena de las dunas y la enviaba susurrando a través de las destruidas paredes de adobe. Recordó lo que le había dicho aquella noche Jutelún en el lago en forma de media luna: «Los días pasan, el viento sopla, los hombres mueren, los imperios caen». Nunca sabrían lo que había sido en una época aquella ciudad ni cómo llegó a la ruina. El desierto carente de remordimientos volvía a tragársela.

Alrededor de ellos, las dunas se alejaban ondulantes para penetrar en el corazón muerto del Takla Makan.

El viento volvía a gemir y la arena los golpeaba en la cara. En las altas dunas,

Josseran volvió a oír el extraño canto de la arena, como el galope de los caballos de un ejército invisible.

—¡Los espíritus de la arena! —exclamó Un Solo Ojo por encima del ruido del viento.

—Los fantasmas de la Ciudad Dorada —murmuró Jutelún.

Josseran negó con la cabeza.

—Junto al lago me dijiste que no eran más que el viento y la arena. Ella le sonrió.

—Cuando estoy en la estepa, lejos del desierto, creo que es sólo el ruido del viento. —Pareció estremecerse—. Pero cuando estoy aquí fuera, nunca estoy demasiado segura.

Aquella noche la visitó en sueños el espíritu del Eterno Cielo Azul.

Soñó que estaba encerrada dentro de los muros de un gran palacio verde y desde su ventana alcanzaba a ver la hierba de la estepa agitada por el viento. Parecía la arena del lago en forma de media luna. Corrió en busca del caballo, pero no había puertas y la ventana tenía rejas de hierro.

Subió algunos escalones zigzagueantes que llevaban a la torre y extendió la mano hacia las praderas, tan cercanas y a la vez tan distantes. ¡Si sólo pudiera volar! Despertó llamando a su padre, aterrorizada.

Después del sueño permaneció despierta el resto de la noche, incapaz de dormir. Sus pensamientos se volvieron inevitablemente hacia el cristiano y el sacerdote que tenía tan mal olor, y se preguntó qué le resultaría tan fascinante en aquellos libros que ellos llamaban salterios y en las historias que contaba Joss-ran acerca de palacios, iglesias y fortalezas. Y se preguntó: «¿Por qué le habré enseñado el Valle de los Mil Budas?».

¿Qué esperaba encontrar?

«Tal vez yo quiera una respuesta a esta inquietud, a esta constante sensación de duda. Para mí hay preguntas que no tienen respuesta, interrogantes que me llevan a preguntarme si realmente seremos los elegidos del Eterno Cielo Azul. Sospecho que hay otros que tienen cosas que enseñarnos, que no somos los únicos que poseemos los secretos de este mundo.

»Como hijos e hijas de la estepa somos libres, el Cielo Azul es nuestro. Como conquistadores del mundo hemos matado y destruido, y tomamos cualquier cosa que necesitamos. El mundo es nuestro y nosotros somos sus amos. Sin embargo, si lo matamos todo y lo destruimos todo, también nosotros moriremos.

»La conquista nos dio un propósito. Pero ahora que somos los amos, me pregunto si otros hijos e hijas de Gengis Kan, como yo, miran la vasta estepa y presienten el enorme vacío que tenemos dentro de nuestros espíritus».

¿Sentirían lo mismo su hermano y su padre? Tal vez hasta al kan de kanes, en su

enorme yurta en Karakoram, le asaltaran esas mismas dudas. ¿Habría algún mensajero al que todos esperaban encontrar? ¿Sería ése el motivo por el que su padre había abrazado las costumbres de los mahometanos mientras otros miraban hacia los sacerdotes de túnica azafrán de los tangutos o hacia los sacerdotes nestorianos de ropas oscuras?

Se volvió a preguntar si existiría alguna respuesta que diera paz y consuelo a su espíritu cuando volviera a las solitarias estepas, y se preguntó si aquella respuesta no la tendría el cristiano.

El cielo estaba despejado y la tormenta llegó del norte.

Los primeros en presentirla fueron los camellos. Comenzaron a inquietarse y a gruñir mucho antes de que las primeras nubes aparecieran en el horizonte. Josseran notó que una neblina sucia y amarillenta subía con rapidez hacia el cielo. Las tolvaneras saltaban y bailaban en la planicie, eran la avanzada de la violenta embestida que venía detrás.

Todavía era de día cuando la oscuridad cayó sobre el desierto. El sol adquirió un color cobrizo cuando lo cubrió la niebla de polvo. Los cúmulos atravesaban el cielo con rapidez, en los bordes del desierto estallaban los rayos.

Un repentino viento frío les arrojó arena a la cara, como la mano de un gigante.

Los camellos bramaban y tiraban de las cuerdas. Un Solo Ojo gritó ordenando que todos desmontaran.

—¡El Karaburan! —gritó Jutelún—. ¡El huracán negro!

El cielo sin duda se había puesto negro y una cortina de polvo del color de las dunas venía hacia ellos por el desierto, impulsado por la tormenta. Con desconcertante rapidez estuvo encima de ellos, como una ola que se alza en un mar tranquilo o como el fuego en un bosque. Estaban indefensos, no tenían donde refugiarse, ningún lugar al que huir.

Josseran oyó que Guillermo rezaba a gritos.

Se oyó un trueno y los camellos más jóvenes bramaron y dieron patadas en la arena. Las bestias mayores sabían lo que estaba pasando, y caían de rodillas y enterraban la boca y la nariz en la arena blanda. Un Solo Ojo estaba ocupado recorriendo una y otra vez la columna de camellos, tirando de la cuerda de la nariz de los animales más jóvenes para hacerlos caer de rodillas y obligarlos a acercar el hocico a la arena.

—¡Ayúdame —le gritó a Josseran—, si no se asfixiarán!

Cuando terminaron de trabajar con los animales, Josseran se acurrucó en el único refugio que había, tras su camello. El primer chorro de agua los alcanzó. Poco antes se asaban al sol, en aquel momento temblaban bajo una descarga de aguanieve.

Josseran levantó la mirada y vio a Jutelún, su rostro estaba transformado por la luz de la tormenta y tenía los ojos muy abiertos. No era posible interpretar mal su expresión. La gélida princesa de los tártaros tenía miedo. Sus compañeros también, se movían de un lado a otro como tontos, gritaban y se ocultaban con cada trueno.

—¡Es una señal de Tengri! —gritó Jutelún—. El Espíritu del Cielo Azul está furioso con nosotros.

«No es más que una tormenta —pensó Josseran—. Un poco de lluvia y algunos truenos. ¿Por qué les parece tan terrible?».

Sólo una tormenta.

Pero completamente distinta a cualquier otra que él hubiera conocido. El viento aullaba como un demonio. A la derecha de donde se encontraban, una enorme duna había comenzado a desplomarse y las arenas caían desde la cima como la rompiente de una ola dorada.

Y el aguanieve se convirtió en granizo.

Jutelún yacía junto a su camello. No se encontraba más que a una docena de pasos de distancia de Josseran, pero los helados chorros que caían y la arena barrida por el viento la hacían casi invisible. Dando tumbos, Josseran se acercó a ella y se dejó caer a su lado.

—¡Tápate la boca y la nariz con la capucha! —le gritó ella—. ¡Si no lo haces, morirás!

Él obedeció. La muchacha tenía razón. Tenía los ojos, la boca y hasta la nariz llenos de arena. Ya le resultaba casi imposible respirar.

La tormenta los golpeó con un horrible rugido, como si el suelo se estuviera abriendo. Josseran se bajó del todo la capucha sobre la cara, ahogándose con la gravilla y la arena.

Pese a que estaba aterrorizado, tenía conciencia de la cercanía de ella. Le rodeó los hombros con un brazo, un acto de posesión y de protección, y sintió que ella se le acercaba más. En aquel momento sus cuerpos se tocaban. Él sintió la levedad del cuerpo de Jutelún contra el suyo. Sintió que se excitaba a pesar de su miedo, o tal vez a causa de su miedo.

La acercó más a sí y sintió que ella le rodeaba la cintura con los brazos, que le daba una respuesta mediante la presión de los dedos. Josseran sintió una emoción intensa, y se excitó. Era verdad. Jutelún lo deseaba tanto como él a ella.

«¿Qué estás haciendo? —se preguntó—. Esto es una locura. Sin embargo, en nuestro interior hay anhelos que van más allá de los pensamientos racionales, pasiones a las que estamos esclavizados. Tratamos de convencernos de que somos libres, pero cuando esos anhelos y esas pasiones nos susurran una orden, reaccionamos con ciega obediencia.

»Porque no deseo sólo su cuerpo, sino también su espíritu. En este viaje me ha enseñado cosas acerca del mundo y acerca de mí mismo que no sospechaba. Estoy tan fascinado por su mente como por su sexo. Nunca he conocido a una mujer así. He sentido lujuria por las indecentes, he protegido a las ancianas y a las inocentes, he servido a las de sangre real que había entre ellas. Pero nunca he tratado a una mujer como a una igual, que es lo que me pasa con Jutelún. Si tuviera la libertad de elegir, desearía que fuera la pareja de mi cuerpo y de mi espíritu durante los años que el Señor me haya reservado en esta tierra.

»Pero no soy libre para elegir —pensó mientras apretaba la cara contra la arena y sentía los pinchazos de la gravilla contra su cuerpo, incluso a través de sus ropas—. No soy libre para elegir y tampoco lo es ella. Nos protege el hechizo de este viaje y, cuando haya terminado, el hechizo se romperá. Tal vez, si ahora terminara esta tormenta, si nuestros cuerpos quedaran enterrados y abrazados en la arena y nunca se los hallara, sería un fin apropiado para nosotros. Así nunca tendría que sufrir por haberla perdido, como sin duda sufriré. Nos convertiríamos en tolvaneras y bailaríamos para siempre en el Takla Makan».

Permanecieron allí tendidos durante lo que les pareció una eternidad, agarrándose el uno al otro con la misma urgencia con que se agarraban a la vida, rodeados de una oscuridad que bramaba y los asfixiaba. No pronunciaron una sola palabra, era imposible hacerlo. Sin embargo, Josseran supo que se habían unido.

El viento helado los castigaba y les rompía la ropa. Arena y piedras volaban y caían a su alrededor en un torbellino de ruido, como si el mismo demonio estuviera maldiciendo y gritando al verlos abrazados. Josseran temblaba de frío pero sentía la calidez del cuerpo de Jutelún contra el suyo, que era como un fuego ardiendo, pero que no le daba miedo.

La tormenta continuó durante horas y terminó tan bruscamente como había comenzado. De repente el viento cesó y a los pocos minutos el sol se abrió paso en un cielo plomizo, un segundo amanecer, y Josseran sintió de nuevo su calor en la espalda. Se movió con cautela levantando con lentitud la cabeza de la arena. El camello de Jutelún que había sido el refugio de ambos durante la tormenta se levantó, tosiendo y bramando.

La cola de polvo anaranjada de la tormenta se alejó rápidamente por el cielo como en desbandaba.

Estaban medio enterrados en la arena. Su ropa estaba empapada de agua de lluvia y hielo y en aquel momento desprendía vapor por el calor del sol. Jutelún hizo fuerza para alejarse de él, se arrancó la bufanda de la cara y permaneció tendida boca arriba, jadeando y tosiendo. Por fin el espasmo pasó y se sentó. Los ojos de ambos se encontraron por un instante.

Ninguno de los dos habló.

Alrededor de ellos, las dunas estaban cubiertas por pequeños montículos informes de arena que uno por uno fueron alzándose y convirtiéndose en hombres y camellos hasta entonces semienterrados por la tormenta. Los tártaros comenzaron a dar vueltas como espectros a la deriva y reían y se daban palmadas unos a otros en los hombros, felicitándose por haber sobrevivido.

Entonces Josseran oyó los quejidos de Guillermo. Un montículo de arena que estaba a unos diez pasos de distancia se movió de repente y de él emergió Guillermo



con arena pegada a las mejillas, los labios y los párpados, como una tortuga largo tiempo enterrada.

Trataba de respirar.

Josseran se le acercó, puso la cabeza del fraile entre sus brazos y le llevó la cantimplora de cuero a los labios. El fraile tosió, vomitó casi toda el agua en la arena y se tendió de lado, boqueando como un pez en tierra firme. Josseran lo sacó de su tumba de arena.

—Ya ha pasado —le dijo—. La tempestad ha terminado.

Guillermo asintió con la cabeza como si entendiera, incapaz de hablar.

Josseran se volvió y sintió la mirada de Jutelún sobre él. Y le impresionó ver en su rostro una expresión que nunca había visto en otra mujer, sólo tal vez en el de Catherine durante la primera noche. Lo estaba observando. Y sus ojos podrían haber derretido la cera de una vela.

Estaba equivocado. No había terminado. La tempestad acababa de empezar.

Después de algunos días más de marcha, el color crema de las dunas quedó atrás y la arena cedió su lugar a una planicie de duras piedras de cuarzo que crujían bajo las patas de los camellos. Los distantes picos nevados del Tien Shan también cayeron bajo el horizonte.

Con la tormenta, el Takla Makan había florecido, aunque sólo fuera por unos pocos días. Pequeñas flores en forma de trompetas amarillas cubrían arbustos espinosos de color pardo, los altramuces hacían fuerza para salir a la superficie. El milagro del desierto. Algunas semillas, explicó Un Solo Ojo, dormían durante décadas, a la espera de un solo día de lluvia. Tal como Jutelún había dicho junto al lago en forma de media luna, «nada muere jamás».

Un Solo Ojo anunció que ya estaban dentro de las fronteras de Catay. Jutelún y los demás tártaros parecían nerviosos. Algunos de ellos hasta habían adquirido la costumbre de usar sus armaduras de cuero a pesar del calor. Pensando que temían la presencia de bandidos, Josseran echó mano a su propia espada y compartió su nerviosismo. Si debía haber lucha, él estaría preparado.

¿Cómo habría deseado tener su armadura! Se sentía desnudo ante la posibilidad de tomar parte en una batalla sin ella.

Jutelún no le había vuelto a hablar después de la tormenta. «¿Qué voy a hacer?», se preguntaba Josseran.

«El hombre debe obrar —pensaba—, porque en caso contrario se deja llevar por los acontecimientos y sus decisiones las toma el destino. Pero ¿qué alternativas tengo?, ¿qué debo hacer? En realidad, no me imagino la vida quedándome aquí con ella y viviendo como un salvaje en estas planicies del borde del mundo. Y ella, la hija de un kan tártaro, ¿renunciaría a su propia gente para ir conmigo a la cristiandad a vivir en un pequeño castillo del Languedoc?». ¿Podía imaginarla sentada en un banco de la casa solariega, dedicando sus días a hacer tapices con hilo y aguja? Qaidu jamás le permitiría alejarse, aun en el caso de que ella se dejara llevar por aquella fantasía.

Entonces ¿se veía él ordeñando yeguas y bebiendo kumis día tras día con los bárbaros hermanos de Jutelún?

¿Cuál era la respuesta?

Llegó a la conclusión de que la respuesta era que no había respuesta. Si el Señor fuera bondadoso los habría enterrado en la tormenta, abrazados. Era la única manera en que habrían podido tener un futuro.

Se consoló pensando que pronto estarían en Karakoram y que entonces el tormento habría pasado.

«No son cien leguas —pensó Josseran—, sino la misma legua una y otra vez». Avanzaron por un desierto abrasador, un desierto de ladrillo refractario y de piedras quemadas, una planicie negra y sin vida, como si por allí hubiera pasado un ejército saqueador, incendiando hasta la tierra. El hermano Guillermo oraba casi constantemente, aun cuando estaba en la silla. Creía que habían llegado al fin del mundo y que pronto estarían ante las puertas del Hades.

«Realmente hace mucho calor», pensaba Josseran, sombríamente.

Se detuvieron a media tarde para dejar descansar a los animales. No había árboles, de manera que se sentaron en pequeños grupos a la sombra de sus camellos, recuperando fuerzas para la marcha final del día. El sol estaba en su cenit y las energías de todos decaían.

Al este apareció el oasis de Nan-hu como una isla verde flotando en el gris de la planicie. Estarían allí al caer la noche, les anunció Un Solo Ojo con confianza, pero no consiguió levantar el ánimo a los demás. Todos tenían la sensación de que el día no terminaría nunca.

El cielo estaba despejado cuando los atacantes cayeron sobre ellos provenientes de lo que parecía una extensión plana. Más tarde Josseran se dio cuenta de que la trampa había sido cuidadosamente preparada; los esperaban en una pequeña depresión situada al este, y el brillo del sol ocultaba su presencia.

Oyeron el ruido de cascos y los tártaros se levantaron de un salto. Era demasiado tarde. Los camellos bramaban y cojeaban, algunos ya heridos en los flancos por la primera andanada de flechas. Un Solo Ojo gritaba y corría de un extremo al otro de la columna de camellos sollozando y aullando como un loco. Los camellos eran su vida y su fuente de supervivencia. Era como si cada flecha se hubiera clavado en su propia carne.

Los atacantes cabalaron directamente hacia ellos, disparando flechas desde la silla. Josseran desenvainó la espada e instintivamente, salió al encuentro de los enemigos.

—¡Vuelve atrás! —le gritó Jutelún, pero él no le prestó atención.

A su alrededor vio que varios tártaros caían, heridos por la segunda andanada de flechas.

Los atacantes emergían de un sol blanco y ellos tenían que protegerse los ojos para poder verlos. Debían de ser una veintena de jinetes, calculó Josseran, montados en caballos tártaros. Sin su caballo de guerra y su armadura, él se sentía completamente inútil. Se preparó para morir. Deseó tener tiempo para prepararse mejor.

Vio que Jutelún y varios de sus hombres disparaban flechas contra el enemigo, pero el reflejo del sol le impedía ver el resultado. Y entonces los caballos los

alcanzaron como un trueno y varios de los tártaros cayeron gritando bajo los cascos.

Media docena de los jinetes se apartaron de la fuerza principal y se dirigieron hacia él. Pero no lo hirieron. En el último momento giraron y lo rodearon. Debía significar que, por algún motivo, querían conservarlo vivo. Eso le dio una ventaja.

Josseran cogió la espada con las dos manos y esperó a que llegaran. Vio que eran tártaros pero usaban armaduras más pesadas que las que él había visto hasta entonces, láminas de hierro cosidas a corazas de cuero que les daban un aspecto feroz, como si fueran enormes escarabajos marrones. Los cascos tenían visera y estaban decorados con oro; algunos de ellos llevaban pieles de onza sobre los hombros y brillantes mantas rojas sobre los caballos, pero no había tiempo para hacer conjeturas acerca de quiénes podían ser y por qué les habían tendido aquella trampa.

Vio a Guillermo, tal vez a veinte pasos de distancia, corriendo entre los caballos con su negra sotana al viento y con la bolsa de cuero que contenía la Biblia y el salterio bien agarrada. Un jinete lo hizo caer y lo detuvo poniéndole la espada en la nuca. El fraile cayó boca abajo y permaneció inmóvil.

Josseran apretó con más fuerza la empuñadura de la espada. Las joyas resplandecían al sol. Pronto todo terminaría también para él.

Se dirigió hacia el jinete más cercano y lo atacó con la espada. El hombre paró el golpe con su arma pero no hizo el menor intento de devolver el ataque. Josseran se giró y volvió a golpear con la espada, a ciegas, tratando de detenerlos. Pero era imposible. Le rodearon con los caballos perfectamente disciplinados y él no alcanzó a ver el golpe que le propinaron en la cabeza y que lo hizo caer al suelo.

# Cuarta parte

Catay

De Kumul a Shang-tu y Karakoram

## A finales de la primavera del año de Nuestro Señor de 1260

Como si se arrastrara fuera de la tumba.

Josseran se esforzó por ir hacia la luz, con la cabeza palpitante de dolor. Ignoraba cuánto tiempo había estado inconsciente. Abrió los ojos y permaneció largo rato sin hablar, mirando fijamente el maravilloso paso de las estrellas que recorrían el cielo como cometas. Por fin rodó hacia un lado y vomitó. Oyó risas de hombres. Trató de pronunciar el nombre de Jutelún, pero tenía la boca seca como el polvo y no logró emitir ningún sonido.

Alguien se inclinaba sobre él y le echaba agua en la cara y en la boca.

Comenzó a recordar con lentitud; la repentina aparición de los jinetes tártaros con sus curiosas armaduras, el silbido mortal de las flechas, varios de los jinetes que lo rodeaban, el fuerte golpe que recibió en la nuca. Sin lugar a dudas no lo habían golpeado con el filo de la espada porque en tal caso estaría muerto. Tras golpearlo debieron de subirlo al lomo de un caballo y llevárselo. Sin embargo, no tenía las manos atadas ni había nadie a su lado con una espada. ¿Por qué?

Un rostro se impuso a su visión, una negra barba poco poblada y un bigote caído, un rostro al que la luz del fuego daba reflejos bronceados, un joven tártaro de boca fina y cruel y ojos de onza, atentos y castaños.

—¡Despierta, bárbaro! —Sintió el golpe de una bota en las costillas—. ¿Quieres dormir eternamente?

Josseran se sentó con lentitud y lanzó un quejido al volver a ser presa de la náusea.

El tártaro se agachó a su lado.

—¡Un golpe de nada en la cabeza y te quedas inconsciente como una mujer!

Josseran trató de darle un puñetazo al tártaro, que saltó hacia atrás, riendo. Josseran volvió a encontrarse boca abajo en la grava.

Los demás tártaros también reían.

—¡Así que te queda algo de ánimo! —gritó el joven tártaro—. ¡Eso es bueno!

—Por amor de Dios, no los hagas enfadar. Temo que nos maten.

Era la voz de Guillermo, ¡por amor de Dios!

Levantó la vista. Guillermo estaba indecorosamente sentado junto al fuego, con el rostro tan blanco como la tiza y con sangre seca pegada al pelo en la parte de atrás de la cabeza. Josseran se preguntó si también habrían apresado a los demás, pero si era así no había señales de ellos. «Si quisieran quitarnos la vida, ya lo habrían hecho». Pero ¿para qué explicarle esas cosas a un sacerdote?

Josseran volvió a erguirse haciendo un esfuerzo y miró a sus torturadores. Todos ellos lo rodeaban deseando echar una buena mirada a su presa. Y sonreían como lobos.

Josseran se volvió hacia Guillermo.

—¿Mataron... —Era un esfuerzo hablar. Tenía la sensación de que la lengua tenía el doble de su tamaño habitual—... mataron a nuestra escolta?

—No lo sé —contestó Guillermo, irritado—. Yo estaba medio muerto cuando me trajeron aquí. ¿Y qué importancia tiene? Averigua lo que estos bandidos quieren de nosotros. Diles que tengo un mensaje urgente del Papa para su kan.

—Estoy seguro... de que estarán... muy impresionados.

Un tártaro lo movió con la bota como si se tratara de algo que había encontrado muerto en el suelo.

—Es grande.

—Y también feo —dijo el joven cabecilla—. Mirad su nariz.

—Al próximo de vosotros..., bandidos de cara plana..., que hable mal de mi nariz... lo atravesaré con mi espada.

El joven tártaro sonrió.

—¡Bueno! Así que tú eres el que habla como una persona civilizada. Nos dijeron que había uno de vosotros que lo hacía. Yo no lo creí.

«Eso quiere decir que nos han estado espionando en el caravasar, —pensó Josseran—. Pero ¿espías de quién?».

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis de nosotros?

—Me llamo Sartaq. Mis hermanos y yo somos soldados al servicio de Qubilay, señor del Cielo, soberano del Imperio del Centro, kan de Toda la Tierra. Y no queremos nada de vosotros. Sois vosotros los que queréis una audiencia con el kan de kanes. Nos han enviado para que os escoltemos hasta donde está él.

—Pero ya teníamos una... escolta. Vosotros los matasteis. Nos dirigíamos a ver al kan de kanes... cuando nos secuestraron.

Sartaq escupió en la arena, enfadado.

—Vuestra escolta estaba compuesta por traidores. Os llevaban a Karakoram. Lo único que encontraréis allí es al hermano del kan de kanes, Ariq Böke, un usurpador que no es tan hermoso como el trasero de un caballo. Si queréis hablar con el verdadero kan de kanes, debéis venir con nosotros a Shang-tu, a ver a Qubilay, emperador del Cielo.

—¿Qué están diciendo? —preguntó Guillermo.

—Parece que nos encontramos en una... guerra civil. Él afirma que hay dos reyes y que aquel Ariq Böke, de Karakoram, es un usurpador.

—Pero ¿qué quieren de nosotros?

Para Josseran era evidente que la visita de embajadores de otras tierras añadía

legitimidad a la causa del trono del otro kan de kanes, Qubilay. Y si él se creía el verdadero kan, no desearía que su rival hiciera tratados con Papas extranjeros.

—Quieren llevarnos a ver al que ellos llaman el verdadero rey... lo llaman Qubilay y su capital es Shang-tu.

—¿Así que no tienen intenciones de matarnos?

—No, hermano Guillermo. Por ahora, por la Gloria del Cielo, estamos a salvo.

—¡El buen Señor nos sigue cuidando! Él guía nuestros pasos. Deberíamos tener más fe. —Sacó un objeto de las sombras y lo puso a la luz del fuego—. Todavía tenemos el salterio y la Biblia.

Apretó el patético bulto como si se tratara de una reliquia sagrada.

Pero Jossesan no le contestó, pensaba en Jutelún. Cuando comenzó la lucha ella estaba a su lado. ¿Qué le habría pasado? ¿Habría sobrevivido a la batalla?

Sartaq se acuclilló a su lado.

—No os haremos daño. Lamento el golpe en la cabeza, pero sencillamente nos estábamos defendiendo. Luchas como un león.

—Prefiero la compañía de los otros.

Sartaq miró fijamente la noche.

—Si deseas encontrarlos, están allí fuera, en alguna parte del desierto. Pero tendrás que correr como el viento porque ya están muy lejos. Nuestros caballos son veloces y ellos sólo tienen camellos.

—Entonces ¿no los matasteis a todos?

—Mis órdenes sólo eran que debía capturaros a ti y a tu compañero.

—¿Algunos de ellos todavía viven?

Sartaqladeó la cabeza.

—¿Te importa eso?

—La mujer. La mujer que dirigía la expedición. ¿Ha muerto?

Corrió un murmullo entre los tártaros. Por primera vez Sartaq pareció menos seguro de sí mismo.

—¡Me sorprendes, bárbaro!

—¿Qué le pasó?

—No vimos a ninguna mujer. Sólo a tártaros renegados. Bandidos de la estepa.

«Tienes que haberla visto —pensó Jossesan—. Debes de haber sabido que estaba allí». O tal vez aquel Sartaq dijera la verdad. ¿Para qué iba a mentir? Detrás de la bufanda que cubría el rostro de Jutelún, podían ignorar que luchaban con una mujer, no con un hombre.

Rezaría por ella, rezaría para que estuviera viva y no mortalmente herida allí fuera, en alguna parte de la oscuridad.

«De manera que todo ha terminado —pensó—. Dios ha intervenido en el dilema». Nunca volvería a ver a aquella mujer, de manera que en aquel momento no



le quedaba más remedio que cumplir con su deber hacia el gran maestro de los templarios y hacia su Dios. Entregaría el mensaje del Papa al kan de kanes y trataría de olvidar que había contemplado la posibilidad de traicionar su religión y a sus hermanos de guerra por una bruja salvaje.

Atravesaron el desierto del Gobi al galope, cabalgando a una peligrosa velocidad sobre barrancos secos. Igual que todos los tártaros, parecía que no conocieran otra manera de cabalgar. Josseran se resignó a la velocidad y al sufrimiento que la acompañaba. Extenuado por meses de viaje y herido en la cabeza, esta vez ni siquiera intentó erguirse sobre los estribos como hacían ellos, sino que aceptó los golpes y los saltos y permaneció hundido en la silla, legua tras legua.

Se enteró de que sus acompañantes pertenecían a la caballería de la guardia imperial del propio Qubilay. Sartaq era el único nombre que conocía, a otros dos que parecían ser sus lugartenientes los bautizó como Hombre Furioso y Hombre Borracho. Hombre Furioso siempre había tenido el entrecejo fruncido y escupía en el suelo cada vez que Josseran se le acercaba; Hombre Borracho era demasiado afecto al kumis negro y se pasaba las noches dando tumbos alrededor de la hoguera del campamento o del patio de algún caravasar, cantando y bebiendo. Ninguno de los otros tártaros parecía ofendido o molesto por su comportamiento.

Josseran notó que, como soldados, estaban mejor equipados que los de Qaidu. Además del arco y tres aljabas de madera llenas de flechas, cada hombre llevaba una maza de hierro o un hacha de batalla en la cintura y tenía una daga atada al brazo izquierdo. Sus armaduras de hierro estaban sujetas con hilos de seda.

Debajo de la armadura también usaban una prenda de seda como protección adicional. Sartaq explicó que ante el impacto de una flecha, la seda no se rasgaba y en cambio se liaba a la punta de la flecha y penetraba dentro de la herida rodeándola con fuerza. Entonces era más sencillo sacar la flecha sin dañar demasiado la carne del herido.

Igual que las tropas de Qaidu, aquellos hombres eran arrogantes con sus conquistas y sus habilidades. Hablaban con desprecio de Ariq Böke y de quienes lo apoyaban y predecían con confianza la muerte de todos ellos. Josseran se dio cuenta de que el mensajero que llegó aquella noche a Kashgar, debía de ser un enviado de Qaidu para advertir a Jutelún de la existencia de aquel conflicto. No eran bandidos los que la habían llevado a ella y a sus hombres a usar sus armaduras durante el último tramo del viaje, era Qubilay.

En tal caso, los temores de Qaidu estaban bien fundados. Aquella división de los tártaros también planteaba un dilema para él y para Guillermo; si llegaban a un acuerdo con uno de los grandes kanes, ¿de qué les serviría sin la conformidad del otro? Y si ganaban el favor de aquel Qubilay, ¿cómo volverían a Acre, con Qaidu y sus seguidores situados en la ruta de la seda y obstruyéndoles el camino?

Un fuerte se alzaba en la planicie gris, los gabletes de jade verde de las torres de la pagoda brillaban sobre los picos nevados de las montañas Qilian.

—La Puerta de Jade —anunció Sartaq. Banderas triangulares verdes y blancas ondeaban en las paredes. Hacia el norte se alzaba una serie de sierras negras que los tártaros llamaban la Crin del Caballo.

Cerca de allí divisaron las ruinas de un muro que Hombre Borracho les explicó que los chinos habían construido entre la tierra de ellos y la gran superficie de las estepas, como una protección contra los antepasados de Gengis Kan.

—Podéis juzgar por vosotros mismos para lo que les sirvió —añadió, riendo.

A lo lejos vieron parches de campos verdes y bosques de álamos. Sartaq les informó de que a partir de allí la planicie se convertía en un corredor que pasaba entre la cadena de montañas de Qilian Shan y las negras sierras de la Crin del Caballo. Era el lugar donde convergían los caminos de la ruta de la seda, la arteria que conducía al corazón de Catay.

—¡Bienvenidos al Imperio del Centro! —dijo Sartaq sentado muy erguido en la silla—. Hemos dejado atrás el desierto. Despedíos del Takla Makan. —Y escupió en la arena.

Josseran le tradujo a Guillermo lo que acababa de oír.

—Entonces, por la gracia de Dios, hemos sobrevivido —dijo el fraile. Josseran asintió con la cabeza—. ¿Por qué tan sombrío, templario? ¿Sigues pensando en la bruja?

«¿Pensando? —se dijo Josseran—. Pienso constantemente en ella. No podré descansar hasta que sepa que está viva. Sin embargo, ¿cómo conseguiré averiguar cuál ha sido su destino? Todas las noches lucho contra el impulso de deslizarme por el campamento en la oscuridad y clavar mi daga en las entrañas de ese Sartaq».

—Ella no nos hizo ningún daño —contestó Josseran, haciendo esfuerzos para que su voz no delatara la furia que sentía.

—Sólo deseabas acostarte con ella. No ha sido la intención de estos bárbaros, pero han salvado tu alma de más pecados.

—Tú le concedes mucha importancia a estas necesidades carnales, a nuestra urgencia de unir nuestro cuerpo con otro, ¿no es así, sacerdote? —replicó el templario. Las delgadas paredes que contenían su furia habían caído ante la alegría del fraile.

—Copular es pecaminoso a menos que haya sido bendecido por el sacramento del matrimonio y se haga para procrear. Yo conozco tu corazón, templario, y apesta como un prostíbulo.

—¿No es mejor derramar nuestra semilla que derramar sangre?

—La Biblia no aprueba ninguna de las dos cosas.

—¿No? Yo he matado sarracenos a lo largo de todo Ultramar y, sin embargo, tus clérigos me dicen que soy santo en la medida en que refrene mi ternura y no haga lo que mi cuerpo me exige. ¿Es tan pecaminoso acostarse con una mujer que lo consiente? ¿Y es tan sagrado hundir mi espada en el cuerpo de otro hombre?

—¿Es necesario que continuamente discutas tu comportamiento pecaminoso? Te he oído pronunciar esas palabras muchas veces. ¿Añadirás el pecado del orgullo al pecado de la fornicación?

«Date por vencido», pensó Jossieran. El fraile, igual que todos los clérigos, decía que el amor de la mujer era un pecado. Sin embargo, muchas veces en la vida había visto que la lujuria conducía a los hombres a incontables desastres, como el suyo propio. Tal vez, después de todo, los sacerdotes tuvieran razón.

Sin embargo, persistía una voz en su interior, el amor de la mujer es algo dulce que suaviza a los hombres. Cuando ha terminado, cuando ha amainado la tormenta y hemos derramado nuestra semilla, no hay cuerpos que quemar, sólo el olor a sudor y no el hedor de la sangre. ¿Cómo va a ser malo el amor si consigue que el hombre deje de matar por un tiempo?

—Debes pedirle a Dios que te perdone —dijo Guillermo.

—A los que no perdono es a los sacerdotes. Os odio a todos. Porque sois vosotros los que me lleváis a odiarme.

Cuando por fin Guillermo volvió a hablar, su voz era gélida.

—Cuando volvamos a Ultramar, te haré comparecer ante la Inquisición.

—Haz lo que debas hacer.

Los tártaros los miraban discutir sin comprender lo que decían y con expresiones que iban de la curiosidad a la sorpresa. Jossieran abandonó la discusión y Guillermo fijó su atención en la ciudad que se alzaba bajo el fuerte. Los templos de color de duna y las torres de los idólatras se alzaban sobre la pequeña ciudad plana y monótona.

—Tenemos mucho trabajo por delante —dijo Guillermo—. Con tu ayuda, le llevaré a esa gente la palabra de Dios. Te prevengo que debes ayudarme a hacerlo. Tal vez entonces te irá mejor cuando volvamos a Acre.

—¡Ojalá hubiera muerto con ella!

—¿En pecado, como lo estás ahora?

—¡El único motivo por el que no deseo ir al infierno es porque en el fondo de mi corazón sé que estará lleno de sacerdotes! —gritó Jossieran, y espoleó su caballo tras Sartaq y sus captores tártaros.

Polvo de incienso flotando en el sol, papeles de ofrendas ardiendo en un recipiente de cobre. Un dios de ojos almendrados y negra barba que caía sobre su armadura dorada les gruñía desde un rincón de la cámara. A sus pies había ofrendas de frutas y flores.

Ante ellos, un altar se alzaba casi hasta el techo entre dos pilares de color bermellón. En el sagrario, un dios de bronce de vientre hinchado que tenía largos lóbulos que caían sobre los hombros, estaba sentado con las piernas cruzadas y los observaba con una alegre sonrisa. Jossaran lo reconoció como el dios al que Jutelún llamaba Borcan. Estaba recubierto de pan de oro y de siglos de polvo. Otras representaciones del dios, talladas en bronce y madera, estaban puestas alrededor del templo, en plintos o en nichos de las paredes.

Silencio, salvo por el suave tañido de una campana de latón que sonaba en alguna parte del templo.

Un monje se arrodilló ante el santuario con un libro de mantras y una campana de oración ante él. Su cabeza afeitada, bajo la luz suave del templo, brillaba como latón encerado. Los oyó entrar y se puso de pie con lentitud para darles la bienvenida. Su rostro no reflejaba sorpresa ni temor.

—¿Quién es? —le preguntó Guillermo a Jossaran.

—Dice que es lo que tú llamarías abad.

—¿Sabe quiénes somos nosotros?

—Dice que se enteró de que nos acercábamos y que nos estaba esperando. Dice que aquí somos bienvenidos.

—¿Que nos esperaba? ¿Cómo es posible que nos haya estado esperando?

—No lo sé. Pero es lo que dice.

El monje volvió a hablar asintiendo con la cabeza en dirección a Guillermo.

—¿Qué dice?

—Quiere saber qué edad tienes.

—Dile que tengo treinta y tres años. Los mismos que tenía Nuestro Señor cuando murió por nosotros en la cruz.

Jossaran le pasó aquella información al monje. Hubo otro breve intercambio y Jossaran soltó la carcajada, y la cara del hombre se iluminó con una sonrisa sin dientes.

—¿Qué ha dicho? —volvió a preguntar Guillermo.

—Dice que pareces mucho mayor. Después me preguntó si has llevado una vida muy disoluta.

—¿Y qué le contestaste?

—Le dije que eres un verdadero proxeneta.

Una ruidosa respiración. Guillermo había perdido la paciencia con su compañero

templario. Había sido indulgente, aunque de forma temporal, con un colega monje y un caballero perjuro. En retribución era objeto del abuso, del ridículo y de la blasfemia. Confirmaba sus sospechas, y las de otros clérigos de Roma, de que la confianza que el Papa tenía en la orden de los templarios estaba mal puesta. Aquellos hombres eran herejes y obstinados. Aquel caballero en particular no mostraba ninguna piedad. Un día, se prometió, tendría que saldar sus cuentas. La verdad de Dios saldría a la luz.

Guillermo notó que el monje lo miraba intensamente con sus ojos inexpresivos. Vestía, como todos los idólatras de aquellas tierras, ropas de color azafrán, pero sin ninguna otra ostentación. Era muy viejo. La piel suave se estiraba sobre el cráneo pero le colgaba debajo de la barbilla, y los pómulos altos y la barba rala le daban la apariencia de un mono triste y extraño, una presencia de alguna manera maligna.

Y, sin embargo, sonreía.

—Dile que he venido a traerles la buena noticia de Nuestro Señor —dijo Guillermo.

Otra susurrada conversación en aquel idioma extraño. Una vez más, cuando Jossesan se volvió hacia él había una desesperante sonrisa en su rostro.

—Dice que siempre da la bienvenida a las buenas noticias.

—Dile que vengo en nombre del Papa, el representante de Dios en la tierra, con palabras de la única y verdadera fe. Dile que debe terminar inmediatamente con sus prácticas idólatras y adorar a Dios, cuyo hijo, Nuestro Señor Jesucristo, vino a esta tierra a morir por los pecados del hombre. Si no lo hace, caerá en el infierno y sufrirá el castigo eterno a manos del diablo.

—Es un anciano, hermano Guillermo. Quizá eso sea demasiado para que lo digiera de una sola vez.

—Sólo haz lo que te pido.

Una larga conversación. Guillermo observó el rostro del anciano monje, pero su expresión no cambió en absoluto. Finalmente Guillermo se impacientó.

—¿Qué dice?

—Me hizo gran cantidad de preguntas acerca del infierno. Traté de responderlas lo mejor posible.

Guillermo se apretó la barbilla. En aquel momento el templario se creía teólogo.

—Sería mejor que me dirigieras a mí todas sus preguntas. No creo que estés cualificado para hablar con autoridad del infierno. Todavía no —añadió con una sonrisa llena de resentimiento.

—Suavicé mis opiniones, hermano Guillermo.

—¿Y qué dijo?

—Pareció muy interesado en el infierno como lugar y quiso saber si quedaba en alguna parte cercana a Takla Makan.

—Dile que no es de este mundo. Es un lugar reservado para las almas de los condenados.

Josseran hizo una mueca.

—Es lo que le he dicho. Pero me contestó que ya cree en el infierno. —Guillermo se sintió invadido por una oleada de esperanza—. Cree que este mundo ocupa la mayor parte de ese lugar —continuó diciendo Josseran—. Dice que vio morir a su padre en medio de los sufrimientos de la peste, que vio a su madre violada y destripada por los soldados de Gengis Kan; luego le obligaron a mirar mientras les cortaban el cuello a todos sus hermanos y hermanas. Tiene curiosidad por saber qué puede hacer tu demonio para asustarlo.

—Tienes que decirle que está en juego su alma inmortal. No debe ser frívolo.

La expresión divertida desapareció del rostro de Josseran.

—Te aseguro que no lo dijo con ninguna frivolidad.

—Tienes que decirle que el demonio es diez veces peor que Gengis Kan.

Una vez más, Josseran entabló conversación con el anciano. Guillermo volvió a desear tener la facilidad para los idiomas que Dios, en su sabiduría, le había concedido a Josseran.

Por fin Josseran se volvió hacia él.

—Dice que si crees que el demonio es peor que Gengis Kan, no conociste a Gengis Kan.

—Pero ¿él no desea la vida eterna? —preguntó Guillermo.

Josseran le preguntó.

—Creo que no —informó.

Guillermo no podía creer lo que oía.

—Dice que hace muchos años que sufre de gota, que es un dolor peor que todos los demás. Los médicos le dicen que su única cura será la muerte. También dice que tiene dolor en ambas rodillas y que la única manera en que consigue soportarlo es recordándose que no tendrá que sufrirlo mucho tiempo. —Josseran vaciló—. También le inspira curiosidad saber por qué tú deseas vivir para siempre cuando tienes la piel tan mal y un olor tan horrible.

Fue tan intensa la furia de Guillermo que sintió que la sangre abandonaba su rostro. Aquellos bárbaros lo ofendían. Y él estaba allí para llevarles la salvación. Por un instante, el ultraje lo dejó sin habla.

Mientras tanto, el anciano se inclinó y susurró algo.

—¿Y ahora qué dice? ¿Más ofensas?

—Afirma que no hay ningún dios que pueda garantizar la inmortalidad de la carne. Dice que mires a tu alrededor. La nieve se derrite, las hojas caen de los árboles, las flores mueren, todo tiene su tiempo. El cielo no puede conceder permanencia a nada, entonces ¿por qué la buscamos? Los imperios se crean y se derrumban, ni

siquiera Gengis Kan vivió para siempre.

—Tienes que contarle la historia de Nuestro Señor Jesucristo.

Josseran negó con la cabeza.

—No, hermano Guillermo. Estoy cansado de esto. Es un anciano y creo que en muchos sentidos es más sabio que tú. Creo que ahora tendríamos que salir de aquí.

—¿Te niegas a ayudarme en mi sagrada misión?

—Luché contra los sarracenos por el Papa. ¿No es eso bastante?

Se alejó caminando. El anciano bonzo lo observó en silencio y sin moverse. Guillermo sintió la frustración de su posición y tuvo ganas de llorar. Tantas almas por salvar y todas ellas eran obstinadas e inflexibles.

¿Qué debía hacer? ¿Dónde encontrar la inspiración, dónde encontrar a Dios en aquella tierra prodigiosa y malvada?



Después de la Puerta de Jade, entraron en la provincia de los «arqueros montados» del *yam* imperial. Cada ocho leguas había un *yam* o posta, lo que los mahometanos habrían llamado caravasar, pero mucho más lujosos que cualquiera de los que habían visto en el desierto. Un oficial imperial los esperaba a su llegada, y Josseran y Guillermo recibían cada uno una habitación amueblada con camas de madera y en algunos casos hasta con colchas de seda. Cada *yam* tenía almacenes y cocinas, y hasta sirvientes para llevarles refrescos.

También había grandes caballerizas, rodeadas por amplias praderas donde pastaban centenares de caballos, mientras otros esperaban en los corrales, listos para que los ensillaran.

Josseran muy pronto comprobaría el propósito de aquellos lugares.

A última hora de una tarde, se habían detenido en una posta remota y estaban desensillando los caballos cuando vieron que se les acercaba un jinete por el norte, oyeron el triste gemido de un cuerno de posta. Mientras el caballo entraba al galope en el *yam*, un caballerizo salió de los corrales llevando de la brida un caballo ya ensillado y listo para montar, con resplandecientes guarniciones rojas y con una manta bajo la silla del mismo color. El jinete desmontó en medio de una nube de polvo y sin pronunciar una sola palabra, montó el caballo fresco.

Josseran apenas alcanzó a vislumbrarlo; el torso cubierto de anchos cinturones de cuero, la cabeza envuelta en gruesas fajas de tela. Llevaba un gran medallón de oro alrededor del cuello. Después siguió su camino al galope, dejando que el caballerizo cogiera las riendas del caballo sudoroso y extenuado. A los pocos minutos, era sólo un punto en la planicie, atravesándola hacia el oeste, el camino por donde ellos habían llegado.

—¿Quién era ése? —le preguntó Josseran a Hombre Borracho.

—Un flecha montada —contestó Hombre Borracho—. Un mensajero del kan de kanes.

Más tarde, Hombre Borracho y Sartaq les explicaron qué eran los *yam* imperiales de Qubilay; lo hicieron con tanto orgullo como si se tratara de algo de su propia invención.

Un flecha montada, explicó Sartaq, llevaba mensajes urgentes de y para la Corte Imperial y se intentaba que avanzara a todo galope durante todo el día.

—Puede viajar alrededor de ochenta leguas por día, cambiando de caballo en cada *yam*. Si se trata de una emergencia, hasta puede viajar toda la noche y los lacayos corren delante de él a caballo con antorchas. El kan de kanes puede recibir un mensaje de un lugar que queda a diez días de viaje en sólo un día y una noche.

»Cada aldea y cada ciudad debe proporcionar caballos para las postas, de modo

que eso no le cuesta nada al kan de kanes. Él proporciona caballos sólo a las postas de las estepas o a las del desierto que están deshabitadas.

Explicó también que los gruesos cinturones que rodeaban el torso del jinete le ayudaban a mantenerse erguido en la silla y las tiras que le cubrían la cabeza lo protegían del viento y las piedras.

—¿Y si un caballo queda lisiado? —preguntó Josseran.

—¿Has visto la medalla de oro que lleva al cuello? Es el *paizah*, el sello del kan de kanes. Con eso puede obligar a cualquier hombre a entregarle su caballo bajo pena de muerte.

—Si el mensaje no es urgente, puede llevarlo un mensajero a pie —añadió Hombre Borracho—. Ellos viajan una legua entre cada aldea, donde el mensaje se entrega a otro corredor. Usan una faja con campanillas a la cintura para advertir de su llegada al siguiente yam para que lo esté esperando un corredor fresco que se hará cargo del mensaje en cuanto llegue.

—Pero ¿podéis estar seguros de que todos los corredores cumplen con su tarea?

Sartaq rió.

—Nadie se anima a desafiar al kan de kanes. Además, en cada fuerte hay un empleado que anota las horas de llegada y de partida de cada mensajero. Nuestros oficiales hacen inspecciones mensuales en cada estación y cualquier corredor que sea lento en su trabajo sufre un castigo.

Ese amplio y complejo sistema de mensajes no se parecía a nada que Josseran hubiera visto u oído antes. Se sorprendía continuamente a medida que viajaban hacia el este atravesando el Imperio del Centro, y lo convenció de que estaba a punto de conocer a un rey que no se parecía en nada a los salvajes jinetes guerreros de las estepas de debajo del Techo del Mundo. Era evidente que aquel Qubilay no se parecía a Qaidu.

Tal vez tuvieran razón, tal vez después de todo el bárbaro fuese él.

Ya estaban en el Imperio del Centro.

Al principio sólo había desiertos, los mismos campos rocosos y las mismas ciudades de oasis polvorientas que habían visto después de Kashgar. Pero poco a poco la planicie se estrechaba hasta convertirse en un corredor, el camino que seguía el curso de un gran río entre altos desfiladeros verdes. Allí ya habían pasado más allá de los mahometanos para entrar en un mundo extraño y exótico. Los largos y desolados desiertos del Takla Makan se convirtieron en un recuerdo.

Las aldeas se encontraban tan cerca unas de otras que al salir de una de ellas ya alcanzaban a ver los muros de la siguiente. Había ricos prados por todas partes, abundantes granjas rodeadas de muros, casas de adobe con techos de paja edificadas bajo pequeños bosques de álamos, hombres musculosos que labraban los campos con arados tirados por bueyes o que pescaban en las partes menos profundas del río a la sombra de colinas rojizas.

Por todas partes había pruebas de la larga historia de aquel valle, las ruinas de atalayas y de faros y fortalezas se alzaban a lo largo del desierto y de las salinas con sus puertas y barbicanas desmoronándose por falta de reparaciones. ¿Qué había dicho el anciano monje? «Los imperios se crean y se derrumban, ni siquiera Gengis Kan vivió para siempre».

Entraron en un valle profundo, rodeado por montañas, siguieron un río que los conducía, como una vena amarilla, al corazón de Catay. Por encima de ellos, los verdes barrancos estaban sembrados de arroz y los grandes acantilados amarillos parecían panales con una fila tras otra de cavernas. Allí los habitantes construían sus casas, separaban el grano al sol y se retiraban al interior de la montaña por la noche, como lo habían hecho durante milenios.

Tantas imágenes yuxtapuestas que reclamaban la atención de Jossieran. El demoníaco golpe de címbalos y el doloroso ritmo del gong de los templos, el rítmico canto de los sacerdotes; enormes estatuas de Borcan junto al camino, pintadas de maravillosos colores. En una ocasión vio una estatua tallada en la roca desnuda del acantilado; Jossieran calculó que debía de tener la altura de diez hombres.

Allí la Ruta de la Seda ya no era un lugar solitario, estaba llena de carros traqueteantes o de labriegos que iban al mercado cargando sobre los hombros varas de bambú de las que colgaban cestos cargados de frutas y verduras. Pequeñas caravanas consistentes en algunas mulas y camellos llevaban sedas y té del sur. De vez en cuando Jossieran oía un campanilleo a sus espaldas y enseguida veía la figura de un mensajero imperial con su gran cinturón de campanillas.

Por todas partes había grandes huertos de moreras, donde criaban las preciosas mariposas para sus capullos de seda.

Los pueblos por los que pasaban eran pobres como los de Provenza, las chozas se hacían de adobe con tejados de paja. Había muchos paisajes que a Josseran le resultaban familiares; las inmundas callejuelas donde cerdos y gansos caminaban por el barro, niños desnudos que se acuclillaban para defecar en las zanjas.

Pero había otras cosas que lo dejaban con la boca abierta y los ojos como platos. Una vez vio un cortejo fúnebre que avanzaba detrás de un grupo de músicos cuyas trompetas gemían; el cajón de madera estaba cubierto de deslumbrantes sedas y los deudos reían y cantaban como si se tratara de un día de fiesta. Nunca había visto un funeral que no fuera la ocasión para un doloroso silencio, y al ver aquella festividad quedó pasmado.

Si la gente del Imperio del Centro les resultaba una novedad, por lo visto ellos también eran exóticos allí. Alcanzaron a ver niños gordos y de cara redonda sentados en portales techados, bajo los dinteles rojos y negros cubiertos de hierba. Cuando ellos pasaban, corrían a la calle señalándolos y gritando. Viejos de blancas barbas hacían a un lado sus largas pipas y miraban con la boca abierta a aquellos extranjeros enormes y de ojos redondos; ancianas de chalecos y pantalones, con bocas desdentadas y pies increíblemente pequeños, corrían fuera de sus casuchas, gritando como brujas.

En aquella planicie amarilla se alzaba una de las ciudades mayores que Josseran había visto, una ciudad aún mayor que Constantinopla, Venecia o Roma. Calculó que sus murallas, cuyos extremos se perdían en la niebla matinal, tenían que rodearla a lo largo de siete u ocho leguas. Torres y pagodas se alzaban por encima de las murallas en sorprendente profusión. Hasta Guillermo parecía impresionado por ellas.

Sartaq les informó de que se llamaba Kenzan Fu y de que era allí donde comenzaba la Ruta de la Seda. Añadió que dentro de la ciudad vivían más de un millón de personas.

—¿Es aquí donde nos encontraremos con Qubilay? —preguntó Josseran, esperanzado.

—No, bárbaro —rió Sartaq—. Nos dirigimos hacia una ciudad más elegante que ésta.

Siguieron el curso del río Amarillo hacia el norte, a través de grandes desfiladeros sembrados de arroz. El río estaba crecido por la lluvia y sus aguas eran fangosas; no era amarillo sino del color del cobre. Pasaron por otra gran ciudad que los tártaros llamaban Tai Yuan y por fin se encontraron con un espectáculo que dejó a Josseran con la boca abierta de asombro.

Allí, delante de ellos, había una gran muralla de adobe. Se extendía kilómetros y kilómetros, sinuosa como una serpiente, cruzando sierras y desapareciendo en la interminable neblina. En toda su longitud y en ambas direcciones se habían construido atalayas.

—¡Por las pelotas de san José! —murmuró Jossesan.

Sartaq desmontó bajo la muralla, que era de la altura de dos o tres hombres, e hizo conducir los caballos por un empinado sendero que llevaba a las almenas, donde volvieron a montar. Durante varios días cabalgaron sobre el muro, pasando incontables casetas de guardias y múltiples soldados armados como los de su escolta, y que llevaban los distintivos banderines verdes y blancos. Nunca llegaron al final de aquella sorprendente estructura. Mucho antes de ello, llegaron a Shang-tu.

«Tal vez sea mejor que hayan intervenido los dioses —pensó Jutelún—. De otro modo, quién sabe qué locura habría cometido.

»Soy una princesa. Una tártara, la hija de Qaidu; y él era un bárbaro, y además feo. Sin embargo, no niego que dentro de mi corazón sentía algo por él que mis derechos de nacimiento no habrían permitido.

»Le echaré de menos. Le buscaré por la noche, cuando vuele con los Espíritus del Eterno Cielo Azul, y nunca lo olvidaré».

Una pesada nube de tormenta pasó por encima de las montañas. Comenzaban las lluvias de verano, todo el campo parecía reflejar agua. El océano de hierba de la estepa estaba cubierto de flores silvestres, amarillas, moradas, rojas y rosadas, y las ovejas que pastaban en el valle ya estaban tan gordas que caminaban balanceándose como gansos. En todas las yurtas de todos los valles, las vejigas de cuero que colgaban dentro estaban repletas de kumis.

Una bandada de gansos salvajes pasó volando delante del sol. Y el desierto no era más que un sueño.

¡Pero qué sueño! Un sueño que costó la vida a dieciséis de sus hermanos, y también a Un Solo Ojo, su camellero, al que la lanza de un soldado de caballería le destrozó el cuello. Doce cayeron allí, en la planicie, por los jinetes de Qubilay, y cuatro más murieron a causa de sus heridas durante el largo viaje hacia el norte, a través de la estepa.

Después de la emboscada de los soldados de Qubilay, ella tuvo en cuenta la posibilidad de volver inmediatamente, de atravesar el Takla Makan y dirigirse hacia el Techo del Mundo a buscar a su padre. Dejó para después esa misión poco atractiva y pensó que ante todo debía informar personalmente al kan de kanes, Ariq Böke, de la traición de Qubilay.

Condujo a los supervivientes del grupo a toda velocidad a través de la estepa. En las entradas de las yurtas esparcidas por la planicie aparecían rostros, manos que protegían los ojos del resplandor del sol, gente que observaba aquellos extraños que pasaban al galope. Los perros de los pastores corrían detrás de ellos y se mantenían a la par de los caballos durante un rato, antes de que éstos los dejaran atrás y volvieran a sus casas.

Después de la muerte de tantos de sus camaradas, a Jutelún le resultaba un consuelo montar, volar con el caballo, olvidar lo sucedido en el desierto, olvidar también lo que el cristiano le había dicho junto al lago en forma de media luna y la manera en que la abrazó con fuerza durante la tormenta.

Aquellos recuerdos tendrían que pertenecer a otra Jutelún. Aquellas cosas tenían que ser olvidadas.

Detuvieron los caballos en una colina y miraron hacia abajo, hacia Karakoram, la ciudad de las arenas negras, capital de los mongoles azules, si se podía decir que la gente que vivía a lomo de caballo tenía una capital. Más allá de los exuberantes prados, miles y miles de yurtas de fieltro se extendían por la planicie. En el centro de aquel enorme campamento, los tejados en forma de gradas de un puñado de pagodas de madera despedían un brillo verde jade y amarillo reflejando el sol de las últimas horas de la tarde, las *stupas* de una docena de templos se alzaban hacia el cielo azul, la cúpula de la única mezquita estaba entre ellas. Más allá de la ciudad, el blanco collar de las montañas y el verde profundo de las píceas y los pinos se reflejaba en los prados anegados.

«El desierto no es más que un sueño», volvió a recordarse mientras conducía a los deshechos restos de su escolta hacia Karakoram. El desierto no era más que un sueño.

Las defensas de la ciudad no eran más que un símbolo, porque al gran kan de la horda mongola, como señor de toda Asia, no lo desafiaba nadie. Las murallas que rodeaban la ciudad sólo llegaban hasta la altura de un hombre y el foso era aún menos profundo.

La entrada a la ciudad estaba custodiada por dos tortugas de piedra. Los edictos imperiales del gran kan, incluyendo las leyes, el *yas-saq* de Gengis Kan, habían sido puestos sobre éstas. Eran lápidas de piedra enormes, de la altura de dos hombres, con dragones esculpidos en la parte superior. Estaban inscritos en la letra florida de los uigures, que los tártaros habían pedido prestada a uno de sus pueblos vasallos. «Por la fuerza del Cielo Eterno, y por orden del Gobernante Universal del Imperio de los Mongoles...».

Jutelún había viajado hasta allí sólo una vez, cuando su padre asistió al juriltay que eligió kan de kanes a Mangu. En aquella época no era más que una niña y sus recuerdos de la capital tártara eran vagos, magnificados por la inocencia de una criatura. En aquel momento le pareció desmesuradamente grande.

En realidad, sólo había un puñado de edificios en el corazón de la ciudad, las pagodas de madera del palacio que se erguían por encima de las paredes de adobe. Había algunos graneros y caballerizas de piedra sin pulir y en el aire flotaba el olor de los caballos. También había un barrio de estrechas casas de adobe cubiertas de paja, el hogar de los mercaderes mahometanos y de los plateros y fabricantes de sillas de Catay, que amontonaban en las calles llenas de barro los objetos que estaban a la venta.

El caos del mercado de ovejas los absorbió, los gritos que se proferían en una docena de idiomas y el frenético balido de los animales los rodeaban, mientras los

mercaderes mahometanos regateaban y gesticulaban. Jutelún y su escolta atravesaron a caballo las calles de barro profundo y maloliente, más allá de una gran casa de tejados rojos cuyos dinteles estaban adornados con dragones dorados.

Jutelún levantó la vista para observar las altas *stupas*, los tejados de las pagodas, la única cruz de la iglesia nestoriana. La llamada de un muecín, el canto bajo de los monjes y el golpeteo familiar de los tambores de los chamanes se oían al otro lado de las paredes del palacio. En aquella ciudad estrecha y fangosa estaba representado todo el imperio de Gengis Kan.

En aquel momento se encontraban ante las imponentes paredes del palacio, que tal vez alcanzaban la altura de veinte hombres, y que tenían dos puertas de madera maciza tachonadas de clavos. Desmontaron. Los guardias imperiales se adelantaron y les pidieron las armas, y los interrogaron acerca de lo que los llevaba hasta allí. Una vez que se identificó, Jutelún y sus compañeros fueron escoltados por el oficial de guardia y cruzaron la puerta que conducía a la casa de la aduana.

Era un edificio largo y angosto que se sostenía sobre gruesos pilares de madera. En el centro de la habitación había una estufa de ladrillos donde los guardias se calentaban las manos. Miraron a Jutelún y a sus compañeros con frialdad y recelo.

El capitán de la guardia se apresuró a llevarlos hacia delante. Cruzaron otro muro bajo y emergieron en el silencioso corazón de Karakoram.

El palacio del kan de kanes se erguía sobre el pantano en un montículo de tierra. Había sido copiado de los palacios de Catay. Los dragones se retorcían y gruñían a lo largo del peristilo, cuyos tejados de gradas estaban cubiertos de azulejos de color bermellón, jade y oro, todos alzándose hacia un infinito cielo azul.

El resto de los grandes edificios se arracimaban a su alrededor, los almacenes y tesorerías y los aposentos privados de la Estirpe de Oro, y los palacios menos importantes donde los secretarios de la corte atendían los asuntos del imperio del kan, todos conectados por pasadizos elevados.

Jutelún dejó vagar su mirada más allá del palacio y por un instante se fijó en otro montículo bajo en el extremo del recinto real cubierto con grandes yurtas de fieltro blanco. El kan de kanes y sus príncipes recibían a los visitantes en aquellos palacios, pero le resultó un consuelo saber que seguían prefiriendo dormir con un agujero para que saliera el humo por encima de sus cabezas, como verdaderos tártaros.

Para la conquistada Catay, era el «palacio de las múltiples serenidades», en cambio los tártaros lo llamaban sencillamente Qarshi, «el palacio».

Había un gran vestíbulo de entrada que se sostenía sobre gruesos postes lacados y un techo en forma de bóveda adornado con numerosos dragones dorados. Se



detuvieron ante tres puertas enormes. Cada una de ellas estaba custodiada por las figuras de un oso y un león, y el pan de oro brillaba en las tres.

Los custodios del palacio, miembros de la guardia personal del gran kan, volvieron a registrarlos en busca de armas; luego, un mayordomo se adelantó para escoltarlos al interior. Entraron por el extremo sur del vestíbulo, teniendo especial cuidado de no pisar el umbral, y los condujeron a la presencia del Poder de Dios en la Tierra, señor de tronos, gobernante de gobernantes, el gran kan de los mongoles azules.

Era el espectáculo más impresionante que había visto en la vida.

Las baldosas de color aguamarina brillaban bajo sus pies, como si caminara sobre la superficie de un lago. Las columnas lacadas en tonos rojos brillaban sobre las bases de granito. Dragones dorados se deslizaban hacia el gran techo abovedado, con las garras extendidas y las alas verdes abiertas.

El palacio estaba edificado en forma de cruz. Una larga nave corría de norte a sur, las alas del palacio se extendían de este a oeste, donde rayos dorados de luz entraban por ventanas de vidrios partidos. Seis filas de columnas, tres a cada lado de la nave, conducían al estrado, situado en el extremo norte del salón, atrayendo la atención de todos los que entraban sobre la figura reclinada sobre dos peldaños de mármol.

El kan de kanes reposaba en un sofá de ébano macizo. El trono tenía incrustaciones de oro, perlas y jade, y lo rodeaba una tienda de seda morada. Pero a pesar de la magnificencia que lo rodeaba, la corte estaba arreglada a la manera tradicional de una yurta tártara; más abajo que el del kan de kanes y a su derecha, al oeste, había otro estrado donde estaban sus hijos y sus hermanos. A la izquierda, al este, una plataforma similar para sus esposas e hijas.

A lo largo de las paredes había asientos elevados para otros integrantes de la Estirpe de Oro. Jutelún reconoció el brillo del oro en la asamblea, los espléndidos adornos de pieles y brocados, el resplandor seductor de los rubíes rojo sangre.

En el centro de la habitación ardía un fuego de brezo y raíces de ajeno.

Sin duda era magnífico. Pero de alguna manera Jutelún se sintió desilusionada por tanto esplendor.

En aquel momento se celebraba una fiesta, puesto que Karakoram todavía celebraba la elección de Ariq Böke como gran kan. El vapor se elevaba de recipientes en los que se hervía carne de cordero. Los hombres bebían kumis en enormes cuencos de plata y, con cada brindis, chamanes de blancos ropajes rociaban los cuatro rincones del lugar con un poco de leche de yegua para aplacar a los espíritus del Cielo Azul.

Junto a la puerta central, un árbol de plata servía para guardar las bebidas. Jutelún notó que los camareros encargados de atender a los invitados estaban muy ocupados.

—Os conviene esperar a que termine la fiesta —le susurró a Jutelún el mayordomo—. Entonces el khaghan os atenderá.

Cuando la fiesta llegó a su fin, la mayoría de los cortesanos situados en el lado del salón reservado para los hombres se encontraban tendidos sobre las alfombras, completamente borrachos. Entraron los cantantes, los acróbatas y los que comían

fuego para entretener a los que aún seguían en pie.

Por fin, al final de una larga cadena de plata, llevaron al salón a una onza. Su cuidador le quitó el collar y el animal subió dócilmente los escalones del trono y se dejó caer a los pies del kan de kanes.

«Un truco barato», pensó Jutelún. Ella habría preferido que el khaghan demostrara su valía encarando a la onza con una sola flecha.

El mayordomo se volvió hacia ella y la acompañó para que le transmitiera las noticias al kan de kanes.

Ariq Böke estaba repantigado en el diván, agotado por tanta bebida y tanta comida. Jutelún vislumbró una corona de piel alrededor de una barba fina y una boca cruel. Sus párpados estaban pesados. La miró con salvaje indiferencia, y le recordó a una onza, ahíta después de haber cazado, salvaje, pero convertida en dócil por el exceso. En sus dedos resplandecían rubíes del color de la sangre.

Ella lo saludó de rodillas, como correspondía, y le relató su historia. Oyó exclamaciones furibundas en el salón cuando dijo lo que les había pasado a los embajadores cristianos. Los jinetes que se los llevaron, anunció, no hicieron el menor esfuerzo por ocultar su identidad. Eran guerreros de la guardia imperial de Qubilay.

Cuando terminó su relato, se produjo un largo silencio. El kan de kanes miró a su alrededor; el entrecejo fruncido mostraba el disgusto que sentía. No cabía duda de que había bebido demasiado, pero cuando habló lo hizo con una voz bastante clara.

—Ya he soportado bastante a este Qubilay —dijo—. Mi hermano codicia el trono de Gengis Kan, que me pertenece por la acertada decisión tomada en el juriltay. Ha desobedecido el yassaq que nos dio nuestro abuelo, Gengis Kan, y tendría que temer la cólera de la horda mongola. —Sus generales manifestaron con un gruñido su conformidad—. Todos sabemos que él mismo se ha convertido en lo que todos los mongoles despreciamos —gritó Ariq Böke—. ¡En un chino, nuestro eterno enemigo! Él sabe que vosotros, su propia gente, no lo amáis, de manera que ahora vuelve contra nosotros a aquellos a quienes conquistó. Se llama a sí mismo Chung t'ung, como el emperador chino. Gobierna como un chino, con secretarios, cortesanos y empleados. ¡Hasta se hace llamar el Hijo del Cielo! ¡Adula a los chinos como si ellos fueran los vencedores y nosotros los vencidos!

Más murmullos de enfado.

Jutelún, todavía de rodillas, comprendió que posiblemente Ariq Böke conocía la noticia antes de su llegada al palacio. Su reacción le parecía cuidadosamente ensayada. Tal vez habría querido que el hecho se anunciara públicamente para proporcionarle la oportunidad de pronunciar un discurso.

—¡Tiene un Servicio de Construcción y Protección de Shang-tu! Tiene una Corte de la Cuadra Imperial, tiene una Corte del Cambio de Política Imperial, un Servicio de Forrajes. ¡Un Servicio de Forrajes! ¡Un buen caballo tártaro sólo necesita que se le

suelte en el campo para encontrar comida incluso bajo tres metros de nieve! Ha obligado a los generales y administradores chinos a coronarlo emperador de China porque sabe que nosotros, los mongoles, ¡jamás lo coronaremos kan de kanes!

Los presentes gritaron y lo vitorearon. La onza se levantó e irguió las orejas.

—¡Qubilay fue a Catay como un león y lo han convertido en una oveja! Mi hermano ha olvidado cómo se monta un caballo —gritó el peor insulto que un tártaro podía decir de otro—. ¡Marcharemos contra Shang-tu con un ejército compuesto por nuestros mejores jinetes y reduciremos a escombros su ciudad!

Se produjo un tumulto de vítores.

«La tormenta tenía que llegar —pensó Jutelún mientras los cortesanos que la rodeaban clamaban por la sangre de Qubilay—. Y por lo visto, Joss-ran es el relámpago que encenderá la mecha».

Para Jutelún, Karakoram fue a la vez una maravilla y una desilusión. Aquellos palacios de mármol y oro eran impresionantes y, sin embargo, se preguntaba si Gengis Kan habría aprobado que sus descendientes construyeran para sí palacios como los que él se pasó la vida destruyendo.

Mientras recorría la capital encontró señales de actividades inesperadas: se había cavado un canal a través de la planicie desde el río Orkhon y el agua se usaba para mover la rueda de un molino que proporcionaba fuerza a las calderas de los herreros. Pero notó que aquellos herreros no sólo fabricaban espadas y puntas de flechas, y ruedas para las máquinas de asedio, sino también picos, arados, azadones y hoces.

Con una dolorosa sacudida, comprendió que estaban cultivando la planicie. Los tártaros se estaban convirtiendo en labradores, lo que ellos siempre habían despreciado.

Pronto se le ocurrió que aunque Ariq Böke había criticado tanto a Qubilay, tampoco era como Gengis Kan. En el palacio había muchas comodidades que la asombraban y disgustaban. En el sótano se encontró con una caldera de ladrillos que llevaba aire caliente a todo el edificio por medio de tubos de piedra. De esta manera, durante la noche, todas las habitaciones del palacio estaban caldeadas. No cabía duda de que era sorprendente y un logro impresionante, pero ¿era ésa la manera en que vivía un jinete tártaro?

Y después estaba el árbol de plata que había visto a su llegada.

Gengis y los kanes de kanes que lo sucedieron habían hecho cautivos a muchos artesanos de las ciudades que conquistaron y los habían llevado consigo a Karakoram desde Persia, Catay y hasta desde la cristiandad. Entre ellos un maestro orfebre que capturaron dos décadas antes en las incursiones que hicieron en un lugar lejano llamado Hungría. A él se le encargó que construyera un árbol de plata para las fiestas que el gran kan celebraba. Lo habían concebido artísticamente con cuatro grifos de plata que rodeaban las ramas. Por cada uno salía una bebida distinta; por uno, vino de arroz; por otro, kumis negro; aguamiel por el tercero y por el cuarto salía vino tinto hecho de uvas. Debajo del árbol había una cripta en la que se ocultaba un hombre, un tubo subía de la cripta a un ángel de plata, que tenía una trompeta en la mano y estaba en lo más alto del árbol. Cuando alguna de las bebidas comenzaba a faltar, el hombre soplaba dentro del tubo y por la trompeta del ángel salía un sonido que alertaba a los sirvientes de la cocina, que se apresuraban a verter más bebida en las tinajas ocultas bajo el árbol.

De esta manera, la bebida nunca se acababa y nunca había una excusa para que un hombre permaneciera sobrio en una de las fiestas ofrecidas por el kan de kanes.

Eso en sí mismo era, sin duda, una maravilla y Jutelún no ponía ninguna objeción

a que un hombre bebiera demasiado kumis. Los hombres siempre se habían emborrachado y posiblemente siempre lo harían. Pero ¿beber lo que surgía de árboles de plata? ¿Así los habían enseñado a vivir? La fuerza de un tártaro procedía de la estepa, del viento frío, de los amplios valles y de vivir día a día de cuajada y de nieve. En el Techo del Mundo no había palacios caldeados por calderas ni árboles de plata para alimentar la molicie.

Tal vez la sangre de Gengis Kan estuviera en las venas de aquel Arik Böke, pensó, pero dudaba que latiera en su corazón.

Por lo menos la aliviaba descubrir que los soldados del gran kan rehuían el palacio y con desdén situaban sus yurtas en la planicie. Pero aquella práctica también significaba que se había creado un muro entre el gran kan y su gente. Se preguntó qué habría pensado de ello Gengis Kan.

Ariq Böke estaba sentado en el trono de ébano, en lo alto de los escalones. A sus pies, ensangrentado, estaba el cadáver de un joven. Lo habían descuartizado poco antes y de la cavidad de su estómago todavía salía vapor. El gran kan tenía un pie dentro de la terrible herida abierta.

Jutelún fue escoltada al salón por un mayordomo y una vez allí se arrodilló ante el khaghan.

—Así que ésta es Jutelún —dijo él, refiriéndose a ella como si se tratara de una curiosidad que acabara de llevarle uno de sus chambelanes. Ella esperó, mirando el pálido cadáver—. Hemos oído hablar mucho de ti. —Lanzó un gruñido, tal vez de dolor y cambió de posición en el trono—. ¿Cómo está mi primo?

—Gran kan, mi padre cabalga como un joven y lucha con hombres que tienen la mitad de su edad.

—Recibimos muchos informes de su fuerza y sabiduría. —Jutelún sintió que la miraba fijamente. Se preguntó qué querría de ella—. Te hizo un gran honor al confiar a los embajadores bárbaros a tu cuidado.

«Y fracasé —pensó Jutelún—. ¿Por eso estoy aquí? ¿Me castigarán?».

—Háblame de ellos.

—¿De los bárbaros, gran kan? Uno es un hombre santo y enfermizo que no sabe hacer magia. El otro es un guerrero, un gigante con el pelo del color del fuego. Es fuerte y también inteligente. Había aprendido a hablar como una persona.

Le hizo una seña con la cabeza al mayordomo del kan, que se adelantó con los regalos que ella había salvado del caballo del cristiano.

Ariq Böke los examinó con cuidado, primero la espada que tenía piedras preciosas incrustadas y que Jutelún encontró en la arena después de la lucha. Ella todavía sentía un nudo en el estómago cuando la miraba. Rogaba que no hubieran herido a Jossaran.

Luego el gran kan examinó el casco de malla, los guantes de cuero, el tintero de ébano y por fin los rubíes que descartó arrojándolos al suelo de mármol, con tanta indiferencia como un hombre que descarta unos granos de arroz.

—¿Eran cristianos?

Ella comprendió la naturaleza de la pregunta. Había oído comentar que Ariq Böke favorecía a los nestorianos.

—Amaban a Jesús y a los santos cristianos. Tenían una enorme estima por María. Pero también hablaban de alguien a quien llamaban el Papa que, según afirmaban, era el representante de Dios en la tierra y a quien debían obediencia.

—¿Él es su gran kan?

—No lo creo, gran kan. Por lo que alcancé a entender, el Papa no es un guerrero. Tuve la impresión de que más bien era un chamán.

Ariq Böke lanzó un gruñido, sin duda recordando que hasta el propio Gengis había tenido que ejecutar a un gran chamán para ganarse la supremacía sobre la tribu. Tal vez el rey bárbaro no hubiera sido tan sabio y había perdido el control completo de su clan, que habrían tomado los hombres santos.

—Me habría gustado conversar con esos bárbaros. No cabe duda de que tenemos mucho que aprender de ellos; sin duda, por eso mi hermano decidió arrancarlos de tu cuidado. —Volvió a cambiar de posición y fue evidente que estaba dolorido—. Sabes que pienso atacar a Qubilay.

Ella guardó silencio.

—Cuando avance contra mi hermano, ¿puedo contar con el apoyo de tu padre para proteger mi flanco?

El corazón de Jutelún aceleró sus latidos. Qaidu le había dado instrucciones de apoyar a Ariq Böke en el juriltay, pero no le había dado poder para concertar pactos militares, y menos con el kan de kanes. No cuando todo el imperio estaba en ebullición.

—Estoy segura de que protegerá su derecho a vivir como un tártaro por todos los medios.

El kan lanzó una carcajada.

—Una respuesta cuidadosa. Pero no contesta a mi pregunta.

—No puedo conocer la mente de mi padre, gran kan.

—Creo que la conoces bastante bien. Entonces, dime cómo crees que tendría que vivir un tártaro.

Jutelún sintió que el corazón le latía con dureza, casi dolorosamente dentro del pecho.

—Sobre la silla de un caballo y según el yassaq de Gengis Kan.

—Y mi hermano Qubilay. ¿Tu padre cree que vive como un verdadero tártaro?

—Como os he dicho, gran kan, no conozco el pensamiento de mi padre. Pero sé

que ha hecho el voto de defender al verdadero kan de kanes, aquí, en Karakoram.

«Bueno, hasta cierto punto», se dijo.

Ariq Böke suspiró. Miró fijamente el cadáver que yacía a sus pies.

—Es para la gota —explicó, aunque ella no había hecho ningún comentario acerca de la situación, ni habría soñado con hacerlo—. Mis chamanes dicen que debo dejar el pie ahí hasta que el cuerpo se enfríe. —Dado que no la había invitado a hablar, ella no lo hizo—. Tuve que esperar hasta la luna llena. Han orado por mí y aseguran que esto me curará. —Al ver que ella seguía sin hablar, le gritó—: Dicen que tú eres curandera.

—Sí, gran kan. Dicen que tengo ese don.

—¿Y qué piensas de los remedios de mis chamanes?

«Esto es peligroso —pensó Jutelún—. Porque si los critico, ellos cuentan con las orejas del kan y yo sin duda perderé una de las mías por haberlos criticado».

—Si un remedio demuestra que es eficaz, quiere decir que es bueno.

Ariq Böke lanzó otra carcajada como cumplido ante su astucia.

—Desde luego. Y si no diera resultado, ¿podrías tú pensar en un remedio mejor?

—Si éste no te proporcionara alivio, gran kan, tal vez lo intentaría. Pero me temo que mis pobres trucos de chamán no sean tan espectaculares.

—¿Y qué pobres trucos de chamán empleas?

—Algunos dicen que se sienten mejor después de que he hecho un sacrificio a Tengri y he puesto mis manos sobre ellos. Por mí misma, no poseo la capacidad de curar, sólo repito lo que otros me dicen.

El gran kan se levantó jadeando de dolor y dio una patada al cadáver, que cayó del estrado. El cuerpo rodó por los escalones y acabó descansando en una postura antinatural sobre las alfombras que había al pie del trono.

—Entonces pon tu mano sobre mi pie izquierdo —gritó el gran kan—. En las tres últimas lunas llenas he metido mi pie dentro del cadáver de un hombre y el único alivio que he tenido es saber que eran soldados de mi hermano. —Ella notó que los chamanes se arrastraban fuera de la habitación como sombras—. Tengo que librarme de esta gota si quiero cabalgar contra mi hermano.

—Haré lo que pueda, gran kan —dijo ella—. Pero primero tengo que encontrarme con los espíritus.

—Y para eso, ¿qué necesitas?

—Mis tambores y mi mayal. Y luego humo de cáñamo o leche fuerte de yegua.

El kan se dejó caer en el trono.

—Haz lo que quieras. ¡Pero quítame este demonio de los dedos del pie!



«Una reunión impresionante», pensó Jutelún. Reconoció a muchos miembros de la Estirpe de Oro. Durchi, el biznieto de Gengis, y Jurumshi, el primo de Durchi, ambos montados con expresión severa sobre sus caballos y vestidos con toda la armadura, y allí estaban también los hijos de Mangu, Asutai y Ürüng Tash, y Alghu, el nieto de Chaghaday, a quien Ariq Böke acababa de ceder el kanato de Chaghaday. Y allí estaba Alandar, el general de Möngkö, que parecía temible con su armadura y su casco de grandes alas. Detrás de ellos había kanes de todos los grandes clanes situados al norte del Gobi, sus grandes pabellones se veían en toda la explanada y las sedas de oro y azul cielo eran un alboroto de colores que brillaban sobre el firmamento cada vez más bajo.

Sus guardias personales sacaron a Ariq Böke de la ciudad en una litera. Lucía una vestimenta blanca decorada con oro y en su cabeza un gorro de puro armiño forrado de piel. Le rodeaba una guardia de honor formada por sus mejores soldados. Tamborileros, montados en camellos, seguían la procesión tocando aires marciales. Banderas de seda, rojas, doradas y blancas, ondeaban al viento.

Al pasar, Ariq Böke vio a Jutelún montada en su caballo y alzó una mano para ordenar a la procesión que se detuviera mientras hablaba con ella.

—¡Jutelún! —bramó.

Ella desmontó y dobló tres veces la rodilla, como lo exigían las costumbres.

—¿Vuelves al valle de Fergana?

—Sí, gran kan.

—Lamentamos que te marches. —Golpeó con el pie izquierdo sobre el suelo de madera de la litera—. Le quitaste el fuego a nuestro pie. ¡Podemos montar de nuevo! Si permanecieras en Karakoram serías nuestro chamán.

Jutelún volvió a inclinar levemente la cabeza.

—Me honras, gran kan. Pero mi padre espera que vuelva. Y si decidiera quedarme, tus chamanes me envenenarían en menos de una semana.

—Lamentamos perderte. —Se inclinó sobre el borde de la litera—. Cuando vuelvas al valle de Fergana, dile a tu padre que voy al encuentro de Qubilay y que la Estirpe Dorada cabalga detrás de mí.

—Lo haré, gran kan.

—¡Volveré con mi hermano encadenado! —gritó, y dio la orden de continuar la marcha.

Ella observó a la procesión que se alejaba por la planicie; el ejército del gran kan de los mongoles estaba una vez más en camino hacia el este, como lo había hecho incontables veces en el pasado para luchar contra el eterno enemigo: China.

Pero en aquel momento, por primera vez, los tártaros lucharían contra uno de los

suyos.

# Quinta parte

Xanadú  
Shang-Tu

De la tercera luna de verano a la  
primera luna de otoño del año del Mono

—Allí —murmuró Sartaq.

Shang-tu, capital del Hijo del Cielo, gobernante celestial de toda la tierra, se extendía delante de ellos junto a un lago del color del metal. Estaba rodeada por todos lados por montañas truncadas que a Josseran le recordaron las gibas de los camellos. Para el ojo de un cristiano, su perfil era una colisión imposible de creencias dentro de una misma ciudad; los tejados en forma de gradas de los idólatras y los minaretes de los mahometanos competían en llamar la atención, alzándose hacia el cielo por encima de los monasterios budistas de los tangutos y los pabellones pintados de Catay. Más allá de las murallas, las casas de adobe se amontonaban a lo largo de senderos zigzagueantes y de calles fangosas, salvo hacia el norte, donde brillaban al sol los tejados del palacio imperial, a través de los verdes y sombreados caminos de los parques reales.

Guillermo pronunció una oración de acción de gracias a Dios que sobresaltó a la escolta tártara. Hombre Furioso lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¡El Señor nos ha guiado y protegido durante nuestro largo viaje! ¡Alabado sea Dios!

—Me parece que tus palabras son un poco prematuras —gruñó Josseran.

—¿Acaso no hemos llegado a nuestro destino, ingrato? —preguntó Guillermo.

—Hemos viajado seis meses y soportado penalidades que no me creía capaz de resistir —contestó Josseran—. Pero vale la pena recordar que todavía estamos a mitad de camino.

Se volvió para observar el paisaje espectacular que se extendía ante él.

—No olvides que todavía tenemos que volver.

Un muro de tierra formaba un perímetro defensivo alrededor de Shang-tu. Más allá estaba la ciudad, verdes banderines ondeaban en las paredes de piedra y en las torres de vigilancia había centinelas armados que miraban hacia abajo.

Entraron por la puerta del sur a través de un gran arco. Inmediatamente los asaltaron los olores y la podredumbre de la vida humana. «En esto, por lo menos —pensó Josseran—, no es muy distinta de Saint Denis, ni siquiera de Roma». Se abrieron paso entre la multitud y las casas de madera, y Josseran notó que el ruido era cada vez menor a medida que se acercaban al palacio. Fuera de sus muros, nadie que estuviera en la calle alzaba la voz más allá de un susurro. Llegaron a otro muro, esta

vez de ladrillos y tal vez con una longitud de dos disparos de ballesta, custodiado por dos inmensas puertas tachonadas de clavos.

Los guardias reconocieron el uniforme de los guardias imperiales que los escoltaban y las puertas se abrieron.

Dentro, el silencio era completo. Josseran contuvo el aliento; después de la miseria de las calles, aquello era un santuario de paz, de grandes patios empedrados y altas pagodas con aleros girados hacia arriba y suelos de bambú lacado, de oro y jade. Centinelas de cascos dorados con visera y capas de piel de onza presidían el silencio.

El Pabellón de la Gran Armonía se alzaba ante ellos sobre una gran plataforma de tierra, de tal vez diez metros de ancho y unos treinta metros de largo. Ante una orden de Sartaq, desmontaron y subieron los escalones de mármol.

Josseran miró a su alrededor con la boca abierta de asombro. Estaba rodeado de grandes edificios, tejados altos apoyados en grandes pilares de madera tallada y dorada, contruidos sobre plataformas elevadas con suelos y paredes de mármol. Las tejas de aquellos edificios estaban pintadas en oro, azul y verde jade, y brillaban hasta tal punto que a la luz del sol parecían de vidrio. Cada palacio estaba conectado a otro por un puente de mármol.

En el corazón de aquel conglomerado se encontraba el palacio del emperador. Las paredes estaban lacadas de carmesí, lo mismo que los pilares que soportaban el triple tejado. Dragones dorados y serpientes se enroscaban por los pilares de color bermellón y se retorcían a lo largo de los aleros a gran altura sobre las cabezas de los viajeros. Las nubes blancas que se movían por el cielo producían la impresión de que eran los mismos dragones los que estaban en movimiento y que sus alas de oro los transportaban lejos de allí.

El palacio se encontraba rodeado por una vasta terraza con balaustradas contruidas con el mismo mármol de color blanco puro. Había calderos de bronce, cada uno de los cuales contenía centenares de velas de incienso, cuya fragancia daba una dulzura empalagosa al aire. Debajo de ellos había un patio embaldosado, silencioso y desierto.

Alrededor, los palacios de triple tejado de la corte real resplandecían en bermellón y oro, a la sombra de las hojas de antiguos pinos y cipreses.

—Vosotros habéis sido bendecidos entre todos los bárbaros —susurró Sartaq—. Acabáis de llegar al centro del mundo.

Dos enormes leones de piedra, cada uno de ellos del tamaño de un caballo tártaro, custodiaban la entrada, una gran puerta de bronce con otra más pequeña a cada lado.

Parecía que allí preveían la llegada de los viajeros. Un mayordomo, que vestía ropajes de seda carmesí y un gorro redondo y pequeño sin ala, los esperaba para escoltarlos a través de los portales hasta la sala de audiencias.

Les ordenaron que se quitaran las botas. El mayordomo les entregó botas altas de cuero que tenían que ponerse para no ensuciar las alfombras de seda y oro del interior.

—Recordad que no debéis pisar el umbral —susurró Sartaq—. Se considera el presagio más terrible y quien lo hace recibe los castigos más duros.

—¿Hasta los embajadores de los cristianos? —preguntó Josseran.

La expresión de Sartaq bastaba para responder a aquella pregunta.

Guillermo se preparó para la trascendental ocasión. Abrió la bolsa de cuero y se puso la sobrepelliz blanca y la estola morada que había llevado consigo durante todo el viaje desde Roma. En una mano llevaba la Biblia iluminada y el salterio. En la otra sujetaba el misal y el incensario de plata. Finalmente, se puso la cruz de plata alrededor del cuello.

Josseran pensó en los regalos que llevaba consigo desde Acre, la espada con incrustaciones de piedras preciosas, los rubíes, los guantes de cuero, perdidos en el ataque de Sartaq. Pensó también en el manto blanco con la cruz roja de la orden del Temple. Tenía la intención de usarlo en aquella audiencia con el gran kan, pero en lugar de ello aparecería vestido como cualquier otro tártaro. Se sintió un pordiosero.

—¿Estás preparado, templario? —preguntó Guillermo.

—Tan preparado como puede estarlo un hombre cuando va a conocer a un rey.

—Entonces, nos enfrentaremos con los herejes.

Josseran respiró hondo. Guillermo se le adelantó y entró en la gran corte del emperador cantando el Salve Regina.

Un espectáculo para los sentidos, un alboroto de colores, una escena de imposible esplendor para agitar el espíritu y deslumbrar los ojos. Por todas partes había seda y brocados, pieles y oro; Josseran vio personajes de Catay con sus cascos de hierro y sus ropajes de brocado carmesí, lamas tangutos con las cabezas rapadas y sus distintivos ropajes color azafrán, cortesanos de bigotes finos y caídos con el garbo de los uigures, ropajes anaranjados con altos sombreros de seda atados con un lazo. Había escribas con los ropajes ondulantes de los mahometanos junto a chamanes tártaros, casi desnudos, con barbas enmarañadas y cabellos despeinados.

Por encima de sus cabezas, entre los pilares bermellones y dorados, colgaban de las paredes las banderas triangulares blancas y verdes del emperador. Toda la escena se reflejaba en el suelo de mármol, brillante como un espejo.

Qubilay, el Poder de Dios en la Tierra, señor de los tronos, gobernante de gobernantes, estaba sentado en un alto trono de oro y marfil, con dragones de oro enredados alrededor de los brazos. Vestía ropa con brocados dorados, un casco en forma de cuenco y una piel de onza alrededor del cuello. La faja que llevaba en la cintura tenía una hebilla de oro puro.

Era un hombre bajo y corpulento, ya algo entrado en años. Tenía el pelo peinado en dos coletas que le caían por la espalda a la manera tártara, pendientes de oro en las orejas y un bigote fino y caído. Su rostro era extrañamente pálido; sus mejillas, sonrosadas. Sorprendido, Josseran comprendió que aquel efecto había sido logrado con la ayuda de cosméticos.

Su trono miraba al sur, a la manera tártara, lejos del viento del norte. La emperatriz estaba sentada a su lado, a su izquierda. A la derecha estaban sus hijos, sentados en una plataforma más pequeña, dispuesta de tal modo que sus cabezas quedaban a la altura de los pies del emperador. Ante ellos estaban las hijas. Debajo, otros príncipes de la corte, en orden descendente de privilegios, los hombres hacia el oeste, las mujeres hacia el este.

Los invitados menos importantes se alineaban a lo largo de las paredes del salón; los ministros de Qubilay que lucían curiosos cascos con ala y vestimentas chinas de brocado; mujeres chinas que usaban capas con capucha, cuyas largas cabelleras estaban sujetas a la cabeza mediante intrincados peinados sujetos por horquillas; princesas tártaras con tocados de plumas y, a lo largo de las paredes, la guardia imperial con sus cascos de visera, corazas de cuero, capas de piel de onza y mantos carmesí.

Gentes de todas las tierras situadas más allá del Techo del Mundo se reunían allí, en aquel vasto salón; los estrafalarios, los poco santos, los salvajes, los magníficos y los profanos.

Incluso en medio de aquella multitud exótica, la mirada de Jossesan se sintió atraída por los eruditos de Confucio con sus negros turbantes de seda de los que surgían dos trenzas rígidas como orejas; también atraieron su mirada sus largas uñas. Algunos habían dejado que crecieran casi hasta el largo de los dedos, como las garras de un ave negra y malévolas. Después supo que la intención de aquella moda no era la de intimidar, sino una manera de diferenciarse de la gente común, para demostrar que no se ganaban la vida con trabajos manuales.

Jossesan también notó al momento que había muchas menos mujeres que en la corte de Qaidu en Fergana. Allí, las únicas mujeres presentes parecían ser señoras de muy alto rango y eran muchas menos que los hombres. En cambio, en el gran pabellón de Qaidu no predominaba ningún sexo.

Junto a Qubilay, en el estrado, había un hombre con un *del* tártaro, pero con las facciones y la cabeza rapada de un tangut.

—Phags-pa —le susurró Sartaq.

A pesar de su vestimenta era un lama, el preceptor imperial, el consejero y hechicero principal del emperador.

La entrada de los cristianos pasó casi inadvertida porque en aquel momento se celebraba una gran fiesta. El mayordomo de la corte los condujo a la parte trasera del salón y los invitó a tomar asiento. Por lo visto, sólo los mayores se sentaban a la mesa; casi toda la corte se sentaba en las brillantes alfombras de seda diseminadas por el suelo.

Al momento les sirvieron carne de cordero hervida en hermosos platos de color canela.

Guillermo miró con disgusto la cena. Era evidente que se sentía afrentado, sentado en su sobrepelliz y todavía con las sagradas reliquias que llevaba consigo.

—Esto es insufrible —le susurró a Jossesan—. ¡Hemos viajado a lo largo de todo el mundo para presentarnos ante él y nos recibe de esta manera!

Jossesan se encogió de hombros.

—Nos conviene tener paciencia.

—¡Soy el emisario del Papa!

—Aunque fueses el mismísimo san Pedro, no creo que el emperador le diera importancia. Por lo visto tiene hambre.

Llegaron más fuentes y comieron con las manos de los cuencos de cerámica. Había huevos, cerveza de mijo, verduras crudas sazonadas con azafrán y envueltas en tortas, y algunos platos con perdices asadas. Sartaq les informó de que la fruta y las perdices habían llegado frescas aquella mañana desde Catay en el yam.

Y, naturalmente, había kumis.

En el centro del salón había una gran arca de madera que medía tal vez tres pasos, cubierta de pan de oro y con elaboradas figuras cinceladas de dragones y osos. El



arca tenía espitas de oro a cada lado, de las que los sirvientes servían kumis en jarras doradas, cada una de las cuales contenía bebida suficiente para calmar la sed de diez hombres. Una de éstas estaba puesta entre cada hombre y su vecino, con un cucharón de oro apoyado sobre el borde.

Dos escaleras conducían al estrado donde cenaba el emperador. Ceremoniosamente se subían copas llenas por una escalera, mientras las vacías bajaban por la otra, el tráfico era fluido. Josseran se dio cuenta de que los sirvientes del emperador llevaban la boca y la nariz cubiertas con trapos de seda para que su comida y su bebida no fuesen contaminadas por el aliento de los subalternos, explicó Sartaq.

Cuando el emperador se llevaba el cáliz a los labios, todos los presentes caían de rodillas e inclinaban la cabeza.

—Debéis hacer lo mismo —susurró Sartaq.

Josseran lo hizo. Guillermo permaneció sentado, con el rostro pálido de ira.

—¡Hazlo! —susurró Josseran.

—No lo haré.

—¡Lo harás o te romperé el cuello y les ahorraré el trabajo a los tártaros! — Guillermo se sobresaltó—. ¡No pondrás en peligro mi vida junto con la tuya!

Guillermo se arrodilló a regañadientes.

—¿Así que ahora le rendimos homenaje a la capacidad del demonio para la borrachera? ¡Que Dios me perdone! ¡En cualquier momento encenderemos velas delante de los miembros viriles de los bárbaros y rezaremos las vísperas mientras él desflora a una de sus vírgenes!

—Si fuera necesario —gruñó Josseran—. Lo hacemos todo en nombre de la diplomacia cortesana.

Unos músicos chinos de sombreros y vestimentas violeta, parcialmente ocultos detrás de un biombo, comenzaron a tocar sus tristes gongs y rabeles. La nuez del emperador subía y bajaba en su garganta, y el kumis le corría por la barba y por el cuello. Cuando terminó de beber, la música se detuvo, una señal para que los presentes continuaran con la cena.

Guillermo miraba disgustado y sorprendido aquella deslumbrante payasada. «La pompa del cielo —pensó—. Las maneras de los perros del demonio».

La fiesta continuó hasta que muchos de los invitados quedaron tendidos de espaldas, eructando y gimiendo por el exceso de comida y de bebida. Parecía que la bebida se le había subido a la cabeza al propio emperador.

Después de la cena les llegó el turno a los músicos y a los tragafuegos. Pero la mayoría de los presentes ya eran incapaces de apreciar su arte. Qubilay dormitaba sobre el trono.

Por fin las representaciones llegaron a su fin y un mayordomo se acercó de prisa y obligó a levantarse a Josseran y a Guillermo.

—Debéis presentaros ante el emperador —susurró Sartaq.

—¿Ahora? —preguntó Guillermo, irritado.

Había imaginado una gran entrada. Y si no fuese así, por lo menos esperaba que, al recibirlos, el rey de los tártaros estaría medianamente sobrio.

En cambio, un mayordomo y sus asistentes los condujeron poco ceremoniosamente hacia el centro del salón. Él y Josseran fueron prácticamente arrojados de rodillas delante del trono, como si fueran prisioneros.

El mayordomo los anunció y el salón quedó en silencio. De repente todas las miradas se clavaron en ellos.

El emperador se despertó a regañadientes. Estaba hundido en el trono y parpadeaba con lentitud. El lama Phags-pa se encontraba a su lado con una expresión pétrea en el rostro.

Josseran respiró hondo.

—Me llamo Josseran Sarrazini —comenzó a decir—. He sido enviado por mi señor, Tomás Berard, gran maestro de los caballeros templarios en Acre, para traeros palabras de amistad y de felicidad.

Qubilay no pareció escuchar su discurso. Se había vuelto hacia el lama Phags-pa y le susurraba algo al oído.

Cuando Josseran terminó de hablar, el tangut se aclaró la garganta.

—El Hijo del Cielo desea saber por qué tienes una nariz tan grande.

Josseran se dio cuenta de que Sartaq lo miraba. Notó que contenía una sonrisa. Sin duda se estaba preguntando si tendría intenciones de cumplir con su amenaza de despanzurrar al siguiente tártaro que hiciera comentarios sobre su prominente nariz.

—Dile que entre mi propia gente no se la considera tan larga.

Otro intercambio de palabras susurrado.

—Entonces el Hijo del Cielo piensa que tenéis que ser gente de grandes narices. ¿Habéis traído regalos?

Josseran asintió con la cabeza en dirección a Guillermo, quien comprendió que aquél era el momento en que tenía que hacer su entrada en escena. Con aire reverente, extendió el misal y el salterio.

—Dile que éstos son regalos para ayudarlo en una nueva y gloriosa vida en Cristo —le dijo a Josseran. El mayordomo llevó los volúmenes sagrados al trono, donde Qubilay los examinó con la esmerada concentración del que ha bebido demasiado.

Abrió el salterio. Estaba precedido por veinticuatro páginas iluminadas sobre la vida de Jesucristo y volvió varias de las páginas que por unos instantes parecieron entretenerlo. Después dirigió su atención al misal que estaba ilustrado con figuras de santos de pie y de una Virgen sentada con el Niño, grabados al aguafuerte en azul y

oro. Clavó un dedo en una de las ilustraciones, le hizo un comentario a su hechicero y luego hizo a un lado los libros sagrados con tanta indiferencia como si fueran huesos de pollo. El misal y el salterio cayeron al suelo de mármol. Josseran oyó el suspiro de Guillermo y comprendió que ni sus apariencias ni sus presentes habían causado muy buena impresión en el gran señor. Él tendría que salvar en lo posible la situación en que se encontraban.

—Tú eres aquél a quien Dios ha concedido gran poder en el mundo —dijo—. Lamentamos tener poco oro y plata para ofrecerte. El viaje desde el oeste ha sido largo y arduo, y pudimos traer pocos regalos. Lamentablemente perdimos los otros que te traíamos... —Estuvo a punto de añadir: «... cuando fuimos secuestrados por tus soldados», pero se corrigió—... perdimos los otros regalos a lo largo del camino.

Qubilay estaba confuso por el exceso de comida y de bebida y a punto de volver a dormirse. Se inclinó y murmuró una respuesta al tangut que estaba a su derecha. Josseran comprendía ese proceder del poder, un rey no se rebajaba a hablar directamente con suplicantes, incluso siendo embajadores de otro reino.

—Así como el sol disemina sus rayos, el poder del señor del cielo se extiende por todas partes —contestó el lama Phags-pa—, por lo tanto no tenemos ninguna necesidad de vuestro oro ni vuestra plata. El Hijo del Cielo te agradece tus pobres regalos y desea conocer el nombre de tu acompañante. También pregunta qué asunto os trae al Centro del Mundo.

—¿Y ahora qué dice? —susurró Guillermo junto al hombro de Josseran.

—Desea saber quiénes somos y por qué estamos aquí.

—Dile —indicó Guillermo—, dile que estoy en posesión de una bula papal. Es para presentarme a mí, Guillermo de Augsburgo, prelado de su santidad el Papa Alejandro IV a su corte. Me concede el derecho a establecer la Sagrada Iglesia Romana dentro de su Imperio y a envolverlo a él y a todos sus súbditos en el abrazo de Cristo, bajo la autoridad del Santo Padre.

Josseran tradujo las palabras de Guillermo pero omitió mencionar que Guillermo tenía que establecer la autoridad papal en Shang-tu. Pensó que era un poco prematuro.

Miró a su alrededor, los cuerpos de innumerables cortesanos se amontonaban en el suelo como cadáveres, algunos de ellos con vino saliéndoles por la boca. Extraño. En algún lugar, cerca de ellos, un tártaro dormido eructó. Otro comenzó a roncar, ahíto de bebida. Ninguno de los cortesanos les prestaba la menor atención.

—Dile que tiene que escuchar con mucha atención lo que tengo que decirle —decía Guillermo—, para que pueda seguir las instrucciones que le envía el Papa, que es el emisario de Dios en la tierra, y así llegar a reconocer a Jesucristo y adorar Su glorioso nombre.

Josseran se quedó mirándolo.

—¿Te has vuelto loco?

Guillermo mantuvo la mirada fija en Qubilay.

—Díselo.

«Estás loco —pensó Jossesan—. Es una suerte que esté aquí para protegerte y que conozca los caminos de la diplomacia mejor que vosotros los clérigos».

—Damos gracias a Dios por haber llegado a salvo —le dijo Jossesan a Qubilay—, y le rogamos a Nuestro Señor, cuyo nombre es Cristo, que conceda una vida larga y feliz al emperador.

Guillermo continuó hablando porque en ningún momento se le ocurrió que Jossesan podía no haber traducido textualmente sus palabras.

—Y ahora dile que exigimos que ponga fin a la devastación de tierras cristianas y aconséjale que si no quiere el fuego eterno tendría que arrepentirse inmediatamente y prosternarse ante Jesucristo.

Jossesan no creía lo que acababa de oír. Tras una década de tratar con clérigos en Ultramar, creía que ya conocía toda su arrogancia.

Volvió su atención hacia Qubilay.

—Gran Señor, nuestro rey nos ha enviado para sugerirte una alianza.

Por primera vez el emperador pareció salir de su estupor. Abrió los ojos y le susurró algo a su preceptor.

—El Hijo del Cielo desea saber más sobre la alianza de la que hablas —dijo el lama Phags-pa—. ¿Una alianza contra quién?

—Contra los sarracenos de occidente. Tu gran kan Hulagu considera que son un enemigo común que tiene con nosotros. Mi señor me pidió que viniera a ofrecerte una solemne alianza contra ellos.

Pareció que el emperador pensaba en la propuesta. «El momento tal vez sea propicio —pensó Jossesan—. Si en realidad le disputan su trono, tiene que interesarle saber que sus fronteras occidentales están seguras antes de enviar contra ellas a aquel Hulagu».

Esperó largos minutos la meditada respuesta del emperador. Luego oyó un fuerte ronquido. El gobernante de gobernantes acababa de caer en el sueño de los borrachos.

—El Hijo del Cielo escucha tus palabras —dijo el lama Phags-pa—. Dice que las pensará y que volverá a hablar contigo.

Y así los despidieron.

Al salir de la sala de audiencias, Jossesan notó que la regla que Sartaq les había recomendado en tono amenazador, de no pisar el umbral, no era una obligación que debían cumplir los guardias. Tal vez porque el gentío era incapaz de observarla. En realidad, el umbral estaba a casi treinta centímetros de altura y una serie de cortesanos no sólo lo pisaron sino que varios de ellos cayeron directamente en él,

boca abajo, completamente borrachos.

### 3

—Es un guarro y un borracho —susurró Guillermo en cuanto salieron del salón—. ¿Has notado sus modales despóticos? A pesar de todo el lujo que los rodea, son bárbaros.

—Sin embargo, somos nosotros los que hemos viajado seis meses para hablar con él. Qubilay no sintió la necesidad de viajar a Acre. Ni a Roma.

Pero Guillermo no lo escuchaba.

—¿Qué respondió a las palabras que le dirigí? —preguntó—. Tienes que repetirme todo lo que dijo.

—Sus últimas palabras antes de quedarse dormido fue que esta noche el mayordomo debía enviar una virgen a mi cámara junto con una docena de jarras de kumis.

—No esperaré nada mejor de ti si aceptaras ese regalo —dijo Guillermo con desprecio—. ¿Me mencionó a mí?

—Sí, lo hizo.

—¿Y?

—Cuando le dije que eras un fraile de Santo Domingo ordenó que fueras desollado vivo y que colgaran tu piel en su yurta.

Josseran se volvió y se alejó. Habían viajado seis meses hasta llegar al fin del mundo, habían arriesgado su vida de muchas maneras, y tenía la sensación de que todo había sido en vano. No quería tener nada más que ver con aquel arrogante y estúpido clérigo.

Ya lo había soportado lo suficiente para una docena de vidas.

Guillermo salió vagando, con la mente y el corazón en un torbellino. Debido a que su fe era ciega a cualquier obstrucción, había salido de Roma esperando la grandeza para sí mismo. Estaba convencido de que Dios había preservado aquella misión para él, un destino que sólo él podía cumplir; la salvación de las almas paganas que de otro modo estarían condenadas al fuego del infierno, cicatrizar los males de las salvajes hordas tártaras, una alianza militar contra los sarracenos de Tierra Santa. Se había prometido a sí mismo nada menos que la salvación de la cristiandad.

Pero en cambio acababa de ser tratado con ignominia, le habían asignado un templario herético como escolta y acompañante, ni siquiera había convertido una sola alma para que sus sufrimientos valieran la pena.

Hasta comenzaba a dudar de sí mismo.

La ciudad interior alojaba al emperador y a su corte. Pero lejos de los mármoles brillantes y de los techos dorados, Shang-tu era tumultuosa y mísera, como todas las otras grandes ciudades que Guillermo había visto en la cristiandad, en Ultramar, o allí, en Catay.

Las calles eran un hervidero, una masa de gente y de animales. Mulas demasiado cargadas eran castigadas por sus dueños con cañas de bambú, carros tirados por bueyes pasaban traqueteando, cargados con sacos de grano. Una gran señora se balanceaba a través de la multitud en una litera bordada, con horquillas de jade en el brillante pelo negro y pendientes de piedras preciosas que se mecían golpeando sus mejillas. Obreros con cestas de mimbre y jarras de barro cocido suspendidas en largos palos lo golpeaban al pasar. Todo el mundo se empujaba en medio de un ruidoso tumulto.

A diferencia de los cortesanos que había visto en el palacio, la gente pobre de Shang-tu usaba túnicas sencillas y pantalones de tela de cáñamo, se cubrían la cabeza con pequeños turbantes y calzaban zuecos. Igual que los tártaros, la mayoría de ellos estaban completamente afeitados, aunque algunos tenían largos bigotes o una barba rala, parecida a las de las cabras.

Las casas eran estrechas cabañas de tablones de madera o de ladrillos crudos y descansaban una contra su vecina de manera tal que formaban una larga fachada. Las ventanas estaban cubiertas con tiras rotas de cáñamo.

Las calles eran un infierno de ruidos. Los comerciantes de cañas de azúcar atraían a sus clientes golpeando un trozo de bambú hueco y los vendedores ambulantes de las esquinas y los buhoneros, de pie junto a sus puestos cubiertos de tela, trataban de superar a los demás ofreciendo a gritos su mercancía. En un callejón, Guillermo oyó el fragor de una pelea de gallos. Los únicos silenciosos eran los sinuosos portadores de agua de rostros delgados, que recorrían las calles, destacando por el peso de la carga los músculos de los brazos tensados como cuerdas; o permanecían sentados en el umbral de los establecimientos de baños, con los rostros marcados por el sufrimiento.

Por todas partes los ojos obsesionados y extenuados de los pobres.

Junto al río, cerca de los puentes, donde la congestión era peor, los que se dedicaban al entretenimiento se reunían para ejercer su oficio ante la multitud. Vio a un acróbata con la cabeza entre las piernas, hombres que hacían juegos malabares con grandes jarras de barro cocido, tragaespadas, y un hombre que tenía un solo brazo y llevaba un oso amaestrado.

Había un titiritero, un hombre cuyas piernas se veían por debajo de una caja cubierta con cortinas, y algunos actores que representaban piezas burlescas para la multitud. Guillermo no comprendía una sola palabra de lo que se decía, pero los de

Catay parecían disfrutar de la representación y reían de una manera casi escandalosa. El entretenimiento se detuvo de repente cuando una tropa de soldados del emperador apareció en el puente. Entonces los actores se escabulleron con rapidez.

Guillermo imaginó que los tártaros debían de ser el blanco de la pequeña pantomima.

Mientras recorría las calles, reconoció los monasterios, las pagodas y las idólatras. Al pasar por delante de una ventana, vio un grupo de ancianos de barba blanca y oyó el cántico del Corán. Esto lo hundió en una desesperación más profunda. ¿No habría allí ningún lugar para Dios?

Entró por casualidad en un pequeño patio con una arcada, era una casa de té frecuentada por ricos comerciantes y por cortesanos de palacio. Miró por las ventanas abiertas que daban a la calle. Linternas de colores bermellón y dorado colgaban de los aleros, en las paredes había acuarelas y finas caligrafías. Un grupo de muchachas cantantes y de cortesanos se apoyaban en la balaustrada pintada, invitando a quienes por allí pasaban a reunirse con ellos para beber té y vino de flor de ciruelo. Riendo, llamaron a Guillermo, que se volvió y huyó.

Se topó con una pared de tierra seca con una sola puerta pequeña que se abría a la calle. Al mirar hacia arriba vio una tosca cruz de madera en lo alto del tejado. Contuvo el aliento. Sin atreverse a dar paso a la esperanza, se aventuró a entrar.

Estaba oscuro, el aire pesado con polvo e incienso. En el altar ardía la luz amarilla de una lámpara de aceite. Se acercó más y comprobó que el altar estaba cubierto con un mantel de oro, y que la tela estaba bordada con imágenes que le resultaban más familiares que la suya en el espejo.

Miraba lo que parecía una Virgen y, junto a ella, san Juan Bautista.

Jadeó y se santiguó.

De repente se sintió sobrecogido por la emoción.

—Dios está aquí—susurró—. Aquí, en Catay. El preste Juan ha estado aquí antes que yo.

Allí, brillando en las sombras, había una gran cruz de plata engarzada con jade y turquesas. La única diferencia con el crucifijo que él amaba era que no tenía la figura de Cristo sobre ella. Junto a ella había una pequeña estatua de María y una pesada caja de plata, similar a los tabernáculos que él usaba en Augsburgo para guardar las hostias consagradas.

Guillermo supo entonces lo que era ser Pablo en el camino de Damasco. Experimentó un instante de revelación divina. En aquel momento tenía su visión de Cristo. Le confirmó que Dios, sin duda, le había confiado una sagrada misión y se maldijo por sus dudas.

Cayó de rodillas y murmuró una oración de acción de gracias a Dios. Allí, en el



corazón de la oscuridad, acababa de encontrar al Salvador. Dios había extendido su mano hasta Catay. Después de todo, la fábula del preste Juan era cierta.

Cuando comenzó a recitar las palabras del Padrenuestro, una figura emergió de la oscuridad en la parte trasera de la iglesia.

Guillermo se puso en pie.

—Me llamo Guillermo —dijo en latín—. He sido enviado por el Papa, que es el Vicario de Cristo en la tierra, para traeros la bendición de una sola fe verdadera y conducirlos a la protección del Santo Padre.

—Yo soy Mar Salah —contestó el sacerdote en turco—. Soy el patriarca de Shang-tu. He oído hablar de ti y no te quiero en mi iglesia. Sal de aquí.

Guillermo se apresuró a volver al palacio por las calles de Shang-tu, excitado y turbado a la vez por lo que acababa de descubrir. Encontrar una iglesia de Cristo allí, en aquel nido de bárbaros, era un milagro que no esperaba. Pero no se engañó con respecto a los obstáculos que tenía por delante. Ante todo tendrían que desenraizar la herejía, como lo habían hecho en el Languedoc.

No pudo comunicarse directamente con el sacerdote, para eso le haría falta el templario. Pero no cabía duda de que el hombre con quien se acababa de encontrar era un hereje, infectado por las blasfemias de los nestorianos. Prácticamente había echado a Guillermo de la iglesia.

Pero encontraba consuelo en ello porque durante el viaje comprobó personalmente que aquellos nestorianos habían sido enérgicos en llevar la palabra de Jesús a Catay. Pudo visitar una de sus iglesias en Gaochang, se enteró por la bruja tártara de que había otra en Karakoram. Eso facilitaría mucho su trabajo. Lo único necesario sería atraer aquella iglesia rebelde al redil y entonces tendrían un punto de apoyo entre los tártaros.

Era la tarea que Dios había elegido para él. Y estaba preparado.

—El Señor está aquí —dijo Guillermo.

Josseran lo miró fijamente, el fraile estaba pálido y tenía un brillo extraño en los ojos.

—Hay una casa en la ciudad —continuó diciendo Guillermo—. Tiene una cruz encima de la puerta y dentro hay un altar e imágenes de santos. Los sacerdotes son evidentemente herejes, pero demuestra que aquí la gente conoce a Cristo. ¿Comprendes? La palabra del Señor ha llegado hasta aquí. ¿No es un milagro?

Josseran asintió con la cabeza. Encontrar cristianos de cualquier clase allí, en el corazón de Catay era, como decía Guillermo, nada menos que un milagro. Pensó en lo que eso podía significar para ellos y para la expedición que llevaban a cabo. La esposa de Hulagu, la cuñada de aquel Qubilay, era cristiana. ¿Quién más entre los tártaros poderosos habría también abrazado la fe de Cristo?

Guillermo continuó barboteando, excitado, perdido en un futuro idílico.

—Lo único que necesitamos es llevar de nuevo a los brazos de Roma a los seguidores de la herejía nestoriana, y junto con los tártaros no sólo podremos desterrar a los mahometanos de Tierra Santa, ¡sino tal vez de la faz de la tierra!

Algo muy poco probable, pensó Josseran, teniendo en cuenta la cantidad de tártaros que eran también seguidores de Mahoma. Pero si había una iglesia cristiana allí, en Shang-tu, sin duda prometía mucho para el futuro.

—¡Tienes que venir enseguida conmigo a hablar con ese sacerdote!

Josseran negó con la cabeza.

—Nos conviene ser un poco más circunspectos. No olvides que al fundador de esa iglesia lo echaron de Constantinopla los sacerdotes romanos. No es probable que nos aprecien.

Guillermo asintió con la cabeza y se calmó.

—Tienes razón, templario. Mi amor por Dios me hace temerario.

—Tenemos que aprender más acerca de los tártaros y de su rey antes de actuar.

—Sí, sí, tengo que aprender a ser paciente. —Cogió a Josseran por los hombros y por un momento terrible el templario creyó que se disponía a abrazarlo—. Tengo la sensación de que estamos destinados a hacer un buen trabajo aquí —dijo—. Ahora iré a rezar. Debo darle gracias a Dios por esta señal y oír en silencio su palabra.

Se volvió y salió de la habitación.

Josseran suspiró y se acercó a la ventana. Era tarde y la noche había caído sobre la ciudad. Se sintió repentina y desesperadamente cansado. Las palabras de Guillermo resonaban dentro de su cabeza. «Tengo la sensación de que estamos destinados a hacer un buen trabajo aquí».

Qué extraño sería que él pudiera servir allí a la causa de Dios; alguien como él, que durante toda su vida se había considerado hundido en el pecado.

Sus habitaciones en el palacio eran suntuosas. La cámara de Josseran tenía cortinas de seda y armiño. La cama no se parecía a las que había visto; tenía un marco labrado y estaba cerrada en tres de sus lados por tabiques de los que colgaban delicadas acuarelas de cascadas y arboledas de bambú, todas pintadas en satén blanco. La cama en sí era de juncos cubiertos de seda.

En la habitación había varias mesas bajas lacadas de negro y exquisitos floreros y ornamentos en forma de elefantes y dragones, todos hechos de jade. Pero el objeto más curioso era un gato de porcelana dentro de cuya cabeza se ocultaba una lámpara de aceite. Por la noche, cuando la lámpara estaba encendida, los ojos del gato parecían brillar en la oscuridad.

La habitación olía a incienso y a sándalo. Algo bien diferente, pensó Josseran, de las desnudas paredes de ladrillos y la dura cama de madera de su celda de monje en Acre.

Toda aquella ciudad era un sueño. «Si alguna vez vuelvo al Languedoc, la gente me llamará mil veces embustero».

Cayó extenuado en la cama y se quedó dormido.

A la mañana siguiente, Sartaq lo despertó. Le informó de que había sido asignado

como escolta de Josseran mientras estuviera en Shang-tu, y su primera misión era acompañarlo hasta el tesorero de Qubilay, Ahmad. Lo condujo hasta uno de los grandes palacios que había al otro lado de la gran corte. Un mahometano de barba grisácea y vestido de blanco esperaba su llegada en una gran habitación oscura de madera de cerezo, una de cuyas paredes se abría al jardín. Ahmad se encontraba sentado con las piernas cruzadas, sobre suntuosas alfombras de colores granate y azul, rodeado por sus subalternos. A su alrededor había papiros envueltos en husos de madera, un ábaco y montones de papeles.

A Josseran le entregaron, sin ceremonia alguna, parte de los papeles. Éstos, explicó Ahmad, eran a cambio del incensario y de la cruz de plata de Guillermo que debían ser entregados en el acto.

Eran desde ese momento propiedad del emperador.

Y con eso lo despidieron.

Josseran encontró a Guillermo rezando los maitines en su cámara. Esperó hasta que el fraile terminara sus súplicas y en cuanto se puso en pie le entregó los papeles que acababa de recibir.

—¿Qué es esto? —preguntó Guillermo, mirándolos asombrado.

—Es a cambio del incensario y de la cruz de plata —contestó.

—¿El incensario?

—Y la cruz de plata. El emperador tiene que tomar posesión de ellos.

—¡Por supuesto que no! No los traje como regalos.

—Parece que no importa. Se me ha informado de que todos los objetos de oro y de plata son del reino, por ley, y son tomados por el emperador para la tesorería. Es una ofensa que cualquiera que no sea Qubilay posea esos metales. A cambio te da esto.

Guillermo se quedó mirando los papeles que tenía en la mano. Habían sido hechos de corteza de morera y llevaban el sello bermellón del emperador. Estaban escritos por ambos lados con letras uigures.

—¿Papel? —preguntó Guillermo—. ¿Esto es otra ofensa?

—Lo llaman papel moneda. Puedes cambiarlos por mercancías como si se tratara de monedas.

—¡Te toman por tonto!

—Al contrario, hermano Guillermo. Fui con Sartaq al bazar y compré estas ciruelas. Los vendedores cogieron mi papel sin un solo murmullo y me dieron estas monedas de cambio.

Levantó una cadena de monedas, cada una de las cuales tenía un agujero en el centro y estaban unidas por un hilo fino.

Guillermo miró fijamente los papeles que tenía a sus pies. Papel moneda. ¿Quién

habría oído hablar de algo semejante? Se volvió hacia la ventana. Un león dorado le rugió desde el alero de bambú. Rodeado de barbarie.

—Protestaré directamente ante el emperador. ¿Cuándo será nuestra próxima audiencia? Tenemos mucho de que hablar.

—Nos ha concedido audiencia esta tarde.

—Esperemos que esta vez no esté borracho.

—Esperemos que esta vez le hables como corresponde hablarle a un gobernante y no como a un mendigo que ha llegado a tu iglesia para que lo confieses.

—No trates de enseñarme cómo conducir los asuntos de la Iglesia. Estamos aquí para salvar almas.

—Estamos aquí para salvar Tierra Santa. Te lo digo ahora, hermano Guillermo, tal vez no te guste mi piedad, pero si no nos alejamos de aquí con algún tratado con estos tártaros, nunca volverás a caminar por los valles de Nuestro Señor. —Le arrojó el resto de los papeles del emperador y salió—. Ahí tienes —dijo—. Cómprate algunas ciruelas.

En Catay, los súbditos de Qubilay estaban clasificados por categorías. La elite la constituían los propios tártaros, y por debajo de ellos estaban las gentes de Asia Occidental y Central, los mercaderes, artesanos, cortesanos, soldados y religiosos. La categoría más baja era la de los chinos, lo cual los convertía en virtuales parias en su propia tierra. Incluso los cortesanos que abrazaban la religión de Confucio eran mirados con la mayor desconfianza.

Josseran se desilusionó al enterarse de que los mahometanos estaban representados en la corte de Qubilay. Hasta tenían su propio barrio en la ciudad, con bazares, un hospital y una iglesia. No se les había impuesto el idioma tártaro y muchos de ellos seguían usando su florida escritura arábiga para todo lo referente al comercio.

Josseran notó que dentro del palacio se hablaba árabe y persa, así como el idioma tártaro y otros que él hasta entonces nunca había oído. El idioma turco de los uigures era común para todos. Los tártaros escribían sus edictos en lo que ellos llamaban escritura Phags-pa, así como en uigur y en los caracteres extrañamente hermosos de los chinos.

Shang-tu era un crisol de gentes y de razas, un resultado directo de la política tártara. Qubilay había llegado a Catay más de dos décadas antes con la misión de anexar esas tierras que le fue concedida por su tío, el entonces kan de kanes Ogoday. Muy pronto comprendió que sus generales tártaros no eran administradores sino guerreros. Trataban a los campesinos con brutalidad e imponían a la población impuestos tan severos que los llevaban a la rebelión. Qubilay comprendió que era necesario emplear una nueva política y adoptó el ideal de gobierno del confucianismo, largamente respetado por los chinos, que declaraba que aunque el gobernante tenía el Mandato del Cielo tenía que confiar en ministros sabios para que lo ayudaran y aconsejaran.

Pero Qubilay no confiaba en los ministros adeptos a Confucio de la administración vasalla de China, de modo que se volvió hacia otros para que lo ayudaran a dirigir la enorme maquinaria de gobierno. Sólo retuvo a un puñado de sirvientes civiles chinos y luego nombró escribas persas, hombres santos tibetanos, un consejero nestoriano, ministros uigures, artistas, eruditos, filósofos e ingenieros de todos los rincones del imperio. Sartaq explicó que los mahometanos encontraron especial favor porque muchos de ellos tenían participación en el comercio de la Ruta de la Seda y por lo tanto eran empleados como administradores financieros.

Josseran recordó que Ahmad, el tesorero de Qubilay, era mahometano.

Pero aquel arreglo no era beneficioso para su misión. Cuando salió de Acre, él y sus compañeros latinos creían que la presencia de cristianos entre los tártaros

significaba que su causa encontraría el favor especial del kan. Pero Josseran ya tenía claro que dentro del imperio tártaro se podía encontrar cualquier tipo de religiones. La particular crueldad de Hulagu hacia los sarracenos de Alepo y Bagdad no era típica.

Era extraño que comprendiera que los tártaros persiguieran a los sarracenos, y que la tolerancia de Qubilay hacia todas las religiones le resultara sorprendente.

—No comprendo a estos tártaros —le dijo a Guillermo—. Son los conquistadores de todas las tierras por las que hemos viajado durante seis meses y, sin embargo, permiten que los mahometanos y los idólatras practiquen con libertad sus respectivas religiones. Hasta algunos de ellos adoptan a sus dioses. Dicen que la favorita de Qubilay es una idólatra y que adora a ese Borcan del que tanto hablan. En Fergana, Qaidu era un mahometano reconocido. Y según todos los informes, la esposa de Hulagu es nestoriana.

—Es una debilidad en ellos —contestó Guillermo—. Una debilidad que tendríamos que explotar.

—Me resulta difícil odiarlos por su tolerancia.

—¿Tolerancia? La verdadera fe no admite tolerancia. Estos tártaros no tienen un dios duradero, de manera que buscan otro. Por eso el Señor nos ha traído hasta aquí. Para enseñarles el único y verdadero camino.

«Tal vez —pensó Josseran—. Sin embargo, en Tierra Santa podría irnos mejor si empleáramos cierta tolerancia».

Guillermo leyó su expresión.

—Veo que has sido infectado por las herejías.

—Sólo compruebo que han conquistado medio mundo mientras que nosotros sólo retenemos unos pocos castillos en Ultramar. Tal vez tengamos algo que aprender de ellos.

—¿Aprender de ellos?

—A pesar de su total falta de buenos modales, ¿no te resulta notable que extiendan su tolerancia a los musulmanes e idólatras y cristianos además de sus propios dioses?

Guillermo le dirigió una mirada condescendiente.

—Que le presten el debido respeto a Cristo es lo que debe ser. Pero que extiendan su civilización a los sarracenos y a los idólatras es un crimen contra Dios.

—He oído decir que todas las religiones vivían lado a lado en Jerusalén hasta que llegamos nosotros, los francos, con fuego y violencia. Estos tártaros pueden decir lo mismo, que no deseamos traerles la paz de Dios, que sólo buscamos ejercer poder sobre ellos. Me resultaría difícil defender mi fe ante tales acusaciones.

—¡Eres un imbécil! La única manera para un cristiano de defender su fe de los

incrédulos es clavar su espada hasta la empuñadura en las entrañas del pagano. Hacer menos es negar el bien y quedar inmerso en el pecado.

—Tú eres sacerdote —contestó Jossesan—, de manera que estoy seguro de que tienes razón.

Ya había discutido bastante con aquel fraile. Podría haber dicho que había visto suficientes entrañas humanas en Ultramar, tanto las de sus compañeros como las de sus enemigos. La matanza nunca le había parecido algo sagrado y no creía que fuera a cambiar de opinión. Pero guardó silencio. Nadie ganaba jamás una discusión con un clérigo.



Para aquel segundo encuentro no se reunieron con el emperador en el gran salón de audiencias sino que los escoltaron a lo largo de un par de puertas techadas hacia un refugio que había en un parque, detrás del palacio. Aquel palacio, le comentó Sartaq a Josseran, estaba reservado para el placer personal de Qubilay.

Era el jardín más maravilloso que Josseran hubiera visto en su vida. Grandes pabellones embaldosados anidaban entre sauces y bambúes, el sol brillaba como el azogue sobre las aguas quietas de un gran lago. Gordos peces dorados, que los habitantes de Catay llamaban peces de larga vida, nadaban perezosamente a la sombra que arrojaban puentes con balaustradas de piedra tallada. Los pavos reales los observaban con el frío recelo de reyes y los cisnes blancos nadaban tranquilamente entre capullos de loto o estiraban sus largas alas al sol.

Un paraíso en la tierra.

Pasaron por una avenida de sauces y delante de ellos Josseran vio la gran yurta blanca del emperador; en todo caso, era un recuerdo, puesto que sus detalles de lujo se burlaban de la herencia de los tártaros. Se erguía sobre un montículo de tierra y estaba rodeada por patios de piedra y por sauces llorones.

Por encima de los árboles flotaba un sol de papel azul y una mariposa azul y anaranjada, las cometas de brillantes colores de los hijos de los cortesanos.

Se detuvieron fuera de la gran yurta, a la espera de que apareciera un mayordomo. Mientras esperaban a que los admitieran, Sartaq le susurró a Josseran que debían acercarse de rodillas al trono del emperador.

Josseran transmitió esas instrucciones al fraile con el previsible resultado.

—¡Me niego! —susurró Guillermo—. ¡Ya he hincado bastante la rodilla ante estos salvajes! ¡De ahora en adelante sólo hincaré la rodilla ante Dios!

—En estas tierras, el emperador es Dios —dijo Josseran.

—¡Blasfemia!

—Cede ante el César.

Guillermo vaciló. Su rostro delataba una docena de emociones conflictivas. Por fin, sin decir palabra, pareció aceptar la sabiduría de lo que decía Josseran. El mayordomo llegó a buscarlos y en cuanto entraron en la yurta cayó de rodillas junto a Josseran y así se acercaron de nuevo al Hijo del Cielo.

Dentro de la gran yurta hacía calor. Los cortesanos, con sus vestimentas de brocado rojo y sus curiosos cascos, estaban ocupados haciendo uso de sus abanicos de seda

redondos y rígidos, decorados con acuarelas y caligrafía, que aleteaban como mil mariposas pintadas de brillantes colores. Josseran también notó que muchos llevaban vasos pequeños y delicadamente tallados en los que de vez en cuando expectoraban para no verse obligados a escupir en las alfombras del emperador. Detrás de un gran biombo tocaban músicos tártaros; los laúdes de dos cuerdas, los gongs y los tambores creaban melodías que para los oídos occidentales de Josseran resultaban chirriantes.

Llegó a la conclusión de que aquel día el emperador parecía mejor dispuesto a recibirlos. Por lo menos estaba sobrio. Se encontraba reclinado sobre un trono de oro y marfil que tenía incrustaciones de perlas y jade. Su ropa era acorde con tanta magnificencia, un casco bordeado de oro y vestimenta de seda carmesí. Calzaba botas de cuero con las puntas giradas hacia arriba, al estilo tártaro. Aquella vez no tenía a su lado a Phags-pa como intermediario. Su inteligencia no había sido turbada por la bebida y sus ojos dorados eran tan vigilantes y lánguidos como los de un gato.

Guillermo y Josseran tuvieron que permanecer de rodillas, pero un ayudante les alcanzó una taza de plata llena de kumis negro y los invitó a beber.

Guillermo se negó.

—¿No le gusta nuestro kumis?

Le preguntó directamente a Josseran el emperador al ver que Guillermo rechazaba la taza.

—Nuestra religión no le permite beber —contestó Josseran.

—Ésa no ha sido mi experiencia con cristianos —dijo el emperador enigmáticamente—. Pero ¿a ti se te permite?

—Yo no soy sacerdote.

—¿Así que te gusta nuestro kumis?

—Me gusta mucho.

—¿Y te gusta el cáliz?

—Es espléndido —contestó Josseran mientras se preguntaba hacia dónde los llevaría aquella conversación.

—Se llama la Cólera de Gengis Kan.

Josseran lo observó, haciendo conjeturas acerca de los motivos por los que se lo consideraba tan valioso. Era un gran cuenco bañado en plata, pero muy sencillo y sin decoraciones.

—Fue hecho con el cráneo de un jefe que se atrevió a desafiar a mi abuelo —explicó Qubilay—. Mi abuelo lo capturó y ordenó que lo hirvieran vivo en un caldero. Cuando el jefe estuvo muerto le cortó la cabeza con su propia espada y ordenó que bañaran su cráneo en plata. —Hizo una pausa para permitir que sus invitados digirieran aquella información—. ¿Tenéis vasos así en tierras bárbaras?

Consciente de la amenaza que la frase implicaba, Josseran le aseguró que no.

—¿Qué dice? —preguntó Guillermo.

—Me cuenta que esta taza fue hecha con el cráneo de un enemigo de su abuelo. Guillermo se santiguó.

—¡Éstos son súbditos del demonio!

—¿Qué dice el feo? —preguntó Qubilay.

Josseran vaciló antes de responder.

—Se siente temeroso ante tu presencia —contestó—. Y desea extender su felicidad.

El emperador lanzó un gruñido de satisfacción.

—Dile que le traigo buenas noticias de la única y verdadera fe, y la promesa de la vida eterna para él y todos sus súbditos.

—Quédate callado —dijo Josseran.

—¡Soy el emisario del Papa! ¡No me callaré! Ése es el motivo por el que he viajado hasta aquí. Tú traducirás mientras le leo a este individuo la bula papal.

Josseran se volvió hacia el emperador.

—Deseamos traerte las palabras de la religión cristiana que produce esperanza y alegría a hombres de todas partes.

—Ya tenemos esa luminosa religión en nuestro reino.

—Pero no es la verdadera forma de nuestra religión.

El emperador esbozó una suave sonrisa.

—Mar Salah, que es el patriarca de Shang-tu, afirma que no sois verdaderos cristianos y que no debo escucharos.

Josseran recibió aquella noticia sin modificar su expresión. Guillermo esperaba con ansiedad su traducción. Josseran se la dio, palabra por palabra.

El rostro del fraile se puso rojo.

—¿Este salvaje aceptará la palabra de un hereje por encima de la del Papa?

—Nos beneficiaría obrar con dignidad ante esta provocación —le recordó Josseran.

Pero Guillermo ya había sacado de entre su ropa unos papeles escritos en latín. Era evidente que tenía intenciones de leerlos, a pesar de los esfuerzos que hacía Josseran por impedirlo. «No tiene el menor talento para las sutilezas de la diplomacia —pensó Josseran—. Pondrá contra nosotros al emperador y eso nos hará perder cualquier posibilidad de conversión o de alianza. Tal vez hasta llegue a costarnos la vida. Dios me perdone, pero no tengo intención de traducir la bula... Guillermo es un inoportuno y el Papa no está aquí. Si tenemos que volver a Ultramar con algo de crédito, tendré que confiar en mi propio juicio».

—... de manera que podáis reconocer a Jesucristo como el Hijo de Dios y adorar su nombre practicando su religión... —Guillermo se había levantado y empezaba a leer la carta del Papa con toda la fuerza de sus pulmones, en latín, que, por supuesto, ni el emperador ni ninguno de sus cortesanos comprendía. Una locura. Si seguía

comportándose así, el emperador tendría otro cáliz para añadir a su colección. «La cólera de Qubilay, emperador»—... de que desistáis de la persecución de los cristianos y de que, después de múltiples y gravosas ofensas, os reconciliéis con la debida penitencia de la cólera de la Divina Majestad, a quien sin duda habéis ofendido gravemente con tales provocaciones...

—¿Qué está diciendo? —quiso saber Qubilay.

—Me temo, gran señor, que el viaje lo ha fatigado demasiado. Tal vez podríamos continuar nuestra conversación a solas y permitirle a mi compañero el descanso que tan desesperadamente necesita.

A una señal del emperador, dos hombres del *kesig*, los guardaespaldas imperiales, se adelantaron y cogieron a Guillermo por los brazos. Él lanzó un grito de alarma. Desdeñando su forcejeo, lo sacaron a rastras de la yurta. Jossieran alcanzaba a oír sus gritos de protesta mientras lo alejaban por la avenida de los sauces.

—Dime, bárbaro, ¿quién es tu kan?

«Otro que me llama bárbaro», pensó Josseran.

—Mi rey se llama Luis.

—¿Él te ordenó venir hasta aquí?

—No, mi señor. En Ultramar entregué mi fidelidad al gran maestre de los caballeros templarios, que puso nuestra orden a los pies del Papa, que es la cabeza de la Iglesia cristiana.

Al emperador le debió de parecer un arreglo fantástico y confuso.

—¿Dónde está ese Ultramar del que hablas?

—Lejos de aquí, en el oeste, mi señor. La capital es un lugar llamado Acre, cerca de Alepo, ciudad que tiene sitiada el kan Hulagu.

—El sitio ha terminado. Hace ya varios meses que me enteré de que Hulagu es ahora el señor de Alepo y de otra ciudad llamada Damasco.

Josseran miró los ojos dorados del emperador y se preguntó qué más sabría. ¿Los tártaros también habrían sitiado algunos de los castillos de Ultramar? ¿Habrían terminado ya con todos los sarracenos? Si Qubilay conocía las respuestas a esas preguntas no parecía dispuesto a comunicarlas.

—¿De dónde vienes, bárbaro?

—Soy franco, señor. Vengo de un lugar llamado Tolosa.

—¿Y allí hay buenos prados? ¿Criáis muchos caballos?

—Hay muchas colinas y valles. Las tierras son muy distintas a éstas.

—Dicen que los caballos que trajiste contigo eran grandes y lentos y que ni siquiera sobrevivieron al viaje a través del Techo del Mundo.

—Mi yegua me había servido bien en muchas campañas.

—Sin embargo, murió durante el viaje.

—No tenía medios para alimentarla.

—¿Vuestros caballos no buscan su propia manutención?

—No, gran señor. Eso no está en su naturaleza. No están acostumbrados a montañas y desiertos.

Y así continuó la conversación. Qubilay hizo interminables preguntas del mismo tipo. ¿Los reyes francos vivían en palacios tan hermosos como el suyo? ¿Cuál era el castigo que se imponía a quien robaba un caballo? ¿Cuál era el castigo por poner un cuchillo en el fuego, un acto que Josseran ya sabía que era considerado infame entre los tártaros? Qubilay parecía querer saber todo lo posible acerca de la cristiandad, pero todavía no parecía dispuesto a permitir que Josseran hiciera ninguna pregunta.

Por fin Qubilay fijó su atención en asuntos de religión.

—Mar Salah pertenece a la religión luminosa a la que vosotros declaráis

pertenecer. Dice que su Dios se llama Jesús. También tiene ése a quien llama Padre. Y a ese Espíritu Santo. ¿Vosotros tenéis esos mismos dioses?

—No hay más que un solo Dios. Cristo fue su hijo en la tierra.

—¿Sólo un Dios? Entonces me parece que a pesar de todas vuestras proclamas no le dais demasiada importancia a la religión.

—Por el contrario. Guerreamos por nuestra religión. Por eso hicimos una peregrinación armada hasta Ultramar. Allí hay una ciudad llamada Jerusalén, donde murió el Hijo de Dios. Los hombres acudieron de todos los puntos de la cristiandad para protegerla.

El emperador lo miró durante largo rato.

—¿Y por eso deseáis una alianza con nosotros contra los sarracenos? Para que podáis poseer ese lugar llamado Jerusalén.

—Sin duda.

Josseran esperó con el corazón palpitante. Por fin iban a hablar acerca del asunto por el que había viajado durante seis largos meses.

La expresión de Qubilay era indescifrable.

—Tendré en cuenta lo que me propones —dijo por fin—. Residiréis aquí, en Shang-tu, y gozaréis de la hospitalidad de mi corte mientras discuto la posibilidad de ese tratado con mis ministros. Mientras tanto, vuestra religión me inspira curiosidad y quiero saber en qué sentido es distinta del Jesús que ya tenemos. Me gustaría saber más de ese Papa del que habláis.

—Mi compañero de viaje, que es sacerdote y que ha sido enviado por el Papa, estaría deseoso y encantado de instruiros.

—Me gustaría, pero hay muchos asuntos de Estado que ya ocupan mi tiempo. Sin embargo, si os place, hay alguien que tal vez esté interesada en lo que tenéis que decir.

Josseran esperó mientras el emperador lo observaba con sus ojos castaños engañosamente suaves e intensos. «¿Qué habrá detrás de su expresión? —se preguntó—. ¿Algo más que política?».

—¿Puede hacer magia? —preguntó el emperador de repente.

—Magia —repitió Josseran, mirándolo con perplejidad.

—Sí. Ese chamán que te acompaña. ¿Puede hacer magia?

No había una expresión de desafío en los ojos del emperador. Más bien Josseran creyó adivinar algo parecido a la esperanza.

—Me temo que no, señor.

—Mar Salah afirma que Jesús era capaz de resucitar a los muertos y de convertir el agua en vino. ¿Ese Papa y sus sacerdotes pueden hacer lo mismo?

—Nuestro Salvador podía hacerlo, sí —contestó Josseran—. Pero Guillermo no es más que un hombre.

Qubilay, Señor del Cielo pareció desilusionado ante aquella respuesta. Asintió lentamente con la cabeza.

—¿De qué vale la religión sin magia? —preguntó.

Seis meses antes, Josseran ni siquiera habría entendido la pregunta. Pero en aquel momento, Josseran Sarrazini, caballero templario, pecador, sintió cierta simpatía por la pregunta y por la difícil situación del emperador.

Cuando Josseran volvió al palacio, había guardias apostados ante la puerta de Guillermo. Según Sartaq tenían órdenes de mantener en su cámara al «bárbaro loco» hasta que hubieran terminado sus desvaríos.

Josseran espiró hondo y abrió la puerta con suavidad.

Guillermo estaba junto a la ventana, el rostro contraído y pálido de enfado. Durante largo rato ninguno de los dos habló.

—¿Cuál fue el significado de tu comportamiento? —preguntó finalmente el fraile.

—El problema lo creaste tú —contestó Josseran—. Nos pusiste en peligro y pusiste en peligro nuestra misión.

—¡Yo soy el emisario del Papa! ¡Tú eres mi escolta, no mi señor!

—El Papa sin duda te eligió por tu celo, no por tu diplomacia. Supongo que también te eligió porque quería alejarte de Roma para tener un poco de paz y descansar de tus críticas constantes.

La cara de Guillermo se puso blanca.

—Yo sé por qué te enviaron aquí. Tu Tomás Berard comete el error de creer que su poder es mayor que el del Santo Padre. Tú no eres un espía. Estás aquí para hacer un tratado secreto con los tártaros. Si el Papa se enterara de tu traición, retiraría la protección que concede a la orden ¡y todos vosotros seríais destruidos!

Josseran lo miró fijamente.

—Me aseguraré de que el Gran Tártaro escuche todo lo que le tengas que decir —dijo, no haciendo caso de la amenaza—. Pero tendrás que confiar en mí. Me temo que desconoces el arte de la diplomacia.

—¿Confiar en ti? ¡Antes confiaría en una serpiente!

Josseran pensó tranquilizarlo.

—Te sugeriría que no te apresuraras a fijar la opinión que tienes de mí, hermano Guillermo. Tengo algunas noticias para ti. Te gustará saber que el emperador desea que instruyas a su hija en la fe cristiana.

Guillermo se dejó caer pesadamente en la cama.

—¡Su hija!

—Ése es su deseo. Así que, aparte de lo que creas de mí o de mis métodos, creo que hoy ambos hemos hecho algún progreso.

—¡Dios sea loado!

Guillermo cayó de rodillas y murmuró una corta oración de bendición. Cuando se levantó parecía algo más consolado.

—Muy bien, templario —dijo—. Por ahora confiaré en tu plan. No podemos conocer los misterios de Dios. Tal vez hasta alguien como tú pueda llegar a ser su instrumento.

—Gracias —dijo Josseran con una sonrisa, y salió de la cámara hirviendo de indignación.

¡Clérigos!



Desde su ventana en lo alto del palacio, Jossesan observó las calles oscuras de Shang-tu. Se oía una sola nota dolorosa procedente de un tambor de madera, seguida del sonido más largo y resonante de un gong cuando los vigías del puente daban la hora de la noche.

Se sentía dolorosamente solo. «He viajado más de lo que cien mercaderes pueden llegar a viajar en toda su vida —pensó—, más de lo que nunca esperé ni quise. Ahora mi casa solariega y mis tierras en el Languedoc no son más que un sueño para mí. Muchos de los que en un tiempo me conocieron tienen que haberme olvidado ya. Y aquéllos que me recuerdan sin duda hablan de mí maldiciéndome».

Era siempre durante las horas más oscuras de la noche cuando se amonestaba, cuando juraba que buscaría al sacerdote y obtendría su absolución antes de morir en pecado. Pero cuando amanecía, volvía a encontrar la resolución para afrontar la realidad segura y justa de su propia condenación.

Cerró los ojos para dejar fuera los fantasmas.

Y pensó en Jutelún.

Creyó que al dejar de verla todos los días la locura abandonaría su sangre. En cambio se descubría pensando constantemente en ella, y el deseo que despertaba en él no disminuía. «¿Por qué siempre me inspiran lujuria las cosas que me están vedadas?», se preguntaba.

Constantemente lo atormentaba el pensamiento de ella tendida en el desierto, sangrando y mutilada. Tenía que decirse que había sobrevivido a la escaramuza, era la única manera de encontrar algún descanso. ¡Si sólo hubiera alguna manera de saberlo con seguridad!

«Siempre está en mis pensamientos. No puedo olvidarla. Me acongojo por ella cuando la creo muerta, sufro por ella cuando me digo que tiene que estar en alguna parte, allí fuera, viva. Me dejó destrozado como si fuera alguien muy allegado, dolorido como un niño.

»Ahora creo que encontré en ella un espíritu renegado, igual que el mío. Si es una bruja, como dice el sacerdote, ardería alegremente con ella. ¿Realmente vio a mi padre cabalgando a mi lado? ¿Fue sólo una fantasía o vio la redención que no puedo encontrar por mí mismo en la confesión de mis pecados?

»Nunca he conocido y nunca conoceré a una mujer como ella aunque vuelva a estas tierras extrañas y sorprendentes. Y jamás la volveré a ver».

Un dolor profundo envolvió su cuerpo y lo dejó acurrucado y desesperado en el suelo. «Jamás la volveré a ver».

Era la tercera hora del día y una luz dispersa había aparecido en el horizonte del este. Las caracolas de los monasterios de los lamas lanzaban al aire un ruido bronco. Los bonzos se movían por las calles oscuras batiendo gongs de madera para anunciar la llegada del amanecer, exhibiendo cuencos, también de madera, en los que recibían las limosnas.

«Todos los días cumplen con su deber ante su Dios —pensó Jossaran—, lo mismo que yo cumplo con mi deber hacia el mío. No piden más.

»En cuanto a mí, sólo pido una cosa. Verla una vez más antes de morir».

Guillermo estaba de un humor terrible. La noticia de que el emperador quería que instruyera a su hija en la fe cristiana lo había tranquilizado durante algunas horas. Su complacencia sólo duró hasta que se enteró de que había artesanos cristianos en la ciudad, llevados hasta allí como prisioneros de Hungría y Georgia muchos años atrás, y que Mar Salah les había negado los sacramentos.

Por ellos mismos se enteró de que no se les dio la comunión hasta que consintieron ser rebautizados en la Iglesia nestoriana y repudiaron la autoridad de Roma. Y aun así, Mar Salah sólo llevaba a cabo la liturgia si le pagaban.

Volvió al palacio con su sorprendente noticia, fuera de sí de furia. En un primer momento esperó que su descubrimiento de una iglesia cristiana en Shang-tu le resultara de ayuda en su tarea de convertir a los tártaros. Pero nada de lo que había oído de los nestorianos allí, en Catay, sugería que pudieran ser más que otro obstáculo.

Por lo visto, Mar Salah se había atrevido a quebrar aún más la ley de Dios tomando tres esposas, a la manera tártara, y manchaba su alma consumiendo todas las noches grandes cantidades de kumis negro.

—¡Ese hombre es una mancha para la reputación de los clérigos de todas partes! —le gritó Guillermo a Josseran.

«Tal vez eso dependa de la cantidad de clérigos que conozcas», pensó Josseran sombríamente, pero no dijo nada.

—¡Ha traicionado su religión! ¡Ha traicionado a Dios! Y ahora habla en contra de mí. ¡El emisario del Papa!

—Sin duda te ve como una amenaza a su posición.

—Como sacerdote, pensar en uno mismo antes que en Dios, es inconcebible. Somos todos sirvientes de Cristo.

—Sin embargo, nos conviene ser políticos. Tengo la impresión de que este Mar Salah tiene cierta influencia en la corte. Si deseamos llegar a un tratado con los tártaros, tenemos que ser circunspectos.

—Estamos aquí para enseñarles el verdadero camino de la salvación, no para hacer tratados con ellos. Hablas de los tártaros como si fueran nuestros iguales, cuando son toscos, incultos, hablan a gritos y huelen mal.

—Han dicho lo mismo de ti —murmuró Josseran.

—No me importa la opinión que tengan sobre mí. Lo único que me importa es la verdad. Por eso quiero que me acompañes y que encaremos a Mar Salah y le recordemos sus deberes ante Dios.

Josseran le dirigió una mirada de enfado. No aceptaría órdenes de aquel sacerdote arrogante. Pero no podía negarle sus servicios como traductor.

—Como quieras —dijo por fin.

Se estaba más fresco allí dentro, en silencio después del caos que se veía en la calle. La luz amarilla de la lámpara de aceite se reflejaba sobre la cruz de plata del altar. Inmediatamente Guillermo cayó de rodillas y rezó el Padrenuestro. Josseran vaciló, luego se arrodilló a su lado.

Una figura emergió de las sombras en la parte trasera de la iglesia.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Mar Salah en turco.

Josseran se puso, en pie.

—¿Tú eres Mar Salah?

—Lo soy.

—¿Sabes quiénes somos nosotros?

—Sois los bárbaros del oeste.

—Creemos en Cristo, igual que tú.

Mar Salah salió de las sombras. Con el rostro largo y anguloso y su nariz de halcón parecía más un griego o un judío de Levante. Era un uigur, sin duda. Tenía una tonsura, como Guillermo. Pero sus dientes eran malos y tenía una enfermedad en el pelo que dejaba parches rojos sobre el cráneo.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—El hermano Guillermo desea hablarte —dijo Josseran.

Mar Salah los observó por encima de su larga nariz. «Sacerdotes. Son iguales en todas partes», pensó Josseran.

—Aquí no es bienvenido.

—Parece que no le da placer vernos —tradujo Josseran.

Bajo la tenue luz del lugar, el rostro del fraile estaba contraído y tenía un aspecto malvado.

—Pregúntale si es cierto que le dijo al emperador que nosotros no somos verdaderos cristianos.

Josseran se volvió hacia Mar Salah.

—Sabe lo que le dijiste al emperador sobre nosotros.

Mar Salah le dirigió una sonrisa irónica.

—Él me preguntó lo que pensaba y se lo dije.

—¿Qué dice? —preguntó Guillermo.

—Disimula —contestó Josseran, volviéndose hacia el nestoriano—. El hermano Guillermo está furioso porque se enteró de que te negaste a dar los sacramentos a los georgianos y a los húngaros hasta que no se bautizaron en tu iglesia.

Mar Salah se les acercó por la nave principal.

—¿Quién creéis que sois para cuestionarme? ¡Salid de aquí!

—¿Qué dice? —gritó Guillermo.

Tenía ganas de llorar de frustración. ¡Si tuviera el don de lenguas que poseía aquel templario sin Dios! El Señor no era justo en la distribución de sus dones.

—Dice que no tienes ningún derecho a cuestionarlo —dijo Jossieran.

—¿Ningún derecho? ¿Cuando disfruta de tres esposas? ¿Cuándo avergüenza el nombre de su iglesia bebiendo hasta emborracharse todas las noches y acepta dinero de los pobres seres a quienes los tártaros mantienen aquí como rehenes? ¡Y sólo por la liturgia!

—Dice que tú pecas teniendo tres esposas —le repitió Jossieran a Mar Salah— y que les robas dinero a los cristianos que viven aquí para llevar a cabo los servicios del templo. ¿Cómo puedes defenderte?

—No tengo por qué responder ante vosotros por lo que hago. Y tampoco ante vuestro Papa en Occidente. El emperador no os escuchará. ¡Y ahora salid de aquí!

Jossieran se encogió de hombros. No le gustaban las discusiones de teología entre dos sacerdotes que olían a sudor.

—Asegura que no tiene nada que decir y que tenemos que irnos. Aquí no conseguiremos hacer el bien. Será mejor que hagamos lo que dice.

—¡Dile que arderá en el fuego del infierno! ¡Dios lo conocerá por lo que es y enviará contra él a sus ángeles vengadores!

Jossieran permaneció en silencio.

—Díselo.

—Maldícelo a tu manera. Yo ya he oído bastante acerca del fuego del infierno para una sola vida.

Salió de prisa de la iglesia, pero aun estando fuera alcanzaba a oír que los dos sacerdotes se maldecían dentro, cada uno en su idioma. Parecían dos gatos en un callejón.

Era conocido como el palacio del frescor. Los pilares eran de madera de sándalo y aloe, y la tienda dorada y los dragones pintados de verde, tallados en la madera, se enrollaban sinuosamente alrededor de cada uno de ellos hasta la altura del techo, donde sus cabezas cubiertas de escamas mostraban las fauces a lo largo de los arquitrabes y sus garras rodeaban los tejados. Las ventanas tenían rejas cuadradas y cubiertas con papel apergaminado en lugar de vidrios, y en el suelo había alfombras de oro y de brocado carmesí. De las paredes colgaban acuarelas con paisajes nevados que ayudaban a inducir una sensación de frescura en el clima caluroso. Fue así como el pabellón adquirió su nombre.

Miao-yen los recibió de rodillas sobre una alfombra de seda. Era una criatura llamativa, de ojos almendrados y piel bronceada. Su pelo largo y negro como el azabache había sido peinado hacia atrás, alejado de la frente, envuelto en cintas y asegurado en la parte superior de la cabeza con un lazo. Estaba decorado con horquillas, con peinetas de marfil y con ornamentos de aves doradas y flores de plata. Sus cejas habían sido depiladas y reemplazadas por una delgada pero bien dibujada línea de henna y tenía las uñas pintadas de un color rosado que se obtenía con un ungüento hecho de hojas de bálsamo aplastadas.

La hija del emperador, que era la menor de cinco, era muy distinta de la mujer que Josseran esperaba encontrar. Él suponía que sería una criatura robusta y llena de empuje como Jutelún; sin embargo, aquella mujer se parecía más a una princesa cristiana en sus modales y su delicadeza. Mientras Jutelún era alta para una tártara, Miao-yen era pequeña; mientras Jutelún era altanera y una mujer de genio rápido, la hija de Qubilay tenía los ojos bajos y parecía tan frágil como una estatua de porcelana.

Lo mismo pasaba con la ropa, no iba vestida para la estepa sino para la corte. Lucía una vestimenta larga de seda rosada con cuello de satén blanco, unido al lado opuesto por pequeños botones de forma oblonga sujetos con lazos de tela. Las mangas eran tan largas que pocas veces se le veían las manos. En la cintura llevaba una ancha faja con una hebilla de jade en forma de pavo real y calzaba pequeñas zapatillas de satén rojo adornadas con bordados de oro. No tenía el aspecto de una princesa, sino el de una hermosa niña.

Josseran recordó la admonición de Tekuday: «Conservar el velo de sangre es la señal de que una mujer ha pasado poco tiempo a caballo. No puede ser un buen jinete y sería una carga para el marido».

Se preguntó lo que pensaría de aquella princesa tártara.

Se sentaron sobre alfombras alrededor de una mesa. Josseran miró la habitación. De las paredes colgaban papiros de la más fina caligrafía en bermellón brillante sobre

fondo blanco. En la mesa negra, baja y lacada, había un caballo hecho de una única pieza de jade y un vaso de ágata al que se le había añadido un ramo de flores de ciruelo. Junto a la princesa había una jaula de bambú que encerraba un gigantesco grillo verde.

En un rincón, detrás del biombo, tres jóvenes chinas hermosamente vestidas tocaban pequeños instrumentos parecidos a arpas. Aquella música suave atravesaba el lago y era la contrapartida al ruido del viento en los bambúes.

—Así que habéis venido a educarme en vuestra religión —dijo ella.

—Fue el deseo de tu padre —contestó Josseran.

—¿Es también tu deseo? —le preguntó ella.

—Deseo que todo el mundo conozca al único Dios verdadero.

Miao-yen le dirigió una sonrisa que él no supo descifrar. Dos sirvientas les ofrecieron algo que ella llamó Té de Nubes Blancas. Lo servían en finas tazas de porcelana azul y blanca que las sirvientas transportaban en una bandeja lacada.

Mientras bebían el líquido caliente, ella le hizo interminables preguntas a Josseran. Era muy curiosa e, igual que su padre, quería saber todo lo referente a Francia (a la que ella llamaba «cristiana») y a Ultramar, y también le inspiraba curiosidad el viaje y lo que habían visto. Escuchó con avidez la descripción que le hizo Josseran del Techo del Mundo y del gran desierto del Centro de la Tierra y del Valle de los Mil Budas. Mientras tanto, Guillermo le molestaba constantemente pidiéndole que le tradujera la conversación, cosa a la que él no hacía caso, o bien le contestaba de cualquier manera.

Por fin Guillermo se impacientó.

—Desea comenzar ya tu instrucción —le dijo Josseran a la princesa.

—¿De manera que no eres tú quien me instruirá?

Josseran negó con la cabeza.

—Yo no soy más que un guerrero y un noble muy humilde.

—No tienes los ojos de un guerrero. Tu mirada es suave. En cambio, la de él es muy dura para tratarse de un sacerdote.

Josseran sonrió ante la intuición de la muchacha.

—Ojalá pudiera ser más suave de lo que soy —contestó—. Mi espada ha estado demasiadas veces ensangrentada para que se me llame suave.

Miao-yen señaló a Guillermo.

—¿Tu compañero no habla? —preguntó.

—No entiende tu idioma. Yo seré su lengua y sus oídos.

Una vez más le resultó imposible leer la expresión de los ojos de la princesa. Miao-yen lanzó un pequeño suspiro tembloroso, como el viento que roza las hojas de un árbol, anunciando una tormenta distante.

—Antes de empezar, tengo que hacerte una pregunta. ¿Conoces el motivo por el



que mi padre os envió hasta mí?

—Dice que desea que conozcas mejor la fe cristiana.

—Aquí en Shang-tu ya tenemos la religión luminosa.

—No es la verdadera forma de nuestra religión. Los monjes que la enseñan son rebeldes. No reconocen la autoridad del Papa, que es el emisario de Dios en la tierra.

—¿Y vosotros creéis que convertiréis a mi padre?

—¿Qué dice? —volvió a interrumpir Guillermo, ya hirviendo de frustración.

—Espera un momento —pidió Josseran, que quería aprovechar aquel momento inesperado para conocer mejor el carácter del emperador. Se volvió de nuevo hacia Miao-yen—. ¿Crees que juega con nosotros?

—Mi padre es un guerrero que desea convertirse en erudito. Ha renunciado a su propia tradición en pos del poder, de manera que ahora no le queda más remedio que robar de todas partes. Vosotros habéis visto la corte real. Hay tangutos y uigures y mahometanos y chinos y kazajos. De todas partes toma algo y reúne alrededor de sí la sabiduría del mundo, como una ardilla que almacena en el nido todo lo que puede encontrar antes de que llegue el invierno. No os comprará nada, pero recogerá lo mejor que tengáis en la bolsa.

Josseran no esperaba oír una descripción tan clara del Soberano de Soberanos por parte de su propia hija.

—Este fraile cree que podremos convencerlo de que el nuestro es el único y verdadero camino —dijo Josseran. Ella ladeó la cabeza en un ademán que podía significar muchas cosas—. ¿Tú no lo crees?

Tuvo que haber formulado la pregunta con demasiada ansiedad porque ella le dedicó una leve sonrisa y bajó la cabeza.

—Lo que yo creo es que no debo hablar contigo con tanta libertad. Eres un extranjero y no debería confiar en ti.

—Efectivamente —dijo Josseran.

—Detendré mi cháchara de mujer y en cambio escucharé. Vosotros me instruiréis en vuestra religión, si es lo que deseáis.

Josseran estaba ansioso por saber más acerca de aquel Qubilay, sobre todo teniendo en cuenta lo próxima que era la fuente de información, pero se recordó que tenía que ser paciente, cosa que con tanta frecuencia le recomendaba a Guillermo. Habría muchos más días.

—Bueno, ¿qué dice? —susurró Guillermo.

Josseran se encogió de hombros.

—Nada importante. Pero gracias por tu paciencia, hermano Guillermo. Ahora está lista para comenzar sus lecciones.

Guillermo despertó en medio de la noche con el cuerpo empapado de sudor. Jadeaba como si acabara de huir de un incendio, tenía los ojos muy grandes, la boca abierta. Se giró y se puso de lado, se llevó las rodillas al pecho, empequeñeciéndose todo lo posible. Imaginó que se estaba escondiendo de Dios.

Pero sabía que Él podía verlo, aun en aquella oscuridad pagana y que Él conocía la enfermedad de su alma. Guillermo lanzó un quejido.

Sin embargo, no era suya la culpa. La Iglesia advertía acerca de los demonios sobrenaturales que apresaban a hombres y mujeres en sueños y los cautivaban mientras estaban indefensos. Creyó haber vencido muchas veces a su demonio femenino pero en aquel momento había vuelto para atormentar su descanso, con ojos almendrados y cuerpo de junco.

Saltó de la cama y se quitó el hábito de fraile con dedos temblorosos. Tanteó en la oscuridad en busca de la vara que él mismo había armado aquella mañana con ramas de cerezo y que ocultó debajo de la cama.

Después se irguió; tenía el delgado pecho estremecido por los sollozos que de él salían y la blanca piel como carne de gallina. ¡Tenía tantos deseos de ser puro y su carne mortal había vuelto a traicionarlo!

Volvió a oír el susurro de seda en la noche cuando apareció el súcubo y su vestimenta de brocado carmesí caía de sus hombros. Alcanzaba a ver el pulso de la sangre en su cuello, el perfil de un pecho como una lágrima. Brillaba en la oscuridad con la luminosidad de una perla, los ojos bajos, el pelo negro cayéndole sobre los hombros.

Se golpeó con la vara en un intento de alejar las visiones de su alma atormentada.

Pero el demonio femenino se le acercaba a través de la oscuridad y él se arrodilló a sus pies como un penitente. Notó su olor almizcleño e imaginó el brillo de carne húmeda, tan real y tan intenso que no sintió la sangre que manaba en su espalda golpeada, sólo el calor de su visión atormentada mientras cogía su propia carne en la mano y le entregaba lo que le debía a la mujer demonio.

Guillermo bendijo el vino y lo mantuvo en alto.

—La Sangre de Cristo —susurró y levantó la mirada hacia la bóveda del techo ennegrecido por el incienso. Sus blancas vestiduras estaban andrajosas y manchadas después del largo viaje que había hecho desde Ultramar, pero seguían siendo las vestiduras de la Santa Madre Iglesia y tan bienvenidas como los rayos del sol en aquellas tierras negras y paganas.

Era un momento conmovedor para su secreta congregación de húngaros y

georgianos, ninguno de los cuales había asistido a un rito en latín desde que los habían capturado en la incursión del general tártaro Sübedei, veinte años antes. Desde entonces se habían acostumbrado a oír la misa en idioma arameo, que para aquellos hombres era tan ininteligible como el latín pero que, a pesar de ser el idioma de la Biblia, no era el idioma de Dios que siempre habían conocido.

Para Guillermo, aquél era un acto de toma de posesión, tan evidente como el incendio de Gengis Kan de la mezquita del viernes. Para aquella misa, Guillermo había requisado la iglesia de Mar Salah a la que llegó sólo armado con su Evangelio, el misal y el salterio que Qubilay hizo a un lado con tanto desprecio. Y en aquel momento, al afrontar a su primera congregación allí, en Catay, supo que al dar socorro a aquel rebaño perdido de Dios, y al llevar a la Santa Madre Iglesia a aquel lugar, entre los herejes, estaba pagando sus pecados de la única manera posible.

Pero mientras la congregación avanzaba por la oscuridad iluminada por velas para recibir la hostia, la puerta de la iglesia se abrió de un tirón y Mar Salah quedó enmarcado en ella. Sus sacerdotes de negras vestiduras se alineaban detrás de él como una manada de cuervos. Recorrió la nave central con el rostro contorsionado de ira.

—¡Cómo te atreves a violar mi iglesia!

Guillermo mantuvo su terreno y lo miró echando chispas por los ojos. Pero luego, para mostrar su piedad a la congregación, cayó de rodillas y comenzó a recitar el credo.

Entonces cayeron sobre él, lo hicieron retroceder por la nave, dándole patadas y golpeándolo mientras los fieles miraban, culpables y temerosos. Guillermo sintió un fuerte golpe en las costillas y gritó de dolor. Lo arrastraron por el suelo de tierra hacia la puerta, mientras le arañaban y golpeaban la cara y le daban puntapiés con las sandalias. Por fin lo arrojaron fuera, en el barro, y tras él el misal y el salterio.

La pesada puerta se cerró de golpe.

Algunos viandantes asustados se volvieron a mirarlo mientras se apresuraban en su camino hacia el mercado en el gris amanecer. Guillermo se puso lentamente en pie, hizo una mueca por el dolor del costado y volvió al palacio dando tumbos por las calles malolientes.

Siguiendo la costumbre, se lavaban por lo menos tres veces por semana y Josseran encontraba que, lo mismo que en Ultramar, el hábito era agradable, tanto para el cuerpo como para la mente. En su cámara había una gran bañera de cerámica con un pequeño banco para sentarse mientras se bañaba. Para calentarlo ponían una piedra caliente dentro del agua o encendían fuego debajo de la bañera, usando las piedras negras especiales que los chinos extraían de las montañas. Cuando se encendían, daban mucho calor durante horas antes de convertirse en ceniza gris.

Otras mañanas, los asistentes que se le habían adjudicado le llevaban por lo menos una jarra y un cuenco de agua para que se lavara la cara y las manos.

Por su olor, era evidente que Guillermo no aprovechaba ninguna de aquellas oportunidades.

Josseran también descubrió, como le pasó en Ultramar, que en lo posible era más cómodo vestirse de acuerdo a las costumbres del lugar. Le dieron una amplia vestimenta de seda dorada cuyas mangas casi le llegaban hasta la punta de los dedos. El cuello estaba bordado en un color más oscuro y tenía un ave Fénix artísticamente bordada en la espalda. Se ataba a la cintura con una ancha faja y una hebilla de cuero que llegaba de un país que ellos llamaban Bengala. También le proporcionaron un par de sandalias de seda con suela de madera.

Josseran notó que nadie andaba descalzo ni con la cabeza descubierta, con excepción de los monjes budistas. De manera que adoptó la costumbre de usar un turbante de seda negra, como era usual entre los nobles. También hizo llamar al barbero del palacio y se hizo afeitar la barba y el bigote. A diferencia de Ultramar, donde los sarracenos consideraban que era poco masculino no usar barba, la mayor parte de los hombres de Shang-tu tenían la cara afeitada. Los tártaros y los chinos no usaban barba y aquéllos que lo hacían la tenían poco poblada, y los largos pelos crecían desde la barbilla o el bigote.

Sólo Guillermo permaneció sin rendirse, oliendo mal, desharrapado y de mal humor.

Shang-tu, que en su idioma significaba «Segunda Capital», era la residencia de verano de Qubilay. Su corte principal, donde pasaba los largos inviernos, se encontraba en la vieja ciudad china de Ta-tu, Primera Capital, situada más al este, donde el clima era más cálido. Shang-tu había sido terminada recientemente, y el propio Qubilay supervisó la construcción y eligió el lugar siguiendo el principio chino de *feng-shui*, viento y agua.

La belleza de los edificios era una fuente inagotable de maravilla. Miao-yen le

explicó a Josseran que las casas de Catay eran cuadros, eran historias, como los caracteres que los chinos usaban en su lenguaje escrito. Los tejados retorcidos y contorsionados como sierras, cuyos azulejos curvos imitaban la superficie de un lago embravecido por el viento, y los pilares que soportaban el peso de los grandes tejados eran los árboles del bosque.

Había innumerables pagodas a lo largo de la ciudad. Él había visto muchas de aquellas torres en su viaje por el Imperio del Centro. Cada una tenía ocho lados con diez y a veces veinte tejados, que decrecían en tamaño a medida que se acercaban a la parte más alta. De los gabletes de cada nivel colgaban campanas, y cada una de ellas tenía una galería que la circundaba con su propia balaustrada. La belleza de aquellos edificios no residía sólo en el color, la madera pintada y los azulejos lacados, sino en su geometría.

Josseran estaba constantemente sorprendido por el orden que los chinos habían intentado instituir en su vida. Creían que el cielo era redondo y la tierra cuadrada, y el plano de la capital obedecía a esa creencia. Shang-tu había sido construida con matemática precisión, una parrilla de calles paralelas, de manera que desde las altas ventanas del interior del palacio, cerca de la pared norte, Josseran alcanzaba a ver la avenida principal de la ciudad hasta la puerta del sur.

También notó que todas las casas de la ciudad tenían caracteres pintados sobre las puertas, y se lo comentó a Sartaq. El oficial tártaro le explicó que en Catay era ley que cada ciudadano exhibiera su nombre en la fachada de su vivienda, junto con el nombre de cada esposa, hijo o sirviente que viviera allí, así como el número de animales. Así, Qubilay sabía con precisión cuántas personas vivían dentro de su ciudad, y hasta dentro de todo su reino.

La propia vida de Qubilay estaba regida de una manera similar, para su propio beneficio. Sartaq explicó que por la costumbre tártara poseía cuatro ordos o familias, de cada una de sus cuatro esposas que debían ser tártaras como él. Pero además de sus esposas mantenía un extenso harén para su placer personal. Cada dos años se enviaba una comisión de jueces a buscar un nuevo lote de vírgenes lo suficientemente hermosas para que se las considerara dignas de ser concubinas del Hijo del Cielo. Una vez seleccionadas, a las jóvenes se las llevaba a Shang-tu para que fueran valoradas por las señoras mayores del harén. Y antes de ser aceptadas como concubinas, esas postulantes dormirían primero con ellas, en sus camas, y si el olor de sus cuerpos o de su aliento no eran bastante suaves, o si roncaban, o si no eran limpias en sus hábitos, se las empleaba como cocineras o costureras. Las que sobrevivían a aquel riguroso examen personal eran preparadas para atender al Hijo del Cielo, cosa que por lo general hacían en fiestas que tenían lugar cada tres noches.

En aquel punto del monólogo de Sartaq, Josseran se dio cuenta de que habían comenzado a sudarle las palmas de las manos, así que no le pidió que le diera más

detalles.

Todos los días había una nueva maravilla. La comida que se preparaba en la corte de Qubilay no se podía comparar con nada que hubieran probado, y decididamente era una dieta muy distinta a la de leche y cordero hervido de los tártaros y aún más sutil que los zumos y frutas de Ultramar. En varias ocasiones probó aromáticos mariscos en vino de arroz, sopa de semillas de loto, pescados cocinados con ciruelas o ganso guisado con albaricoques. Cenó pierna de oso, lechuga al horno, pecho de pantera asado, raíces de loto, retoños de bambú hechos al vapor y un guiso de carne de perro. Los métodos de preparación de la comida eran más complicados que los que él conocía. Para cocinar un pollo sólo usaban madera de morera, pues afirmaban que ablandaba la carne; asimismo, sólo la madera de acacia servía para cocinar el cerdo y sólo la de pino era apta para hervir el agua del té.

A diferencia de los tártaros, los chinos eran muy delicados en sus hábitos alimenticios. En lugar de comer con los dedos desnudos y un cuchillo, empleaban dos palos con punta e incrustaciones de marfil, con los que cogían la comida de los platos, comiendo sólo pequeños bocados cada vez. Después del frenesí estridente y hambriento que distinguía sus comidas entre los tártaros, alimentarse con los chinos poseía la delicadeza de un bordado.

Pero lo que más le sorprendía eran los libros que poseían. No habían sido copiados a mano, como en la cristiandad, sino que los reproducían en grandes cantidades usando láminas de madera cortada que reproducían su caligrafía sobre el papel.

Le explicaron que primero el escriba copiaba el libro en fino papel transparente y luego un grabador pegaba las hojas de papel sobre tablas de madera de manzano. Los trazos entonces se grababan con las herramientas de un tallador, de manera que los caracteres quedaran cortados en relieve. Empleaban ese sistema para cada hoja de un libro y reproducían cientos y hasta miles a la vez.

Un libro como la Biblia de Guillermo era en el mundo occidental un objeto raro y precioso; pero en Shang-tu había gran cantidad de almanaques y de trabajos astrológicos para la gente común, así como ediciones del Pao, que era usado por los idólatras y los budistas para enumerar a las masas de sus seguidores los méritos e inconvenientes de prácticamente cada acto.

Los idólatras basaban sus creencias de un libro llamado el Tao Te-King y trataban de prolongar su vida con una compleja disciplina ascética y con magia. Con sus amuletos y astrolabios afirmaban poseer el don de predecir guerras y pestes, y también el tiempo, y vendían encantamientos a precios exorbitantes, prometiendo ganancias a mercaderes, longevidad a hombres y matrimonios felices a las mujeres.

Había otros, muchos de ellos eruditos y cortesanos, que eran seguidores de una

antigua tradición china, la de Kung Fu-Tsé. Daban gran valor a la piedad filial y a la adoración de los antepasados, igual que los tártaros, y vivían según los principios de lo que ellos llamaban Las Cinco Virtudes, que Josseran comparaba mentalmente con los Diez Mandamientos. Igual que en su mundo cristiano, notó que esas reglas se honraban más en teoría que en la práctica. Los partidarios de Confucio ponían gran fe en la ceremonia, y creían que sólo con la adecuada observancia de ciertas costumbres y rituales era posible aplacar a los dioses y el pueblo chino podría prosperar.

Por todas partes había estatuas pintadas de aquel Kung Fu-Tsé, hechas tanto en madera como en terracota, lo mismo que las había de Borcan y muchos otros de sus ídolos, todos los cuales recibían oraciones y ofrendas de los fieles.

«Son todos tan distintos a nosotros —pensaba Josseran—, y, sin embargo, en muchos sentidos somos iguales. Rinden homenaje a sus dioses, enumeran sus pecados y sus virtudes en la vida, lo mismo que nosotros. Y le temen a la muerte y dedican muchas de las horas de su vida a contemplar la vida del más allá».

Dudaba que Guillermo pudiera corroborar esas similitudes.

El fraile le insistía a todas horas para que se sentara con él y con Miao-yen para continuar su instrucción o para que obtuviera otra audiencia con el emperador. La paliza recibida a manos de los nestorianos le había dejado heridas en las costillas y tenía la cara tan hinchada que parecía un mendigo enfermo de los que Josseran veía en los bazares de Acre. Pero eso no había desalentado su ánimo ni su resolución. Continuaba despotricando de Mar Salah y de los nestorianos; todos los días pasaba horas ante la iglesia del barrio pobre de la ciudad, gritando oraciones en las que pedía la divina intervención y atrayendo a una multitud de chinos curiosos que se acercaban a mirar a aquel extranjero de aspecto extraño y mal olor que permanecía arrodillado en el barro.

Josseran trató de convencerlo de que desistiera, pero Guillermo no cejaba. Afirmaba que el Señor haría un milagro y atraería a los nestorianos a la Iglesia de Dios. Aunque tal vez se sorprendió tanto como Josseran cuando el milagro por fin llegó.

Todos los días pasaban horas enteras con Miao-yen en su pabellón de suelo de baldosas amarillas. La muchacha resultó ser una buena alumna y pronto pudo recitar los Diez Mandamientos y fue capaz de memorizar largos pasajes de la Biblia que Guillermo seleccionaba para ella. Por su parte, Guillermo era un tutor paciente, pero no toleraba que se pusieran en duda sus enseñanzas.

Una vez, mientras ella miraba el misal, señaló una de las figuras y preguntó quién era.

—Ésa es María, la Madre de Dios —le contestó Josseran.

—Mar Salah dice que Dios no puede ser un hombre; por lo tanto, ninguna mujer puede ser la madre de Dios.

—Dile que no le corresponde poner en duda los misterios de la fe —le dijo Guillermo a Josseran cuando él le tradujo las palabras de la princesa.

Miao-yen pareció aceptarlo y puso la página cerca de la luz para poder examinarla con detalle.

—Se parece mucho a Kuan Yin. Entre los chinos se la conoce como la Diosa de la Misericordia.

Cuando Guillermo oyó aquello, las mejillas se le tiñeron de rojo.

—No puedes comparar a la Santa Virgen con ídolos paganos —replicó—. Es una blasfemia.

Miao-yen tomó esas palabras con tranquilidad y nunca volvió a hacer comentarios sobre las lecciones, a las que se dedicaba en cuerpo y alma. Pero a pesar de su aparente entusiasmo por la tarea, Josseran tenía la sensación de que todo aquello no era más que un ejercicio intelectual para ella. En el fondo de su corazón, seguía siendo una tártara.

Después de un tiempo, hasta Guillermo notó aquella actitud recalcitrante y ya no se contentó con darle meras instrucciones sobre la forma de la religión católica. Comenzó a buscar alguna señal física que le indicara que sus lecciones daban fruto.

—Dile —le dijo un día a Josseran después de haberle enseñado el Padrenuestro a Miao-yen—, dile que para ser devota tendría que dejar de ponerse perfumes y maquillarse la cara.

Josseran se lo dijo con la mayor delicadeza posible y se volvió a mirar a Guillermo.

—Dice que tiene que hacerlo porque es una dama china y porque es la hija del emperador.

—Tiene el aspecto y el olor de una prostituta.

—¿Deseas que le diga eso?

—¡Desde luego que no! —contestó Guillermo con aspereza.



—Entonces ¿qué quieres que le diga?

—Dile que debe rezarle a Dios para que la guíe. La mujer debe ser virtuosa en todo, y la pintura y el perfume son las herramientas del demonio.

—¿Qué dice? —preguntó Miao-yen.

—Te felicita por tu belleza —contestó Jossieran—. Incluso sin lociones ni perfumes cree que serías la mujer más exquisita de Shang-tu.

Miao-yen sonrió y bajó la cabeza.

—¿Y ella qué dice? —preguntó Guillermo.

Jossieran se encogió de hombros.

—Dice que lo pensará —contestó.

A veces, después de que Guillermo terminara su instrucción, Jossieran permanecía con Miao-yen en el pabellón. Le resultaba útil por todo lo que aprendía sobre Qubilay y su gran imperio. Pero también estaba fascinado por aquella extraña criatura, aunque no de la manera en que se sintió atraído por Jutelún, porque en ese caso no había deseos físicos. Pero le intrigaba que la hija del emperador pudiera estar atrapada allí, en aquel palacio de plata, mientras Jutelún comía y conversaba con hombres y vivía sobre un caballo. ¿No eran ambas hijas de kanes tártaros?

Tenía la sensación de que ella disfrutaba de su compañía. Conversaban durante largas horas mientras bebían el té aromático que le servían sus sirvientas y ella sentía una curiosidad interminable acerca del Languedoc y de Ultramar y sus castillos, casas solariegas e iglesias cristianas.

Un día estaban sentados y observaban a una sirvienta alimentar los peces de colores que se acercaban, dóciles como ovejas, a la orilla del lago. Ella señaló el otro extremo del lago donde un ciervo caminaba en silencio bajo los sauces del emperador.

—¿Cazáis en las tierras bárbaras? —preguntó.

—Por supuesto. Es un deporte que gusta mucho en el Languedoc.

—Entonces te gustaría cazar en el parque de mi padre. Es su única concesión a sus antepasados.

Jossieran pensó en Jutelún y en la forma en que había matado con una sola flecha al lobo que la atacaba.

—¿Tú no cazas?

Ella lanzó una risa llena de resentimiento.

—A veces me encantaría hacerlo.

—Y entonces ¿por qué no lo haces?

—No es costumbre de los chinos que las mujeres se comporten como lo hacen las tártaras.

—Pero tú no eres china, eres tártara.

Ella negó con la cabeza.

—No, soy china, porque eso es lo que mi padre desea. En todos los sentidos, mi padre ha adquirido las costumbres de los chinos. ¿No lo has visto tú mismo?

—Confieso que todo lo que veo aquí me resulta extraño.

—Entonces te diré algo: mi hermano Chen-chin será el próximo emperador y kan de kanes de los tártaros. A su edad, Gengis Kan ya cabalgaba a la cabeza de su propio *touman* y había conquistado la mitad de la estepa. Chen-chin pasa sus días encerrado con cortesanos fieles a Confucio aprendiendo las costumbres y la etiqueta china, leyendo el Libro de Odas, Las Analectas de Kung-Fu-Tsé, El Libro de Rituales y el Diccionario de Términos y aprendiendo historia china. En lugar de olor a caballo, huele a aloe y a madera de sándalo. En lugar de conquistas, tiene caligrafía.

—Sin duda Qubilay lo hace para conquistar al pueblo.

—Mi padre lo hace porque su espíritu es estéril. Quiere ser todo para todos. Hasta desea ser considerado bondadoso por aquellos a quienes ha aplastado.

Josseran se sorprendió al oír un juicio tan áspero sobre el emperador en boca de su propia hija.

—Si ésa es su verdadera meta, yo diría que ha tenido éxito —murmuró.

—Sólo «parece» que ha tenido éxito. Los chinos nos sonríen con amabilidad, hacen lo que les pedimos, llenan nuestros palacios y simulan que nos quieren. Pero en privado nos llaman bárbaros y se burlan de mi padre por su incapacidad para hablar su idioma. Se burlan de nosotros en sus teatros. Los actores hacen chistes acerca de nosotros, los titiriteros nos ridiculizan porque queremos parecemos a ellos. Eso los lleva a despreciarnos más. La verdad es que somos invasores y nos odian. ¿Cómo no nos van a odiar?

Josseran no cabía en sí por la sorpresa de aquella revelación. El Hijo del Cielo no era tan omnipotente como indicaban las apariencias. Afrontaba al mismo tiempo la guerra civil en su comunidad y la rebelión en su imperio.

—Sin embargo, Sartaq me ha dicho que muchos de los soldados de Qubilay son chinos.

—Los usa con sabiduría. Todos son asignados a provincias alejadas de sus propias casas, de manera que se sienten tan extranjeros como sus oficiales tártaros. Mi padre retiene su guardia real, un cuerpo de elite, y ha elegido a dedo a los *toumans*, regimientos de su propio clan, emplazados a lo largo de todo el imperio para aplastar cualquier rebelión. Ellos han echado abajo las murallas de todas las ciudades chinas, hasta han levantado los adoquines de las calles para que no lastimen a nuestros caballos tártaros si tenemos que atacarlos. ¿Comprendes? No le odian abiertamente porque no se atreven. Eso es todo.

Josseran se asustó ante el veneno que notaba en la voz de la joven. Ella pareció darse cuenta de que había ido demasiado lejos y bajó los ojos.

—Hablo contigo con demasiada libertad. Eres un buen espía, bárbaro. —Josseran apartó la mirada, avergonzado de que ella hubiera adivinado sus intenciones—. Es una cuestión política que yo viva aquí, en este hermoso parque con sólo los pájaros y los peces de larga vida por compañía, porque Qubilay quiere que sea una princesa china. Pero no es sólo una cuestión de política. Ama genuinamente a estos chinos a quienes ha vencido. ¿No es extraño en un hombre como él?

Josseran asintió con la cabeza.

—Sí, así es.

—Extraño e infortunado. Para mí. Porque yo quiero cabalgar y aprender a disparar una flecha, como una tártara. Sin embargo, debo permanecer aquí todos los días, sentada entre los sauces sin nada que hacer para que pasen las horas, aparte de ponerme horquillas en el pelo. Nuestro padre es nuestra vida y nuestra carga. ¿No lo crees, bárbaro?

—Sin duda —confirmó él, pensando en su propia carga—. Sin duda es verdad.

—¿Dónde has estado? —preguntó Guillermo aquella tarde, cuando Josseran volvió al palacio.

—Estuve conversando con la princesa Miao-yen.

—Pasas demasiado tiempo con ella. No vale la pena.

—Por medio de ella aprendo mucho sobre el emperador y sobre su gente.

—Tienes sentimientos lujuriosos hacia ella. Lo veo en tus ojos.

Josseran se sintió afrentado por aquella acusación porque no era cierta.

—Es una princesa y la hija del emperador.

—¿Cuándo algo así ha frenado tus bajos instintos? Su perfume, los afeites que se pone en la cara, la ropa de seda que usa. Posee todas las armas del demonio. Yo le dedico horas para enseñarle el camino de la virtud, el camino hacia Dios, y tú deshaces todas mis buenas obras.

Josseran suspiró. ¡Qué fraile tan pesado!

—No sé qué más quieres de mí.

Guillermo tenía los ojos rojos. Daba la impresión de que en las últimas semanas no había dormido bien.

—No quiero nada de ti. Es Dios el que quiere que me ayudes a atraer a esa gente al amor de Cristo.

—¿No he hecho todo lo que está en mi poder?

Guillermo negó con la cabeza.

—No lo sé —contestó—. Es una pregunta que sólo puede responder Dios.

Qubilay la esperaba en el pabellón de las flores fragantes, sentado en un trono de

ébano con incrustaciones de perlas y de jade. Lucía un manto de brocado de seda verde y en su rostro había una expresión de vigilante descontento.

El pabellón estaba abierto a los jardines por todos sus lados. En grandes urnas había plantas de flores rosadas y de canela, y había molinos artísticamente puestos alrededor del pabellón para que el suave movimiento de sus astas llevara la fragancia de las flores a los vestíbulos. El canto de los pájaros en los árboles era casi ensordecedor. En segundo plano se oía el murmullo constante de una fuente, el golpeteo del bambú.

Miao-yen vislumbró un altar en el extremo norte del pabellón. Contenía hierba de las estepas y tierra llevada desde Tartaria, barro ocre, arena amarilla y piedras negras y blancas del desierto del Gobi. A pesar de que ostensiblemente era un santuario tártaro, el altar de la tierra era un ideal de los seguidores de Confucio; rojo para la alegría, verde para la armonía, amarillo para el cielo, blanco para la pureza, y negro para el dolor. Estaba cubierto por un mantel de brocados rojos, con bendiciones escritas sobre la tela en los caracteres de oro de los chinos.

¡Tantas contradicciones!

Se acercó a su padre desplazándose sobre las manos y las rodillas. Unió las manos e inclinó la cabeza tres veces en el suelo de mármol y levantó la mirada hacia los ojos sedosos de su padre.

Los rostros severos de sus consejeros confucianos y tangutos la observaban desde una tarima situada debajo del trono.

—Bueno, Miao-yen. ¿Vas bien en los estudios?

—Soy diligente, mi señor.

—¿Qué opinión tienes de tus tutores, ese franco y su hombre santo?

—Son sinceros, mi señor —contestó ella con cuidado, mientras se preguntaba qué querría saber su padre.

—¿Y qué piensas de esta religión que traen consigo? —le preguntó.

—Es tal como tú dijiste, Padre. Se parece mucho a la religión luminosa de Mar Salah, salvo que ellos estiman mucho a ese hombre a quien llaman Papa. También piensan que es un error la unión de un hombre y una mujer y creen que la confesión de los pecados de una persona a su chamán les trae el perdón inmediato por parte de su Dios.

—¿Piensan que es un error la unión del hombre y la mujer? —le preguntó Qubilay, sin duda pensando en su propio y extenso harén.

—Naturalmente, mi señor.

Qubilay lanzó un gruñido, poco impresionado por esta filosofía.

—Dicen que en la tierra de los bárbaros todos se inclinan ante ese Papa.

—Sí, mi señor. Parece que él es el kan de kanes y que tiene el poder de nombrar reyes entre ellos; sin embargo, si tenemos que creerles, no lleva espada ni arco.

Parecería que es un chamán que ha llegado a ser aún más poderoso que sus más grandes guerreros.

Qubilay permanecía en silencio. Ella imaginaba sus pensamientos. No querría tener parte en ninguna religión que pudiera amenazar la suprema posición del emperador.

—¿Hacen magia? —le preguntó Qubilay por fin.

—No les he visto hacer magia, mi señor. Me han enseñado oraciones que quieren que recite y me han hablado de ese Jesús a quien tanto aman, como Mar Salah y sus seguidores.

—¿A ti te gusta esa religión que ellos profesan?

Ella miró los ojos del Phags-pa lama.

—No creo que sea tan grande como la de los tangutos, mi señor, ni tan poderosa.

Phags-pa pareció relajarse. Su padre también pareció satisfecho por su respuesta.

«A ese cristiano y a su chamán podría no gustarles oírme pronunciar tales palabras —pensó ella—. Pero cualquier otra respuesta los pondría en un peligro innecesario. Hay víboras en la corte de mi padre».

—¿Y el guerrero? ¿Qué piensas de él?

—Parece un hombre sincero, mi señor.

—¿Te ha hablado del ejército de los bárbaros?

—No creo que sea demasiado poderoso, mi señor. Él mismo declara que sólo es dueño de tres caballos y son animales para los que debe encontrar o comprar comida todos los días. Sin duda, debe de ser muy pobre porque no posee ovejas ni vacas. Impone impuestos a los campesinos que trabajan sus tierras mientras él vive encerrado en un castillo. Sin embargo, esto no lo comprendo; dice que viajó a otra tierra para luchar contra los sarracenos, como los llama, cuando en esa lucha no tiene nada que ganar para sí mismo, ni en botín ni en mujeres. Declara que lo hace por el cielo. Sin embargo, parece que también les atemoriza abandonar sus fuertes por temor a los mismos sarracenos a quienes están empeñados en destruir.

Qubilay lanzó un gruñido. La opinión de su hija era igual a la suya.

—No creo que sean aliados fuertes. Hasta Mar Salah predica contra ellos y, como tú dices, él adora a ese Jesús, lo mismo que ellos. El patriarca hasta llega a decir que desean someternos a todos al gobierno de ese Papa del cual tanto hablan.

—Lo único que sé es que este Joss-ran me trata con bondad y parece sincero —añadió Miao-yen con rapidez, porque sentía simpatía por aquel gigante bárbaro y no le deseaba ningún mal.

—¿Y su chamán?

—Por el otro no puedo contestar —dijo ella—. Lo único que puedo decir es que huele mal.

Qubilay caviló largo rato sobre eso.

—Te felicito por tu informe, hija —dijo por fin—. Sigue siendo diligente. Si te dicen algo que consideras que tengo que saber, dímelo en persona.

La despidieron. Mientras se alejaba caminando hacia atrás con sus pequeños pies, recordó que ni por un instante había visto una señal de amor. Los seguidores de Confucio le enseñaron que la devoción filial era la mayor de todas las virtudes, y si eso era cierto, ella no tenía mérito alguno.

No hacía mucho que el vigía había cantado la hora cuando fuertes golpes en la puerta de su habitación despertaron a Guillermo. Un patriarca de negras vestiduras se encontraba sin aliento en el corredor, con dos de los kesig del emperador a su lado. Guillermo lo reconoció al momento, era Mar Gabriel, uno de los que le había golpeado las costillas con los pies calzados con sandalias. Balbuceaba cosas incomprensibles en su idioma pagano.

Un guardia se encaminó a despertar a Josseran a su cámara. Por fin apareció el templario, despeinado y apenas despierto, envolviéndose con premura el cuerpo con sus ropas de seda. Escuchó lo que tenía que decir el sacerdote y luego le explicó a Guillermo que el hombre había sido enviado por Mar Salah. El patriarca de Shang-tu deseaba verlo inmediatamente.

Se estaba muriendo.

Siguieron a los soldados con sus antorchas encendidas por las calles oscuras de Shang-tu. Durante el trayecto no vieron ni un alma. La ley indicaba que a última hora de la tarde, después de que sonara la campana del campanario no se permitía que nadie estuviera en la calle, con excepción de las parteras que iban a ayudar a un nacimiento o de los médicos que debían atender a un enfermo.

Llegaron a una gran casa que estaba cerca de la pared del palacio. Josseran notó que Mar Salah vivía con la clase de esplendor que no habría avergonzado a un obispo cristiano. Sin duda gracias al dinero que había robado a sus feligreses, tal como Guillermo declaraba. Los clérigos eran iguales en el mundo entero.

La casa estaba rodeada por un alto muro techado con cerámicas al estilo tradicional. La puerta adornada con clavos de hierro se abrió y siguieron al sacerdote a través de un patio cubierto de losas y bordeado por sauces, pinos y estanques donde nadaban carpas doradas.

Había una galería que se apoyaba en pilares lacados con motivos geométricos. En un extremo, unos seis sirvientes permanecían junto a una puerta, gimiendo.

«Tal vez lloren más por la incertidumbre de su propio futuro que por su amo», pensó Josseran.

Un edificio separado contenía los aposentos privados del amo de la casa. Al entrar, a Josseran lo impresionó la riqueza de los muebles; vio una cruz hecha de madera de sándalo y ágata, grandes cofres con incrustaciones de perlas, vasos de oro y de fina porcelana azul y blanca, alfombras de espléndido brocado y ornamentos de jade y plata.

Nada de eso le servía en aquel momento a Mar Salah.

El dormitorio también estaba suntuosamente adornado con colgaduras de seda y armiño. En un rincón había una enorme urna de bronce llena de flores secas. Mar Salah estaba tendido en la cama, detrás de un biombo pintado, con vestimentas de brocado azul oscuro.

Josseran quedó impresionado por la apariencia del sacerdote. Estaba mortalmente pálido, tenía las mejillas hundidas y grandes ojeras. Era como si la carne hubiera desaparecido. Había tosido y escupido sangre, tenía espuma roja en la comisura de la boca.

Sus tres esposas estaban reunidas alrededor de la cama, gimiendo.

Josseran conocía el olor de la muerte, se había encontrado con él muchas veces. Pero los gemidos de las mujeres le resultaron insoportables y ordenó a los soldados que las sacaran de allí.

Al mirar a Guillermo, recordó que había pasado las últimas semanas orando fuera de la iglesia de Mar Salah, clamando por la venganza del Señor. Se estremeció y sintió que se le ponían los pelos de punta.

Mar Salah levantó la cabeza de la almohada y alzó un dedo de forma de garra para indicar que tenía que acercarse más. Cuando habló su voz no era más que un susurro.

—Pregunta qué le has hecho —le tradujo Josseran a Guillermo.

Guillermo tenía los labios apretados en una delgada línea de desprecio.

—Dile que no he hecho nada —contestó con tono imperioso—. Es el juicio de Dios que cae sobre él.

—Él cree que le has echado un mal de ojo.

Guillermo se echó atrás la capucha negra y rodeó sus hombros con la estola morada que había llevado consigo desde el palacio. En la otra mano llevaba la Biblia.

—Dile que si lo desea, oiré su confesión. En caso contrario arderá en el infierno.

Mar Salah negó con la cabeza.

—Dice que no cree en la confesión —tradujo Josseran—. Afirma que no la mencionan los Evangelios.

—Dile que irá al infierno por toda la eternidad a menos que en este momento haga una confesión completa ante mí.

Mar Salah observó al fraile, vencido, temeroso. Josseran le dijo lo que Guillermo acababa de decir.

Josseran asintió con la cabeza.

—Tiene miedo y dice que lo hará. Pero tendrás que instruirlo.

Guillermo sonrió, triunfante. Levantó la mano derecha.

—Haré esto sólo con la condición de que antes de que muera mande llamar a todos los sacerdotes a esta habitación y que ante ellos reconozca al Papa como el padre de todos los cristianos del mundo y que esté de acuerdo en pasar el liderazgo de



esta iglesia a la autoridad del sumo pontífice, de Roma.

Josseran no podía creer lo que oía.

—¿Serías capaz de chantajear a un moribundo?

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera?

—¿Vosotros los sacerdotes no os detenéis ante nada?

—¿Para reunir nuestra bendita Iglesia como es la intención de Dios? No, no me detendría ante nada para lograrlo. Y ahora tradúcele lo que acabo de decir.

—Nos rebajamos y rebajamos a nuestro Dios con nosotros.

—¡Sólo haz lo que te digo!

Josseran vaciló y luego se inclinó sobre el sacerdote moribundo. Alcanzaba a oler su aliento, fétido y rancio.

—Mar Salah, el hermano Guillermo dice que antes de que pueda darte la absolución debes pasar la autoridad de tu iglesia a nuestro bendito Papa en Roma.

—¡Nunca!

—Él insiste.

—No —repitió Mar Salah.

Josseran se volvió hacia Guillermo y negó con la cabeza. La perspectiva de que muriera sin que se le hubieran perdonado los pecados era demasiado espantosa para contemplarla. Pensó en sus propios pecados y se volvió a preguntar si su resolución de condenarse a ese mismo destino vacilaría en los últimos instantes de su vida.

—¿No tienes piedad? —le preguntó a Guillermo.

—Con los pecadores, ninguna.

—Dice que no lo hará.

—Vuelve a recordarle los tormentos del infierno. Las llamas que lamerán interminablemente su carne desnuda, las horquillas que le introducirán una y otra vez en el vientre, los látigos con puntas de metal. Díselo.

Josseran negó con la cabeza.

—No.

—¡No me desafiarás en este momento! ¡Está en juego el futuro de la Santa Iglesia aquí, en Catay!

—Me niego a torturar a un moribundo. Como tú has aclarado tantas veces, es obra del demonio, y yo no quiero tener nada que ver con eso.

Y en medio de las airadas protestas de Guillermo, salió de la habitación.

Una hora antes del amanecer, cuando los gritos de los monjes pidiendo limosna con sus cuencos ya se oían en las calles, Mar Salah entregó su alma y se fue al infierno y a su refinado festín de tormentos.

Un patio bordeado de rejas doradas y oscuras colinas que se reflejaban en la tranquilidad del lago, suavizadas por la niebla. Detrás de las colinas, una cadena de negras montañas sin árboles se cubrían unas a otras como cobertores de seda sobre una cama, suaves y onduladas.

Los soldados del kesig permanecían impassibles alrededor del patio, mientras el emperador caminaba por el borde del agua con una piel de onza sobre los hombros para protegerlo del frío del amanecer. El lama Phags-pa permanecía a un lado.

Apareció Josseran, escoltado por Sartaq y uno de sus soldados. Se arrodilló e inclinó la cabeza, a la espera de oír los deseos del emperador. No estaba seguro del motivo por el que lo habían mandado llamar tan perentoriamente y a una hora tan temprana, pero podía adivinarlo.

—El patriarca de Shang-tu ha muerto —dijo por fin el emperador.

—Eso me temo, gran señor —contestó Josseran.

—Tu compañero hizo caer una maldición sobre su cabeza.

—Creo que sólo fue obra de Dios.

—Entonces no cabe duda de que tenéis un Dios muy poderoso. Por lo visto, más poderoso que el de Mar Salah.

Así que creían que lo que había terminado con la vida del obispo nestoriano era una brujería. Qubilay debía de estar convencido de que Guillermo había echado sobre él una especie de maldición demoníaca porque el patriarca lo había contrariado. Josseran se preguntó si habría algo que él pudiera decir o hacer para disuadirlo de aquella convicción.

O tal vez aquella convicción del emperador los favoreciera.

—Me inclino a creer que en vuestra religión hay más de lo que creí al principio.

Josseran levantó la mirada, sorprendido. Por encima del hombro de Qubilay vio la cara de su preceptor tangut, y era imposible no ver el odio que brillaba en aquellos ojos. Igual que Mar Salah, veía a Guillermo como un rival que podía ser escuchado por el emperador. Y Josseran supuso que tenía razón.

—Cada uno de mis consejeros dice que su camino es el mejor y el más seguro —dijo Qubilay—. Y ahora tenemos otra religión. ¿Cómo voy a decidir?

Josseran guardó silencio. Ésa era la oportunidad con que sólo habían soñado, una posibilidad de llevar la cristiandad a los tártaros por medio del propio Qubilay. Si se lograba convertir al gobernante, toda la nación lo seguiría. Si eso pasaba y lograban atrapar a los sarracenos entre dos ejércitos de la Iglesia romana, Ultramar estaría a salvo y Jerusalén se encontraría una vez más en manos de los cristianos.

—He organizado un debate.

—¿Un debate, gran señor?

—Decidiré por mí mismo cuál de las religiones es la verdadera. Dile a tu chamán que se presente en la sala de audiencias a la séptima hora. Allí se encontrará con los otros grandes chamanes de mi reino y debatirá con ellos la naturaleza de sus dioses. Y entonces decidiré de una vez por todas cuál de vuestros dioses es el verdadero.

—Sin lugar a dudas estaremos presentes, mi señor —murmuró Josseran, estupefacto por aquella sorprendente propuesta.

—Ve y dile a tu chamán que se prepare.

Josseran se inclinó una vez más ante el emperador, evitando la mirada cargada de veneno del Phags-lama y permitió que Sartaq lo escoltara hasta el palacio. ¡Un debate! Bueno, eso sería ideal para el estilo del hermano Guillermo. De repente sintió que se le aflojaban las piernas. En un momento en que había tanto en juego, esperaba que sus aptitudes como traductor y como abogado estuvieran a la altura de las circunstancias.

El palacio de verano del emperador se encontraba más allá de los muros de su coto de caza. En realidad era una yurta edificada al estilo tártaro, con paredes de la seda más fina en lugar del fieltro que usaban los tártaros de las altas estepas. Centenares de grandes cuerdas de seda las sujetaban. El tejado estaba hecho de bambú cortado y barnizado, decorado con pinturas de animales y pájaros, como los ciervos y pavos reales y osos salvajes que se encontraban en los bosques. En los pilares lacados de color bermellón había serpientes labradas.

—¿No te parece una maravilla? —le susurró Sartaq—. El pabellón ha sido construido de tal manera que, si el emperador lo desea, se puede desmontar y llevarlo a otro lugar más agradable en pocas horas.

Josseran asintió con la cabeza; no cabía duda de que era una maravilla, aunque sospechaba que jamás se había intentado aquel cambio de lugar y que era sencillamente otra leyenda para reforzar el prestigio de Qubilay como jefe tártaro tradicional.

Cuando entraron, el salón ya estaba atestado de hombres santos de la corte; el propio chamán del emperador con sus blancas vestiduras, el pelo y la barba abundantes y descuidados, la piel escamada por la suciedad, los ojos sumidos en un trance causado por el hachís; los tangutos, con sus cabezas afeitadas y sus vestimentas de color azafrán, los idólatras con sus pesados mantos de brocado morado y naranja y sus sombreros negros, sujetando tablas de oraciones curvas, los nestorianos de vestimentas negras y los mahometanos de barba blanca y con blancos gorros en la cabeza.

Debajo del trono, a la izquierda de Qubilay estaba la emperatriz Chabi, la favorita del emperador. Josseran se había enterado por Sartaq de que era una ardiente devota de Borcan. Cuando ellos entraron, los miró con fría expresión de recelo. Para mayor consternación, Josseran vio a Phags-pa junto al emperador. Era evidente que él sería el moderador del debate y el principal orador.

Qubilay le hizo una seña a Phags-pa, el cual anunció el comienzo de la reunión. Para comenzar, un portavoz de cada religión daría un breve informe de su propia doctrina y luego comenzaría el debate.

Cuando comenzó la discusión, Josseran quedó perplejo ante las herejías, brujerías e idolatrías a las que sometieron sus oídos. Se lo tradujo todo de una manera fidedigna a Guillermo, que frunció el entrecejo y susurró como un gato mientras cada teólogo daba su propia versión de la verdadera naturaleza de este mundo y del mundo de los espíritus.

Cuando le tocó el turno a Guillermo, éste se puso en pie, resplandeciente con su sobrepelliz blanca y su estola morada y pronunció lo que él llamó un verdadero

recuento de la historia, desde el momento de la creación del mundo hasta la creación del hombre y de la mujer por Dios. Después habló del milagroso nacimiento de Cristo y relató la historia de Su vida y de Sus sufrimientos y terminó enumerando las leyes de Dios que fueron entregadas al hombre en los Diez Mandamientos. Por fin habló del lugar especial que el Papa y la Santa Madre Iglesia ocupaban en el corazón de Dios.

Cuando terminó, el emperador anunció por intermedio del lama Phags-pa el comienzo del debate. Pronto resultó evidente que Guillermo, como recién llegado, sería el blanco de todas las críticas.

Fue el propio lama Phags-pa quien condujo el interrogatorio; Josseran habría disfrutado de la incomodidad de Guillermo si no fuera vital para la causa de la cristiandad en Ultramar que ellos dieran una buena impresión. Porque a pesar de todos sus recelos, ésa era todavía la religión de su corazón.

Sin duda sintió que crecía su furia interior cuando Phags-pa y los idólatras intentaron poner en ridículo al Papa y a su Iglesia. A su pesar, en circunstancias distintas, podría hasta haber empuñado él mismo la espada en su defensa.

Phags-pa interrogaba a Guillermo sobre los diez mandamientos de Dios.

—Pregunta si has estado en el cielo para conocer la mente de Dios —tradujo Josseran.

—Dile que no, pero que Dios ha entregado Sus deseos a nuestros profetas, y que Él mismo descendió a la tierra para enseñar a todos los hombres.

Phags-pa sonrió. Esa sonrisa hizo pensar a Josseran que les había tendido una trampa en la que ellos acababan de caer.

—Dice que entonces creemos conocer al único y verdadero Dios —le dijo Josseran a Guillermo.

—Dile que lo creemos.

—Entonces ¿quieres decir que el emperador no sigue los preceptos de Dios? Porque no cabe duda de que ha pisoteado al resto de los pueblos. ¿Eso no significa que solo él es bendito y que tu Dios y todos los demás dioses son inferiores?

Josseran sintió que los ojos dorados de Qubilay se clavaban en él.

—Dile que el valor de un hombre no se mide por lo que hace suyo en este mundo —contestó Guillermo—. Cristo nos dijo que la tierra será heredada por los mansos.

—Ésa no ha sido mi experiencia —gruñó el emperador al oír la respuesta de Guillermo y algunos de sus generales, que escuchaban con curiosidad el debate, rieron abiertamente.

—¿Cómo puede un hombre conocer la mente de los dioses salvo que con lo que haga no encuentre el desastre? —quiso saber Qubilay, decidido a intervenir en el debate.

Guillermo parecía aturdido por la oposición del emperador.

—Es una cuestión de creencias, de fe.

—Un hombre no se define por sus creencias —dijo entonces Phags-pa—, sino por lo que hace. Un millar de años de sabiduría han sido condensados en nuestro libro del Pao. Permite que cada persona calcule los méritos y errores de su vida.

—Pero si un hombre puede perder méritos por sus acciones —interrumpió un idólatra, apartando por un instante la atención de la persona de Guillermo—, entonces, sin duda, el camino hacia la serenidad es no emprender ninguna acción. Ése es el camino del Tao.

Y así continuó.

A Jossaran lo deslumbraba poder estar presente en un acto así. Jamás había sido expuesto a una diversidad de pensamientos tan grande y mientras la discusión crecía a su alrededor y él le traducía, casi sin aliento, cada palabra a Guillermo, de repente se dio cuenta de lo similares que eran los argumentos de los mahometanos a los de ellos. Sin duda, ambos hablaban de profetas y de la inmutabilidad de un solo Dios y de sus leyes. Entre todas las religiones presentes aquella tarde, le pareció que los mahometanos, sus peores enemigos en Ultramar, eran sus aliados más cercanos.

Los nestorianos, por su parte, los atacaban con la misma ferocidad que los tangutos.

El chamán de Qubilay estaba diciendo que las palabras no eran importantes, que la virtud de una religión podía ser juzgada por la eficacia de su magia. El emperador lo interrumpió para decir que si eso fuera cierto, entonces el Papa poseía una magia muy poderosa, teniendo en cuenta lo que el Dios de Guillermo le había hecho a Mar Salah. Al oír esto, Guillermo trató de aumentar su ventaja diciendo que desde el día en que Dios creó el mundo, lo que deseaba era que toda la gente de la Tierra lo reconociera y le rindiera la debida alabanza y obediencia. Sólo dejaría caer su venganza sobre aquéllos que lo negaran.

El siguiente en hablar fue un anciano monje de vestiduras color azafrán.

—Dice que el mundo es una ilusión —tradujo Jossaran—. Dice que la vida siempre nos desilusiona y que el nacimiento, la vejez, la enfermedad y el sufrimiento son inevitables.

—¡Dile que por eso Cristo vino a salvarnos! —casi gritó Guillermo; tenía las mejillas sonrosadas por la excitación—. Que si soportamos nuestros sufrimientos de una manera cristiana podremos llegar al cielo.

Guillermo le pasó aquella perspectiva al monje, que lo miró profundamente a los ojos mientras respondía.

—Hasta el campesino que trabaja la tierra sufre —dijo—. Leer textos sagrados, abstenerse de comer carne, adorar a Buda y dar limosna, son cosas que hacen ganar méritos para la vida siguiente. Pero para liberarse del sufrimiento, lo que se requiere es una revelación personal en el vacío del mundo.

—¿Cómo va a estar vacío el mundo? —gritó Guillermo—. ¡Fue creado por Dios! ¡Sólo el hombre es pecaminoso!

El anciano monje frunció el entrecejo.

—Pregunta a qué te refieres con la palabra pecado —dijo Josseran.

—Lujuria. Fornicación. Debilidad de la carne.

El viejo monje sonrió y murmuró una respuesta que Josseran no parecía deseoso de traducir.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Guillermo.

—Dijo... dijo que tú tienes razones para temer tales debilidades.

—¿Qué ha querido decir con eso?

—No lo sé, hermano Guillermo. Sólo dijo que tu apego al mundo es grande pero que esto no es poco habitual en un hombre que se supone que es santo. Dijo que tu debilidad está escrita en tus ojos y que tienes derecho a temerla.

—¡El hombre recto no le teme a nada! —gritó Guillermo—. ¡Aquéllos que obedecen la ley de Dios serán recompensados en el cielo!

Qubilay alzó una mano para pedir silencio. Luego mantuvo entre susurros una larga conversación con Phags-pa.

Mientras esto pasaba, Guillermo se volvió hacia Josseran.

—¡No has traducido bien todo lo que he dicho! —susurró en voz baja.

—Ya que tú no hablas su idioma, ¿cómo sabes lo que he dicho?

—Es evidente por sus miradas y sus expresiones. Si hubieras pronunciado las verdaderas palabras de Dios, no habrían reaccionado como reaccionaron.

—No eran palabras salidas directamente de los dulces labios de nuestro Salvador, hermano Guillermo. No eran más que tus palabras.

—Yo sólo hablo de lo que se dice en el libro santo, de modo que es lo mismo que la palabra de Dios. Si fracasamos será evidentemente por tu culpa y te denunciaré ante el consejo de barones en cuanto volvamos a Acre. También le haré saber al Santo Padre a quién culpo por la pérdida de nuestra oportunidad.

—¡¡He traducido fielmente y sin prejuicios todo lo que has dicho!

—¡¡Es evidente que no lo has hecho!

La consulta entre el emperador y su consejero terminó bruscamente y el lama Phags-pa se volvió hacia la asamblea.

—El Hijo del Cielo ha oído todos vuestros argumentos y considera que cada uno de vosotros ha hablado con elocuencia y persuasión. Pensará en todo lo que ha visto y oído. Y ahora desea que todos vosotros le permitáis volver a su tranquilidad. Con excepción del bárbaro.

Señaló a Josseran.

—Yo también me quedaré —dijo Guillermo mientras los demás abandonaban el recinto—. No puedo dejarte aquí sin instrucción.

Phags-pa lo miró.

—Dile que debe marcharse ahora mismo —le indicó a Josseran.

Josseran se volvió hacia Guillermo.

—Me temo que si no te marchas enseguida te arrastrarán por este salón como ya hicieron una vez. Yo no diría que eso produce una buena impresión.

Guillermo vaciló, con los ojos rojos de extenuación, fervor y furia; luego, a regañadientes, se inclinó ante el Hijo del Cielo y salió.

Cuando se quedaron solos en el gran pabellón. Qubilay, Hijo del Cielo, miró a Josseran Sarrazini con lánguidos ojos almendrados.

—Hemos pensado profundamente en lo que hemos visto y oído hoy aquí —dijo.

Josseran esperó, con la boca tan seca que apenas podía tragar. El destino total de la expedición, el resultado de tantos meses de viajar a lo largo del mundo, se resolvía en aquel preciso momento.

—Confío en que hayas estado conforme con nuestros argumentos, gran señor.

—Sin duda. Nos ha impresionado mucho todo lo que hemos oído hoy aquí y te damos las gracias por haber hecho un viaje tan largo y peligroso hasta nuestra corte. Nos ha gustado y nos ha instruido mucho. En cuanto al asunto de la religión, éstas son las palabras de mi corazón...



Guillermo esperaba de rodillas sobre las losas, repitiendo las palabras del Padrenuestro. Al ver a Josseran se levantó de un salto. Permanecieron largo rato mirándose.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Guillermo con voz ronca por el largo debate.

—Dice que lo ha considerado y que quiere que sepamos que de entre todas las religiones que ha oído... la que más le gusta es la nuestra.

Guillermo no podía creer lo que acababa de oír. Volvió a caer de rodillas alabando a gritos a Dios en dirección al cielo, por encima de las cabezas de los dragones que se enroscaban alrededor de las volutas del pabellón de verano.

Había triunfado. Todas las pruebas y desgracias sufridas valían la pena. Había hecho lo que Dios le había pedido que hiciera, atrayendo a su rebaño al rey de los tártaros.

Josseran no se sumó a sus agradecimientos. Lo dejó allí, todavía de rodillas, y volvió al palacio. De alguna manera presentía que la celebración era prematura. Incluso después de tantos meses dedicados a viajar por los caminos del Asia central y de Catay, la conversión del Hijo del Cielo, rey de reyes, kan de kanes, de todos los tártaros le parecía...

... demasiado sencilla.

A la mañana siguiente se presentaron de nuevo en los aposentos de Miao-yen. Guillermo estaba extenuado. Era demasiada su excitación para que hubiera podido dormir y había pasado la noche recitando súplicas y oraciones de acción de gracias. Por su parte, Josseran se sentía incapaz de aclarar sus sentimientos. Por lo visto, acababan de lograr un triunfo que estaba más allá de todo lo imaginable y, sin embargo, los argumentos que había oído durante el debate habían cubierto su alma con una sombra.

«¿Es realmente posible que un hombre conozca la mente de Dios?», se preguntaba. En base a tantos otros pensamientos y opiniones, ¿podía algún hombre saber con seguridad que había tropezado con una verdad absoluta? Envidiaba la seguridad de Guillermo.

Miao-yen los esperaba sentada en una alfombra de seda. Inclino la cabeza al verlos entrar. Ellos le devolvieron el saludo y se sentaron con las piernas cruzadas. Una de las servidoras de la joven les sirvió té de ciruela que puso en una mesa negra lacada que había entre ellos.

—Dile que hoy le enseñaré cómo nos confesamos —dijo Guillermo.

Josseran lo tradujo y mientras observaba el rostro de la joven se preguntó qué pasaría tras aquellos ojos negros.

—Me honra conocer la confesión —contestó Miao-yen—. Me he enterado de vuestra hora triunfal en el pabellón del emperador.

—Creo que le gustamos a tu padre.

Una sonrisa curiosa.

—Todos le gustaron.

Josseran frunció el entrecejo.

—Nos aseguró que nuestra religión fue la que más le gustó.

Miao-yen sonrió.

—¿Te lo dijo a ti?

—Naturalmente, mi señora.

Ella volvió la cabeza y miró con aire soñador por las ventanas cubiertas por biombos, por las que se alcanzaban a ver los lagos y las montañas distantes. Josseran oyó el ruido de alguien que barría el patio con una escoba de sauce.

—Tú no comprendes a mi padre —dijo por fin.

—¿Qué es lo que no comprendo?

—¿Qué dice? —quiso saber Guillermo.

Josseran no le contestó, esperaba que Miao-yen volviera a hablar.

—No trates de instruirla tú —advirtió Guillermo—. Me niego a permitir que la infectes con tus herejías.

—Muy bien, te diré lo que dice —contestó él, sombríamente—. Tiene dudas sobre nuestra victoria de ayer ante el emperador.

—¡Pero tú oíste el veredicto de su propia boca!

—Ella da a entender que lo que el emperador dice no es lo que en realidad piensa. No es la primera vez que un rey miente para sus propios propósitos —añadió Josseran con ironía.

El Papa, por ejemplo.

Miao-yen se volvió a mirarlos.

—Todos creen que resultaron victoriosos en el debate. ¿No lo sabíais? —Josseran respiró hondo—. Supongo que no habréis creído realmente que se aislaría de todos sus aliados en la corte, ¿verdad? El debate no fue más que una manera de poner a unos en contra de los otros. Mi padre lo es todo para todos los hombres, ya os lo dije. En eso reside su fuerza.

—Pero me dijo que encontraba la mayor razón en nuestra religión.

—Para los chinos es el campeón de los Kung Fu-Tsé, cuando está con los tangutos sigue los caminos de Buda, para los mahometanos es el sostén de la fe. Para Mar Salah era el protector de vuestro Jesús. Era político que así fuera.

—¡Traduce lo que está diciendo! —ordenó Guillermo casi gritando. Miao-yen mantuvo los ojos bajos mientras Josseran traducía lo que acababa de decir. El rostro de Guillermo adquirió un tinte ceniciento y la euforia que lo había acompañado toda la mañana desapareció por completo.

—Lo que dice es pura malicia —aseguró—. No es lo que el emperador haría.

Josseran se encogió de hombros.

—Que juegue con nosotros por motivos políticos me parece más sensato que esa repentina conversión.

—No lo creo —repitió Guillermo, pero Josseran notó por su expresión que la espantosa verdad ya tomaba forma en su interior—. Sólo es la opinión de esta muchacha.

—Pero ¿tú la crees?

Josseran no contestó.

Guillermo se puso en pie de un salto. Le temblaban las manos.

—¡Soy el emisario del Papa! —gritó—. Él no puede jugar conmigo de esta manera.

Y se marchó.

Cuando Guillermo se hubo ido, Josseran se volvió hacia Miao-yen.

—Me temo que hoy no habrá instrucción, mi señora —dijo.

¿Qué fue lo que vio en sus ojos? ¿Compasión? ¿Diversión?

—Mil disculpas. Pero es mejor que comprendáis el juego de mi padre, aunque no conozcáis todas las reglas.

—Sí, mi señora.

«Entonces —pensó—, nuestro gran triunfo fue sólo imaginario». Desde que habían emprendido aquella misión, cuando trataba con los tártaros tenía la sensación de intentar capturar humo en el puño. Cerraba los dedos alrededor de su premio y cada vez que los abría tenía las manos vacías.

Miró a la princesa a los ojos y se preguntó qué aprendería de aquella extraña criatura. «¿Desea ser nuestra aliada o sólo atormentarnos por nuestra tontería?». En la mirada que se encontró con la suya, no existían rastros de su intención.

La barca de recreo flotaba en un lago de una belleza de terciopelo, negra y brillante como el carbón, iluminada de vez en cuando por la luz de las linternas de las pagodas que se alzaban al borde del lago. Desde la cabina de la barca, Miao-yen alcanzaba a ver toda la ciudad, los azulejos esmaltados de los palacios y templos que brillaban bajo una luna creciente como joyas en el pelo de una dama. Más allá estaba la oscura silueta de las colinas, que tenían el aspecto de un dragón dormido. En la cubierta, debajo de donde ella se encontraba, tres sirvientas sujetaban linternas de seda puestas sobre maderas curvas que arrojaban cintas de luz al agua negra.

Ella yacía boca arriba en las alfombras de seda, desnuda, con excepción del par de pequeñas zapatillas de seda que le cubrían los pies. Su cuerpo era del color del alabastro, aromático por los aceites perfumados del baño.

Una sirvienta se arrodilló junto a su cabeza. El pelo de Miao-yen estaba desplegado sobre la alfombra, negro y sedoso. La mujer le sujetaba la delicada barbilla en la mano izquierda y con el pulgar derecho le empujó con suavidad la cabeza, concentrando la presión en la parte superior del cráneo de la muchacha, en el meridiano de las orejas. El largo masaje aliviaba la tensión del cuerpo de la muchacha, suavizaba el enfado y el dolor, y con una sencilla exhalación de aliento sobre sus labios le relajaba los músculos de brazos y piernas.

Luego la mujer empleó ambos pulgares, arrastrándolos sobre la piel pálida de la frente, y centró su atención en la marca que tenía entre las cejas antes de pasarle los pulgares alrededor del yang de la sien, donde notó un pulso suave.

Llevó los pulgares expertos hacia el estanque del viento situado en el margen inferior del hueso occipital; luego, con los pulgares y dos dedos fuertes pellizcó la piel de la nuca masajeándola hacia abajo, en dirección a los puntos de acupuntura yang y ying de los músculos de los hombros y de la espalda de la muchacha.

Miao-yen lanzó un quejido de placer y abrió los ojos. El techo de la cabina estaba pintado con acuarelas que representaban paisajes de flores y montañas y un mundo de

ensueños de nubes y de sauces. Sintió que iba a la deriva, a la deriva...

En aquel momento la masajista empleó las yemas de los pulgares para frotarlos a lo largo de las extremidades de la muchacha, de sus brazos de piel tersa, concentrando la presión por encima de los suaves pliegues de la muñeca, presionando con fuerza y luego soltando, presionando y soltando, presionando y soltando hasta que la princesa se quejó en voz alta, sintió que la presión crecía entre sus ojos y luego desaparecía de una manera maravillosa.

Después la masajista pasó a las piernas, evitando el cruce del triple yin, porque una buena masajista no debía excitar los deseos sexuales de una virgen.

Miao-yen se volvió lánguidamente hasta ponerse boca abajo. La mujer concentró la presión de ambas manos a lo largo de la suave espina dorsal. Introdujo el nudillo doblado en la hendidura de carne apretando con fuerza la sedosa depresión de debajo de la nalga derecha y de la izquierda, y oyó jadear a la muchacha, que se mordió el brazo con repentino dolor. Después trabajó con los pulgares en los puntos de acupuntura del estómago que correspondían al diafragma, al hígado y al bazo.

Miao-yen volvió a girarse hasta quedar postrada sobre la alfombra. La masajista le frotó con lentitud los músculos de cada pierna con la palma de la mano, de la rodilla a la entepierna. La mujer examinó el cuerpo lampiño de la muchacha, luego le masajeó con suavidad el abdomen, desde el *qichong*, en la parte superior del hueso púbico, hasta debajo del ombligo con una rotación lenta de la palma de la mano. Sintió la respuesta del músculo tenso debajo de su mano.

Apretó con los pulgares el punto *rugen* debajo del pequeño pezón marrón del incipiente pecho. Miao-yen estaba relajada, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Habiendo terminado su trabajo, la masajista se sentó. Examinó el cuerpo de la muchacha con la mirada crítica de una mujer mayor. Sintió envidia de los músculos tensos y la piel fragante. La joya perfecta para algún príncipe chino, pensó.

Y lo mejor de todo era que tenía los maravillosos secretos de la zapatilla.

Guillermo yacía en la oscuridad de la tercera hora, oyendo los ruidos burlones de aquella ciudad de Satán, el grito de los mahometanos que llamaban a los paganos a su templo, el repiqueteo de los gongs de los idólatras que salían a las calles oscuras. Estaba rodeado de incrédulos, una oveja entre los perros del infierno. Sentía el peso de su misión, la gran cita que Dios había acordado con él, de llevar Su palabra hasta allí, al fin del mundo.

Le dolían los ojos por la necesidad de dormir, pero el sueño no llegaba. Tenía los músculos y los nervios tan tensos como una cuerda de laúd.

Cerró los ojos y recordó los fragantes polvos y los tés aromáticos de su conversa, oyó el ruido de las aguas del lago que rodeaba su pabellón, la extraña música de los

laúdes de Catay. Y era como si pudiera cruzar el palacio con la mirada y ver la casa flotante del lago, recorrer con sus propios dedos las líneas de carne firme y marrón. El susurro de la seda era tan amenazante y poderoso como el trueno. ¡El demonio seducía de tantas maneras! El cuerpo traicionaba, era un mal sirviente de los fieles.

Se levantó, se arrodilló sobre el suelo y trató de concentrarse en la oración. Pero no lograba enfocar sus pensamientos en el rostro de Dios, sólo veía los látigos e instrumentos que lo esperaban en el horno tras su juicio.

Empezaron a temblarle las manos.

Se arrancó las vestiduras de sus hombros hasta que colgaron alrededor de su cintura y buscó la vara en la oscuridad. La encontró donde la ocultaba, en el suelo de la habitación, debajo de la cama. Comenzó a golpearse la espalda con gran entusiasmo porque lo que estaba en juego era el mayor triunfo de su fe, si le alcanzaban las fuerzas.

¿O él, a su manera, volvería a hacer sufrir al Señor?

Cerró los ojos y vio la cara maquillada, y las ventanas de su nariz se estremecieron ante el pesado olor del perfume de la princesa. Volvió a azotarse una y otra vez hasta que la sangre le corrió por la espalda. Era indigno. Dios le había confiado la misión más maravillosa de todas y si le fallaba sabía que su castigo sería peor que el de un mero lego.

¡Era tan grande su deseo de ser un fraile digno de santo Domingo! Pero temía descubrir que no era más que barro.

El coto de caza se encontraba al noroeste de la ciudad, un vasto jardín paradisíaco de prados, bosques y arroyos lleno de cabras y ciervos salvajes. También había rebaños de yeguas blancas cuya leche era propiedad exclusiva del emperador. El parque estaba cerrado por un muro que zigzagueaba a lo largo de veinticuatro kilómetros alrededor de la planicie y que estaba rodeado por un foso profundo para que sólo el Hijo del Cielo pudiera cazar las presas que allí había. Sólo se podía entrar al parque a través del palacio.

Josseran había visto el parque desde el pabellón de Miao-yen y nunca pensó que iría hasta allí. Pero para su sorpresa, un día lo invitaron a cazar con el gran Qubilay.

La silla con dosel descansaba sobre el lomo de dos elefantes grises. Era suntuosa, con los lados y el dosel cubiertos de pieles de onza; el interior espléndido, con brocados de seda y pieles de armiño y de marta cibelina. «Ésta no es la manera en que Qaidu saldría a cazar», pensó Josseran, y por un instante vio a aquel gran jefe a través de los ojos de los tártaros de las estepas, como Jutelún, y comprendió su amargura.

La silla se estremecía cuando pasaban los grandes elefantes, que iniciaban la marcha por un sendero sombreado. Los seguía una columna de jinetes, kesig con armaduras ligeras, algunos con arcos, otros con halcones sobre los brazos enguantados. El oficial en jefe tenía una onza sentada en la grupa del caballo.

El emperador usaba un casco de oro y una blanca armadura acolchada. En su brazo descansaba un gerifalco cuya cabeza acariciaba de vez en cuando.

«Me pregunto qué quiere de mí», pensó Josseran.

—Me dicen —dijo Qubilay— que llegaste hasta aquí atravesando el Techo del Mundo.

—Sí, mi señor.

—Entonces, sin duda, durante un tiempo fuiste huésped de Qaidu. —Observó a Josseran y sus ojos dorados resplandecieron—. ¿Te habló de mí?

Josseran supo que tenía que ser cauteloso. Al rey le gustaban los juegos sutiles.

—Hablaba mucho de Ariq Böke —dijo con cuidado.

Como estaba poco acostumbrado al movimiento de los elefantes, se agarró a los lados de la silla. Era como estar en un barco durante una tormenta.

—Y él le concedió mucho crédito, sin duda por cualidades que no posee. ¿Qué piensas de Qaidu?

—Me trató con bondad.

—Una respuesta prudente. Pero tú conoces el motivo por el que te hago estas preguntas. No todos los tártaros piensan en Qubilay como su señor. —No esperó una

respuesta—. Lo sabes porque has visto nuestra disputa con tus propios ojos. Pero tienes que saber también esto: yo soy el señor tanto de los mongoles como del Reino Celestial y a aquéllos que me desafíen los convertiré en polvo. Hulagu, en el kanato II en el oeste, me reconoce y será con él con quien tendréis que conversar acerca de tu alianza.

«Quiere decir que todavía es posible que logremos nuestra deseada alianza — pensó Josseran—. ¿O será éste otro de sus juegos?». Los jinetes de Qubilay habían puesto en libertad a los halcones, que chillaban triunfantes mientras sobrevolaban los bosques y lagos.

—Hay algunos que piensan que debemos pasar toda nuestra vida lo mismo que la vivieron nuestros antepasados, en las estepas, robando caballos y quemando ciudades. Pero Qaidu y mi hermano Ariq Böke viven en un tiempo pasado. ¿Debemos vivir como vivió Gengis, conquistando el mundo cada invierno, sólo para retirarnos de nuevo durante el verano a fin de atender a nuestros caballos y ovejas? Si queremos conservar lo que hemos ganado, debemos cambiar nuestros viejos hábitos. Se puede conquistar el mundo desde el lomo de un caballo, pero no se puede gobernar así.

Josseran tuvo la impresión de que Qubilay estaba pensando en voz alta, de manera que guardó silencio.

—El tártaro mongol es el mejor del mundo para luchar, pero tenemos mucho que aprender de los chinos en la manera de gobernar. Es algo que Qaidu y Ariq Böke no comprenden. Es necesario un sabio para unir Catay con la gente del Cielo Azul.

Por la manera de hablar de Qubilay, Josseran comprendió con claridad que creía que él era aquel sabio.

El elefante levantó su enorme trompa hacia el cielo cuando un jabalí cruzó corriendo el sendero y se ocultó entre la maleza. La silla se sacudió de una forma peligrosa. En el acto, Qubilay le hizo una seña al jinete que llevaba la onza en la grupa del caballo. El oficial desató la cadena de la onza, que inmediatamente se lanzó a perseguir al jabalí, con la cabeza subiendo y bajando entre la alta hierba; su sinuosa espina dorsal se extendía a cada paso. El jabalí gruñó, se retorció y embistió tratando de huir, pero era inevitable que la onza lo derribara. El emperador resopló, divertido.

—Tú quieres una alianza contra los sarracenos, como los llamas —dijo de repente.

—Son enemigos tuyos tanto como nuestros, señor.

—He decidido aceptar esa alianza. Cuando nuestros ejércitos hayan obtenido la victoria, permitiremos que conservéis vuestros territorios a lo largo de la costa, así como esa ciudad, Jerusalén, de la que hablas. En retribución, tu Papa tendrá que enviarnos cien de sus más sabios consejeros para ayudarnos en la administración de mi reino.

Era la respuesta que esperaba y, sin embargo, Josseran se sobresaltó ante el



repentino ofrecimiento. Sabía que aquella alianza era una excelente estrategia. Qubilay quería liberar lo antes posible a su hermano Hulagu de la lucha en el oeste, para que lo pudiera ayudar en su lucha por el título de kan de kanes. Pero ¿cien consejeros? ¿Qué desearía el gran emperador de cien sacerdotes? Porque él mismo había encontrado que uno ya era bastante carga. Pero eso no tenía importancia porque Qubilay sabía que aquella condición no se podría cumplir hasta que la alianza hubiese sido firmada y la lucha ganada.

—El hermano Guillermo también desea que se le permita bautizarte en nuestra santa religión —se aventuró a decir Josseran.

Qubilay lo miró con ojos tan fríos y mortíferos como los de una onza.

—Es algo que no te he prometido.

—Nos favoreciste con tu opinión de que te gustaba nuestra religión más que las otras —añadió Josseran haciendo a un lado la cautela.

Él mismo quería poner a prueba lo que Miao-yen había dicho acerca de la duplicidad de su padre.

—Nosotros los mongoles creemos, igual que tú, que existe un solo Dios gracias al que existimos y morimos. Pero así como Dios le da distintos dedos a una mano, también les concede distintos caminos a los hombres. Esto es algo que el emperador acepta. Tienes que comprender que el Hijo del Cielo no tiene la libertad que tienen los demás para elegir su religión. No cabe duda de que te dije que admiro más tu religión que las otras, pero te equivocaste si creíste que, por eso, aceptaría sus formas y costumbres. Siéntete satisfecho con lo que tienes, bárbaro. Para eso has venido hasta aquí.

Josseran reconoció el tono amenazador y cedió.

Habían devuelto la onza a su domador y los halcones estaban en libertad para que disfrutaran de su comida. Mientras observaba a las aves que arrancaban la carne del jabalí, Josseran sintió una extraña melancolía. A pesar de la intromisión del fraile, había tenido éxito en la tarea encomendada por la orden; pero cuando todo estaba hecho, experimentaba la misma sensación de vergüenza que siempre se había instalado en su interior después de una batalla, cuando olía el hedor de los fuegos que quemaban a los muertos.

Había engañado al sacerdote, había usado a la hija del emperador como espía, y a su vez lo habían engañado y usado como instrumento. Se preguntó si algo de todo aquello produciría algún bien. Por el momento, lo único que sabía era que la gran aventura acababa de terminar y que él no deseaba volver con su gente.

El pabellón había sido edificado sobre un lago artificial. Se lo conocía como el Palacio de la Luna Reflejada y estaba construido de tal manera que la vista del amanecer sobre la montaña se pudiera disfrutar en su totalidad. Aquella noche, una luna creciente lanzaba un reflejo trémulo sobre las colinas, creando escaleras de plata que atravesaban los lagos y los estanques, destacando las siluetas de puestos de bambú y de pagodas en relieve sobre el cielo de la noche.

Sin embargo, nada de eso le gustaba.

Miao-yen estaba sentada ante la ventana y tenía sus cosméticos y joyas delante de ella en una caja de madera lacada en rojo. Sobre su cómoda había un espejo de bronce pulido. Lo cogió y observó el reflejo de su rostro bajo el brillo de las lámparas que ardían en las linternas de seda pintada que colgaban del techo.

El rostro que le devolvió la mirada era el de una princesa china, peinada como una china, con el rostro empolvado y pintado como el de las chinas, viviendo en obediencia a la raza sometida por su padre.

Pero en su corazón era tártara, una de las mongolas azules de Gengis Kan, y suspiraba por cabalgar. Miró fijamente el lago, el reflejo de la luna en el agua. Sintió un estremecimiento en la columna vertebral, la clarividencia indefinible de un futuro más oscuro. Con repentino enfado, llevó el brazo hacia atrás y arrojó el espejo lejos de sí. Instantes después, lo oyó caer en el lago.

Y la noche quedó de nuevo en silencio, con excepción del canto de los grillos.

Los condujeron una vez más al gran palacio del Hijo del Cielo, a arrodillarse ante el trono de oro y marfil, en el centro de una silenciosa multitud de cortesanos, generales, chamanes y tangutos de vestiduras color azafrán. Josseran comprendió que se trataba de una ocasión ceremonial y esta vez no habría palabras informales entre ellos como las que había habido en el *howdah*. Una vez más el emperador sólo hablaría por medio del lama Phags-pa.

—Los bárbaros del oeste han pedido clemencia y protección al Hijo del Cielo — anunció Phags-pa.

Josseran esbozó una sonrisa sombría y se preguntó qué diría Guillermo si oyera el tratado anunciado con esas características.

—¿Qué dice? —preguntó Guillermo.

—Es una cuestión de ceremonial. Apresuran nuestra partida.

Phags-pa continuó diciendo:

—El emperador quiere que se sepa que si los bárbaros desean vivir en paz con nosotros, lucharemos juntos contra los sarracenos hasta sus fronteras y les dejaremos a ellos el resto de la tierra hacia el oeste hasta que nos resulte un placer tomarla. A cambio los bárbaros enviarán cien de sus chamanes a nuestra corte de Shang-tu para que nos sirvan. —Un cortesano se adelantó y le entregó a Josseran un pergamino en letra uigur con el sello real—. Ésta es una carta para vuestro rey, el Papa, confirmando la esencia del tratado —continuó diciendo Phags-pa. Otro cortesano le entregó a Josseran un medallón de oro, que llamó paizah. Era un trozo de oro plano, con figuras de halcones y onzas grabadas junto al sello del emperador.

—Pon esto alrededor de tu cuello y llévalo contigo a todas partes. Este medallón te pone bajo la protección del emperador. Con esto recibirás escolta y socorro a través del mundo entero, desde el Imperio del Centro hasta el fin del mundo, que está bajo la autoridad del Hijo del Cielo.

Josseran cogió el medallón de oro. Era, en efecto, un salvoconducto que servía desde Shang-tu hasta el Mediterráneo. En el idioma uigur, que tanto se parecía al árabe clásico, decía: «¡Por la fuerza del eterno Cielo! ¡Sagrado sea el nombre del kan de kanes! ¡Aquel que no lo reverencie merece la muerte y debe morir!».

Había otros regalos; una pieza de la más fina seda, una acuarela, un rollo de caligrafía china, negra sobre fondo rojo. También le entregaron un arco tártaro.

—El emperador quiere que se sepa que éste es el sello del tratado entre nosotros —anunció Phags-pa—. Es para recordar al Papa bárbaro, rey de los cristianos en las tierras de occidente, que si alguna vez faltara a su palabra y luchara contra nosotros, estos arcos llegan lejos y golpean fuerte.

—¿Todo esto es ceremonial? —preguntó Guillermo en susurros.

«¿Tengo que decirle que es la ratificación de un pacto secreto entre la orden del Temple y los tártaros? —pensó Jossaran—. ¿Que a partir de ahora Hulagu está obligado a luchar con los francos contra los sarracenos? Creo que no».

—Lo que tengo en la mano es una carta de amistad del emperador hacia el Santo Padre. Encomienda su felicidad a nuestro Papa y pide que cien sacerdotes viajen hasta aquí para comenzar la obra de la conversión.

—¿Y el emperador también se humilla ante Dios?

—Creo que no, hermano Guillermo.

De repente, Guillermo parecía al borde de las lágrimas.

—¡Tienes que pedirle que lo reconsidere! ¡Dile que si teme por su alma mortal debe abrazar a Nuestro Señor Jesucristo!

—Por lo visto, ha dicho todo lo que está dispuesto a decir sobre el tema.

Guillermo bajó la cabeza y lanzó un largo suspiro.

—Bueno. Entonces he fracasado. La mujer tenía razón. Es un obstinado.

—Ha pedido que se le envíen cien sacerdotes. Sin duda, eso nos da motivos de esperanza.

—Si el rey no acepta nuestra sagrada religión, el pueblo no escuchará.

—Sea como sea, hemos hecho aquí todo lo que hemos podido.

Jossaran retrocedió hacia la puerta sin darle la espalda al emperador, como correspondía.

En cuanto estuvieron fuera, Guillermo cayó una vez más de rodillas y comenzó a orar pidiendo la intervención divina.

—«¡Por todos los santos! ¡Este hombre se gastará las rodillas!».

Jossaran se alejó y lo dejó allí.

—Se llama el jardín de la fuente refrescante —le dijo ella.

—¡Es hermoso!

Y en efecto lo era. Un arroyo murmuraba al caer dentro de un pequeño estanque donde peces dorados se movían con lentitud en las aguas oscuras. Viejos pinos retorcidos se inclinaban sobre el sendero, y en una gruta cavada en la pared de roca ardía el incienso. El jardín estaba lleno de la fragancia de jazmines y orquídeas.

Mientras caminaba a su lado, Miao-yen hacía girar sobre su hombro una sombrilla de seda verde para protegerse del caluroso sol de la tarde.

—Así que abandonáis Shang-tu —dijo.

—Vamos deprisa hacia el Techo del Mundo para ganarle la carrera al invierno.

—Y no habrá más oraciones ni más historias sobre Gesu —añadió ella.

Era completamente incapaz de pronunciar la palabra Jesús y aquélla era su aproximación más cercana.

—No, mi señora. Y no habrá más Padrenuestros.

—Te echaré de menos, cristiano. Pero no echaré de menos el olor del cuerpo de tu compañero. ¿Cómo soportas su compañía? Cuando viene a este lugar, hasta los patos nadan hacia la orilla opuesta.

Hasta entonces Jossesan sólo se había encontrado con ella en su pabellón o sentado en su barca de recreo. En aquel momento le impresionó su extraña y tambaleante manera de caminar. El motivo le resultó evidente al momento. Bajo sus largas vestiduras vislumbró un par de pies increíblemente pequeños, calzados con zapatillas de seda. En realidad, eran tan pequeños que le impedían caminar como correspondía.

Ella notó su mirada.

—¿Te gustan mis pies?

—A la naturaleza le gustó hacerlos tan pequeños.

—Esto no es obra de la naturaleza —susurró ella.

Él la miró, intrigado.

—Mis pies fueron atados cuando era una niña pequeña. Mi padre lo ordenó. Como te he dicho, está enamorado de todo lo que es chino. Pero en este caso soy yo quien debe pagar el precio.

—¿Los llevas atados? ¿Te hace daño?

Ella le dirigió una sonrisa de infinito dolor.

—¿Cómo quieres que conteste a esa pregunta? —Se detuvo y lo miró—. Cuando tenía cuatro años mi madre envolvió mis dedos con vendas muy apretadas, sujetándolos debajo de mis pies. Después puso grandes piedras sobre el empeine para romper los huesos.

—¡Santa Sangre de Cristo! —susurró Josseran.

—No es algo que se hace una sola vez —continuó diciendo ella—. El pie, naturalmente, trata de cicatrizar. De manera que es necesario quebrar los dedos una y otra vez. Ni siquiera ahora puedo quitarme las vendas.

Ante eso, él no supo qué decir.

—¡Es increíble! —consiguió comentar por fin.

—Al contrario. He oído hombres que dicen que son muy hermosos. Los chinos los llaman pies de lirio. Para los hombres de Catay tales delicadezas son el mejor ejemplo de feminidad. Pero entonces tal vez crean que es hermoso ver a un leproso, un manco o algún otro lisiado. —Se ruborizó y bajó la cabeza—. Una vez más, vuelvo a hablar contigo con demasiada libertad. Se debe a la parte de mi ser que sigue siendo mongola. —Miró pensativamente las negras aguas—. Dicen que mi abuela y mi bisabuela eran grandes mujeres. Ambas gobernaron como regentes del clan mientras los hombres esperaban el juriltay. Yo nunca gobernaré en ninguna parte. Una joven con pies de lirio no es más que una lisiada.

—Sólo puedo imaginarte como una mujer justa y sabia —dijo Josseran.

Ella inclinó la cabeza ante el cumplido pero no sonrió.

—Mi madre era una concubina de la orden de Tarajan, la tercera esposa de mi padre —dijo—. Tal vez si yo fuera hija de Chabi, mi padre me habría tratado de otra manera.

Permanecieron largo rato oyendo el murmullo del agua. Josseran no podía alejar de su mente la imagen de una joven constantemente torturada en aras de la moda y por capricho de su padre.

—Tienes que estar ansioso por volver a tu tierra —dijo ella por fin.

—Estoy ansioso por llevarles la noticia de nuestro tratado con el emperador.

—Sin embargo, hay una enorme tristeza en tu rostro. No deseas irte.

—El viaje me ha abierto varias veces los ojos. He visto cosas con las que otros hombres sólo sueñan. Ahora temo que cuando vuelva a mi propio mundo, sus límites me resulten demasiado estrechos.

—Temes que te aten los pies.

—Sí. Sí, supongo que fue eso lo que quise decir.

—¿Es eso lo único que te entristece?

«¿Cómo puedo explicarle lo de Jutelún?», se preguntó Josseran. Sabía que cuando volviera a Acre, sus sueños sobre ella se desvanecerían junto con sus recuerdos de Shang-tu y del gran desierto de Entra-y-nunca-saldrás, y los del Techo del Mundo. En Ultramar nunca llegaría a saber si seguía viva o si estaba enterrada bajo las arenas ardientes del Takla Makan. Mientras estaba en Shang-tu le resultaba posible imaginar que tal vez algún día volvería a verla. En Acre no podría ilusionarse con nada semejante.

—¿Sabes que la vuelta será más peligrosa que la ida? —le preguntó ella.

—¿Cómo es posible?

—Mi padre, el emperador, ¿no te ha dicho que ha estallado una guerra civil entre él y su hermano de Karakoram?

Josseran negó con la cabeza. No. Qubilay no le había confiado aquella información, a pesar de que sospechaba lo que pasaba. Pocos días atrás había visto un enorme ejército de soldados abandonando la ciudad y dirigiéndose al oeste. Ya conocía el conflicto que existía entre los dos hermanos y con lo que Qubilay le comentó aquella tarde durante la cacería, supuso que terminaría en una guerra.

—Ahora Ariq Böke también se hace llamar kan de kanes y lo respalda la Estirpe de Oro, los descendientes de Gengis Kan.

—Por lo tanto, tu padre es el usurpador.

—¿Usurpador? —Sonrió—. Deja que te diga esto. La mayor parte de los soldados de mi padre son reclutas, chinos, uigures, tangutos o burmeses, pero han sido entrenados en las tácticas de los mongoles y por generales mongoles. La infantería está armada con espadas cortas, no para ser usadas contra soldados sino contra caballos. Antaño, el enorme número de nuestros enemigos no significaba nada frente a la caballería tártara. Pero ahora, gracias a mi padre, los soldados chinos y uigures a quienes con tanta facilidad derrotó, están a la altura de los tártaros. Qubilay ha perdido su patria y su legitimidad, pero en cambio ha ganado un imperio. De modo que ahora el usurpador es Ariq Böke. Porque con tanta seguridad como que el sol saldrá y se pondrá, no vencerá a mi padre en el campo de batalla y no es la legitimidad sino el poder lo que hace a un emperador.

—¿Y tú qué piensas? —susurró Josseran.

—¿Yo? —preguntó ella sin haber comprendido bien la pregunta.

—¿Qué gran kan crees que es el usurpador?

—En mi caso no tiene importancia porque no soy ni mongola ni china. Llevo la sangre de Gengis Kan, pero tengo los pies de una princesa china. No puedo montar a caballo, ni siquiera caminar como una mujer. Mi padre me ha sacrificado a la nación que conquistó.

En aquel momento Josseran comprendió por qué motivo Miao-yen odiaba a su padre y por qué le había revelado tantas cosas referentes al alma del emperador. Sintió una tremenda tristeza por ella.

—Ahora tengo que marcharme —dijo. No se le ocurría qué más decir.

—Espero que nos volvamos a ver.

—No me parece probable que se produzca ese feliz acontecimiento. Pero te deseo la paz de Dios.

—A ti también. Y mil bendiciones para Nuestro Padre-que-es-tá-en-el-cielo —que era el nombre que le había puesto a Guillermo.

—Mi señora —murmuró él, inclinándose.

Y allí, en el jardín de la fuente refrescante, dejó a aquella princesa con corazón de tártara, cuerpo de muñeca y los pequeños, terribles y hermosos pies de lirio de una criatura.

Comenzaron la marcha en la segunda luna de otoño, acompañados por cien soldados imperiales. Sartaq iba a la vanguardia con Hombre Borracho y Hombre Furioso. Fueron por el camino del sur, hacia los pueblos y ciudades que se extendían a lo largo de las verdes planicies de Catay y que conducía al primer sendero polvoriento y precario de la Ruta de la Seda, hacia el oeste.



## Sexta parte

La Arena que Canta  
Desierto de Takla Makan

## Desde el día de la Fiesta de la Asunción al día de san Miguel

Había sido un verano seco y el aire estaba cubierto por una bruma amarilla producida por las espigas de trigo aventadas que flotaban en el aire, mezcladas con el fino polvo que soplaba de las estepas del norte. Todo era tan dorado que costaba distinguir cauces de ríos, tal vez con excepción de algunas zonas de luz y de sombra sobre el agua. Los campos habían sido cubiertos con piedras redondas del lecho del río para impedir que la tierra negra se convirtiera en polvo y el viento la hiciera volar. Un paisaje de color miel y sofocante.

Tras el velo amarillo se encontraban las pruebas del frenético trabajo de verano de los campesinos; los cuidadosamente atendidos huertos de moreras donde se alimentaban los preciosos gusanos de seda, el heno cuidadosamente amontonado, granos y verduras de invierno secándose en los tejados. Aquí y allá algunos campesinos seguían ocupados con sus hoces en los campos y sus sinuosos cuerpos morenos estaban cubiertos sólo por taparrabos. Mulas cargadas con cestas de mimbre llenas de lo último que quedaba de las cosechas avanzaban por senderos de poca consistencia en las orillas del río Amarillo.

A medida que viajaban hacia el oeste se encontraban con más pruebas de actividad militar; caballería militar, reclutas con armaduras ligeras que marchaban hacia el oeste con lanzas cortas en los hombros, escuadrones de uigures y de tangutos conducidos por oficiales tártaros que llevaban cascos con visera. Allí el miedo era casi palpable, Josseran lo notaba en los rostros de los campesinos en todos los lugares por donde pasaban. Josseran volvió a pensar en la advertencia de Miao-yen de que era posible que tuvieran problemas para llegar al Techo del Mundo. Si la guerra comenzaba, podían quedar inmovilizados en Catay durante años. Si eso pasaba, también se preguntaba si el tratado significaría algo cuando llegaran a Acre, si es que llegaban.

Por su parte, Guillermo ya no se preocupaba por riesgos presentes o futuros. Sus pensamientos se volvían hacia dentro, contemplando su propio fracaso. Sobre él había caído una sensación de derrota que, igual que la neblina de polvo que los rodeaba, era sofocante, densa e impenetrable. Tuvo a su alcance la justificación de toda una vida, la gran oportunidad de servir a Dios y a su Iglesia, el destino que se había propuesto, y todo se lo habían arrancado. Creyó haber conquistado a un rey para Cristo y en lugar de ello jugaron con él como con un tonto.

Cien sacerdotes. Tal vez eso consolaría al Santo Padre, pero no le gustaba nada a Guillermo. Lo que él había deseado para sí mismo no era menos que una misión

apostólica, una conversión de proporciones paulinas, llevando hacia Dios a todas las almas de Oriente. En lugar de ello volvía con promesas hechas entre dientes. Ésa había sido su oportunidad de encontrar gloria en el nombre de Dios y la frustración de sus sueños lo llevaba no sólo a desprenderse a sí mismo sino también a despreciar a todos los demás. ¿Por qué eran tan tontos los hombres para no ver la verdad cuando estaba ante ellos, cuando el mismo Cristo estaba en su presencia?

Y bajo todo eso, una sombra oscura que se movía como una bestia en el bosque, el conocimiento de su propia lujuria y vergüenza. Había derramado su semilla como un sátiro con la imagen de la reina pagana retorciéndose en su imaginación. Podía ocultar aquellos pensamientos a los hombres, pero no era posible ocultárselos a Dios.

Entonces comprendió que había fracasado, porque Dios había examinado su corazón y lo había encontrado indigno.

Viajaba en silencio, rara vez le dirigía la palabra a Josseran y se cubría la cara con la capucha; iba a solas con su malestar y sin el temor ni la esperanza que tenía cuando dos meses antes recorrió aquellos mismos caminos.

Banderas que ondeaban al viento con oraciones, el golpe sonoro de un gong, una pared color ocre que el sol de poniente teñía de rosado, una puerta de madera adornada con pesados clavos. Josseran siguió a Guillermo al patio del monasterio budista y miró a su alrededor. En todas direcciones había galerías talladas en antigua madera negra. Dos camellos estaban atados a las retorcidas ramas de un granado.

Cruzaron una galería decorada con frescos brillantes en tonos escarlata, verde y azul marino, en los que demonios rugientes desmembraban infortunados en algún infierno pagano. Guillermo lanzó un grito de terror. Junto a un portal se alzaba un enorme oso.

—No es más que una estatua —gruñó Josseran con voz ronca y el corazón martillando de miedo contra sus costillas.

Pero no se trataba de una estatua. Comprobaron que era la piel de un oso, preservada como si fuera el animal vivo aunque había oscuras cavidades donde antes estuvieron los ojos negros y salvajes. Tenía los flancos pegajosos por la grasa ritualmente aplicada.

Encontraron otro corredor lleno de olor a incienso. Una hilera de bonzos cuyas cabezas rapadas brillaban a la luz de las lámparas de aceite, todos instalados en el suelo con las piernas cruzadas en una postura característica. Sus cánticos dolorosos retumbaban en los pilares escarlata y en las paredes oscuras.

Guillermo los observó, el rostro pálido e inexpresivo. Sin advertencia previa cayó de rodillas.

Josseran se sobresaltó. Se acurrucó a su lado.

—¿Guillermo?

El fraile parpadeó, una extraña luz en sus ojos, en los que había un deje de locura.

—Me avergüenzo, Josseran. Esta gente quiere su religión más de lo que queremos nosotros la nuestra. —Josseran no hizo ningún comentario, sorprendido ante tal declaración en boca de un fraile dominico—. No venden sus servicios por dinero. No hacen fiestas como los obispos ni fornican como los sacerdotes ni intrigan como los clérigos de Roma. Aman a su Borcan tanto como nosotros amamos a nuestro Cristo. No tienen fe y, sin embargo, viven existencias santas.

—¿Si no poseen la redención de Cristo, qué bien les hace toda esa santidad? —preguntó Josseran repitiendo la letanía que había sido el núcleo de su conciencia desde pequeño.

Pero Guillermo no le respondió. En cambio dijo:

—Ora conmigo, templario.

Así que Josseran oró con él, no por piedad sino porque en aquel momento el fraile le inspiraba lástima, porque ver tan turbado a Guillermo también lo turbaba a él. Y así unió sus manos y las alzó hacia un Dios que no habitaba en aquellos cielos azules y sin nubes, y juntos rezaron una serie de padrenuestros por los vivos y otros por los muertos. Por fin rezó otro padrenuestro por sí mismo, rogando que pudiera encontrar el camino hacia los vivos desde los olvidados y los perdidos.

## Valle de Fergana

En las estepas la hierba ya se volvía amarilla y en el Techo del Mundo el breve verano casi había terminado. El trébol rojo y las amapolas ya se desteñían y los pastores se preparaban para volver a los valles abrigados de las tierras bajas, dejando una vez más las montañas a lobos, onzas y águilas.

La boda todavía estaba en su apogeo cuando Jutelún entró a caballo en el campamento.

La novia era más joven que ella, una muchacha de cara ancha y mejillas bronceadas; sus facciones estaban fijadas como la piedra mientras a su alrededor los hombres y mujeres del clan reían, gritaban y bebían. Su tocado de monedas de bronce reflejaba el parpadeo de millares de antorchas. Ella estaba sentada junto al marido en el pabellón de seda mientras en las ollas la carne de cordero hervía y los hombres tenían grandes jarras de kumis que se vertía sobre las alfombras y sobre los cuerpos de los que yacían en el suelo, borrachos como cubas.

Por lo visto, mientras ella estaba en Karakoram, Qaidu había tomado otra esposa. Era la hija de un jefe de tribu del oeste del lago Balkash y aquella unión aumentaba su poder sobre los límites occidentales del imperio. Igual que Hulagu en el oeste y Batu en el norte, su padre se ocupaba de su propia protección desde que Mangu había muerto.

Cuando entró en la gran yurta, Qaidu estaba hundido en el trono de ébano junto a su nueva esposa, con el rostro serio y pensativo en medio de la fiesta que se celebraba a su alrededor. Al verla, el esbozo de una sonrisa apareció por un instante bajo su barba espesa, lo único que se permitió.

Se levantó del trono y salió de la tienda seguido por su guardaespaldas. Ella lo siguió. Tenía hielo en el vientre, una piedra en la garganta. Debía decirle que había fracasado.

—¡Jutelún! —exclamó él—. ¡Hija!

Se arrodilló para recibir la bendición de su padre a la luz de las antorchas de los soldados.

—Padre.

Un viento frío de las montañas azotó la seda de la tienda.

—Me alegra comprobar que has vuelto a salvo.

—Mil felicitaciones en este día feliz.

—Se trata de política, hija, y tú lo comprendes. ¿Cómo fue el viaje?

Jutelún vaciló.

—Te fallé, mi kan —dijo con voz ahogada.

—¿En qué sentido me fallaste?

—Permití que los soldados de Qubilay me tendieran una emboscada. Perdimos dieciséis de nuestros hombres. Raptaron a los embajadores bárbaros.

Lo había logrado, lo había dicho directamente, sin adornarlo con un bonito discurso que no habría suavizado en nada lo grave de su fracaso.

Qaidu lanzó un gruñido y por un instante no habló.

—Ya estaba enterado.

Por supuesto. Tenía que haber recibido noticias de Karakoram. Él tenía sus propios espías en la corte, lo mismo que todos los kanes de influencia y valía.

—La culpa no fue tuya —continuó por fin—. Desde entonces Qubilay ha tomado posesión de todos los caminos que están al este de Beshbaliq. Si metes la mano en un avispero seguro que te pican. Tendría que haberte enviado por la ruta del norte, alrededor del lago Balkash.

—He dejado viudas a dieciséis mujeres.

—No lo hiciste tú. Las viudas las hizo Qubilay y pronto hará muchas más.

La cogió con rudeza por los hombros y la obligó a levantarse.

—¿Viste a Ariq Böke?

—Le di tu juramento de alianza. Quería saber si enviarías ejércitos para que lo apoyaran en su lucha contra Qubilay.

—¿Y tú que contestaste?

—Dije que no podía conocer la mente de mi padre. ¿De qué otra manera podía contestarle?

Qaidu sonrió.

—Una buena respuesta. Porque no lo puedo ayudar. No me animo a quedarme desprotegido. Ahora no.

Esta frase hizo que Jutelún comprendiera que algo había pasado en su ausencia. Dentro del pabellón oía los gritos de los bailarines y los cantos de los borrachos.

—Yo también tengo noticias. Han matado a Organa. Hay un nuevo Il-Kan en Bujara. Ariq Böke ha entregado el kanato a Alghu. Hacerlo fue un acto de política, porque Alghu es un kan poderoso, pero yo no confío en él.

—Le ha jurado apoyo a Ariq Böke.

—Los hombres hacen lo que más les conviene en un momento determinado. Las estaciones cambian, y los hombres también.

—¿Y qué me dices de Berke y de Hulagu?

—Ahora ellos miran hacia sus propias tierras y sus propias dinastías lo mismo que nosotros debemos mirar hacia las nuestras. Creo que Mangu fue el último de los grandes khaghans. Una vez más, nuestra Tartaria no es un imperio sino una reunión

de rivales. —Extendió la mano derecha y la puso sobre la cabeza de su hija—. Tú no me fallaste. Te aseguro que me alegra verte llegar sana y salva. Y ahora entra y disfruta de la boda.

Jutelún lo siguió al gran pabellón. Vio a Gerel inconsciente en la alfombra, y también a Tekuday. Su vuelta no fue tan mala como ella temía, en realidad su padre había hecho a un lado su fracaso y su vergüenza como si no tuvieran importancia. Sin embargo, se dio cuenta de que no podía disfrutar de la fiesta. Notó que su padre observaba con frialdad a su nueva esposa. En realidad, aquello no era un matrimonio, sino una alianza para prepararse para una guerra.

## Desierto de Takla Makan

Habían cambiado los caballos por camellos en el fuerte de la Puerta de Jade y se internaron una vez más en el Takla Makan. A medida que avanzaban por el gebi no alcanzaron a ver una sola criatura viviente, ni un halcón, una lagartija o un buitre. No había árboles ni arbustos, sólo kilómetro tras kilómetro de vacío atormentado por el calor. Por momentos, el desierto consistía en grava dura y los camellos avanzaban a buen paso; en otros era una fina gravilla que se desmoronaba bajo las patas de los camellos y que convertía cada paso en un tormento tanto para los hombres como para las bestias.

Por todas partes veían los huesos blanqueados de caballos y camellos y en una ocasión el contorsionado esqueleto de un burro, momificado por el calor, que todavía conservaba parte de su piel. Los espejismos temblaban bajo aquel calor: fantasmas de lagos y de ríos que corrían entre la inmensidad de la pizarra gris.

«El sol nos azota —pensó Jossieran—. ¿Es posible no soportar el sol? El calor bulle en las piedras, nos ciega, nos chamusca la espalda de tal manera que nos retorremos debajo de él como si nos golpearan con un mayal». Eran días en los que Jossieran deseaba no volver a ver jamás el sol.



Antes del anochecer, con un cielo apacible y bajo un dosel de estrellas frías, cargaron los camellos. Habían comenzado a viajar de noche para evitar el terrible calor del día y de nuevo se encontraban en las grandes dunas de arena del Takla Makan. Cuando salía la luna, el desierto era hermoso porque las arenas parecían rizarse como fina seda extendida sobre una mesa plana.

La caravana comenzó la marcha, la luna convertía la arena en plata y la cara soleada de las dunas estaba en una oscuridad impenetrable. En aquella arena, las sombras de los camellos eran monstruosas y hasta algunos arbustos de tamariscos adquirían formas terribles, parecidas a los monstruos de que hablaba Guillermo cuando comenzaron el viaje.

El silencio del desierto ensombrecía el ánimo y la conversación, y lo único que se oía era el crujido de los cordeles y el suave rumor de las patas de los camellos que marchaban sobre la arena. No había mojones que marcaran el paso de la noche, y cuando la luna salía sobre el desierto seguían la única estrella que despedía un brillo intenso en el oeste. Avanzaban durante toda la noche y cuando aparecía la mancha morada del amanecer en el horizonte vacío, los camellos escupían extenuados y era necesario obligarlos a avanzar tirando de las cuerdas.

Seguían mientras el sol se elevaba en el cielo y sólo se detenían cuando el calor era excesivo. Entonces se dejaban caer a la sombra de sus camellos e intentaban dormir durante el caluroso día, inquietos por aquel viento abrasador. Despertaban antes del anochecer, con la garganta seca y el cuerpo cubierto por una fina capa de arena. Sólo les quedaba tiempo para beber un poco de té amargo y comer algo de carne rancia y luego volvían a cargar los camellos para continuar aquella marcha interminable.

Las horas que seguían al amanecer eran las peores. Deshechos por la extenuación, con la mente y el espíritu agotados por la interminable incomodidad y monotonía del viaje, muchas veces se veían obligados a desmontar para tirar de los camellos durante los últimos kilómetros.

Una mañana, cuando el desierto todavía estaba negro y gélido, Josseran caminaba junto a su camello, con la cabeza gacha para protegerse del viento. Pensaba, como siempre, en Jutelún. Por momentos se convencía de que debía de haber muerto, y en otros momentos imaginaba que la veía aparecer en el horizonte montada en su yegua tártara tordilla y que la seda morada de su bufanda flotaba en el viento, detrás de ella.

Y levantó la mirada sobresaltado porque en aquel mismo instante lo oyó, el ruido de los jinetes y de los cascos al galope que les llegaba desde la siguiente fila de dunas.

—¿Qué es eso? —gritó Guillermo, que iba detrás de él.

Todos se detuvieron. Josseran recordó la última vez que había oído aquellos mismos ruidos, junto al lago de la luna creciente.

—Son los espíritus de la arena —le dijo a Guillermo—. Quieren que nos internemos en el desierto.

—¿Qué espíritus de la arena?

—Los muertos del desierto.

Guillermo se santiguó. Supo que sin duda debía de ser obra del diablo porque la tentación de seguirlos era potente. Se sintió impulsado a seguirlos. A terminar ya con su fracaso. La oscuridad ocultó las lágrimas que corrían por sus mejillas. «Soy débil —se dijo una y otra vez—. Débil».

Josseran volvió a escuchar. El galope y los jinetes habían desaparecido. La arena de nuevo estaba en silencio.

La caravana continuó su solitaria travesía por el desierto. Pero de vez en cuando Guillermo se detenía a escuchar los gritos de los espíritus solitarios, y le pareció que lo llamaban por su nombre.

Interminables extensiones de suelo salino, una bruma caliente levantándose de la superficie gris y plana, ningún sendero en aquel desierto reseco y un camino señalado por antiguos mojones. Había unos montículos que el viento había erosionado alrededor de las raíces de los tamariscos pardos y espinosos.

Ante ellos se extendía otra vasta superficie de dunas.

El viento se llevaba la arena aullando y les azotaba la cara con gravilla. A Guillermo le resultaba imposible ver la cabeza del camello que montaba por la bruma amarilla. Acunado por la fatiga y por los golpes del viento, ocultó el rostro en la capucha y se dejó llevar por las voces recriminatorias que todavía resonaban dentro de su cabeza.

Sólo era consciente del aullido interminable del viento y de las sacudidas irregulares del camello.

En algún momento de la mañana el viento cesó y Guillermo se aventuró a echar atrás su capucha con la esperanza de que hubiera algún cambio en la monotonía del horizonte.

Fue entonces cuando descubrió que estaba solo.

No había manera de saber cuándo se había cortado la cuerda, si minutos u horas antes. Miró con horror e incredulidad la punta de la cuerda que colgaba de la cabeza del camello. Revisó la arena en busca de huellas, pero incluso las de su camello las cubría rápidamente la arena. Las dunas se extendían en todas direcciones, como las olas del océano.

Oyó farfullar a alguien que hablaba demasiado rápido y demasiado fuerte, pronunciando palabras ininteligibles. Miró a su alrededor con desesperación convencido de que debía de haber alguien a sus espaldas y luego se dio cuenta de que los ruidos provenían de su propia garganta.

## Valle de Fergana

Un viento cortante del norte empujaba a las nubes dándoles el aspecto de colas de yeguas que atravesaban el cielo antes de que la aparición de una gran nube gris de tormenta y un trueno precedieran la fuerte lluvia helada que le castigó el rostro. El corto verano había llegado a su fin, era hora de volver a llevar los rebaños a los campos de invierno de la estepa.

Las ovejas estaban dispersas por todo el valle. Jutelún las observó desde la silla de su yegua tordilla. Había millares de ellas caminando como gansos, con patas y colas gruesas por los buenos pastos de los prados altos.

Tekuday se le acercó por detrás. Habían conversado poco tras el regreso de Jutelún de Karakoram, pero ese silencio hablaba de su enemistad. Sin duda, Tekuday sentía que la tarea de escoltar a los embajadores bárbaros tendrían que habérsela asignado a él, pero como ya había pasado, se regocijaba por el fracaso de su hermana.

—Confío en que estos pobres valles no te resulten demasiado aburridos después de la elegancia de la corte de Karakoram. —Al ver que ella no contestaba, continuó diciendo—: Aunque es una pena que no hayas podido entregar a los bárbaros al kan de kanes. Como nuestro padre te ordenó que hicieras. —Ella apretó la mandíbula y permaneció en silencio—. Aunque dicen que fue para bien y que el bárbaro no fue secuestrado demasiado pronto.

—¿Quién lo dice? —susurró ella.

Él sonrió.

—Mi hermana, la semental, después de todo es una yegua.

Se burlaba de ella. Jutelún se volvió. «No le daré esa satisfacción», pensó.

—Dicen que te montó tres veces.

Ella se giró sobre la silla y, de repente, tenía el cuchillo en la mano. Él le sonrió y levantó la barbilla para dejar expuesta la carne suave de su garganta. Un ademán inútil, igual que su desafío. Ambos sabían que ella no le haría nada.

Ella sintió que la sangre le latía en las venas de las sienas.

—¿Quién dijo eso de mí? —susurró.

Los ojos de él brillaron pero no dijo nada.

Jutelún envainó el cuchillo, comprendiendo lo tonta que había sido.

—Es mentira —aseguró.

Clavó los talones en el flanco de su yegua y se alejó al galope. Pero en sus oídos resonaba la risa triunfante de su hermano que le devolvía el eco de los muros del valle.

## Desierto de Takla Harán

Guillermo desmontó y se arrojó al suelo de rodillas. La arena quemaba.

—¡Por favor, Señor... Querido Jesús, protégeme! ¡Sálvame!

La saliva le corría por la barbilla. Gritó y tiró puñados de arena al aire, apenas consciente de lo que hacía. El terror había tomado posesión de su cuerpo y de su mente.

Entonces oyó el ruido de cascos y supo que Dios acababa de responderle. Gritó su agradecimiento al cielo caluroso, se levantó y, dando traspies, subió a una duna en dirección a la caravana que volvía. Al llegar a la suave cima de la duna, gritó el nombre de Josseran y cayó rodando por la arena.

Sólo vacío.

Sin embargo, todavía oía el ruido de cascos más allá de la duna siguiente. Bajó por la arena suelta rodando y cayendo y después, gateando, subió a la duna siguiente, con los músculos acalambrados. El corazón le golpeaba las costillas y tenía la sensación de que explotaría.

—¡No! ¡Por favor! Señor Misericordioso, escucha a tu siervo en su hora... ¡Espérame, Josseran! ¡Todas mis alabanzas para ti... mi redentor! ¡Soy Guillermo! ¡Espera!

Subió a la cima, esperando ver la caravana debajo de él, pero no había más que vacío. Miró a su alrededor, confuso. En aquel momento, salvo por el susurro del viento, el desierto estaba silencioso. Demasiado tarde recordó lo que Josseran le había dicho sobre las tolvaneras y supo que los demonios de aquel maldito desierto le habían tendido una trampa.

Silencio. Serpientes de arena susurraban en la cima de la duna. Volvió corriendo a ciegas, la arena suelta le quitaba la fuerza de las piernas, y finalmente se desplomó balbuceando, extenuado. Cuando recuperó la cordura comprendió que tenía que encontrar el camello.

Allí estaba la cantimplora. Se puso en pie sollozando por los calambres y el dolor de sus músculos.

Avanzó en círculos dando traspies, con los ojos casi cerrados para protegerse del blanco reflejo del desierto. Buscó sus huellas, pero el viento ya las había cubierto y comprendió que estaba completamente perdido. Permaneció en el centro de aquel desierto enorme y vacío, miró fijamente el cielo y gritó.

Siempre había esperado encontrar una sensación de paz, quizá casi de alegría, en el momento de su muerte. Pero en cambio sólo tenía un miedo frío y terrible, y comenzó a llorar. Cuando el sol se alzó en lo alto del Takla Makan, se enroscó dentro de su ropa y sollozó como un niño, pronunciando una y otra vez el nombre de Cristo,

pero su Dios no acudía.

Uno a uno fueron llegando los grifos, rodeando aquella cosa pequeña en aquella vasta y terrible soledad.

El sol, una gran moneda de cobre, caía por el cielo y por un instante parecía flotar detrás de su velo de polvo antes de deslizarse a regañadientes debajo del plano horizonte. Un instante de crepúsculo dorado antes de que el frío mortal del desierto reclamara bruscamente la noche. Josseran estaba envuelto en su abrigo, mientras el viento gemía y gritaba a su alrededor.

Se instalaron alrededor de una pobre hoguera encendida con la poca bosta que los tártaros lograron reunir durante la marcha de la mañana. Los camellos escupían en la oscuridad.

—No podemos hacer nada —dijo Sartaq.

Josseran clavó la mirada en el fuego. «Esto es lo que yo quería pero no me animaba a esperar —pensó—. El fraile se ha perdido. Ya no tendré que afrontar sus acusaciones cuando volvamos a Acre. Nadie me llamará herético ni blasfemo. Tengo un tratado con los tártaros y la gloria será sólo mía».

Pero no podía abandonar a Guillermo. Su deber, tanto de caballero templario como de cristiano, era volver a buscarlo. Tal vez aquel maldito fraile todavía siguiera vivo en alguna parte de aquel desierto. No moriría inmediatamente. Se estremeció al pensar en un final tan largo y solitario.

—Tenemos que volver a buscarlo.

Sartaq lanzó un bufido.

—Cuando el desierto se traga a un hombre, el Takla Makan nunca lo devuelve. Es como buscar a un hombre dentro del estómago de un oso. Lo único que se encuentra son huesos.

—Tenemos que volver —repitió Josseran.

Hombre Furioso escupió en la arena.

—El bárbaro está loco.

—Me niego a seguir adelante. Tenemos que volver y buscarlo.

—En este desierto, un hombre no puede sobrevivir ni un día sin agua —afirmó Sartaq—. Ni siquiera un viajero experto puede vivir solo aquí fuera. Y tu compañero no sabe absolutamente nada del Takla Makan. Te garantizo que ya se habrá separado de su camello.

Josseran sabía que Sartaq tenía razón. Volver no tenía sentido y, por otra parte, no le debía nada a Guillermo. En realidad, Josseran lo despreciaba como despreciaba a todos los clérigos. Sin embargo, si hubiera sido él quien estuviera perdido en aquel terrible desierto, esperaba que hubiera alguien que pudiera tener un poco de clemencia.

—Saldré a buscarlo mañana, solo, si es necesario. Vosotros tenéis que decidir lo que haréis. Pero ¿el Hijo del Cielo os dará las gracias cuando sepa que habéis perdido

a ambos embajadores?

Hombre Furioso volvió a escupir y gritó y lo maldijo hasta que Sartaq le ordenó que se callara. Hombre Borracho, sin el solaz de una fuerte leche de yegua, se arrebujó junto al fuego y empezó a canturrear con suavidad en dirección a las cenizas mientras la luna se alzaba sobre el desierto.

Era un canto fúnebre tártaro.

Guillermo despertó mirando la luna. Era la misma luna que conoció durante toda su vida pero aquella noche le parecía extraña y terrible. Pensó en otros cristianos como él que estarían levantando la mirada hacia aquel mismo cielo, seguros en sus castillos y palacios de Ultramar, de Roma o de Augsburgo. Era lo único que compartía con un mundo de hombres civilizados.

A medida que recuperaba la conciencia, la terrible situación lo golpeó como un puñetazo y comenzó de nuevo a llorar. Sentía tanto apego a la vida que gemía en voz alta. En aquel momento el consuelo del cielo no le significaba nada, absolutamente nada.

El viento había amainado y el vasto mar del desierto estaba en calma, las grandes dunas rodaban hacia el sur a la luz de la luna en cuarto creciente.

Entonces los vio, un montón de ladrillos desmenuzados, tal vez los restos de una torre estropeada, a los que la fosforescencia de la luna confería un agudo relieve. Los miró durante largo rato sin comprender. Por fin se levantó y se acercó tambaleándose. Se arrojó entre las ruinas como si se tratara de una piscina de agua fría.

Sólo un montón de piedras para cimientos, tal vez parte de alguna fortaleza que se alzaba allí hacía cientos de años, antes de que las arenas la reclamaran para el desierto. Removió la arena con los dedos, cavó un pequeño agujero detrás de la antigua pared que lo resguardaría del viento y se enroscó dentro de él. De alguna manera se sentía más seguro, los límites de las piedras le proporcionaban un abrigo de aquel vacío sin forma ni dios que lo rodeaba.

Permaneció allí largo rato, tiritando de frío, oyendo su propia respiración. Le parecía como el jadeo de un animal herido. Trató de dormir.

Tal vez lo logró, porque cuando volvió a abrir los ojos la luna colgaba casi directamente encima de él, pálida y temblorosa. Era una luna llena, una luna de cazadores, y fue eso lo que lo atrajo hacia los tesoros que había en la arena, a sus pies. Los hacía brillar como si fueran de vidrio.

Se arrastró gateando hacia aquellos extraños objetos, ansioso por encontrar cualquier distracción que lo apartara de la contemplación del mañana y de la certeza de su propia muerte.

Se le cortó la respiración.

Un rubí, un enorme rubí. Lo hizo girar entre sus dedos observando todas las



facetas de su corte. Hundió la mano en la arena y encontró otro y otro más. Después de cavar algunos minutos tenía las manos llenas de joyas; y había muchas más todavía medio cubiertas por la arena. El rescate de un rey, enterrado allí en el desierto de Takla Makan, tal como les había dicho el camellero.

Se echó a reír.

Uno de los grandes tesoros del mundo, entregado a un muerto. Rodó hasta quedar boca arriba y aulló en dirección a la gran bóveda de los cielos. Era la última y gran broma que le gastaba Dios. Cuando terminó de reír, permaneció allí, jadeando, y se le ocurrió que no moriría. Porque en aquel momento tuvo su suprema visión, como le pasó a Pablo; vio una gran iglesia en Shang-tu, cien sacerdotes que atravesaban el desierto acompañándolo a la corte del emperador Qubilay para predicar la santa religión y atraer a incontables millones de seres al dominio del Santo Padre de Roma. Pero no llegarían como mendigos porque tendrían el dinero necesario para edificar cien iglesias. Le parecía claro que ése tenía que ser el destino del tesoro.

Entonces supo que no moriría.

## Valle de Fergana

El jinete apareció por el este, extenuado, con los dedos negros de frío. Por el roncal y por la manta escarlata de la silla del caballo, y por los gruesos cinturones que llevaba alrededor de la cintura, Qaidu reconoció en él a un mensajero imperial. ¿De Qubilay o de Ariq Böke?

Lo llevaron a presencia de Qaidu en su ordu y le ofrecieron un cuenco de oveja hervida y un poco de vino de arroz. Después de que hubo transmitido su mensaje, el kan salió, con expresión severa y llamó a su presencia a su hijo mayor y a su hija favorita.

Qaidu estaba sentado sobre alfombras de seda detrás del fuego para cocinar, con la mirada fija en las montañas enmarcadas por la entrada de la yurta. Por tradición y por ley no se permitía a nadie montar su tienda delante de la del kan, y éste abarcaba con la mirada el panorama íntegro del horizonte del sur, de los blancos picos y los altos pasos que conducían a Bujara y al kanato de Chaghaday.

Tekuday y Jutelún fueron recibidos por la segunda esposa del ordu de Qaidu y ocuparon los lugares que les correspondían a cada lado de la olla de hierro. Les sirvieron cuencos calientes de kumis.

—Me he enterado —dijo Qaidu— de que Qubilay ha tomado el control de las rutas de la seda desde Tangut hasta Beshbaliq. Mi primo Khadan le ha prometido su apoyo y con su ayuda ha cortado la ruta de los suministros de Ariq Böke hacia el sur y el este.

—Todos los mongoles azules se han alzado contra él —dijo Tekuday—. Pero es un retraso temporal.

Qaidu le dirigió una mirada de impaciencia.

—Ahora Qubilay tiene muchos amigos entre los uigures y los tangutos. La totalidad de los mongoles azules pueden ya no ser suficientes.

Tekuday se quedó mirándolo. Parecía asustado.

—El imperio de Gengis Kan ha desaparecido —continuó diciendo Qaidu—, tal como yo lo profeticé. Hulagu y Batu, e incluso Alghu, ya tienen kanatos propios. Ahora los hermanos luchan por Catay.

—Entonces ¿el mensajero era de Qubilay? —preguntó Jutelún.

Qaidu asintió con la cabeza.

—El deseo de su corazón es que alegre sus ojos con mi presencia en Shang-tu el verano que viene.

—¿Irás?

El padre negó con la cabeza.

—Yo no inclinaré la rodilla ante Qubilay.

—Entonces, ¿lucharemos? —preguntó Tekuday con ansiedad—. ¿Nos sumaremos a Ariq Böke?

—¿Con Alghu instalado en Bujara? ¿Si tienes dos enemigos, lucharás con uno de ellos y le darás la espalda al otro sabiendo que tiene un cuchillo en la mano? Aunque no fuera por Alghu, ¿tenemos que elegir luchar en un ejército que puede morir de hambre? Mi corazón está con Ariq Böke; sin embargo, hay que tener en cuenta lo que nos pasará si Qubilay demuestra ser el más fuerte.

Tekuday se quedó callado. Era evidente que aquella posibilidad no se le había ocurrido.

—Antes de Gengis Kan, los hombres vivían en estas estepas sin un palacio como el de Karakoram y sin un kan de kanes para que se sentará en él. Los tártaros han vivido de esa manera desde el comienzo de los tiempos. Si ahora tenemos que volver a esos días, no será una catástrofe, son sólo los caminos del mundo.

»He tomado mi decisión. No nos rebelaremos, y tampoco cooperaremos con estos grandes señores. Mantendremos abiertos los caminos de las caravanas, pero todo aquél que ahora desee atravesar el Techo del Mundo deberá pagarle tributo a Qaidu. De ahora en adelante convendrá que Qubilay recuerde que por lo menos en el valle de Fergana, ¡Qaidu es el kan de kanes!

## Desierto de Takla Makan

La columna de camellos y de caballos serpenteaba por las dunas. Sartaq abría la marcha a pie, tirando de la cuerda de su camello. Josseran lo seguía. Era un calor insoportable, como caminar sobre un horno, hasta el aire chamuscaba los pulmones.

Los únicos ruidos que se oían eran el suave repiqueteo de las campanillas de los camellos y el traqueteo de las sillas de madera.

A mediodía se detuvieron a descansar. Nadie hablaba pero Josseran notaba el enfado de los tártaros. Como era previsible, fue Hombre Furioso el primero en romper el silencio. Arrojó una bolsa de agua vacía sobre la arena.

—¡No lo encontraremos! —le gritó a Sartaq—. ¡El bárbaro está loco!

Sartaq miró a Josseran.

—Yo no lo abandonaré —dijo éste.

Sartaq miró de nuevo a Hombre Furioso y se encogió de hombros.

Josseran volvió al camello y tiró de la cuerda de la nariz obligándolo a ponerse de pie a pesar del grito de protesta del animal. Siguió avanzando. Los tártaros no tuvieron más remedio que seguirlo.

Y así atravesaron las dunas desandando el camino, buscando un nadador solitario en un gran océano de arena.

«No importa lo que yo sienta por él —pensó Josseran—; ésta es mi misión, la de protegerlo lo mejor posible. Le debo por lo menos un día. Y si no a otra cosa, también se lo debo a mi conciencia».

Los ángeles oscuros se habían reunido. Volaban a su alrededor con las terribles alas extendidas y los pequeños ojos brillando con avidez. Las huestes del demonio.

Guillermo levantó la cabeza de la arena.

—¡No! —gritó. Extendió la mano esperando la salvación de Dios, pero Él no llegó.

Los ángeles malvados se aventuraron a acercarse más, listos para llevarlo al infierno. Alcanzaba a oír el crepitar del fuego en el que sería castigado. Dios no tenía piedad con los pecadores y Guillermo sabía que había demostrado que era un pecador. Como dijo Cristo, no sólo los actos de un hombre, sino también los deseos de su corazón, lo traicionaban y lo convertían en lo que era a los ojos de Dios. Y a causa de sus secretos pecados, el demonio le ponía puntas de metal a la vara con la que se castigaba mientras las llamaradas brillaban en el fuego.

Más allá del Takla Makan, todavía lo esperaban eternos sufrimientos.

—¡Alejaos de mí! —gritó Guillermo—. ¡Dios tenga misericordia!

Los grifos aletearon hacia atrás, desconfiados pero no disuadidos. Eran los buitres más grandes que había visto en su vida, cada uno le habría llegado al pecho a un hombre y la envergadura de sus alas era de unos diez metros. Las arqueaban, preparándose. Sabían que la carroña sería suya pero no estaban dispuestos a empezar a trabajar con sus picos hasta que su presa estuviera quieta y ellos supieran con seguridad que no había peligro.

—¡Yo estoy salvado en Cristo! —volvió a gritar Guillermo y arrojó un puñado de arena al ave más cercana. Después se desplomó en la arena, llorando.

Desde donde se encontraba, en la cima de una de las grandes dunas, Josseran observó sus inútiles esfuerzos con la misma sensación de piedad y de disgusto que experimentaba cuando ponían el cebo para un oso o en una ejecución pública. El resto de los tártaros estaban reunidos detrás de él en un silencio temeroso y despavorido. No esperaban encontrar al bárbaro, pero les resultaba evidente que de todos modos ya era demasiado tarde. El sol lo había enloquecido.

—¡No tenéis ninguna queja de mí! —volvió a gritar Guillermo alzando los brazos al cielo—. ¡Santo Padre, perdona mis pecados y llévame al cielo en brazos de los ángeles!

Josseran corrió por la arena. Ante su llegada, los buitres inclinaron sus feas cabezas y salieron volando de uno en uno, abandonando a regañadientes su presa. Pero no volaron hacia el cielo. Permanecieron a una distancia segura, los largos cuellos girados hacia un lado y hacia el otro, todavía con la esperanza de obtener una presa fácil.

—¡Guillermo!

El sacerdote miró a su alrededor con los ojos casi ciegos por el sol, la cara tan desollada que estaba en carne viva. Tenía arena pegada a los labios y a los párpados.

—¡Guillermo!

El fraile parecía incapaz de reconocerlo, ni siquiera de comprender qué clase de criatura era. Tendió una mano hacia Josseran y se desplomó en la arena, todavía enloquecido. Josseran trató de levantarlo. Resultaba extrañamente pesado. Notó el peso de las vestiduras del sacerdote.

—¿Qué tienes en el abrigo? —gruñó. El fraile se agarró a Josseran. Sus labios sangraban y la piel de la frente le caía a tiras. Al oler su aliento fétido, Josseran hizo una mueca y volvió la cabeza—. ¿Qué tienes en el abrigo? —volvió a preguntar.

—Protégeme —gritó Guillermo—, y la mitad será tuya.

Tras decir esto se desmayó.

Era evidente que Guillermo estaba demasiado débil para continuar viajando. Los tártaros montaron un refugio con algunos palos y tiras de tela y lo acostaron a la sombra. Josseran le vertió agua en la boca mientras el fraile gritaba y se enloquecía con los demonios que lo atormentaban. Volvió a levantarse viento y se acurrucaron dentro del círculo protector de los camellos para soportar lo mejor posible el azote de la arena.

Al anoecer, Guillermo ya no les gritaba a los fantasmas de su delirio, había caído en un sueño profundo. Josseran le llevó más agua y cuando se inclinaba sobre él, Guillermo abrió los ojos.

—Tuve un sueño —murmuró. Tenía la lengua hinchada y era difícil entender lo que decía—... Estaba perdido.

—No fue un sueño —contestó Josseran.

Guillermo apretó el paño del abrigo de Josseran en su mano.

—¿Rescataste... el tesoro? —De sus labios manaba sangre mezclada con saliva.

—¿Qué tesoro?

—Con él... edificaremos una iglesia... en Shang-tu. Una iglesia tan hermosa... como el Sagrado Sepulcro... en Jerusalén.

—No había ningún tesoro.

Guillermo parpadeó, confuso.

—Los rubíes. ¿Los encontraste?

—¿Rubíes?

—Eran... —Extendió las manos ante sus ojos como si todavía esperara ver allí las joyas—. Los tuve... en la mano.

—Lo soñaste.

Los ojos de Guillermo eran azules y estaban vacíos y aturdidos como los de un niño.

—Tu abrigo pesaba porque estaba lleno de piedras —dijo Josseran. Cogió el abrigo de Guillermo y le mostró las piedras que todavía quedaban. Metió la mano, sacó un puñado de polvo y de trozos de ladrillos de la torre en ruinas—. Sólo piedras —repitió.

Guillermo lo miró fijamente durante largo rato sin hablar. No había comprensión en su rostro, como si Josseran le hubiera hablado en algún lenguaje desconocido. Por fin levantó un dedo en un ademán acusador.

—¡Los... has robado!

—Guillermo, tenías tantas piedras ocultas en tu abrigo que casi no pude llevarte hasta mi camello.

La cabeza del fraile cayó hacia atrás y cerró los ojos. Si en su cuerpo hubiera habido agua, habría llorado. Hizo una mueca de desesperación y la sangre de sus

labios corrió dentro de su boca.

Si las montañas de Qaidu eran el techo del mundo, las de Jarajoya eran su calabozo, un lugar perdido en una gran depresión muy por debajo del nivel del mar. El oasis no era más que una mezcla de casuchas y de campos polvorientos que aparecían de repente, como emergiendo de la sucia neblina. De alguna manera, los uigures que allí vivían lograban tener viñedos, higos y melocotones en aquel enorme horno gris del desierto, usando para ello las aguas glaciales de los karez. Al igual que el resto de los oasis del Takla Makan, era un pueblo de calles estrechas y polvorientas y de patios con paredes de adobe. Pero muchas de las casas habían sido construidas bajo tierra para protegerse del calor infernal del verano y de los vientos ululantes. Estaban techados con vigas de madera y con paja y eran invisibles con excepción de las chimeneas que salían de la arena dura y gris. La monotonía del horizonte sólo la rompían la cúpula de una mezquita, las copas como lanzas de algunos álamos y las monótonas torres de adobe que la gente usaba para hacer pasas.

Incluso en aquella época del año, el calor era intolerable. Las viñas estaban desnudas, huesos pardos y quebrados que salían de la tierra como los dedos de un esqueleto, las calles desiertas de barro rojo estaban cuarteadas como si fueran adoquines; la gente del pueblo ya se había refugiado en sus sótanos. Un burro solitario permanecía tristemente bajo la escasa sombra de un árbol seco, moviendo la cola para espantar las hordas de moscas.

Desanimados, se encaminaron hacia un lugar donde se encontrarían al abrigo de la crueldad del sol.

—Es el peor lugar del mundo —gruñó Sartaq—. Dicen que aquí se puede cocinar un huevo con sólo enterrarlo en la arena. Los uigures aseguran que si se mata un pollo ni siquiera es necesario cocinarlo. La carne ya está blanca y tierna.

Su extraña risa que parecía un ladrido, carecía de humor. Ninguno de los otros rió. Ya se acercaban a la frontera y los tártaros se inquietaban. Qaidu y sus renegados estaban allí fuera, en alguna parte, esperándolos. Sartaq conocía todas las maneras en que se podía planear una emboscada. Entonces la suerte había cambiado y el amenazado era él.

El sol se ocultó detrás del horizonte, el viento murió y un gran silencio cayó sobre la tierra. La gente de Jarajoya emergió de sus prisiones para volver a caminar por las calles tibias e iluminadas.

Josseran escrutaba los alrededores en sombras. Sólo lograba ver la oscura silueta de las Montañas Celestiales que se recortaban sobre el cielo de la noche. Más allá de donde se encontraban, en alguna parte, estaba el Techo del Mundo. Y tal vez Jutelún.



Al pensar en ella sintió un dolor sordo en el pecho. Cerró los ojos y la vio montada en su caballo tártaro mientras la bufanda morada ondeaba al viento, tras ella; recordó la calidez de su cuerpo cuando se protegieron del Burakan; la melodía ronca de su voz aquella noche junto al lago.

Atesoraba aquellos instantes robados como iconos en los oscuros rincones de su mente. El fraile diría que aquellos recuerdos y aquella lujuria eran cosas del demonio, pero le resultaba imposible evitarlos. Cuando el cuerpo estaba en llamas resultaba imposible pensar en el alma.

Lo cierto es que ella le había hecho perder parte de su aplomo. Un verdadero caballero no debía pensar constantemente en mujeres; había vivido los últimos cinco años como un monje guerrero al servicio de los templarios y allí estaba su deber en lugar de estar apenado por una salvaje amazona. Sin embargo...

Tenía que saber si ella estaba viva y a salvo. Tenía que verla una vez más.

—No creí encontrarte aquí sino divirtiéndote con las esposas de los paganos.

Josseran se volvió. Era Guillermo.

—Parece que casi todos nuestros escoltas tártaros se han ido con las prostitutas que les ofrecen, parece ser que en estas tierras eso es hospitalidad.

Josseran se encogió de hombros. Se le habían ofrecido comodidades similares, a pesar de que aquella noche no tenía interés en ese tipo de consuelos. Pero no quería que Guillermo tuviera ni siquiera aquella pequeña victoria, de manera que dijo:

—Me temo que sólo quedaban las mujeres feas. Sartaq me ha ofrecido el uso de los camellos si no encontraba ninguna que no me desagradara demasiado.

—Nunca encontrarás el camino del cielo, templario.

—No tiene importancia. No tengo muchas ganas de ir.

—¡Arderás en el infierno!

—Será mejor eso que una eternidad en la tediosa compañía de hipócritas.

—No creas que ahora estoy en deuda contigo. Todavía responderás por tus blasfemias cuando volvamos a Acre. Tú mismo has admitido que tu voto con los templarios ha terminado. ¡Ellos ya no podrán protegerte!

Josseran no pudo reunir la sensación de ultraje que sabía que tenía que sentir. Aquella noche sólo se encogió de hombros y respondió:

—No tendría que haber vuelto a buscarte. Tendría que haberte dejado morir en el desierto.

—Fue la voluntad de Dios que yo viviera.

—Te aseguro que lo ayudé mucho para que así fuera.

—Somos todos instrumentos de Sus trabajos, de manera que no te congratules demasiado. Tal vez habrías tenido más mérito si no fueras un ladrón, además de un mujeriego y de un blasfemo.

—No soy ladrón y no había ningún tesoro. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

No fueron más que imaginaciones tuyas. Los espíritus de la arena engañaron tus ojos así como engañaron tus oídos. Te doy mi palabra.

Vio que en los ojos de Guillermo brillaba la duda. Pero en aquel hombre había una tozudez que se negaba a ceder, no podía aceptar que, *in extremis*, las piedras le parecieran rubíes.

—¿Tu palabra? Tu palabra no vale nada. Sé que sólo te importa lo que se refiere a ti mismo.

Josseran negó con la cabeza, resignado. ¿Cómo era posible discutir con un hombre que no tenía un gramo de gratitud en el cuerpo, cuya naturaleza era tan inflexible como la del propio Jehová? «Tal vez Dios realmente te haya preservado para un propósito más alto —pensó—, porque no sé qué impulso de lunático me hizo volver a buscarte. Tal vez Dios me haya hecho perder la cordura para cumplir con Sus insondables designios».

—A lo mejor no tengo que volver a Acre si allí tienes intención de hacerme daño.

—Si vuelves o no es algo que no me concierne. Puedes tratar de olvidar el juicio de Dios, pero Dios nunca te olvidará a ti.

—En realidad, a veces desearía que me olvidara. Tengo la sensación de que toda la vida ha estado aquí sólo para atormentarme, para mirarme por encima del hombro y ser testigo de todos mis pequeños pecados. ¡Es peor que tú!

—Lo que acabas de decir es una blasfemia.

—Si así fuera, tal vez se deba a que durante este viaje mi fe ha sido puesta a prueba continuamente.

—Entonces debes orar pidiendo que Dios te guíe.

—Dices que debo orar. Durante cinco años he recitado incontables padrenuestros diarios. Me ha valido de poco. Así que, mientras rezo, me pregunto: «¿Dios realmente me escucha? ¿Habla occitano como yo y dedica tantas horas de Su día a preocuparse por mi pequeña vida? Y si me escuchara, ¿qué ganaría yo con mis oraciones? He visto a buenos hombres morir poco a poco en una horrible agonía mientras le rogaban a Dios que se los llevara con rapidez, mientras a los malvados se les conceden sus más pequeños deseos y mueren viejos, felices y llenos de riquezas. Si Dios escucha a los malvados y no presta atención a los ruegos de los santos, me parece que tiene una gran pobreza de criterio».

—No corresponde que nosotros intentemos comprender los designios del Señor.

—Pero si no comprendo, ¿cómo es posible que sea sabio en lo que se refiere a los designios de Dios? ¿Cómo puedo saber lo que es bueno y lo que es pecado? He visto a esos paganos orando a sus dioses y creen, lo mismo que nosotros, que sus dioses los escuchan. ¿Cómo podemos saber que tenemos razón?

—Tenemos la Biblia como nuestra roca y nuestro asidero.

—Tal vez sea así, aunque no tiene sentido para mí. Porque si los tártaros le rezan

a su Dios, lo mismo que hacemos nosotros, para que les conceda la victoria sobre los sarracenos, ¿por qué logran sus metas mientras que nosotros permanecemos de mal humor dentro de nuestra fortaleza de Acre por miedo a abandonar la seguridad de sus muros? ¡Explícamelo!

Guillermo se volvió para que el templario no viera la confusión que se reflejaba en su rostro. Porque no podía darle ninguna respuesta. En realidad, ¿por qué? ¿Por qué no había acudido Dios en su ayuda en el palacio del emperador cuando le hacía falta la elocuencia de Pablo? Se había dicho que el motivo era su indignidad. Pero como acababa de señalar el templario, ¿los tártaros no eran más indignos que el más pequeño de los cristianos?

—La sagrada Iglesia ha sido concebida así —insistió.

—Algunas de estas personas dicen que la salvación es un asunto que se da entre el hombre y Dios, no entre el hombre y la Iglesia.

—¡Que Dios se apiade de tu alma!

—Me harías torturar y quemar, ¿verdad? ¿No es ésa tu caridad de cristiano?

—¡No te atreverías a decir esas cosas en Acre!

—No, no me atrevería. Pero eso no significa que mis dudas sean menos reales.

—¡Te veré arder en la hoguera!

—Tendría que haberte dejado en poder de esos buitres.

—Y es lo que habrías hecho si el Espíritu Santo no hubiera tomado posesión de ti durante unas pocas horas, obligándote a volver sobre tus pasos.

—Ten cuidado de no darme la espalda, fraile. No es tarde para que deshaga ese gran bien que he hecho.

Josseran se alejó en la oscuridad, de nuevo furioso cuando creía que su furia había desaparecido. Ése, por lo menos, era el talento especial del fraile.

Dejó a Guillermo en la muralla, al abrigo de las frías estrellas. Aquella caridad de la que hablaba el templario era sólo debilidad, argumentó Guillermo consigo mismo. Aquel hombre estaba infectado de herejía. Una úlcera que no responde al tratamiento debe ser eliminada con el cuchillo. Era algo que comprendería cualquier verdadero cristiano.

La noche era un tormento. A Josseran lo perseguían los insectos que llegaban en enjambres como demonios del infierno. Las pulgas, los mosquitos y los jejenes con su voraz apetito se daban un festín en él y no había manera de evitarlo.

Por fin, extenuado, se quedó dormido pero en medio de la noche lo despertó bruscamente algo que cayó de las vigas del techo. Se sentó, con el corazón palpitante y extendió la mano en busca de la vela que había a su lado. Vio que una araña con el cuerpo del tamaño de un huevo huía por el suelo de tierra. En sus fauces llevaba una cucaracha.

Después de eso le resultó imposible dormir.

Una serie de gritos terribles lo sacaron de la cama al amanecer. «¡Guillermo!». Su primer pensamiento fue que un escorpión había mordido al fraile.

Josseran se levantó con dificultad. Una luz gris iluminaba el vestíbulo abovedado del caravasar y las figuras dormidas de los tártaros.

—¡Guillermo!

Cuando lo encontró, el fraile estaba sentado con la espalda contra la pared, la boca abierta y los ojos enormes por la impresión. Tenía el rostro y los brazos cubiertos de granos producidos por las picaduras de piojos y pulgas. Aparte de eso, parecía no haber sufrido otro daño.

Sartaq estaba ante él, sujetando una antorcha que había arrancado de la pared. Los otros tártaros, que también despertaron por los gritos, llegaron uno tras otro dando traspies en la oscuridad.

—Lo oí gritar —explicó Sartaq—; cuando llegué tenía una enorme cucaracha en la cara.

—¿Cómo te diste cuenta? —preguntó Hombre Borracho.

Sartaq y los demás soltaron una carcajada.

Pero a Guillermo no le gustó el chiste. Se enroscó sobre sí mismo mientras arañaba el suelo de tierra con los dedos y lanzaba un ruido suave como el de un animal herido. La risa murió inmediatamente en las gargantas de los tártaros supersticiosos.

—Está poseído por los Espíritus de la Arena —susurró Sartaq—. Se le metieron dentro del cuerpo mientras estaba perdido en el desierto.

—Yo me encargaré de él —dijo Josseran—. Dejados solos.

—Tiene un demonio de mala suerte —murmuró Sartaq y enseguida se alejó con sus compañeros.

Josseran los oyó fuera, preparando la caravana, ensillando los camellos y los

caballos para el trayecto de aquel día.

Josseran se acuclilló.

—¿Guillermo?

—Soñé que era el demonio —respondió él—. Él sabe que soy débil.

—Era sólo una cucaracha.

—El demonio sabe hasta qué punto soy un pecador. Sabe que he fracasado.

«Tal vez el sol realmente le haya afectado el seso como supone Sartaq», pensó Josseran.

—Guillermo, ya amanece. Tenemos que continuar nuestro viaje.

—¡He metido los dedos dentro de las heridas de Cristo y a pesar de todo no creo! No tengo fe. En cambio estoy lleno de lujuria y de envidia. Ése es el motivo por el que Dios no me encomendó las almas de los bárbaros. Sabe que no soy digno.

—Muy pronto saldrá el sol. Tenemos que partir.

Guillermo tembló, aunque no hacía frío dentro del caravasar.

—He fracasado —repitió—. Durante toda mi vida he querido acercarme a los hombres a Dios, pero he fracasado.

Josseran negó con la cabeza. Sólo había pensado en Guillermo como un clérigo altanero, sin compasión ni sentido común. En aquel momento, al verlo enroscado en el suelo de tierra llorando, casi sintió compasión de él. De manera que después de todo aquel sacerdote tenía algo de humanidad.

Lo ayudó a levantarse y lo llevó fuera. Los caballos golpeaban el suelo con los cascos en el frío del amanecer y los camellos se quejaban mientras Sartaq los ataba formando una fila.

Josseran ayudó a Guillermo a montar su camello, guiándolo como habría guiado a un mendigo ciego. El fraile no volvió a hablar. Partieron de nuevo mientras un amanecer de color malva se levantaba en el horizonte. Guillermo mantuvo la vista fija en el horizonte y en sus pesadillas privadas.

El sol se alzaba vigorosamente en el cielo prometiendo otro interminable día de calor. A media mañana, la bruma de polvo se aclaró de repente y las Montañas Celestiales aparecieron ante ellos en el horizonte. El collar de nieve que en parte las cubría parecía increíblemente cercano. En la lejanía, hacia el oeste, alcanzaban a ver las crestas blancas del Techo del Mundo.

La neblina volvió a descender con la misma rapidez con que se había levantado y las montañas desaparecieron una vez más tras la bruma amarilla del Takla Makan.

Durante el trayecto, Guillermo habló poco. Josseran y los demás cabalgaban en el mismo silencio melancólico. Los tártaros supersticiosos se mantenían a distancia del preocupado fraile.

Aquella noche descansaron en las ruinas de un caravasar.

Era el lugar más desolado que Josseran había visto en su vida. La cúpula de la mezquita se había derrumbado hacía muchos años, permitiendo que se filtrara la luz de la luna que se reflejaba en las losas y en las vigas rotas y ennegrecidas. En las paredes había marcas de los lugares en que había sido dañada hacía medio siglo, tal vez por el mismo Gengis Kan. Josseran y Guillermo se sentaron alejados de los demás, que se apretujaban junto al fuego, murmurando entre ellos y dirigiendo miradas hostiles en dirección a Guillermo. En las paredes bailaban sombras gigantescas. Pero Josseran no les temía. Los tártaros habían adquirido una férrea disciplina en el ejército de Qubilay y los harían llegar a salvo a su destino, aunque supiera que algunos, Hombre Furioso entre ellos, con alegría les hubieran cortado el cuello a ambos.

Josseran miró hacia arriba. A través del ruinoso tejado vio que aparecía una única estrella en el cielo del norte. Recordó que la llamaban «El clavo donde los dioses atan sus caballos».

Tal vez fuera la desgracia de Guillermo lo que lo había puesto nervioso, o el hecho de haber visto aquel día por primera vez el Techo del Mundo, pero aquella noche las cargas de su vida le parecían más pesadas que nunca. A pesar de todo lo que decía, seguía siendo un cristiano y en el fondo de su corazón vivía atemorizado por su temible Dios. Lamentaba sus blasfemias de la noche anterior o, más bien, lamentaba las consecuencias que tendrían.

Por lo tanto se puso lentamente en pie y se acercó a Guillermo que estaba sentado contra la pared, con el rostro oculto por el manto.

—Perdóname, padre, porque he pecado —susurró, y cayó de rodillas.

Guillermo lo miró sorprendido. Durante largo rato no habló ni se movió. Cuando por fin lo hizo su voz era tan suave como la de una mujer.

—Iré hasta los camellos a buscar mis vestiduras —dijo, y partió a buscar todo lo necesario para salvar un alma para Dios.

—Mi madre murió cuando yo tenía nueve años y mi padre, el duque de Montgisors, se casó con la hija de un caballero de Carcasona. Se llamaba Catherine. Era mucho menor que mi padre, tal vez sólo fuese cinco años mayor que yo. Tenía ojos negros como el pecado y cada vez que me miraba yo me acaloraba. En esa época no era más que un muchacho de diecisiete años y mi virilidad estaba a flor de piel e inflamada como una herida abierta.

—Sigue —murmuró Guillermo. Tenía conciencia de que los tártaros los miraban, al loco chamán cristiano con la estola morada alrededor del cuello y al gigantesco bárbaro de rodillas ante él.

—Yo hacía todo lo posible por conseguir que me mirara pero ella no me hacía caso y me dejaba presa de un frenesí de desesperación. Cada vez que pasaba a mi lado alcanzaba a notar su perfume. No podía dormir. Despertaba empapado de sudor y derramaba mi semilla en mis manos mientras pensaba en la mujer de mi padre. Hasta llegué a rezar en la capilla pidiendo que él muriera para que yo pudiera tenerla. No podía hablar del asunto con mi confesor y sólo me acusaba del pecado de lujuria. —Se detuvo y se pasó una mano por la cara. ¡Hacía tanto tiempo que esperaba el momento de liberarse de aquella carga!—. Mi padre era un caballero de cierto renombre en el Languedoc. Todos los días me entrenaba en el uso de la espada y de la lanza, en la manera de luchar a caballo. Y siempre que habíamos practicado yo deseaba que me matara. Y también temía lo que deseaba, porque suponía que él adivinaría lo que había detrás de mi rostro pecaminoso.

»Un día la hice mía en el cobertizo que servía de almacén. Todo terminó con mucha rapidez, antes de que yo me hubiera dado cuenta de lo que acababa de hacer. Aquello tuvo que haber sido suficiente pecado para mis huesos jóvenes. Había saciado mi lujuria juvenil, ¿no era bastante? Pero no, tenía hambre. La seguía deseando. —Respiró hondo, la voz ronca, ahogada de culpa—. La vez siguiente lo que pasó no fue accidental. Mi padre había viajado a Tolosa. Fui hasta su dormitorio, deseando que la puerta estuviera cerrada con llave, con la esperanza de que ella gritaría para alertar a los criados, que me avergonzaría ante todos los habitantes de la casa. Pero en lugar de eso, me recibió en el calor de su abrazo y a partir de entonces fuimos amantes.

Se detuvo. Levantó la vista para mirar el rostro del sacerdote, pero en la oscuridad no pudo adivinar su expresión. A pesar de todo notaba su respiración, profunda e irregular.

—No puedes imaginar lo doloroso que es decir estas cosas, tú que has renunciado a las mujeres. Verás, la odiaba constantemente, la odiaba por lo que le había hecho a mi padre y por lo que había hecho de mí. Le había puesto los cuernos, se había

convertido en una adúltera. Y había logrado que yo me despreciara hasta el fondo de mi ser.

»Mi padre estaba en Tolosa, había sido llamado por el rey, junto con otros caballeros. Luis tenía esperanzas de persuadirlos de que se sumaran a una peregrinación armada a Tierra Santa. Mi padre se hacía viejo, así que cuando volvió de la corte nos dijo que había rechazado la posibilidad de sumarse a la cruzada. Pero pocos días después, sin explicación alguna, cambió de idea e hizo los preparativos para partir. Sólo puedo suponer que adivinó lo sucedido en su ausencia y eso lo hizo cambiar de idea. —Se detuvo para aclararse la garganta porque cada vez le costaba más hablar—. Armó a una docena de campesinos que lo acompañarían en la gran peregrinación y vendió diez hectáreas de sus tierras para pagar los gastos de la aventura. La propia Catherine cosió la cruz roja en el hombro de su sobrevesta.

»Después de su partida yo permanecí en Montgisors como señor de la casa solariega y de las tierras. A partir de aquel momento, Catherine se convirtió en una descarada. Iba a mi dormitorio todas las noches. Pero como temía quedar embarazada mientras su marido estuviera ausente, me obligó a tomarla sólo de la manera prohibida.

»Pero con mi padre ausente, descubrí que no podía llevar a cabo lo que tantas veces soñé con hacer. La respuesta de ella fue reírse de mí. Dijo que yo era un verdadero hijo de mi padre, se burló de él y de mí en un mismo aliento. Pronto dejó de acudir a mi dormitorio y me quedé con el recuerdo de mis pecados y nada más. —Respiró hondo—. Al año recibí noticias de la muerte de mi padre en Damietta. —Permaneció largo rato en silencio—. A pesar de sus precauciones, Catherine estaba embarazada. La envié a un convento a vivir su embarazo y a su vuelta entregamos al niño a la esposa de uno de mis mozos de cuadra que vivía dentro de la propiedad. La mujer era estéril y amó a la criatura como si fuera suya. Pero a los cuatro años el niño murió de garrotillo y así mi castigo mortal fue completo.

»He vivido muchos años con este pecado. Administré los bienes de mi padre pero ya nunca volví a la habitación de su viuda. Y luego, hace alrededor de seis años, viajé a Tierra Santa, con la esperanza de morir luchando. Perdí todo mi oro y mis provisiones acostándome con prostitutas y jugando en Génova, Antioquía y Trípoli. Desesperado, juré lealtad a los templarios a los que ofrecí mis servicios durante cinco años, creyendo que así expiaría mis pecados. Pero temo que nada expiará lo que he hecho. En el fondo de mi corazón sé que llevo la cabeza de mi padre atada con una cuerda al cuello y vaya donde vaya los demás la huelen.

Guillermo permaneció largo rato en silencio. Por fin levantó la mano derecha.

—Con esta mano te absuelvo de tu pecado —dijo—. Como penitencia te ordeno permanecer casto durante el resto de tus días y renunciar a tu fortuna y a todas tus tierras legándoselas a la Santa Madre Iglesia.



Josseran sintió que se ahogaba. Cuando se embarcó en aquella confesión, no esperaba una penitencia semejante. Pero como él mismo acababa de decir, ¿qué actos expiarían el pecado cometido? Pero a pesar de todo, una sentencia tan brutal lo enfureció. Se había engañado al creer que en el desierto Guillermo se había humanizado y en cambio el monje usó su ventaja momentánea para destruirlo, lo mismo que había hecho con Mar Salah.

Pero ¿qué importancia tenía? Sabía que después del pecado cometido, no merecía nada mejor.

—Gracias, hermano Guillermo —dijo.

—Ve en paz y no vuelvas a pecar —dijo Guillermo con una sonrisa de triunfo.

## Séptima parte

El Espíritu del Cielo Azul  
El techo del Mundo

## Otoño del año de Nuestro Señor de 1260

El desierto ya había quedado atrás, la gran travesía había llegado a su fin. En Kashgar se detuvieron en el fuerte dirigido por soldados leales a Qubilay, y cambiaron los camellos por veloces caballos tártaros. Cabalgaron hacia los pasos del oeste, hasta los límites del territorio del emperador.

Por encima de ellos, las primeras nevadas blanqueaban las faldas del Techo del Mundo.

Siguieron por un valle profundo que se dirigía a las montañas, pasando junto a arroyos cuya agua corría con rapidez y a enormes rocas que las aguas del deshielo lavaban en primavera; y a través de grandes acantilados rojos que desaparecían entre las nubes. Emergieron del valle en una meseta y se detuvieron a descansar junto a un gran lago salado.

Josseran cambiaba de posición sobre la silla del semental tártaro. La verde píceas, los abetos y el azul acerado de las montañas estaban entre las sombras que proyectaban las grandes nubes blancas. La brisa le salpicaba la cara con gotas cristalinas y el arco iris se dibujaba sobre el valle. Ovejas de gruesas colas caminaban como gansos por los prados, gordas gracias a la abundancia del verano.

Se sintió humilde ante el panorama que se extendía ante él. «Es como estar en presencia de Dios —pensó—. Somos sólo una mota en este vasto paisaje, diminutos y, sin embargo, durante breves instantes podemos moldear el mundo a nuestro antojo. He subido al Techo del Mundo, he atravesado desiertos terribles, armado con muy poco más que mi voluntad de supervivencia. Y he sobrevivido.

»Aun cuando es más fácil rendirse, nuestro espíritu lucha por la vida, lucha con esta interminable ansia de amor y eternidad, por algún grial sin nombre en el que depositamos nuestras esperanzas. Y seguimos viviendo, contra todas las probabilidades.

»¿Y cuál es mi grial? En realidad, si Dios me diera una esperanza, sé que pediría a Jutelún».

La neblina de la lluvia atravesaba a toda velocidad el lago, perseguida por un rayo de sol. En pocos instantes había bañado el valle hasta dejarlo limpio bajo la amarilla luz del sol. De momento, el otoño había vuelto a los pasos altos, pero muy pronto el sol sería un desconocido.

Tendrían que apresurarse antes de que el hielo se cerrara en el Techo del Mundo y quedaran atrapados. Pero una vez que hubieran atravesado aquellas montañas, se encontrarían a pocos meses de cabalgada de Alepo y de una segura vuelta al hogar.

—Hogar —murmuró.

¿Qué le esperaba a su vuelta a Acre? Lo que comenzó como una misión secreta en busca de una tregua se convirtió en una odisea que desafiaba toda su filosofía. Tal vez fuese la cercanía del invierno en aquel lugar salvaje, pero de repente sintió que sus años se desvanecían. Tenía más de treinta años y ya le quedaba poco tiempo. Tal vez quince años si volvía a Provenza, menos si pensaba en permanecer en Ultramar con sus enfermedades, sus criminales y sus interminables escaramuzas y guerras.

El destino de un hombre era seguro, porque le debía una muerte a Dios, pero llegaba un momento en la vida en que tenía que elegir el significado de aquella vida. Jossaran se preguntó si sería capaz de reconocer ese momento cuando llegara.

Sartaq ordenó que la pequeña columna se detuviera junto a un arroyo. Manearon los caballos que buscaban alimento mientras los tártaros volvían a llenar de agua las cantimploras de cuero. Arroyo abajo, una familia de grullas los miraba con alarma y recelo.

El arroyo, alimentado por un glaciar, ya estaba rodeado de hielo y las orillas heladas crujían bajo sus pies. Habían subido hasta lo más alto de las montañas y el aire era mucho más frío. El invierno amenazaba con llegar antes que ellos a los pasos.

Un milano real volaba en lo alto, graznando, su llamada parecía el grito de un niño. Josseran levantó la mirada, sobresaltado. No recibieron ninguna otra advertencia.

El tártaro que iba al lado de Josseran se dio la vuelta de repente apretándose la garganta. Una flecha acababa de atravesarla. Cayó de espaldas en el río, moviendo espasmódicamente las piernas y, en el momento de morir, un espantoso gorgoteo salió de su garganta. Su sangre tiñó con rapidez el agua.

Sartaq fue el primero en reaccionar. Cruzó el arroyo hasta donde estaba su caballo y le soltó la manea. Josseran hizo lo mismo.

Miró por encima del hombro y vio una oscura fila de jinetes que galopaban hacia ellos desde una hondonada seca que estaba a medio kilómetro de distancia. Llovieron más flechas y el caballo de Josseran relinchó cuando dos de ellas se le clavaron, hundiéndosele casi totalmente en el flanco. Desde la silla, Sartaq gritaba órdenes a sus hombres, desesperado por organizar una defensa.

Sus atacantes ya estaban bastante cerca para que Josseran pudiera verles las caras. Eran tártaros como los de su escolta, pero no soldados regulares sino bandidos con poca armadura, jinetes ligeros cubiertos de pieles y armados con arcos y con toscas lanzas. No eran demasiados pero contaban con la ventaja de la sorpresa.

Se oyó otro silbido de flechas y ya estaban sobre ellos, clavándoles las lanzas en forma de gancho y terminando con los que no habían montado rápidamente. Josseran avanzó blandiendo salvajemente la espada, consiguió desmontar a un enemigo y cargó contra otro haciéndole perder el equilibrio.

Oyó un grito y, al volverse, vio a Guillermo chapoteando en el río, tratando de huir a pie. Un arquero tártaro lo seguía a no más de diez pasos de distancia. El hombre sonreía, disfrutando de la caza. Puso el caballo al trote, colgó el arco y desenvainó con lentitud la espada que llevaba sujeta al cinturón. Se inclinó sobre la silla para asestar el golpe mortal.

Josseran azuzó al caballo, lo puso al galope y se dirigió directamente hacia él. El

tártaro lo vio demasiado tarde. Una expresión de horror se pintó en su rostro porque sabía lo que estaba a punto de pasar y también sabía que no había manera de defenderse. Tenía el brazo derecho alzado con la espada, exponiendo sus costillas y fue allí donde Josseran hundió la espada hasta la empuñadura. El hombre gritó y cayó de la silla. El peso de su cuerpo arrancó la espada de manos de Josseran, que se inclinó, cogió a Guillermo por debajo de los brazos y lo puso atravesado en la silla. Miró a su alrededor. Sartaq había reunido a sus hombres formando una defensa en la otra orilla del arroyo. Josseran galopó hacia él.

Dejó a Guillermo en el suelo, detrás de las defensas que Sartaq había organizado. El fraile cayó de rodillas y comenzó a rezar tan instintivamente como un soldado se aferra a su arma.

La escaramuza había terminado. Media docena de cuerpos yacían en el arroyo con flechas clavadas. En la hierba había otros cuerpos cubiertos de pieles. Los atacantes ya se alejaban al galope.

—Dejad que se vayan —oyó que Sartaq les gritaba a sus hombres—. ¡Dejad que se vayan!

Pero la sangre estaba caliente en aquel momento y la orden de Sartaq iba en contra de todos los instintos y el entrenamiento de Josseran. Saltó de la silla y recuperó la lanza de un tártaro caído. Luego volvió a montar su semental y lo espoleó para perseguir a los jinetes que huían.

Cuando subió la cuesta ya habían desaparecido detrás de una colina. Llegó a la cima y comenzó a bajar a pesar de que ya estaban a más de cien pasos de distancia. Después de avanzar un poco más, abandonó la caza. Ya no lograría alcanzarlos.

Oyó el ruido de cascos a su espalda y se volvió. Dos de los hombres de Sartaq lo habían seguido. Reconoció a uno de ellos: Hombre Borracho.

—¡Bárbaro! ¡Sartaq te ordena que vuelvas! —le gritó éste.

Pero la advertencia llegó demasiado tarde.

Al girar el caballo, Josseran se dio cuenta de lo tonto que había sido. La retirada era falsa. Una docena de los atacantes formaban un círculo detrás de ellos. Otra lluvia de flechas los alcanzó y Josseran lanzó una exclamación de alarma. Hombre Borracho y sus compañeros gritaron y se bajaron de los caballos. Josseran sintió un dolor terrible en el hombro izquierdo.

La falsa retirada, una maniobra que gustaba mucho a los tártaros. ¡Qué tonto había sido! La oscura línea de jinetes se cerró sobre él, impidiéndole la huida.

«De modo que después de todo moriré —pensó—. Entonces, que sea a mi manera».

Espoleó al caballo para volver a subir la cuesta a la carga. Dos de sus atacantes se llevaron los arcos a los hombros y entonces el caballo de Josseran se detuvo en seco y cayó de rodillas. Josseran sintió un golpe fortísimo que lo arrojó de espaldas a la

hierba mojada. El astil de la flecha se partió cuando rodó sobre sí mismo.

Se encontró mirando al cielo azul.

Volvió a girarse y se obligó a ponerse de rodillas. El dolor era tremendo. «No tendré que soportarlo durante mucho tiempo», se dijo. Los tártaros lo rodeaban y se gritaban unos a otros, luchando por el honor de matarlo. Uno de ellos desmontó y corrió hacia él desenvainando la espada enmohecida que llevaba al cinto. Josseran intentó levantarse para defenderse de alguna manera, pero las piernas no le respondieron.

Había soltado la lanza al caer del caballo. Tanteó la hierba y sus dedos se cerraron sobre el astil. Un último acto desesperado. En sus manos sería tan inútil como el juguete de un niño. El mundo giraba ante él, no tenía fuerza en las piernas. Cuando el espadachín bajó el arma mortal, él levantó la lanza para defenderse, oyó el choque terrible del metal y sintió que el astil se rompía y desviaba el golpe, demorando el final por un instante.

Un acto inútil, porque en aquel momento estaba indefenso y moriría de todas maneras.

El tártaro levantó la espada por segunda vez. No había nada que Josseran pudiera hacer para salvarse.

«Así terminaré —pensó—. Siempre había creído que moriría en batalla, con la cruz de los cruzados en el pecho, no en una escaramuza sin consecuencias, aquí en estas tierras paganas, contra un enemigo al que ni siquiera conozco, vestido con pieles y un abrigo andrajoso. Pero por lo menos moriré con la cabeza alta. No rogaré que me perdonen la vida. Miraré a este individuo a los ojos y no vacilaré mientras su espada caiga sobre mí».

—¡Detente!

Conocía aquella voz.

Levantó la vista y vio un par de ojos negros bajo una bufanda morada.

—¡Jutelún! —dijo.

El mundo comenzó a girar con más rapidez. Josseran se llevó una mano al hombro y luego la miró. Estaba manchada de sangre.

Aquello era lo último que recordaba.

Lo acostaron boca arriba en el suelo de la yurta y le quitaron las vestiduras. Su piel era blanca como la tiza, tenía la camisa de seda empapada por la sangre que manaba de la herida del hombro. Además, tenía otra herida encima de un ojo, en el lugar donde se había golpeado al caer del caballo.

Jutelún experimentó una extraña sensación al volver a verlo, una sensación cálida y húmeda en la boca del estómago. Creía que nunca volvería a verlo. Trató de decirse que aquello no cambiaba nada.

Sacó el cuchillo y le cortó la túnica en el lugar donde estaba la herida. Los músculos de los hombros de Josseran eran duros y su tamaño imponente, incluso indefenso como estaba en aquel momento. Tenía el pecho y el vientre cubiertos por un vello dorado y rizado, tal como recordaba de la vez que había estado enfermo en la yurta de Tajik. Los tártaros tenían el pecho lampiño y suave como el mármol, y ella pasó una mano por el vello de Josseran y encontró que la sensación le resultaba a la vez extraña y excitante.

Sintió que su respiración se detenía.

Los recuerdos llegaron a ella sin que lo deseara; la visita al Valle de los Mil Budas en las montañas; la noche junto al lago de forma de luna creciente oyendo la Arena que Canta, la sensación de su cuerpo en tensión apretado contra el suyo durante el Kalaburan, el miedo que tenía y la manera en que la tranquilizó la presencia de Josseran.

Enfadada, hizo a un lado aquellos pensamientos. Era un prisionero. No significaba nada, absolutamente nada.

Josseran parpadeó y abrió los ojos.

—Tú —murmuró.

—Tengo que sacarte la punta de la flecha —le dijo ella.

Él asintió con la cabeza, casi imperceptiblemente.

Jutelún había llevado consigo a cuatro de sus *arban*. Asignó una extremidad del bárbaro a cada uno de ellos para que lo sujetaran, apoyando sobre él el peso de sus



cuerpos mientras lo hacía.

Debido a las lengüetas de la flecha, sacarla significaba hacer una herida mayor que la que la flecha había producido al entrar en el cuerpo. Pero la seda de la túnica de Josseran rodeaba con fuerza la punta y Jutelún pudo emplearla para mover la lengüeta sin dañar más la carne. Los músculos del hombro de Josseran experimentaban espasmos y se vio obligada a tirar con fuerza. Mientras Jutelún trabajaba, Josseran gemía y trataba de moverse. Por fin la flecha salió con un ruido húmedo y Josseran jadeó y se desmayó.

Le secó la sangre con un trapo. Cuando terminaba oyó un ruido a sus espaldas. Alguien acababa de abrir la cortina de la tienda. En el umbral estaba su padre con los brazos en jarras.

—¿Vivirá?

Ella asintió con la cabeza.

—La flecha se le clavó en el músculo y no dañó ningún órgano vital. —Levantó la medalla dorada que acababa de quitarle a Josseran del cuello—. Lleva puesto el paizah de Qubilay.

—Esa medalla de Qubilay aquí no significa nada —gruñó Qaidu. Miró fijamente el cuerpo del gigante bárbaro que estaba a sus pies. Lo movió con el pie, más por irritación que por rencor—. Habría sido mejor que la flecha se le clavara en el corazón.

—Los Espíritus del Cielo Azul lo protegían.

—Entonces no entiendo a los espíritus. —Las miradas de ambos se encontraron. Jutelún se dio cuenta de que su padre sabía más sobre sus pensamientos y sentimientos de lo que ella suponía y desvió la mirada—. Esto no es lo que yo habría deseado.

—Una desafortunada coincidencia.

—Sin duda —convino él—. Pero ahora ya no tiene remedio. Cuando se recupere, llévalo a mi yurta. Allí lo examinaré.

Qaidu caminaba incansable sobre las alfombras, con las manos cerradas. Ante él estaban sus tres prisioneros, dos miembros de la escolta de Sartaq, ambos del kesig de Qubilay, y el embajador bárbaro. La caballería de Jutelún también había capturado al caballo de Josseran, en cuyas alforjas encontraron el tratado que Qubilay ofrecía al gran maestro del Temple en Acre. También encontraron los regalos que les había dado.

—¿Qué tienes aquí? —gruñó Qaidu. Abrió el atado y arrojó al suelo los rollos de papel cubiertos de fina escritura hecha con pincel—. ¿Es esto lo que Qubilay considera valioso?

Pisoteó los papeles para demostrarle al bárbaro lo que pensaba de los regalos del

emperador.

—En nuestras tierras serían considerados... —Josseran buscó las palabras tártaras equivalentes a obras de arte, pero no las recordó e ignoraba si había oído aquellas palabras en el idioma de Qaidu—. La gente las admiraría por su belleza.

—¡Belleza! —escupió Qaidu.

Se produjo un silencio tenso. Josseran tuvo conciencia de la cantidad de tártaros que lo rodeaban, del brillo de las puntas de lanzas en la oscuridad. El olor a sudor, a cuero y a humo eran sobrecogedores.

—¡Un verdadero guerrero vive en una yurta! —exclamó Qaidu—. Monta a caballo todos los días, lucha, bebe kumis, caza y mata. Los chinos han minado la fuerza de Qubilay y él ha olvidado esas cosas. ¡Mira! —Cogió un rollo y lo sujetó—. ¿De qué le sirve esto a un hombre?

Josseran se balanceó sobre sus piernas, débil por la pérdida de sangre. Le resultaba difícil concentrarse. Comprendió que en aquel momento no era más que un mero instrumento. Y el paizah destinado a ser su salvoconducto quizá sellaría su destino.

—Qubilay ha demostrado que no es un kan. Es más chino que los propios chinos.

—Sin duda no está mal aprender un poco de los demás —dijo Josseran, que aun en aquel momento se sentía movido a defender al emperador.

—¿Aprender? ¿Qué hay que aprender de aquellos que no son bastante fuertes para resistir a nuestros ejércitos?

«Una lógica irrefutable», pensó Josseran, y decidió permanecer en silencio.

Qaidu estaba cada vez más furioso.

—Nosotros somos los maestros de los chinos —gritó— y ellos han devorado a Qubilay como un águila devora a una oveja enferma. Él se ha construido un palacio en Shang-tu y otro en Catay y vive rodeado de comodidades. Y ahora quiere cambiar nuestra forma de vida, ¡la forma de vida que nos ha hecho dueños del mundo! Quiere que todos nos convirtamos en seres parecidos a los chinos y que vivamos en ciudades y palacios. ¡Ya ni siquiera comprende a su propia gente! ¡Para nosotros, instalarnos en un lugar significa perecer!

La multitud que lo rodeaba bramó para manifestar que estaba de acuerdo; se acercaban cada vez más a Josseran y sus compañeros de cautiverio. «Somos al mismo tiempo un entretenimiento y el objeto de una arenga —pensó Josseran—. Qaidu está usando nuestra captura para sus propios fines políticos. Se enfurece para impresionar a sus soldados y a sus aliados».

—Si Qubilay se sale con la suya, nuestros hijos comerán alimentos grasientos, se pasarán el día debilitándose en casas de té. Retozarán con mujeres y ya no recordarán la deuda que tienen con el Cielo Azul. Olvidarán la forma de disparar una flecha desde un caballo al galope y se ocultarán del viento. Y entonces nos convertiremos en

seres parecidos a los chinos y estaremos perdidos para siempre.

»¡Mirad todo lo que tenemos! —Extendió los brazos para envolver con ellos el pabellón, el campamento, las tierras de pastoreo en que vivían—. Tenemos una yurta que movemos con las estaciones del año. Tenemos caballos, tenemos arcos y tenemos la estepa. ¡Tenemos el eterno cielo azul! ¡Con todo esto nos hemos convertido en Señores de la Tierra! Ésa es la manera tártara de vivir, ¡la manera de Gengis Kan, la manera de Tengri! Tal vez Qubilay sea kan en Shang-tu, pero no es mi kan. Para el pueblo mongol es más peligroso que todos nuestros enemigos. Ariq Böke traerá de nuevo a los tártaros a las estepas y a las antiguas costumbres, ¡las costumbres que nos hicieron fuertes! Mangu lo apoya y ahora tiene consigo a la Estirpe de Oro. ¡Ya marchan con un ejército contra Shang-tu!

—La disputa que haya entre vosotros no tiene importancia para mí —gritó Jossaran haciéndose oír por encima de los vítores; a pesar de la fatiga y del dolor de la herida, dejó de lado toda cautela. Estaba cansado de ser un instrumento de aquellos príncipes tiránicos—. Vine hasta aquí en busca de una alianza con el kan de los tártaros contra los sarracenos. Luego me secuestraron y me llevaron hasta Qubilay, que declaraba ser el kan de kanes. La lucha por el trono que hay entre vosotros no tiene nada que ver conmigo. Yo soy sólo un emisario de mis señores de Ultramar.

—Si deseabas hacer un trato con nosotros —gritó Qaidu—, debiste prosternarte a los pies de Ariq Böke en Karakoram.

—Me alegrará inclinarme ante quien tenga verdadero derecho al trono.

—¡El trono le pertenece a Ariq Böke! Pero tienes razón, bárbaro, tú eres un embajador, no como estos perros. —Le dio un puntapié a Hombre Borracho, que lanzó un quejido y hundió aún más la cabeza en las alfombras—. Lo que haré contigo, bárbaro, es algo que todavía tengo que decidir. Si permitimos que vuelvas con tus bárbaros, sin duda les dirás que hay discordia entre nosotros. Sin embargo, eres un enviado y conviene que procedamos con cautela. Ponedle en un cepo para que no pueda escapar y pensaremos en el asunto.

Mientras se lo llevaban, Jossaran buscó a Jutelún entre la multitud de rostros morenos y hostiles pero sólo vio a su antiguo amigo Tekuday, que lo miraba con expresión tan malhumorada como el resto. Entonces se le ocurrió que tal vez ella fuera capaz de abandonarlo.

Lo llamaban *cangue*. Era un yugo de madera pesada que ponían alrededor del cuello y tenía otros dos agujeros más pequeños que sujetaban las muñecas. Una vez puesto, era imposible que el prisionero se acostara y durmiera. El peso en el cuello y los calambres que causaba en los músculos de los hombros tenían sin duda la intención de desanimar al prisionero. Si ésa era su intención, había sido un éxito.

Josseran tenía encima del ojo derecho una costra de sangre seca, de la que manaba de la herida de la cabeza, y el ojo se le había hinchado y cerrado. De vez en cuando sentía que le corría sangre por la mejilla. Pero la incomodidad del ojo no era nada comparada con el dolor de la herida del hombro que dominaba todo pensamiento y sensación, y que le ardía como si le hubieran abierto la articulación con un gancho de metal y luego la hubieran llenado de plomo fundido.

Sentía que caía hacia la oscuridad, hacia un mundo fantasmal habitado por los tambores de los chamanes y por un dolor frío e implacable.

Desde lo que parecía una gran distancia, oyó murmullos y risas de voces de hombres que se movían por el campamento, un espeluznante canto fúnebre por encima del retumbar de los tambores, luego el grito, tal vez imaginado, de uno de sus compañeros de cautiverio.

—Joss-ran —dijo una voz.

Levantó la mirada. A través de la entrada de la yurta lo único que alcanzaba a ver era el reflejo de las hogueras, la titilante luz azul de una única estrella.

—Joss-ran.

Allí estaba su rostro, era su hermosa bruja Jutelún, los ojos brillantes en la oscuridad, reflejando el rojo del fuego como los de un gato. Se puso en cuclillas ante él.

—No tenías que haberte alejado de los demás —dijo.

—¿Debería haber huido, como el clérigo?

—Quisiste ser valiente y mira cómo has acabado.

En su rostro no se apreciaba compasión. Después de todo, el fraile tenía razón. Un salvaje no puede sentir emociones verdaderas como las que sienten un hombre o una mujer cristianos. Ella no era más que un animal. Un hombre ganaría más acostándose con una onza que con ella.

Allí estaba de nuevo, aquel espeluznante canto fúnebre.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—Se lamentan por las mujeres que hoy has dejado viudas.

—No tenía la menor intención de dejar viuda a nadie. Estaba luchando por mi vida. ¿Y qué me dices de las que tú has dejado viudas? —Ella levantó un brazo y, con la punta de los dedos, trazó el contorno de la herida de la frente de Josseran. ¡Por fin

una muestra de ternura! Tal vez no hubiera olvidado por completo el desierto—. ¿Qué me va a pasar?

—Mi padre está enfadado conmigo por haberte traído como prisionero, y está enfadado contigo por no morir a causa de la herida. Desea tu muerte pero no quiere asumir la responsabilidad de causártela.

Trató de cambiar de posición, pero el esfuerzo le produjo un espasmo de dolor en el hombro.

—Lamento los inconvenientes que le he causado.

Si ella reconoció la ironía en su voz, no dio muestras de ello.

—Ha leído la misiva de Qubilay que trajiste contigo. Eso ha echado aún más sombras sobre la situación. Algunos de los capitanes de mi padre dicen que eres un embajador y que tienes que ser tratado con respeto. Otros afirman que como cerraste un trato con Qubilay y no con Ariq Böke, nuestro verdadero kan de kanes, debes ser ejecutado. Otros desean mantenerte como rehén. Pero ¿tu vida vale algo para Qubilay?

Se forzó a esbozar una sonrisa salvaje.

—Diles que el emperador de Catay me quiere como a un hermano. —Ella no sonrió ante aquella broma. Algo en su expresión turbó a Josseran—. ¿Cuál es la opinión de tu padre?

—Mi padre está a favor de la ejecución. Dice que los muertos comen menos.

«¿Moriré después de todo?», se preguntó. Bueno, no era sorprendente. Al atravesar el Techo del Mundo, de alguna manera había perdido las esperanzas de volver a ver Tierra Santa. Y en cuanto a Tolosa y el Languedoc, eran un sueño dentro de un sueño. Sin embargo, aún no abandonaría toda esperanza. Era un intruso en aquel extraño feudo y aquellos caciques todavía podían ser persuadidos.

—Tal vez este conflicto pueda ser resuelto sin necesidad de matar embajadores de otros territorios.

—Haré todo lo que pueda por cambiar la opinión de mi padre. Encontraré la manera de ponerte en libertad.

Tenía consigo un cuenco de madera lleno de agua. Empapó en ella un trozo de tela y lo usó para limpiar la sangre seca que rodeaba el ojo de Josseran. Él apretó los dientes por el dolor que le producía el agua helada. Después, con la ternura de una amante, Jutelún le limpió la herida producida por la flecha. Incluso en aquel momento y en su condición desesperada, Josseran tuvo conciencia de la calidez de su cuerpo y del contacto de su pecho contra la túnica de seda que tenía puesta bajo el abrigo.

—«¡Me he alejado tanto de Dios en este lugar! —pensó—. ¿Olvidaré tan pronto la penitencia que el hermano Guillermo me impuso? Señor, permite que muera ahora».

—Que Dios me ayude, pero todavía te deseo —susurró, sorprendido por la

ronquera de su voz. Ella no contestó—. ¿Me has oído, Jutelún?

—Puedo lavarte las heridas. Pero más allá de eso no hay nada que pueda hacer por ti.

—Tengo que saberlo. ¿No sientes absolutamente nada por mí?

—Eres un bárbaro del oeste, ¿cómo voy a sentir algo por ti? Me casaré con el hijo de un kan que convertirá a mis hijos en príncipes de las estepas, como mi padre.

«Ha terminado la curación. Ha sido un acto de bondad, aunque no haya hecho nada por aliviar mi dolor», pensó él.

—¿Por qué me atormenta tu padre con este cepo? Dile que si le causo tanto enfado tiene que hacer lo que considere necesario. No temo morir.

—Le diré lo que acabas de decir.

Se levantó lentamente y se encaminó a la entrada de la yurta. Él observó su figura recortándose sobre la luz de las hogueras de la noche.

—Daría cualquier cosa con tal de poder acostarme contigo durante una sola noche.

—Entonces eres tonto —contestó Jutelún mientras se perdía en las tinieblas.

Josseran había tenido puesto el cepo durante unas horas y sentía que llevaba sobre sus hombros el peso de la catedral de Chartres. Cada pequeño movimiento le representaba un sufrimiento. El dolor y la fatiga le producían un adormecimiento que no era exactamente sueño, porque el sueño era imposible, y que, sin embargo, durante algunos benditos momentos lo alejó de la terrible situación en que se encontraba y lo llevó a Francia y a los campos del Languedoc en verano. Vio prados encendidos por el amarillo de la colza, los observó con los ojos de un extranjero, impresionado por su belleza y, sin embargo, sin ninguna sensación de pertenencia, como si estuviera mirando un tapiz.

Estaba convencido de que nunca volvería a verlos.

Cuando abrió los ojos se dio cuenta de que había alguien en la yurta y al levantar la mirada vio a Qaidu, que lo observaba. El corazón le golpeó dentro del pecho. Tal vez iba a pronunciar su sentencia y pronto sabría cómo tenía que morir.

Qaidu tenía los brazos en jarras y las piernas separadas.

—¿Qué debo hacer contigo, bárbaro? Mis generales dicen que debo ejecutarte con los otros.

—¿Los otros?

—Los perros de Qubilay. Son traidores al pueblo de los mongoles azules y una mancha en la leyenda de Gengis Kan. He decretado que sean hervidos vivos.

Mientras Qaidu hablaba, Josseran alcanzaba a oír a sus compañeros dirigiéndose a la muerte. Abrigó la esperanza de que le hubieran dado a Hombre Borracho un poco de su tan amado kumis para ayudarlo en aquel momento tan difícil. Cambió de posición para poder mirar los ojos grises de Qaidu. «¡Cómo me gustaría enrollar tus entrañas alrededor de mi espada!».

—¿Y qué es lo que te hace dudar con respecto a mí?

—Algunos todavía insisten en que eres un embajador de tu rey y que, como tal, sería injusto hacerte daño.

Josseran consideró el perverso sentido de justicia que llevaba a los tártaros a introducir a hombres de su misma raza en calderos de agua hirviendo, mientras deliberaban sobre el destino de un extranjero considerándolo un asunto de conciencia. Los gritos de los torturados se oían en el campamento. «¡Ya han calentado el agua!». Josseran no podía imaginar la posibilidad de morir de aquella manera. «Pero no rogaré que me perdonen la vida —se prometió—. Aunque me rompan un hueso tras otro, no rogaré. Que Dios me dé fuerzas para resistir a estos demonios».

—Tal vez yo te pueda ofrecer otra elección.

Una rápida sonrisa de lobo. «¿Por eso está aquí mi señor Qaidu? ¿Para verme negociar?».

—¿Qué elección me ofreces, bárbaro?

—Permite que me case con Jutelún.

¡Con qué rapidez desapareció la sonrisa! Qaidu llevó las manos a la espada que colgaba de su cintura y apretó la empuñadura con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. Por un momento Josseran creyó que lo degollaría allí mismo. Pero en lugar de ello se contentó con poner un pie sobre el cepo empujándolo casi hasta el suelo, doblando la cabeza de Josseran entre sus piernas.

—¿Estás jugando conmigo?

Josseran no respondió, no podía hacerlo. El dolor era inimaginable. Con un gruñido, Qaidu retiró el pie y retrocedió.

Josseran trató de levantar la cabeza. Fue como tratar de levantar un caballo con los brazos. «Tengo la espalda rota», pensó.

Era incapaz de enderezar la espalda y se desplomó hacia un lado. Lanzó un gruñido de dolor; en aquel momento todo el peso de su cuerpo estaba apoyado en la rodilla y la cadera derecha.

—Tal vez te haga hervir con los demás —gruñó Qaidu.

—Hablo en... serio.

—Existen muchas maneras de matar a un hombre, bárbaro. Tú no estás facilitando la tuya.

—Propongo... una prueba.

Con la espalda y el cuello torcidos por el cepo no pudo ver la cara de Qaidu, pero notó la vacilación en su voz.

—¿Una prueba?

—Una carrera, a caballo... Jutelún contra... mí. Si... gano... me la concedes en matrimonio.

—¿Y qué harías entonces? ¿Te la llevarías contigo a las tierras bárbaras?

—Me quedaría... aquí.

—¿Aquí? —preguntó Qaidu con incredulidad—. ¿Por qué deseas quedarte aquí?

Josseran no tenía respuesta para aquella pregunta. Sin embargo, ¿hacia qué iba a volver? ¿Algún alma lloraría por él si no volvía sano y salvo a Acre?

—¿Y qué ofreces tú? —preguntó Qaidu.

«Son los sufrimientos que me produce el cepo que me está volviendo loco —pensó Josseran—. Que el Dios del Cielo me perdone. Me estoy jugando todo lo que poseo en cuerpo y alma por la luz tenue de una baratija, la susurrante promesa hecha en un bazar, una sombra vista en un pasaje oscuro. Persigo una fantasía y me lo juego todo por ella. Una locura».

—Muchos jóvenes la han pedido antes que tú —insistió Qaidu—. No andrajosos enviados bárbaros, sino excelentes príncipes tártaros y cada uno de ellos apostó cien caballos contra la promesa de que ella fuese su esposa. Si Jutelún gana, como sin



duda ganará, ¿qué puedes ofrecerle tú?

—Mi... vida.

—Tu vida ya está perdida.

Volvieron a comenzar los gritos. «¿Cuánto tarda un hombre en morir hervido?».

—En este momento... todavía la tengo. Es todo lo que... tengo y tú todavía no has... decidido cuál será... mi destino.

Qaidu gruñó, tal vez admirando a regañadientes el coraje de Josseran.

—¿Y si te dijera que pienso dejarte en libertad? ¿Todavía harías esa apuesta?

Josseran no contestó. ¿Cómo iba un hombre a hacer contratos teniendo la cabeza y los brazos torturados por el cepo? Qaidu le hizo una seña a un guardia, que cogió un extremo del infernal artefacto y tiró de él hasta enderezar a Josseran. El peso volvió a una posición más tolerable y Josseran lanzó un sollozo de alivio. Por el momento le bastaba con poder apoyar el cepo contra el armazón de la yurta y gozar de un instante de bendito alivio.

—¿Me dejarás en libertad, mi señor Qaidu?

—Sí.

—Entonces tengo la posibilidad de hacer la apuesta. ¿Trato hecho?

—¡No hay ningún trato! —Le puso bajo la nariz la misiva de Qubilay dirigida a los templarios—. Esto es todo lo que quiero de ti. ¡No permitiremos que el usurpador haga una alianza con Hulagu!

—No hay ninguna diferencia. El mensajero y el mensaje son lo mismo. No puedes apoderarte de uno sin apoderarte del otro. Si volviera a Acre, informaría a mi maestre y al kan Hulagu de todo lo que he visto y oído. Te conviene aceptar la apuesta. No sería sabio dejarme ir, mi señor.

—Supongo que sabrás que es Jutelún y sólo ella la que suplica por tu vida.

Un instante de silencio, un instante para sonreír. «De manera que no me ha abandonado por completo». A partir de aquel momento, una locura total le poseyó por completo. Todos sus sentidos argumentaban contra ello, pero Josseran se oyó decir, como de lejos:

—No quiero mi libertad. Quiero a Jutelún.

—Eres tonto.

—Tal vez tengas razón.

Qaidu lo observó durante largo rato.

—Le resultas extraño a ella y eso la fascina porque es una chamán y no se parece a otras mujeres. Se siente atraída por cosas que el resto de nosotros, que no poseemos el don, tememos. Pero tú no eres para ella. Jutelún debe casarse con un joven kan y darle hijos y terminar su vida en estas estepas.

—Permite que ella decida —contestó Josseran.

Qaidu permaneció allí largo rato, pensando. Josseran alcanzaba a oír su

respiración aunque ya no podía levantar la cabeza para buscar alguna pista en los ojos del kan.

—Habría sido mejor que hubieras muerto —dijo finalmente; después, se dio la vuelta y salió de la yurta. Fuera, los golpes de los tambores de los chamanes y los aullidos inhumanos de los que hervían no habían cesado.

Jutelún estaba sentada en la loma que dominaba el campamento, más allá de las hogueras de la noche y de la protección de los kibikas. Había ido allí para estar a solas con los espíritus, bajo el dosel protector de la Tienda del Mundo que aquella noche parecía suspendido de la brillante estrella polar, en el norte. Un viento glacial, agitado por una enorme e invisible mano, le golpeaba la cara. Allí arriba hacía un frío de muerte.

No lograba encontrarle sentido al desorden desatado en su interior, y se abrazaba las rodillas y apretaba la frente contra los puños. Lanzó un pequeño grito que sobresaltó a un centinela que dormitaba en su caballo, al pie de donde ella se encontraba.

Desde que podía recordar había odiado su sexo y todo lo que él representaba. De niña prefería la compañía de sus hermanos a la de sus hermanas, un cariño que despertó en ella el sentido de la competencia. Pronto empezó a ganarles en la caza, cabalgando y hasta luchando. Mientras crecía, hizo todo lo posible por conquistar el favor de su padre, pero siempre había sentido que él sonreía con más bondad a sus hermanos que a ella. A fuerza de observar a los caballos en los prados, conoció la diferencia que hay entre una yegua y un semental, y comprendió que ése era el fondo del problema.

Pero una mujer tártara no se sienta en silencio y obedece como una china de pelo trenzado y pies pequeños. Entonces decidió demostrarle a su padre que, a caballo, era más fuerte, más valiente y más hábil que cualquier otro del clan. Practicaba hora tras hora, día tras día con el arco y la flecha. Y durante las dos últimas temporadas había obtenido el premio, puesto que Qaidu le había permitido cabalgar a su lado en la caza y hasta la había puesto al mando de un mingan, un regimiento de mil soldados.

Pero seguía siendo mujer y él esperaba que se casara y tuviera hijos. Y si eso era como debía ser, ella se había prometido que algún día sería alguno de sus hijos y no el de uno de sus hermanos el que tomaría el lugar de su padre como kan del clan y señor del valle de Fergana. Y cuando llegara ese día, tenía intenciones de apostar su libertad y su silla por una posición de verdadero poder dentro de la tribu.

Pero su ambición fue traicionada por una debilidad que jamás sospechó tener en su interior. No había ninguna ventaja en una unión con aquel bárbaro y, sin embargo, se había permitido imaginar cómo sería acostarse con él. A veces se preguntaba cómo podía pensar en algo tan desastroso. Pero en otros momentos no conseguía pensar en otra cosa.

Mucho antes de que él hablara, sus ojos traicionaron el deseo que sentía por ella. No lograba comprender por qué motivo los hombres deseaban su cuerpo. Estaba convencida de que cuando descubrieran que era una yegua como cualquier otra, se

desilusionarían y se quedaría sin recursos, como mujer y como el hombre en que había tratado de convertirse.

Entonces ¿por qué persistía en aquel juego peligroso?

Qaidu le había contado el desafío propuesto por el bárbaro. Le sorprendía que él hubiera hecho algo así, que propusiera una apuesta tan arriesgada. Por fin contestó que aceptaba. Él haría la misma prueba de todos sus presuntos pretendientes: correr con ella una carrera hasta la cima de la colina y apoderarse del cadáver de una cabra. El primero que pusiera el premio ante la entrada de la yurta de Qaidu sería proclamado ganador.

De manera que al día siguiente cabalgaría contra el bárbaro. Si ella ganaba, él moriría. Si ganaba él, ella tendría que renunciar a su silla y al orgullo de su padre y someterse a él como una mujer a su marido.

¿Cuál sería el resultado? El día siguiente lo decidiría.

El valle estaba despejado y el cielo tenía un color claro, el azul de Tengri, Señor del Cielo Azul. A lo lejos, el verde salpicado por la nieve de los bosques caía hacia un lago de color cobalto.

Jutelún montaba su yegua blanca, vestía un largo *del* y botas de montar y tenía el rostro envuelto en su bufanda morada. A Josseran le habían dado una yegua parda irritable y poco atractiva, de malos dientes y pésimo carácter. Las largas piernas del templario casi tocaban el suelo a cada lado del animal.

Todo el pueblo se había reunido para gozar del entretenimiento. Reinaba una atmósfera carnavalesca porque todos creían que el feo bárbaro perdería. Tal vez aquella noche verían hervir a otro hombre.

Qaidu salió de la yurta, se acercó a Jutelún y puso una mano sobre la yegua que ésta montaba. Se inclinó hacia ella.

—No puedes perder —susurró.

—Sé lo que tengo que hacer.

—No permitas que tus sentimientos hacia ese bárbaro se impongan sobre los intereses del clan.

—No siento nada por él, padre.

—No me falles.

La yegua blanca piafó y movió la cola, ansiosa por comenzar.

—He corrido carreras con jinetes mejores que éste y he vencido. Sé lo que tengo que hacer.

Josseran apretó los dientes debido al dolor del hombro. De todos modos, era un gran alivio estar fuera del cepo. Pero la herida de la flecha lo había dejado prácticamente sin fuerzas en el brazo izquierdo. Tendría que cabalgar empleando una sola mano.

Miró a su alrededor y observó los rostros de los tártaros. «Les encantaría arrojarme a la olla con los demás y verme hervir».

Jutelún se negaba a permitir que las miradas de ambos se encontraran.

Sintió una oleada de inquietud. «En realidad, es posible que sea mi igual sobre un caballo —pensó—, y conoce estas sierras mejor que yo. Pero estoy seguro de que comprende la naturaleza de la apuesta que he hecho. Ésta no es una carrera de jinetes sino una apuesta del corazón. Espero no equivocarme».

—El que me traiga la cabra hará su voluntad —gritó Qaidu y al retroceder golpeó el anca de la yegua de su hija.

Ésta salió corriendo, mientras el caballo de Josseran permanecía levantado.

Galopó tras ella hacia los bosques de la ladera de la montaña. El galope del caballo le enviaba impulsos dolorosos al hombro. Él, ya habituado a su propio sufrimiento, hizo caso omiso del dolor. Lo único que importaba era aquella carrera.

La yegua de Jutelún cambió de repente de dirección hacia la parte más profunda de la colina, hacia lo que los tártaros llamaban «El lugar donde un asno fue derribado por una cabra». Pero Jossieran ya había decidido el camino por el que ascendería, por el ancho borde del desfiladero.

Aunque ella ya le sacaba la distancia de un tiro de ballesta, sabía que ganaría, porque en el fondo de su corazón estaba seguro de que Jutelún no permitiría que muriera.

Llegó a las cima del cerro y miró por encima del hombro, en busca de Jutelún. ¿Dónde estaría? Había tomado el que a él le parecía el sendero más inclinado y sinuoso y esperaba verla debajo de él. Pero no había ni rastro de ella.

Entonces una sombra cayó sobre su rostro y lo obligó a mirar hacia arriba; sorprendido la vio en la cima. Cogió una de las cabras muertas y la hizo girar sobre su cabeza en un movimiento triunfal.

Jossieran volvió a recordar lo que le había dicho Guillermo: «Es una bruja y está más allá de toda posibilidad de redención».

¡No! Se negaba a creer que fuera capaz de hacerle caer en una treta.

Azuzó al caballo. Al llegar a la cima, se inclinó, levantó la otra cabra y la puso sobre la silla. Miró con desesperación a su alrededor tratando de ver a Jutelún.

En aquel momento se dio cuenta de cómo había llegado hasta allí, por un estrecho desfiladero casi invisible desde abajo. Volvía por el mismo camino, con el cadáver de la cabra en la mano izquierda. Espoleó al caballo en un intento de alcanzarla.

Sintió una oleada de miedo en la boca del estómago. Tal vez aquélla fuera, después de todo, la verdadera Jutelún; la tártara, la zorra que no podía soportar que le ganara ningún hombre, y que estaba dispuesta a permitir que él perdiera la vida antes que perder ella el orgullo.

Azuzó al caballo sobre las piedras sueltas a pesar de que los cascos del animal resbalaban. Abandonó toda cautela.

Pero sabía que había perdido. Ella iba treinta metros por delante y su yegua avanzaba con rapidez y seguridad por un sendero angosto y lleno de piedras por el que había galopado infinidad de veces. Jutelún subía y bajaba en la silla, apoyada en los estribos. Era imposible que acertara la distancia que los separaba.

Se le ocurrió que si tuviera algún sentido común haría girar al caballo y galoparía hacia las montañas, hacia los senderos que conducían al sur, lejos de Qaidu y de las

estepas de Fergana. O tal vez eso fuera lo que Qaidu y quizá la propia Jutelún intentaban que hiciera; aquella carrera no era más que una manera de proporcionarle un caballo fresco y de permitir que se alejara del campamento. Qaidu quería que huyera y que lo aliviara de la responsabilidad de decidir su destino. Desde luego que simularían seguirlo, pero el kan se encargaría de que no lo atraparan. Jutelún obtendría su victoria y aquella noche, sentados alrededor de las hogueras, se reirían del bárbaro mientras en sus barbillas brillaba la grasa de cordero y el kumis.

Sofrenó el caballo y la observó alejarse. Se preguntó si alguna vez lo habría amado.

La vio volverse en la silla y mirar hacia lo alto de la sierra. Levantó una mano. ¿En una señal de despedida o de triunfo?

Y entonces la yegua que montaba tropezó.

La silueta de Josseran se recortaba sobre el sol, treinta metros por encima de ella. Jutelún experimentó una momentánea oleada de dolor. «Pero ésta es la mejor manera», se recordó. Había salvado la vida de Josseran, y obraba en interés de su padre y del clan. En ese momento, sus sentimientos no tenían ninguna importancia.

Aquella mañana Qaidu gritaría sus alabanzas. ¿Por qué no experimentaba ningún júbilo? ¿Qué era eso, aquella renuencia?

Le vio dar la vuelta al caballo, abandonando la carrera. Se volvió aún más en la silla para verlo por última vez. Fue lo único que necesitó para modificarlo todo.

Tal vez si ella hubiera estado mirando hacia delante habría visto la piedra suelta y habría guiado a su yegua para que no la pisara. O tal vez su postura sobre la silla hizo que el animal perdiera el equilibrio. Fuera cual fuese el motivo, sintió un repentino sobresalto cuando la yegua perdió pie. Saltó de la silla para impedir que ambas cayeran de cabeza por el declive.

Los instintos de la yegua y su propia agilidad las salvaron. Jutelún se levantó de un salto y cogió las riendas mientras la yegua luchaba por mantenerse erguida sobre la pizarra. Jutelún sintió que resbalaba sobre las piedras y cayó de espaldas. Pero siguió sujetando las riendas para intentar mantener quieto al aterrorizado animal. Con un esfuerzo desesperado, la yegua consiguió volver al sendero.

Jutelún permaneció tendida largo rato, sin aliento, sorprendida por la caída. Se levantó lentamente, jadeó por el dolor que sentía en las costillas, en el lugar donde se había golpeado contra las rocas al caer. Y entonces él apareció.

Lo oyó galopando a lo largo del sendero angosto; el cuerpo de la cabra golpeaba contra los costados del caballo. Iba a una velocidad excesiva, los cascos del caballo se deslizaban sobre el sendero, pero de alguna manera conseguía mantenerse en la silla.

Fue el instinto lo que la llevó a hacerlo. De repente buscó en el cinturón y en su mano derecha apareció el látigo de cuero trenzado. Se arqueó en el aire con un estallido como el de un árbol que cae. El caballo de Josseran se levantó y él cayó al suelo.

Ella recuperó con rapidez su yegua y saltó a la silla.

Josseran se apresuró a levantarse y, sin dar crédito, la vio alejarse por el sendero. Miró su mano izquierda y el tajo sanguinolento dejado por el látigo. Hasta había cortado la tela del abrigo. Sentía de nuevo un fuego en el hombro y la sangre le corría por el brazo. En la caída se había vuelto a abrir la herida.

Pero no sintió el dolor. Le invadió una furia ciega.



Su caballo estaba a pocos pasos de distancia, lanzando coces, puesto que su carácter no había mejorado con la experiencia reciente. Jossaran corrió tras él, logró coger las riendas y tranquilizarlo. Todavía no era demasiado tarde para que retrocediera por el sendero y atravesara el cerro. Todavía podía huir como todos pretendían que hiciera.

No, ¡maldita sea! No permitiría que le ganara. No permitiría que aquella mujer se vanagloriara de lo que acababa de hacer.

Montó de un salto y espoleó al caballo.

Jutelún volvió a mirar por encima del hombro, con la esperanza de que aquella vez él hubiera aprovechado la oportunidad que le ofrecían de salvar la vida. Sin duda, debía de haber abandonado la caza.

Pero no, allí estaba, a treinta metros de ella, en el sendero, todavía persiguiéndola.  
—¡Vete! —le gritó frustrada—. ¡Vete!

Su voz retumbaba en la montaña, a lo largo del desfiladero, atravesaba el bosque de píceas y abetos, y el profundo lago negro que había al pie de la colina.

—¡Vuelve! ¡Vuelve a Kashgar! ¡Qaidu te matará!

Sofrenó al caballo y permaneció perfilado en lo alto. Jutelún esperó para ver lo que hacía. Finalmente se volvió y abandonó la persecución. Al ver que se alejaba, ella experimentó una oleada de alivio mezclado con una amarga desilusión. Después de todo, no era más que un hombre como cualquier otro.

Jossaran sabía que ya no podría alcanzarla. El caballo que montaba resbalaba y luchaba por no perder pie a cada paso que daba sobre las rocas sueltas. Si lo apresuraba demasiado llegaría el momento en que el animal tropezaría y los enviaría a ambos a la muerte al caer por el precipicio.

Había llegado a un amplio reborde, entre las paredes del barranco alcanzaba a ver la meseta y las yurtas negras del campamento tártaro. Oyó ruido de agua, un arroyo que bajaba por la montaña llenando de espuma el lago negro. El borde del lago todavía estaba duro por la helada de la noche anterior, la superficie del lago era negra y en ella flotaban trozos de hielo. Parches de nieve endurecida se aferraban a los lugares a los que no llegaba el sol.

Se asomó sobre el borde de la colina, oyó ruido de cascos en el sendero, al pie de donde se encontraba. La voz de Jutelún resonaba en el valle.

—¡Aléjate Joss-ran! ¡Vete!

«Vete, vete con el dolor de mi látigo en tu rostro, Jossaran».

—¡Vuelve a Kashgar!

Volver a Kashgar. ¿Para qué?

—Mejor morir en agua fría y negra que hervir en la maldita olla de tu padre — dijo Josseran en voz alta. Clavó los talones en los flancos del caballo y trató de lograr que se acercara al borde. El animal no se movía. Así que sacó el puñal de la bota y lo hundió en el anca del caballo.

Un salvaje salto al vacío.

Mientras caían por el aire, Josseran se arrojó de la silla sin soltar el cadáver de la cabra que llevaba en la mano derecha. Le pareció ver la sombra de rocas ocultas bajo la superficie negra, imaginó que sus huesos se destrozaban. Por encima del ruido del agua oyó el eco de su propio grito que la montaña le devolvía. Cayó al agua de pie, preguntándose si moriría. Si tenía que morir, rogó que fuera con rapidez.

Había horror ante tal espectáculo, pero sorpresa también, sorpresa ante su coraje y su orgullo. Ella había estado mirando el reborde de la montaña, protegiéndose los ojos del reflejo del sol, convencida de que Josseran se había marchado. Y de repente vio que dos figuras caían por el aire, instantes después un gran hongo de agua cuando el caballo desapareció en el lago y otro chapoteo más pequeño cuando cayó Josseran. Y ambos desaparecieron.

Jutelún se quedó con la boca abierta, espantada por lo que acababa de ver. Fue todo tan repentino, tan completamente inesperado que tardó un momento en absorber el horror de lo sucedido. Las olas producidas en el agua se precipitaban hacia las orillas rocosas lamiéndolas.

¿Cómo era posible que alguien pudiera hacer algo así?

Con un terror cada vez mayor, esperó a que el cuerpo de Josseran reapareciera. Sabía que tenía que estar muerto.

Después de algunos instantes, la cabeza del caballo rompió la superficie del agua y ella lo observó nadar con desesperación hacia la orilla opuesta. Luchando, consiguió salir del agua mientras la sangre que manaba de la herida producida por la daga le bañaba el anca.

Ninguna señal de él. Revisó el lago frío y las aguas negras, sofocando un grito de dolor.

De modo que finalmente murió...

Entonces lo vio.

Una cabeza cubierta de sangre emergió a la superficie y Josseran nadó con el brazo sano hacia la orilla. Salió del agua arrastrándose y se acostó jadeando sobre las rocas negras. Ella alcanzaba a ver que su pecho se movía al aspirar aire y se ahogaba por el agua que había tragado. Todavía seguía apretando contra su cuerpo el cadáver de la cabra. Y entonces, de alguna manera, consiguió levantarse, recuperó las riendas del caballo y lo montó. El animal, vencido por aquel loco, impresionado por el impacto y posiblemente dolorido, se mostraba manso como una oveja.

Jutelún blasfemó en voz baja, maldiciendo al mismo Tengri por su crueldad, porque sabía que habría sido mejor para los dos que Josseran hubiera muerto en aquel magnífico momento. Ya no había esperanza para él, ni para ella.

Podía tratar de cruzar el lago a nado, o de rodearlo a caballo, pero hiciera lo que hiciese, la ventaja era para él. Puso a su yegua al paso y avanzó, convencida de que ya no podría alcanzarlo.

Josseran estaba hundido sobre el caballo, con el rostro ensangrentado debido a una nueva herida en la cabeza, y por los dedos le corría sangre de la herida del hombro. Temblaba y estaba empapado por las aguas heladas del lago. El caballo también sangraba por el anca y de sus flancos salía vapor.

Josseran hizo caminar al caballo a través del corredor humano que los tártaros habían formado en la planicie y que conducía directamente a la entrada de la yurta de Qaidu. El silencio era total.

Qaidu estaba pálido como consecuencia de la sorpresa y la humillación. Hasta entonces, a su hija jamás la habían ganado. Y la había vencido el único hombre con el que era imposible que se casara.

La de ella era una pequeña figura, todavía a doscientos pasos de distancia.

El bárbaro arrojó el cuerpo de la cabra a los pies de Qaidu y se permitió una fría sonrisa.

—He ganado la carrera —dijo.

Qaidu hizo una seña a sus guardaespaldas. Éstos arrancaron a Josseran del caballo.

—No puedes casarte con mi hija —dijo Qaidu.

—¡Me diste tu palabra!

—Tengo un deber con mi gente, no contigo. Llévao. Ponedle en el cepo. Mañana morirá.

Y entró en la yurta como una tromba.

—Tuviste la oportunidad de escapar. ¿Por qué no lo hiciste?

Él no contestó. Ni siquiera quería mirarla a los ojos.

Estaban solos en la yurta, el viento aullaba contra las paredes de grueso fieltro. Aquella noche ululaba a través de las montañas mezclándose con su propio eco. Tenía la cabeza gacha por el peso del cepo, pero la furia le mantenía el ánimo elevado.

Le habían traicionado. Ambos.

«Soporta el dolor sin un solo murmullo, como debe hacerlo un hombre», pensó Jutelún. O quizá era un reproche. El látigo le había abierto el dorso de la mano izquierda y la sien. Se hirió la pierna izquierda al chocar contra el agua y su rodilla estaba tan hinchada que tenía el tamaño de un melón. La herida de su hombro también se había abierto y estaba cubierta por una nueva costra de sangre seca. En el cepo de madera también había sangre fresca, que fluía de la herida que tenía en la cabeza y que se le había pegado a la barba.

Y todas sus desgracias sólo le habían proporcionado una cita con el verdugo de Qaidu.

Los Espíritus del Cielo Azul sin duda le habían gastado una broma a costa de ella. Por fin había encontrado a un hombre que le había demostrado su valor, que la había ganado sobre un caballo, cosa que ningún otro había conseguido, y no era un tártaro sino un bárbaro del oeste.

Se arrodilló ante él sujetando entre las manos un pequeño recipiente de agua. Introdujo un paño y comenzó a limpiarle las heridas.

—¿Por qué no aprovechaste la oportunidad de huir? —le preguntó.

—Permíteme que antes te pregunte esto —contestó él—. ¿Sabías lo que pensaba hacer tu padre?

—Soy la hija de un kan y cuando lo desee me casaré con el hijo de un kan. No puedo casarme con un bárbaro.

—¿Así que creíste que huiría para salvar mi vida en lugar de quedarme y luchar por ti?

—Cualquier hombre sensato habría aprovechado su oportunidad cuando se la dieron.

—Un hombre sensato no estaría sentado en este lugar olvidado de la mano de Dios a millares de leguas del lugar donde nació. Un hombre sensato no habría vendido sus tierras para servir como monje y como soldado durante cinco años. Un hombre sensato no habría llevado un tonto recado a través de medio mundo. —

Parpadeó con lentitud, como si despertara de un sueño—. Pero no has contestado a mi pregunta. Te he preguntado si sabías lo que planeaba tu padre.

—¡Por supuesto que lo sabía!

Los ojos de Jutelún estaban a pocos centímetros de distancia de los de él, ojos negros como el lago donde casi se había ahogado aquella mañana. Como entonces, en aquel momento ignoraba lo que podía haber debajo de la superficie.

Se quitó la bufanda de la cara. Tenía los labios húmedos. De repente bajó la cabeza, apoyó la boca en la herida del hombro de Josseran y comenzó a chupar la sangre coagulada.

—¿Qué haces? —susurró él.

Sentía que tiraba de la carne con los dientes, pequeños tirones temblorosos como los de un niño en el pecho de su madre. La boca de Jutelún estaba húmeda y caliente. Exquisito dolor y pequeños placeres.

—Es para limpiar la herida —le dijo, y siguió haciéndolo.

—Por favor, no lo hagas —le pidió con voz ronca.

Ella se apartó y lo miró, intrigada, como si no comprendiera. En sus ojos había una luz que antes no veía.

—La sangre se te pudrirá.

—No lo hagas. Te pido que me dejes.

—¿Es eso lo que deseas?

—No, pero déjame de todos modos.

Había sangre en sus labios. «Le da el aspecto de la salvaje que es», pensó Josseran. Tuvo conciencia de olores excitantes, no de perfumes dulces, sino de cuero y sudor.

—No puedes casarte con una princesa tártara —dijo ella.

Él asintió con la cabeza. Lo sabía, lo había sabido siempre. Pero, igual que ella, su orgullo le impedía ceder.

—¿Cómo piensa matarme tu padre?

—De la manera tradicional para hombres de alto rango y gran valor. Serás envuelto en una alfombra y pisoteado por caballos. De esa manera tu sangre no se verterá sobre la tierra trayéndole mala suerte a la tribu. —Inesperadamente extendió una mano y lo tocó, debajo del corazón—. Eres demasiado valiente. Te lo dije. Tendrías que haber huido cuando se te dio la oportunidad de hacerlo. Ése era mi plan, mi padre conspiró conmigo. Yo no quería que pasara esto.

—¿Cuántos años tienes? —susurró él.

—Diecinueve.

Dieciocho para un cristiano, Josseran sabía que aquella gente incluía en su edad el tiempo que había estado dentro del vientre de la madre.

—Ya tendrías que estar casada —dijo él.

—Elegiré el momento y el hombre.

Josseran la miró fijamente. Con su mente pecaminosa había pensado en su cuerpo muchas veces, en cómo sería debajo de las gruesas pieles que lo cubrían. Tenía el rostro terso y delgado, y supuso que su cuerpo también lo sería. Aun así era difícil imaginar los lugares suaves de aquella muchacha dura y sinuosa.

Supo que la mirada de sus ojos acababa de traicionar sus pensamientos.

—No puede ser —dijo ella.

—¡Por favor! —pidió él.

Ojos, ¡ojos negros! Durante largo rato ninguno de los dos habló. Luego ella se puso súbitamente de pie y se dirigió a la entrada de la yurta. Él pensó que se marcharía. Pero en lugar de eso Jutelún bajó la cortina, se dio la vuelta y fue hacia él.

Jutelún se quitó las botas y los pantalones de grueso fieltro. Se desabrochó el abrigo y permitió que cayera al suelo.

Él contuvo el aliento. De repente tenía la boca seca, tan reseca como cuando atravesaba el desierto. «Si ésta ha de ser mi última noche en la tierra —pensó—, es posible que arda por ella para siempre». El deseo era un dolor físico y profundo que hasta ahogaba los tormentos del cepo, el dolor terrible de su hombro y la triunfante carcajada del demonio.

La prenda de seda que Jutelún usaba debajo del *del* le llegaba hasta la cintura. Lo mismo que las mujeres uigures, no tenía vello en ninguna parte del cuerpo, ni siquiera en sus lugares más íntimos. Su piel parecía de bronce y tenía los músculos tensos como la cuerda de un arco, el resultado de una vida pasada sobre los estribos de un caballo. Tenía cicatrices blancas y frescas en la pierna derecha. Josseran recordó que había caído bajo la manada de lobos el día de la caza y pensó que aquello era el resultado de lo ocurrido.

Se arrodilló y se puso a horcajadas sobre las piernas de Josseran. Él lanzó un gemido de frustración. A causa del cepo no podía tocarla, ni siquiera podía besarla. Permaneció sentada así durante largo rato, las rodillas a cada lado de él, la mirada fija en la suya, como si estuviera pensando.

Levantó la túnica de seda de Josseran, desgarrada y llena de manchas de sangre. Él sintió que le acariciaba. Jutelún estaba concentrada, con el entrecejo fruncido como si quisiera grabar en su memoria hasta el más pequeño detalle de su cuerpo. Después inclinó la cabeza y le besó el pecho, pequeños besos suaves que continuaron y continuaron. Por fin lo miró, tenía la cara a escasos centímetros de la suya.

—¿Por esto arriesgaste tu vida? —preguntó.

—En este momento eres lo único que me importa.

—Te desilusionarás. Cuando haya terminado, te preguntarás por qué has arriesgado tanto. La unión de un semental y una yegua es tan común como el viento y la lluvia.

—Sabes que es más que eso.

Ella le bajó los pantalones de fieltro hasta la altura de las caderas sin tocarle. Pero él sentía que lo miraba y el poder de su mirada era más fuerte que el contacto corporal, y la caricia de sus ojos más deliciosa que mil huríes.

—Mi semental —murmuró.

Finalmente se mojó los dedos, con lentitud, uno por uno, y lo acarició con suavidad. Josseran jadeó.

—Me quedaría aquí —murmuró—, en estas estepas. Ya no tengo por qué volver.

—No puedes. Eres un extranjero y un bárbaro.

—Soy un hombre.

—Entre nosotros, los tártaros, no escasean los hombres.

Levantó con suavidad su túnica de seda y él sintió que el cuerpo de ella, cálido y suave, se apretaba contra el suyo. Jutelún tuvo que inclinar la cabeza a causa del cepo de madera y la puso sobre su pecho. Su pelo era como la seda.

Josseran creyó que se le romperían los hombros por el esfuerzo que hacía por levantar el cepo para ella. ¡Tanto dolor, un placer tan salvaje! El deseo de poseerla era más que una necesidad física, no sólo estaba hambriento por el consuelo de su cuerpo tibio, sino que anhelaba su espíritu salvaje, suspiraba por entrar en aquel mundo oscuro del que ella provenía. ¡Al diablo con la absolución del fraile! Nunca le había importado demasiado la penitencia que le había impuesto.

—¿Recuerdas las pinturas de las cuevas del desierto? —murmuró ella.

—Las recuerdo.

—Incluso si tuviéramos mil noches y ensayáramos las diferentes posturas, como Shiva y su esposa, finalmente te cansarías de mí y querrías volver a tu tierra.

—Te equivocas Jutelún. Cuando seas vieja y desdentada, todavía te recordaré como eres ahora.

—Son sólo palabras.

—Cuando dije que correría esa carrera para ganarte, no fueron sólo palabras. No traté de huir con el caballo que me disteis. Salté del acantilado al agua y no sabía si moriría o sobreviviría. Tenías mi palabra de que arriesgaría mi vida por ti y la mantuve.

Lo abrazó con las piernas: al sentir el vientre y la ingle apretados contra su cuerpo, Josseran gimió de placer y de frustración. Jutelún le besó el hombro y dejó en su piel la humedad de sus labios. Él no alcanzaba a verle la cara. Las circunstancias de aquel acto de amor estaban ocultas para él por el ruido de su suave respiración, los golpes del viento en el exterior de la yurta, las sombras que arrojaba el fuego y la corona de su cabellera.

Con los puños cerrados sobre el cepo, Josseran cerró los ojos contra las desesperadas alarmas y las distintas urgencias de su cuerpo. Tenía el cuello y los hombros deshechos de dolor, el cuerpo presa de un deseo irresistible. ¡Era tan desesperada la necesidad de abrazarla, de ser él quien la poseyera!

—¿Cómo es con las cristianas?

—Nunca ha sido así. Jamás.

—Si me lo dices, tengo que creerte. En cuanto a mí, yo nunca he hecho esto.

Se echó atrás, puso las manos en las alfombras alzando el cuerpo y arqueando el torso. Finalmente se dejó caer sobre él y Josseran sintió que su sedosa humedad lo acariciaba. Trató de unirse a ella, pero el peso del cepo se lo impedía.

—¿Fue por este momento conmigo por lo que arriesgaste tanto? —preguntó ella



en susurros.

—No fue sólo por este momento. Quería pasar todos los momentos contigo hasta el fin de mi vida.

A Jutelún le temblaron los labios. Se acercó casi imperceptiblemente a él y lo envolvió en su calidez. Ella lanzó un grito de dolor.

—¡Dios y todos los santos...! —susurró él.

Cuando permitió que la penetrara por completo, lo envolvió con sus brazos. Él podía sentir su aliento en el cuello, la indescriptible suavidad de sus pechos contra el suyo. Jutelún permaneció así, casi sin moverse, durante lo que pareció una eternidad.

—¡Por favor! —susurró él.

Con mucha suavidad, muy lentamente, ella comenzó a ponerse de rodillas y él esperó que volviera a dejarse caer sobre él. Arqueó el cuerpo, incendiado por una urgencia terrible. Pero ella se alejó sin advertencia previa y la unión de ambos terminó antes de haber comenzado.

—¿Qué haces? —jadeó.

Era como si alguien le hubiera arrancado las entrañas dejándolo frío y vacío.

Le vio el rostro a la luz del fuego, los labios entreabiertos, la mirada perdida en unos ojos llenos de locura, de dolor, de deseo. Ella negó con la cabeza.

—¡Jutelún!

Respiraba con rapidez. Levantó una mano y se apartó el pelo de la cara. Negó con la cabeza.

—No.

—¡Por favor!

—No puedo recibir tu semilla. ¿Deseas que lleve en mi interior a tu hijo cuando hayas muerto?

—¡Ahora no puedes pararte!

—Debo hacerlo.

Josseran notó que se volvía a vestir. Tuvo ganas de sollozar de frustración. Ella se puso en pie con lentitud. Por sus muslos corría sangre.

—Como verás, puedo sangrar un poco por ti, como tú sangraste por mí.

No pudo contestar. Lo único que quería era morir, tal y como Qaidu le había prometido. El cepo o la mujer. ¿Cuál de ellos era el más exquisito tormento?

—Si yo no puedo tenerte —susurró ella—, tampoco tú puedes tenerme a mí. —Se inclinó sobre él y lo besó con suavidad en los labios—. Quiero que ardas por mí para siempre.

Se vistió con rapidez y se marchó. En su lugar quedó la oscuridad, la desesperación de la última noche de Josseran en la tierra, la dolorosa desesperanza de una vida sin un final, una mano vacía que se extendía hacia el cielo.

Su guardián era sólo un muchacho. Se sentó en la entrada de la yurta, sujetando la espada oxidada con ambas manos. Observó a Josseran con una mirada de torva malevolencia, tratando de parecer mayor, más valiente y belicoso de lo que realmente era. Josseran simuló dormir, mientras lo observaba con los ojos entreabiertos y esperaba su oportunidad. Como si eso fuera posible. Tenía un dolor terrible en los músculos del cuello, de los brazos y de los hombros causado por el peso del cepo que le impedía descansar.

En algún momento de aquella larga noche oyó la respiración profunda del muchacho y vio que tenía la cabeza caída sobre el pecho. Era su oportunidad.

Trató de levantarse hasta quedar agachado, pero el peso del cepo le había encalambrado los músculos de los muslos y tenía las piernas insensibles. La herida del hombro también se había endurecido y cuando trató de moverlo fue como si alguien le hubiera introducido un hierro al rojo vivo en la articulación. Transcurrieron largos minutos antes de que pudiera estirar las piernas y cuando éstas recuperaron la circulación tuvo la sensación de que se le clavaban agujas calientes en la carne. Lo soportó en silencio y por fin el dolor cesó. Flexionó los músculos de las piernas en la oscuridad, volviéndolas a poner a prueba. Una vez más, intentó levantarse pero perdió el equilibrio y cayó contra el marco de bambú de la yurta. Creyó que el ruido despertaría al centinela, pero el muchacho siguió durmiendo y ni siquiera se movió.

En el segundo intento, Josseran se puso en pie con dificultad.

Permaneció largo rato inmóvil hasta que la sangre dejó de palparle en los oídos y recuperó el equilibrio por completo. Entonces adelantó una pierna y comenzó el largo viaje a través de la yurta.

El muchacho se despertó en el último momento. Abrió los ojos, miró hacia arriba y vio a Josseran, con su joven rostro enmarcado por la luz de la luna y pálido de sorpresa. Al mismo tiempo Josseran se dejó caer de rodillas obligando al cepo a formar un arco para que el borde de la gran tabla de madera golpeará al muchacho en la sien. Se oyó un terrible crujido y el joven centinela cayó al suelo. Sus piernas se estremecieron varias veces y luego se quedó inmóvil.

A pesar de su desesperación, Josseran abrigó la esperanza de no haberlo matado.

Hizo una mueca ante otra oleada de dolor. El esfuerzo de mecer el cepo le había vuelto a causar un espasmo en los músculos del cuello. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para volver a ponerse en pie. Empujó la cortina de fieltro de la yurta en la oscuridad. Hacía un frío terrible y el suelo estaba duro y cubierto de escarcha. Sólo se cubría con una túnica de seda y unos pantalones de fieltro, que no eran suficientes para mantenerlo vivo hasta la mañana en la estepa helada. Pero no había nada que pudiera hacer al respecto mientras tuviera el cepo sobre los hombros.

Tenía que elegir entre morir congelado o morir de la forma que Qaidu había decretado para él. Ninguna de las dos perspectivas le resultaba demasiado atractiva. «Por lo menos —se dijo—, moriré a mi manera».

Corrió a ciegas en la noche, entre las yurtas silenciosas. A los pocos minutos el viento helado le había dejado insensibles los dedos y apenas podía respirar en aquel frío tan intenso. Pronto eran tan grandes sus temblores que tropezó y cayó, y el peso del collar de madera le hirió el cuello y la espalda al chocar contra el suelo. ¡Habría sido tan fácil rendirse, reunirse con la tierra helada y permitir que llegara la muerte! No supo lo que lo impulsó a levantarse de nuevo.

Mientras corría se preguntó qué instinto lo llevaba todavía a tener esperanzas de supervivencia. ¿Por qué aferrarse así a la vida? ¿Era una cuestión de valor o sólo de temor? En un tiempo los hombres lo habían llamado valiente, pero él pensaba que era temerario; con una espada en la mano tuvo la arrogancia de creer que nunca lo superarían. Era como un hombre perdido a punto de ahogarse en un mar enorme, pero todavía a la espera de encontrar algo que flotara, a pesar de saber que no tenía salvación posible.

Ya había dejado atrás el campamento. Le intrigó aquel único guardia que pusieron a la entrada de la yurta y en aquel momento comprendió el motivo. ¿Adónde huiría? Había cambiado la ejecución tártara por una lenta muerte por congelamiento allí, en aquella oscuridad. Con aquella sencilla túnica de seda no alcanzaría a vivir ni una hora. Ya sentía como un fuego en los pulmones a causa del viento gélido. Lo rodeaban la estepa negra, los kilómetros de desierto, las montañas amenazadoras. Tal vez los cascos de los caballos de Qaidu habrían sido un final más misericordioso.

Cayó de rodillas, temblando de frío; en el cuello y en los hombros sentía un dolor indecible. Oyó los caballos tártaros en la oscuridad que golpeaban el suelo con los cascos. Habían notado en el viento un olor desconocido. Eran una posibilidad de huida para él, pero no podía montarlos con aquel demoníaco artefacto en los hombros.

Qaidu lo tenía tan seguro como si se encontrara en un calabozo de Acre.

Se desplomó sobre el barro congelado, con demasiado frío y demasiado extenuado para continuar.

Sintió la vibración debajo de él, oyó el ruido de cascos de caballos en el suelo duro. De alguna manera logró volver a ponerse de rodillas y vio que una sombra se alzaba en la orilla del río. Una espada brilló a la luz de la luna, un casco en forma de cúpula se destacó en la oscuridad. Logró distinguir la figura de un jinete tártaro, el vapor de una respiración en el viento, el olor de un caballo.

El centinela cabalgó directamente hacia él, no se detuvo para dar la alarma. Sofrenó el caballo a su lado, alzó la espada por encima del hombro. Jossaran esperó el golpe misericordioso que le rompería el cráneo y lo sumergiría en la oscuridad.

El cepo se rajó con la fuerza de un poderoso golpe. Envió otro espasmo de dolor a los hombros de Josseran y lo hizo caer al suelo. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no gritar.

El tártaro saltó del caballo y con una serie de salvajes puntapiés rajó el cepo a lo largo. Liberado de aquel peso terrible, Josseran sollozó de alivio al sentirse libre. Trató de levantarse, pero no le quedaban fuerzas. Volvió a desplomarse sobre la tierra helada y el frío penetró en su cuerpo como la muerte.

—Creía que no vendrías nunca —dijo ella.

Jutelún.

Le arrojó algunas pieles.

—Póntelas antes de que te congeles. En la silla del caballo hay kumis y carne seca de cordero. Tu gente está a dos días de marcha de aquí. Para ti tal vez sean siete.

Él no se movió.

—¡Rápido! Antes de que se despierte toda la tribu.

—Te maldigo a ti y maldigo a todos los tártaros —gruñó él.

Ella lo cogió de la túnica, lo obligó a ponerse de rodillas y le puso un abrigo sobre los hombros. Él lanzó un gruñido de dolor cuando lo obligó a introducir el brazo izquierdo en el *del* sin demasiada suavidad. Lo obligó a levantarse y lo arrastró hacia el caballo.

—¡Tienes que apresurarte! —Josseran sentía una humedad cálida en el pecho y supo que la herida del hombro se había vuelto a abrir. Tenía los músculos del cuello rígidos por el cepo, apenas podía mover la cabeza. Ya no estaba seguro de tener fuerzas suficientes para eso—. Mantén la estrella del norte detrás de ti —le indicó Jutelún—. Al amanecer llegarás a un ancho valle que hay bajo una montaña. Tiene la forma de una mujer boca abajo. Sigue ese valle y te llevará a Kashgar. Allí están tus amigos.

—¿Tú no vienes conmigo?

—¿Y por qué iba a ir contigo?

Lo preguntó con genuina sorpresa.

Naturalmente. ¿Por qué iba a acompañarlo? ¿No le había dicho con toda claridad que no veía futuro alguno en ser la mujer de un renegado bárbaro? Lo ayudó a montar, le puso las riendas en la mano derecha.

—¿No me lo piensas agradecer? —preguntó.

—Es lo menos que... podías hacer por mí.

—No te volveré a ver.

—No estés tan segura de eso.

—Si vuelves a estos valles, mi padre te matará. Vuelve a casa ahora, Joss-ran.

Él no alcanzaba a ver su rostro en la oscuridad. «Quiero que ardas por mí para siempre».

—Ven conmigo —repitió él.

—Ya te he salvado la vida dos veces. ¿Qué más quieres de mí?

—Que me respondas a una pregunta —murmuró él.

¡Tienes que darte prisa!

—El anciano a quien viste cabalgando conmigo...

—Todavía sigue a tu lado. Si no, ¿cómo crees que habrías sobrevivido tanto tiempo?

—Quiere decir que me ha perdonado —dijo Josseran.

—Estás diciendo tonterías. ¡Vete!

Ella no lo comprendía. Él tampoco comprendía por qué tenía que dar tanta importancia a sus brujerías. Sin embargo, lo que Jutelún acababa de decirle le consolaba. Aquella noche le había quitado dos pesos que llevaba sobre los hombros, el del cepo y el de su padre.

—Me habría gustado ser la madre de tus hijos —susurró Jutelún, y golpeó con fuerza el anca del caballo.

Desapareció en la oscuridad, rumbo a las estepas y al oscuro macizo montañoso del sur.

El crepúsculo era morado en la planicie. Nada se movía en aquel frío negro y terrible. Qaidu estaba en la entrada de su gran yurta con Jutelún a su lado.

—¿Logró huir? —preguntó Qaidu.

—Ya está lejos de aquí. Ignoro si habrá sobrevivido. Tiene un caballo, provisiones y pieles. Y es un hombre de muchos recursos.

—De eso no cabe duda —murmuró Qaidu—. ¿Qué sabes del guardia?

—Se ha recuperado, aunque temo que, como testimonio de su descuido, lucirá la cicatriz durante toda la vida.

—Tengo que castigarlo porque si no lo hago alguien sospechará que tuve algo que ver en todo esto. —El vapor del aliento de ambos iba a la deriva en el viento—. Me alegra que esto haya terminado. Maldeciré el día en que encontró el camino hasta el valle de Fergana. —El silencio fue una prueba incómoda de los sentimientos de su hija—. Si hubiera sido una persona y no un bárbaro, ¿te habrías casado con él? —preguntó Qaidu.

—Era un hombre.

—Admito que era valiente. —Qaidu lanzó un gruñido—. Pero no olvides que también se puede encontrar coraje en un caballo.

—Anoche tuve un sueño —dijo Jutelún.

Qaidu respetaba la habilidad de su hija como chamán, y muchas veces sus sueños

lo habían guiado en importantes decisiones. Así que dijo con cierta inquietud:

—¿Y qué soñaste?

—Anoche soñé que lo volvía a ver.

—Es imposible.

—Sin embargo, lo vi.

Qaidu negó con la cabeza. Eso no convenía. Llegaría el día en que ella sería la madre del kan. No podía ceder a su ensueño con el bárbaro.

—Hiciste lo que era mejor para el clan —aseguró—. Ahora tienes que olvidar que esto ha pasado.

Un repentino viento helado los azotó. Llegaba el invierno.

El verano se acababa en Kangash y las calles estaban llenas de tierra y de moscas, negros enjambres de ellas que se arrastraban sobre las cabezas de ovejas y sobre los pulmones que se vendían en las calles. Tayikos con barbas que parecían de alambre fino y kirguises de ojos sesgados hacían crujir entre sus dientes semillas de girasol mientras recorrían el bazar o se repantigaban en divanes de madera en los *chai-khanas* bebiendo té verde con canela que les servían en agrietadas teteras de porcelana.

Los puestos del mercado estaban llenos de productos de las últimas cosechas, melocotones, melones, higos, sandías, uvas y granadas. Pero con los frutos del verano llegaban los presagios del invierno. Carros traqueteantes tirados por burros y cargados con ramas y leños, combustible para el invierno. Había nieve en las laderas, debajo del Techo del Mundo. Los muros se habían alzado sobre los pasos que llevaban al oeste hasta la próxima primavera.

Josseran abrió los ojos con lentitud. Tuvo conciencia de un punzante dolor en el hombro, de un fuerte dolor de cabeza. Tenía la boca seca y pegajosa. Al despertar notó los olores que llenaban la habitación, pan recién horneado, carbón, carnes asándose y un fuerte olor a desechos humanos, todos los olores familiares del bazar.

Miró alrededor de la habitación, una celda de adobe apenas amueblada. Delante de su cama, una ventana con rejas, por la cual apenas se veían las distantes montañas del Techo del Mundo, tapadas por la bruma del polvo.

—De manera que estás vivo —dijo una voz.

Un rostro entró en su campo visual. Guillermo. Trató de hablar pero de su boca no salió sonido alguno. Sintió que Guillermo le levantaba la cabeza y le llevaba una taza de agua a los labios. Estaba helada y a Josseran le resultó tan deliciosa como el vino.

—¿Dónde... estoy? —preguntó.

—No estás en el cielo, si eso era lo que esperabas.

—En cuanto te vi, supe que... no era el cielo. —Estaba echado sobre un grueso montón de alfombras. Se dio cuenta de que debía de ser un *khang*, una plataforma alta de ladrillos, calentada por un fuego que tenía debajo, porque le resultaba cálido y agradable.

—¿Cómo escapaste?

—Dios lo quiso.

—Entonces no cabe duda de que Dios es misericordioso y que perdona.

—¿Dónde estoy?

Guillermo le dirigió una sonrisa.

—Estamos en el fuerte de Kashgar. Te trajeron hace tres días unos hombres de la tribu tayika. Te encontraron delirando y vagando por las montañas, montado en un caballo tártaro. Tienes dos heridas en la cabeza y una herida de flecha en el hombro que estaba muy inflamada cuando llegaste. Sin embargo, se está curando y no gracias a esos tártaros. Ellos querían que entraran sus asquerosos chamanes para hacer toda clase de brujerías sobre tu cuerpo, pero los disuadí. Recé por tu alma y te hice sangrías. Creo que mis conocimientos físicos y la gracia de Dios te han curado.

—Te lo agradezco.

—No me lo agradezcas a mí. Ahora ya no estoy en deuda contigo. —Guillermo se puso en pie—. Deberías darle gracias a Dios. Creí que no te volvería a ver.

—¿Eso te habría turbado mucho?

—Ya empiezas a burlarte de mí. —Se inclinó hacia él—. ¿Qué pasó en esas montañas, templario?

—Cuando mis raptos vieron el paizah y comprendieron que era un embajador cristiano con el salvoconducto de Qubilay, me dejaron en libertad. En estas partes del mundo dan gran importancia a la vida de los enviados.

—¿Quiénes eran?

—Bandidos. Nos atacaron para robarnos, nada más.

—Creí haber visto a una bruja entre ellos —dijo Guillermo.

Josseran evitó que su mirada se encontrara con la del fraile.

—Te equivocaste —dijo, y giró la cabeza hacia la ventana—. ¿Sartaq y sus tártaros te han tratado bien?

—No me han degollado ni han hervido mi cuerpo, cosa que le agradezco a Dios.

Josseran sonrió. Un hombre era capaz de atravesar medio mundo y no moverse un centímetro de sus prejuicios.

—Temí que hubieran seguido viaje a Khotan o a Osh.

—Después de la emboscada, Sartaq dio órdenes de que volviéramos al fuerte. Desde entonces hemos permanecido aquí, detrás de estos muros, pero ignoro el motivo. Tal vez haya sido para esperar tu vuelta sano y salvo. Ya que esta gente no sabe hablar el lenguaje de los hombres civilizados y sólo chillan como monos, es imposible que yo lo sepa. A propósito, Sartaq desea hablar contigo en cuanto te recuperes.

—Estoy cansado. Lo veré mañana. Por ahora sólo quiero dormir.

—Entonces te dejaré. —Guillermo se detuvo al llegar a la puerta—. Cuando te trajeron delirabas. Balbuceabas como una criatura.

Josseran lo miró fijamente.

—¿Qué decía?

Guillermo negó con la cabeza.



—Nada más que tonterías. —Pero enseguida añadió—: No olvides tu penitencia, templario.

Salió cerrando la pesada puerta tras de sí.

Al día siguiente, cuando Josseran estaba lo suficientemente recuperado para recibir la visita de Sartaq, se enteró del verdadero motivo por el que los tártaros habían vuelto al fuerte. Después de la emboscada, Sartaq envió un mensajero a Bujara, pidiéndole a Organa, la regente del kanato de Chaghaday, que reforzara su escolta para que no perdiera a su otro embajador en manos de los bandidos. Mientras esperaba una respuesta en Kashgar, recibió el mensaje por intermedio del yam informándole de que Organa había sido depuesta por Alghu, el aliado de Ariq Böke, y con órdenes de Qubilay de permanecer donde estaba hasta que la situación se resolviera.

—¿Quién nos tendió la emboscada? —le preguntó Sartaq—. ¿Soldados de quién? —Al ver que Josseran vacilaba, él mismo contestó—. Los envió Qaidu.

—Sí.

—¿Qué les pasó a los otros que fueron capturados contigo?

Josseran se preguntó cómo tenía que contestarle. ¿Hervir a un hombre se consideraba una buena muerte para los tártaros? Lo dudaba.

—Los degollaron. Fue rápido.

—¿Estás seguro?

—Lo vi con mis propios ojos.

Sartaq parecía aliviado.

—Por lo menos eso es una bendición. Dai Sechen —dijo, usando el verdadero nombre de Hombre Borracho— era mi hermano.

—Murió como un hombre —le aseguró Josseran y volvió la cabeza. Era falso, pero había algunas verdades que era mejor no conocer.

# Octava parte

La Ruta de la Seda  
De Kashgar a Bujara

En el año 638 de la Hégira,  
1261 de Nuestro Señor

La crisis del kanato de Chaghaday los retuvo en Kashgar durante el invierno. Entonces Sartaq les dijo que podían transcurrir años antes de que pudieran atravesar con seguridad el Techo del Mundo. Pero prácticamente todos los días continuaban apareciendo en el fuerte jinetes del yam, que iban al este o venían de allí. No resultaba difícil imaginar los planes que en aquel momento se hacían en Karakoram y en Shang-tu.

Un día Sartaq le dijo a Josseran que, sin duda, el Hijo del Cielo había encontrado una manera de terminar con aquella situación.

—Hay una caravana que va camino a Bujara desde Ta-tu —informó—. Alghu ha prometido enviar soldados como escolta. Nosotros nos reuniremos con la caravana cuando llegue aquí. Pero tendremos que esperar hasta la primavera para atravesar el Techo del Mundo.

—¿De manera que Qubilay ha llegado a un acuerdo con el kan de Chaghaday?

—En secreto.

—¿Qué lleva la caravana? ¿Oro?

Sartaq sonrió.

—El oro se puede gastar. Se trata de una mujer. Una de las hijas del emperador se casará con Alghu. Una alianza beneficiosa porque asegurará armonía entre la casa del emperador y la del kanato de Chaghaday.

—¿Cómo se llama la princesa? —preguntó Josseran, a pesar de sospechar que ya conocía la respuesta.

—Es Miao-yen —contestó Sartaq—. La princesa Miao-yen.

Al norte, las montañas, barrera de tierras nuevas y no descubiertas; al oeste las medinas y los murmurantes álamos de Samarkanda y Bujara; al este los pabellones y el bambú de Catay; al sur los vientos ululantes del Takla Makan. Y allí, en Kashgar, el cruce de caminos de la Ruta de la Seda, convergían los senderos de su vida.

Observó desde los muros del fuerte la caravana que zigzagueaba a través del oasis. Los camellos escupían y se quejaban, los caballos andaban con las cabezas gachas, vencidos por la larga travesía del desierto. Había dos escuadrones de caballería que llevaban cascos de oro adornados con vivos colores que reflejaban el sol y herían la vista, y los estandartes verdes y blancos del Hijo del Cielo ondeaban en el viento.

Las puertas de madera del fuerte se abrieron de par en par y entró la vanguardia en fila india. Detrás de la vanguardia avanzaba una litera de oro, sin duda la que conducía a la princesa. La litera se balanceaba en la parte trasera de un carro de madera, seguida por otros dos carros en que iban sus servidoras personales. Cuando estuvieron a salvo dentro del fuerte, las mujeres bajaron de los carros y se reunieron alrededor de la litera de la princesa. Jossaran presintió que algo no iba bien.

Instantes después vieron que unos soldados sacaban a la princesa del patio en otra litera.

Pensó en la frágil criatura con la que había caminado por el jardín de la fuente refrescante. ¡Pobre Miao-yen! Era previsible que su hermosura de porcelana no soportara los rigores de un viaje así. Rezó en silencio por ella a un Dios misericordioso, si tal ser existía.

Su régimen consistía en levantarse para prime con Guillermo, tomar un desayuno de *pilau* y luego hacer una sesión de entrenamiento de lucha con Hombre Furioso. A los tártaros les gustaba mucho la lucha y eran muy hábiles en ella; Josseran se convirtió en un ávido alumno. El ejercicio le ayudó a recuperar la fuerza de su hombro herido. Todavía no había logrado ganar a Hombre Furioso, pero por lo menos sus caídas eran menos frecuentes.

Practicaban todas las mañanas, pero después de una docena de caídas, Josseran levantaba las manos, rindiéndose. Aunque pensaba que algún día le ganaría.

Hombre Furioso, cuyo verdadero nombre Josseran había descubierto que era Yesün, era de corta estatura, fornido y de piernas arqueadas como muchos de los tártaros. La mayoría de ellos habían aprendido a montar antes que a caminar y los huesos de sus piernas se habían desarrollado para adaptarse a la forma del caballo. El cuerpo de Hombre Furioso era grueso más que musculoso, y cuando embestía era como el golpe de un pequeño buey. Luchaba con el pecho desnudo y cuando su cuerpo quedaba empapado en sudor era como tratar de agarrarse a un cerdo engrasado.

Hombre Furioso le había enseñado muchas llaves y la manera de librarse de ellas, pero de nada servía. La lucha era un pasatiempo que gustaba mucho a los tártaros, una habilidad aprendida en la infancia, lo mismo que montar. Josseran pronto aprendió que no era cuestión de aprender llaves; el arte consistía en combinar muchas llaves en una sucesión rápida y confusa de movimientos de brazos y piernas, venciendo instantáneamente al oponente con una combinación de habilidad, fuerza bruta y seguridad interior.

Una tarde, por un momento consiguió hacer perder el equilibrio a Hombre Furioso y lo arrojó con fuerza de espaldas al suelo. Josseran se sorprendió tanto como su oponente por lo que acababa de pasar y vaciló un instante antes de continuar con su éxito. Pero antes de que pudiera sujetarlo, Hombre Furioso levantó una mano con una mueca de dolor en el rostro.

—Espera —jadeó—. ¡Mi espalda!

Josseran lo miró, sorprendido.

—¿Te has hecho daño?

—¡Me has roto la espalda!

Josseran se inclinó sobre él. En un solo movimiento, Hombre Furioso le separó las piernas de un puntapié y Josseran se encontró mirando el cielo azul sin aliento. Hombre Furioso saltó sobre él, lo hizo girar sobre sí mismo y le clavó una rodilla en la espalda. Sintió las manos de Hombre Furioso a ambos lados de la cabeza,

retorciéndosela, y oyó crujir los tendones.

Hombre Furioso lanzó una carcajada y se levantó de un salto.

—¡Nunca muestres misericordia! —exclamó—. Es otra lección que debes aprender. —Josseran tenía ganas de maldecirlo, pero se había quedado sin aliento—. Recuerda, sorpresa y simulación. Tus mejores armas.

Hombre Furioso se alejó riendo y Josseran se quedó allí tendido con el olor a polvo en las fosas nasales y el cuerpo dolorido. Era una lección bien aprendida. Llegaría el día en que la pondría en práctica.

A la mañana siguiente de la llegada de Miao-yen se encontraban de nuevo practicando. Giraban uno alrededor del otro en un arco que Hombre Furioso había trazado en el polvo con la rama de un árbol. El tártaro cargó de repente. Josseran reaccionó con demasiada lentitud. Al instante siguiente se encontró boca arriba en el suelo bajo el peso maloliente del tártaro sudado. Había vuelto a perder.

Hombre Furioso lanzó una sonora carcajada y se puso en pie.

—¡Si todos los bárbaros son como tú, gobernaremos el mundo! —gritó.

Josseran hizo una mueca y se levantó lentamente. A causa de su estatura estaba poco acostumbrado a ser vencido en pruebas de fuerza. Jamás le había pasado y los habituales fracasos frente al tártaro lo ponían furioso.

—Otra vez —dijo.

Hombre Furioso circuló a su alrededor y entonces se trabaron, las manos de cada uno de ellos sobre los hombros del otro, mientras con las piernas trataban de forzar la caída del oponente. De repente Josseran oyó que alguien atravesaba el maidan a la carrera.

—¡Bárbaro! —Josseran miró en dirección a la voz y Hombre Furioso aprovechó la oportunidad de aquella falta de concentración para tirarlo al suelo. Luego se echó atrás, riendo.

—¿Nunca aprenderás? —preguntó.

Josseran se levantó dolido. Vio que Sartaq se les acercaba corriendo. A pesar de que parecía exteriormente tranquilo, Josseran presintió que pasaba algo terrible.

—¿Dónde está tu compañero? —gritó Sartaq.

—Con toda seguridad arrodillado en alguna parte. ¿Qué pasa?

—Temo por la princesa Miao-yen. Mientras atravesaba el desierto contrajo una enfermedad; no podemos despertarla y tiene la piel caliente como la llama de una antorcha.

Josseran sabía que la princesa no estaba bien porque había oído muchos susurros y visto muchos rostros ceñudos entre las sirvientas y los oficiales que atendían sus aposentos fuera de la torre del oeste. La tarde anterior pidió que le permitieran verla, pero se lo negaron sin explicación alguna. Pero hasta aquel momento ignoraba que la

enfermedad fuera grave.

—Me angustia enterarme de esa noticia. Pero ¿qué relación tiene con nuestro buen fraile?

—Los chamanes que la acompañan en el viaje han hecho por ella todo lo que han podido —dijo Sartaq, quien parecía vencido—. Pensé que tal vez tu hombre santo...

—¿Guillermo?

—Después de todo, te curó a ti.

—Guillermo no posee el poder de curar. Sólo Dios tiene ese poder.

La expresión de Sartaq era de pánico.

—No me importa quién la cure. Me alegrará que sea tu Dios o el nuestro. Pero no tiene que morir. La culpa recaería sobre mí.

Josseran se encogió de hombros. Supuso que Guillermo no podía hacerle daño, aunque también dudaba que pudiera hacerle algún bien. Podría persuadirlo de que por lo menos rezara algunas oraciones.

—Le pediré que te ayude, si ése es tu deseo.

—Búscalo y tráelo lo antes posible —rogó Sartaq—. Sin ella no habrá alianza con Alghu, ¡y entonces tal vez no podamos salir de Kashgar hasta que tengamos el pelo blanco!

## Valle de Fergana

El Techo del Mundo estaba cubierto de nieve. Salía humo de las yurtas diseminadas por el valle. Los tres jinetes hicieron un lento y penoso descenso desde las alturas, pasando junto a los rostros incrédulos del resto del clan. Tenían el pelo y parte del rostro quemado, seco y ennegrecido, y en algunos lugares se les notaban los huesos a través de la carne. Uno de ellos había perdido un ojo, otro buena parte de la nariz. Apenas podían mantenerse erguidos en las sillas pero resistieron hasta que alcanzaron la entrada de la yurta del kan, donde uno de ellos por fin cayó del caballo y permaneció inmóvil en la nieve.

—Fue el propio Ariq Böke quien puso a Alghu en el trono de Bujara. Y obedeciendo a los deseos de nuestro gran kan, le envié una delegación para pedirle una parte de los impuestos a fin de poder comprar los abastecimientos del ejército para la lucha contra el traidor Qubilay. ¿Y qué es lo que hace él? Dice que pagará su parte en metales preciosos y derrama oro derretido en las cabezas de nuestros enviados.

Qaidu estaba en la yurta con sus hijos a la derecha y su esposa favorita y su hija Jutelún a la izquierda. Humo azulado se alzaba perezosamente del fuego hacia el agujero del techo.

—Tendríamos que retirarnos al interior de las montañas —dijo Tekuday—. Alghu está respaldado por ciento cincuenta mil soldados.

—¡Retirarnos! —murmuró Qaidu. Sintió que la furia y la sorpresa nublaban su razón ante la brutal e inesperada traición de Alghu. Escucharía consejos. Se volvió hacia Gerel—. ¿Estás de acuerdo con tu hermano Tekuday?

Gerel no tuvo tiempo de contestar. Jutelún no podía quedarse callada más tiempo.

—¡Si huimos, huimos para siempre y nunca volveremos a ver nuestros campos ni nuestros prados!

Una débil sonrisa se pintó en el rostro de Qaidu.

—Entonces ¿qué crees que debemos hacer?

—No podemos vencer a Alghu en el campo de batalla. Pero podemos atacarlo cuando menos lo espere y ocultarnos en las montañas antes de que tenga oportunidad de tomar represalias. Cuando vuelva la espalda, podemos volver a atacar. No deberíamos darle ni un instante de paz. Lo cansaremos como cansa el lobo al oso, le morderemos los talones, luna tras luna, año tras año hasta que quede extenuado. Y un día, cuando hayamos reunido otros lobos como nosotros, le venceremos.

Qaidu sonrió. Su hija, la guerrera, la chamán. Gengis Kan que volvía en la forma



de una yegua. ¡Si hubiera sido varón!

Se volvió hacia Tekuday y Gerel, uno demasiado tímido y el otro demasiado aficionado al kumis negro. Los espíritus habían jugado con él en la vida y su broma había sido convertir en mujer a su mejor hijo.

Lo pensó un momento. Por fin dijo:

—Estoy de acuerdo con Jutelún. Mi temperamento tiende más a ser el de un lobo que el de una oveja. Pero ante todo tenemos que recurrir a la sabiduría de los dioses para conocer sus deseos. Jutelún, tienes que reunirte con los espíritus y conocer sus consejos. Entonces, y no antes, decidiremos.

## Kashgar

Pasar por una gruesa puerta de hierro que tenía incrustaciones de cobre, por un patio estrecho y cerrado por muros por los que trepaban los rosales. Bajo un arco que tenía un friso azul y blanco. Después subir por los angostos escalones, gastados tras ser pisados durante centenares de años, rumbo a una torre.

Era una extraña delegación la que recorrió el oscuro corredor de la barbacana del oeste. El lugarteniente tártaro con su casco de visera dorada abría la marcha. Detrás de él, un hombre de rostro delgado y vestimenta negra y un gigante barbudo que vestía el *del* y las botas de los tártaros. Llegaron al piso superior de la torre y se detuvieron ante uno de los aposentos. Junto a la puerta de nogal tallado, varias sirvientas chinas esperaban con las cabezas inclinadas, observándolos con ojos entrecerrados.

Josseran hizo a Guillermo a un lado mientras Sartaq los miraba con impaciencia.

—¿Qué quieres que haga? —murmuró—. Yo no puedo rezar por una hereje.

—Entonces reza por un alma humana afligida.

—¡Lo que me pides es imposible!

—¿Ofenderás a nuestra escolta negándote? Entonces haz lo que quieras y espera lo mejor, porque creo que el resultado será el mismo.

—¿Por qué susurra? —preguntó Sartaq enfadado.

—Teme fallarte —contestó Josseran.

—Su magia dio buenos resultados en el caso de Mar Salah. Además, ninguna otra cosa la ha ayudado. Recuérdale que si la princesa muere, tal vez nos veamos obligados a permanecer aquí cincuenta inviernos.

—No puedo hacer esto —repitió Guillermo.

—¿Está listo? —susurró Sartaq.

—Está listo —contestó Josseran.

Sartaq abrió la puerta de la cámara y Josseran obligó a Guillermo a entrar. Antaño la habitación debió de ser el aposento privado de un príncipe mahometano, o de una princesa, pensó Josseran, porque estaba maravillosamente amueblada, a diferencia de la pequeña celda que él ocupaba. Había una franja de escritura arábiga alrededor de las ventanas en arco, puro blanco sobre azul, y las paredes de adobe estaban decoradas con un friso de cerámica de motivos geométricos rojos y amarillos y verde pálido. Por las ventanas entraba una luz amarillenta.

Aparentemente dormida, Miao-yen yacía en una gran cama que ocupaba el centro de la habitación. Los detalles mahometanos que la rodeaban desentonaban con su ropa china oro y carmesí. Parecía perdida en aquella enorme habitación, tan frágil

como un ave herida en la nieve. Había braseros en los rincones de la cámara, pero las crepitantes ramas de álamo no lograban contrarrestar el frío reinante.

Había un largo camino entre aquel lugar y los jardines de verano de Shang-tu.

Sartaq se negó a pasar el umbral, temeroso de los espíritus que flotaban alrededor del cuerpo de Miao-yen. Josseran se mantuvo alejado y sólo Guillermo se acercó a la cama. Miró a su alrededor, alarmado.

—¿Dónde están los médicos?

—Los tártaros tienen temor de aventurarse hasta las cercanías de una persona enferma —explicó Josseran—. Creen que todas las enfermedades son causadas por espíritus malignos, de manera que sólo los chamanes están dispuestos a entrar en la habitación de un enfermo. Pero los hombres santos de la princesa han sido despedidos por haberle fallado.

Guillermo miró fijamente la figura tendida en la cama. Se pasó la lengua por los finos labios blancos.

—Te digo que no puedo hacer esto. Ella no ha recibido el sacramento del bautismo.

—¡No podemos ofender a nuestro anfitrión! ¿Es un peso tan terrible pedirte que reces por ella? ¡Pasas bastante tiempo arrodillado!

Guillermo estaba pálido como la tiza. «¿Qué lo acobarda? —se preguntó Josseran—. ¿Teme contagiarse?». Pero si la enfermedad de la princesa era de la clase que se difundía por sus vapores, sin duda todas sus sirvientas estarían también infectadas. Además, en ese momento se jugaba más que la buena opinión que de ellos tuviera su anfitrión. A Josseran le angustiaba ver a la princesa en aquel estado. Merecía algo más que morir allí, en aquel oasis solitario, siendo todavía una criatura. En alguna parte de su ser, Josseran todavía creía que las súplicas de un sacerdote, aunque se tratara de un sacerdote tan malvado como Guillermo, tenían para Dios el valor de las oraciones de centenares de sus fieles.

—Haz lo que puedas por ella —dijo, y se volvió hacia la puerta.

Guillermo lo cogió por la manga.

—¿Me dejas solo aquí?

—Ellos saben que no soy un chamán. Ahora el milagro depende de ti.

—¡Te dije que no puedo orar por ella! Dios no se va a molestar por una pagana.

—No es más que una muchacha y está enferma —gruñó Josseran—. Puedes tomar la apariencia de un ser compasivo, ¿no?

Salió, cerrando a sus espaldas la pesada puerta con un golpe que pareció resonar en todo el fuerte.

Guillermo se arrodilló junto a la cama y comenzó a recitar el Padrenuestro pero tropezaba con las palabras y no pudo terminar la oración. El demonio estaba allí, en aquella habitación, en todo su maloliente subterfugio. Alcanzaba a oír el gruñido de la bestia. Lo vio sonreír en los rincones, porque conocía demasiado bien los pensamientos de Guillermo antes de que él mismo pudiera conocerlos.

Miró fijamente a la muchacha que yacía en la cama. Debido a la fiebre tenía la cara empapada de sudor. Hasta alcanzaba a notar el calor de su cuerpo en aquella habitación fría. Se acercó más a la cama.

«El sueño se parece a la muerte y en la muerte hay una sumisión completa». El pensamiento llegó hasta él sin que lo quisiera, podía hacer cualquier cosa que deseara con aquella mujer, si extendiera la mano y la tocara nadie se enteraría.

Se arqueó para extender el brazo y tocarla.

De repente se le apretó el pecho, apenas podía respirar. En aquel momento era imposible contemplar el Infinito, concentrar sus pensamientos en nada que no fuera su propia compulsión. Sólo tenía conciencia de la cercanía de aquella carne. Miró a su alrededor para asegurarse de que la puerta estuviera cerrada, la habitación desierta. ¿Por qué, entonces tenía la sensación de que lo observaban?

En un ademán tentativo, estiró una mano. Era como si aquella mano ya no formara parte de su propio cuerpo. La observó, fascinado como si fuera una inmensa araña pálida que se abría camino por encima del cobertor.

Los dedos vacilaron, uno de ellos recorrió la carne de mármol del brazo de la muchacha y se retiró de repente como si se hubiera quemado.

Pero Miao-yen no despertó, sus ojos no parpadearon ni se abrieron, el ritmo regular y poco profundo de su respiración no cambió. Una vez más Guillermo miró a su alrededor con expresión culpable, como si esperara ver ojos que lo observaban desde algún rincón en sombras, listos para acusarlo, para revelar por fin sus partes secretas y vergonzosas al mundo.

Pero no había más que sombras y polvo que corría en silencio a lo largo de la luz amarillenta que entraba por las ventanas.

En aquel momento la mano se hizo más atrevida, y se deslizó de nuevo por la cama. Pellizcó el lóbulo de la oreja de Miao-yen antes de saltar hacia atrás; después, más atrevida aún, le acarició una mano y hasta tiró de algunos pequeños pelos que tenía en el brazo, pero ella no despertó. Guillermo se levantó nervioso, recorrió la habitación mirando continuamente hacia la puerta. Jossaran acababa de decir que nadie entraría en la habitación de la enferma. Los tártaros no podían entrar, ni siquiera sus sirvientas. Oyó que el demonio le susurraba que hiciera lo que quisiera, porque nadie lo sabría.

Nadie más que Cristo.

—Yo no pedí esto —dijo en voz alta y dejó caer la cabeza mientras unía las manos en oración. Pero no obtuvo ninguna respuesta de Dios, y los demonios que lo acosaban se acercaron para tomar total posesión de él.

## Valle de Fergana

El trance se lograba con humo de hachís y con kumis. Jutelún bailó a solas en la yurta hasta que los espíritus llegaron y la llevaron consigo al eterno cielo azul. Y por fin bailó libre de los límites de la tierra, cabalgando por el aire en el lomo de una yegua negra, lejos, muy lejos de la tierra. Sintió que Josseran, el guerrero bárbaro, estaba con ella, sintió que la rodeaban sus brazos mientras se zambullían en el abrazo de las nubes.

Soñó que cabalgaban por la montaña hasta un prado alto, donde ella se unió con él sobre la alta hierba del verano. La imagen era tan real que incluso cuando estaba acostada sobre las gruesas alfombras de la yurta, perdida en su ensueño, notaba en las fosas nasales su olor extranjero y sentía en los brazos, las piernas y el vientre el calor de su cuerpo.

Algo se movió dentro de ella y se quejó, mientras de su cuerpo salía una criatura ensangrentada, bronceada como una persona pero con el pelo rojo y dorado del cristiano.

Cuando despertó ya era de día, la yurta estaba oscura y las brasas del fuego estaban frías. Sólo un leve olor a hachís permanecía en el aire. Jutelún se sentó, temblando, y miró fijamente la oscuridad, sobresaltada y desorientada.

Había entrado en el mundo de los espíritus a petición de su padre, para conocer los deseos de los dioses en lo referente a Alghu y a Ariq Böke. Pero la imagen de Josseran había borrado a los demás en su interior, como el rugido del Kalaburan en el desierto.

No alcanzaba a comprender lo que acababa de experimentar. Su mundo de ensueños nunca le había revelado nada acerca de sí misma, siempre había soñado con otros.

Tenía la piel cubierta de un sudor frío y notaba calor y humedad en su entrepierna. Se levantó insegura y salió de la yurta tambaleándose.

Una media luna flotaba sobre las montañas nevadas. Presintió que él miraba la misma luna. No dudaba de que existía una cuerda de plata que los unía y que un día el viento arrastraría la semilla hacia la flor y que, a pesar de todo, se volverían a encontrar.

## Kashgar

Guillermo comprendió con claridad que la princesa Miao-yen estaba a un paso de la muerte. ¿Cuántas veces había acudido a aquella habitación y cuántas oraciones había dicho por ella, como Jossieran le había exigido? Él los había advertido de la realidad. Ella se estaba muriendo y Dios no iba a molestarse por una pagana.

Tenía el rostro bañado en sudor, la cara arrojada, su respiración era sólo un murmullo entre sus labios. Guillermo cerró los ojos y se cubrió la cara con las manos como si así pudiera dejar fuera las imágenes que invocaba su propia imaginación. La tentación había crecido en su interior hasta hacerse demasiado fuerte. ¿Cómo era posible resistirse?

Extendió una vez más la mano, sus dedos se deslizaron por la piel de Miao-yen, suave como el marfil, acalorada por la fiebre. Envalentonado por la familiaridad que tenía aquel dulce terreno, continuó su exploración apoyándola por fin sobre el capullo del pecho de la muchacha.

Alguna barricada de su interior se desmoronó, porque no había nadie que lo pudiera ver, que pudiera saberlo, y ni siquiera el objeto de sus deseos era testigo de su lujuria. En su juventud se sentía consumido tanto por las mujeres como por Dios y en aquel momento se le había presentado la oportunidad, única en su experiencia, y se sentía incapaz, embrujado. Aquella frágil princesa que tenía el rostro pintado del color de un cadáver le había sido ofrecida en aquel altar como un juego privado, podía poseerla sin consecuencias. Pronto la princesa entregaría su espíritu a las tinieblas y los pecados que él cometiera serían enterrados con ella.

O por lo menos de aquella manera razonaba la voz de su cabeza.

Introdujo la mano debajo de la seda del vestido y jadeó cuando las puntas de sus dedos tocaron la carne caliente y febril. Vaciló antes de continuar explorando. Le temblaba la mano y tenía la boca seca, la mente vacía de todo lo que no fueran las sensaciones del momento, ciega ante la salvación y la razón.

Dejó a un lado la Biblia, se subió a la cama y se acostó junto a ella. Puso los brazos de la enferma alrededor de sus hombros y le besó las mejillas pintadas. Mientras las sombras entraban en la habitación, se entregó a las terribles urgencias de su alma.

Como guerrero y como caballero, Josseran se había entrenado durante toda su vida en artes marciales, en combates cuerpo a cuerpo y en equitación. En cuanto su hombro cicatrizó, superó el aburrimiento que le producía la inactividad de los largos meses de verano con un régimen que se impuso para mantener lo mejor posible su habilidad.

Todas las tardes llevaba a su caballo al maidan que había al pie del fuerte y practicaba solo, con la espada y la lanza. Un descubrimiento que hizo en el bazar local le resultó de una ayuda inconmensurable. Supo que los comerciantes almacenaban los melones colgándolos de postes de bambú, de manera que permanecían sabrosos durante casi todo el invierno. Así que todos los días compraba algunas de esas frutas en el bazar, las llevaba al huerto que había al otro lado del maidan y las colgaba sobre largos postes. Luego galopaba a toda velocidad entre las moreras y trataba de partir con limpieza un melón con la espada sin reducir el ritmo del avance del caballo. Acababa de desmontar su semental negro y lo estaba limpiando con la hoja de madera que usaban los tártaros. Era el caballo que Jutelún le había entregado la noche de su huida del campamento de Qaidu. Lo cuidaba bien a pesar de no tenerle ningún cariño especial, porque la bestia era irritable y traicionera. En su interior había bautizado al semental con el nombre de *Guillermo*. Oyó el ruido de cascos y levantó la mirada. Sartaq atravesaba el maidan a caballo, con el curioso estilo de los tártaros. Al llegar al huerto detuvo el caballo y avanzó con lentitud entre los esqueletos de los árboles. Cuando vio los restos de la fruta mutilada en el polvo, miró a Josseran y sonrió.

—Si los cristianos vais alguna vez a la guerra contra los melones, deberán tener mucho cuidado.

—Me imagino que los melones son tu cabeza —contestó Josseran—. Me ayuda a apuntar.

Sartaq volvió a sonreír.

—Tengo buenas noticias —dijo—. Tu chamán ha demostrado su poder.

Josseran hizo un esfuerzo por ocultar su sorpresa. Guillermo le había hecho creer que la princesa estaba al borde de la muerte.

—¿Miao-yen está mejor?

—Este Weir-mo —dijo Sartaq, usando la pronunciación tártara para decir Guillermo—, a pesar de ser tan extraño, tiene una magia poderosa.

«Una magia poderosa». Josseran estaba convencido de que la princesa se curaría o moriría según la voluntad de Dios, a pesar de las oraciones del buen fraile, pero dijo:

—Nunca he dudado de la eficacia de sus poderes.

Sartaq no podía ocultar la alegría y el alivio. Por fin veía la posibilidad de que

terminara el largo viaje.

—En cuanto se derrita la nieve, atravesaremos el Techo del Mundo rumbo a la corte de Alghu en Bujara. Desde allí, él os enviará a vuestras tierras del oeste.

Las tierras del oeste.

Hacía más de un año que había salido de Acre. Se preguntó qué habría pasado allí durante su ausencia. Sus anfitriones no le decían nada, tal vez porque nada sabían. Para ellos, Ultramar era otro mundo, bien podría ser la luna. ¿Hulagu habría hecho un tratado con el consejo de barones después de todo, y sin los esfuerzos de Josseran? ¿O habría continuado su marcha arrasándolo todo a su paso? Cuando él y Guillermo llegaran a Acre, ¿encontrarían sólo restos humeantes?

Josseran no tenía ganas de volver. Tendría que afrontar las acusaciones del fraile y las del concilio. El hecho de que hubiera salvado en dos oportunidades su vida no contaría en absoluto para aquel clérigo malvado. Si surgía la necesidad, tal vez la orden lo defendería de la Inquisición, pero a un precio. Sin duda lo obligarían a volver a pronunciar su voto, tal vez a permanecer en Ultramar otros cinco años. Se maldijo por haber hablado con tanta libertad y por haberse enemistado con el fraile.

—Veo que la perspectiva de salir de Kashgar te deja mudo de alegría, así que te dejaré con tus melones —dijo Sartaq. Luego, como si se le acabara de ocurrir, añadió —: Si llegas a encontrarte desbordado por tus adversarios, pide auxilio y te mandaré un escuadrón de mi caballería para que te ayude.

Rió y volvió al fuerte.

El buen humor del tártaro no mejoró el de Josseran. Miró las montañas distantes de un blanco glacial bajo el sol, y pensó en Jutelún.

«Quiero que ardas por mí para siempre».

Había pensado que todavía era posible volver a través de las montañas hasta el campamento de Qaidu. ¿Era eso lo que realmente quería? En realidad, ¿habría cumplido con su promesa de convertirse en un paria por amor a una salvaje? Pero todo eso era una fantasía y una locura. Si volviera al valle de Fergana, Qaidu lo haría ejecutar y esta vez no tendría escapatoria.

«Quiero que ardas por mí para siempre».

Jutelún tenía razón. Ardería por ella en cuerpo y alma, para siempre. Durante el resto de su vida llevaría consigo el recuerdo del abrazo sedoso de su cuerpo y del olor a humo de su pelo, que evocaban la salvaje libertad que él había olvidado en el mundo en que vivía, en la oscura y sofocante presencia del Cristo de Guillermo.

Se había acostado con muchas mujeres, primero con Catherine, luego, demasiadas veces, con las prostitutas de Génova, Trípoli y Acre, antes de entrar en la orden del Temple. Estaba seguro de que con Jutelún lo que buscaba no era sólo el placer de su cuerpo.



«Sin embargo, el amor es un asunto del alma —pensó—, y sólo podemos expresar nuestro amor con el cuerpo, de manera que ¿qué esperanza nos queda? Dios no es más que un sueño. Dios es el viento, algo que sentimos pero que no podemos ver, tratamos de asir el espíritu pero nos quedamos con las manos vacías. Sólo podemos conocer a Dios con el alma y sólo podemos amar con nuestros cuerpos y así reptamos aquí en la tierra, como un gusano sacado de la tierra y dejado al sol para que muera. Sentimos el viento, extendemos la mano para asir a Dios, sufrimos en nuestra carne, atrapados con nuestras cadenas entre el cielo y la tierra».

A menos que Guillermo y todos los que son como él estén equivocados y el único pecado que exista sea no amar.

Lo único que quería en aquel momento era coger la mano de Jutelún y montar su caballo por las planicies salvajes. Jutelún era su libertad. Y había desaparecido.

Miao-yen estaba tendida en la cama, con sus vestiduras de brocado rojo, los pies calzados en pequeñas zapatillas de seda. Estaba estirada como un cadáver. En realidad, Guillermo alcanzaba a oler sudor y putrefacción bajo el denso perfume que sus sirvientas le habían puesto en el cuerpo. La pálida luz que entraba por la ventana lograba que su piel pareciera pálida, casi translúcida.

Permaneció largo rato a su lado, observándola, sin confiar en sí mismo para hacer algún movimiento. Por fin extendió una mano temblorosa para tocarle la frente. Era imposible. La fiebre había desaparecido, tenía la piel fresca.

Se metió un nudillo en la boca para no llorar en voz alta. «¿Qué he hecho?».

Ella se movió y por un instante él temió que despertara. Se levantó de un salto y se alejó de la cama hasta sentir la espalda contra la fría pared de piedra.

«¿Qué he hecho?».

Oyó el grito de un sacerdote mahometano sobre los tejados de la ciudad, el canto infernal resonando en las montañas distantes y azules, que pareció llenar la habitación, ensordeciéndolo.

Nunca creyó llegar a ver un milagro. La Biblia, la palabra de su fe estaba grabada en él como otro mundo fantástico que afirmaba, y a la vez temía. Su alejamiento del mundo en que habitaba era lo que le daba fuerzas. Sin embargo, allí había un milagro, hecho por su mano. Dios había puesto sus manos sobre aquella princesa pagana para sacarlo de su error y, sí, para castigarlo.

¿Qué otro motivo podía tener Dios para salvar a aquella mujer?

Cayó de rodillas y de nuevo comenzó a rezar, tanto por su alma como por la de la muchacha. Y así rezó por su propia salvación con el mismo fervor con que su alma deseaba la muerte de Miao-yen, porque sólo con su muerte podía estar seguro de que su terrible pecado no se descubriría.

Miao-yen se sentó en la enorme cama de madera. El polvo blanco de su maquillaje le daba una palidez mortal. Le habían puesto un vestido de brocado carmesí con una faja negra, y en su pelo había alfileres de oro y marfil. Desde que estaba curada, sus sirvientas la rodeaban constantemente, como gallinas.

Observó la ciudad, un laberinto de callejones y tejados planos de barro, sólo roto por la media cúpula de una mezquita o por los aleros de un templo. Daba la impresión de que el cielo estaba muy bajo sobre la planicie, una tormenta había soplado desde el norte y la arena cubría la ciudad. En millares de ventanas titilaban lámparas de aceite, la tarde se había convertido en un prematuro anochecer.

Una de las servidoras de la princesa dejó pasar a Josseran y a Guillermo, que se detuvieron a los pies de la cama.

—Me alegra comprobar que te has recobrado, mi señora —dijo Josseran.

Miao-yen intentó sonreír.

—Gracias a la magia de Nuestro-Padre-que-está-en-el-Cielo.

Josseran se volvió hacia Guillermo.

—Te concede el crédito de haberle salvado la vida, hermano Guillermo. Te ofrece su agradecimiento.

Josseran tuvo la impresión de que el fraile recibía aquella noticia con un poco menos de arrogancia de lo que era habitual en él. En realidad, parecía extrañamente incómodo. Apretaba un pequeño crucifijo de madera que recorría constantemente con los dedos, que parecían blancos gusanos.

—Dile que fue la voluntad de Dios que viviera.

Josseran se volvió hacia ella y se lo dijo.

La conversación continuó en murmullos.

Por fin Josseran dijo:

—Buenas noticias, fraile. Le gustaría que la bautizaras en nuestra santa religión.

Fue como si hubieran golpeado a Guillermo. Tenía el rostro muy blanco.

—No puedo.

Asombrado, Josseran se quedó mirándolo fijamente.

—¿No puedes?

—La he instruido hasta donde he podido. Debe rezar y agradecerle a Dios su salvación, si ése es su deseo. Pero no estoy satisfecho con la sinceridad de su fe, de manera que no puedo bautizarla. Ya no tengo tiempo para malgastar en estos paganos.

—¡Pero ella desea que la ayudes! ¡Aquí tienes un alma que ruega las bendiciones de Cristo! ¡Pide ser tu primera conversa! ¿No es eso lo que has deseado durante todo el viaje?

—He pronunciado mi última palabra en este asunto —dijo Guillermo y salió de la habitación.

Se produjo un silencio incómodo. Josseran se quedó con la boca abierta. Tenía conciencia de que Miao-yen y sus servidoras lo miraban, incapaces de saber lo que acababa de pasar entre él y el fraile, pero, por la reacción de Josseran, sin duda suponían que acababa de insultar a la princesa.

—¿Nuestro-Padre-que-está-en-el-Cielo está enfadado conmigo? —preguntó por fin Miao-yen.

Por un momento, Josseran estuvo demasiado sorprendido para poder hablar. Por fin balbuceó:

—Ignoro lo que le pasa, mi señora.

—¿No desea que adore al Papa como me ha enseñado?

—Ya no sé lo que quiere.

En realidad, desde que habían salido de Shang-tu, el comportamiento de Guillermo era cada vez más imprevisible. Tal vez se debiera a que su encuentro con la muerte en el desierto hubiera roto su equilibrio mental.

—Tal vez, si tú le pidieras que vuelva a visitarme... —dijo ella—. No quiero que se enfade conmigo.

—Estoy seguro de que no puede estar enfadado contigo, mi señora.

—Sin embargo, es lo que parece.

Josseran no supo qué decirle. El hermano Guillermo tenía el don de obtener ignominia de las fauces del triunfo.

—Me alegro de verte recuperada —alcanzó a decir Josseran.

—¿Para que pueda apresurarme a ir al encuentro de mi marido?

—Así es.

¿Se estaba burlando de él o de sí misma? Imposible conocer los pensamientos de aquella enigmática princesa. A través de la ventana oyó el clamoroso balido de ovejas en la calle, en su camino al mercado y a la muerte. Tal vez aquella princesa tártara lisiada comprendía lo que les pasaba.

—Después de nuestra separación en los jardines de mi padre en Shang-tu creí que no te volvería a ver.

—He echado de menos nuestras conversaciones.

—¿Recuerdas el día en que llamaste usurpador a mi padre?

—Tú dijiste que era el poder lo que hacía a un emperador, no la legitimidad.

—Te dije que mi padre prevalecería. ¿Has visto lo que pasa? Ya ha aislado a su hermano. Ha ganado la amistad de Alghu prometiéndole el kanato de Chaghaday como si le correspondiera, sólo por el precio de su neutralidad en la guerra que se avecina. ¿Qué puede ofrecerle Ariq Böke? Sólo constantes exigencias de hombres e impuestos para su ejército. Con Alghu aliado con mi padre, Ariq Böke queda aislado,

sin comida, sin armas, atrapado en las estepas que reclama como propias. Alghu comprende cómo se moverá la marea. Muy pronto los demás también lo verán.

—Y sin duda Alghu es afortunado al tenerte a ti como parte del pacto.

—Yo soy sólo la excusa de mi padre para ceder parte de su reino a otro príncipe. Es política. También se debe a la política que yo no muriera. Habría sido incómodo para el Hijo del Cielo.

—Confío en que tu nuevo marido te trate bien —dijo Josseran con cautela, tratando de disimular la lástima que le producía la situación de la princesa.

—Y si no fuera así, mi padre todavía seguiría siendo emperador de los chinos. Así que, ¿qué importancia tiene?

Josseran miró fijamente la mezquita enmarcada en la ventana del sur. Los ladrillos blanqueados, la fachada de escritura coránica azul y blanca. Una princesa tártara criada bajo las costumbres chinas y después enviada a vivir entre príncipes mahometanos. ¿Habrá existido una criatura más solitaria?

—Estoy seguro de que tu nuevo kan comprenderá que se le ha enviado un regalo más precioso que el oro.

—¿Quién sabe lo que pensará de una muchacha que tiene pies de lirio? —Cerró los ojos y puso la cabeza en las almohadas—. Pero ahora estoy cansada. La enfermedad me ha quitado toda la fuerza. Será mejor que me dejes. Hablarás con Nuestro-Padre-que-está-en-el Cielo y le dirás que deseo saber más acerca de su magia.

—No te quepa duda de que hablaré con él, mi señora.

Se alejó de aquella criatura pintada, aquel instrumento en el teatro de los reyes. Aunque las súplicas del fraile la hubieran salvado de las garras de la muerte, pensó, sólo el tiempo diría si aquello había sido lo mejor para ella.

## Valle de Fergana

Las yurtas habían sido cargadas sobre los kibitkas, los carros que también hacían la función de tiendas, y grandes rebaños de ovejas, cabras y caballos levantaban nubes de polvo en la planicie. El largo invierno había terminado y el clan se preparaba para emigrar a los prados altos.

Qaidu, montado en su caballo, observaba los preparativos. Bajo la barba grisácea, sus labios formaban una línea tan delgada como la cuerda de un arco. Comenzó la marcha llevando el gorro de armiño con orejeras bien puesto en la cabeza.

Jutelún se acercó a recibirlo, montando su yegua blanca. Llevaba las insignias de los chamanes, y el tambor y el bastón.

—¿Has hablado con los espíritus? —le preguntó el padre.

—Sí.

—¿Qué viste en el otro mundo?

Jutelún no podía decirle que aquella vez su videncia le había fallado, así que sólo le dijo lo que había previsto.

—Vi una guerra sin fin. Vi que el imperio de Gengis Kan se desmembraba en muchos kanatos y quedaba dividido, como estaba antes.

—¿Nos viste abandonar el valle de Fergana para dejarlo en manos de Alghu? —dijo mirándola fijamente.

—Vi que corríamos como una manada de lobos y volvíamos por la noche para llevarnos a los jóvenes y a los débiles y para no darle un momento de descanso a nadie en el Techo del Mundo.

Qaidu pensó en ello con el rostro sombrío.

—Qubilay ha enviado a una de sus hijas a Bujara, como esposa. Asegurará la alianza entre ellos y nos mantendrá a todos en sus manos. Por el momento, esa princesa está a salvo detrás de los muros del fuerte de Kashgar, pero pronto comenzará el viaje hacia Bujara a través de las montañas para contraer matrimonio. Alghu ha enviado un mingan de su caballería para que la escolte. —Miró más allá de las montañas, como si pudiera ver la punta de las banderas de sus enemigos. La suya, una cola de yak, ondeaba al viento—. Me gustaría que no llegara.

—Permite que yo lo haga —susurró Jutelún—. Dame cinco yegun de tu caballería y yo la detendré.

Una lenta sonrisa.

—Supuse que eso sería lo que harías. —Permaneció largo rato en silencio, pero ella estaba segura de la respuesta—. Irás y te encargarás de que Alghu reciba a su nueva esposa sin cabeza. ¿Podrás hacerlo?

—Lo puedo hacer —le prometió ella.

Guillermo encontró a Josseran en las caballerizas, sentado sobre un abrevadero de piedra, sujetando con las manos la espada envainada. Tenía el abrigo sobre los hombros. Al oír los pasos del fraile en la oscuridad, levantó la cabeza pero no se movió.

—Supuse que te encontraría aquí —dijo Guillermo.

A Josseran le sorprendió la intuición del fraile.

—¿Cómo lo supiste?

Su voz resonó dentro de la gran caballeriza de techo abovedado.

—He pasado este último año en tu compañía, de manera que sé un poco acerca de ti, templario. Sé que planeas dejarme aquí entre los paganos. ¿Pensabas marcharte esta noche a caballo o habrías tenido la cortesía de despedirte antes de tu partida?

—Nunca he creído que las despedidas fueran necesarias. Y tú ya no me necesitas, hermano Guillermo. Esta gente no te hará daño. Eres un embajador del Papa y entre ellos los embajadores son sagrados.

—A ti te encargaron que me protegieras hasta que volviéramos sanos y salvos a Acre.

Josseran suspiró. Sí, ésa era su misión ¡y qué carga tan pesada había resultado!

—¿Por qué no quisiste bautizar a la muchacha?

—No está preparada.

—¿Y eso tiene alguna importancia para nosotros?

—¿Y ella tiene importancia sin el reconocimiento del emperador Qubilay?

—Tú eres un fraile. Tu vocación son las almas, no la política.

—No te atrevas a juzgarme, templario. Tu princesa pretende amar a Cristo pero su alma no comprende a Dios. Sigue siendo una pagana.

—Sin embargo, ha pedido que se la instruya, desea el bautismo y tú se lo has negado. —Guillermo permaneció en silencio—. No te comprendo.

—Eso es porque tu vocación es la guerra, no la religión. Por mi parte no comprendo esta repentina preocupación por una princesa pagana. ¿Es ésa la razón por la que planeabas partir esta noche sin mí? —Un largo silencio. El vapor de sus respiraciones se disolvía en la oscuridad. Un charco de agua se había helado sobre las piedras, a los pies de Guillermo. Josseran se estremeció y se tapó mejor con el abrigo que tenía sobre los hombros—. ¿Qué? —insistió Guillermo.

—Tengo treinta y un años. Si permanezco en Ultramar, con sus guerras y sus pestes, tal vez pueda contar con otros diez años de vida como máximo. ¿O tendría que volver al Languedoc? Allí nada me espera. He vendido la mayor parte de mis tierras y de mis posesiones para hacer esta peregrinación. He conocido Tierra Santa, he obtenido el perdón de mis pecados. ¿Qué más queda en la vida para Josseran

Sarrazini?

—¿Qué más? Está tu deber hacia Dios. Se te ha encargado que el legado del Papa vuelva a Acre sano y salvo. Allí debemos informar de todo lo que hemos visto y oído al consejo de barones. Y todavía tienes las palabras de Qubilay con respecto a un tratado contra los sarracenos.

—¿Estás tan cegado por la religión que te niegas a verlo? El emperador no tiene el menor interés en asuntos que no se refieran a la guerra que mantiene con su hermano. Ahora comprendo con claridad que nuestro viaje no tuvo sentido. Si nunca volviéramos, no habría ninguna diferencia en la historia de Jerusalén.

Guillermo permaneció en silencio. Algo crujió en la oscuridad, tal vez el paso de una rata en su camino a través de la noche. Sombras y piedra, el olor a bosta y a agua fétida. Una luz plateada caía de forma fantasmal sobre las piedras.

—Han jugado con nosotros, Guillermo —continuó diciendo Josseran—. Desde el principio, Hulagu sabía que el gran kan había muerto. Lo único que quiso fue ganar tiempo para ver si la sucesión sería disputada por sus hermanos, que fue lo que pasó. Esta guerra que se ha declarado entre ellos ha quebrantado la autoridad de su kan de kanes, así que el mensaje que tenemos de Qubilay ya no significa nada. Hulagu es libre para hacer los tratados que quiera y el Hijo del Cielo no tiene ninguna autoridad sobre él. Habrá que hacerlo todo de nuevo.

—Has jurado ante Dios que me verás volver sano a Acre —repitió Guillermo.

—¿Ante qué Dios lo juré? ¿El Dios de Jerusalén? ¿El Dios de los mahometanos? ¿O el Dios de los tártaros? Nunca he visto tantos dioses como durante este último año.

—¡Blasfemia! Sólo hay un Dios. ¡Tu deber es escoltarme hasta el fin de mi viaje y es lo que harás! Tenemos mucho que contar con respecto a los tártaros y todavía queda la posibilidad de que podamos preservar a Cristo en estas tierras oscuras. ¡Por lo menos los nestorianos todavía pueden ser absorbidos por la Santa Madre Iglesia! ¿Crees que eso es poca cosa?

—¡Escúchate hablar! Negocias con las almas de los hombres como si se tratara de un bazar, como los judíos en el mercado de Acre.

—¡Y tú corres detrás de tu bruja como un joven imberbe en su primer prostíbulo! ¿Es ésa tu intención, templario? Te lo digo ya, si sales de este fuerte te matarán. Cabalgarás no sólo más allá de la ayuda de la cristiandad, sino más allá de la ayuda del mismo Dios. —Al ver que Josseran no respondía, añadió—: Quédate conmigo hasta llegar a Acre y no diré nada de tus blasfemias ante la Inquisición.

En algún lugar de las sombras, el caballo de Josseran, ya ensillado, golpeó el suelo con los cascos.

—¿Qué te ha dado tanto miedo, Guillermo?

—No tengo miedo —respondió Guillermo, pero Josseran notó su voz angustiada.



—A partir de aquí te aterroriza seguir adelante sin mí.

—¡Te halagas! —contestó Guillermo—. Vete si debes hacerlo. Pero recuerda esto. Si esta noche te alejas de Kashgar, abandonas para siempre a tu propia gente y traicionas al único Dios verdadero, tu Salvador personal. Estarás perdido en este mundo y en el siguiente.

Se dio la vuelta y salió como una tromba en la oscuridad.

Hasta mucho después de la partida de Guillermo, Josseran permaneció inmóvil en las sombras. Por fin se levantó con esfuerzo, como un hombre que ha caminado todo el día sin descanso. Encontró su caballo y apoyó sobre él la cabeza, absorbiendo el olor a caballo y a cuero. Sintió que la cruz del caballo se movía nerviosamente al contacto de su barba.

Guillermo tenía razón. Si volviera, Qaidu y sus bandidos le matarían. En aquel momento su única esperanza estaba entre los suyos, en obedecer a su propio Dios. Comenzó a quitarle la silla al caballo, vencido por la fe y también por la razón.

Miao-yen observó los preparativos por la ventana, en lo alto de la torre del oeste. Hombres y caballos llenaban la plaza de armas, casi todos soldados irregulares de Alghu con sus pieles pardas, sus aljabas de madera en la espalda llenas de flechas, preparados para luchar en el camino. La fuerza estaba reforzada por los hombres del kesig de su padre que la habían acompañado desde Shang-tu con sus armaduras laminadas tipo escarabajo y sus oficiales con cota de malla y cascos de oro con visera.

En medio de la confusión vio al bárbaro sentado e inmóvil sobre su semental bayo y, a su lado, el extraño hombre santo, lúgubre con su negro manto con capucha.

Se estremeció. Nuestro-Padre-que-está-en-el-Cielo le había salvado la vida y, sin embargo, en aquel momento hasta se negaba a hablar con ella. No comprendía lo que había hecho para disgustarlo tanto.

No le entusiasmaba la perspectiva de aquel viaje. Aunque ya recuperada de la fiebre, tenía un malestar en el estómago y aquella luna no había sangrado. Llegó a la conclusión de que era a causa de su enfermedad. Sus pechos también estaban doloridos e hinchados, pero no quería hablar de un asunto tan delicado con sus criadas.

Las muchachas la ayudaron a envolver sus pies de lirio para el viaje. Dos de ellas le quitaron los zapatos de seda bordados y luego desenrollaron con cuidado la larga tira que los ataba. Mientras lo hacían, ella se quejó y casi lloró de alivio cuando terminaron de quitarle la tira.

Miró con disgusto los restos de sus miembros. Debajo de las vendas no tenía, como imaginaban los hombres, los pies de una niña pequeña. Una vez descubiertos, eran los pies de un monstruo. Los arcos habían sido aplastados y los dedos se rizaban hacia dentro. De ellos colgaban largas tiras de carne podrida.

Lloró mientras le limpiaban los pies, puesto que el dolor no disminuía con el tiempo. Durante toda la operación mantuvo una flor cerca de su nariz para contrarrestar el olor. Cuando terminaron la limpieza, las sirvientas reemplazaron las vendas por otras limpias.

Soportó el proceso sufriendo en silencio. A eso se reducía la vida de una princesa. «En el mundo de mi padre —pensó—, no hay un futuro que una mujer pueda esperar, sólo un panorama de dolor con el alivio de pequeños placeres que no proporcionan ningún placer real».

Josseran estaba sentado muy rígido en la silla, esperando a que abrieran las puertas del fuerte. Los viajeros estaban muy apretados en el patio de armas y el olor de los

tártaros era penetrante, una mezcla acre de caballo, piel de cabra y cuerpos sin lavar que casi le producían arcadas, aun después de haber convivido tanto tiempo con ellos. Chamanes de ojos enloquecidos pasaban entre hombres y caballos rociando leche de yegua en el suelo y en las cruces de los caballos. Eran criaturas inmundas, de pelo y barba enmarañados y blancas vestiduras manchadas de barro, que gritaban encantamientos al cielo.

Miró la espalda de Guillermo. La lana de su manto estaba manchada. Sin duda había estado castigándose de nuevo con la vara de abedul por alguna transgresión que sólo Dios y él conocían. ¡Cuánto le gustaría no haberlo conocido jamás!

Las puertas tachonadas de hierro se abrieron con un crujido y comenzó el viaje. El oficial hizo girar la columna hacia la derecha, el lado de la suerte, antes de dirigir las filas hacia las montañas. Los seguía un carro cubierto de sedas, pieles y armiño blanco que llevaba la litera de la princesa Miao-yen y sus servidoras.

Josseran y Guillermo se encontraban en la retaguardia con el resto de la caballería de Sartaq y durante todo el día siguieron la caravana a través del oasis de Kashgar entre largas avenidas de álamos y grupos de casas de adobe, de huertos y de albaricoqueros.

De repente, y a una señal de Sartaq, éste y su kesig giraron hacia el suroeste y hacia las montañas. El resto de la caravana, los irregulares de Alghu y los carros que conducían a la princesa, continuaron avanzando hacia el norte a través del paso.

Atravesaron al galope un desierto de piedras negras; después, tenían ante ellos las imposibles montañas. Josseran espoleó el caballo para alcanzar a Sartaq. Éste lo miró y le sonrió.

—¿Qué pasa, bárbaro? —preguntó.

—Nunca es sabio dividir las fuerzas —le gritó Josseran por encima del aullido del viento y el tamborileo de los cascos de los caballos.

—Y si tu enemigo también es sabio —le contestó Sartaq—, ¡nunca supondrá que tú eres tonto!

—¿Qué estás diciendo?

—Las tropas de Qaidu nos esperan en las montañas. Nosotros sabemos que están allí, pero ellos no saben que lo sabemos. Por eso les hemos preparado una trampa. Cuando la caravana llegue al valle de los pastores, será un blanco muy tentador. Pero nosotros ya habremos cruzado los pasos y los esperaremos en las tierras altas. Si Qaidu piensa en tendernos una emboscada, ¡los diezmaremos!

—Arriesgas la vida de Miao-yen.

—Miao-yen todavía está en el fuerte. En la litera sólo hay arqueros de Alghu. —Sartaq rió, ansioso por pelear en la batalla inventada por él, encantado con su propia sagacidad—. Un enemigo verá lo que tú deseas que vea. Nosotros hemos elegido el lugar de la batalla. Una vez que hayamos atrapado a Qaidu, estas montañas serán un

lugar seguro para nuestras caravanas.

Josseran retuvo el caballo y permitió que Sartaq se le adelantara. Le impresionaba la astucia del tártaro. Pero una parte de su ser estaba tremendamente triste y, sí, también asustada. Rezó para que si Qaidu enviaba sus tropas a la trampa tendida por Sartaq, Jutelún no estuviera con ellas para morir en el valle de los pastores.

Jutelún esperaba con su caballería a la sombra de las píceas. Las sierras pardas brillaban bajo un manto de escarcha que lentamente se derretía con la salida del sol. Un minarete y un grupo de álamos asomaban por encima de la niebla en el otro extremo del valle.

Habían esperado toda la mañana pero no habían visto movimientos en el camino, cuyo único tráfico fue un burro, cargado de leña para el fuego y conducido por un niño descalzo con una vara.

Por fin vieron la caravana a lo lejos, el sol se reflejaba en espadas y lanzas. A medida que la caravana se acercaba, Jutelún alcanzó a ver a los kubitkas sobre los que estaban montadas las literas de la princesa y sus acompañantes. Detrás de los carros seguía el resto de la escolta. Tres jeguns más de caballería.

Por algún motivo habían dividido sus fuerzas, y las tropas más disciplinadas del kesig cogieron el camino hacia el sur. Josseran y su chamán iban con ellos. Jutelún se permitió una sonrisa. De manera que había sobrevivido. No creía que lo hubiera logrado.

¿Por qué habían dividido las fuerzas? Los pasos eran más escarpados en la ruta del sur y no eran apropiados para los carros. Tal vez deseaban apresurar el viaje de los cristianos. Pero fuera cual fuese el motivo, la beneficiaba porque en aquel momento tenía que hacer frente a un enemigo de fuerzas similares a la suya. La sorpresa sería un tanto a su favor y también el hecho de que no sería una batalla convencional. Su objetivo no consistía en ganar terreno sino en quitarles a la hija de Qubilay, ya fuera capturándola o dándole muerte. Atacarían con rapidez y se retirarían a las montañas.

Jutelún desenvainó la espada. Durante toda la mañana había sido incapaz de apartar de su mente una corazonada. La premonición no tenía nombre y tampoco la acompañaba ninguna imagen. «Tal vez —pensó— esté presintiendo mi propia muerte».

Se estremeció y fue hacia los caballos, que esperaban ansiosos bajo los árboles.

Sartaq estaba agachado para combatir el frío, su largo abrigo de fieltro colgaba en oscuros pliegues por los flancos de su caballo. Su barba rala estaba cubierta de hielo, el vapor blanco de su aliento flotaba en el aire. Los guerreros esperaban en las sombras del barranco, montando sus pequeños caballos de ancho pecho, cada rostro estaba rodeado por una corona de piel, las flechas brillando en las aljabas de madera que llevaban a la espalda. Un banderín triangular colgaba flácidamente de la hoja brillante de una lanza.

Alcanzaban a ver a los hombres de Qaidu esperando bajo la línea de árboles, en el otro extremo del valle. Sartaq se volvió hacia Josseran con una sonrisa.

—¿Has visto? ¡Te dije que no podrían resistir!

Josseran no contestó. Estaba inclinado sobre la cruz del caballo buscando un relámpago de seda morada entre los lejanos jinetes, pero era imposible, estaban demasiado lejos.

Jutelún roció kumis desde la alforja de cuero de su silla al suelo, invocando la asistencia del cielo contra sus enemigos. Cerró los ojos y trató de oír a los espíritus, pero la inquietud que la persiguió durante todo el día había oscurecido cualquier otra intuición en su interior. El sueño de Josseran y el niño de pelo rojizo la había impresionado profundamente. Miró al cielo azul con el rostro arrugado por la confusión. Los demás tártaros la observaban, preocupados por su indecisión.

—¿Qué es lo que tratas de decirme? —susurró Jutelún.

Joss-ran había cabalgado hacia el sur. Nunca lo volvería a ver. El sueño no podía relacionarse con el futuro, debía de ser el resultado de sus ocultos deseos. En aquel momento le daba la impresión de que aquel bárbaro hasta le había robado su don.

Se sacudió la sensación de letargo y montó de un salto. La caravana se extendía por el valle, debajo de donde ellos se encontraban. No podía tardar el momento del ataque.

Alzó el puño en el aire, la señal de carga.

Los jinetes salieron de la línea de árboles y sus gritos de guerra, llevados por el aire nítido, se oyeron con claridad en el valle. Josseran los observaba en un silencio sombrío. «Cuando no se es uno mismo ante el peligro —pensó—, en el sacrificio hay algo profundamente deprimente».

Sartaq levantó una mano, esperando que ambas fuerzas se trabaran en combate, seguro de que los guerreros de Qaidu no podían tener una retirada rápida.

—Esto es por mi hermano —murmuró.

Josseran mantenía la mirada fija en la delgada y oscura línea de jinetes que descendían por el verde barranco. Vio lo que temía, un relámpago de seda morada.

«Jutelún». De repente, se le secó la boca.

—Vosotros os quedaréis aquí —le indicó Sartaq a Josseran—. Os dejaré diez de mis hombres como escolta. Estaréis a salvo.

Bajó la mano y la tropa de los tártaros bajó la morrena y cruzaron el valle, quinientos de ellos, cada uno con una armadura de cuero hervido, los arcos cruzándoles la espalda, las puntas de sus lanzas brillando al sol.

—¿Qué pasa? —gritó Guillermo.

—Los soldados de Qaidu han atacado la caravana —gruñó Josseran—, pero Sartaq les ha tendido una trampa.

Se adelantó unos pasos con su caballo. Lanzó un juramento en voz baja y se inclinó sobre la silla.

—¿Qué has dicho? —preguntó Guillermo.

—Jutelún. He dicho Jutelún.

—¿Qué?

—Jutelún está allí.

—¿La bruja?

Josseran se llevó una mano a la garganta, a la sencilla cruz de madera que usaba bajo la camisa de seda. Se la arrancó del cuello con repentina violencia, se la llevó a los labios para besarla por última vez y luego se la tiró al sacerdote.

—Reza por mí, hermano Guillermo.

Guillermo miró fijamente la cruz y luego a Josseran. La sorpresa le dejaba el rostro inexpresivo.

—¿Qué vas a hacer?

—No comprendo por qué le divirtió tanto a Dios ponerte en mi camino, pero no puedo decir que echaré de menos tu compañía cuando nos separemos. Sin embargo, te deseo un buen viaje a Acre.

—¡Templario!

—No puedo cumplir mi penitencia. Si estoy condenado, entonces permite que me

condene. Ya he roto mi voto de castidad en mi cuerpo lo mismo que en mi corazón. No me volverás a ver.

Espoleó al caballo y bajó por la morrena gris detrás de la caballería de Sartaq.

—¡Josseran! —gritó Guillermo.

Cogió por sorpresa a los escoltas tártaros. Ellos tenían la atención fija en la batalla que tenía lugar a un li de distancia. Oyeron el grito de Guillermo y volvieron las cabezas. Pero para entonces Josseran ya galopaba lejos de ellos y era tarde para detenerlo.



Jutelún galopaba entre la caballería de Alghu, rodeada por los mangadai de Qaidu, los «pertenecientes a Dios», todos atentos al premio que los esperaba en los carros. Los hombres de Alghu salían a su encuentro, pero el ímpetu del ataque los había cogido con la guardia baja y docenas de ellos yacían en la hierba o en las orillas poco profundas del río, muertos o heridos por la primera descarga de flechas. Jutelún cabalgó entre ellos y a su alrededor, evitando combates individuales, sólo interesados en el premio que los esperaba en los kubitkas.

Se encontraban a una docena de pasos cuando las cortinas se abrieron. Jutelún gritó una advertencia, pero su voz se perdió entre los gritos y el fragor de los cascos. En lugar de la princesa, el premio que los esperaba detrás de las cortinas de seda de la litera real eran los arqueros de Alghu.

Jutelún sofrenó el caballo, trató de hacerlo girar, pero era demasiado tarde. Oyó el zumbido de las flechas mientras, a su alrededor, sus mangadai gritaban y se apretaban las heridas. Varios de ellos cayeron de los caballos. Su propia yegua recibió el impacto de una flecha en el pecho y se alzó de manos.

Tuvo que recurrir a toda su habilidad para mantenerse en la silla. Mientras luchaba por controlar las riendas, se llevó el arco al hombro y disparó dos flechas contra los arqueros instalados en la litera. Sabía que era una situación desesperada. La carga había sido detenida; el ímpetu, perdido.

Su presa no estaba allí.

Azuzó a su yegua para alejarse de la caravana. Entonces supo que la inquietud que había sentido toda la mañana había sido algo más que la premonición de su propia muerte. Era el presagio del desastre. Levantó la mirada, sabiendo lo que vería. Una línea oscura de jinetes que atravesaba la planicie. En pocos momentos alcanzarían sus flancos. Entonces comprendió la naturaleza de la trampa.

A su alrededor oía los gritos de hombres que sufrían y morían, el golpe del metal contra el metal, mientras cien luchas distintas tenían lugar a lo largo de la línea de combate. Volvió a subir la cuesta del valle, encontró a su mensajero y lo hizo disparar las flechas de retirada.

Pero sabía que era demasiado tarde, demasiado tarde.

Mientras la caballería de Sartaq entraba en combate, Jossaran vio los restos de los jeguns de Jutelún que se batían en retirada y enfilaban hacia el pie de las montañas. Galopó alrededor de los que huían, vio un brillo de seda morada, un jinete que se alejaba hacia las montañas, reuniendo a su alrededor los soldados que le quedaban. Se encaminaba hacia la línea de árboles del lado norte del valle.

Los guerreros de Sartaq disparaban oleadas de flechas desde los caballos mientras los perseguían. Josseran vio que varios de los compañeros de Jutelún caían de sus sillas.

Se sumó a la persecución con la esperanza de cortarles el paso.

Estaba tal vez a doscientos pasos de la línea de árboles.

Jutelún se giró. La retirada se había convertido en una serie de persecuciones separadas. En aquel momento ella estaba sola, con dos jinetes que subían por el barranco tras ella, jinetes cuya armadura los identificaba como hombres del kesig de Qubilay. Estaban ganando terreno.

Otra flecha se clavó en el anca de su yegua, que estuvo a punto de caer. Jutelún luchó con las riendas para evitar que cayera.

Al volver a mirar hacia atrás notó que un tercer jinete se había sumado a los otros dos.

El negro refugio de los pinos parecía estar demasiado lejos.

El caballo galopaba a toda velocidad por el terreno disparejo. Él apenas lograba mantenerse sobre la silla. Su carga a través del valle lo había llevado casi al camino de los dos kesig y en aquel momento estaba detrás de ellos, casi lo suficientemente cerca para tocarlos. Vio que el jinete más cercano a él levantaba el arco hasta el hombro y apuntaba.

Josseran balanceó la espada con violencia, un acto desesperado. La hoja de su espada azotó el anca del caballo del kesig. El caballo relinchó y se desvió con brusquedad, echando a perder la puntería del jinete. Mientras Josseran azuzaba a su semental para rebasarlo, el arquero miró por encima del hombro, con el rostro retorcido por una expresión de sorpresa y enfado.

Josseran balanceó hacia el lado la empuñadura de su espada y lo derribó del caballo.

En aquel momento sólo se encontraba a cien pasos de la línea de árboles y la negra infantería de los cipreses parecía descender de la montaña hacia ella. Jutelún sabía que allí podría despistar a sus perseguidores.

Entonces su yegua tropezó y cayó.

Hombre Furioso oyó un grito a sus espaldas y se volvió en la silla. ¡El embajador bárbaro! ¿Qué estaba haciendo allí? Debería estar en un lugar seguro, lejos de la batalla, al otro lado del valle.

—¡Ayúdame! —gritó Josseran, tambaleándose en la silla y apretándose el pecho.

—¡Aléjate de aquí! —gritó Hombre Furioso—. ¿Te has vuelto loco?

Pero sofrenó el caballo. Vaciló. A sólo veinte pasos de distancia, la caída magudai yacía inmóvil sobre la hierba. Su yegua intentaba volver a levantarse, pero finalmente se rindió al dolor y apoyó la cabeza en la hierba, extenuada. Satisfecho porque no perdería a su presa, Hombre Furioso hizo girar al caballo y trotó por la cuesta. El bárbaro volvió a gritar y se agarró de la crin del caballo para no caer.

—¿Qué haces aquí? —le gritó Hombre Furioso.

—Ayúdame...

—¿Dónde te han herido? —Cogió el abrigo de Josseran obligándolo a erguirse sobre la silla.

Josseran le pegó un puñetazo en la cara con el puño derecho.

Hombre Furioso cayó pesadamente de espaldas y quedó allí tendido, sorprendido y semiconsciente, mientras le manaba sangre de la nariz.

—Recuerda, sorpresa y simulación —dijo Josseran—. Tus mejores armas.

Golpeó con fuerza el anca del caballo de Hombre Furioso y el animal se alejó cuesta abajo. Luego azuzó al semental y se acercó a Jutelún.

La yegua de ésta sufría los estertores de la muerte. Tenía una flecha clavada en la cruz y otra en el vientre y aún otra más en el anca. La sangre corría a lo largo de sus flancos. Por fin se quedó inmóvil, con los ojos abiertos. Jadeó varias veces y dejó de respirar.

Jutelún estaba tendida a pocos pasos de distancia de la yegua. Se cogió el tobillo y se sentó lentamente. «Bueno —pensó—. Éste es el día de mi muerte».

Oyó el repiqueteo de cascos y vio a otro de los hombres de la caballería de Sartaq que subía la cuesta hacia ella. Por su aspecto, uno de los irregulares de Alghu, con pieles marrones y botas de fieltro. Encontró la espada en la hierba y luchó por levantarse, sin hacer caso del intenso dolor de la pierna. No permitiría que la apresara para atormentarla a su gusto.

El hombre sofrenó el caballo a pocos pasos de distancia. Jutelún reconoció los ojos redondos y la barba dorada. Joss-ran.

Se inclinó sobre la silla y le tendió una mano.

—¡Rápido! —la urgió.

La puso sobre la silla, a su lado.

Galoparon a través del oscuro bosque de píceas y pinos a lo largo de la falda de la montaña. Cuando estuvieron a salvo, Josseran fue presa del júbilo que siempre llega después de una batalla y lanzó un grito que era una mezcla de alivio y triunfo. Oyó el eco del grito que les devolvían las escarpadas paredes de un barranco que apenas se alcanzaba a ver a través del bosque que tenían a su izquierda. Desde alguna parte oyó el correr del agua de un torrente.

Ella se volvió en su silla y él le sonrió. Pero Jutelún no replicó a su sonrisa; tenía el rostro muy pálido y por debajo de la bufanda le corría sangre.

—¿Estás herida?

—Sólo en el tobillo —contestó ella—. No tenías que haber vuelto a buscarme.

—Fue una apuesta. Y gané. Ganamos. ¿Verdad?

Ella no le contestó.

Salieron de entre los árboles a un sol frío y a una cresta roja y escarpada, sin árboles ni hierba. Comenzaron a avanzar con más lentitud. El angosto sendero se convirtió en un saliente que rodeaba el borde de un barranco. De repente, Josseran sintió que un temor frío se instalaba en su interior. La primavera y el deshielo habían producido una avalancha y delante de ellos el camino estaba bloqueado por una montaña de rocas y de nieve.

El semental de Josseran buscó un camino a través del pedregal. Demasiado inclinado. Sus cascos patinaron sobre la roca cubierta de escarcha y líquenes, los trozos de pizarra suelta caían ruidosamente por el barranco. Tenían a un lado un despeñadero que ascendía casi verticalmente y al otro un barranco.

—Déjame aquí —pidió ella—. Si te quedas, lo único que conseguirás será poner tu vida en peligro.

—Sabes lo que harán si te cogen con vida.

—No permitiré que me cojan con vida. —Por encima del despeñadero se movían nubes plomizas, al pie de donde se encontraban oyeron el ruido de una corriente de agua negra, un río que había aumentado su caudal por el deshielo de la primavera. Josseran hizo girar al caballo, con la idea de volver y encontrar otro camino alrededor de la montaña, pero entonces oyó gritos detrás de la línea de árboles. Los soldados de Sartaq los habían encontrado.

Vio el brillo opaco de las puntas de las lanzas, y luego, uno a uno, fueron emergiendo del bosque; de los flancos de sus caballos salía vapor: hielo, barro y sangre manchaban sus botas y sus abrigos. Eran una veintena, casi todos pertenecientes al kesig de Qubilay, sus compañeros de viaje desde Kashgar. Entre ellos reconoció a Sartaq.

—Vuelve, Joss-ran —susurró Jutelún.

—No te dejaré.

—Vuelve. No es a ti a quien quieren. Déjame aquí.

Sartaq y su caballería estaban a menos de cien pasos de distancia. Uno de ellos se había llevado el arco al hombro, pero al verlo, Sartaq alzó una mano y, a regañadientes, el tártaro retiró la flecha del arco.

—Hay una vía de escape —dijo Josseran.

Llevó al semental al paso hasta el borde del acantilado y miró el río torrencial.

—Te has vuelto loco —exclamó Jutelún, leyéndole el pensamiento.

—Una vez ya di un salto parecido.

—Ese acantilado no era tan alto. Esta vez morirás.

—Tal vez muera o tal vez viva. Pero si vivo te tendré. Y si muero no tendrá importancia, porque no me espera nada en Acre. —Le rodeó la cintura con los brazos para sujetarla—. Dime que te casarás conmigo y que viviremos juntos el resto de nuestros días.

—No habrá más días.

—Entonces dilo. Como regalo de despedida.

—Ellos no te quieren a ti —repitió Jutelún—. Vuelve con ellos. ¡No es necesario que mueras!

—Todos los hombres tienen que morir. Se trata de algo de lo que no tenemos escapatoria. Pero pocos tienen la ocasión de elegir el momento. —A decir verdad, siempre había temido a la muerte en sus distintas formas, había sido testigo demasiado frecuente de depredaciones, la había olido demasiadas veces en los campos de batalla de Ultramar. Su temor a la muerte fue el motivo que lo llevó a luchar con tanta ferocidad contra los sarracenos. Pero en aquel momento ya no la temía, porque viviría imponiendo sus condiciones o no viviría—. ¡Dilo! Di que te casarás conmigo.

Ella luchó por apartarse de él.

—¡No hay ninguna necesidad de que mueras!

—Lo haré de todos modos.

Ella forcejeó mientras Josseran hacía girar al caballo y hacía frente a Sartaq y sus tártaros. Sartaq sonrió, seguro de haber ganado.

Josseran vio, sólo por un instante, la impresión de su rostro cuando de nuevo hizo girar al semental hacia el precipicio. De repente, Sartaq comprendió lo que Josseran pensaba hacer y lanzó un grito de sorpresa y de furia. Entonces Josseran comenzó a galopar hacia el barranco y cayeron, cayeron y cayeron hacia el brutal juicio del río.

Ella siempre había soñado con poder volar.

Sintió la fuerza del viento contra sus mejillas y, lo mismo que en sus sueños, el cielo estaba encima y debajo de ella. Y gritó las palabras:

—Me gustaría mucho vivir contigo, ser la madre de tus hijos y tu mujer, si eso es lo que quieres.

Pero, casi en el acto, la corriente del río ahogó su voz.

Ella siempre había soñado con poder volar.

El verano volvió a Bujara, los almendros volvieron a florecer. Los ladrillos color miel del gran minarete de Kalyan se alzaban contra un cielo azul intenso. Bajo los toldos del bazar, las alfombras recién teñidas, secándose al sol, lanzaban llamaradas de carmesí, amarillo y azules reales. Uvas, higos y melocotones casi tiraban los puestos con su peso y había melones en abundancia. Por las cunetas corría el dulce zumo de los melones y los adoquines del bazar estaban cubiertos de pieles.

Pero en el palacio del kan Alghu habían crecido otras semillas que se tenían que cosechar, pero que fueron recibidas con menos placer que las de los huertos y los jardines del valle.

El polvo flotaba en los rayos del sol que entraban por la bóveda. En el gran salón reinaba el silencio, mil gargantas contenían el aliento aterrorizadas por la furia del kan. El prisionero, con las muñecas atadas a la espalda con tiras de cuero, fue arrojado de cara al suelo de losas; no había nadie entre aquella multitud que no hubiera preferido abrirse las venas con tal de no estar en el lugar de aquel despojo humano, desgraciado, azotado, y que se retorció como un insecto nocturno a los pies del kan. Era evidente que no lo habían azotado durante horas, sino durante días. Le quedaban pocos dientes en la boca y tenía los ojos casi cerrados.

Guillermo sintió que se le revolvían las entrañas. Al principio no reconoció al prisionero pero con un lento y terrible horror comprendió que conocía a aquella criatura y sospechó que también sabía por qué lo habían dejado en aquel estado.

—¿Qué pasa? —le preguntó al hombre que estaba a su lado.

Su acompañante era un mahometano, un escriba persa que hablaba latín y también el idioma de los tártaros. Le había sido asignado por la corte de Alghu pocas semanas antes, a su llegada a Bujara.

—La princesa Miao-yen está embarazada —contestó el hombre—. Le han quitado la virginidad antes de llegar. Acusan a ese oficial.

Guillermo observaba presa de una terrible fascinación. Sartaq fue obligado por los guardias a ponerse en pie y se tambaleaba con la barba cubierta de sangre seca, la piel del color de la tiza. No lo demostraba, pero Guillermo imaginó que podía oler el miedo que sentía.

Alghu dijo algo en su idioma pagano y Sartaq le contestó con una voz que no era más que un graznido.

—Niega haber sido él —susurró el persa al oído de Guillermo—. De nada le servirá. Todo el mundo sabe que es culpable.

—¿Y qué le harán? —preguntó Guillermo, aunque parte de su ser no quería



saberlo.

—Sea lo que sea, no será agradable —contestó el persa.

Alghu volvió a hablar y luego dio una orden a sus guardias. Guillermo los observó arrastrar a Sartaq fuera del salón. En aquel momento el tártaro gritaba, el valor le fallaba en vista de la muerte que Alghu acababa de decretarle.

—¿Qué le harán? —volvió a preguntar Guillermo.

—Será mejor que no lo sepas, bárbaro. Será mejor que no lo sepas.

«No —pensó Guillermo—. No, no puedo permitir que esto pase».

—Dile a Alghu que fui yo —dijo—. Él es inocente. Yo soy el culpable. Yo.

Pero sólo imaginó que pronunciaba esas palabras. Por fin quería confesar su culpa pero no podía hacerlo porque el terror lo paralizaba y no podía hablar, ni pensar. Ni siquiera podía rezar.

Soñó que caía. Debajo de él estaba la cúpula de la mezquita de Shah Zinda, las ardientes planicies de Kara Kum. Movía con frenesí los brazos y las piernas en el aire hacia el cielo azul que giraba. Entonces el polvo corrió a su encuentro y se oyó un ruido terrible, como el de un melón partido por una espada, y su cráneo se abrió como un huevo y se desparramó sobre el polvo.

Y después soñó que estaba en la plaza polvorienta, mirando fijamente el cadáver, pero no era su cuerpo el que estaba al pie de la Torre de la Muerte, era el cuerpo de Sartaq, y no era un sueño.

Sartaq ya era prácticamente un cadáver cuando lo arrojaron desde el minarete, porque antes lo habían desollado allí, en la Torre de la Muerte, arrancándole la piel a tiras con cuchillos afilados y luego separándola de la carne con pinzas. Sus gritos resonaron a través de toda la ciudad, como una llamada a la oración, una oración por los que estaban muriendo. Mahometanos e infieles juntos. Guillermo estaba junto a la carne torturada y destrozada, junto a los que habían presenciado la ejecución aquella tarde, y murmuraba una y otra vez: «El pecado fue mío».

Pero nadie lo comprendía. Guillermo supo que había escapado de su terrible castigo y que en aquel momento volvía a ser condenado por su silencio.

Mediante un yam, Alghu envió un rápido mensaje a Qubilay para preguntarle qué más deseaba que se hiciera en aquel asunto. La respuesta fue inequívoca.

Miao-yen permaneció encerrada en una torre del palacio junto con sus servidoras durante los meses que le quedaban de embarazo. El verdugo de Alghu recibió entonces un encargo secreto. Miao-yen era una princesa real y, como tal, no era permisible que la sangre de Gengis Kan fuera derramada. Tenían que inventar otro método de ejecución para ella.

Las golondrinas volaban entre los nidos situados sobre las cúpulas, caían en picado bajo las ramas de los árboles de los jardines, revoloteando en los nidos que habían construido bajo las vigas de las casas de adobe. «Y así las golondrinas se preparan para incubar —pensó ella mientras se ponía una mano en el vientre hinchado—. Hay una alegría frenética en sus atareados vuelos y revoloteos. Sin embargo, yo espero aquí, en esta torre del tormento, como si fuera una prisionera».

Sabía que había disgustado a su nuevo señor, que había disgustado a todo el mundo, y sabía que era por la criatura que crecía dentro de su vientre. No comprendía cómo se hacía una nueva vida, sólo que tenía que ver con un hombre y una mujer que se acostaban juntos. Pero también sabía por sus conversaciones con sacerdotes nestorianos y con Nuestro-Padre-que-está-en-el-Cielo, que una criatura podía nacer de una mujer joven y casta, y que ello debía ser tomado como una bendición.

Habían apartado de ella a las sirvientas que la habían acompañado desde Catay y en su lugar habían puesto jóvenes persas, silenciosas y malhumoradas, que sólo hablaban su propio idioma y que no podían decirle nada de lo que pasaba. No comprendían la costumbre del pie de lirio y no trataban de ocultar su disgusto cuando le cambiaban las vendas. Miao-yen soportaba su solitaria vigilia asustada por el nacimiento que se aproximaba, con respecto al cual ella era tan inútil e ignorante como una niña, mientras se preguntaba cuál habría sido la ofensa que había cometido.

A última hora aparecieron los soldados con el estruendo de sus armaduras mientras se apresuraban por el corredor hasta sus aposentos. Eran soldados de Alghu, los primeros hombres que veía desde su llegada a Bujara. Sus expresiones no eran alegres. Ella se apartó de la ventana, esperando recibir a un mensajero, pero en cambio los soldados la cogieron por los brazos y sin pronunciar una sola palabra salieron con ella de sus aposentos a través de la pesada puerta del final de la galería.

La hicieron atravesar apresuradamente un patio de losas hexagonales rodeado de

árboles, mientras las moras crujían bajo las botas de los soldados en el anochecer gris. Más allá de otra puerta esperaba un kibitka con una litera con cortinas y les indicaron a ella y a dos de sus sirvientas persas que subieran.

Las llevaron por las calles hacia la puerta del oeste. A través de las cortinas, Miao-yen vislumbró las luces de innumerables lámparas de aceite que parpadeaban en ventanas y portales. Y entonces estuvieron fuera de la ciudad, y ella notó el aliento caliente y fétido del desierto.

Se preguntó qué habría planeado el Il-Kan para ella. «Tal vez, —pensó— no habrá matrimonio. Tal vez hayan pensado en sacarme de la ciudad en la oscuridad y llevarme de nuevo a Shang-tu».

Pero los soldados no estaban allí para escoltarla hasta Shang-tu. Ni siquiera abandonaría el kanato de su futuro marido. En lugar de ello la condujeron a una solitaria yurta situada en las planicies de Kyra Kum, con la única compañía de sus dos sirvientas mudas y una docena de soldados de Alghu.

Pasó los días siguientes sola dentro de la yurta, asustada y confusa. Fuera, el viento aullaba en la planicie estéril. Ignoraba por qué la habían llevado allí y no había nadie que se lo pudiera decir.

«No permitas que le hagan daño a mi hijo».

De madrugada rompió aguas. La punzada de dolor en el vientre la cogió por sorpresa, y la dejó jadeando sobre las alfombras de la yurta. Llamó a gritos a sus sirvientas y les tendió una mano, pero ellas la miraban con los ojos muy abiertos y no hacían movimiento alguno para ayudarla. En lugar de ello corrieron en busca de los soldados. Instantes más tarde se abrió la cortina de la yurta y al ver la cara de los soldados gritó, porque en aquel momento supo cuál sería su destino.

—¡Mi hijo no!

La arrastraron fuera de la yurta hacia donde ya esperaban a los caballos ensillados. Era una hermosa mañana, el sol todavía no había salido en su totalidad, la luna todavía era un pálido fantasma sobre el desierto.

—¿Por qué hacéis esto? —gritó ella—. ¿Por qué hacéis esto?

Le ataron los brazos detrás de la espalda con tiras de cuero y la arrojaron a una litera que habían atado entre dos de los caballos. La alejaron quizá no más de tres o cuatro li de la yurta. Luego la tiraron de la litera y la arrastraron por la arena.

Ella gritó, atormentada por otra contracción, pero ellos no prestaron atención a sus sufrimientos.

Había una pequeña depresión, todavía hundida en las tinieblas. Fue allí donde la arrojaron y un hombre la sujetó mientras el otro le ataba las piernas con cuerdas a la

altura de los tobillos y las rodillas. Después le aplicaron correas de cuero alrededor de los muslos y otras más gruesas alrededor de la pelvis, apretándolas hasta que gritó de dolor.

—¿Qué estáis haciendo? —les gritó—. Decidme lo que pasa. ¿Qué he hecho?

Sin hacerle más daño, se levantaron y volvieron a los caballos. El oficial la miró fijamente durante largo rato, tal vez para estar seguro de que sus hombres habían llevado a cabo con exactitud las especificaciones del kan; luego dio una orden y se alejaron al galope por la planicie. Ella jadeó de dolor por otra contracción y cuando pasó y abrió los ojos, los soldados no eran más que pequeños puntos en el horizonte.

Y mientras el sol salía, aulló su protesta y su dolor hacia el eterno cielo azul, gritando una y otra vez las palabras del Padrenuestro que le había enseñado Nuestro-Padre-que-está-en-el-Cielo, porque sabía que jamás había pecado contra su padre ni contra su marido, y el sacerdote de Josseran le había dicho que los inocentes nunca eran castigados. «Si pronuncias el nombre de Dios —le había dicho—, serás salvada».

# Epílogo

Tolosa, Francia

En el año de Nuestro Señor de 1293

Los ojos del monje se volvieron hacia el abad.

—Ahora sabes lo más terrible que he hecho. La tomé mientras estaba cerca de la muerte, convencido de que sólo el demonio y yo sabríamos lo que acababa de hacer. Estaba equivocado. —Siguió con la mirada las sombras de la vela situada en un rincón de la habitación—. Las tiras de cuero que le ataron alrededor de los muslos y del vientre impidieron que la criatura naciera. Es un castigo único entre los nómadas de esas estepas. Finalmente, el niño se vio forzado a alejarse del paso natural y dirigirse hacia el interior de su madre. Así muere la madre y, con su muerte, también el niño. Nadie sabe cuánto tardó Miao-yen en morir. Y nadie sabrá jamás el indescriptible sufrimiento que tiene que haber soportado.

Hizo una pausa y el aire resonó en sus pulmones.

—El templario tenía razón, naturalmente. Cuando volví a Acre, la historia ya había sobrepasado la misión. Poco después de nuestra partida hacia el gran viaje de Oriente, las hordas tártaras del norte atacaron Polonia. Lublin y Cracovia fueron saqueadas y, cuando se enteró de la noticia, el Papa proclamó una cruzada contra los mongoles. El Santo Padre también declaró que aquellos cristianos que hubieran estado del lado de los tártaros en Palestina quedaban excomulgados. El consejo de barones contuvo su mano cuando los mamelucos se encontraron con los tártaros en Ain Yalut y los vencieron, haciendo huir a Hulagu de Siria. Ahora, por supuesto, los sarracenos tienen Tierra Santa y hemos perdido nuestra única posibilidad de vencerlos.

—¿Y el templario y la bruja tártara?

—Nadie pudo haber sobrevivido a una caída así. A pesar de que el agua era profunda había grandes rocas bajo la superficie. Aunque no hubieran muerto por el impacto contra las rocas, el torrente era tan veloz que debieron de ahogarse, y, sin embargo... —El abad se inclinó hacia él—. Sin embargo, aquella tarde, Sartaq me dijo que creía haber visto dos cabezas flotando en el agua río abajo. ¿Estaban vivos o muertos? Él no lo sabía con seguridad. Y yo tampoco puedo estar completamente seguro. Diez años después, cuando visité Acre por última vez, oí la historia que contaba un mercader mahometano que aseguraba haber conocido a un franco pelirrojo que vivía con los tártaros en algún lugar del Techo del Mundo. Tal vez fuera él, tal vez fuera alguna de las leyendas que corren por las estepas, sin más fundamento que los demonios del polvo y las nubes.

Sonrió, enseñando sus dientes podridos; su aliento ya tenía el olor de la muerte. El abad retrocedió, alejándose de la cama, pero el monje lo retuvo cogiendo el borde de la sotana con los dedos.

—Muchas veces pienso en él. ¿No es extraño? Si hubiera vuelto a Acre conmigo lo habría denunciado a los inquisidores del Papa por hereje y blasfemo. Sin embargo, ahora, retrospectivamente, pienso en él como el mejor de mis amigos. Hasta sonrió cuando pienso en él viviendo allí, más allá de toda redención, más allá de la fe, en los brazos de su bruja bárbara, padre de sus hijos paganos. —Cerró los ojos—. Oye mi confesión en el año 1293 de la Encarnación de Nuestro Salvador. He dormido con mis pecados durante estos treinta y tres años. Pronto la vela se acabará, se apagará y me dejará aquí en la oscuridad. Muchas veces he mirado hacia el este por esta ventana y mis pensamientos han viajado hacia los lugares que conocí en aquellos tiempos. Esta noche hay nieve en el alféizar; también habrá nieve en el Techo del Mundo, en los valles donde los tártaros llevan una vez más sus rebaños a pasar el invierno. Entonces los recuerdo, a mis compañeros de los días de mi gloria y de mi pecado. Os ruego que recéis por mí ahora, porque me encamino a encontrarme con mi juez.

El abad se apresuró a salir de la celda. La confesión del monje le había helado hasta los huesos; todas aquellas conversaciones sobre idólatras, tierras extrañas y mujeres endemoniadas a caballo. ¡Los desvaríos de una mente pecaminosa y débil! No creía nada de aquello. Dudaba que aquel anciano hubiera viajado más allá de Venecia. Sin embargo, mientras se apresuraba por el oscuro claustro sintió un frío repentino en el rostro, como un viento surgido de ninguna parte, e imaginó que acababa de pasar junto al mismísimo diablo.

Aun cuando se sentó ante los leños crepitantes de la cocina, mirando las llamas, le resultó imposible volver a entrar en calor y los pelos de la nuca parecían ponerse de punta como los de un perro. Se dirigió a la capilla y permaneció arrodillado ante el altar casi hasta la mañana, orando por la limpieza de su alma mortal.

# Glosario

**an:** pelotón tártaro de diez soldados.

**ize:** monje.

**'can:** nombre que los tártaros dan a Buda.

**idor:** vestimenta usada por mujeres islámicas que les cubre no sólo todo el cuerpo sino también la cara.

**'ughachi:** comisionados residentes. Lugareño empleado por los tártaros para administrar su gobierno en la zona y cobrar impuestos.

**idaques:** almacenes de los mercaderes italianos en los estados cruzados palestinos.

**ι:** caravasar situado dentro de una ciudad o pueblo.

**n:** entrada abovedada de una mezquita.

**fiyeh:** tradicional tocado árabe.

**ing:** plataforma elevada de adobe bajo la que se puede encender un fuego y sobre la que se duerme.

**itka:** carro tirado por bueyes, usado por los tártaros para transportar sus yurtas.

**īc:** caligrafía árabe usada en monumentos.

**'gue:** tres millas náuticas.

aproximadamente la tercera parte de una milla.

**gadai:** literalmente, «perteneciente a Dios», escuadrón suicida de los mongoles.

**idan:** campo abierto.

**ecín:** musulmán que llama a los fieles a la oración desde el minarete.

**jon:** ídolo de fieltro y seda, hecho por las mujeres tártaras.

**lu:** la familia; por ley, un tártaro puede tener cuatro esposas y una familia con cada una de ellas, aunque además le está permitido poseer cualquier número de concubinas.

**istan:** «lugar arenoso», plaza central en el oasis de la Ruta de la Seda.

**l:** aproximadamente, cinco metros.

**ila, La:** leyes que gobiernan la vida diaria de los templarios.

**pa:** tumba budista o mausoleo con característica forma de bulbo.

**∴:** cien hombres de caballería; diez tucs forman un *touman*.

**saq:** código de leyes, tal como fue promulgado por Gengis Kan.



COLIN FALCONER es el seudónimo de Colin Bowles (Londres, 1953), un escritor inglés, conocido por novelas como *Harem* (1992) o *La ruta de la seda* (2001), pese a que su popularidad en el mundo anglosajón es mucho mayor gracias a obras como *When we were gods* (2000) o *Anastasia* (2003).

Trabajó como periodista independiente para varias revistas importantes y escribió guiones para la radio y la televisión antes de convertirse en novelista a tiempo completo en 1990.

Instalado en Australia desde los años 80, Falconer ha publicado también novela juvenil y de humor. En 2004 ganó un Premio Bantam gracias a su novela *The Naked Husband*.